

TESIS DOCTORAL

ACTIVISMO MEDIÁTICO, EMPODERAMIENTO COMUNICACIONAL Y EMANCIPACIÓN TECNOLÓGICA COMO FACTORES DEL CAMBIO SOCIAL Y CULTURAL DE LA SOCIEDAD CIVIL (1999-2014)

DEPARTAMENTO DE INFORMACIÓN Y COMUNICACIÓN
FACULTAD DE COMUNICACIÓN Y DOCUMENTACIÓN
UNIVERSIDAD DE GRANADA

Autor: Ildefonso Cordero Sánchez
Director: Jordi Alberich Pascual



UNIVERSIDAD
DE GRANADA

Editor: Universidad de Granada. Tesis Doctorales

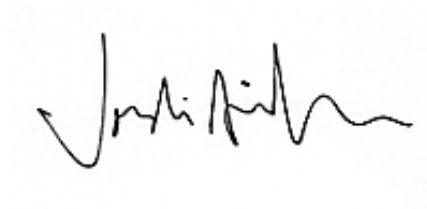
Autor: Ildefonso Cordero Sánchez

ISBN: 978-84-9163-416-4

URI: <http://hdl.handle.net/10481/48039>

JORDI ALBERICH PASCUAL, en calidad de Director del doctorando Ildefonso Cordero Sánchez, doy mi autorización para la lectura de la tesis **ACTIVISMO MEDIÁTICO, EMPODERAMIENTO COMUNICACIONAL Y EMANCIPACIÓN TECNOLÓGICA COMO ELEMENTOS DEL CAMBIO SOCIAL Y CULTURAL DE LA SOCIEDAD CIVIL (1999-2014)**.

Mayo de 2017

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Jordi Alberich Pascual', is centered on the page. The signature is fluid and cursive.

Fdo. Jordi Alberich Pascual



UNIVERSIDAD DE GRANADA

FACULTAD DE COMUNICACIÓN Y DOCUMENTACIÓN

**ACTIVISMO MEDIÁTICO, EMPODERAMIENTO COMUNICACIONAL
Y EMANCIPACIÓN TECNOLÓGICA COMO ELEMENTOS
DEL CAMBIO SOCIAL Y CULTURAL DE LA SOCIEDAD CIVIL
(1999-2014)**

TESIS DOCTORAL

AUTOR:

ILDEFONSO CORDERO SÁNCHEZ

DIRECTOR:

JORDI ALBERICH PASCUAL

GRANADA, MAYO DE 2017

A María Jesús, a Juan, a Pablo, a Jesús, y a la Madrina,
que dais sentido a mis locuras
y soñáis conmigo.

Sin vosotros nada de esto tendría sentido.

Y a mis padres,
que me inculcaron el valor de la cultura,
del conocimiento,
y del aprendizaje continuo.

Tardé un poco en acabarla,
pero no pensé que te irías tan pronto.
Lo siento, mamá.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar quiero agradecer a mi Director de Tesis, Jordi Alberich, por confiar en mí en este viaje. Gracias por saber darme las claves, por provocarme los interrogantes, por mostrarme el camino, por creer que merecía la pena. Gracias también, por saber respetar mis silencios y mis dudas en un proceso lleno de días oscuros. Y gracias por no dejarme caer en ningún momento.

En aquellos años de licenciatura, siempre soñé que serías mi Director de Tesis. Y a veces los sueños se hacen realidad.

Gracias a todos los profesores y técnicos del segundo ciclo de Comunicación Audiovisual de la Facultad de Comunicación y Documentación de la Universidad de Granada, con los que compartí finalmente la aspiración de realizar estudios de Comunicación Audiovisual, después de esperar veinte años a que se abriera la Facultad de Periodismo en Granada.

Gracias también a Paolo Gerbaudo, con quien tuve la oportunidad de disfrutar de una increíble estancia de investigación en el King's College; gracias por tu mirada siempre inconformista, que tanto me ha inspirado.

Gracias a todos los movimientos sociales con los que aprendí a comunicar. Especialmente al Comité de Solidaridad con el África Negra, con los que descubrí la dimensión activista de las tecnologías. Gracias por vuestro ejemplo con la revista Umoya, por ese amor por África que nos contagiásteis y por vuestra capacidad de seguir denunciando la opresión y la injusticias que sufre el pueblo africano, a pesar de los años. Y a AKIBA, que me ha permitido durante estos veinte últimos años seguir experimentando, desde la radio y los medios audiovisuales, nuevas formas de contar lo que no es noticia ni interesa a los grandes medios. Con esta tesis intento devolverles un poco de todo lo que me han dado.

Gracias, sobre todo a mi familia. Nada de esto sería posible sin su generosidad y su complicidad. Nada de esto tendría sentido sin ellos. A María Jesús, por su apoyo incondicional y por su enorme generosidad. A Charo, por el cariño que pone en todo lo que hace y su capacidad de ilusionarse con las ilusiones de los demás. A Juan, Pablo y Jesús, por darme tanto como me dais cada día, y estar siempre ahí para convertir en alegría los momentos duros.

Gracias a la vida, que me ha dado tanto, como cantó Mercedes Sosa.

RESUMEN / ABSTRACT

En las últimas dos décadas hemos asistido a una revolución tecnológica sin precedentes, que ha provocado un cambio social y cultural en los movimientos sociales, redefiniendo la idea de activismo mediático. Las nuevas tecnologías de la información y la comunicación y la configuración de la sociedad red ha permitido la creación de nuevos modelos de acción comunicativa, facilitados por el uso emancipador, insurgente y contrahegemónico que los movimientos sociales han hecho de las tecnologías de la comunicación.

Este uso emancipador, basado en un sistema de valores colectivos desarrollado desde finales del siglo XX, ha permitido la creación de un ecosistema de medios alternativos absolutamente nuevo, a partir de la apropiación de las tecnologías y la experimentación de lenguajes y formatos, por parte de los movimientos sociales, lo que les ha otorgado una gran autonomía a la hora de construir su identidad colectiva, permitiéndoles reducir su dependencia histórica del *mainstream*.

PALABRAS CLAVE: sociedad red, movimientos sociales, activismo mediático, empoderamiento comunicacional, emancipación tecnológica

These last decades we have witnessed an unprecedented technology revolution which has driven a social and cultural change, redefining the notion of media activism. The new information and communication technologies and the shaping of the network society have given way to the creation of new patterns of communicative action, thanks to the empowering, insurgent and counter-hegemonic use that social movements have made of communication technologies.

This empowering use, based upon a collective value system developed in mid 20th century, has allowed the creation of a brand new ecosystem of alternative media. Social movements have adopted the technologies and the languages and formats experimentation in order to grow in autonomy and build their own collective identity, which has allowed them to reduce their historical mainstream dependency.

KEYWORDS: network society, social movements, media activism, communicational empowerment, technological sovereignty.

ÍNDICE

1. Introducción	7
1.1. Contexto	7
1.2. Estado del arte	11
1.3. Justificación de la investigación	18
2. Metodología	25
2.1. Objetivos de la investigación	25
2.2. Metodología de la investigación	26
2.3. Estructura de la investigación	28
3. Aproximación terminológica a la teoría de los movimientos sociales	33
3.1. Los actores: El sujeto y sus formas de organización	33
3.2. Los procesos: La acción colectiva y sus marcos de interpretación	40
3.3. Los medios: Tecnologías de las comunicaciones	45
3.4. Los espacios: Nuevos territorios físicos y virtuales en la acción colectiva	47
3.5. Los tiempos: Inmediatez e instantaneidad	50
4. Aproximación genealógica a los modelos de acción comunicativa en los movimientos de protesta	55
4.1. Viejos, nuevos y novísimos movimientos sociales	55
4.2. Antiglobalización corporativa y transnacionalización de la protesta	61
4.2.1. Globalización, internet y movimientos sociales en el nuevo orden global	61
4.2.2. Configuración del movimiento de resistencia global	67
4.2.3. Todo empezó en Seattle: Los movimientos sociales descubren el poder de Internet	79
4.2.4. La contracumbre como modelo de protesta ubicua	89
4.3. El Foro Social Mundial como propuesta de construcción de una sociedad civil “desde abajo”	99
4.3.1. De Seattle a Porto Alegre: algo más que un desplazamiento geográfico de los procesos de contrahegemonía	99
4.3.2. Evolución del Foro Social Mundial	105
4.3.3. Identidad colectiva en torno a al Foro Social Mundial	109
4.3.4. Construcción de un nuevo imaginario social	114
4.4. De la antiglobalización a la indignación	118

4.4.1. Cambio de ciclo de protesta: Del ciberactivismo a la tecnopolítica.....	118
4.4.2. El movimiento de indignación como referente en el proceso de cambio social. La emergencia de un nuevo activismo	125
4.4.3. La doble apropiación de las redes y de las plazas	128
4.4.3.1. Enjambres y rizomas: Nuevos modelos de acción colectiva	128
4.4.3.2. La producción del espacio social del nuevo activismo	133
4.4.3.3. El valor de los territorios virtuales y los territorios físicos conectados.....	136
4.4.4. Nuevas fronteras del activismo: sindicatos y partidos políticos desde la óptica de la tecnopolítica.....	139

5. Activismo, comunicación y tecnología: Contextos políticos, filosóficos y sociológicos en el cambio de siglo. 149

5.1. De Benjamin a Enzensberger: El oráculo de un nuevo modelo de acción comunicativa	149
5.2. De lo analógico a lo digital. La tecnología en apoyo del empoderamiento comunicacional	154
5.3. El fin de la modernidad como escenario social de fin de siglo: Respuestas y organización colectiva.....	157
5.4. La esfera pública: Significados y evolución	164
5.4.1. Esfera pública, democracia y comunicación.....	164
5.4.2. Esfera central, esferas periféricas y esfera virtual	169
5.4.3. La esfera pública transnacional: ¿Hacia una esfera pública global?.....	174

6. Sociedad red y activismo mediático 179

6.1. La sociedad red y el informacionalismo como paradigma. Crítica y revisiones teóricas.....	179
6.1.1. Aproximación al concepto de sociedad red. Elementos y características	179
6.1.2. Sociedad red y sociedad de la información	183
6.1.3. Sociedad red e institucionalidad	186
6.1.4. Sociedad red y movimientos sociales: De las redes descentralizadas a las redes distribuidas.....	187
6.2. Las políticas insurgentes derivadas de la apropiación de las redes	192
6.3. Activismo mediático y contrapoder en red.....	196
6.4. Caracterización del nuevo activismo mediático	201
6.5. Denominaciones y significados políticos en el nuevo activismo mediático	207
6.5.1. Revisión terminológica de las experiencias mediáticas surgidas en el entorno de los movimientos de protesta	207
6.5.2. Hacia una teoría de los medios de comunicación alternativa: Significados políticos en el ecosistema de medios alternativos.....	215
6.5.2.1. El enfoque de los medios críticos.....	217

6.5.2.2. El enfoque de la comunicación para el desarrollo y la comunicación para el cambio social.....	221
6.5.2.3. El enfoque de los medios comunitarios y populares.....	226
6.5.3. Nuevos medios: Más allá de la tecnología.....	230
6.5.3.1. Buscando las fronteras entre viejos y nuevos medios.....	230
6.5.3.2. El periodismo ciudadano: Más allá de la profesión.....	237
7. Empoderamiento comunicacional y soberanía tecnológica en el movimiento de protesta.....	245
7.1. Empoderamiento y apropiación en el espacio de los movimientos sociales.....	245
7.2. Empoderamiento comunicacional y movimientos sociales.....	255
7.2.1. Los presupuestos del empoderamiento comunicacional: Uso emancipador de los media.....	255
7.2.2. Construcción de identidad y significado de los movimientos sociales a través de los medios de comunicación.....	260
7.2.3. La relectura de la idea de manipulación por parte de los movimientos sociales.....	264
7.2.4. Procesos de mediamutación en los movimientos sociales. De la contrainformación al mediactivismo.....	267
7.2.5. Soberanía informativa frente a la información como mercancía.....	271
7.2.6. Los medios alternativos en el sistema de economía de los medios de comunicación y en la economía de la desinformación.....	275
7.2.6.1. Capitalismo y medios: Una mirada al informe McBride y a sus consecuencias en la economía política de los medios.....	275
7.2.6.2. Economía política de la comunicación activista: Los medios alternativos en el ecosistema de medios.....	281
7.2.6.3. El tercer sector de la comunicación.....	295
7.3. Soberanía tecnológica.....	300
7.3.1. La apropiación de la tecnología por parte de los movimientos sociales en su acción comunicativa.....	300
7.3.1.1. La fantasía orwelliana en la era internet.....	300
7.3.1.2. Neutralidad de la red y brecha digital.....	306
7.3.2. Democratización de las tecnologías y soberanía tecnológica.....	310
7.3.3. El valor de la comunidad. Construcción colaborativa del conocimiento.....	313
7.3.4. Las aportaciones de la cultura hacker.....	316
7.3.5. Software libre: Valores y fundamentos que inspiran al conocimiento libre.....	320
7.3.6. Cultura libre frente a apropiación del conocimiento.....	324
8. Modelos y vectores de desarrollo en el ecosistema de medios alternativos.....	331
8.1. Del read-write web a los blogs, los wikis y sites.....	331
8.2. Del email y las listas de correo al social media.....	343

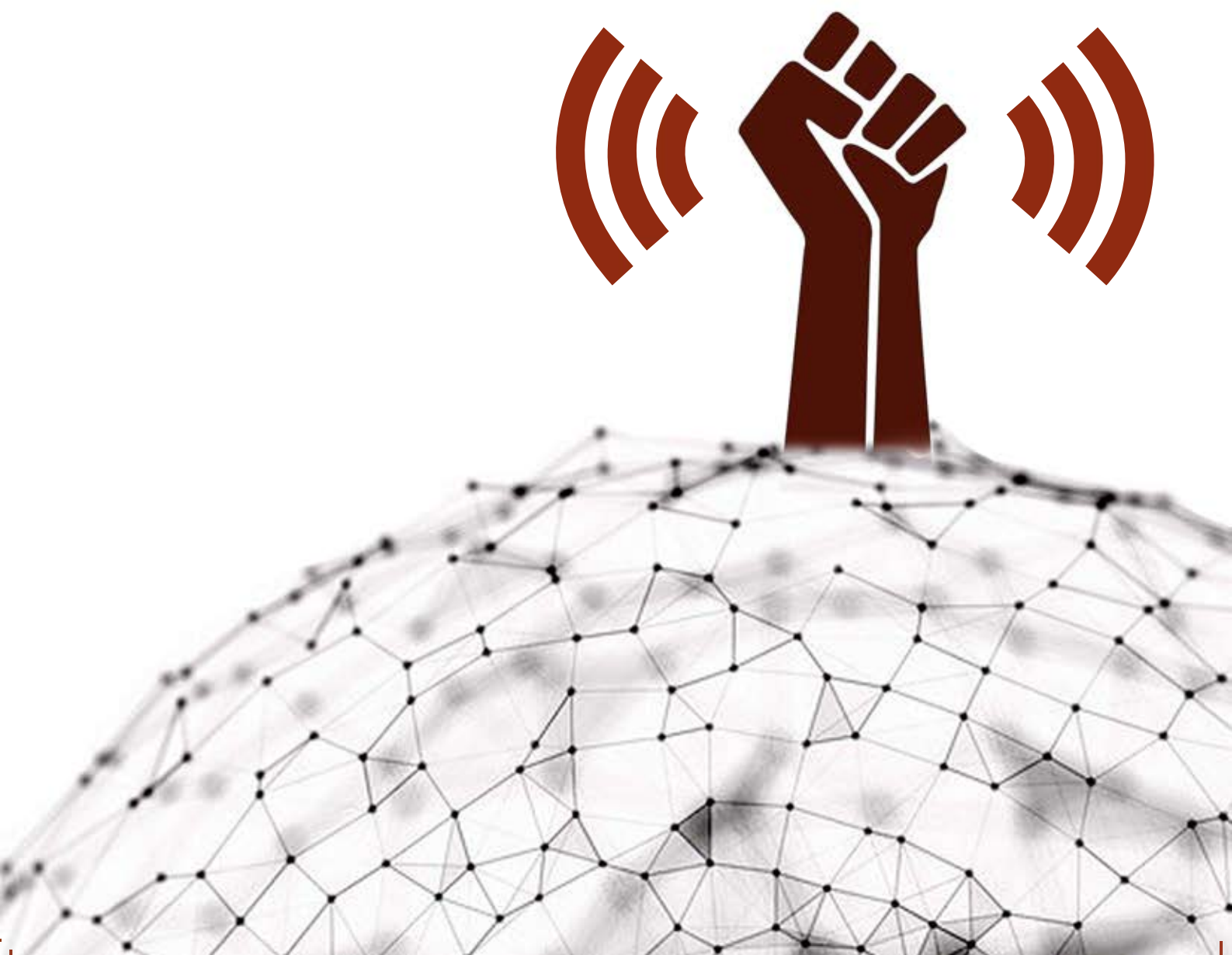
8.3. Del broadcasting al netcasting	354
8.4. De la infoxicación al slow media	367
8.5. De la acción directa al culture jamming	373
8.6. De la guerrilla de la comunicación a la desobediencia civil electrónica	382

9. Conclusiones	391
------------------------------	------------

10. Bibliografía	405
-------------------------------	------------

1

INTRODUCCIÓN



1. Introducción

1.1. Contexto

La sociedad civil ha experimentado en las últimas dos décadas un excepcional progreso en la gestión de la información y la comunicación, especialmente a través de las nuevas tecnologías, que sin duda han contribuido decisivamente a la creación de nuevos modelos de organización, nuevos espacios de debate y nuevos procesos de argumentación y de contra argumentación, así como a la redefinición de sus formas de ejercer el poder, el contrapoder y la influencia mediática.

Esta capacidad de desarrollar nuevas narrativas aprovechando las tecnologías de la comunicación y de la información desarrolladas a finales del siglo XX en el marco de la acción comunicativa, ha sido asumida por los movimientos sociales como elemento central de los procesos reivindicativos, y constituye un posicionamiento totalmente innovador de la sociedad civil frente a los poderes tradicionales, haciendo que los movimientos sociales y ciudadanos se configuren como un nuevo poder mediático en base a las nuevas estrategias comunicativas.

Con el desarrollo de Internet y su expansión a nivel de usuario desde mediados de los años noventa, se habilitan las condiciones planteadas por Enzensberger (1974) para un uso emancipador de los *Media*, un modelo que -en oposición al modelo analógico tradicional- se desarrolla a partir de las opciones y posibilidades que hoy Internet y los nuevos medios de comunicación digital conllevan para una apropiación de la comunicación social por parte de la ciudadanía. El factor tecnológico aplicado a la acción comunicativa en el ámbito de las luchas sociales hace que las viejas aspiraciones por alcanzar una libertad y una soberanía comunicativa, encuentren un renovado escenario para su desarrollo.

Pero el factor tecnológico no explica por sí mismo el alcance del cambio producido. Los movimientos sociales contemporáneos han leído y aprovechado la emergencia del paradigma digital para desarrollar nuevas formas y lenguajes reivindicativos, y para establecer nuevos canales comunicativos, pero también, y sobre todo, para dar paso a una valoración del fenómeno de la comunicación digital como una oportunidad real para cambiar el modelo de relación social hegemónico dominante.

El cambio descrito se desarrolla en un escenario que Castells (1997a; 1997b; 1997c) denomina "sociedad red" (1997a:505), se fundamenta en un nuevo paradigma al que denomina "informacionalismo" (1997a:39), y genera un nuevo modelo al que llama "autocomunicación de masas" (2009:99). Estos conceptos, que serán sometidos al debate de la crítica a lo largo de esta tesis, constituyen el ecosistema en el que los movimientos sociales desarrollan nuevas prácticas enfocadas a romper con la dependencia que históricamente les ha tenido mayoritariamente sometidos a los grandes medios de comunicación de masas.

La pretensión inicial de la sociedad de la información y del conocimiento por reproducir modelos jerárquicos e institucionalizados normativamente en un marco de revolución tecnológica, ha sido puesta en cuestión tanto por la acción simbólica y organizacional propuesta por los movimientos sociales, como por la superación en el marco del activismo contemporáneo de los convencionalismos conocidos hasta el momento en lo que a formas de organización y comunicación social se refiere.

Este nuevo escenario contribuye a impulsar el proceso de cambio de ciclo de acción colectiva que experimentan los movimientos sociales en la última década de los años noventa. El estudio de la acción colectiva nos permite situar en aquellos años un cambio de modelo hacia lo que en el discurso crítico ha convenido en llamarse "Novísimos Movimientos Sociales", que encuentran en la transnacionalización de las luchas y la protesta su razón de ser. De esta manera, se ponen en marcha diferentes ciclos de protesta en respuesta a las estrategias del neoliberalismo imperante, que de igual manera trascendió las fronteras hasta ahora conocidas, proponiendo sistemas políticos, económicos y culturales que reducían la capacidad de intervención de los Estados nación. La globalización tuvo su respuesta en el movimiento antiglobalización, una de las formas como se le conoció. Este nuevo movimiento de protesta internacional, en todo caso, configuró sus acciones y estrategias en torno a las tecnologías emergentes, poniendo la comunicación en el centro de sus políticas insurgentes.

La aparición de Internet hizo saltar por los aires el modelo de comunicación centralizado imperante, basado en el esquema de Jakobson, lineal y unidireccional, para convertirse en un modelo reticular y participativo. La comunicación pasó de realizarse de "uno-a-muchos" a "muchos-a-muchos", y los movimientos sociales encontraron un hábitat perfecto para desarrollar nuevas estrategias de acción comunicativa: "las luchas

sociales contemporáneas no sólo son transformadas de forma significativa por los medios de comunicación; dependen en gran medida de ellos (...) en la era de la información, los movimientos sociales llevan a cabo sus *luchas por la visibilidad* a través de la producción de imágenes y señales de oposición" (Juris, 2004:157).

Las nuevas redes de comunicación multimodal, apoyadas inevitablemente en el desarrollo tecnológico, han constituido la columna vertebral para la emergencia de una ciudadanía alternativa basada en un nuevo espacio de interacción comunicativa como extensión del espacio público (en el que las utopías no se identifican ya con la afiliación, la pertenencia a un determinado grupo social o a unas siglas, o incluso algo tan diferenciador en otras épocas como el poder adquisitivo). A través del activismo mediático, esta ciudadanía alternativa ha experimentado un proceso de crecimiento y maduración basado en gran medida en una lucha sostenida por la soberanía informativa y el empoderamiento comunicacional de los movimientos sociales.

Estas nuevas estrategias y experiencias comunicativas asumidas por la sociedad civil han constituido en las tres últimas décadas una herramienta fundamental para la transición pretendida entre cambio cultural y cambio político, así como para "la reprogramación de redes de comunicación, movimientos sociales y políticas insurgentes" (Castells, 2009:394), en el marco de un proceso general en el que caben distinguirse tres fases diferenciadas:

- Una primera fase que se inaugura con las protestas de Seattle en noviembre de 1999 contra la Organización Mundial del Comercio, pero que de alguna manera ya recoge las primeras experiencias de trabajos en red y ciberactivismo, realizadas en Chiapas o mediante campañas de protesta que visibilizan el germen de un movimiento de protesta internacional.
- Una segunda fase, marcada por la aparición y desarrollo del Foro Social Mundial que asume la vertebración de la protesta internacional como agente aglutinador de la iniciativa de los movimientos sociales, con la lucha contra la guerra y el cambio climático como frente principal.
- Una tercera fase, en la que toma el protagonismo el movimiento de indignación y ocupación, surgido a partir de la Primavera Árabe y de las ocupaciones de plazas estratégicas de diferentes ciudades, lo que dará lugar a nuevos modelos de organización social y prácticas comunicativas.

En el contexto de la redefinición de la acción comunicativa de los movimientos sociales en la sociedad de la información, esta investigación pretende demostrar la existencia

de un cambio social y cultural producto de la resistencia a las formas de control ejercidas por los centros tradicionales de construcción del poder, mediante la ocupación y la apropiación de las redes de comunicación (en el sentido de haber sido capaz de generar autosuficiencia e independencia comunicativa), la revisión de los códigos culturales e intereses sociales implícitos y el desarrollo de políticas insurgentes orientadas al cambio político en el espacio público, definido como “el espacio de interacción social y significativa donde las ideas y los valores se forman, se transmiten, se respaldan y se combaten” (Castells, 2009:395).

La presente tesis doctoral pretende revisar, analizar y evaluar el alcance de dichas prácticas y modelos de acción comunicativa y de sus elementos constituyentes a partir de sus repercusiones, considerando que ha transcurrido un período de tiempo suficiente para analizar a) el poder de transformación de los nuevos modelos comunicativos experimentados por la sociedad civil, b) la influencia de su construcción de nuevos imaginarios culturales, así como c) el alcance de su estrategias de *reprogramación* de las redes de comunicación.

La autogestión de la comunicación y la información ha constituido un factor clave en la transformación de los agentes sociales desde finales del siglo XX, hasta el punto de que podamos hablar, sin miedo a equivocarnos, de un “verdadero activismo mediático” o “mediactivismo” (Berardi, 2004:2). Hoy, gran parte de los agentes que tradicionalmente quedaban excluidos del sistema de comunicación formal tienen capacidad (tecnológica y cultural) para gestionar nuevos flujos de información, y a través de ellos crear redes organizadas, capaces de hacer frente al sistema con un discurso elaborado y canalizado convenientemente. Los nuevos modelos de organización ciudadana han entendido la importancia de gestionar la información como mecanismo y herramienta de empoderamiento social, mediante el ejercicio del activismo mediático, a distintos niveles: desde el más estructurado, como espacios con vocación de constituirse en medios de información alternativa, al más informal, a través de blogs o redes sociales en Internet, tal y como ejemplifica la irrupción como actores sociales de comunidades virtuales de promoción de nuevas fronteras del ya citado espacio público, representados por, entre otros, la filosofía *hacker*, el movimiento en defensa del software libre, o diversos modelos contraculturales defensores del procomún, el conocimiento colaborativo o las licencias abiertas. La complementariedad de todos ellos ha creado un ecosistema de la información y la comunicación alternativa a nivel mundial que ha permitido nuevas formas de relación entre ciudadanos y responsables de toma de decisiones en el ámbito público o privado imposibles de concebir con anterioridad.

1.2. Estado del arte

La aparición y desarrollo del movimiento de justicia global como respuesta a la globalización neoliberal de las políticas no solo económicas, sino también sociales y culturales a nivel mundial en los últimos veinte años es el producto de un cambio de modelo de acción colectiva definido por muchos autores. Tarrow (2010) describe un “nuevo activismo transnacional” como consecuencia del cambio de acción colectiva experimentado en los años finales del siglo XX, evolución de la etapa histórica que los movimientos sociales empezaron a vivir a principios de los años 90. Este nuevo activismo se inserta en el marco de la revisión que autores como Della Porta y Diani (2011) o Ibarra (2005) realizan sobre las teorías de los movimientos sociales. Aunque esta tesis no tiene como objetivo realizar una revisión de la teoría de los movimientos sociales, necesita sostenerse en muchos conceptos que le son inherentes, como “estructura de oportunidad política”, “acción colectiva” o “identidad colectiva”, definidos por autores como Diani (1992) Tilly (1978; 1986), Tarrow (1997), Touraine (1994), Wieviorka (2011), Laraña y Gusfield (1994), Hunt, Benford y Snow (2001) o Tejerina (2010), por lo que se realiza una somera aproximación terminológica y contextualización en el campo de investigación que nos ocupa.

Este nuevo activismo transnacional se construye en un escenario mediático que Castells (1997a; 1997b; 1997c; 2001; 2006b; 2009; 2011) denomina “sociedad red”. Este contexto facilita el desarrollo de un nuevo modelo de acción comunicativa al que Castells llama “autocomunicación de masas”, y que permite a los movimientos sociales adquirir cotas de autonomía revolucionarias gracias a una estrategia de empoderamiento en la construcción de las narrativas y de emancipación mediante la apropiación de tecnologías cuyo acceso había estado limitado históricamente. La revolución de las comunicaciones que acompaña a la llegada de Internet exige una redefinición, no solo de los sujetos de la acción colectiva, sino de los propios actores de la acción comunicativa, al haber perdido vigencia el esquema de la comunicación ideado por Jakobson en 1958. Autores como Rheingold (2004), Lévy (2004), y Han (2014) contribuyen a definir las nuevas identidades colectivas, no solo como sujetos de la acción política, sino como sujetos de la acción comunicativa. La sociedad red definida por Castells provoca a su vez la creación de un nuevo modelo económico basado en el informacionalismo como paradigma, sobre el que autores como Anderson (2006) o Benkler (2015) ofrecen respuestas desde la perspectiva de los medios vinculados a los movimientos sociales, en la medida que el escenario dominado por los conglomerados mediáticos empuja a la reinención de la economía política de los medios.

El estudio de los modelos de acción comunicativa de los movimientos sociales viene precedido de una larga tradición crítica. La obra “Dialéctica de la ilustración” de Adorno y Horkheimer (1944) y la crítica de las industrias culturales de la Escuela de Frankfurt provocan el desarrollo de una corriente de literatura científica que somete a revisión

las posibilidades del empoderamiento comunicativo desde la perspectiva del compromiso social a lo largo del siglo XX. Autores contemporáneos de Adorno y Horkheimer como Walter Benjamin ([2004 [1934]]) y otros posteriores, como Enzensberger (1974), Baudrillard (1974) y Habermas (2010 [1981]) o más recientes como Mattelart (2002; 2010) o Hardt y Negri (2004; 2005; 2012) realizan aportaciones significativas a la teorización de las experiencias de acción comunicativa de la sociedad civil en sus diferentes manifestaciones desde una perspectiva histórica, intentando analizarlas desde diferentes prismas atendiendo a los enfoques de las diferentes teorías de la comunicación.

La evolución de la acción colectiva de los movimientos sociales, y su traducción en los diferentes ciclos de protesta experimentados en las dos últimas décadas se inserta en el marco de cambio social y cultural que muchos autores conciben a su vez como una evolución de la postmodernidad. La “modernidad líquida” de Bauman (2015 [2003]), o la “sobremodernidad” de Augé (2007) nos ayudan a entender la fisonomía de una sociedad que cambia con el cambio de siglo, compuesta por identidades virtuales, sujetos nómadas (Melucci, 1996), en un escenario que Fukuyama (2015) describe como “el fin de la historia”, ante la inevitabilidad de las democracias liberales tras la caída de los regímenes totalitarios basados en ideologías férreas como el fascismo y el comunismo. Esta nueva realidad social permite la redefinición de las esferas públicas conocidas, la pública y la privada, así como la creación de otras nuevas, que reconfiguran la centralidad de los discursos hegemónicos y permiten que las esferas periféricas sean reubicadas en los espacios de poder, siendo estudiadas por autores como Fraser (1997; 2008), Dahlgren (2005), Curran (2005) o Castells (2008a).

Aunque el discurso crítico ha realizado diferentes temporizaciones del proceso experimentado por los movimientos sociales, el estudio de los modelos de acción comunicativa de los movimientos sociales ha tenido una especial relevancia en las dos últimas décadas. Esta tesis doctoral pretende analizar los modelos de acción surgidos de tres períodos diferentes en esta franja de tiempo:

- En primer lugar, una fase inicial (1994-2001), marcada la por la revolución tecnológica que ha provocado Internet, y cómo la capacidad de ser usado a nivel doméstico ha dotado a los diferentes agentes de la sociedad civil de unas capacidades comunicacionales desconocidas hasta ahora. Unas de las primeras experiencias con Internet que transformarán el uso insurgente de las comunicaciones que emergen en Chiapas, durante la rebelión zapatista que se produce en enero de 1994 contra el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, descubren el enorme potencial de la red electrónica, lo que permite en los años sucesivos ir descubriendo las diferentes posibilidades ofrecidas para el uso activista. Diferentes campañas de apoyo y denuncia basadas en la difusión de información en línea, organización de protestas contra las principales reuniones

de las instituciones representativas de la globalización económica, y la posibilidad de construir y difundir mensajes en territorios virtuales inexistentes años antes, permiten ir depurando un modelo que alcanza un cierto nivel de madurez en Seattle, en noviembre de 1999, con la creación del Independent Media Center, una red mediactivista, que transformó las capacidades de comunicarse de la sociedad civil. Esta etapa se define por el modelo “contracumbre”, que articula al movimiento antiglobalización.

- En segundo lugar (2001-2009), una etapa de consolidación y exploración de tecnologías y formatos nuevos, en la que se abandona el modelo contracumbre y el Foro Social Mundial asume la lucha por la justicia global. Esta etapa se configura como un tiempo de transición, en una sociedad cambiante, que coordina sus luchas como movimiento de movimientos. Se produce un modelo de comunicación más formal en cierto sentido, buscando construir los fundamentos de “otra comunicación posible”, a la vez que se avanza en el uso de tecnologías móviles.
- Una tercera etapa (2009 a la actualidad), en la que surgen nuevos actores sociales, producto de las revueltas nacidas de la primavera árabe y los movimientos de indignación y ocupación que se replican en diferentes países, aunque sin origen y causa común. En sus prácticas incorporan las tecnologías de la información y el conocimiento no solo como herramienta de comunicación, sino también de organización y movilización social. Esta etapa se caracteriza fundamentalmente por el uso insurgente de las redes sociales on-line.

Aunque es innegable la formación de un movimiento de protesta transnacional que ha generado nuevos códigos y formas de comunicar que han trascendido fronteras físicas, no podemos obviar que los estudios realizados sobre la acción comunicativa de los movimientos sociales aparece marcado por una ecología de los saberes, en lo que algunos autores han descrito como *comunicación para el cambio social* (Chaparro, 2015; Marí, 2004a; Gumucio-Dragon y Tufte, 2008), pero que han revestido de nuevas formas y significados. Los estudios que existen al respecto se pueden agrupar en tres escenarios discursivos diferentes:

- Un primer escenario, influenciado claramente por la tradición discursiva anglosajona, y de forma muy especial por las universidades norteamericanas. Autores como Atton (2002; 2004; 2007; 2008), Bennett (2003; 2004), Ronfeldt y Arquilla (2001); Bailey, Cammaerts y Carpentier (2008), Hackett y Carroll (2006), Couldry y Curran (2003), Downing (2001; 2010), Jenkins (2008), Hands (2011),

Milan (2013), Pajnik (2009) o Silverstone (1999). Estos autores junto a Castells, han construido en los últimos veinte años los fundamentos de la comunicación alternativa, han teorizado sobre sus proyecciones y han delimitado el debate de sobre los modelos de acción comunicativa de los movimientos sociales. Sus aportaciones son determinantes para la elaboración de una teoría de la comunicación alternativa, y revisan en profundidad, desde una perspectiva científica, las prácticas comunicativas de los movimientos sociales desde la aparición de Internet.

Junto a estos autores hay que destacar la contribución de miembros de la comunidad universitaria norteamericana, que -aunque sus investigaciones no estén orientadas fundamentalmente a la construcción teórica de modelos de acción comunicativa-, han contribuido desde el compromiso social y político a la conformación de conceptos fundamentales para entender cómo el activismo mediático se ha revestido de valores y prácticas con un sentido de comunidad y, en cierto modo, de movimiento. Autores como Stallman (2004), Lessig (2005), Raymond (1999), Himanen (2002) o Levy (2010), han sido fundamentales para dotar de principios a los movimientos sociales en su acción comunicativa, a partir de ideas como software libre, cultura hacker, o conocimiento libre.

- Un segundo escenario discursivo, definido por estudios universitarios europeos centrados en el estudio de las prácticas sociales, desde la vinculación habitual entre las teorías de la comunicación y los estudios para la paz, el feminismo, las migraciones o la ecología. En este escenario, Italia o España destacan por su construcción de visiones teóricas influenciadas por enfoques sociológicos y antropológicos que abordan la crítica científica del activismo mediático a partir del análisis de prácticas de basadas en la resistencia y en la contransformación. Autores como Berardi (2004; 2007), Gerbaudo (2012), Candón (2011b; 2012; 2013), Chaparro (2014; 2015), Marí (1999; 2004a; 2011; 2013; 2016), Nos y otros (2008) Roig y Sádaba (2005), o Tascón y Quintana (2012), entre otros, aportan visiones poliédricas acerca del fenómeno del activismo mediático. Junto a estos, hay una creciente corriente de estudios multidisciplinares que lideran autores como Toret y otros (2013), junto a otros como Serrano, Calleja-López y Monterde (2014), especialmente interesados en los comportamientos del activismo en redes sociales y su vinculación a los movimientos de indignación y ocupación.
- Un tercer escenario discursivo, fundamentalmente latinoamericano. El enfoque del Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación en los años setenta, la creación de la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Faculta-

des de Comunicación Social (FELAFACS), y la constitución del Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina (CIESPAL), entre otros, visibiliza una perspectiva de los estudios de la comunicación desde una mirada Sur-Norte descuidada históricamente por las tradiciones académicas anglosajona y europea. Esta corriente ha realizado grandes contribuciones a la comunicación para el cambio social desde la óptica de las prácticas comunitarias, vinculadas a radios y medios participativos a lo largo del territorio latinoamericano. En este aspecto, son referentes autores como Schiller (1976; 1993), Ramiro y Fox de Cardona (1981), y otros que por razones varias se vinculan a la corriente latinoamericana o se dejan influenciar claramente. De esta manera, autores como Mattelart (2002; 2003; 2006; 2011a; 2011b), o Sierra (1999a; 1999b; 2004a; 2004b; 2009) reivindican la mirada latinoamericana en los estudios de comunicación social. Junto a ellos, influenciados por la filosofía surgida del Foro Social Mundial, que tiene su origen en la ciudad brasileña de Porto Alegre, podemos considerar en la misma corriente de pensamiento a otros como Chomsky (1997; 2010), Ramonet (1997; 1998; 2000; 2007; 2011) o George (2003; 2010). La mirada latinoamericana está asimismo claramente influenciada por Paulo Freire y Antonio Gramsci, “los autores fuera del ámbito anglosajón más reconocidos e incorporados a la reflexión teórica del Norte Global sobre la comunicación alternativa y comunicación para el cambio social” (Barranquero y Sáez, 2012:43).

La clasificación no pretende ser concluyente en modo alguno. El conocimiento que se ha construido en los últimos años es una síntesis de muchas visiones. En esta investigación hay muchos autores como Juris (2008a), Rodríguez (2001a) o Milan (2013) que difícilmente pueden ser ubicados de forma exclusiva a uno de los tres escenarios descritos, aún cuando creamos que éstos ayudan a visibilizar la diversidad de vectores discursivos en juego. Por otra parte, el progresivo abandono de las dicotomías centro-periferia de los primeros estudios postcoloniales (Fanon, 1972; Said, 1990), a los que se refieren Barranquero y Sáez (2012:41) y la creciente importancia de conceptos como “colonialidad de poder” o “epistemologías de la frontera” (Mignolo, 2000; Quijano, 2000), destacan que la ciencia que se produce en lugares “periféricos” (sic) como Latinoamérica -o, desde nuestra perspectiva, en la Europa Mediterránea (España, Italia)- en relación con centros hegemónicos de producción y distribución académica como Estados Unidos, Reino Unido, Alemania o Francia, se inscribe en una particular “geopolítica del conocimiento” a la que no todos tienen acceso y de la que tan sólo unos pocos poseen las llaves.

Por otra parte, el estudio de la comunicación ejercida por los movimientos sociales tiene una presencia muy residual en las universidades españolas. Gumucio (2004:15)

ha identificado apenas veinte universidades en todo el mundo con programas de grado o de doctorado con el perfil específico de Comunicación, Desarrollo y Cambio Social frente a los cientos y cientos de escuelas de periodismo y de comunicación centradas en los enfoques convencionales. La mayoría de los esfuerzos por crear espacios de reflexión, profundización e investigación son propuestos por los propios movimientos sociales. Algunas de las experiencias pioneras han sido el Foro de comunicación, educación y ciudadanía (Pamplona, 2006) que inició este giro en las formas de entender la Comunicación y la Educación para el desarrollo o, incluso antes, en las jornadas Comunicación para la solidaridad y la acción colectiva, organizadas por Hegoa, y celebradas en Bilbao, (2002). Igualmente merecen referencia experiencias como el XIII Foro de Investigación en Comunicación celebrado en Málaga en 2012 o el Congreso Internacional de Comunicación, Sociedad Civil y Cambio Social #comunicambio, promovido más recientemente por la Universitat Jaume I de Castellón en 2015.

Especialmente detallado en este sentido es el análisis de Marí, que retrata como sigue las tres grandes etapas que ha experimentado la Comunicación para el Desarrollo y para el Cambio Social, uno de los muchos conceptos que son manejados desde los estudios de los procesos de acción comunicativa de los movimientos sociales: tras una primera etapa de olvido y marginación, se llega a una segunda de eclosión (1990-2004), hasta alcanzar desde el año 2005 la actual de institucionalización, una etapa que describe de "implosión del campo, esto es, como una ruptura hacia adentro, debido a la inconsistencia y debilidad con la que fue construido en su fase de institucionalización" (Marí, 2013:41).

En la primera etapa descrita, Marí recoge las experiencias de los primeros núcleos dinamizadores de la Educación para el Desarrollo como pioneros en la introducción del pensamiento comunicacional en España, a los que le reconoce el haber podido "suplir la tarea que en otros contextos (latinoamericano y europeo) ha desempeñado la Universidad" y centros de investigación. El Instituto de Estudios sobre Desarrollo y Cooperación Internacional (Hegoa) de la Universidad del País Vasco, creado en el año 1987; el Centro de Investigación para la Paz (CIP) y el Instituto de Estudios para América Latina (IEPALA), la Fundació per la Pau (en Cataluña), Sodepaz y los centros universitarios españoles vinculados a la Compañía de Jesús, aparecen en la nómina de los precursores en los estudios de la comunicación en los movimientos sociales en España, junto a la Coordinadora estatal de ONGDs, que promueve en 1989, el primer Código de Conducta de Imágenes a propósito del Tercer Mundo (...) o ECOES, que introduce el enfoque de la comunicología latinoamericana en sus producciones audiovisuales y en sus propuestas formativas.

Junto a estas experiencias activistas (algunas al amparo de centros académicos), se producen los primeros trabajos orientados a la investigación desde la Facultad de Cien-

cias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid, que participan activamente en el I Encuentro de Almagro (1991) sobre Comunicación y Movimientos Sociales, “un espacio de reflexión y debate de excepción que intenta introducir, en el contexto español, la experiencia teórico-práctica de América Latina” (Marí, 2013:45).

A partir de 1994, las movilizaciones que reivindicaban destinar el 0,7% del PIB a los países más empobrecidos marcarán un antes y un después en el tratamiento del desarrollo y la cooperación en los medios de comunicación españoles. En esta época se desarrollan experiencias sólidas como los sucesivos congresos internacionales de radios y televisiones locales, públicas y alternativas, organizados bajo el auspicio de EMAR-TV, se crea el Instituto de Comunicación, en la Universitat Autònoma de Barcelona, bajo la dirección de Miquel de Moragas y se potencian estudios de investigación en diferentes Universidades, a la par que se crean organizaciones como “CIC-Batá”, cuya misión central es la Comunicación para el Desarrollo y la Comunicación Ciudadana o “Aire Comunicación”, con el apoyo de profesores del Máster de Televisión Educativa de la Universidad Complutense de Madrid.

En la tercera etapa descrita por Marí, de consolidación e implosión, se fomentan espacios de encuentro como el I y el II Foro de Comunicación, Educación y Ciudadanía (2006 y 2007), “un lugar de encuentro para aquellos actores implicados en el ámbito de la comunicación social y de la educación, con el objetivo de identificar y compartir experiencias de trabajo con los medios de comunicación y las NTIC que posibiliten formas novedosas de construir ciudadanía” (Marí, 2013:50), a la vez que se consolidan espacios creados anteriormente.

Finalmente, en el escenario universitario hispano convenimos en destacar 1) la creación del Instituto Interuniversitario de Desarrollo Social y Paz (IUDESP) en la Universidad de Alicante (2006), y posteriormente ampliado a la Universidad Jaume I (Castellón) bajo la coordinación de Eloisa Nós Aldás, 2) la significación de los grupos de investigación vinculados al Plan Andaluz de Investigación de la Universidad de Sevilla “Compóliticas”, dirigido por Francisco Sierra Caballero, de la Universidad de Málaga “Comunicación y poder”, dirigido por Marcial García López, y de la Universidad de Cádiz “Comunicación y Ciudadanía digital” bajo la dirección de Víctor Marí Sáez, así como del Instituto Universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada, 3) la creación en 2009 de la Red Estatal de Medios Comunitarios (ReMC), y los elementos de visibilidad y debate que esta red propone y favorece, o 4) la puesta en marcha y actividad de grupos de investigación como “@Dataanalysis15M” o el de “Redes, Movimientos y Tecnopolítica” en el marco del Internet Interdisciplinary Institute (IN3) de la Universitat Oberta de Catalunya, dirigido durante más de una década (2002-2013) por el propio Manuel Castells Oliván.

1.3. Justificación de la investigación

Las prácticas comunicativas de los movimientos sociales han tenido un dudoso encaje en las teorías de la comunicación desarrolladas fundamentalmente a lo largo del siglo XX. La búsqueda de un modelo de acción comunicativa alternativa en los diferentes ciclos de acción colectiva que se han ido sucediendo en las últimas décadas ha desafiado la construcción de las teorías clásicas de comunicación.

Aunque el estudio de la comunicación en el ámbito de los movimientos sociales se ha teorizado en las últimas décadas de manera creciente, lo ha sido de forma insuficiente a juicio de muchos autores. De acuerdo con Kidd, aunque después de Seattle [refiriéndose a las protestas contra la Organización Mundial del Comercio de noviembre de 1999] hubo una explosión de literatura académica, “gran parte de ella descuidó la construcción larga, lenta y de sur a norte del movimiento de justicia global, atribuyendo en su lugar el éxito en Seattle a las redes descentralizadas, flexibles y distribuidas de Internet” (Kidd, 2015:459).

También Barranquero y Sáez denuncian la invisibilidad de un tipo de comunicación que a lo largo de décadas se ha mostrado especialmente útil para la construcción de ciudadanía, cultura democrática o mejoras sociales: la comunicación alternativa y para el cambio social. Ambos autores defienden que la comunicación alternativa y para el desarrollo no sólo han permanecido invisibilizadas como parte de la esfera pública, sino también como objeto teórico (Barranquero y Sáez, 2009). En apoyo de sus afirmaciones citan autores como Atton, según el cual “los medios alternativos y radicales difícilmente aparecen en las tradiciones teóricas dominantes de la investigación sobre medios, por lo que la reflexión sobre la comunicación alternativa y para el cambio social se ha constituido como un ámbito *menor* de la enseñanza de las teorías de la comunicación, en correspondencia con la concepción de una esfera pública compuesta únicamente por comunicaciones públicas-estatales y privado-comerciales” (Atton, 2002:7).

El conjunto de estos y otros autores afines, ponen de manifiesto como se ha privilegiado históricamente como tema de investigación teórica a los grandes medios de comunicación, sin cuestionar sus implicaciones epistemológicas al delimitar artificialmente el campo de investigación de la comunicación de masas, y volver invisible la comunicación alternativa y la comunicación para el cambio social como objeto y como ámbito de discusión dentro de las teorías de la comunicación. “Las experiencias de comunicación alternativa y de la comunicación para el cambio social son objetos de estudio “indisciplinados”, cuyas expresiones se han caracterizado históricamente por su carácter inconstante, difuso y en ocasiones efímero: si se los mira con el mismo foco de análisis que los medios tradicionales no se podrá decir mucho de ellos y su influencia será denostada. Por esto mismo, es necesario también aplicar sobre estos objetos

una mirada histórica de largo plazo, pues su existencia es mucho más antigua y compleja de lo que parece a primera vista, al punto que su persistencia histórica y geográfica pone en evidencia su influencia en la vida social como expresión de las luchas por el cambio social, lo que evidentemente también incide (...) en la invisibilización de los propios sectores contra-hegemónicos ‘internos’ en los respectivos centros de poder” (Barranquero y Sáez, 2010).

La eclosión de Internet como tecnología al alcance de los ciudadanos ha modificado los modelos de relación social entre las personas, y de forma más específica las estrategias de acción colectiva de los movimientos sociales, que han descubierto el poder que esconden sus prácticas comunicativas. En el marco del ciclo de acción colectiva que surge en la última década del siglo XX, se ha producido una transformación de las prácticas comunicativas de los movimientos sociales, que ha reconfigurado su capacidad de influir y transformar la realidad que les rodea. Explotando el poder emancipador de los medios que en su día anticipara Enzensberger ante el desarrollo de la tecnología en los años 70 del siglo pasado, los movimientos sociales contemporáneos han trabajado para modificar y posicionarse en nuevas esferas de poder. En la presente investigación abordamos las consecuencias que dichas prácticas comunicativas han tenido como estrategias de empoderamiento de los movimientos sociales contemporáneos a partir de nuestra afinidad con las siguientes consideraciones teóricas establecidas por Boaventura De Sousa Santos:

1. En primer lugar, en este trabajo de investigación realizamos aproximaciones críticas a multitud de términos y conceptos que van dando sentido al estudio propuesto, aunque todo gire en torno a dos ideas fundamentales: “empoderamiento” y “soberanía”, cuyo uso defiendo como sustantivos, y no como adjetivos (entiéndase “empoderamiento comunicacional” y no “comunicación para el empoderamiento”; “soberanía tecnológica” y no “tecnología para la soberanía” o “tecnología para la emancipación”). La diferencia es importante, si la analizamos desde la denuncia que hace Santos de la pérdida de los sustantivos críticos, cuando afirma en este sentido que “hubo un tiempo en que la teoría crítica era *propietaria* de un conjunto vasto de sustantivos que marcaban su diferencia en relación a las teorías convencionales o burguesas, (...) que hoy aparentemente han desaparecido”, citando, entre otros (...) “socialismo, comunismo, dependencia, lucha de clases, alienación, participación, fetichismo de las mercancías, frente de masas, etc.” (Santos, 2011:25). Consideramos por tanto que resulta interesante conocer en qué medida las prácticas comunicativas de los movimientos sociales a partir del movimiento antiglobalización se han reapropiado de estos conceptos para subvertir las relaciones de poder y dependencia, y cómo los han reinterpretado en una sociedad con esquemas de valores diferentes a los de finales del siglo pasado.

2. En segundo lugar, tratamos de realizar este estudio desde un enfoque epistemológico del “Sur Global”, concretando la idea de epistemología del Sur como “el reclamo de nuevos procesos de producción y de valoración de conocimientos válidos, científicos y no científicos, y de nuevas relaciones entre diferentes tipos de conocimiento, a partir de las prácticas de las clases y grupos sociales que han sufrido de manera sistemática las injustas desigualdades y las discriminaciones causadas por el capitalismo y por el colonialismo (...) entendiendo que no se trata de un concepto geográfico, sino más bien de una metáfora del sufrimiento humano causado por el capitalismo y el colonialismo a nivel global y de la resistencia para superarlo o minimizarlo” (Santos, 2011:35), que identifica un “Sur Global” anticapitalista, anticolonial y anti-imperialista, contraponiéndolo a un “Norte Global” en la forma de poblaciones excluidas, silenciadas y marginadas. Este enfoque epistemológico propuesto, que hacemos propio en la presente investigación, parte a su vez de dos premisas fundamentales: “Primero, la comprensión del mundo es mucho más amplia que la comprensión occidental del mundo. Esto significa, en paralelo, que la transformación progresista del mundo puede ocurrir por caminos no previstos por el pensamiento occidental, incluso por el pensamiento crítico occidental (sin excluir el marxismo). Segundo la diversidad del mundo es infinita, una diversidad que incluye modos muy distintos de ser, pensar y sentir, de concebir el tiempo, la relación entre seres humanos y entre humanos y no humanos, de mirar el pasado y el futuro, de organizar colectivamente la vida, la producción de bienes y servicios y el ocio. Esta inmensidad de alternativas de vida, de convivencia y de interacción con el mundo queda en gran medida desperdiciada porque las teorías y conceptos desarrollados en el Norte Global y en uso en todo el mundo académico, no identifican tales alternativas y, cuando lo hacen, no las valoran en cuanto contribuciones válidas para construir una sociedad mejor”, razón por la cual Santos defiende que “no necesitamos alternativas, sino un pensamiento alternativo de alternativas” (Santos, 2011:35).
3. En tercer lugar, esta investigación está orientada por una *sociología de las ausencias* y una *sociología de las emergencias*, distantes en relación con la tradición crítica occidental (Santos, 2011:30 y ss.), que considera urgente y necesaria la visibilización y estudio de los modelos de acción comunicativa desarrollados por los movimientos sociales como prácticas contrahegemónicas en las últimas décadas, enterradas por el flujo predominante de los grandes medios, del *mainstream*. Frente a la concentración de medios como estrategia para dominar el poder simbólico, han emergido una serie de iniciativas que defienden el “activismo mediático” o el “mediactivismo” como espacio de producción cultural

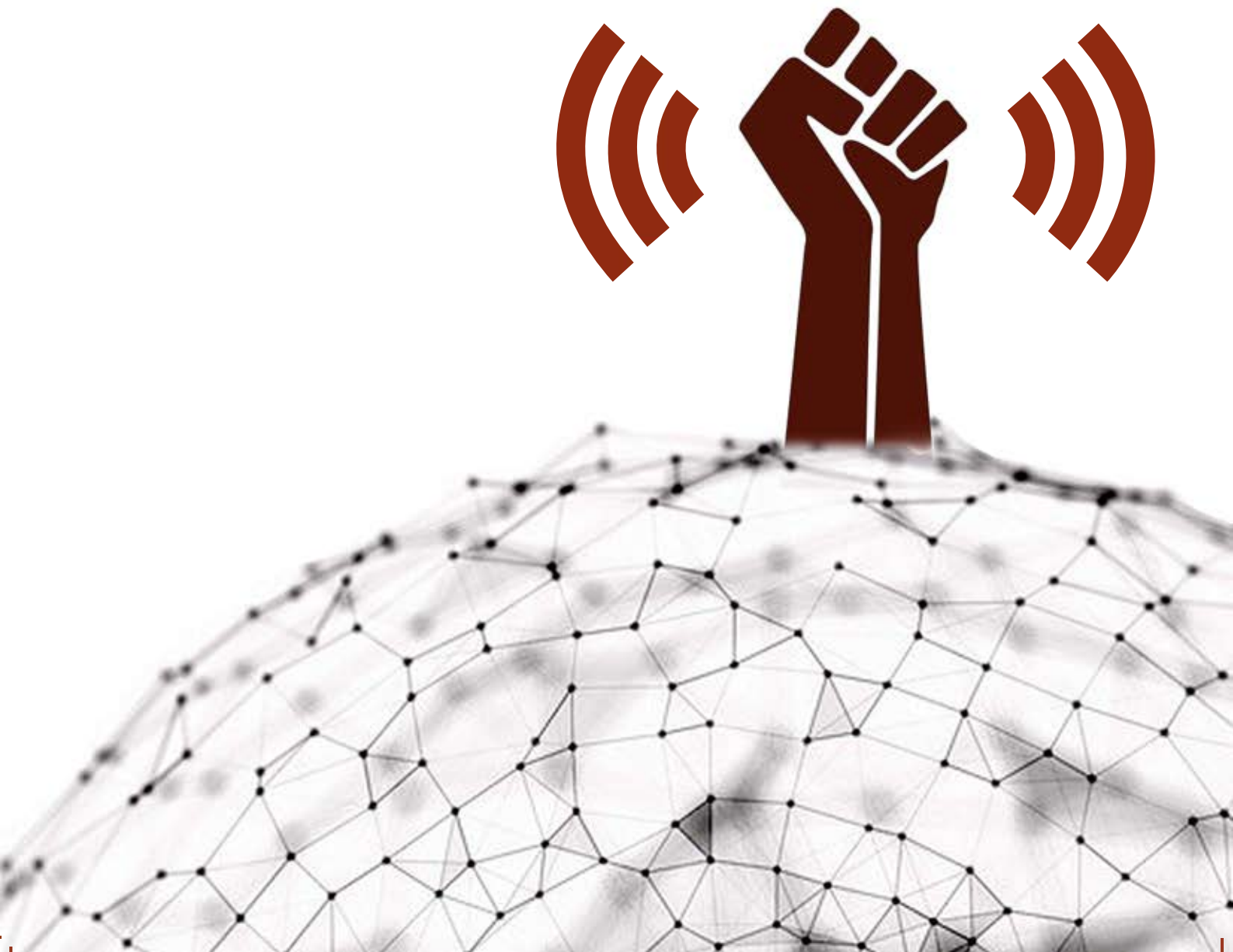
alternativa al poder formal de plena significación. Convenimos igualmente con Santos en defender que la discrepancia entre la teoría y la práctica es constitutiva del pensamiento crítico occidental del siglo XX, y en que “hoy en día estamos confrontados con un fenómeno nuevo, a saber la enorme discrepancia entre lo que está previsto en la teoría y las prácticas más transformadoras en curso”, sugiriendo que (...) “nos encontramos con prácticas políticas que se reconocen como emancipadoras, pero que no estaban previstas por las grandes tradiciones teóricas de la izquierda eurocéntrica o que incluso las contradicen” (Santos, 2011:26).

Asimismo, junto a las consideraciones previas que hacemos nuestras, afrontamos igualmente la presente investigación desde un intento de “abrir las Ciencias Sociales” (Wallerstein, 2007b) intentando reconocer y abordar la complejidad de los seres humanos y de la naturaleza, así como de sus interacciones y problemas, reducir el *etnocentrismo* que ha venido rigiendo como frontera natural los estudios sociales, profundizar en la pluralidad de visiones del mundo, así como entender la objetividad como resultado del aprendizaje humano, poniendo el asunto en consideración de todos los investigadores o pensadores que que tengan conocimiento o interés sobre el objeto de estudio, todo ello desde una perspectiva transdisciplinar y poliédrica de nuestro objeto de estudio.

La presente investigación aborda así el estudio necesario de las transformaciones habidas en los modelos de acción comunicativa en los últimos treinta años, partiendo del tránsito que se produce de lo que se conoce como los *Nuevos Movimientos Sociales* a los *Novísimos Movimientos Sociales*, y su evolución hasta la actualidad. Todo ello, incardinado además en la importancia -que hacemos nuestra- de profundizar tanto a) en la investigación del proceso general de redefinición profunda del mapa de agentes y medios sociales que la emergencia de Internet ha comportado de forma revolucionaria, como en b) el análisis crítico del conjunto de espacios, plataformas y procesos de comunicación alternativa que se dibujan en el interior de la nueva cultura mediática contemporánea (Tubella y Alberich, 2012).

2

METODOLOGÍA



2. Metodología

2.1. Objetivos de la investigación

La confluencia de dos factores como han sido la aparición de Internet en los años finales del siglo XX, y el cambio en los modelos de acción colectiva experimentados por los movimientos sociales ante lo que se conoció como la “globalización”, ha permitido el desarrollo de nuevas estrategias de acción comunicativa gracias al uso insurgente de las redes y las tecnologías emergentes. El nuevo escenario exige analizar críticamente la simbiosis de estos factores. Para ello, esta investigación busca satisfacer los siguientes objetivos generales:

1. Investigar los usos de los nuevos medios por parte de la sociedad civil, especialmente de las tecnologías 2.0, en la creación de nuevos espacios de lucha social.
2. Confrontar las visiones y fundamentos teóricos en que se basan los diferentes modelos de activismo mediático contemporáneo con los lenguajes utilizados, las estrategias comunicativas desarrolladas y los valores y principios que defienden y promueven.
3. Analizar la evolución experimentada en las distintas formas de expresión del movimiento de resistencia global, desde su primitiva expresión como movimiento antiglobalización, a las nuevas expresiones del movimiento de indignación.
4. Evaluar la capacidad de influencia del activismo mediático a partir de la apropiación de las redes y del empoderamiento comunicativo, así como los cambios sociales, culturales y políticos producidos como consecuencia de éste.

5. Verificar la trascendencia y significación de las redes de comunicación global surgidas a partir de los modelos comunicativos desarrollados por el movimiento de protesta internacional.

Vinculadas a la satisfacción de los objetivos generales precedentes, nos formulamos la concreción de éstos a partir de las siguientes preguntas de investigación a las cuales intentamos dar respuesta con el desarrollo de la presente investigación doctoral:

- ¿Qué significación han tenido los nuevos medios y las denominadas tecnologías 2.0 para la emergencia efectiva de nuevos espacios de lucha social en la sociedad contemporánea?
- ¿Qué fundamentos teóricos basan los diferentes modelos de activismo mediático contemporáneo? ¿Son coherentes los lenguajes utilizados, las estrategias comunicativas desarrolladas por cada uno de éstos con los valores y principios que defienden y promueven?
- ¿Cuál ha sido la evolución de las distintas formas de expresión del movimiento de resistencia global en la sociedad de la información? ¿A qué se debe esta evolución?
- ¿Qué capacidad de influencia ha alcanzado el activismo mediático contemporáneo? ¿Cuáles han sido los cambios sociales, culturales y políticos producidos como consecuencia de éste?

2.2. Metodología de la investigación

Mi experiencia personal como sujeto involucrado en el activismo mediático arranca en 1994, a partir de las acampadas del 0,7% del PIB que se desplegaron en Granada, como en tantos otros lugares por aquellos días, en los que Internet estaba llegando a nuestras vidas, ofreciéndonos a los sujetos implicados la posibilidad de unir la revolución de las comunicaciones con la revolución social a la que aspirábamos, convencidos (como seguimos muchos) de que podíamos cambiar el mundo que nos rodea. Desde entonces, de muchas maneras y en muchos sitios, la comunicación y los movimientos sociales han formado parte de mi vida.

Con este pasado, no puedo evitar afrontar esta investigación desde lo que Haraway (1995) llama el “conocimiento situado”, aquel conocimiento “que se crea a partir de conexiones parciales entre posiciones materiales y semióticas (en el que intervienen actores – y actantes – humanos, tecnológicos, “naturales”, híbridos...), defendiendo que los conocimientos situados son encarnaciones (y visiones) en las que la posición desde

la cual se *mira* define las posibilidades de lectura y acción (...) Es decir, permite posicionamientos en que sólo algunas verdades son posibles. Gracias a esta posición se pueden establecer conexiones parciales con otros agentes para construir conocimiento. Conexiones porque hay lenguajes y experiencias compartidas y parciales porque todas las posiciones difieren entre sí y no se conectan a partir de su identidad sino de la tensión entre semejanza y diferencia entre ellas" (Montenegro y Pujol, 2003:303).

Aunque Haraway desarrolla el concepto de "conocimiento situado" en relación a los estudios feministas, consideramos adecuado apropiarnos de él y aplicarlo al objeto que nos ocupa cuando ésta afirma que "necesitamos aprender en nuestros cuerpos, provistas de color primate y visión estereoscópica, cómo ligar el objetivo a nuestros escáneres políticos y teóricos para nombrar dónde estamos y dónde no, en dimensiones de espacio mental y físico que difícilmente sabemos cómo nombrar, concluyendo que (...) la moraleja es sencilla: solamente la perspectiva parcial promete una visión objetiva, (...) pero no cualquier perspectiva parcial. Debemos ser hostiles a los relativismos fáciles y a los holismos contruidos a base de destacar y subsumir las partes, y (...) buscar la perspectiva desde puntos de vista que nunca conoceremos de antemano, que prometen algo extraordinario, es decir, el poderoso conocimiento para construir mundos menos organizados en torno a ejes de dominación" (Haraway, 1995:326 y ss).

Ha sido en y desde este "conocimiento situado", que veinte años después de mi primera experiencia personal con el activismo mediático, tuve la tentación de contrastar con los teóricos de las Ciencias Sociales si las conclusiones a las que había llegado desde lo vivido, y desde el contacto diario con las prácticas comunicativas de los movimientos sociales encontraban respaldo en la Academia. Esta investigación pretende someter a una profunda revisión crítica el conocimiento que he acumulado en las últimas dos décadas, influido por un posicionamiento ideológico firme y construido desde la mirada activista apasionada, para lo cual he necesitado tomar distancia de esta realidad, una distancia que me ayudase a construir un análisis dialógico de las razones y de los porqués de lo que hacía(mos) y experimentaba(mos).

En coherencia con el enfoque previo, el presente trabajo de investigación está construido a partir de una metodología esencialmente cualitativa multidisciplinar, en la medida que nuestro objeto de estudio necesita apoyarse en los estudios de Ciencias de la Comunicación, la Sociología, la Antropología o la Filosofía de forma transversal.

Para ello, hemos procedido en primer lugar a una exhaustiva búsqueda documental, revisión bibliográfica, lectura y análisis crítico de tesis doctorales, monografías y artículos científicos -afines con nuestros objetivos y preguntas de investigación- publicados fundamentalmente a lo largo de las últimas dos décadas. Hemos aspirado con ello a recoger a) tanto el eco "académico" de aquellas prácticas que han servido para hacer comunicación "desde" (en oposición al "para") los propios movimientos sociales, como

b) el conjunto de análisis discursivos esenciales en el propio desarrollo de los espacios comunicativos de los movimientos sociales contemporáneos a escala global.

Se ha premiado asimismo en todo momento el rigor de la cita fiel y literal de las distintas voces recabadas, con el fin de evitar que la voz interior de este doctorando y activista resuene y contamine en demasía el rigor de la investigación propuesta, buceando en el complejo campo discursivo de la comunicación alternativa contemporánea en su confluencia con las implicaciones éticas y políticas de las nuevas tecnologías de la información y comunicación.

Tras el análisis exhaustivo de la literatura científica, la investigación básica desarrollada se ha complementado mediante técnicas de observación directa simple, y análisis de casos y experiencias, aplicando en ocasiones técnicas de investigación participante capaces que aportar matices cualitativos difíciles de reconocer y alcanzar de forma cuantitativa al examen a distintos niveles de las tan diversas prácticas comunicativas desarrolladas en el marco común del activismo mediático contemporáneo, desde redes informales de comunicación social, hasta modelos de organización comunicacional más estructurados.

2.3. Estructura de la investigación

Hemos desarrollado el abordaje de los objetivos y preguntas de investigación precedentes a partir del diseño y elaboración de una memoria de tesis doctoral en nueve capítulos, a partir de la siguiente estructura general en tres bloques: i) un primer bloque formado por dos capítulos iniciales de corte introductorio y metodológico (Capítulo 1: Introducción; Capítulo 2: Metodología), ii) un segundo bloque formado por los cinco capítulos que articulan el cuerpo central de la tesis (Capítulo 3: Aproximación terminológica a la teoría de los movimientos sociales; Capítulo 4: Aproximación genealógica a los modelos de acción colectiva en los movimientos de protesta; Capítulo 5: Activismo, comunicación y tecnología: Contextos políticos, filosóficos y sociológicos en el cambio de siglo; Capítulo 6: Sociedad red y activismo mediático; Capítulo 7: Empoderamiento comunicacional y soberanía tecnológica en el movimiento de protesta), y iii) un tercer y último bloque con dos capítulos de conclusión de la investigación (Capítulo 8: Modelos y vectores de desarrollo en el ecosistema de medios alternativos; Capítulo 9: Conclusiones).

En el Bloque I, introductorio y metodológico, realizamos en primer lugar (Capítulo 1: Introducción) la contextualización del fenómeno cuyo estudio abordamos, delimitando las fronteras históricas y temáticas en las que se desarrolla la investigación, aportando información sobre la situación de los estudios existentes sobre la comunicación alternativa y sus diferentes manifestaciones, así como la justificación de la investigación. A

continuación, ofrecemos (Capítulo 2: Metodología) el dibujo y delimitación metodológica de la tesis, sus objetivos, preguntas de investigación, técnicas de investigación empleadas y estructura de la tesis.

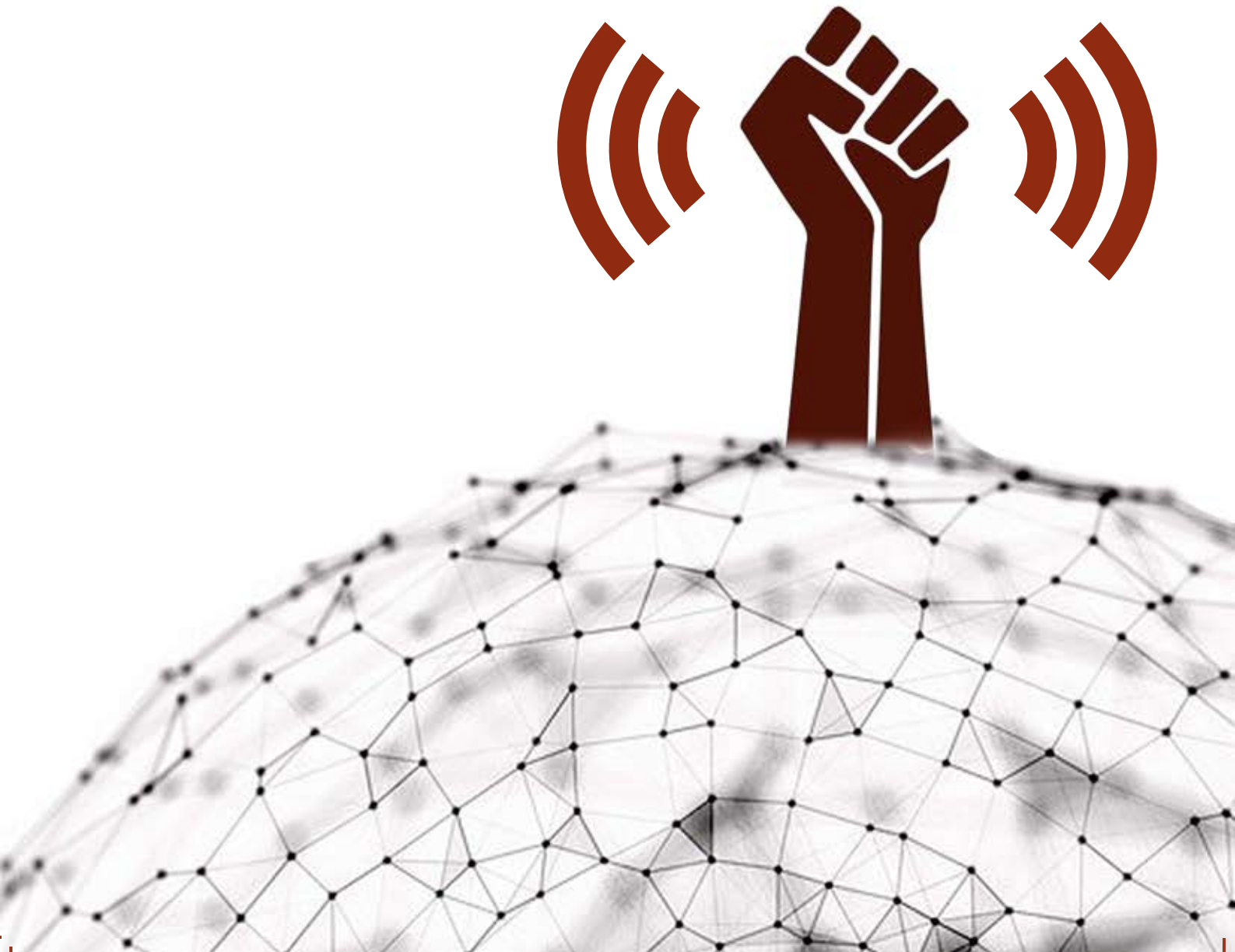
En el Bloque II de la tesis, se ofrece en primer lugar (Capítulo 3: Aproximación terminológica a la teoría de los movimientos sociales) una aproximación conceptual a determinados conceptos de la teoría general de los movimientos sociales que constituyen el marco referencial de conocimiento, dado que existe una gran dispersión terminológica utilizada por la literatura científica, que en determinados casos puede provocar confusión. De esta manera, analizaré los principales conceptos que identifican a los actores, los procesos, los medios, los espacios y los tiempos que son objeto de esta investigación, a fin de crear un corpus que facilite la relación terminológica y evite la confusión. A continuación (Capítulo 4: Aproximación genealógica a los modelos de acción colectiva en los movimientos de protesta), se realiza un recorrido por los momentos más importantes de la sociedad civil en los últimos veinte años, relacionando los diferentes ciclos de acción colectiva, ciclos de protesta y experiencias de acción comunicativa de los movimientos sociales. En el siguiente capítulo (5: Activismo, comunicación y tecnología: Contextos políticos, filosóficos y sociológicos en el cambio de siglo) se realiza la revisión crítica del contexto social en el que se desarrolla el nuevo paradigma del informacionalismo, como marco referencial de los nuevos movimientos sociales, con estructuras organizacionales diferentes y con posiciones ideológicas revisadas a los que le precedieron décadas atrás, para abordar a continuación (Capítulo 6: Sociedad red y activismo mediático) los fundamentos de la sociedad red, el informacionalismo y la auto-comunicación de masas propuesto por Manuel Castells, en relación con las prácticas comunicativas insurgentes de los movimientos sociales. Se analizan las formas en las que los movimientos sociales asumen una estructura reticular y cómo ésta les sirve para articular sus prácticas contrainformativas. Finalmente, este segundo bloque concluye con el abordaje en profundidad (Capítulo 7: Empoderamiento comunicacional y soberanía tecnológica en el movimiento de protesta) de los conceptos de “empoderamiento comunicacional” y “emancipación tecnológica” y los diferentes elementos en base a los cuales los movimientos sociales construyen un nuevo escenario mediático, y cómo la apropiación de los lenguajes y de las tecnologías, acompañados de valores diferenciadores, permiten a la sociedad civil en sus diferentes manifestaciones construir un escenario mediático revolucionario.

El último Bloque III de la tesis presenta con aspiración conclusiva de ésta tanto a) una revisión crítica de la evolución que han experimentado diferentes prácticas en el ecosistema comunicacional de los movimientos sociales en los últimos veinte años, a partir de la observación e identificación de una serie de vectores y tendencias significativas en su seno (Capítulo 8: Modelos y vectores de desarrollo en el ecosistema de medios

alternativos), como finalmente b) la síntesis de las conclusiones alcanzadas por el conjunto de la investigación desarrollada en respuesta a los objetivos y preguntas de investigación planteadas inicialmente (Capítulo 9: Conclusiones).

3

APROXIMACIÓN TERMINOLÓGICA A LA TEORÍA DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES



En este capítulo realizaré una aproximación a los conceptos que ayudan a construir la idea de activismo mediático, desde la teoría de los movimientos sociales. En esta tesis abordaré un estudio de los movimientos sociales y de sus modelos de acción comunicativa; pero el concepto de movimientos sociales no es algo inmóvil, sino que está redefiniéndose continuamente por los influjos de la sociedad, de la cultura, de la política, la economía y muchos otros factores, que también evolucionan con el tiempo, y es necesario analizar.

Alrededor de los movimientos sociales hay muchos otros conceptos importantes que constituyen los cimientos del activismo. Son el marco referencial que nos permite entender su comportamiento. Por ello, sin entrar en excesivas profundidades, necesitamos asomarnos a los actores, los procesos, los medios, los espacios y los tiempos, desde los estudios más recientes sobre teorías de los movimientos sociales.

Este abordaje conceptual se realiza con respecto a un marco histórico determinado, el que va desde finales de los 90 hasta la mitad de la segunda década del siglo XXI; en estos años, la aparición de Internet y su expansión masiva como tecnología de la información y la comunicación desarrollan nuevas capacidades comunicativas de los movimientos sociales, hasta el punto que cambia, no solo la dimensión espacio-temporal de estos, sino que altera incluso su fisonomía, las formas de construir su identidad, los modos de generar la acción colectiva y los repertorios de protesta desarrollados anteriormente.

Aunque todos estos son elementos inherentes a la teoría general de los movimientos sociales desarrollada desde hace décadas, considero importante realizar una lectura de estos conceptos, centrando la mirada en los movimientos sociales que protagonizan el objeto de estudio de esta tesis.

3. Aproximación terminológica a la teoría de los movimientos sociales

3.1. Los actores: El sujeto y sus formas de organización

El objetivo inicial de esta tesis de *investigar los usos de los nuevos medios por parte de los movimientos sociales* exige una primera aproximación conceptual al sujeto de estudio. El concepto de movimientos sociales permite enfoques muy diferentes, sobre el que multitud de autores han construido una teoría general que sería excesivo resumir aquí. Por otra parte, el concepto ha evolucionado en diferentes etapas históricas, y bajo condiciones sociales diversas.

Los movimientos sociales han desarrollado estrategias de acción comunicativa de carácter insurgente en las dos últimas décadas como parte de su repertorio de acción colectiva. Estos movimientos sociales se desarrollan en un contexto social y político que pretende romper con la Modernidad, resumida por Giddens (1994:60 y ss.) por cuatro rasgos fundamentales: (1) el capitalismo (entendido como acumulación de capital en el contexto de mercados competitivos de trabajo y de productos); (2) el industrialismo (que conduce a la transformación de la naturaleza y a modificaciones en el medio ambiente); (3) la “surveillance” o control de la información y la supervisión social (a través de instituciones estatales y paraestatales); y (4) el poder militar (basado en el control de los medios para ejercer la violencia en el marco de la industrialización de la guerra).

En este contexto, Pastor identifica a los movimientos sociales y los diferencia de otro tipo de actores políticos y sociales como los partidos, los grupos de interés y de presión o las ONGs (admitiendo que estas fronteras son poco claras en la práctica), en la medida que “se han ido construyendo social, política y culturalmente como agentes de expansión de lo posible y, por tanto, con voluntad de modificar las agendas políticas y

las creencias colectivas o el 'sentido común' dominantes". Los rasgos definitorios de estos movimientos serían "el desafío, la acción colectiva, el conflicto, el cambio, la organización duradera y formas de acción principalmente no convencionales para determinar la especificidad de unos actores cuya identidad colectiva no sería el punto de partida sino, más bien, el de llegada -y siempre en reconstrucción- a medida que se genera un 'consenso de trabajo en común', no incompatible con su diversidad", a lo que posteriormente añade "la necesidad de que esos movimientos tengan como propósito compartido la denuncia de uno u otro marco de injusticia que pueda verse manifestada en los espacios públicos" (Pastor, 2006:135).

El nuevo escenario de la globalización que se implanta a finales del siglo XX va a cambiar la fisonomía de estos movimientos sociales, que pasan de tener estructuras jerárquicas, a construirse mediante redes. Las formas de organización cambian en los primeros años del siglo XXI, para replantear profundamente la idea de colectivo social, que empieza a estar configurado por identidades colectivas complejas heterogéneas. La estructura deja de ser importante y toman protagonismo las estrategias, que van desarrollando "una multitud global [que] se mueve más por convicciones, razones y valores que por intereses de clase o de grupo social determinado" (Pastor, 2006:145).

Para analizar sujeto y sus formas de organización, Wieviorka (2011:22) propone partir de la definición que da Touraine (1994), que llama 'sujeto' "a la construcción del individuo (o del grupo) como actor, mediante la asociación de su libertad afirmada y de su experiencia vivida, asumida y reinterpretada. El sujeto es el esfuerzo de transformación de una situación vivida en acción libre".

A partir de este concepto, Wieviorka, afirma que "las identidades culturales y religiosas de hoy en día atañen en gran parte a la subjetividad personal de los que las proclaman: más que reproducidas, son producidas. Son la expresión colectiva de decisiones individuales que ellas agregan, que proceden, por retomar un vocabulario clásico, del 'achievement' personal, la realización de uno mismo, más que de la 'ascription', la determinación por la imputación a una identidad predeterminada".

El pensamiento estructuralista de los 60 y 70 ha forjado en el sujeto un enemigo. Resume Wieviorka esta corriente de pensamiento diciendo que "para los maestros pensadores inspirados por el estructuralismo, el funcionamiento y la evolución de las sociedades que se rigen por el peso de las instancias, de las estructuras, de los aparatos, los mecanismos abstractos, admitir la idea del Sujeto es un error o una ingenuidad: el hombre no es más que el juguete de unas fuerzas que se le escapan", para a continuación declarar su obsolescencia y proclamar (según las ciencias sociales contemporáneas) que "el sujeto es quien se resiste a las lógicas de los sistemas, del soberano, de Dios, de una comunidad y de su ley, o quien se escapa de todo eso y es actor, construye

su experiencia y se hace autónomo, pero no independiente, porque no hay exterioridad fuera de la vida social” (Wieviorka, 2011:28).

Concluiré estas alusiones iniciales a Wieviorka haciéndome eco de sus palabras cuando dice que “la sociología del Sujeto no es una especie de psicología despolitizada, ahistórica, asocial, (...) lo que implica pensar lo social, el individuo dentro de la sociedad frente a las instituciones”. Sin embargo, aclara que es necesario introducir aquí una constatación empírica: “la tendencia dominante de las sociedades contemporáneas es preocuparse de la autonomía personal mucho más que de la responsabilidad o de la solidaridad” (Wieviorka, 2011:31). Por tanto, en el cambio de siglo, el paso de la sociedad post-industrial a la sociedad del conocimiento conlleva un cambio de comportamiento de los sujetos marcado por lo que Wieviorka llama “autonomía personal”. Lo individual adquiere protagonismo frente a lo colectivo y el sentido de lo comunitario necesita ser redefinido en base a los nuevos valores. En ese marco de intervención, el activismo y las personas activistas exigen una redefinición.

Analizar la categoría del sujeto en los modelos de acción comunicativa de los movimientos sociales que protagonizan el cambio de siglo exige, por tanto, profundizar en cómo han evolucionado estos movimientos sociales en las últimas dos décadas, y en cómo se han creado nuevas formas de organización colectiva. La virtualización de las comunicaciones ha influido poderosamente en la construcción de nuevas formas de organización social, y en la readaptación social de otras clásicas, en un escenario en el que la colectividad transforma sus formas y significados. Surgen propuestas teóricas que pretenden dar nombre y características a formas complejas de organización social que emergen con Internet: las “multitudes inteligentes” de Rheingold (2004), definidas como “grupos de personas que emprenden movilizaciones colectivas —políticas, sociales, económicas— gracias a que un nuevo medio de comunicación posibilita otros modos de organización, a una escala novedosa, entre personas que hasta entonces no podían coordinar tales movimientos; la “inteligencia colectiva” de Lévy (2004), que conceptualiza como “una inteligencia repartida en todas partes, valorizada constantemente, coordinada en tiempo real, que conduce a una movilización efectiva de las competencias, mediante (...) el reconocimiento y el enriquecimiento mutuo de las personas, y no el culto de comunidades fetichizadas o hipostasiadas”; los “enjambres digitales” de Han (2014), que identifica con “la incapacidad de narrar de las redes, (...) que solo cuentan acontecimientos que se suceden sin parar, pero son incapaces de estructurar, vivificar o animar”, donde el hombre-masa ha sido sustituido por hombres aislados que no se manifiestan en una sola voz, no hay un nosotros, no es coherente, “es un ruido”; la “multitud” de Hardt y Negri (2005) que los autores pretenden diferenciar de masa, pueblo o clase, y que identifican con un “trabajo inmaterial” que encierra un potencial enorme de transformación social positiva, en la medida en que produce directamente relaciones sociales; o la “sociedad red” de Castells (1997a), que plantea un

modelo de sociedad construido en base a redes de información que procesan, almacenan y transmiten información sin restricciones de distancia, tiempo ni volumen.

Los cambios que se reflejan en los movimientos sociales a finales de siglo XX responden a un nuevo tipo de sociedad que Melucci (1996) define con el concepto de “sociedades complejas” y que Candón caracteriza por “una transformación en la forma de producción dentro de las sociedades capitalistas avanzadas con una creciente mediación de sistemas de información y de símbolos en la producción y distribución de objetos materiales”. Candón afirma que “las teorías anteriores partían de la existencia de un movimiento para analizar después cuándo y cómo se moviliza, pero la propia existencia del actor colectivo es precisamente lo que necesita ser explicado”. En este sentido, “la existencia del movimiento no puede por tanto considerarse como un dato sino como un producto. La identidad colectiva sería, por tanto, el proceso por el cual los actores producen estructuras cognoscitivas comunes que son fruto del reconocimiento emocional y que les impulsan a la acción, un nivel intermedio en el que los individuos evalúan y reconocen lo que tienen en común y les lleva a actuar de forma conjunta. La construcción cultural de esa identidad colectiva es el punto de partida mientras que la acción colectiva es sólo la manifestación o la consecuencia de la construcción de una identidad colectiva previa. Distingue así dos niveles de existencia en los movimientos sociales, el “nivel de latencia” y el “nivel de visibilidad” (Candón, 2011b:55).

El concepto de movimiento social, no obstante, tiene una relación directa con la idea de identidad colectiva, como sugieren también Hunt, Benford y Snow. Para estos autores, “los marcos de referencia de la acción colectiva concentran la atención en una situación particular considerada como problemática, producen una atribución de su responsabilidad a determinadas personas o hechos y articulan propuestas alternativas. Mediante este proceso, los marcos priorizan las problemáticas, constituyendo el espacio identitario” (Hunt y otros, 2001:221 y ss.). Es así como se forman las identidades colectivas, otro elemento importante a tener en cuenta en este breve recorrido por la teoría de los movimientos sociales. Para estos autores, las identidades colectivas están formadas por “la gama de características destacadas que la organización del movimiento admite o imputa a otros conjuntos de actores”, señalando tres tipos de identidades al respecto:

- **Protagonistas:** Son las personas que forman parte del movimiento. La identidad colectiva en este perfil consiste en “una serie de significados atribuidos a la identidad de los individuos y grupos destinados a convertirse en defensores de la causa del movimiento”, según los cuales (...) “los miembros del movimiento interpretan las acciones individuales y colectivas como manifestaciones de ciertas predisposiciones morales, cognitivas, estratégicas y afectivas”. Este tipo de identidad Hunt y sus colegas la relacionan con los marcos de pronóstico, en lo que

se establece el plan a seguir, la estrategia y el programa de acción, lo que implica “un proceso de construcción social y el reconocimiento de los motivos e identidades de los protagonistas”.

- **Antagonistas:** Son las personas o colectivos que se oponen a los intereses de los protagonistas. La identidad de este perfil se forja por atribución; tal y como defienden Hunt y sus colegas “consiste en una serie de atribuciones de identidad a individuos y grupos que se oponen al movimiento y (...) orientan el análisis de los actores de los movimientos sociales sobre los puntos débiles y la fortaleza de sus adversarios, y son elementos fundamentales en su estrategia de acción”. Este tipo de identidad genera marcos de diagnóstico y “formula demandas implícitas sobre sus propias características, las de su organización y las de terceros, y se atribuyen otras a sí mismos u otros de forma implícita como la de afirmar que no están dispuestos a tolerar la injusticia, el sufrimiento humano y cosas parecidas, a diferencia de los que hacen las personas y grupos que se les oponen”, lo que les permite (...) “hacer distinciones sobre quiénes están dentro o fuera del grupo”.
- **Audiencias:** Son el público en general, no implicado ni afectado por la acción colectiva. La identidad de este perfil relaciona “a los que se supone imparciales o bien observadores no comprometidos, y que pueden reaccionar ante las actividades del movimiento, o informar sobre ellas a otros”, y a los que se considera (...) “capaces de recibir favorablemente los mensajes de los protagonistas. Conocer bien a estos públicos favorables permite identificar qué otros tipos de marcos pueden tener resonancia, qué clase de ‘evidencia’ hay que presentar para apoyar las demandas del movimiento y de qué forma se pueden usar los símbolos culturales de las audiencias para impulsar esas demandas”.

No obstante, la identidad colectiva no se construye en una única dirección. Este proceso está influido por el entorno con el que se relaciona, especialmente en lo que a este estudio se refiere, el entorno mediático. Hunt y sus colaboradores afirman en este sentido, que “los movimientos sociales tienen que interpretar las declaraciones de las personas ajenas al mismo, sobre sí mismas y sobre otras identidades -personales y colectivas- de protagonistas de otros grupos asociados con el movimiento”, lo que pueden hacer en cuatro direcciones distintas: (1) interpretando dichas atribuciones de identidad como incorrectas, (2) presentándolas como un reflejo adecuado de las propias identidades individuales y colectivas, (3) mostrándolas como ‘problemas de imagen’, es decir, imágenes distorsionadas sobre el movimiento, o (4) enmarcándolas como descripciones adecuadas de problemas en la identidad del movimiento (Hunt y otros, 2001:241).

Aunque la crítica y la opinión pública mantienen la idea de *movimiento social* como un actor importante de las relaciones sociales, la forma de percibirlos cambia en los últimos tiempos con la implantación de estructuras y formas de organización más horizontales, menos jerárquicas, a la vez que menos dependientes de poderes fácticos, especialmente partidos políticos y sindicatos, en los que tradicionalmente han venido sujetando sus aspiraciones de convertir utopías en realidades. De la misma manera, los nuevos tiempos conllevan la redefinición ideológica de estos sujetos, que toman distancia con los postulados clásicos del marxismo, al que empezaron a abandonar a mediados de los 60, con la relativización de la lucha de clases como fundamento y la reinención de la idea de revolución, que deberá librarse en territorios y con herramientas diferentes a las que hasta ahora habían considerado.

Tarrow define a los movimientos sociales como “desafíos colectivos planteados por personas que comparten objetivos comunes y solidaridad en una interacción mantenida con las élites, los oponentes y las autoridades”, atribuyéndoles con ello cuatro propiedades: *desafío colectivo, objetivos comunes, solidaridad mutua e interacción sostenida con oponentes*, aunque el concepto ha evolucionado en los últimos años de la misma forma que lo ha hecho la sociedad civil. La idea de concebir a los movimientos sociales como desafíos colectivos y no como estructuras formales nos aproxima a un escenario redefinido con el cambio de siglo, en el que el sentido de pertenencia es relativizado (Tarrow, 1997:21).

Las formas de organización colectiva hoy en día significan muchas cosas, especialmente en un mundo dominado por el individualismo. Castells, en este sentido, percibía que “el papel más importante de Internet en la reestructuración de las relaciones sociales es su contribución al nuevo modelo de sociabilidad, basado en el individualismo”, afirmando, no obstante, que “el individualismo en red constituye un modelo social, no una colección de individuos aislados. Los individuos construyen sus redes, on line y off line sobre la base de sus intereses, valores, afinidades y proyectos” (Castells, 2001:151).

Por otra parte, es interesante acercarse al concepto de ciudadanía, que adquiere nuevos sentidos desde la óptica del cosmopolitismo en el marco de una cultura global, que según Castells puede observarse en tres niveles: En primer lugar, para una reducida pero influyente minoría de gente, existe la conciencia de un destino común del planeta que habitamos, ya sea en cuanto a medio ambiente, derechos humanos, principios morales, interdependencia económica global o seguridad geopolítica. Éste es el principio de cosmopolitismo respaldado por actores sociales que se consideran ciudadanos del mundo; (...) en segundo lugar, hay una cultura global multicultural que se caracteriza por la hibridación y mezcla de culturas de distintos orígenes, como en la difusión de la música hip hop en versiones adaptadas en todo el mundo o los vídeos remezclados que pululan por YouTube. En tercer lugar, la que quizás sea la capa fundamental

de la globalización cultural es la cultura del consumismo, directamente relacionada con la formación de un mercado capitalista global (Castells, 2009:167).

La reconfiguración de las estructuras clásicas en las organizaciones sociales se traduce en lo que Hardt y Negri (2004:227), desde su mirada postmodernista, consideran una mezcla de unidad y singularidad que configura la nueva identidad social, que utilizaría la “cooperación” y la “hibridación” para vencer la desigualdades del sistema, todo ello en un marco de intercambio lingüístico facilitado por las nuevas redes de conexión de grupos sociales. Gelado apunta a un cambio de modelo organizacional, afirmando que “en el momento en el que la multitud es consciente de los intentos del Estado por convertirla en una masa indiferenciada (...) salta la espita de la rebelión” (Gelado, 2009:22). Citando a Hardt y Negri (2004:129) para los que “la producción biopolítica de la multitud tiende a movilizar lo que comparte en común y lo que produce en común contra el poder imperial del capital global”, Gelado afirma que “será después de esa toma de conciencia y después de la oposición creativa y cooperativa al sistema capitalista global cuando la multitud tendrá la posibilidad de gobernarse a sí misma”. En ese cambio de modelo, afirma que “es imprescindible la organización, usando la terminología de Castells, de la ‘sociedad en red’”, para aclarar a continuación que (...) “no se trata de una organización de red tradicional, sino un nuevo modelo que sustituye el par contradictorio identidad / diferencia por el par complementario comunalidad / singularidad”.

Para Gelado (2009:20), este elemento es importante en la medida que introduce una variación con respecto a la idea de alteridad; frente al temor a la diferencia, Hardt y Negri propugnan que será la capacidad de hibridarse, de mezclarse (lo que Negri llama “metamorfosis biopolíticas”), la que otorgue a la multitud un poder que le permita cambiar el presente sistema. Hardt y Negri (2004:256) consideran que “la creación de la democracia es la única manera de consolidar el poder de la multitud”, a la vez que (...) “la multitud nos proporciona un sujeto social y una lógica de la organización social que hoy hacen posible por primera vez la realización de la democracia”.

Aunque Hardt y Negri han sido criticados por cambiar el término de *masa* o *proletariado* por el de *multitud*, y por desvincularla del concepto de *clase social*, no cabe duda de que no se trata de un simple eufemismo. La ruptura de las dependencias históricas de los movimientos sociales de final del siglo XX con el pensamiento marxista reconfigura la fisonomía de los sujetos que conciben la lucha política desde otro prisma social. De esta manera, Hardt y Negri (2004:127) justifican el uso de “multitud” en la medida que “esta constituye una multiplicidad de singularidades”. La multitud se fundamenta en “la singularidad como sujeto social cuya diferencia no puede reducirse a la uniformidad”, de manera que (...) “sigue siendo plural y múltiple”.

Sin entrar en demasiados detalles, aunque iremos profundizando en ello, el concepto de movimiento social evoluciona en los últimos años hacia un territorio desconocido.

Los desafíos colectivos en los que se concretan están basados en relaciones de multitud, organizados en forma de red y sin un fuerte sentido de pertenencia de clase.

3.2. Los procesos: La acción colectiva y sus marcos de interpretación

El acceso a las tecnologías por parte de los movimientos sociales siempre ha sido una cuestión controvertida, en la medida que siempre han estado dominadas por el capital. En el actual contexto, la universalización de Internet y las nuevas tecnologías de la comunicación han permitido que la protesta social despliegue metodologías desconocidas hasta ahora, basadas en el uso de las nuevas herramientas digitales. Conviene centrar el debate de si se ha desarrollado un nuevo activismo social basado en las tecnologías que podríamos llamar *tecnoactivismo*, o si las tecnologías contribuyen a construir un nuevo marco de acción colectiva.

En este sentido, afirma Diani que “tal vez deberíamos recordar que las tecnologías no hacen una acción colectiva, sino que son los hombres y las mujeres los que las hacen posible. Lo hacen, es evidente, dentro del contexto de su época. Pero este no es un contexto puramente (ni principalmente) tecnológico. Es, en el mejor de los casos, un contexto multidimensional, en el que la tecnología interactúa con otros factores para modelar los patrones de acción colectiva. Entre esos factores se encuentran ciertamente los entornos relacionales en los que están inmersos los manifestantes y que son al mismo tiempo creados o reformados por el despliegue de la acción colectiva” (Diani, 2011:469).

Sin embargo, y aceptando el hecho de que la tecnología de la comunicación no genera acción colectiva, sí que “afecta significativamente a su contexto y moldea sus formas” (Howard, 2011) y “genera una perspectiva relacional” (Monge y Contractor, 2003). Esta afirmación ya la realizó Diani en los primeros años de la antiglobalización (Diani y McAdam, 2003) y la trae a colación, a para analizar las revueltas egipcias de 2011 en plaza Tahrir, citando a Srinivasan (2011) según el cual “al fijarnos en las tecnologías y en los pocos jóvenes que las utilizan activamente, ignoramos una narrativa mucho más poderosa: la historia de cómo se crean sinergias entre las clases para movilizarse como una red sin depender de las redes sociales. En Egipto, estas redes pueden incluir conexiones familiares, vecindarios, mezquitas e instituciones históricas, como la anteriormente prohibida Hermandad Musulmana. Las nuevas tecnologías apenas erosionan o abruman estos modelos clásicos de comunicación e intercambio de información”.

La llamada de atención de Diani nos sirve para enmarcar el poder y el peso de las nuevas tecnologías en las movilizaciones producidas desde la aparición de Internet, y nuestra tendencia a polarizar las visiones entre escépticos y entusiastas.

Según Diani (2011:470) podemos diferenciar al menos entre cuatro “modos de coordinación de la acción colectiva” diferentes:

- Un modo “organizativo”, en el que los límites del actor colectivo se superponen con los de organizaciones específicas, y no existe un intercambio sistemático de recursos entre las organizaciones.
- Un modo “coalicional”, en el cual los recursos se intercambian a través de redes densas, pero de una manera fundamentalmente instrumental, es decir, con identidades y compromisos que permanecen dentro de los confines de organizaciones específicas.
- Un modo de “movimiento social”, en el que se producen intercambios densos de recursos entre organizaciones que también se sienten parte de un proyecto político más amplio y de más largo plazo.
- Un modo “comunitario / subcultural”, en el que los actores experimentan un sentido de comunidad que atraviesa los límites de grupos específicos, pero no hay intercambio sistemático entre organizaciones.

Como consecuencia de estos procesos, una de las grandes aspiraciones de los movimientos sociales fue la de subvertir la idea de democracia, agotada en el ideal de representatividad que sucedió a las grandes guerras y castigada por un nuevo orden internacional que delega en la tecnocracia la soberanía popular, por un modelo de democracia participativa que realmente sea capaz de garantizar los derechos ciudadanos por encima de los corporativos.

Sin intención de profundizar excesivamente en las diferentes corrientes, evolución histórica y enfoques teóricos sobre los movimientos sociales, que autores como Diani (1992) o Berrío (2006) resumen magistralmente, recogiendo el pensamiento de Smelser (1963), Turner y Killian (1987), McAdam, McCarthy y Zald (1996), Tilly (1978), Tournaine (1993; 1997) o Melucci (1994; 1996) partiré de los fundamentos de Tarrow (1997), que profundiza sobre la idea de acción colectiva en muchas de sus obras. Tarrow (1997:33) afirma que el problema de los movimientos sociales, en lo que se refiere a la acción colectiva, es de carácter social, es decir, consiste en “cómo coordinar a poblaciones desorganizadas, autónomas y dispersas de cara a una acción común y mantenida”. Para Tarrow, este problema se resuelve “respondiendo a las oportunidades políticas a través del uso de formas conocidas, modulares, de acción colectiva, movilizándolo a la gente en el seno de redes sociales y a través de supuestos culturales compartidos”. Por tanto, el concepto de *acción colectiva* guarda una relación estrecha con las estructuras de organización, pero fundamentalmente se refiere a los procesos.

Junto a la acción colectiva debemos tener en cuenta la idea de *estructura de oportunidad política*, a la que se refiere como “aquellas dimensiones congruentes (aunque no necesariamente formales, permanentes o nacionales) del entorno político, que fomentan o desincentivan la acción colectiva entre la gente” (Tarrow, 1997:49). Tarrow, al hablar de estructura de oportunidades políticas se refiere a los “incentivos para que la gente participe en acciones colectivas al afectar a sus expectativas de éxito o fracaso (...), lo que nos ayuda a comprender por qué los movimientos adquieren en ocasiones una sorprendente, aunque transitoria, capacidad de presión contra las élites o autoridades y luego la pierden rápidamente a pesar de todos sus esfuerzos”, de la misma manera que (...) “ayuda a comprender cómo se extiende la movilización a partir de personas con agravios profundos y poderosos recursos a otras que viven circunstancias muy distintas”.

De esta manera, la oportunidad política permite que los actores de la acción colectiva pongan a prueba los límites del control social mediante los procesos de difusión y contagio, generando *ciclos de protesta*, que son las oportunidades creadas por los más ‘madrugadores’ que ofrecen incentivos para la formación de nuevos movimientos. En esta línea, Candón defiende que “aún cuando la percepción de la apertura de oportunidades políticas no dependa exclusivamente de su difusión en Internet, esta puede ser utilizada para impulsar la acción colectiva en un contexto propicio”, de manera que (...) “la percepción de Internet como oportunidad política debe ser percibida y esto sucede especialmente en el ciclo de protesta del movimiento altermundista”. Candón sostiene que “aunque el uso de Internet para la protesta ya había sido experimentado, por ejemplo por el movimiento neo-zapatista mexicano, Seattle difunde la percepción de la Red como una oportunidad para la protesta a nivel mundial. Internet es valorado como un recurso útil y valioso tanto para la organización y la coordinación de la acción colectiva como para la difusión del movimiento. A su vez, redes como Indymedia amplían los flujos informativos entre las organizaciones de los movimientos sociales, permitiendo expandir oportunidades políticas detectadas en otros ámbitos” (Candón, 2011b:256).

El enfoque que aporta la *estructura de oportunidad política* constituye un momento de superación de teorías anteriores, como la *teoría de movilización de recursos*, que según Candón (2011b:34) “considera la participación de los individuos en la acción colectiva como un acto racional basado en el cálculo de costes y beneficios”, analizando la acción colectiva como (...) “la creación, pérdida, intercambio o redistribución de recursos, entendidos estos como cualquier bien material o inmaterial reconocido como tal y que es movilizado por los actores para la consecución de sus objetivos”. Esta teoría, a su vez, vino a dar una explicación racional a los enfoques clásicos que encontraban las respuestas a la acción colectiva “en la irracionalidad del comportamiento colectivo que se explican por la sugestión del líder, la atomización de los individuos o el contagio de

las masas”, considerando que “mientras el individuo aislado se comporta racionalmente, al integrarse en las masas se vuelve irracional y actúa motivado por pasiones e impulsos gregarios configurando una ‘unidad mental’ de masa” (Candón, 2011b:26).

Otro elemento a tener en cuenta desde un punto de vista conceptual es el de *marcos de acción colectiva*, que Gamson (1988) define como “significados compartidos o conceptos por medio de los cuales la gente tiende a definir su situación”, en base a los cuales se desarrollan las movilizaciones sociales. Delgado recoge las investigaciones de Gamson, concluyendo que un marco de acción colectiva se refiere a “esquemas interpretativos de la realidad que inspiran y legitiman las actividades y campañas no ya de un individuo, sino de un movimiento social”, considerándolos como (...) “formas de comprender el entorno de problemáticas que implican la necesidad y el deseo de actuar, como resultado de la negociación de significados y sentimientos preexistentes en una población dada, los cuales se gestan en el interior de las organizaciones o movimientos. En tal sentido, el poder movilizador del marco no radica en los valores, las creencias y las normas de individuos particulares que se agregan para impulsar la acción, sino en los entendimientos y sentimientos que de manera intersubjetiva se configuran en asociación durante el mismo proceso de la acción colectiva, acudiendo a la sabiduría popular, al conocimiento de la experiencia y a los repertorios de las culturas políticas que circulan por los medios de comunicación” (Delgado, 2007:48).

Gamson identifica tres componentes centrales en los marcos de acción colectiva, según resume Candón: “(1) Los marcos de injusticia o marcos de diagnóstico definen el problema y sus causas e identifican a los responsables, son orientaciones cognitivas y afectivas que hacen que un movimiento interprete una situación como injusta; (2) los marcos de pronóstico definen la estrategia apropiada para solucionar el problema planteado, la capacidad de agencia o la conciencia del movimiento respecto a las perspectivas de éxito y eficacia de su acción para transformar esa realidad identificada como injusta; y (3) los marcos de identidad realzan la pertenencia al grupo y el reconocimiento colectivo que permite al movimiento construir una autoconcepción de sí mismo como actor social diferenciado de sus adversarios” (Candón, 2011b:43).

Delgado (2007:45) recurre a Melucci (1994:120) para llamar la atención sobre la necesidad de “concebir los movimientos sociales como agencias de significación colectiva, que difunden nuevos significados en la sociedad a través de formas de acción colectiva”, lo que para este autor supone considerar tres aspectos:

- Que los movimientos sociales apelan a la solidaridad entendida como la capacidad de sus miembros para definir y reconocer un sentido del nosotros, y desde ahí compartir y construir una identidad colectiva como producto del proceso de atribución de significado y de las cambiantes situaciones que motivan la acción colectiva.

- Que la movilización explicita un conflicto social en la medida en que los miembros perciben una condición problemática o un aspecto de sus vidas no simplemente como una desgracia, sino como una injusticia, configurando paulatinamente un marco de interpretación compartido desde donde justifican y legitiman su acción colectiva.
- Que la acción busca romper los límites del orden en que se produce, por lo cual se considera básica la capacidad del movimiento para provocar rupturas en las fronteras del poder en el que se desarrolla su acción política; el propósito es diferenciar los movimientos de otros fenómenos que no tienen la intención de producir cambios en dicho sistema de normas y relaciones sociales.

Desde esta categorización de los movimientos sociales “como agentes que simbolizan la transformación de la organización social preexistente”, Delgado considera que están orientados principalmente “hacia el cambio social, cuya búsqueda es considerada esencial y donde la acción colectiva adquiere su dimensión política”.

El escenario que nos ocupa, dominado por la globalización neoliberal ha permitido construir nuevos modelos de identidad colectiva, configurada por el carácter transnacional de las luchas y los procesos de acción colectiva, algo novedoso en los movimientos sociales contemporáneos. Estas novedades se resumen, según Arias, en “(1) el cuestionamiento del orden cultural y simbólico de la globalización; (2) la emergencia de un único movimiento global, que a la vez expresa una emergente identidad colectiva global; y (3) la existencia de nuevas formas de movilización, caracterizadas por emplear estratégicamente los medios de comunicación globales y las nuevas tecnologías de la información”, dudando a este respecto de que (...) “la acción colectiva transnacional sea una mera transposición, a escala, de la acción colectiva nacional”. Apoyándose en Keck y Sikkink (1998:17) y Khagram Riker y Sikkink (2002:12) sostiene que “la construcción de nuevos marcos cognitivos es esencial para la estrategia política de los movimientos transnacionales, empeñados en lograr por ese camino, para algunos ya con éxito, la reestructuración de la política mundial, de forma que aquellos enfoques inclinados a concebir los movimientos sociales como agentes de creación de significado tendrán, en principio, menos dificultades para reconocer aquellas transformaciones que el proceso de globalización en curso supone para los mismos” (Arias, 2008:18).

El proceso de transnacionalización en el campo de la movilización colectiva se desarrolla en tres dimensiones: “a) la difusión de ideas, prácticas y marcos organizativos de unos países a otros, en absoluto nueva, pero potenciada por la accesibilidad y rapidez de las comunicaciones; b) la domesticación, o acción colectiva nacional referida a pro-

blemas originados en el exterior; y c) la externalización, o protesta frente a una organización supranacional con el objetivo de que intervenga en un problema doméstico” (Della Porta y Tarrow, 2004:1).

El concepto de movimiento social como sujeto de la acción colectiva experimenta, por tanto, un cambio radical en la última década del siglo XX, influido por unas tecnologías que le permiten descubrir un modo de relación que supera las fronteras y la posibilidad de conectar luchas locales desde una visión global.

3.3. Los medios: Tecnologías de las comunicaciones

Cuando Tarrow escribe su primera edición de “El poder en movimiento”, afirma que “los movimientos sociales (al no ser grupos y carecer de coordinación obligada) rara vez están en condiciones de resolver su problema de acción colectiva a través de la internalización” (Tarrow, 1997:48). Sin embargo, la aparición de Internet en el ámbito doméstico, y por tanto en las prácticas de los movimientos sociales, dota a la acción colectiva no solo de una nueva herramienta, sino de un nuevo marco de acción colectiva que trasciende las fronteras de los estados-Nación y transnacionaliza las luchas.

Tarrow cita a Tilly (1986) para recurrir a la idea de “repertorio de confrontación” que este define como la “totalidad de medios de que dispone un grupo para plantear exigencias de distinto tipo a diferentes individuos o grupos” (Tarrow, 1997:65). Tarrow trae a colación este término para afirmar que el repertorio es a la vez “un concepto estructural y un concepto cultural”. Desde este punto de vista se hace imprescindible “estudiar la relación entre los cambios producidos en el repertorio de acción colectiva y el nacimiento y desarrollo de los movimientos sociales”, un interrogante que emerge de la sociología histórica de Tilly a juicio de Tarrow.

No cabe duda de que Internet ha venido a revolucionar el repertorio de confrontación de los movimientos sociales, y con ello los marcos de acción colectiva de las últimas dos décadas, sin abandonar lo que Tarrow denomina los repertorios *antiguo y tradicional*, que han sido actualizados a los nuevos tiempos, dado que los repertorios están contruidos “por la memoria colectiva y las culturas de movilización aprendidas a lo largo de la historia tomando las estrategias que han tenido éxito o que mejor se adaptan al contexto actual” (Candón, 2013:73). Así, para Pecourt, “las diferencias entre el activismo moderno que ha imperado a lo largo del siglo XX y el nuevo activismo digital que se está imponiendo en el siglo XXI son muy importantes, pero sería erróneo considerar que existe una fractura total entre ambos fenómenos”, de manera que (...) “las tecnologías digitales posibilitan nuevas prácticas, y estas posibilidades se aprovechan dependiendo de las circunstancias específicas y de las habilidades técnicas de los participantes”; en este sentido, establece una serie de matices entre las diferentes prácticas, afirmando que “en algunos casos, las nuevas tecnologías se han adaptado a los

repertorios clásicos del activismo para lograr el alcance global (activismo digital aumentado), en otros casos se han explorado las posibilidades de las nuevas tecnologías para crear repertorios nuevos que no tienen una vinculación directa con los anteriores (activismo digital innovador, activismo digital recursivo). Mientras los primeros siguen instalados en la cultura de masas y se limitan a realizar versiones digitales de las tácticas y estrategias empleadas anteriormente en los medios impresos y audiovisuales, los segundos, prescinden de las estrategias clásicas (o las dejan en un lugar secundario), para buscar cauces más eficaces y más adaptados a las características específicas de la cultura digital. La adopción de la cultura digital, por tanto, es gradual y selectiva, y no brusca o rupturista” (Pecourt, 2015:94).

Así, las nuevas tecnologías de la información han permitido que se generen mecanismos contenciosos de protesta desconocidos hasta entonces, pero han permitido a la vez redescubrir las calles y las plazas como espacio de encuentro y de lucha, si bien, “la influencia de Internet en el repertorio de confrontación de los movimientos sociales es importante tanto por facilitar la acción colectiva convencional como por incluir un nuevo catálogo de acciones propias de la red”, de manera que (...) “este nuevo catálogo de acciones colectivas se vale de los múltiples recursos tecnológicos disponibles: desde el simple correo electrónico a los manifiestos on-line, campañas virtuales, llamadas a la movilización colectiva, boletines informativos y videoconferencias, todos estos recursos comunicacionales son utilizados como forma de dar visibilidad a los pensamientos y acciones de los movimientos” (Candón, 2011b:265). Fleischman (2004), citado por Candón, afirma en este sentido que “este activismo no sustituye otras formas de participación política tradicionales, sino que las refuerza (...) potencializando las tradicionales formas de participación social (protestas, demostraciones y manifestaciones en espacios públicos) con la interactividad en medios digitales”.

Para Candón (2011b:266), hay tres niveles de uso de internet para la acción colectiva:

- Organización y coordinación de acciones convencionales: Aunque más relacionado con las estructuras de organización que con los repertorios de acción, Internet “se emplea para organizar y coordinar acciones convencionales que tienen lugar en el espacio físico, (...) y tiene influencia en la forma que adquieren tales movilizaciones”.
- Enriquecimiento de acciones convencionales, en la medida que “Internet permite participar, de forma virtual, en una acción convencional sin estar presente en el espacio físico en el que se desarrolla”.
- Acciones propiamente virtuales, que son “campañas y acciones de protesta cuyo único escenario es la propia red Internet”.

Hay muchos autores que se esfuerzan en establecer una taxonomía en relación a los repertorios de acción colectiva, que iremos analizando a lo largo de esta Tesis. Además de Tarrow y Tilly, autores como Ibarra (2005) o Rucht y otros (1999) se esfuerzan en catalogar las acciones de protesta. Pero lo importante ahora, es aceptar el hecho de que la irrupción de Internet ha generado un nuevo escenario de protesta social, que no solo está construido tecnológicamente, sino que tiene una dimensión creativa desconocida en otros espacios de lucha, y que permite el desarrollo de un repertorio totalmente revolucionario.

3.4. Los espacios: Nuevos territorios físicos y virtuales en la acción colectiva

De las muchas cosas nuevas que aporta Internet y las nuevas tecnologías a los movimientos sociales es la reconceptualización de la idea de *territorio*, que deja de estar vinculado al espacio físico. Puede parecer metafórico, pero el espacio de los movimientos sociales está cada vez más en el éter. De esta manera, el nuevo contexto de las relaciones sociales altera muchos otros elementos que anteriormente estaban asociados al espacio físico.

A lo largo de esta tesis utilizaré conceptos relacionados con el espacio en el que se desarrollan los procesos de acción colectiva y sus modelos de acción comunicativa, que analizaré convenientemente. Globalización, mundialización, internacionalización, transnacionalización y otras ideas similares conviven en este texto, con la intención de respetar su uso por parte de los autores citados en la mayoría de las ocasiones, pero sobre todo con la firme convicción de que no podemos (ni debemos) encontrar un término unánime en este sentido. Todos apuntan a realidades similares, pero a la vez están cargados de matices que hacen necesario su uso en un análisis complejo de la sociedad contemporánea.

La diversidad terminológica y conceptual, en cualquier caso, ayudará a comprender la evolución que experimentan ideas como imperialismo o colonialismo, aparentemente superadas, pero necesitadas de una actualización.

No considero importante centrar el debate sobre la acepción más adecuada, sino en la paradoja de los espacios a los que se enfrenta el mundo postmoderno. La superación de las luchas territoriales en el ámbito de la economía, la política, y -especialmente por el estudio que aquí nos ocupa- de la cultura, así como la aparición de los territorios virtuales, nos obliga a redefinir la idea de hegemonía y contrahegemonía, de insurgencia y contrainsurgencia en la actualidad.

La idea de hegemonía ha estado históricamente vinculada a un territorio, a un espacio físico delimitado por fronteras, determinado por la capacidad de establecer el orden, y a una identidad cultural, determinada por la capacidad de elaborar discursos imperantes.

Frente a la idea de hegemonía y contrahegemonía, muchos autores se resisten a abandonar las ideas de *imperialismo* y *antiimperialismo*, sobre las que se han construido multitud de discursos insurgentes, no solo por los movimientos sociales, sino por la propia academia. Esta visión del imperialismo clásico ejercido por las grandes potencias neocolonialistas, tienen una dimensión cultural muy importante en América Latina, influenciados por las luchas a favor del Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación promovido en la década de los setenta. Como referente, Schiller asumió el concepto de imperialismo cultural como “el que mejor describe la suma de procesos a través de los cuales una sociedad es introducida en el moderno sistema mundial y cómo su clase dominante es atraída, presionada, forzada y, en ocasiones, sobornada, hacia instituciones sociales dirigidas a reproducir, o incluso promover, los valores y estructuras del centro dominante del sistema” (Schiller, 1976:9).

Relacionado con las tensiones entre procesos hegemónicos y contrahegemónicos está la idea de democracia, cuyas formas han sido cuestionadas en los últimos veinte años por los movimientos sociales, para situarla en el centro de sus reivindicaciones. Estos actores defienden la visión de que “se debe cuestionar todas las formas de soberanía que existen en la actualidad, a fin de poder establecer una verdadera democracia” (Hardt y Negri, 2004:401). Y es que, los movimientos sociales de fin de siglo dejan de identificarse con el modelo de democracias liberales establecidas en Occidente, sobre todo a partir de la creciente pérdida de poder de los estados a favor de las grandes corporaciones transnacionales y la cesión de soberanía hacia instituciones supranacionales. La aspiración de un modelo de democracia participativa se reactiva en el seno de la sociedad civil y se convierte en el motor político de la lucha social.

Tradicionalmente ambos elementos, la capacidad de imponer el orden y la de elaborar el discurso, ha pertenecido a los Estados-nación; pero la era de la globalización económica ha provocado una transnacionalización de estos elementos. En lo que a la construcción del discurso respecta, no parece quedar duda de que en la actualidad existe claramente un discurso cultural hegemónico construido por las grandes corporaciones mediáticas. Para Baldessar (2005:4) “las grandes corporaciones de comunicación, responsables por los flujos culturales, son las legitimadoras del discurso de la globalización”. Esta autora recurre a Moraes (2005), que afirma que “los grandes conglomerados mediáticos transforman el discurso social hegemónico, inculcando visiones de mundo y modo de vida que transfieren para el mercado la regulación de las demandas colectivas”. Frente a este poder hegemónico surgen nuevas oportunidades de discurso contrahegemónico, que experimentan una transformación exponencial gracias a las

oportunidades que le brindan las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. En este sentido, Moraes contraargumenta que “la cuestión clave es proponer y consolidar nuevos modelos de democracia participativa, de desarrollo comunitario y democratización de los medios y tecnologías de comunicación”.

La globalización no es un proceso nuevo ni una etapa histórica, como ha señalado gran parte de la literatura científica, pero desde finales del siglo XX entra en una fase que sí podríamos denominar ‘nueva’, en la medida que se ve afectada por una serie de factores tecnológicos que cambian el panorama de las relaciones humanas. Esto lleva a la creación de nuevas esferas públicas, en las que los movimientos sociales juegan un papel determinante. El uso de las tecnologías de la información y la comunicación les sitúa en una posición privilegiada que les permiten desarrollar estrategias de acción comunicativa propias. Para Castells, “la formación de comunidades virtuales, basadas principalmente en la comunicación on line se ha interpretado como la culminación de un proceso histórico de disociación entre localidad y sociabilidad en la formación de la comunidad: nuevos y selectivos modelos de relaciones sociales sustituyen a formas de interacción humana limitadas territorialmente” (Castells, 2001:137), de manera que “cuando comunidades físicas y virtuales aprenden a convivir desarrollan un híbrido de comunicación en el que se juntan el lugar físico y el ciberlugar” (Castells, 2001:152).

Lévy afirma que nos hemos vuelto nómadas de nuevo, “puntualizando que (...) moverse ya no es desplazarse de un punto a otro de la superficie terrestre, sino atravesar universos de problemas, de los mundos vividos, de los paisajes de sentido”. El territorio se reinventa en el espacio de los nuevos movimientos sociales condicionado por los nuevos modelos de arraigos, los nuevos sentidos de pertenencia, las nuevas formas de ejercicio del poder y las nueva combinación de fronteras físicas y virtuales; es “el espacio del nuevo nomadismo, no es el territorio geográfico ni el de las instituciones o de los Estados, sino un espacio invisible de conocimientos, de saber, de potencias de pensamiento en cuyo seno nacen y se transforman cualidades de ser, maneras de actuar en sociedad. No se trata de los organigramas del poder, ni de las fronteras de las disciplinas, ni de las estadísticas comerciales, sino del espacio cuantitativo, dinámico, vivo de la humanidad en el proceso de hallarse produciendo su mundo” (Lévy 2004:9).

Echart (2008:45) recurre a Tarrow (2010:29) para dejar constancia de que “a pesar de ese salto al ámbito transnacional, los movimientos sociales transnacionales siguen teniendo una fuerte vinculación con el ámbito doméstico, lo que nos lleva a un concepto central en su teoría sobre el activismo transnacional: el de *rooted cosmopolitans* (*cosmopolitas arraigados*)”, que define cómo “los individuos y los grupos que movilizan recursos y oportunidades domésticos e internacionales para avanzar reclamaciones en nombre de actores externos, contra opositores externos, o a favor de objetivos que sostienen en común con aliados transnacionales”. Por tanto, “estos cosmopolitas arraigados vinculan el ámbito doméstico con el internacional a través de la conexión glocal”

(Echart, 2008:70). Aunque la idea de cosmopolitismo ha tenido entre algunos autores (y durante ciertas épocas) una carga peyorativa, por ser considerada como representativa de un modelo capitalista, desde un punto de vista decolonial y postmodernista, adquiere una dimensión empoderadora.

Finalmente, los nuevos espacios de convergencia política conllevan una redefinición de las esferas de poder, tanto públicas como privadas, y la creación de otras nuevas, como las virtuales. La transnacionalización de las luchas que experimentan los movimientos sociales en el cambio de siglo está relacionada con “la ausencia de una esfera institucional global bien definida” que (...) “fuerza al movimiento altermundista y a los movimientos sociales que operan supranacionalmente, como el ecologismo, a crear esa esfera (...) apelando a una opinión pública global y tratando de generar en la ciudadanía una conciencia cívica global, de tal manera que los movimientos globales operan así como agentes de persuasión, que tratan de modificar los marcos dominantes de interpretación social y de generar nuevas normas de comportamiento para los actores transnacionales” (Arias, 2008:18).

Por tanto, el nuevo territorio de los movimientos sociales es una hibridación del espacio físico y del espacio virtual, en el que las fronteras dejan de tener un peso importante en las relaciones de los agentes del cambio social. La perspectiva transnacional de las luchas locales y las nuevas tecnologías permiten a los movimientos sociales actualizar sus repertorios

3.5. Los tiempos: Inmediatez e instantaneidad

Las nuevas tecnologías han permitido que la información y la comunicación se desarrollen en tiempo real. El concepto *on line* cambia nuestra forma de relacionarnos y destierra de nuestro imaginario la necesidad de contar con un tiempo de espera, al permitirnos estar siempre conectados. La comunicación se vuelve sincrónica e instantánea, y permite transmitir grandes volúmenes de información sin que la distancia sea una limitación.

Nos encontramos ante un hecho de relevancia histórica, en la medida que “Internet y las redes han supuesto el último eslabón en la búsqueda ancestral de medios que permitan rebasar las barreras espaciales y temporales. Esta carrera avanzó a través de hitos como la invención de la imprenta (siglo XVI), el telégrafo o el teléfono (siglo XIX) y la radio o la televisión (siglo XX). Pero desde finales del siglo pasado estamos asistiendo a la que es tal vez una de las revoluciones más radicales vividas en el campo de la comunicación, puesto que el tránsito de lo analógico a lo digital facilita, más que ninguna otra herramienta precedente, la posibilidad de una comunicación al instante y accesible desde cualquier punto del planeta” (Barranquero y Rosique-Cedillo, 2014:32).

Citando a Virilio (2012:31), advierten que la desaparición de tiempo y espacio también puede ser negativa y conducir al “accidente”, desde el momento en que “nuestras sociedades han terminado por volverse arrítmicas, o más bien, no conocen más que un único ritmo, el de la aceleración continua”, si bien (...) “el problema no está en la rapidez en sí misma, sino en el *culto a la velocidad* al que nos interpela la cultura moderna y capitalista” (Honoré, 2012:13).

Lo cierto es que la revolución tecnológica de Internet ha contribuido decisivamente a dotar de un nuevo significado al concepto *tiempo* en una sociedad en la que la información deja de tener valor en cuestión de minutos, siendo sustituida al instante por nuevos contenidos. No cabe duda de que redes sociales como Twitter y Facebook tienen una influencia decisiva en la forma de comunicarse actualmente, condicionando incluso la forma de construir información por parte de los propios medios, como afirma Revers (2014:7).

En un artículo posterior, Rosique-Cedillo y Barranquero (2015:452) citan otros autores para afirmar que “nos encontramos en una época de sobreabundancia informativa en la que la *economía de la atención* está marcando las estrategias empresariales de muchos medios, que intentan conseguir una *modulación eficaz* entre el caudal informativo y la capacidad de absorción de las audiencias” (Díaz-Nosty, 2013:137), en un mundo en el que “la obsesión por la rapidez no parece dejar espacio para la duda, la reflexión y el análisis contextualizado y construye un periodismo de fácil consumo orientado a gente que no dispone de tiempo para concentrarse y saborear la información hasta integrarla en un marco que le dé sentido” (Morin, 2011:141).

Este modelo hace que parte de la crítica considere que estos factores nos enfrenten a un modelo comunicativo caracterizado por la baja calidad, la saturación informativa y la falta de seguimiento, que se reivindica en una realidad “pobre en interrupciones, en entes y entretiempos en la que la hiperactividad no deja espacio para la atención o el don de la escucha, cualidades necesarias para fomentar el pensamiento crítico, la creatividad y los vínculos sociales” (Han, 2012:55).

El modelo informativo impuesto por los grandes medios nos empuja a esta inmediatez irremediable, en la que tendemos al reduccionismo. Simplificamos los impactos informativos, reducimos nuestra atención a los titulares, atendemos a la información de lo que está sucediendo, que nos invita a pensar que lo que ha sucedido ya no es noticia. El actual modelo de información nos mantiene conectado permanentemente y la red nos ofrece la posibilidad de saber, no lo que ha ocurrido, sino lo que está ocurriendo. Internet ha contribuido decisivamente a acelerar más aún un panorama en el que competir por la primicia es más importante que ofrecer buenos argumentos. En este contexto, “Internet ha transformado no sólo los medios, sino también al periodista”, debido a que (...) “la extrema velocidad de internet y del flujo de noticias de 24 horas -así

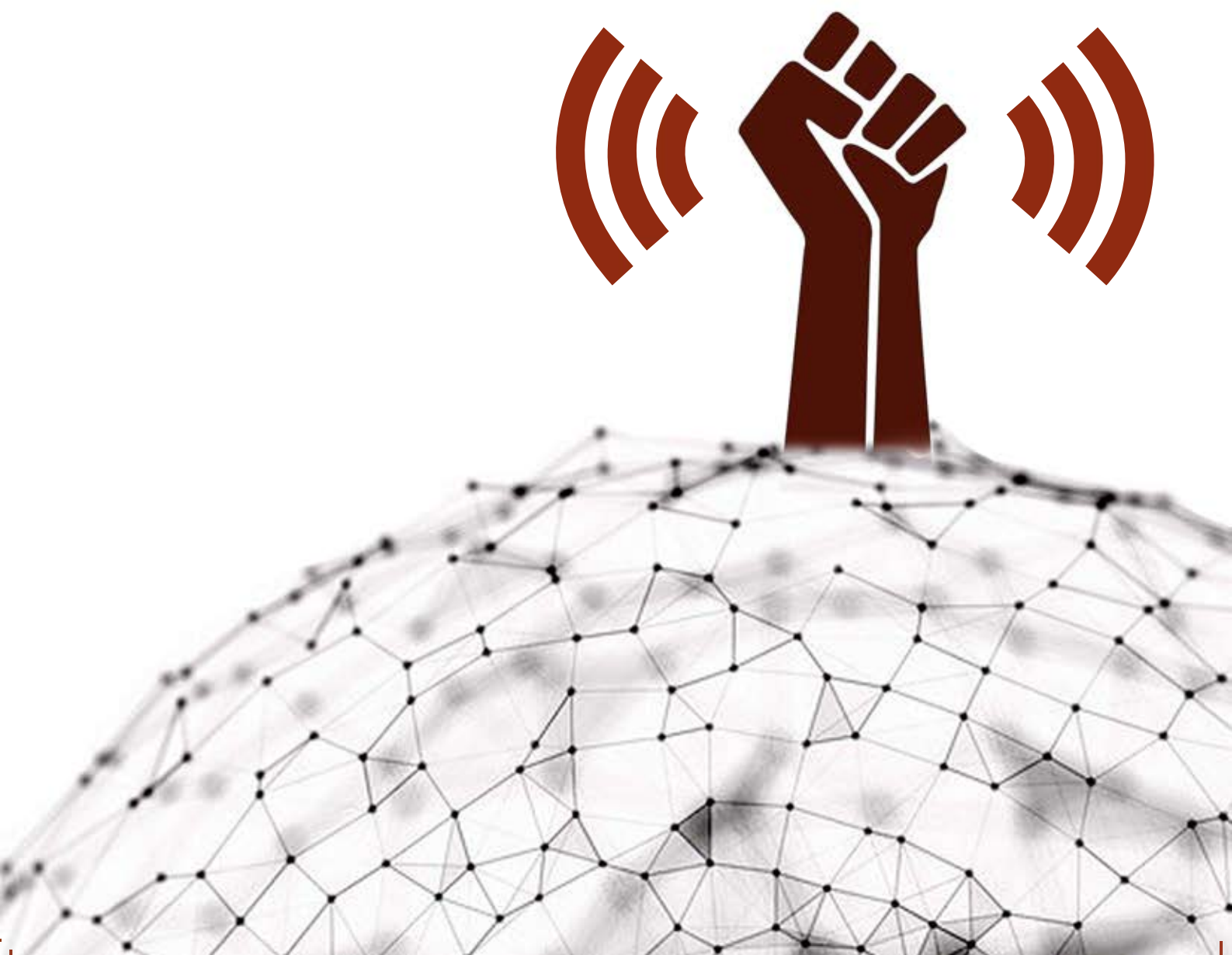
como la imprudente e irresponsable voluntad de cubrirlo todo, verdadero o no, confirmado o no- altera inevitablemente el comportamiento de aquellos que lo cubren, hasta desarrollar una mentalidad de asedio constante” (Rosenberg y Feldman, 2008:30).

La obsesión por las audiencias y la atención de los públicos ha provocado en el mundo de la comunicación el desarrollo de un modelo de información de *usar y tirar*, para la que la noticia es una mercancía desechable. Esta realidad, aunque es aplicable fundamentalmente a los grandes medios, ha creado un modo de comportarse en la sociedad, en la que de una u otra manera, la acción comunicativa de los movimientos sociales se ha visto condicionada. El uso de las tecnologías móviles y las redes sociales ha contribuido en los últimos años a que se produzca una mayor superficialidad y una pérdida de crítica y reflexividad en los espacios sociales. Es lo que Castells llama la “perpelejudad informada” (1997c:428).

La llegada de Internet no ha hecho sino acelerar aún más este panorama, contra el que es difícil luchar. Los movimientos sociales, frente a este escenario, tratan de proponer un modelo alternativo de acción comunicativa, no solo en cuanto a contenidos o usos de las tecnologías, sino también en la redefinición de los tiempos informativos.

4

APROXIMACIÓN GENEALÓGICA A LOS MODELOS DE ACCIÓN COMUNICATIVA EN LOS MOVIMIENTOS DE PROTESTA



El cambio de siglo ha traído consigo nuevas formas de organización social. La evolución que venían experimentando los movimientos sociales desde los años sesenta, en los que se somete a revisión las relaciones de dependencia con las estructuras de clase, fundamentalmente partidos y sindicatos, sufre un nuevo giro con la aparición de las nuevas tecnologías de la comunicación a finales del siglo XX.

La integración de Internet en la vida de los movimientos sociales ha provocado una evolución en los usos insurgentes de las tecnologías, que ha experimentado diversas fases en este proceso de maduración. Para analizar este recorrido, haré una breve aproximación a lo que la crítica ha delimitado como viejos, nuevos y novísimos movimientos sociales, para luego detenerme con detalle en tres momentos importantes de la evolución experimentada en los últimos veinte años, en los que se produce un proceso de transnacionalización de la protesta social:

- en primer lugar, el nacimiento y desarrollo del movimiento antiglobalización, que emerge como un actor social de trascendencia mundial, tras las protestas de Seattle en noviembre de 1999, contra la cumbre de la Organización Mundial del Comercio;
- en segundo lugar, la aparición de los Foro Social Mundial como movimiento de movimientos, con el objetivo de canalizar la inquietud por construir 'otro mundo posible';
- y en tercer lugar, la emergencia de los movimientos de indignación y de ocupación que surgen en diferentes partes del mundo, en un nuevo ciclo de protesta contra los abusos de las clases dirigentes.

Cada uno de estos momentos ha estado influido por el uso que los movimientos sociales podían hacer de las tecnologías a su alcance, desarrollando estrategias, lenguajes y herramientas para su acción comunicativa, que les han permitido construir un modelo de activismo mediático sobre un ecosistema de medios alternativos.

Se trata, por tanto, de realizar una aproximación genealógica a la evolución de estos movimientos sociales desde el enfoque 'mediactivista'.

4. Aproximación genealógica a los modelos de acción comunicativa en los movimientos de protesta

4.1. Viejos, nuevos y novísimos movimientos sociales

Los años finales del siglo XX inauguran “un nuevo ciclo de acción colectiva, organizada a través de internet y que se ha hecho visible mediante protestas masivas, pero también ha sido configurado localmente por diversas organizaciones, redes, plataformas y grupos (...) que han dado lugar a nuevos tipos de movimientos sociales que los autores catalogan como *novísimos movimientos sociales*” (Juris, Pereira y Feixa, 2012:25).

No son los únicos que utilizan este concepto para enmarcar una nueva era del activismo. A esta idea de *novísimos movimientos sociales* contribuyen autores como López y Roig (2006:15) y Candón (2013:69). Estos autores, entre otros, utilizan el superlativo *novísimo* para remarcar una evolución experimentada en los modelos de acción colectiva en la última década del siglo XX de lo que en se conoció como los *nuevos movimientos sociales* a partir de la segunda mitad de los años sesenta, y a los que se han referido abundantemente autores como Touraine (1994), Offe (1996), Melucci (1986), Della Porta (2011), Laraña y Gusfield (1994) o Ibarra (2005) entre otros.

Aunque los nuevos movimientos sociales que definen los modelos de acción colectiva desde los años sesenta “siguen tomando como referencia de partida al movimiento obrero (...) se caracterizan por no articularse exclusivamente en base a la clase social y por sus fines no estrictamente económicos o políticos (en el sentido de la toma del poder del Estado)” en palabras de Candón (2013:69). De manera parecida, apoyándose en Laraña y Gusfield (1994) y Melucci (1980), Delgado afirma que “el concepto de nuevos movimientos sociales hace referencia a un conjunto de formas de acción colectiva

diferentes de aquellas basadas en las divisiones entre clases sociales que en su momento dominaron los escenarios del conflicto social en Europa y Estados Unidos, desde la Revolución Industrial hasta después de la Segunda Guerra Mundial” (Delgado, 2007:43).

Los incipientes *nuevos movimientos sociales*, por tanto, trazan una línea diferenciadora entre la acción política, en sentido clásico, y la acción colectiva, apropiándose de un concepto que no era nuevo, pero que les dotaba de identidad, como era el de *sociedad civil*. Lo que quizá en este momento cobra mayor importancia en el significado del término es esa aprehensión de la idea que abarca como poder conquistado, y no tanto como poder otorgado.

De esta manera, estos nuevos movimientos sociales asumen la defensa de causas arrinconadas por partidos políticos y sindicatos, y centran sus reivindicaciones en la defensa de intereses colectivos en los que “cuestiones como la identidad, la cultura o los roles sociales ganarían notable peso, coincidiendo con el giro culturalista postmoderno”, de tal manera que (...), “movimientos como el feminismo, el pacifismo, el ecologismo, el antinuclear, la solidaridad internacional, la lucha contra la segregación racial, el indigenismo, el movimiento estudiantil, el movimiento hippy, mayo del 68 o los movimientos gay y de liberación sexual se caracterizan por la emergencia de nuevos actores que no se identifican exclusivamente por su clase social sino, en mayor o menor medida, por aspectos culturales o identitarios como el género, la edad, la sexualidad o la etnia. Plantean reivindicaciones que desbordan el ámbito estrictamente político y económico, afirman que ‘lo personal es político’, lo que no significa que las reclamaciones políticas y económicas de clase estén ausentes sino que dejan de monopolizar el discurso y las agendas de estos movimientos. Además, estos nuevos movimientos apelan a la sociedad civil y tienden a desconfiar de partidos, sindicatos y cualquier forma de organización” (Candón, 2013:67).

Asimismo, estos *nuevos movimientos sociales* desarrollan nuevos mensajes y descubren nuevos públicos que no encuentran en la lucha de clases la única respuesta a los problemas de la ciudadanía. Exploran conexiones transversales y ocupan el espacio de la *solidaridad* que de alguna manera mantenían huérfanos de iniciativas a partidos políticos y sindicatos. Los caracteriza el hecho de renunciar a la necesidad de ocupar el poder político como herramienta de transformación y la experimentación de nuevas formas de organización, menos jerárquicas y más assemblearias. De esta manera, “la base social de estos movimientos se alejó de los criterios de clase, enfatizando otros criterios con base en la identidad: generación, género, orientación sexual, afecto y etnicidad, en particular las comunidades marginadas (negros, chicanos, aborígenes americanos, etc.). La base territorial de los nuevos movimientos sociales dejó de ser local y

se trasladó a lo regional y transnacional. Los movimientos ambientalista, pacifista, feminista, gay-lésbico y contracultural fueron ejemplos característicos” (Juris, Pereira y Feixa, 2012:27).

A esto se refería de una manera muy gráfica Alain Touraine en una entrevista concedida al diario El País, en la que afirmaba que “se están formando nuevos movimientos sociales contra el poder y el Estado de control. (...) Con el cambio de generaciones se desarrollan unas corrientes de opinión que no se definen hacia el poder. De esta forma se crean espacios políticos autónomos entre el mundo de la guerra y el mundo de los movimientos sociales. Esto se puede apreciar en la transformación de los partidos en un partido instrumental y en el nuevo papel de los sindicatos, en resumen, a un concepto limitado de la política” (Samaniego, 1978).

La debilitación del movimiento obrero, la crisis del comunismo y el desarrollo de los pilares de la globalización capitalista en los años sesenta constituyen el caldo de cultivo perfecto para la búsqueda de nuevos territorios de lucha por la justicia social en la que partidos y sindicatos cada vez muestran menos músculo, y tienen que aprender convivir con nuevos actores sociales con los que, en la mayoría de los casos, tendrán afinidad ideológica, pero que empiezan a distanciarse en formas y discursos.

Hay una gran cantidad de literatura científica que busca identificar las características de la acción colectiva en estos nuevos movimientos sociales. Múnera la define como “espontánea e integrada a partir de primitivos medios de comunicación, identificando como elementos característicos la marginalidad de los actores, la irracional, no-institucionalidad, y la disfuncionalidad de la acción respecto al orden social, así como la precaria organización y la transitoriedad de este tipo de conductas colectivas” (Múnera, 1993:56), lo que según este autor configuraban una definición negativa de los movimientos sociales.

Claus Offe habla de “una línea divisoria que deslinda los asuntos y comportamientos ‘políticos’ de los ‘privados’, basándose en tres fenómenos distintos: (a) El aumento de ideologías y de actitudes “participativas” que llevan a la gente a servirse cada vez más del repertorio de los derechos democráticos existentes. (b) El uso creciente de formas no institucionales o no convencionales de participación política, tales como protestas, manifestaciones, huelgas salvajes. Y (c) las exigencias políticas y los conflictos políticos relacionados con cuestiones que se solían considerar temas morales (p.e., el aborto) o temas económicos (p.e., la humanización del trabajo) más que estrictamente políticos” (Offe, 1996:164).

Lo cierto es que, a pesar de las dificultades y la aparente fragilidad estructural, estos movimientos logran introducir un mensaje fundamental en sus aspiraciones, que marcan una de sus grandes diferencias con las estructuras políticas convencionales: el concepto de ‘democracia participativa’ se va abriendo camino frente a unos mecanismos

de 'democracia representativa' imperantes de los que el postsocialismo era incapaz de moverse. La participación se convirtió en el gran andamiaje ideológico del que colgaban las nuevas utopías transversales, como el feminismo, el ecologismo, el antimilitarismo y tantos otros movimientos nacidos ideológicamente de una izquierda en cuyas estructuras organizativas difícilmente encontraban cobijo.

No obstante, la década de los 90 trae consigo "un nuevo ciclo acción colectiva, marcado por nuevas luchas y repertorios de resistencia, por nuevos contextos de participación, y por nuevas formas de organización" (Juris, Pereira y Feixa, 2012:25), que "entroncan con algunas de las características de los movimientos de los sesenta, pero al mismo tiempo recuperan la centralidad de las relaciones económicas en el contexto del dominio neoliberal y la crisis del estado del bienestar" (Candón, 2013:68), a los que la crítica ha llamado 'novísimos movimientos sociales'. Este nuevo ciclo de protestas ha revelado una serie de características propias como son: "(1) un énfasis en el globalismo y la transnacionalidad y su articulación con los contextos locales; (2) el uso de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, en particular el Internet; (3) la articulación de las demandas económicas y las basadas en la identidad; (4) el desarrollo de formas innovadoras de acción; (5) la creación de nuevas formas de organización; y (6) la confluencia de diversas tradiciones y organizaciones bajo un marco común" (Juris, Pereira y Feixa, 2012:26).

Hay dos elementos fundamentales sobre los que pivota este nuevo ciclo de acción colectiva:

- El primero es el de la transnacionalización de la lucha social. No es un simple proceso de internacionalización, sino de creación de redes que trascienden fronteras para luchar contra las políticas de la globalización neoliberal que las instituciones del nuevo orden global pretenden imponer, sin perder de vista la perspectiva local. Según Ibarra (2005:281), "la red de movimientos se caracteriza por su dimensión transnacional, dado el creciente traslado de las instancias de poder -económico, político, comunicativo- al espacio también supranacional. En este caso, la transnacionalidad de poder no es una oportunidad para el movimiento en cuanto que el mismo decide su estrategia global como inevitable respuesta a la internacionalización de las instancias decisorias". El nuevo orden global, de alguna manera se convierte en una oportunidad para los novísimos movimientos sociales, ya que en palabras del mismo autor, "en una primera aproximación a la coyuntura en la que surgen estos movimientos sociales, aparece una cierta paradoja, teniendo en cuenta que las movilizaciones surgen a pesar de la coyuntura, dado que la década de los noventa se caracterizó, al me-

nos en sus inicios, por la poca relevancia de los espacios de contestación al orden neoliberal, el fracaso de la izquierda tradicional y la hostilidad hacia cualquier proyecto dirigido a combatir el orden hegemónico”.

- El segundo es el desarrollo de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Internet se constituyó como algo más que una herramienta de comunicación y organización; también se configuró como un espacio de valores sociales y culturales sobre la que construir los procesos de identidad colectiva.

Candón, por su parte, considera que “estos novísimos movimientos se caracterizan, por una parte por la globalidad, no en el sentido territorial de movimientos que actúan a escala internacional, sino de movimientos que incorporan una globalidad de temas y reivindicaciones”. El elemento diferenciador es que “en contraste con movimientos fuertemente tematizados como el feminismo o el ecologismo característicos de los sesenta, aunque por supuesto activos en la actualidad aún en sus formas clásicas, estos movimientos abarcarían a la vez múltiples reivindicaciones. Esta integración seguiría la línea de corrientes como el ecofeminismo, el ecosocialismo, etc., que al fin y al cabo no hacen sino reforzar la visión holística de movimientos políticos y culturales como el movimiento hippy, a la vez pacifista, ecologista, feminista y también anticapitalista. Pero, sobre todo, volverían a poner a la economía en primer plano, aunque no ya único como era concebida por el movimiento obrero” (Candón, 2013:68).

En la búsqueda de ese elemento diferenciador del cambio de ciclo, Ibarra habla de “movimientos por la solidaridad”, en la fase más precoz del proceso de globalización neoliberal, y su reflexión es interesante en la medida que este tipo de organizaciones construyen un espacio de trabajo en el que “la solidaridad no es solo la forma o el medio de actuar colectivamente, sino que supone también (y sobre todo) la meta de su movilización” (Ibarra, 2005:263).

Sería injusto no reconocer la importancia que tienen especialmente los movimientos que empezaron a trabajar por la solidaridad internacional, introduciendo en la sociedad el debate de las desigualdades Norte-Sur; primero los movimientos sociales de solidaridad internacional (como comités internacionalistas que se solidarizaron con procesos revolucionarios de América Latina) y después las ONGDs, más formales y amables en sus planteamientos, acogidas positivamente por los medios de comunicación masivos al representar “una solidaridad no conflictiva” (Ibarra, 2005:274), contribuyen con la definición de nuevos espacios de lucha a la configuración del nuevo ciclo de acción colectiva, a pesar de asumir formas y estrategias muy diferentes a las que el movimiento antiglobalización visibilizó posteriormente. Muchos de ellos se constituyeron como organizaciones formales, -llegando a formar grandes aparatos- y crearon nuevos perfiles de acción colectiva como el voluntariado, que empieza a sustituir la

idea de militancia de los 'nuevos movimientos sociales', en un momento de relevo generacional que coincide con el cambio social y cultural que se estaba produciendo, marcado por la desaparición de las grandes ideologías en sentido clásico tras la caída del muro de Berlín. A pesar de todas las críticas que se les pueda hacer, su aportación es fundamental para entender el cambio de ciclo que estaba llegando.

En España el cambio hacia la creación de redes transnacionales se fue fraguando en los años 90 gracias, en parte, a acciones colectivas como las acampadas del 0,7% del PIB. Jerez e Iglesias (2009:80), citando a Echart, López y Orozco (2005) y Jerez, Sampredo y López Rey (2008) incluyen estas experiencias en el resumen que hacen de la fase embrionaria de articulación de las redes transnacionales en España, con una primera fase en la que "se dan dinámicas con un bajo grado de organización, impulsadas por algunos militantes vinculados a la iglesia de base y a otras redes de izquierda volcadas en la solidaridad internacional que, casi a título individual con implicación muy parcial de sus entidades, intentan responder al llamado de solidaridad y supervivencia procedente la Cumbre de Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo (Río de Janeiro, 1992)" y otra segunda etapa "protagonizada principalmente por grupos eclesíasticos de base (con las primeras recogidas de firmas, huelgas de hambre y acampadas de amplio seguimiento juvenil entre 1991 y 1994), que buscan presionar la opinión pública con iniciativas de movilización social y cognitiva en torno a la deuda externa, las ayudas de cooperación al desarrollo y la reclamación del cumplimiento de los acuerdos de donación del 0,7% del PIB".

No cabe duda de que este escenario constituyó el principal caladero de personas y movimientos que deberían nutrir desde España al movimiento antiglobalización que se estaba constituyendo a escala mundial. En él se estaban creando los nuevos códigos culturales y se estaban explorando las nuevas formas de comunicación que dotarían de una capacidad relacional desconocida hasta la fecha a los movimientos que empezaron a creer en *otro mundo posible*.

No obstante hay autores como Arias que consideran que "la dimensión transnacional de la acción colectiva dista de ser un fenómeno estrictamente contemporáneo" (Arias, 2008:14). Apoyándose en autores como Chatfield (1999) afirma que "a mediados del siglo pasado, las organizaciones no gubernamentales internacionales habían alcanzado un alto grado de desarrollo, hasta el punto de incluir dentro de las mismas el embrión de las organizaciones de movimientos sociales transnacionales". Del mismo modo, citando a Keck y Sikkink (1998) defiende que "la difusión internacional de las protestas colectivas tiene sólidos precedentes en la de algunos movimientos y campañas decimonónicos, como el antiesclavismo y el sufragismo angloamericanos". Según esta perspectiva historicista de los movimientos sociales del nuevo orden global, sus visiones transnacionales se forjan hace décadas. Para Arias, "desde entonces, tanto las

organizaciones como los movimientos han desarrollado una intensa actividad transnacional, que culmina en la actual proliferación de variedades transnacionales de acción colectiva", de manera que "los movimientos sociales ya eran, en fin, globales antes de la globalización", y (...) "a lo que asistimos actualmente a un proceso de distinta magnitud y naturaleza. Sobre todo, porque la movilización colectiva está hoy directamente vinculada a una más amplia transformación de las relaciones sociales y el orden político".

Kaldor (2003:78) habla de una 'domesticación' de lo internacional, término que también utilizan Della Porta y Tarrow (2004:2) cuando aducen que el proceso de transnacionalización de la movilización colectiva está marcado por tres dimensiones: "a) la difusión de ideas, prácticas y marcos organizativos de unos países a otros, en absoluto nueva, pero potenciada por la accesibilidad y rapidez de las comunicaciones; b) la domesticación, o acción colectiva nacional referida a problemas originados en el exterior; y c) la externalización, o protesta frente a una organización supranacional con el objetivo de que intervenga en un problema doméstico".

En efecto, podemos afirmar que décadas antes de que la globalización fuera un hecho, ya existían inquietudes y movimientos de los colectivos en esta línea de acción. A nivel local, la incorporación de España a la Unión Europea y la entrada en la OTAN abre a los movimientos sociales a nuevos escenarios de lucha y de protesta. España, que algunas décadas atrás había sido un país receptor de ayuda, en la década de los 90 sale a la calle para pedir que el 0,7 del PIB sea destinado a ayuda al desarrollo o se condone la deuda externa de los países más pobres del mundo, a la vez que realizaba un recorrido pedagógico de aprendizaje y debate en el marco político.

Esta relativización de las fronteras que va aumentando con el paso del tiempo y el refuerzo de las alianzas y las conexiones solidarias, no obstante, carece en un primer estadio del carácter de red que adquiere con las nuevas tecnologías y con la formación de un contexto global, razón por la cual, algunos autores diferencian entre movilización transnacional y movilización global.

4.2. Antiglobalización corporativa y transnacionalización de la protesta

4.2.1. Globalización, internet y movimientos sociales en el nuevo orden global

La mayoría de los autores centran en las políticas económicas desarrolladas a final de siglo el foco del conflicto con los movimientos sociales. El nuevo modelo económico transnacional que se va negociando en diferentes cumbres internacionales, basado en la cesión de la soberanía financiera por parte de los Estados, se convierte en el principal

catalizador del creciente descontento que se va generando en diferentes partes del mundo. La noción de globalización se encuentra “con la expresión de economía-mundo, esta idea que pretende que desde siempre, en la historia de la humanidad, se han podido constituir sistemas económicos que desbordan muy ampliamente el marco local o un territorio limitado y bien delimitado, (...) pero de hecho, es en la década de 1980 cuando la idea de la globalización se vuelve central, sirviendo entonces para designar la creación de un espacio económico mundial interdependiente y el poder absoluto del capitalismo financiero y comercial que opera a escala planetaria, por encima de los estados y de las fronteras” (Wieviorka, 2011:44).

Wieviorka describe un *todo económico* forjado en las políticas de Ronald Reagan y Margaret Thatcher a principios de los 80, que representan “el éxito de las doctrinas liberales que, en consecuencia, alimentarán la política de las grandes instituciones financieras internacionales, del Banco Mundial, del FMI, destinadas a países en vías de desarrollo”. Planes de ajuste estructural y terapias de choque, ya sea para los países de Sur o para los rescatados al otro lado del Muro de Berlín, serán las medicinas que pondrán en cuestión el modelo del estado de bienestar y darán todo el poder a los mercados. Este autor describe esta etapa como “el paso del liberalismo al neoliberalismo mediante la reducción del papel social del Estado y su influencia económica directa (...), allí donde la globalización será llevada por las fuerzas planetarias que ejercen su influencia desde fuera de los Estados”. Pero no solo de economía se construye la globalización; la caída del Muro de Berlín y la desaparición de la guerra fría provocan la necesidad de nuevos conflictos que encuentran el escenario perfecto en lo que Samuel Huntington denominó el “choque de civilizaciones”.

Aunque no son pocos los autores que desmitifican la globalización como un hecho contemporáneo, en los años 80 se da una situación novedosa. Estas instituciones financieras internacionales anteriormente citadas toman poder en el marco de un sistema paralelo al de Estado-nación, que redefine el modelo de soberanía popular en un escenario dudosa transparencia. De esta manera, la capacidad resultante de las corporaciones para escapar de la regulación y ganar concesiones de los gobiernos ha creado una esfera política más allá de los procesos legislativos, electorales y regulatorios normales, que Beck denomina “subpolítica”, esfera que ha generado un sistema de resistencia mundial y que describe como “el conjunto de oportunidades de acción y de poder suplementarias más allá del sistema político, oportunidades reservadas a las empresas que se mueven en el ámbito de la sociedad mundial: el equilibrio y el pacto de poder de la primera modernidad de la sociedad industrial quedan así revocados y -obviando al gobierno y al parlamento, a la opinión pública y a los jueces- se traspasan a la autogestión de la actividad económica” (Beck, 2008:20).

Pero el optimismo neoliberal generado en la penúltima década del siglo XX acabó de consolidar su hegemonía con la caída del muro de Berlín y el fracaso del socialismo

que se escondía tras el telón de acero. Fukuyama declara el “fin de la historia” con el asentamiento de las democracias liberales como única forma de gobierno posible en la posthistoria, caracterizadas por unas relaciones internacionales de cooperación, especialmente en términos económicos. Superadas las limitaciones ideológicas del fascismo y el comunismo y con la religión y el nacionalismo como únicas contradicciones de la sociedad liberal, el nuevo escenario está definido por la “mercantilización común” y la “lucha ideológica a nivel mundial que requería audacia, coraje, imaginación e idealismo se verá reemplazada por el cálculo económico, la interminable resolución de problemas técnicos, la preocupación por el medio ambiente y la satisfacción de las sofisticadas demandas consumistas” (Fukuyama, 2015:99).

La realidad política y económica que se va construyendo en los últimos años del siglo XX está altamente condicionada por las tecnologías de la comunicación, gracias a la cual “todo circula a una velocidad inusitada a escala mundial: este tipo de enfoque abre un espacio de reflexión inmenso, poniendo en juego las cuestiones espaciales del territorio y la movilidad, también las de la cultura, la forma en que vivimos y el modo en que construimos nuestras pertenencias de identidad y nuestros imaginarios” (Wieviorka, 2011:48).

Uno de los factores que resultan contradictorios, por decirlo de alguna manera, con la idea de antiglobalización es el uso de Internet como herramienta de comunicación por parte de los movimientos sociales, algo que le dio un poder relacional desconocido hasta entonces, capaz de trascender fronteras. Internet constituyó la representación más gráfica de la superación de las fronteras físicas y ayudó a construir un nuevo modelo de ciudadanía global. “Existe el acuerdo general de que Internet mejora el poder de los actores no estatales, lo que les permite conectarse a un nivel de sofisticación cada vez mayor”, como afirma Drezner (2004:481). Por su parte, Deibert, en los primeros años del movimiento antiglobalización, observó el uso de Internet por parte de las redes ciudadanas durante la campaña contra el Acuerdo Multilateral de Inversiones en 1998, considerando clave esta experiencia, y concluyendo que esas redes ciudadanas ofrecían una potencial fuerza contrahegemónica contra el capitalismo desenfrenado y los intereses de las grandes corporaciones transnacionales. Deibert analiza por qué Internet fue importante en aquella campaña: en primer lugar, “fue crucial para la comunicación rápida de miembros del lobby anti MAI, dispersos por varias partes del mundo, tanto en países desarrollados como en desarrollo”, poniendo en el centro de la infraestructura varias listas de correo que distribuían la información y que “constituían los nervios centrales del sistema”. En segundo lugar, Internet fue importante en la divulgación de información sobre el AMI, lo que permitió “mantener informada a una comunidad más amplia” mediante la interpretación de activistas anti-AMI sobre el progreso de las negociaciones, demostrando las ventajas que ofrecía sobre formas más antiguas y tradicionales de medios de comunicación. Esta experiencia dotó de “un poder de radiodifusión a los activistas desconocido hasta la fecha, ya que, mientras en

campañas anteriores los puestos de información activistas se ubicaban en campus universitarios, centros comerciales o locales de culto, este nuevo formato permitió crear puestos de información virtuales con posibilidad de llegar a millones de personas durante las 24 horas del día. Por último, en tercer lugar, Internet se utilizó como herramienta para ejercer presión directa sobre políticos y legisladores de los estados miembros, mediante envío de cartas que podían ser remitidas apretando un botón, lo que permitió a la gente comprometerse con campañas sin tener que abandonar sus casas o sus oficinas" (Deibert, 2000:256).

La incipiente experiencia descrita por Deibert fue clave para la evolución del uso activista de Internet, herramienta en la que los movimientos sociales encontraron su mejor aliado tecnológico, afirmando que "a través de Internet, los activistas locales de todo el mundo fueron capaces de consolidar sus conocimientos, experiencia y recursos para construir una campaña supranacional. La flexibilidad, la rapidez y el alcance internacional de la red le permitieron entrometerse e interrumpir el proceso de negociación del AMI". Pero más allá de las consecuencias políticas, en aquel primer momento de ciberactivismo Deibert expone que "Internet ha impulsado enormemente la capacidad intelectual y las interconexiones de los activistas ciudadanos", si bien (...) "la existencia de redes ciudadanas dependerá siempre en primer lugar de la energía y los intereses de los propios ciudadanos", concluyendo en este sentido que "Internet se ha convertido en absolutamente vital para su presencia como actores en el escenario político mundial. Esto significa que las redes de ciudadanos tendrán que prestar mucha más atención a cómo se gobierna el Internet en el futuro, y no dar por sentado la simple capacidad de plug and play" (Deibert, 2000:271).

El pronóstico de Deibert fue certero, sin duda. El debate sobre la gobernanza de la red, sobre el control de los contenidos y las infraestructuras y muchas otras cuestiones derivadas del uso activista de Internet apenas acababa de llegar. Lo cierto es que estas primeras experiencias inauguraron un escenario del que ya en el futuro no se podría prescindir, de manera que ningún proceso de negociación internacional, en lo sucesivo, tendría lugar sin la presencia de los movimientos sociales orbitando, con Internet, como infraestructura para la gestión de la información.

Pero Internet no solo fue una herramienta que los activistas encontraron por el camino para mejorar sus estrategias comunicativas. El propio sistema de red en el que estaba basado, ayudó a configurar la fisonomía de las nuevas organizaciones activistas que iban surgiendo ante los nuevos desafíos globales, y obligó a reconfigurar los modelos de relación clásicos en los que las viejas organizaciones estaban instaladas. Galindo afirma en este sentido, al analizar las prácticas comunicativas del EZLN en Chiapas durante la revolución de 1994, "que los medios de información electrónicos llevaron a su expresión máxima a las sociedades de dominación -un centro, una dirección, un emi-

tor, y múltiples receptores-, pero lo que sucede con Internet es un fenómeno sin precedentes. Por primera vez en la historia es posible que multitudes se pongan en contacto simultáneamente, más allá del límite espacial, y con posibilidades interactivas. Lo que Internet ha traído a la vida social de final de siglo es una nueva era de la comunicación y la información” (Galindo, 1997:321).

Para este autor, los movimientos sociales descubrieron en Internet no solo una herramienta informativa que “permite la puesta en escena de toda la información conocida”, sino que además entendieron que iba a modificar todo el mundo de las relaciones sociales conocidas hasta ahora. En este sentido, la fascinación que Internet produce en los activistas del movimiento antiglobalización que germinaba en la segunda década de los 90 es descrita mediante la afirmación de que “estamos ante un nuevo escenario de relaciones sociales, pero también ante nuevos tipos de relaciones sociales. Es decir, los cambios sobre nuestras formas sociales previas van configurando el espacio social y sus reglas hacia otra cosa, otro espacio, otra sociedad, otra percepción y construcción de mundos”. Galindo habla, dos años antes de la batalla de Seattle, de “un nuevo modelo de creación colectiva”, de una “nueva cultura”, de “configuración de espacios de colaboración”, en definitiva, de una “comunidad virtual que agrupa actores de distinto orden y ámbito, desde lo nacional a lo internacional, desde los sectores populares hasta los medios y alto, de las clases semi-ilustradas hasta las sofisticadas clases intelectuales” (Galindo, 1997:322 y ss).

Internet no solo ha sido determinante en el modelo de acción comunicativa de los movimientos de resistencia global nacidos a finales de siglo XX, sino que ha constituido el ecosistema en el que estos movimientos han desarrollado su identidad colectiva y han configurado su fisonomía y sus relaciones. Internet no solo fue un medio que dio nuevas y desconocidas posibilidades de comunicación a los movimientos sociales, sino que además, con su virtualidad, permitió cambiar las reglas de los modelos de relación activista conocidos hasta la fecha. “Las prácticas en red del movimiento van más allá de la coordinación de acciones y del aprovechamiento de la flexibilidad en redes descentralizadas de activistas. Las conexiones en red basadas en Internet son decisivas a tres niveles distintos: estratégico, organizativo y normativo”, según Castells (2009:448), en apoyo de lo cual cita a Bennett, que afirma, en este sentido, que “diversos usos de Internet y de otros medios digitales facilitaron las redes de estructura laxa, débiles lazos de identidad y la organización de campañas informativas y manifestaciones que definen la nueva política global”. Abunda Bennett en esta idea, diciendo que “la facilidad para crear amplias redes de políticas ha permitido a las redes de activistas globales resolver con sutileza problemas de identidad colectiva que a menudo impiden el desarrollo de los movimientos. El éxito de las estrategias de comunicación en red en muchas campañas informativas y manifestaciones parece haber producido suficiente innovación y conocimientos para que sigan surgiendo organizaciones a pesar (y debido al) de su caos y su cambio dinámico. La red dinámica se convierte en la unidad analítica

con la que se pueden analizar los demás niveles (organizativo, individual, político) de la manera más coherente" (Bennett, 2003b:164).

Diez años después de la batalla de Seattle, Juris se esfuerza en defender la idea de que "más allá de proporcionar un medio tecnológico, la estructura reticular de Internet refuerza las formas organizativas basadas en la red", haciendo hincapié en que las lógicas de redes han dado lugar a lo que muchos activistas (...) llaman una *nueva forma de hacer política*: "con ello se entiende un modo de organización que implica la coordinación horizontal entre los grupos autónomos, la participación popular, la toma de decisiones por consenso y la libertad. Mientras que la lógica de los partidos y sindicatos tradicionales consiste en reclutar nuevos miembros, desarrollar estrategias unificadas, perseguir la hegemonía política y organizarse a través de las estructuras representativas, la política de la red gira en torno a la creación de un amplio espacio paraguas, donde diversos colectivos, organizaciones y redes convergen alrededor de unos cuantos principios comunes, preservando al mismo tiempo su autonomía y especificidad basada en la identidad. El objetivo se convierte en una mayor "conectividad" y expansión horizontal articulando diversos movimientos dentro de estructuras de información flexibles y descentralizadas que faciliten la coordinación y comunicación transnacional" (Juris, 2008a:13).

Internet, por tanto, ha contribuido a configurar la identidad colectiva de los nuevos movimientos sociales de final del siglo XX, puesto que "en la red se crean, difunden o refuerzan marcos de interpretación e identidades colectivas", y esto lleva a que (...) "Internet se constituye como un nuevo espacio de socialización", alternativo al de las comunidades físicas en las que se producen las relaciones interpersonales que dan lugar a un sentimiento compartido, como requisito indispensable para el surgimiento de una identidad colectiva. De la misma manera, "la construcción colectiva de un marco de interpretación global de los problemas y de los adversarios, así como de una identidad global en los nuevos movimientos también es reforzada y construida en buena parte por la interconexión global a través de Internet" (Candón, 2011b:309).

No parece que haya dudas entre la comunidad científica a la hora de relacionar Internet con los nuevos modelos de organización colectiva, dado que "Internet está implicado en el nuevo activismo global mucho más allá de reducir los costos de la comunicación, o trascender las barreras geográficas y temporales encontradas en otros medios de comunicación. Diversos usos de Internet y otros medios digitales facilitan las redes de estructura frágil, los lazos de identidad débiles y la organización de campañas informativas y manifestaciones que definen una nueva política global", que (...) "permite a las redes activistas mundiales afrontar problemas difíciles de identidad colectiva que a menudo impiden el crecimiento de los movimientos" (Bennett, 2003b:164). Esto, facilita la formación de redes de individuos que se convierten en "comunidades insurgentes" mediante el uso de las tecnologías de la información, que son "movimientos

que surgen de las redes de individuos que reaccionan a la opresión percibida y después transforman su protesta compartida en una comunidad de práctica, siendo su práctica la resistencia” (Castells, 2009:472).

El fenómeno de Internet ha cambiado, sin duda, una parte muy importante de la teoría clásica de construcción de la identidad colectiva, especialmente en lo que se refiere al elemento ‘espacio’, aunque también al de ‘tiempo’. El cronotopo pensado por Bathkin dejó de tener sentido en la era Internet, desde el momento en que espacios y tiempos ilimitados, ubicuidad y velocidad, son elementos definitivos en la construcción de las relaciones interpersonales, como plantean Belli y Díez (2014:40). Y ha ido cambiando con la propia existencia de los movimientos sociales. Esta idea persiste en la propia evolución del movimiento, de manera que el cambio de ciclo que se produce desde el ‘movimiento antiglobalización’ al ‘movimiento de indignación’ a partir de la segunda década del siglo XXI, encuentra en Internet no solo un aliado tecnológico, sino un nuevo espacio de construcción social mediante la reconfiguración de las relaciones de los actores del nuevo activismo.

De esta manera, aunque los códigos y las herramientas cambian con el paso de tiempo, el uso de la red permite a los movimientos sociales reconfigurar su identidad, en función de los nuevos espacios virtuales. Los efectos de la mensajería instantánea o la aparición de las redes sociales permiten descubrir nuevos territorios, como el “hashtag”, en los que la identidad colectiva se modela mediante el uso activista de la herramienta.

4.2.2. Configuración del movimiento de resistencia global

Aunque la mayor parte de la crítica no duda en utilizar el término de ‘novísimos movimientos sociales’ para catalogar al ciclo de acción colectiva nacido en la segunda mitad de los 90, identificándolo con el ‘movimiento antiglobalización’ en la práctica, hay autores que consideran la antiglobalización como el marco en el que se insertan estos novísimos movimientos, como por ejemplo Ibarra (2005:278).

El término “movimiento antiglobalización” ha sido polémico desde el primer momento de su uso. Se propone la idea de ‘movimiento de la globalización alternativa’ o ‘movimiento en contra de la globalización corporativa’, con el fin de enfatizar que “los activistas no están en contra de la globalización *per se* sino que efectivamente están desarrollando sus propios modos alternativos de globalización con base en la democracia y en la justicia social, en contraposición del modelo neoliberal dominante de la globalización que apoya los intereses corporativos, si bien su uso no es muy práctico” (Juris, Pereira y Feixa, 2012:23). La traducción de los diferentes términos al castellano ha constituido siempre un problema, incluso el de ‘movimiento altermundialista’, derivado de la versión francesa.

En efecto, existe una fuerte disputa terminológica en su seno, pudiendo distinguir diferentes denominaciones. Echart considera que “la dificultad para ofrecer una definición de este movimiento social se vislumbra ya a la hora de darle nombre.”. Se da a conocer como ‘movimiento antiglobalización’, término acuñado por *The Economist* (3 de noviembre de 1999), admitiendo que “esta denominación pronto se convierte en objeto de polémica, ya que para algunos es contraria a la realidad de un movimiento que es realmente global, (...), incluso el más globalizado de la historia, gracias al uso de Internet” (Echart, 2008:92). Echart cita a autores como George (2001) que “prefieren insistir en la idea de una ‘globalización con rostro humano’”, Falk (1993), que habla de una “globalización desde abajo”, Callinicos (2003) que defiende el concepto de “movimiento anticapitalista”, Arrighi, Hopkins y Wallerstein (1999), que se decantan por “movimientos antisistémicos”. Díaz-Salazar (2002) y Pastor (2006:142) recogen otras denominaciones como “movimiento de resistencia global” o “movimiento por la justicia global”.

No obstante, los grandes medios de habla inglesa, en ocasiones, se referían a este movimiento de protesta internacional, articulado en torno a las posibilidades que Internet les iba ofreciendo, como *anti-corporate movement*, recogiendo una parte de sus reivindicaciones contra las políticas neoliberales de los estados y la acumulación de poder por parte de las multinacionales.

La traducción castellana del *anti-corporate movement* del mundo anglosajón siempre fue un problema los países hispano hablantes, cuyas opiniones públicas recibían una carga demasiado connotativa en el término *movimiento antiglobalización* o *movimientos antisistémicos*, los conceptos más utilizados por la prensa generalista. A pesar de los esfuerzos de los colectivos sociales de España y América Latina por encontrar una alternativa a este concepto que les proyectara a la sociedad con una imagen menos negativa, nunca lograron encontrar un término más amigable para la el gran público. Lo cierto es que, en Seattle, las nuevas formas de actuar y trabajar del movimiento activista internacional permitieron acabar con su invisibilidad y asaltó los grandes medios, que empezaron a tomarlo como un actor social a tener en cuenta en cuestiones relacionadas con la lucha contra la pobreza y las injusticias sociales.

En relación a esta falta de acuerdo para denominar al movimiento antiglobalización, Della Porta considera que “los desacuerdos sobre los efectos de la globalización se deben, en parte, a la definición imprecisa del concepto mismo. La globalización se asocia con las grandes transformaciones que implican el creciente alcance e intensidad de las relaciones comerciales, comunicativas y de intercambio más allá de las fronteras nacionales” (Della Porta, 2005:669).

Lo cierto es que el concepto de ‘movimiento antiglobalización’ se impuso en España, fundamentalmente popularizado por los grandes medios (a pesar de los esfuerzos del

movimiento por desprenderse de la etiqueta) si bien siempre estuvo cargado de connotaciones negativas en su representación mediática, por la vinculación que se hacía de los activistas con la violencia y la contestación en las calles. La dificultad para generar una definición sobre 'movimiento antiglobalización' viene dada por lo complicado que le ha resultado a la crítica ponerse de acuerdo incluso sobre el término de 'globalización'. Van Aelst y Walgrave (2002:467) citando a Dodds (2000) ponen el acento en que "globalización significa diferentes cosas para la gente. En el mundo de los negocios se refiere a la liberalización económica y monetaria, para políticos y académicos significa la desaparición o al menos el cambio de estado de las fronteras, mientras que para la media de hombres y mujeres significa que ellos pueden comer la misma comida, calzar los mismos zapatos, o ver los mismos programas de televisión que otros que viven en el otro lado del planeta". Sin intención de profundizar en la búsqueda de conceptos de globalización, recojo las palabras de Van Aelst y Walgrave para poner de manifiesto que no existe un concepto unívoco de globalización, como tampoco existe otro de antiglobalización.

No cabe duda de que el movimiento antiglobalización fue el punto de convergencia en el que los viejos, los nuevos y los novísimos movimientos sociales encontraron un espacio común, de manera que ninguno sustituyó al anterior. Alrededor de todos los motivos que dan lugar al descontento ciudadano en esta etapa "se fueron formando los primeros núcleos o redes de lo que luego se iría configurando como un amplio *movimiento de movimientos* de carácter global, de manera que estos grupos se fueron dotando de unas gafas globales a la hora de analizar los problemas nacionales y locales" (Pastor 2002:29). De esta manera, muchos autores como Echart y otros hablan de la "conexión glocal", exponiendo que "la reivindicación de glocalizar las resistencias y la solidaridad forma parte de la terminología acuñada por el movimiento antiglobalización desde un segundo momento de su aparición". De esta manera, las autoras afirman que "lo local y lo global no se excluyen, sino que lo local es un aspecto de lo global, se intensifica por su inserción en la globalidad. La globalización significa un acercamiento entre culturas y gentes, las cuales se definen de nuevo en lo local para presentarse en lo global y toman de este espacio múltiples elementos que aplican en la esfera local propia. De esta manera, lo que parece insaciable (lo planetario, lo exterior, la globalidad) se concreta y se asimila en lo pequeño, en la vida y en los símbolos cercanos: se integra en lo cotidiano y se hace propio, se utiliza en los círculos pequeños que rodean nuestra vida" (Echart, López y Orozco, 2005:77).

La idea de 'pensar globalmente y actuar localmente' fue probablemente una de las aportaciones más interesantes del movimiento antiglobalización. De hecho, existe una contradicción entre el término 'antiglobalización' y la idea de transnacionalización de las estrategias de resistencia diseminadas por el todo el mundo, como ya ha quedado dicho. El término nunca consiguió transmitir la idea de una lucha contra un modelo de globalización concreto, impuesto por las políticas neoliberales que se ordenaban desde

las élites políticas y económicas del planeta, aunque el slogan de 'pensar globalmente y actuar localmente' atrajo a muchos movimientos de diferentes alcances y magnitudes a sentirse involucrados en la construcción de un nuevo espacio de resistencia.

Esa reivindicación de "glocalizar" las resistencias y la solidaridad se basa "en la existencia de un modelo económico capitalista que ha globalizado las relaciones de intercambio, fundamentalmente financiero, pero que repercute sobre otras muchas dimensiones de la vida social y política de la ciudadanía", en el que (...) "la localidad, como contraste, es asumida como una de las reacciones lógicas a un proceso de expansión de las coordenadas de referencia, que obligan a resituar la propias señas de identidad en medio del marasmo de lo global" (Echart, López y Orozco, 2005:78).

En este contexto, Robertson (1995:28) remarca que *The Oxford Dictionary of New Words* recoge la primera entrada del término "glocalización" que se viene utilizando desde principios de los 90. Lejos de intentar abordar un análisis etimológico del concepto, Robertson considera que "se halla muy extendida la tendencia a entender la relación global-local como si implicara directamente una polarización cuya forma más aguda se expresa en la pretensión de que vivimos en un mundo de afirmaciones locales enfrentado a las tendencias globalizadoras, un mundo en el que la misma idea de localidad se toma algunas veces como forma de oposición y resistencia a lo hegemónicamente global".

La idea de glocalización se contextualiza en el cambio conceptual y formal de lo político del que habla Beck, de manera que "lo político en la nueva era global no ha muerto", sino que "ha emigrado", en la medida que "la estructura de oportunidades de lo político rompe el dualismo nacional-internacional y se ubica en el espacio 'glocal'. La política mundial se ha convertido en política interior mundial y ha dejado a la política nacional sin fronteras ni fundamentos. Lo nuevo no es que las estrategias del capital presionen a los Estados y los obliguen a reaccionar (de eso trata la economía política desde sus inicios), sino cómo lo hacen. Y cómo el poder económico y político mundial se sirve de la amenaza de dejar de invertir para triunfar sobre la política, rígidamente ligada al terruño. No es que los actores económicos mundiales sean en principio más poderosos que los Estados, es que se han desprendido antes de las miopías de la ortodoxia nacional: esto es lo nuevo" (Beck, 2004:329).

La idea de "movimiento antiglobalización", del que hablaremos a continuación, se ha asentado en el imaginario colectivo y en el lenguaje social del siglo XXI, sin que tenga un significado realmente coherente con lo que trata de expresar. La idea de "glocalidad", con una vocación de lucha transnacional en la que los problemas se perciben como globales, y la configuración de una red de movimientos, un movimiento de movimientos, como ha quedado expuesto anteriormente, se acercan más a la idea de

“movimiento altermundialista”, en cuyo ideario el objetivo de una globalización alterna es más pertinente.

Una gran parte del éxito del movimiento antiglobalización partió de la idea que consiguió transmitir, de *pensar globalmente y actuar localmente* (*think global, act local*). No fue, ni mucho menos el movimiento de protesta internacional el que acuñó la idea, ni siquiera el concepto, que lejos de ser un slogan activista, ha sido también utilizado en contextos de políticas neoliberales. Castells expone que en realidad se trata de una vieja estrategia de los grandes conglomerados mediáticos: “Las empresas de medios globales exportan programas y contenidos que se producen para formatos locales pero cuya base son formatos estándar popularizados en Occidente. Iwabuchi denomina a este proceso un *camuflaje local*. Programas como Operación Triunfo, Supervivientes y ¿Quién quiere ser millonario? se han franquiciado a muchos países. Viacom ha estado en la vanguardia de este proceso de localización de contenidos. Su lema es *piensa globalmente, actúa localmente*” (Castells, 2009:131).

Pensar globalmente y actuar localmente ha sido un fabuloso argumento para muchas marcas que han pretendido hacerse con sectores de mercado, fundamentalmente en el mundo de las comunicaciones, en la búsqueda de los efectos contrarios a los que pretendía lograr el movimiento antiglobalización: la homogeneización de los mensajes y la estandarización de los comportamientos sociales. En este slogan se puede resumir la lucha de los movimientos antiglobalización y la contraria, o por qué los movimientos sociales no estaban contra la globalización *per se*, sino contra los valores de la globalización neoliberal.

Lo cierto es que el movimiento de protesta internacional acuñó la idea, una apropiación del término, una declaración de intenciones que si bien podía servir para cualquier estrategia, incluso empresarial, logró que se identificara con las estrategias de lucha conectadas de los movimientos sociales.

La idea de lo *glocal* se fue extendiendo y creando un sistema de redes activistas capaz de replicar acciones coordinadas en distintos puntos del planeta, con una estrategia compartida que analizaré más adelante. Pequeños movimientos colectivos, ciudadanos, vecinales, encontraron puntos de conexión en sus compromisos de luchas concretas, entendiendo que debían dar desde sus entornos de implicación una respuesta global ante unas amenazas también globales del neoliberalismo.

Algunos autores, no obstante, plantean una visión escéptica de la ‘glocalización’. En este sentido, Friedman se pregunta “cuál es el vínculo entre estos movimientos y la mundialización”. En su respuesta no deja lugar para dudas al sostener que “para la mayor parte de los movimientos que son considerados como antimundialización, los objetivos reales no son mundiales en sí: la conceptualización de la mundialización no entra en las construcciones estratégicas de sus condiciones de existencia, pero puede

desarrollarse eficazmente cuando resuena con el estado existencial de los participantes en la acción. En este caso, el vínculo entre lo mundial y lo local se vuelve evidente en sí y puede ser la fuente de la producción de nuevos discursos sobre lo mundial” (Friedman, 2010:104).

La estructura de red y la visión global permitió a los movimientos sociales descubrir que existían muchos otros colectivos con los que compartían valores, incluso más allá de las fronteras en las que históricamente habían estado confinados. El movimiento antiglobalización “es una red de diversos movimientos que convergen familias movimientistas” (Ibarra, 2005:279) como nuevos movimientos sociales (organizaciones ecologistas, grupos pacifistas, coordinadoras de movimientos feministas, entre otros), novísimos movimientos sociales (movimientos de solidaridad internacional, grandes ONGs de distintos ámbitos que trabajaban en el campo del desarrollo, la inmigración, el racismo o la exclusión social, y grupos de defensa de derechos humanos), viejos movimientos sociales como sindicatos, organizaciones políticas extraparlamentarias, grupos indígenas, grupos religiosos progresistas, organizaciones campesinas (como Vía Campesina o el Movimiento de los sin Tierra de Brasil, además de los grupos específicos que nacen directamente para la movilización contra la globalización neoliberal, como ATTAC o la CADTM, lo que lo configura como una red de redes de movimientos. En esta misma línea se manifiesta Echart que considera al movimiento antiglobalización “heredero de múltiples luchas surgidas en parte en los Estados víctimas de los Planes de Ajuste Estructural del Fondo Monetario Internacional, que tenían efectos nocivos sobre las poblaciones, al implicar un recorte de las políticas sociales, al tiempo que obligaban a duros ajustes” y (...), “luchas sectoriales, conocidas como los nuevos movimientos sociales, en torno a demandas posmaterialistas como el ecologismo, el feminismo o el pacifismo, que estaban ya presentes en el ciclo de movilizaciones de los años sesenta” (Echart, 2008:93).

Friedman, no obstante, considera que “estos movimientos difieren unos de los otros por su intencionalidad y sus estrategias” pero que en un momento dado adquieren protagonismo internacional como resultado de la coyuntura política. Para Friedman “son las condiciones generales propias del sistema mundial las que los vuelven sobresalientes en un momento histórico dado”, en (...) un momento que “se caracteriza por una crisis de decadencia hegemónica”, y en cualquier caso “la turbulencia contemporánea no es la razón de la aparición de este tipo de movimientos. Al contrario, estos movimientos son elementos constitutivos decisivos de ella. Dicho de otra manera, esta turbulencia no es más que la fragmentación de los proyectos sociales en el sistema mundial”. Este autor defiende que “estos movimientos son el resultado de una fragmentación del proyecto social en que los objetivos antes estaban pensados en términos globales”, y pone en duda la convergencia que defienden muchos autores afirmando que “los activistas de las clases medias tienen propensión a constituir al Otro como una prolongación de ellos mismos. Hasta los proyectos de liberar a los indígenas

de la opresión del Estado nación, de garantizar el derecho de asilo a los refugiados, o de velar por los derechos de los minusválidos, de los animales, etc., son llevados por grupos que se identifican con un sujeto englobante. Los proyectos procedentes de la clase media progresista son la expresión de una transformación importante de la sociedad capitalista contemporánea. Sus tendencias globalizantes respecto a los Otros del mundo contrastan con la fragmentación de sus propios proyectos” (Friedman, 2010:103).

Más allá de su naturaleza (y de las limitaciones que escondían) como movimientos, quizá lo más destacado fue su capacidad de crear una red de redes de movimientos que aprendió a construir un discurso en esa confluencia de visiones transnacionales; la superación del concepto de frontera en el ciclo de protesta que definieron se basaba, según Ibarra en tres marcos referenciales que operaban como idea-fuerza: el primero, “una mirada indigenista contra la uniformización planetaria de todos los seres humanos”, que pretendía cuestionar los criterios organizativos utilitaristas de mercado, los valores culturales que se estaban imponiendo (individualismo, privatismo, tecnologismo, cientifismo, secularismo) y los modelos políticos basados en democracias representativas liberales. El segundo, una mirada a la pobreza desde la desigualdad económica entre ricos y pobres; la idea de la justicia distributiva que proponen los movimientos sociales sustituye al de ayuda y se busca acabar con el asistencialismo y los programas de desarrollo que fomentan nuevas relaciones de dependencia económica entre países. El tercero, la idea de anticonsumismo, que rechaza el globalismo por considerarlo “una ideología que atenta contra la propia dignidad del ser humano” (Ibarra, 2005:284).

No obstante, conviene destacar, de nuevo, visiones como las de Friedman, que considera que para precisar la naturaleza de estos movimientos, “hay que comprenderlos desde dentro y (...) captar la intencionalidad de sus actores y proyectos” (Friedman, 2010:93); muchos de los colectivos que se consideraban integrados en el movimiento antiglobalización, defendiendo una visión transformadora del orden mundial y no su rechazo. Es por ello que Friedman define tres tipologías de colectivos que habitan el movimiento antiglobalización:

- Los movimientos socialistas e internacionales de influencia trotskista sobre todo, cuyo fin es transformar el mundo entero, reemplazar las estructuras y estrategias económicas y políticas existentes por otras totalmente distintas, en los que sobresale (...) la idea de ruptura y reemplazo.
- Los movimientos que actúan para transformar el mundo en su totalidad, pero por medio de reformas que en general se reducen a ajustes, de los que cita la política socialdemócrata como el mejor ejemplo, poniendo como ejemplo a AT-TAC como una ilustración de este tipo de política reformista.

- Actores cuyo fin es salir del sistema mundial. Algunos movimientos indígenas se orientan hacia el acceso o el dominio de un territorio, la autonomía política, y hacia los derechos lingüísticos y culturales para los que esta autonomía es la única vía posible. Para este autor se puede decir que se trata de movimientos “localistas”, aun cuando utilicen Internet y exploten las relaciones internacionales para alcanzar sus objetivos.

Ceri (2010:50), por su parte, define cuatro tipos de actores y por tanto de orientaciones a la acción:

- Los grupos y asociaciones que sostienen de manera exclusiva o prioritaria instancias relativas a los efectos de la mundialización vertical, que tienden (...) a oponer la defensa sindical a la flexibilidad del trabajo, o la defensa autárquica a la movilidad de los factores de producción y al consumo de productos extranjeros.
- Los grupos y asociaciones que expresan reacciones y demandas relativas a las consecuencias de la mundialización horizontal, que (...) oponen la defensa de las identidades a la homogeneización cultural, y los equilibrios naturales a las leyes del mercado.
- Los grupos y asociaciones que exponen reivindicaciones referentes a los efectos de la mundialización horizontal interpretándolos y subordinándolos ideológicamente a la lucha contra la mundialización vertical (...) que esgrimirán los derechos humanos y los equilibrios naturales frente a la explotación capitalista.
- Los grupos y asociaciones que, mientras sostienen las instancias vinculadas con los efectos de la mundialización vertical, las llevan a un horizonte de lucha definido en términos de mundialización horizontal, entre las que se sitúan las principales ONGs (...) que reivindicarán la defensa de los consumidores y la privacidad contra la manipulación de las necesidades, los derechos humanos contra la opresión, la dignidad contra la privación, la defensa de la diversidad contra la homogeneización creada por el mercado.

Pero si hay algo que constituye un elemento diferenciador en el ‘movimiento antiglobalización’ es el cuestionamiento de la democracia representativa, que demostraba su incapacidad para gobernar el nuevo orden mundial. Las instituciones que asumen el mando del poder transnacional toman decisiones de gran alcance, con una legitimidad

muy cuestionada por parte de los movimientos sociales, y el movimiento antiglobalización habría jugado un rol importante en “el proceso de expansión de la democracia (una etapa del proceso de democratización aún no completamente estudiada), encarrando tanto las reformas democráticas del sistema internacional de gobierno (governance) como, en el plano nacional, la superación de la democracia representativa por medio de experimentos de democracia participativa y deliberativa” (Rossi y Della Porta, 2011:538). Esto situaría a este movimiento en la última fase de los cinco pasos que estos autores establecen dentro de la política contenciosa en las etapas del proceso de democratización; la expansión, como culminación del proceso de resistencia, liberación, transición y consolidación, se caracteriza por la existencia de “campañas por la democratización de las organizaciones intergubernamentales internacionales y por los ensayos de democracia postrepresentativa a nivel local o nacional”. No obstante, esta transitoriedad del movimiento le confiere ciertas características propias de la etapa que alimentan sus luchas: los movimientos de reforma agraria o el indigenismo, como colectivos que introducen demandas por una consolidada e inclusiva democracia sustancial, o reclamos por la recuperación del perdido “orden” por medio de una limitación de los derechos políticos o sociales, se constituyen como referente en el proceso de la lucha antiglobalización. El movimiento zapatista o Vía campesina han sido un claro ejemplo de ello.

Rossi y Della Porta plantean las dos visiones que mantiene la crítica con respecto al rol de los movimientos sociales en esta fase de expansión en los procesos de democratización: por un lado, apoyándose en Kaldor (2003) y Keane (2003) resaltan la perspectiva de “una sociedad civil global que enfatiza el rol jugado por una sociedad civil mundial organizada en la democratización a escala supranacional, ubicada entre el Estado y el mercado”; por otra, Della Porta y Tarrow (2004) destacan “el protagonismo jugado por los grupos de lucha por los derechos humanos, indígenas, mujeres y alterglobalización en la promoción y expansión de los regímenes nacionales democráticos, así como la reformulación de los no muy democráticos procedimientos de las organizaciones intergubernamentales internacionales, tales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional”.

Della Porta vincula las luchas del movimiento antiglobalización con las exigencias de democratización de la ciudadanía frente a la creciente influencia de las ‘organizaciones gubernamentales internacionales’. Por ello cree que “cualquiera que sea la definición de globalización, los desafíos a la democracia surgen de la necesidad de adaptar concepciones y prácticas desarrolladas a nivel nacional a una realidad en la que los actores transnacionales y los acontecimientos globales tienen una influencia cada vez mayor. Las concepciones normativas y la implementación empírica de la democracia desarrollada en y sobre el Estado-nación no se aplican fácilmente a nivel supranacional”. La

relación que Della Porta establece entre globalización económica, globalización cultural y democracia dibuja un escenario que “ha tenido efectos sociales en la construcción y el desarrollo de la sociedad civil”, de tal manera que (...) “la globalización económica, en el sentido de libre comercio, con una devolución del poder del Estado al mercado, desafía el modelo de estado de bienestar del capitalismo atenuado predominante, especialmente en las democracias europeas, y con ella la dimensión social de la democracia como régimen político que tiene como objetivo reducir las desigualdades económicas. La globalización cultural, con una comunicación intensificada a través de las fronteras, y el consiguiente riesgo de homogeneización, pero también con la promesa de un cosmopolitismo creciente, desafía la idea de democracia basada en una comunidad prepolítica de destino. La dimensión social de la globalización provoca una fragmentación de los grupos e identidades sociales, pero también una creciente transnacionalización de las organizaciones de la sociedad civil y de las campañas de protesta” (Della Porta, 2005:668).

Desde esta perspectiva, las propuestas de reforma del movimiento antiglobalización que centra gran parte de su atención en el funcionamiento democrático de las organizaciones supranacionales del nuevo orden global “están especialmente orientadas hacia la expansión de la transparencia en el proceso de toma de decisiones en las organizaciones intergubernamentales internacionales, crecientes controles sobre los parlamentos nacionales, así como la apertura de canales de acceso institucional para las organizaciones de movimientos sociales” (Rossi y Della Porta, 2011:538).

No cabe duda de que el nuevo modelo de gobierno transnacional estimula el desarrollo de nuevas formas de acción colectiva. Las nuevas instituciones construidas desde la ingeniería política que asumen el gobierno mundial, provocan la reacción colectiva de la sociedad civil mundial. De esta manera, “así como la configuración estatal de la política dio lugar a la movilización colectiva nacional, la redefinición contemporánea del locus político está procurando la emergencia de formas transnacionales de acción colectiva” (Arias, 2008:12). Este autor considera que la paulatina globalización de estos, supone, de hecho, la confirmación de su relevancia en el funcionamiento del orden político y simbólico tardomoderno, de tal manera que “la movilización colectiva se ha convertido así en un medio habitual de expresión de demandas sustantivas y simbólicas en nuestras sociedades”. Arias cree que “los movimientos sociales no son ya irrupciones desestabilizadoras en el orden democrático, sino un elemento más del mismo” y que (...) “vivimos ya, por ello, en una *sociedad-movimiento*” en sintonía con la propuesta de Della Porta, que ubica a estos movimientos en la fase de expansión.

Echart y otros (2005:94), por su parte, consideran como rasgos definitorios del movimiento “la orientación emancipatoria, autorregulación colectiva, composición social heterogénea, objetivos y estrategias de acción muy diferenciados (el famoso *pensar globalmente y actuar localmente*, con autonomía de cada grupo), estructura organizativa

descentralizada y antijerárquica, politización de la vida cotidiana y del ámbito privado, y métodos de acción colectiva no convencionales”. Su heterogeneidad la determina el hecho de que en su seno quepan activistas en un espectro ideológico que va el centro izquierda a la extrema izquierda, que participen individuos, grupos de afinidad, colectivos, asociaciones, ONGs, sindicatos y partidos políticos, con diferentes posicionamientos frente al Estado, y con notables diferencias por la ubicación del movimiento debido a los diferentes contextos sociopolíticos.

Es importante resaltar la visión del movimiento antiglobalización como familia de colectivos, donde lo importante fue la creación de espacios de debate y de lucha, y en los que la escala de grises de los participantes era la vocación de constituirse como movimiento contrahegemónico. Esta heterogeneidad funcional y diversidad de materias obligó al movimiento a crear distintos ejes temáticos (Echart y otros, 2005:98; Alcañiz, 2009:215), que recogían las preocupaciones sociales que abordaban diferentes problemáticas y sobre los que se iba creando el debate y se construía el discurso. Entre los principales ejes temáticos estaban el control de los mercados y las reglas de comercio internacional, a fin de conseguir una regulación internacional de los capitales financieros; los mecanismos de control sobre las empresas transnacionales para garantizar el cumplimiento de los derechos de la infancia y los trabajadores; la defensa de los derechos humanos con campañas de persecución de las violaciones de derechos políticos, sociales y culturales, a los que se incorporan reivindicaciones sobre otros derechos de nueva generación, que no aparecían en la Carta de Naciones Unidas; el feminismo y el género, por un lado, y el medio ambiente y el ecologismo, por otro, que adquieren una dimensión de transversalidad en la lucha del movimiento; la cooperación al desarrollo, que demanda un modelo sostenible, basado en el bienestar global; y el antimilitarismo, que surge como un rechazo a la guerra como medio de resolución de conflictos, y reivindica la desmilitarización de la vida cotidiana.

Estos ejes temáticos contribuyeron a dotar de contenido político la actividad del movimiento antiglobalización, tanto en la actividad de protesta y movilización, como en la de generar influencias para lograr cambios en las agendas de las instituciones políticas y financieras del nuevo orden global. Aunque es cierto que en la teoría estas dos formas de actuar se han diferenciado como propias de las ramas “revolucionaria” y “reformista” (de las que hablaremos más adelante), en la práctica, la convivencia y la participación de movimientos y organizaciones no era tan rígida.

Calle analiza desde un enfoque epistemológico el nuevo ciclo de acción colectiva que surge en la década de los 90, tras unos años aletargamiento social, en el que las políticas neoliberales se estaban imponiendo sin demasiadas resistencias sociales. Para Calle, lo más característico de estos movimientos globales, es su “reproducción global”, que permite hacer del planeta una unidad temporal, cultural y espacial de referencia y conectar espacios de descontento mediante tecnologías, medios y singularidad de las

protestas, lo que a su vez “permite unir discursos y formas de acción y coordinación a escala planetaria” (Calle, 2003:2).

En el movimiento antiglobalización, según este autor hay una serie de factores que dan sentido a la acción: en primer lugar “los valores y la cultura”, presididos por identidades abiertas y difusas que facilitan la multidimensionalidad y la retroalimentación desde la diversidad, conectando lo público y lo privado, lo local y lo global; en segundo lugar, “los discursos, en red y globales”, encadenando diversas dialécticas a la globalización como fuente del conflicto; en tercer lugar, “la coordinación, en redes horizontales”, con estructuras muy débiles y porosas, que permiten la autonomía de los nodos locales, con búsqueda del consenso mediante sistemas asamblearios; por último, la acción, con un simbolismo rupturista orientado hacia una radicalidad democrática (Calle, 2003:5).

Atendiendo a los diferentes enfoques teóricos que se dan como respuesta para facilitar la comprensión de los nuevos movimientos sociales por el modelo marxista y por la corriente estructural-funcionalista, y ante la resistencia de estos de ser categorizados en términos de conflictos de clase, como apunta Berrío, citando a Diani (1992), resulta complicado determinar si el movimiento antiglobalización nació y creció al amparo de la teoría del comportamiento colectivo o fue como consecuencia de la oportunidad política generada. Es razonable pensar que ambas teorías ofrecen respuestas y razones que explican el porqué de la emergencia de un ciclo de acción colectiva como el que se venía gestando desde mediados de los 90. La producción de nuevas solidaridades facilitadas por el incremento de las innovaciones tecnológicas y las nuevas formas culturales, unido al desarrollo de un nuevo escenario político internacional, en el que la apertura de fronteras comerciales y políticas quitaban poder a los Estados-nación como forma de organización social conocida hasta entonces provocaron un nuevo ciclo de acción colectiva. De esta manera, tanto desde la teoría del comportamiento colectivo como desde la teoría de oportunidad política encontramos razones que explican la emergencia del nuevo activismo. No obstante, desde la teoría de los movimientos sociales cabría aceptar que “el uso de la expresión “nuevos movimientos sociales” se refiere a un amplio conjunto de acciones colectivas que no han podido ser entendidas ni analizadas por las perspectivas teóricas anteriores, y más específicamente, por las formas de enfocar el que, hasta entonces, era el prototipo del movimiento social, es decir, el movimiento obrero” (Berrío, 2006:229).

La heterogeneidad y ausencia de aspectos formales en el movimiento antiglobalización no permiten delimitar temporalmente, al menos de forma estricta cuándo surge y cuándo muere. Algunos autores han establecido una serie de momentos y virajes, que delimitan una serie de etapas vitales, que iré desarrollando en los siguientes capítulos, pero que se resumen de la siguiente manera:

- El zapatismo, como “primera insurrección contra la mundialización neoliberal” (Le Bot, 2010:114), tras el alzamiento del EZLN el 1 de enero de 1994 contra la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y la convocatoria del ‘Encuentro intercontinental contra el neoliberalismo y por la humanidad’ en Chiapas en 1996.
- El modelo francés, que permitió entre 1995 y 2000 “la convergencia de las luchas, primero contra la mundialización liberal, y después, progresivamente, por otra mundialización” (Pleyers, 2010a:125).
- La batalla de Seattle, desde el 30 de noviembre al 3 de diciembre de 1999, en la que los manifestantes interrumpieron la cumbre de la Organización Mundial del Comercio, “catalizando una nueva fase de protesta *antimundialista*” (Coburn, 2010:138).
- El viraje italiano (Farro, 2010:158), producido en julio 2001 cuando una manifestación celebrada en Génova, contra la cumbre del G8 terminó con la muerte del activista italiano Carlo Giuliani, que posicionó al movimiento contra las conductas más violentas, y que abrió dos corrientes de acción: una más orientada a las propuestas y otra que defendía la resistencia.
- Tras el 11 de septiembre de 2001, el movimiento antiglobalización se diluye progresivamente, afectado por la nueva situación internacional, en la que “las temáticas de la lucha contra el terrorismo, la seguridad y la guerra han reemplazado el objetivo de otra mundialización que había llegado a ocupar el centro de los debates y (...) lo militar le ha ganado a lo económico” imponiéndose una lógica de “choque de civilizaciones” (Pleyers, 2010b:175), momento, a partir del cual, el Foro Social Mundial asumió el protagonismo del movimiento global y tomó distancia con la violencia que generó un profundo debate sobre sus formas de acción.

4.2.3. Todo empezó en Seattle: Los movimientos sociales descubren el poder de Internet

Son muchos los autores que señalan las manifestaciones masivas que se celebraron en Seattle en noviembre de 1999, en protesta contra la cumbre de la Organización Mundial del Comercio que se celebraba en la ciudad norteamericana, como el inicio de un nuevo modelo de acción comunicativa de los movimientos de protesta a lo largo del planeta (Seoane y Taddei, 2001; Atton, 2002; Bennett, 2003a; Iglesias, 2004; Khan

y Kellner, 2004; Calle, 2005; Della Porta y Tarrow, 2004; Juris, 2008a; Candón, 2011b; Tascón y Quintana, 2012 y muchos otros).

Quizá sea demasiado pretencioso fechar de una forma tan exacta el nacimiento de lo que se vino a llamar el 'movimiento antiglobalización', si bien, en aquellos días de un siglo que se acababa, se escenificaron las nuevas estrategias de un nuevo activismo que se avecinaba de cara al futuro más inmediato.

Pero la importancia de Seattle no reside en el hecho de una demostración de fuerza en la que manifestantes de todo el mundo pusieron en jaque durante varios días a los principales líderes mundiales. Eso, de una u otra manera, con estéticas quizá diferentes, ya se conocía. Juris considera que "Seattle señaló la aparición de un nuevo actor político, aunque se le describiera como confuso, caótico, incoado y violento" (Juris, 2008a:291); las consecuencias derivadas de aquella movilización (sobre todo "la forma en que estos diversos elementos se unieron y transformaron las protestas anti OMC en un evento mediático mundial", en palabras del autor) han sido descritas por Juris como el "efecto Seattle", dado que se replicaron por todo el mundo, dando lugar a una ola de protestas que inauguró un nuevo escenario mediático y activista, y que relata de la siguiente manera: "A medida que las imágenes circulaban por todo el mundo, la protesta pronto empezó a tener réplicas en otras ciudades, generando una creciente ola transnacional de protestas contra la globalización corporativa. Además, las diversas redes que convergían en Seattle representaban sectores clave dentro de un campo emergente de globalización anti-corporativa. La forma en que interactuaban en las calles reflejaba cómo los movimientos y luchas alternativas convergerían dentro de las redes transnacionales, a medida que las nuevas tecnologías y las nuevas lógicas de redes permitieron a los activistas organizarse a través de la distancia, la diversidad y la diferencia" (Juris, 2008a:33).

La batalla de Seattle, como fue conocida, generó "un movimiento de protesta internacional que surgió en resistencia a las instituciones neoliberales y sus políticas de globalización, mientras que la democracia, la justicia social y [la idea de] un mundo mejor eran defendidos" (Kahn y Kellner, 2004:87). En este sentido, los mismos autores afirman que "desde entonces, los espectáculos políticos de base amplia y populista se han convertido en la norma, gracias a un sentido evolutivo de la forma en la que los nuevos medios y la sociedad de Internet pueden ser desplegados de una manera democrática y emancipatoria por una ciudadanía planetaria creciente que está utilizando los nuevos medios de comunicación" para estar informados, informar a otros y construir nuevas relaciones sociales y políticas. Pero además, Seattle sirvió para construir la base de los nuevos códigos culturales del movimiento. La emergencia de un nuevo poder simbólico se destapó en las calles de Seattle en aquellos días, en los que "el uso de contenidos de la cultura mediática para enmarcar la protesta alterando el sentido de los mismos, la aplicación de técnicas publicitarias para difundir la movilización, el uso estratégico

de la dramatización de la protesta para llamar la atención de los medios, etc., reflejan esta capacidad creciente de los actores sociales para crear recursos simbólicos de manera que los movimientos cumplen la función simbólica de cuestionar el discurso dominante y hacer visible al poder, para lo cual utilizan los mismos recursos informativos movilizados para imponer el control social” (Candón, 2011b:66).

No obstante, no es del todo cierto que todo empezara en Seattle, como titula este epígrafe. Seattle fue donde eclosionó y se visibilizó todo un sistema de comunicación y movilización que se venía gestando desde años antes, que tuvo su gran banco de pruebas en el movimiento zapatista, que a partir de 1994 desarrolla la primera experiencia de lucha basada en un trabajo de redes conectadas contra la globalización y el neoliberalismo. Juris habla de una “visión global de la solidaridad”, que hasta el momento era desconocida y sitúa el momento de la lucha indígena en México como un espacio de “inspiración, y de nuevos lenguajes políticos, nuevos modelos de organización y de creación de redes y encuentros globales” (Juris, 2008a:34).

De esta manera, el Ejército Nacional de Liberación Zapatista (EZLN) inició a principios de enero de 1994 en el estado mexicano de Chiapas, en oposición al Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA), una rebelión campesina en un contexto mundial creciente de protesta contra el libre comercio y el neoliberalismo, que Castells definió como “el primer movimiento de guerrilla informacional” (Castells, 1997b:72). En aquel fenómeno se involucraron movimientos de defensa de los derechos humanos y organizaciones indígenas locales, que crearon en pocos días una red informacional de apoyo a la causa zapatista mediante el uso de tecnologías de la información que permitieron al líder de la causa, el Subcomandante Marcos, emitir y distribuir comunicados casi en tiempo real.

La configuración de estas nuevas estrategias del movimiento de protesta que fue tomando conciencia de su poder en la medida que unía sus fuerzas, no partió de occidente ni fue un logro de los países desarrollados. La experiencia del movimiento zapatista mostró el camino a seguir en Chiapas, donde un grupo de campesinos logró poner en marcha un proceso de rebelión local que “pronto adquirió dimensiones globales gracias a la creación de una sólida red internacional de alianzas y estrategias internacionales en contra de la globalización neoliberal. Internet jugó un papel importante en el levantamiento, y sobre todo en la difusión mundial de la protesta y en la construcción de redes de apoyo” (Treré y Barranquero, 2013:34 y ss).

Siguiendo a estos autores, que resumen las posiciones de diferentes visiones, el movimiento se caracterizó “porque sus activistas no actuaron de forma individual, sino que se apropiaron de las tecnologías para interactuar y colaborar de muchas maneras”, unas tecnologías que (...) “permitieron una comunicación más eficaz entre individuos y grupos, facilitaron el acceso a una información antes más dispersa y fragmentada, y

redujeron cierto poder de ocultamiento ejercido por los medios de comunicación tradicionales”.

No obstante, Treré y Barranquero recogen también las visiones tecnomíticas acerca del movimiento de liberación zapatista, que lo consideran prototipo o ejemplo paradigmático de “guerrilla informativa” y para algunos incluso sinónimo de “guerra en red” y “ciberactivismo”. Estos autores recogen las reflexiones de Pitman (2007:87) sobre una serie de términos que se popularizaron mucho en la época como *cyberwar* y *social netwar*, acuñados por Ronfeldt y Arquilla (2001) en los noventa, sobre los que abundaremos más adelante. Más allá de los matices sobre los conceptos en los que Pitman intenta profundizar, y de lo que el movimiento zapatista pudiese tener de sobredimensionado como factor desencadenante de un nuevo modelo de relación y organización en la protesta de los actores sociales internacionales, Chiapas y otros lugares del Sur, especialmente en América Latina, constituyeron la argamasa para que el activismo internacional descubriera el inmenso poder que tenía una herramienta llamada Internet, en lo que empezaba a conocerse como el ‘movimiento antiglobalización’.

Los zapatistas mostraron el camino a los movimientos sociales de diferentes lugares, que entendieron que una nueva época que iba a cambiar los modelos de organización y comunicación estaba llegando, y en 1996, dos años después de los primeros llamamientos del subcomandante Marcos, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional “organizó en la ciudad de Chiapas un encuentro mundial de activistas sociales, el *Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo*”, evento que algunos autores como Fernández Buey (2004:132) designan como el primer antecedente del movimiento antiglobalización, y que habría de repetirse al año siguiente en el Estado español. De aquellos encuentros surgió la idea de conformar la Acción Global de los Pueblos (AGP) que habría de ser la principal promotora de la convocatoria de los llamados días de acción global, según relatan Jerez e Iglesias (2009:85).

Chiapas, no obstante, es algo más que un punto de partida; en Chiapas explota el hartazgo de los ciudadanos oprimidos del Sur, que en muchos rincones de América Latina van creando focos de resistencia que alimentan las luchas contra las injusticias neocolonialistas de los países del Norte, a cuyos ciudadanos y bases sociales consiguen movilizar mediante el ejercicio de empatía que proponen, utilizando los nuevos medios a su alcance. El germen de toda esta rebeldía surge de una sociedad oprimida y excluida, que va viendo minados sus derechos y sus posibilidades de desarrollo. De esta manera, “el deterioro social y el incremento de la represión en todo México por el agravamiento de la crisis económica ha favorecido, en los últimos años, un proceso de militarización sin precedentes que, como consecuencia ha necesitado de un mayor control informativo en el ocultamiento y legitimación del terrorismo de Estado que se viene desencadenando contra organizaciones civiles, los partidos de la oposición y las coope-

rativas y movimientos populares del campesinado y los sectores urbanos más dinámicos de la sociedad civil mexicana, por su oposición contrainsurgente del gobierno" (Sierra, 1997:171). El levantamiento del EZLN el 1 de enero de 1994 en Chiapas, en una estrategia que Sierra Caballero define como "guerra de baja intensidad", es la respuesta, no solo al Tratado de Libre Comercio, sino a todas las prácticas represivas que la población estaba sufriendo hacía décadas.

Pero Chiapas no fue un episodio más de insurgencia en el panorama internacional de aquellos años. El levantamiento zapatista creó en el mundo de los movimientos sociales "*el fenómeno EZLN*" (Galindo, 1997:326), que se convierte en un actor del mundo real, por una parte, y en actor virtual por otra, que construye representaciones de ese mundo real y se configura simbólicamente para otros públicos. En sentido, Galindo (1997:331) cuando analiza este proceso de insurgencia, habla de dos niveles, de dos esferas: una real, centrada en la lucha armada del EZLN y otra virtual, "construida por una comunidad de segundo nivel, que no se conoce en realidad, se intuye, conversa en pequeños grupos, se desilusiona y frustra por lo que no ha sido (...), que quizá no sea combatiente, pero puede actuar simbólicamente", a la que empiezan a sumarse redes de todo tipo, desde grupos indígenas y colectivos relacionados sobre asuntos latinoamericanos, a colectivos pacifistas, de defensa de los derechos humanos, feministas, o buscadores de información sobre temas de interés en la agenda internacional.

No obstante, Galindo describe con acierto que en estos primeros años del uso insurgente de Internet, el EZLN tiene una visión instrumentalista de la información, y tendrán que ser otros los que propongan una nueva línea de acción creativa, definiendo la paradoja zapatista, en la que "mientras los actores reales luchan por un mundo real que terminará vencidos, han descubierto para otros las posibilidades del mundo virtual para revolucionar el mundo social total". Concluye este autor, en su exposición del fenómeno zapatista, que "como un auténtico fenómeno de la posmodernidad, el EZLN disparó la diversidad, la multiplicidad, la imaginación, la creatividad", afirmando al hablar de todas estas redes del espacio social emergente, que "son indicios de una nueva forma de sociabilidad, de una nueva forma de vida política, de participación y de coordinación" (Galindo, 1997:333). Por su parte, Juris (2004:159), citando a Cleaver (1995) describe la experiencia como "una red global de apoyo al movimiento zapatista formado por una *tela electrónica de lucha*, usando teléfonos, faxes y, sobre todo, Internet, para intercambiar información sobre los acontecimientos conforme iban sucediendo", en la que (...) "Marcos demostró ser un experto en transformar las nuevas redes cimentadas en internet en una herramienta para distribuir comunicados alrededor del mundo, estableciendo los cimientos para una red intercontinental de comunicación alternativa que no es una estructura organizativa, no tiene una cabeza central o alguien que toma las decisiones, no tiene un órgano de mando central o jerarquías", palabras que por otra parte recoge de la Declaración Zapatista realizada durante el

primer Encuentro Intergaláctico contra el Neoliberalismo y por la Humanidad celebrado en Chiapas en 1996.

En este texto, Cleaver habla de la construcción de un “tejido (red) electrónico de lucha”, que Kidd (2015:459) cita, para poner en valor la importancia de la estrategia comunicativa de la rebelión zapatista, y recurre a Martínez-Torres (2001:348) con quien comparte que las protestas en Chiapas “lograron detener al ejército mexicano y atraer la atención del mundo, con una demostración de armas muy corta y una poderosa guerra de imágenes, palabras, legitimación y autoridad moral”. Según Kidd, “los zapatistas representaban una paradoja: las tecnologías de información de alta tecnología, cruciales para un capitalismo globalizado, se volvieron contra él utilizadas por un movimiento guerrillero rural y, sobre todo, indígena”, hasta el punto que (...) “los zapatistas inspiraron a la sociedad civil en México y un creciente movimiento transnacional de globalización anti corporativa con su guerra de posiciones inclusiva y gramsciana, que se centró en fortalecer la democracia participativa, el compromiso creativo en el ámbito cultural y los diálogos interculturales a través de encuentros o asambleas públicas presenciales”.

Las experiencias de solidaridad Norte-Sur nacidas a partir de lo acontecido en Chiapas en 1994 permitieron articular de forma muy primitiva un movimiento de protesta internacional con nuevas formas de relación. La proliferación de listas de correo y boletines electrónicos permite crear una red de comunicación insurgente, a partir de la cual se empezó a fraguar una estrategia de acción global coordinada que empezó con protestas contra el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, consideradas las instituciones culpables de la desigual distribución de la riqueza en el mundo. Tras la experiencia zapatista, los movimientos sociales emplean Internet para desarrollar nuevos usos insurgentes de esta herramienta, logrando éxitos como el cosechado en 1998, cuando más de seiscientas organizaciones de setenta países apoyaron la protesta convocada en una campaña lanzada por internet contra las negociaciones que se venían produciendo para crear lo que se llamaría el Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI) y cuya firma no se llegó a producir. “La protesta que crearon, al informar y movilizar a la gente contra estos nuevos planes a favor del libre comercio, llevó al final de las negociaciones y al fracaso del acuerdo. Aunque la protesta tradicional significa que las manifestaciones y las peticiones no estaban ausentes, Internet proveyó el pegamento para unir a la oposición que había comenzado simultáneamente en una variedad de países desarrollados” (Van Aelst y Walgrave, 2002:468).

Volviendo la mirada un poco más atrás, Juris (2008a:39) realiza un viaje a las raíces del movimiento antiglobalización y encuentra los precedentes en la década de los 70 y sucesivos, en la que se desarrollan las bases de lo que años después se haría realidad, ubicando en aquellos años a grupos y acciones de lucha que irían dotando de conciencia al movimiento antiglobalización.

- Así en la década de los 70 confluyen dos tendencias que descubren tener objetivos comunes: En primer lugar, se documentan protestas anti-austeridad y acciones contra el expolio de los recursos, promovidas por movimientos de base local (fundamentalmente como consecuencia de la toma de conciencia en los países del Sur), pero con una incipiente perspectiva transnacional. En segundo lugar, toman fuerza los movimientos de inspiración anarquista, mediante acciones directas de protesta contra injusticias económicas, sociales y medioambientales.
- Los años 80 vienen marcados por la aparición y el crecimiento de lo que hoy conocemos como ONGs y redes apoyo internacional, en las que la sociedad civil del Norte comienza a organizarse en torno a foros y contracumbres contra instituciones multilaterales defensoras del libre comercio, a las que identifica como destinatarias de sus acciones de protesta. Esta depuración técnica obedece no solo a elementos organizativos, sino a que se desarrollan gran parte de los fundamentos discursivos y de las estéticas de las protestas del movimiento antiglobalización.
- La década de los 90 viene marcada por el perfeccionamiento del activismo y los mecanismos de protesta, en la que toma protagonismo el movimiento estudiantil, con la mirada puesta en los problemas originados por las brechas sociales que afectan a cada vez más población mundial.

Desde luego, el gran logro del movimiento internacional de protesta en la segunda década de los años 90 fue ser capaz de constituirse como un contrapoder de la sociedad civil, nacido en las insurgencias de los países del Sur, que encontraron la solidaridad de los países del Norte, lo que se configura como un hecho novedoso de la protesta internacional. La aparición de Internet dota a estas sociedades de una nueva herramienta y les concede la posibilidad de asumir el liderazgo de sus propias causas. Como refiere Juris, “cuando los rebeldes zapatistas salieron de las montañas y selvas de Chiapas para ocupar las ciudades, probablemente no tenían idea de que su revuelta local se transformaría en el comienzo de una revolución global. Nadie se dio cuenta de que el aliento de inspiración viajaría tan lejos, tan rápidamente. Nadie creía que tantas personas y culturas diferentes podían compartir sus luchas tan fácilmente” (Juris, 2008a:46).

Las claves del éxito residieron, en este momento inicial, en que estos movimientos del Sur lograran movilizar a los movimientos del Norte y crear una red global, un espacio de reivindicaciones compartido, en el que entendieron que les afectaban los mismos problemas. En el fondo los unía una lucha política, forjada en un movimiento que había

identificado claramente a su enemigo: las políticas de libre comercio y las instituciones que las respaldaban como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, identificados como los ideólogos de las reformas globalizadoras de final de siglo.

Pero al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial se le unió en los últimos años del siglo XX una institución que en Seattle fue identificada como la portadora de todos los antivalores del neoliberalismo diagnosticados por el movimiento antiglobalización: la Organización Mundial del Comercio. Aunque tiene su precedente en el GATT (Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio), firmado en 1947, la OMC nace en 1995, como resultado de sucesivas rondas de negociaciones en los años previos (fundamentalmente las rondas de Uruguay y Marrakech), que provocaron la organización de una red internacional, promovida por movimientos de base del Sur, que pretendían defender sus derechos al considerar que quedarían desprotegidos ante el sistema de liberalización de mercados y servicios que las negociaciones de dicho Tratado iban planteando. Paralelamente, la firma de Tratados regionales en los que se favorecía el libre comercio (como el citado NAFTA), no hacía sino reforzar el entramado ideado por las grandes corporaciones transnacionales para liberalizar el comercio de bienes y servicios a nivel internacional.

Probablemente la Batalla de Seattle no habría sido tan importante sin un caldo de cultivo como el que se preparó en las protestas contra el AMI y en Chiapas, por el EZLN. El movimiento de protesta empezó a adquirir conciencia internacional y descubrió las posibilidades técnicas que le ofrecía la red, tanto para organizarse como para comunicarse. La protesta celebrada en Seattle, además de fortalecer este proceso iniciado años antes, que ya contaba con lazos suficientemente fuertes tejidos por alianzas entre movimientos de todos los rincones del planeta, logró nuevas hazañas: en primer lugar, consiguió visibilizar en los medios masivos, algo inaudito hasta ahora, un movimiento fuerte, de dimensión planetaria, que había entendido la importancia de conectar las luchas, en un mundo de fronteras difusas; en segundo lugar, identificó el movimiento (en castellano se le conoció como movimiento antiglobalización), y por tanto le dotó de identidad y autoridad moral frente a gobiernos y poderes fácticos, a los que identificó como sujetos de oposición política.

Paradójicamente, si hay algo que identifica al movimiento antiglobalización de cara a la opinión pública no es su uso de las tecnologías de la comunicación de forma aislada, sino combinada con su presencia en las calles. Las estrategias del movimiento antiglobalización en sus primeros años de vida se caracterizan por la acción directa, que en todo caso amplifican su efecto gracias a la coordinación ejercida mediante las relaciones virtuales. Aunque Seattle siempre ocupará un lugar especial en el imaginario de los movimientos sociales, muchas otras acciones directas lograron colarse en las portadas de los grandes medios. La acción directa era el medio natural para la protesta de

los movimientos sociales, el escenario en el que se sentían más cómodos. Para McDonald, "el origen de la acción directa que hallamos en Seattle o en Génova tiene su origen en el movimiento antinuclear de los años setenta, y más particularmente en la ocupación de obras de construcción de centrales nucleares, estrategia utilizada con éxito por primera vez en Whyte, en Alemania, en 1975" y por naturaleza es el principal activo del repertorio de protesta de los movimientos sociales de prácticamente todo el mundo, ya que "se encuentra después en diversas redes, como Earth First! en los Estados Unidos; en el movimiento de ocupación de los bosques en Australia, antes de transformarse; en la Gran Bretaña en las acciones contra la expansión de las redes de carreteras, donde está cada vez más influida por la cultura de la juventud, y el baile y la música contribuyen a ciertas formas de acción, como la street party" (McDonald, 2010:68 y ss).

Pero si hay algo que caracteriza la acción comunicativa del movimiento antiglobalización a nivel de acción directa en sus primeros tiempos es lo que McDonald llama el "rechazo de delegación por parte de los actores". De esta manera, "el particular se adhiere al proyecto y no a la organización, (...) se evitan las banderas y los símbolos que proclaman una identidad colectiva cualquiera. Esto lleva en último término a negarse a hablar a la prensa a propósito de la acción porque 'nadie puede hablar en nombre de otro'. Se rechaza la práctica del portavoz, que representa al grupo, o del líder que lo encarna" (McDonald, 2010:71), rechazo que se escenifica en la máscara y la persona del Subcomandante Marcos, que se ha sugerido como un personaje ficticio, cuyo nombre estaría formado con las iniciales de los nombres de las poblaciones tomadas en el primer periodo del levantamiento zapatista.

McDonald resalta algunas características más de la acción directa como modelo de acción comunicativa: por un lado, está abierto a los acontecimientos aleatorios e imprevisibles; "el resultado no está garantizado", (...) "no trata de construir una identidad colectiva, sino una lucha de un sujeto personal para construir una relación con el otro. No se trata de hablar, sino de sentir y de interpretar la subjetividad del otro". Por otra parte, "la acción como relato" toma protagonismo con la democratización de las tecnologías, que "permite a las personas contar su historia" y surge la acción visual, de tal manera que no solo es importante la narrar los hechos, sino también el proceso y la participación (McDonald, 2010:74).

Finalmente McDonald concluye que esta lógica de la acción no está ni en el "personalismo" ni en la fusión, sino en la construcción de una relación con el otro, y consigo mismo, en tres modalidades de experiencias de alteridad: una primera, situada en la interacción entre la "cultura virtual" que surge con internet y "las formas de acción y comunicación corporales" (música y el baile, el trabajo de construcción compartido); otra, situada en "la intersección entre la movilidad" (el encuentro con el otro en las movilizaciones) y las "prácticas de emplazamiento" (el bloqueo, el baile, la música, los graffiti, la puesta en juego del cuerpo en un lugar público. con el objetivo dejar una

huella en la ciudad); y una tercera experiencia que se vive en la temporalidad a partir del momento en que se suceden “una cultura de urgencia y tiempos de lentitud que parecen tiempos de inactividad pero que de hecho son totalmente centrales en la dinámica de la acción” (McDonald, 2010:77).

En este sentido, cabe destacar las palabras de Castells cuando afirmaba en los inicios de la construcción de su teoría de la sociedad red que “la consolidación del significado compartido a través de la cristalización de las prácticas en las conformaciones espacio-temporales crea culturas, es decir sistemas de valores y creencias que informan códigos de conducta”, puntualizando que (...) “no hay dominio sistémico en esta matriz de relaciones. Hay capas de estructura social y causalidad social, dobladas unas en otras, sólo distinguibles en términos analíticos. Así, el significado no se produce en el ámbito cultural: es el ámbito cultural que se produce por la consolidación del significado. Los significados resultan de la interacción simbólica entre los cerebros que están social y ecológicamente limitados y, al mismo tiempo, biológica y culturalmente capaces de innovación. El significado es producido, reproducido y luchado en todas las capas de la estructura social, en la producción como en el consumo, en la experiencia como en el poder” (Castells, 2000:7).

Por tanto, el movimiento antiglobalización que cristaliza a finales del siglo XX y converge en Seattle, constituye la culminación de un proceso en el que confluyen los experimentos de nuevos usos insurgentes con las nuevas tecnologías de la comunicación y las prácticas de acción directa que constituían tradicionalmente el principal *modus operandi* de los movimientos sociales, en una simbiosis perfecta estrategias. El nuevo escenario tecnológico permite la aparición de un nuevo activismo político, el ciberactivismo, que “define su ámbito de acción en el cruce de planos entre determinadas redes sociales urbanas y telemáticas. Una concepción de lo tecnológico en relación a lo social desde donde se definirá una praxis, se articulará un discurso y tomará cuerpo un proyecto político” (Roig, 2006b:125). Este nuevo escenario de redes sociales y telemáticas, el ciberespacio, es para Roig “un terreno de lucha y conflicto entre sujetos sociales que articulan relaciones de mando, dominio y poder como proyección de las que existen ya en el mundo material, que instituyen incluso nuevas (por virtuales) formas de relación y control social; por lo tanto, espacio óptimo para las resistencias, para la guerrilla informacional, la reapropiación tecnológica como estrategia de liberación y la superación del paradigma mercantilista sobre la producción de conocimiento” (Roig, 2006b:125). Esa estrategia de reapropiación tecnológica encuentra en los *hacklabs*, laboratorios hackers que funcionaban como espacios ciudadanos de experimentación y construcción del conocimiento, y en los que se realiza el aprendizaje de las nuevas herramientas.

Junto a este nuevo activismo digital aparece, gracias también al uso insurgente que los movimientos sociales hacen de las tecnologías, un nuevo activismo mediático, que encuentra en los medios alternativos el canal de expresión del que habían carecido siempre. La posibilidad de crear medios propios y construir discursos, cristaliza en la construcción del portal Indymedia¹, que analizaremos profundamente más adelante, por constituir un referente en el nuevo modelo de acción comunicativa de los movimientos sociales. En cualquier caso, Indymedia constituyó el culmen de un enorme esfuerzo de los movimientos sociales por estar más informados y por tener mejor informados a sus públicos. Detrás de esta experiencia que nace en Seattle y que se replica por todo el mundo a base de nodos locales, había mucho trabajo de comunicación en las prácticas activistas de finales de siglo, en el que herramientas como las listas de correo o los Bulletin Board Systems (BBS) convierten la red en un nuevo espacio comunicativo y permiten construir un entramado esencial para el desarrollo de ulteriores herramientas como Indymedia.

4.2.4. La contracumbre como modelo de protesta ubicua

El éxito de las protestas originadas contra la cumbre de la OMC en Seattle fue el inicio de una estrategia a más largo plazo de lo que en un principio cabía presumir. La idea de visibilizar la oposición de una ciudadanía interconectada y transfronteriza, que con ese modelo afrontaba las respuestas necesarias a los retos que planteaba el nuevo orden internacional desde la perspectiva de los movimientos sociales, se consolidó con la presencia de miles de activistas en los sucesivos encuentros de líderes políticos, en diferentes entornos y redes.

Sobre el hecho de que Seattle fue el detonante de una nueva época para los movimientos sociales, no queda mucha duda en la literatura científica como ha quedado expuesto. Pero para que las nuevas estrategias nacidas en Chiapas a principios de 1994 confluyeran en Seattle casi seis años después con la mayor amenaza a los poderes políticos y económicos conocida, los movimientos sociales tuvieron que madurar sus procesos y estrategias de lucha a una escala que hasta entonces era desconocida.

El éxito de la lucha zapatista llevó a convocar entre el 27 de julio y el 3 de agosto de 1996 el primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo, que a iniciativa del EZLN pretendía constituirse en el primer encuentro *intergaláctico* con la presencia de rebeldes de más de 40 países del mundo, siendo considerado "la primera convocatoria de carácter internacional contra la mundialización neoliberal" (Seoane y Taddei, 2001:191). Un año después se celebró en Barcelona el segundo Encuentro, del cual surgió la propuesta de crear la red de Acción Global de los Pueblos (*People's Global Action*), recogiendo el encargo de estos dos encuentros de

¹ <https://indymedia.org/or/index.shtml>

coordinar la acción de protesta internacional en lo sucesivo. Posteriormente, para profundizar en la línea de los encuentros anteriores, en diciembre de 1999 se celebraría el tercer Encuentro Americano (Intercontinental) por la Humanidad y contra el Neoliberalismo, en la ciudad de Belem, Brasil.

En los años posteriores al primer encuentro y hasta la cumbre de Seattle, los movimientos sociales identifican a escala internacional estrategias y espacios de lucha común que permiten avanzar en el desarrollo de redes, acciones y campañas, que van facilitando la creación de un nuevo modelo de protesta internacional, coordinada y ubicua, a lo largo del todo el planeta.

Siguiendo entre otros a Seoane y Taddei (2001), Juris (2008a) y Milan (2013), se pueden destacar una serie de eventos que dotan al movimiento de protesta internacional de nuevo enfoque en la lucha social.

1. En primer lugar, se producen una serie de acciones coordinadas en diferentes partes del mundo, que permiten a los movimientos sociales tomar conciencia de su poder, al realizar acciones descentralizadas, con gran repercusión mediática en diferentes lugares del mundo. Entre otras destacan:

- Marcha europea contra el paro, la precariedad y las exclusiones convocada por movimientos de desocupados con el apoyo de sindicatos, organizaciones de indocumentados y de derechos humanos de diferentes países de Europa, que confluyó en Amsterdam el 14 de junio de 1997.
- Se convocan los llamados “Días de Acción Global”, una serie de movilizaciones y protestas que se celebraron con ocasión de diferentes encuentros y cumbres políticas de instituciones supranacionales. El primer Día de Acción Global se celebró con ocasión del Encuentro Anual que el G8 celebró en Birmingham (Inglaterra) en mayo de 1998, así como contra el Encuentro Ministerial de la OMC, celebrado en Ginebra algunos días después. El segundo Día de Acción Global, que se celebró en junio de 1999 bajo el lema “Reclaim the streets”, convocó protestas en ciudades de todo el mundo y puso en marcha la Caravana Intercontinental que tenía como destino la ciudad de Colonia, donde se celebró la sesión anual del G7. El tercer Día de Acción Global es que se conoce como la Batalla de Seattle, que movilizó a organizaciones de todo el mundo contra Ronda del Milenio de la Organización Mundial del Comercio.
- Movilizaciones contra la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo en Bangkok, Tailandia, en las que se elabora el “Llamado de Bangkok” contra la gobernabilidad local en febrero de 2000.

- La Marcha Mundial de las Mujeres concluye frente a las Naciones Unidas en 8 de marzo de 2000.
- Movilizaciones contra el Fondo Monetario Internacional, con ocasión de la reunión celebrada en abril de 2000.
- Movilizaciones en el Día Internacional de los Trabajadores en diversos países del mundo, el 1 de mayo de 2000, en lo que fue considerado el 4º Día de Acción Global.
- Movilizaciones contra la Reunión Anual del Banco Asiático de Desarrollo (BAD) en Chiang Mai (Tailandia), en mayo de 2000.
- Movilizaciones contra la Organización de Estados Americanos (OEA) en Windsor (Canadá), en junio de 2000.
- Movilizaciones contra la reunión de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) en Bolonia (Italia), en junio de 2000.
- Cumbre Alternativa a la segunda Cumbre Social organizada por las Naciones Unidas celebrada en Ginebra, Suiza en junio de 2000.
- Movilizaciones contra la reunión del G7 en Okinawa (Japón), en cuya agenda se encontraba la cuestión de la deuda externa de los países en vías de desarrollo.
- Movilizaciones contra el Encuentro del Milenio de las Naciones Unidas en Nueva York, en septiembre de 2000.
- Movilizaciones contra las reuniones anuales del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial en Praga (República Checa), en lo que constituyó el quinto Día de Acción Global, en septiembre de 2000.
- La Marcha Mundial de las Mujeres se manifiesta en Bruselas, Washington y Nueva York, en esta última ciudad frente a la sede de las Naciones Unidas en octubre de 2000.
- Movilizaciones en Niza (Francia), contra la cumbre de la Unión Europea, en diciembre de 2000.

2. En segundo lugar, se crean redes que agrupan a movimientos sociales y colectivos de todo el mundo, que fortalecen la comunicación y la acción coordinada. Las principales, que dieron impulso al movimiento de protesta internacional, fueron las siguientes:

- Constitución del “Foro de Nuestra América” que marca el surgimiento de la Alianza Social Continental (confluencia de organizaciones sindicales y sociales del continente americano) en oposición al ALCA (Área de Libre Mercado de América) en 1997, en Belo Horizonte (Brasil). Esta Alianza celebra en abril de 1998 la Cumbre de los Pueblos de las Américas en paralelo a la III Cumbre Presidencial de las Américas convocada a los efectos de avanzar en la negociación del ALCA.
- Creación de la coalición “Jubileo 2000” por organizaciones cristianas y sociales, que reclamaba la cancelación de la deuda externa de los países en vías de desarrollo, en octubre de 1997. En torno a la deuda externa de los países en vías de desarrollo surgen otras organizaciones como el Comité por la Anulación de la Deuda en el Tercer Mundo (CADTM) y se celebran cumbres como la Sur-Sur que tuvo lugar en Johannesburgo (Sudáfrica) bajo el lema *Hacia un nuevo milenio libre de deuda*.
- Celebración en Ginebra (Suiza) de la primera Conferencia Mundial de Acción Global de los Pueblos (AGP), en cuyo manifiesto se propone una coordinación y comunicación de las resistencias contra el mercado global (febrero de 1998). La segunda se celebró en agosto de 1997 en Bangalore (India).
- Creación de la Coordinadora de Centrales Sindicales del Cono Sur (CCSCS) y del Consejo Consultivo Laboral Andino (CCLA), con objeto de coordinar actividades en relación al seguimiento del ALCA, en junio de 1998. Celebró su segundo encuentro en agosto de 2000 con ocasión de la Cumbre de Presidentes de América Latina realizada en Brasilia (Brasil). La CCSCS convocó también dos cumbres sindicales del Mercosur, la primera en Montevideo (Uruguay) en diciembre de 1999, y la segunda en Florianópolis (Brasil), en diciembre de 2000, ambas en paralelo a las Cumbres de Presidentes de Mercosur celebradas en esos años.
- En diciembre de 1998 surge en París el “Movimiento Internacional ATTAC” con el objetivo de impulsar el control democrático de los mercados financieros y de sus instituciones, que junto con otros movimientos convocan el Encuentro Internacional “Otro Mundo es Posible” en junio de 1999. Aunque el movimiento

tiene una base asociativa, pronto se extiende como una red internacional por diversos países del mundo. A la luz de estas experiencias, toman importancia en la lucha transnacional movimientos como Vía Campesina, creada años antes como coordinadora de movimientos campesinos y de pequeños agricultores para defender la soberanía alimentaria de los pueblos.

En estos años, por tanto, los movimientos sociales pusieron en marcha una doble estrategia: Por un lado, desarrollar movilizaciones en focos calientes donde se reunían los líderes de las grandes instituciones supranacionales representativas de la peor cara de la globalización (y de las políticas neoliberales que aplicaban, como G7, Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, Organización Mundial del Comercio, incluso la Organización para las Naciones Unidas), con convocatorias descentralizadas que permitieran replicar y generar eco por todo el planeta del descontento ciudadano, de manera que, a cada movilización contra una cumbre, se le unían cientos de convocatorias en diferentes ciudades del mundo; por otro, establecer redes de organizaciones que permitieran crear sinergias sobre cuestiones fundamentales en la lucha por la justicia social y el desarrollo humano, vinculando colectivos del Norte y del Sur, y creando dinámicas de oposición y resistencia coordinada contra las decisiones de las grandes organizaciones políticas y económicas internacionales.

Esta doble estrategia permitió la puesta en marcha de campañas como la que provocó el abandono de las negociaciones dos meses después del Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI), y la retirada de la propuesta que estaba negociando en secreto, o la campaña por la abolición de la deuda externa a los países más pobres del mundo, que provocó que los líderes internacionales tuvieran que introducir en sus agendas de trabajo el debate de la cuestión por la presión de los grupos y redes de apoyo.

El desarrollo de las tecnologías de la información y las comunicaciones han resultado ser el mejor aliado de los movimientos sociales para desplegar sus estrategias de lucha como reconocen Lasén y Martínez de Albéniz (2008:243), que citando a autores como Bennett (2003a), Tilly (2005), Castells (2006a), afirman que “las nuevas tecnologías de información y comunicación favorecen la política en red y facilitan la participación política no convencional, especialmente en los momentos álgidos de un ciclo de protesta o cuando los medios tradicionales no recogen las opiniones y acciones de los activistas (...) de suerte que su uso estaría dando lugar a un nuevo repertorio de acción colectiva (...), es decir, a nuevos tipos de acción colectiva y nuevas estrategias y formas de movilizarse”.

El movimiento antiglobalización supo adaptarse al cambio que los territorios de negociación política estaban experimentando. La relativización de las fronteras comerciales

trasvasó gran parte del poder de los Estados a miembros de estructuras supranacionales que adoptaban decisiones de ámbito global, contra las que los ciudadanos no tenían apenas capacidad de oponerse desde una perspectiva de acción doméstica. Esa nueva configuración de la arena política que exigió a los movimientos sociales adoptar un nuevo enfoque, se fue cristalizando en el que se conoció como movimiento antiglobalización a final del siglo XX.

Lo cierto es que el modelo no solo no se quedó en la protesta ciudadana de forma aislada, sino que evolucionó hacia lo que algunos autores han denominado el “modelo de contracumbre” (Lasén y Martínez de Albéniz, 2008:249). Por su parte, Iglesias relata el éxito de la contracumbre de Praga aludiendo a los elementos simbólicos de la movilización, considerándolo “un modelo de enfrentamiento, un mecanismo capaz de articular una movilización social contra el capitalismo visible en todo el mundo a partir de la creación de escenarios simbólicos de conflicto con el sistema”, definiendo como elementos claves de este modelo “el cuestionamiento de la legalidad en términos de desobediencia política, la espectacularidad mediática y la circulación de mensajes a través de las T.I.C” (Iglesias, 2004:3). Para este autor, “la potencia de la contracumbre se expresa más en términos simbólicos y culturales. El mundo entero asiste a través de las pantallas de televisión a un conflicto. Revolución en miniatura o simbólica pero que permite la propia existencia del enfrentamiento. En un momento de hegemonía ideológica del neoliberalismo, la propia existencia (aunque sea prácticamente virtual) de sujetos que se le contraponen, resulta todo un acontecimiento político. Esa es la virtud principal de la contracumbre, permitir la visibilidad de un movimiento que se contrapone a las organizaciones internacionales con una presencia activa en la vida de la ciudad, obligando a las autoridades a blindar las reuniones con miles y miles de policías y a la delimitación de ‘zonas rojas’ donde los derechos civiles y las libertades políticas se ven recortados e incluso desaparecen” (Iglesias, 2004:21).

En otro momento, Jerez e Iglesias exponen que “la progresiva emergencia del movimiento global, y de la visibilización de su agenda, no puede ser comprendida sin las ‘contracumbres’, un momento de ruptura de la normalización democrática que el neoliberalismo había logrado imponer en el marco de las intensas y amplias transformaciones vividas en todos los órdenes de la vida social planetaria. En este sentido, la reflexión creativa e innovadora sobre la necesaria visibilidad del conflicto social en las sociedades democráticas es una tarea fundamental a abordar en red por investigadores, intelectuales, creadores de opinión, colectivos de militantes y organizaciones defensoras de los derechos humanos comprometidos con la idea de que otro mundo es posible” (Jerez e Iglesias, 2009:90).

Las contracumbres, según Juris (2008b:62), que cita a De Luca (1999) y Peterson (2001), “son complejas actuaciones rituales que generan un doble efecto: externamente, son

poderosos 'eventos de imagen' donde diversas redes activistas comunican sus mensajes a una audiencia mediante el asalto del espacio mediático mundial que atiende las cumbres multilaterales. Internamente, proporcionan terrenos donde las identidades son expresadas a través de distintas técnicas corporales y emociones generadas mediante el conflicto ritual y la experiencia vivida de las utopías prefiguradas”.

Por tanto, las contracumbres fueron en su momento capaces de desarrollar un doble mensaje, que por un lado iba dirigido a una ciudadanía no movilizada, pero muchas veces en sintonía con el fondo de las protestas, y por otro pretendía reforzar una identidad y un discurso cada vez más definido en los movimientos activistas.

Este modelo de contracumbre desarrolló un elemento emocional fundamental en la evolución que el movimiento antiglobalización iría tejiendo, encuentro tras encuentro. Son muchos los autores que hacen referencia a este poder afectivo, empezando por el mismo Juris, que las describe como un “ritual performativo”, que no son sino “territorios donde los movimientos sociales luchan por la visibilización (...) y constituyen una herramienta de crucial para la creación de redes, permitiendo a los activistas comunicar mensajes políticos a las audiencias, a la vez que suscitan emociones profundamente sentidas y nuevas subjetividades” (Juris, 2008b:63).

La estrategia de estas contracumbres se basaba en crear espacios de debate paralelos a los oficiales, auspiciados por las diferentes instituciones multilaterales que desde diferentes prismas pilotaban el modelo de globalización neoliberal marcado por la grandes potencias, no solo políticas, sino también económicas y culturales. De esta manera, aprovechando las diferentes reuniones de los líderes mundiales en cumbres de organizaciones supranacionales (OMC, BM, FMI, G8, etc.), los movimientos sociales decidieron crear encuentros o cumbres paralelas, organizadas por los movimientos de protesta organizados en una red mundial, en la que las incipientes tecnologías de la información jugaron un papel fundamental. Estas contracumbres pretendían aportar un valor de propuesta social, más allá de la protesta, a estas concentraciones de activistas.

Los movimientos de protesta empezaron a desarrollar una estrategia política y comunicativa, mediante un uso intensivo y coordinado de las tecnologías de la información, que les permitiera alejarse de los imaginarios de violencia y caos con los que los medios de comunicación de masa los identificaban, resaltando en la mayoría de las informaciones lanzadas los altercados que normalmente acompañaban a cualquier concentración de este tipo. Estas estrategias fueron capaces de crear un marco de debate social, al que se incorporaron pequeños colectivos y ciudadanos no vinculados con movimientos sociales, que se sentían interpelados por las luchas ciudadanas protagonizadas en las contracumbres.

Algo fundamental para el desarrollo experimentado por el *modelo contracumbre* fue la aparición de nuevas narrativas de protesta. Estas nuevas formas de comunicar iban

más allá de lo estético, poniendo el acento en los mensajes con los que se fue construyendo el imaginario social del movimiento. Las contracumbres no solo tenían el objetivo de visibilizar el movimiento en grandes manifestaciones, como demostración de fuerza, sino (fundamentalmente) articular el discurso mediante comunicados, declaraciones, o manifiestos como resultado del trabajo de debate y propuesta realizado en dichos encuentros.

No obstante, la criminalización del movimiento antiglobalización en las sucesivas contracumbres que se iban celebrando (Praga, Génova, Niza,...) fue en aumento, desde un punto de vista massmediático. Los grandes medios se esforzaron en presentar al movimiento de protesta internacional como un agente desestabilizador y violento, cuyo objetivo no era otro que crear confusión y desorden. Existen muchos estudios de cómo ha sido tratado mediáticamente el fenómeno del movimiento antiglobalización en los primeros años del siglo XXI. Sin embargo, apenas hubo acercamientos mediáticos a lo que los activistas pretendían construir, en el espacio esfera pública internacional.

La estrategia de introducir debates ajenos a la agenda institucional que la ciudadanía reivindicaba tuvo un gran eco y enorme influencia, hasta el punto de que muchas de estas contracumbres y el trabajo de lobbying de los movimientos sociales consiguieron provocar cambios en las hojas de ruta políticas. Pero en la mayoría de los casos este trabajo resultaba ajeno a los grandes medios, que construyeron un imaginario a través de escenas recurrentes de violencia y agresividad que en ocasiones se producían en las manifestaciones que solían celebrarse durante la celebración de las cumbres y contracumbres. La batalla de Seattle no fue sino el comienzo de un escenario de movilizaciones cuyas consecuencias violentas, en muchas ocasiones, constituían la punta de un iceberg formado por todo el trabajo de construcción política del movimiento antiglobalización.

No obstante, y aunque el movimiento antiglobalización fue etiquetado como violento, con una construcción social elaborada por los medios masivos a partir de las imágenes de las batallas campales que estos transmitían a la opinión pública, las convocatorias de las contracumbres principalmente estaban orientadas a debatir y crear agendas paralelas sobre temas que constituían un interés prioritario para la ciudadanía y quedaban al margen de las grandes cumbres de las organizaciones supranacionales.

La falta de otros agentes que reaccionaran ante las políticas neoliberales que se acabaron imponiendo a finales del siglo XX hizo que este movimiento antiglobalización que eclosiona en Seattle, descubriera las enormes capacidades que podía desarrollar como guardián del sistema, en un mundo en el que los contrapoderes estaban bastante diluidos y mostraban su incapacidad de construir alternativas frente a los poderes corporativos y los intereses económicos que actuaban en la sombra y que, en definitiva, eran los artífices de la verdadera política internacional de la época. El descrédito

de partidos políticos y de otros agentes de la esfera social tradicional entre amplias capas de la población provocó en muchos ciudadanos la necesidad de crear nuevos espacios de lucha social.

De esta manera, el experimento de Seattle se fue replicando en diferentes ciudades y ante diferentes actores, a los que la red activista, que se fue reforzando, identificaba como los ingenieros de un nuevo orden internacional cuyo único interés era el de someter el gobierno mundial a los mercados, y el de imponer un sistema de globalización económica que beneficiaba a unas élites que no entendían de ciudadanía ni de derechos. Así, la estrategia se copió incluso al nivel más local posible; en cualquier lugar donde se celebraba una cumbre ministerial de la Unión Europea, o un encuentro entre países para canalizar acuerdos bilaterales, la sociedad civil se movilizaba para protestar contra el diseño de las políticas globales. O acompañando en la distancia, desde la lucha local en las ciudades, las grandes manifestaciones contra las diferentes cumbres mundiales.

Este modelo tiene la virtud de desarrollar un sistema de protesta ubicua, definido por la convocatoria simultánea de eventos relacionados en diferentes partes del mundo, gestionados por diferentes nodos y cientos de conexiones, que permitieron:

- Por un lado, hacer grandes llamamientos y convocatorias internacionales en eventos de trascendencia mundial, con la capacidad de movilizar activistas de todo el mundo y generar un impacto mediático de la sociedad civil desconocido hasta entonces.
- Por otro, y de forma paralela, desarrollar llamamientos en diferentes ciudades del mundo, sincronizados con la convocatoria principal, que capaces de replicar de forma local los mensajes generados por la contracumbre, y relacionarlos con las problemáticas locales.

Este modelo de contracumbre ubicua desarrolló un sistema de comunicaciones entre movimientos sociales muy similar al que las redes sociales generarían años después, construyendo un modelo informativo ágil y dinámico que aumentó la participación de personas y movimientos ubicados en las partes más remotas del planeta.

De esta manera, después de Seattle vinieron otras contracumbres que reforzaron la identidad del movimiento de protesta internacional, a partir de la experiencia ya iniciada. La identificación de un 'enemigo común' y la superación de retóricas clásicas de los movimientos, permitió que el movimiento antiglobalización fuera aspirante a ser considerado nuevo movimiento antisistémico, con unas características diferentes a todas las experiencias que le precedieron. Siguiendo a Wallerstein, "están dotados de una variedad que se esfuerza por reunir todas las formas precedentes de movimientos

antisistémicos (Vieja Izquierda, Nueva Izquierda, organizaciones humanitarias, así como las que no entrarían en una categoría tan marcada). Esta nueva variedad trata de reunir movimientos estrictamente locales, movimientos regionales, nacionales y transnacionales” (Wallerstein, 2009:88).

La superación de las diferencias y de las cargas históricas e ideológicas fue fundamental para el desarrollo de la estrategia de oposición, que se orientó a potenciar lo que tenían en común y lo que les unía, en lugar de enfatizar lo que les diferenciaba, y entonces empezó a resonar por todos los rincones el lema de *otro mundo es posible*. De esta manera se sucedieron las contracumbres contra las cumbres oficiales del G7 y G8, la Organización Mundial de Comercio, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional; los Bancos de Desarrollo de diferentes regiones del planeta, por ser consideradas no solo no representativas de la soberanía popular, sino contrarias a los intereses ciudadanos y favorecedoras de los intereses corporativos de la globalización neoliberal. También empezaron a realizarse contracumbres contra instituciones pertenecientes al sistema político de los países occidentales, especialmente contra la Unión Europea a la que se acusaba de ver el territorio como un mercado de bienes y servicios y de no ser capaz de crear una Europa social. Junto a las grandes convocatorias internacionales, de mayor impacto mediático, las estrategias se replicaban, muchas veces contra reuniones bilaterales entre países o encuentros técnicos de organizaciones internacionales como la OTAN, desplegando todo el poder que la perspectiva *glocal* permitía desarrollar. Las manifestaciones más masivas y multitudinarias crearon un ‘efecto mariposa’ en los movimientos sociales de todo el mundo, que entendieron el camino a seguir en Seattle.

No se puede negar, a pesar de toda la dimensión propositiva de las contracumbres, que la violencia existió, muchas veces como resultado de diferentes estrategias, desde la desobediencia civil a posiciones anarquistas, de la izquierda radical o de grupos contraculturales. Ceri pone de manifiesto que por la propia heterogeneidad de los colectivos integrantes del movimiento antiglobalización “la diferencia en la composición de los manifestantes significa otra articulación y otra composición de las instancias y los motivos. Si en Seattle triunfa una lógica del conflicto, en Nápoles (refiriéndose a la protesta que se desarrolló con ocasión del Foro Global de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) en marzo de 2001) se instala una lógica de guerra. En la primera la contestación; en la segunda la reivindicación directa; en la primera una finalidad política indirecta y supranacional; en la segunda la oposición al gobierno nacional; en Seattle un uso en el conjunto simbólico de la desobediencia civil; en Nápoles una distinción precaria entre desobediencia civil y violencia” (Ceri, 2010:58).

En todo caso, la polémica sobre el uso de la violencia en las estrategias del movimiento abrió un debate sobre su evolución. El trágico final de la contracumbre de Génova, en

contestación a las reuniones del G8, que acabó con la muerte del activista Carlo Giuliani, y el nuevo escenario internacional tras el 11S y las guerras de Irak y Afganistán, inauguró una nueva fase en la que el movimiento antiglobalización “toma distancia con la violencia y la lógica de guerra” (Ceri 2010:62). Este mismo autor defiende que “a causa de la influencia creciente del contexto político nacional, lo que era un movimiento global acabó por situarse cada vez más en el plano nacional y a diferenciarse de acuerdo con líneas ideológico-políticas interiores”, poniendo como ejemplo la evolución del movimiento en Italia. La reflexión es interesante en la medida que permite dialogar sobre cómo el movimiento antiglobalización constituyó sus sub-identidades regionales, nacionales o locales, pero en ningún caso las prácticas locales del movimiento provocaron un cambio en los fundamentos políticos del mismo.

4.3. El Foro Social Mundial como propuesta de construcción de una sociedad civil “desde abajo”

4.3.1. De Seattle a Porto Alegre: algo más que un desplazamiento geográfico de los procesos de contrahegemonía

De forma paralela al crecimiento y la madurez que iba experimentando el movimiento de protesta internacional en su estrategia de visibilizar su oposición al neoliberalismo imperante, representado por las instituciones en las que muchos Estados habían depositado gran parte de su soberanía, surgió un fenómeno crucial en los primeros años del siglo XXI.

La convocatoria del primer Foro Social Mundial, celebrado en Porto Alegre (Brasil) en enero de 2001, constituyó una gran iniciativa con el fin de construir un debate permanente en el ámbito de las luchas de ciudadanos y movimientos sociales. Aunque con el tiempo ha perdido protagonismo, lo cierto es que en sus primeras ediciones consiguió logros importantes en la estrategia de lucha de los movimientos sociales conectados de forma internacional.

La aparición de Internet en la vida de los movimientos sociales y el nuevo ciclo de protesta que se inauguró en Seattle demostró que con un nuevo modelo de acción comunicativa y una renovada acción colectiva se podría rescatar una de las grandes aspiraciones históricas de los movimientos sociales: construir un espacio de convergencia con la creación de un movimiento internacional de solidaridad que se constituyera como referente de una hipotética *sociedad civil global*. Ciertos sectores plantean desde el primer momento la posibilidad de soñar con que el Foro Social Mundial pueda devenir en un sujeto político “internacionalmente organizado” (Seoane y Taddei, 2001:189). Esta idea de constituir un movimiento permanente y autoorganizado, que defienda los intereses de los ciudadanos frente a las corporaciones y los Estados ha sido una aspiración tan vieja como inalcanzable de la sociedad civil.

No obstante, aunque la Carta de Principios del FSM² dejaba bien claro en sus orígenes que no es una instancia de representación de la sociedad civil mundial, sino que se define como “un espacio articulado de manera descentralizada que funciona como red enlazando a entidades y movimientos que se encuentren envueltos en acciones concretas, locales o internacionales por la construcción de otro mundo”. Siguiendo a Echart y otros (2005:152), “de esta manera se vincula lo local a lo global estimulando a los participantes”, dando continuidad a una de las características más importantes del movimiento antiglobalización.

Durante dos años, el movimiento de resistencia global fue coleccionando demostraciones de poder que ponían en jaque a las grandes instituciones de la globalización allí donde se reunían, y eso, lo mantuvo unido y sin fisuras aparentes. Pero por otra parte, no es menos cierto que esta confluencia de movimientos bajo el paraguas de la antiglobalización en muchos casos exigía muchos equilibrios, y conseguía mantener la unidad por el impacto mediático que obtuvo; sin embargo, el debate interno sobre los objetivos y las tendencias que debían seguir los colectivos que estaban implicados en la construcción de la identidad colectiva era bastante abierto.

Ceri cree que la diferencia entre Seattle y Porto Alegre, “lejos de ser solamente de grado, es también de orientación”, para lo cual argumenta que “basta comparar los documentos de las dos contracumbres. Si los temas son casi los mismos, la manera de tratarlos es muy diferente. Más articulados y menos compactos, los de Seattle conceden mucho espacio a los problemas de los consumidores, de las culturas nacionales, del medio ambiente, de la ingeniería genética, de los principios morales, del principio de precaución, en tanto que, con una visión más orgánica e ideológica, los documentos finales de Porto Alegre subrayan más las cuestiones de explotación y de desigualdad, haciendo referencia más explícita al Tercer Mundo y a las poblaciones campesinas. En Seattle, la pobreza y la explotación del Tercer Mundo se conciben sobre todo como la demostración del desconocimiento de los derechos humanos, mientras que (...), después de Porto Alegre las desigualdades se conciben sobre todo como una explotación perpetrada por un nuevo tipo de colonialismo o de imperialismo. En suma, si en Seattle aún domina la visión horizontal de la mundialización, después de Porto Alegre prevalece la concepción vertical” (Ceri, 2010:57).

Lo cierto es que Porto Alegre abrió un debate profundo, no tanto sobre los modelos de protesta en los que ya existían divisiones, sino sobre la percepción de los marcos de acción colectiva. De esta manera, mientras la opinión pública trataba de etiquetar el fenómeno del Foro Social Mundial, el debate de los activistas atacó uno de los puntos más débiles del movimiento de resistencia: el modelo de sociedad al que querían aspirar. Gómez (2004:96) admite que “tratar de caracterizar el Foro significa entrar en un

² <http://memoriafsm.org/page/carta?locale-attribute=es>

terreno de interminables desacuerdos, donde la proliferación de los términos va acompañada, con frecuencia, de connotaciones más o menos exaltadoras o peyorativas de sus usos (nueva internacional, movimiento por la justicia global, Conferencia de Bandung resucitada, partido de oposición, Woodstock político-cultural itinerante, etc.)”, apoyándose para ello en autores como Waterman (2003), Hardt (2002), Monereo, Riera y Valenzuela (2002), Díaz-Salazar (2002), o Sader (2004), por lo que conviene aceptar la autodefinición que propone su Carta de Principios, en la que se propone como “un espacio de encuentro e intercambio de experiencias, de debate democrático de ideas y de articulación de propuestas de acción de movimientos sociales, ONGs, redes de activistas y demás organizaciones de la sociedad civil que se oponen a la globalización neoliberal, al dominio imperial y a la guerra”, renunciando a constituirse como un simple un evento anual centralizado o una sucesión de eventos de distinta índole que le dan apoyo, ni a erigirse “en instancia de representación de la sociedad civil mundial”.

Por su parte, Calvo define el Foro Social Mundial como “un espacio abierto de articulación de la sociedad civil, diverso y plural, un proceso global que propone un mundo alternativo, a través de la participación democrática, la autogestión y la corresponsabilidad, el ecologismo y la no violencia; donde los organizadores son facilitadores, de forma horizontal y no-directiva; donde se estimula la articulación y acción política sin declaraciones finales, sin ser representativo” (Calvo, 2007:11).

En cierto modo, el Foro Social Mundial nace como respuesta articulada a la separación de caminos que surge en el movimiento de resistencia global, como consecuencia del debate existente sobre el proceso de identidad colectiva y sobre las propuestas de cambio social. Este debate abre dos caminos, que inicialmente parecen paralelos, pero que van marcando diferencias con el paso de tiempo y de las acciones. En otra de sus contribuciones, Echart (2008:95) considera que esta convocatoria, inaugura una nueva rama del movimiento antiglobalización. Frente a la rama considerada *revolucionaria*, reunida en torno a la AGP (Acción Global de los Pueblos), “más centrada en la protesta y considerada más rupturista, que plantea una postura más claramente anticapitalista con una actitud confrontativa con las estructuras de poder”, surge otra en Porto Alegre, considerada *reformista* o *propositiva*, que “se centra en la reforma de la globalización neoliberal para darle “rostro humano”, con la incorporación en la agenda de cuestiones sociales de especial relevancia, para llegar a un sistema de justicia global que podríamos definir como neokeynesiano, y con una apuesta por la participación en ámbitos institucionales”.

La muerte de Carlo Giuliani en Génova en julio de 2001 durante las protestas contra la cumbre del G8, que se reunía en la ciudad italiana en aquellos días, fue el detonante definitivo para acabar de marcar distancia en los dos modelos de acción colectiva. Los acontecimientos de Génova tuvieron dos efectos simbólicos importantes: por un lado

mostraron la cara más violenta del movimiento de resistencia global, y por otro evidenciaron la versión más represiva de ejército y policía contra el movimiento antiglobalización, que utilizó la fuerza de forma desmedida para proteger a los líderes de los ocho países más industrializados del mundo, amurallando la ciudad con varios cordones de seguridad formados por enormes contenedores, visibilizando de aquella manera lo alejados que estaban los representantes políticos de la ciudadanía.

Aunque los grandes medios se esforzaron en visibilizar al movimiento antiglobalización como una unidad ideológica y organizativa en sus acciones colectivas, la realidad escondía una diversidad de colectivos, que a la hora de la acción directa se organizaba por bloques que representaban una inmensa escala de grises y sensibilidades: desde grupos de acción directa no violenta, a lo que se conoció como el *black block*, que reunía los grupos más extremos de la lucha antiglobalización.

Una novedad importante con respecto a la bifurcación que se produce en el movimiento antiglobalización tras la cumbre de Génova en julio de 2001, que ya se había escenificado en el Primer Foro Social de Porto Alegre meses antes, es que tuvo sus liderazgos internos. No cabe duda de que “una característica clave de la organización en la protesta de Seattle fue la falta de liderazgo formal. En lugar de una sola organización o cuerpo político que representaba a los manifestantes como una sola entidad, las unidades más pequeñas denominadas grupos de afinidad se reunieron en torno a valores e identidades compartidas, uniéndose con otras para forjar un frente común contra las reuniones de la OMC” (Smith y otros, 2008:22). Frente a la reivindicación primitiva de horizontalidad absoluta sin estructuras, como movimiento de movimientos, los Foros Sociales Mundiales parten de la iniciativa de algunos organizadores. Chico Whitaker (2008:1), uno de sus fundadores, no utiliza ningún tipo de eufemismo al decir que el Foro Social Mundial fue una “invención política”, en oposición al Foro Económico de Davos.

Estos liderazgos naturales que van surgiendo con el FSM no deben ser entendidos con la intención de crear esferas de poder, pero indudablemente ejercieron una gran influencia sobre el nuevo modelo. Chico Whitaker, miembro de Justicia y Paz en Brasil, junto a Oded Grajew, fundador de la Asociación Brasileña de Empresarios por la Ciudadanía (CIVES) propusieron en el año 2000 la idea de crear un foro donde construir y debatir alternativas a la globalización neoliberal, apoyados por el entonces presidente de ATTAC Francia y director de Le Monde Diplomatique, Bernard Cassen, que junto a los anteriores impulsaron el comité organizador del primer Foro Social Mundial, que se desarrollaría en la ciudad de Porto Alegre, un ejemplo a seguir por sus políticas de presupuestos participativos.

Pero la cuestión sobre el modelo de organización no debe pasar desapercibida. Naomi Klein afirmó, tras celebrarse el primer Foro Social Mundial que “en Porto Alegre una

coalición de fuerzas que caminaba sobre la bandera de la antiglobalización comienza a lanzarse en conjunto como un movimiento pro-democracia. En ese proceso, el movimiento fue también forzado a encontrarse con la fragilidad de su propia democracia interna y a hacerse preguntas difíciles sobre cómo las decisiones estaban siendo tomadas en el propio FSM" (Klein, 2002:266). El modelo de gobernanza del Foro Social Mundial se empieza a convertir en objeto de debate, y Wallerstein, tras la cuarta convocatoria celebrada en Mumbai se hizo eco de una situación de conflicto existente en cuanto al modelo de organización interna manifestando que "en 2002 se fundó un consejo internacional, en el que participan 150 miembros, todos nombrados (...) ampliamente representativo pero ciertamente no fueron elegidos ampliamente", tras lo cual afirma que (...) "si fueran elegidos, el FSM se tornaría una estructura jerárquica. Pero, ¿es democrática? El consejo internacional es el que toma las decisiones reales, dónde serán las juntas, quién hablará en las plenarias (las *estrellas*) y quién puede o no ser excluido de asistir. Es cierto que la mayor parte de las sesiones se organiza de abajo para arriba. En Mumbai, hubo unos 50 o más *seminarios* simultáneos en todo momento, y para todo efecto, autónomos. En las sesiones para analizar la estructura del FSM, se pujó por mayor apertura en la toma de decisiones, buscando formas para que todos los participantes tuvieron algo que ver en las decisiones. Y todo esto, sin convertir el foro en una estructura jerárquica. Cosa nada fácil pero al menos sujeta a debate abierto" (Wallerstein, 2004).

El propio Wallerstein no esconde los problemas internos existentes en el seno del Foro Social Mundial tras la celebración de su séptima edición en Nairobi, publicando que "sigue siendo real la tensión entre las organizaciones no gubernamentales más grandes (cuyas sedes y fuerza están en el norte, y que respaldan al FSM pero se presentan en Davos) y los movimientos sociales más militantes (particularmente fuertes en el sur, pero no únicamente). Se reúnen en un espacio abierto, pero las organizaciones más militantes controlan las redes. El FSM semeja a veces una tortuga lenta y pesada. Pero en la fábula de Esopo, la veloz y fulgurante liebre de Davos perdió la carrera". (Wallerstein, 2007a). De esta manera, el FSM, asume el debate de los modelos de gobernanza, no solo a nivel interno, sino que plantea toda una serie de interrogantes sobre los modelos de democracia a nivel mundial. Si en los primeros años después de Seattle se muestra el inconformismo con el modelo de democracia representativa vigente, con el Foro Social Mundial se abrirá una profunda reflexión sobre la necesidad de trabajar en modelos de democracia participativa a todos los niveles.

En esa aspiración de horizontalidad funcional, el debate interno en el FSM generó confusión en los encargados de trasladar la idea a la opinión pública. Una vez más, el nuevo espacio de los movimientos sociales que se configuró a partir del Foro Social Mundial no fue entendido por los grandes medios, necesitados de representaciones simbólicas que pudieran ser entendidas según modelos de relación y estructuras organizacionales propios de esa parte de la sociedad ajena a estos procesos. Gómez

(2004:97) enumera tres tentaciones reduccionistas que a menudo interfieren en la caracterización política del fenómeno: una primera, “que trata de proyectar una visión simplificada del FSM que tiende a limitarlo a los encuentros anuales y a fijarlo en el tiempo a las condiciones de origen”, a veces condicionado por ciertas marcas de nacimiento, como el “modelo organizacional adoptado inicialmente”, caracterizado por el desmesurado peso del Comité organizador brasileño, y “el perfil geográfico euro-latinoamericano predominante”; la segunda tentación se refiere a “la tendencia a concentrar el análisis exclusivamente en el FSM, disociándolo por un lado de los movimientos sociales, ONGs, redes de activistas transnacionales y numerosos colectivos políticos y sociales que en él participan y componen el movimiento altermundialista; y por el otro, del contexto global, regional, nacional y hasta local en que tales actores y foros operan e interactúan, cuando el FSM no es un “hacedor” de movimientos y organizaciones sociales de los más variados tipos y procedencias, sino que desempeña, en la mejor de las hipótesis, el papel de ‘facilitador’ o de ‘cristalizador’ de los mismos”; la tercera tentación consiste en la tendencia a reducir la multiplicidad y la superposición de clivajes y tensiones políticas e ideológicas que atraviesan el “*movimiento de movimientos*” y los diversos niveles de construcción y funcionamiento del FSM, a uno o a unos pocos de ellos”, focalizando los principales ejes de conflicto en el tipo y grado de representación, en la transparencia y democracia interna, en la forma de establecer alianzas y redes entre las organizaciones más horizontales y las más verticales, en las dudas que genera la intervención abierta y creciente de partidos e instituciones internacionales, incluso en temas más estratégicos como las divergencias mostradas en las visiones de oposición o ruptura con el capitalismo global o su arquitectura de poder.

En cualquier caso, la primera edición del FSM, impulsada por diversos movimientos brasileños entre los que destacan el Movimiento de los Sin Tierra y el Partido de los Trabajadores en Brasil, construyó el andamiaje del pensamiento crítico del renovado movimiento de protesta internacional. De esta manera, el Foro Social Mundial fue convirtiéndose en el espacio de construcción política de los nuevos movimientos sociales y creando una red de debate, mucho más sosegada, que lo convirtió en un auténtico interlocutor frente a los poderes fácticos. Sobre el Foro Social Mundial fue pivotando un debate intenso, construido desde la intensidad emocional de las contracumbres, y acostumbrado a denunciar la emergencia social permanente, que evolucionó a otro de fondo, más profundo, que trataba de cambiar los fundamentos estructurales de las injusticias sociales, con una mirada más prospectiva. En esta línea, Seoane y Taddei ponen el acento “en el carácter dialógico y propositivo de las actividades del FSM”, poniendo de manifiesto que “estas propuestas que cobraron visibilidad en el Foro no sólo hablan de la consolidación y legitimidad del movimiento anti-mundialización neoliberal como caja de resonancias de la protesta sino también como una experiencia capaz de fijar nuevos horizontes sociales y un programa concreto y realista de transformaciones económicas y sociales. La formulación y debate abierto sobre las alternativas posibles, de probada eficacia social, ha provisto al movimiento de instrumentos para cuestionar

“la ley de hierro” del pensamiento único que sólo ve en la profundización de las relaciones sociales capitalistas el único modelo de organización económica y social posible” (Seoane y Taddei, 2001:122).

La proyección que el FSM consiguió hacer de su identidad, su estética creativa y festiva, y la construcción de debates de amplio calado y recorrido, poco a poco fue consiguiendo en sus inicios la adhesión de gran parte de la ciudadanía, vinculada o no con colectivos sociales. La imagen que el Foro Social Mundial construyó de sí mismo, orientada desde las prácticas no violentas, más allá de la fidelidad con la que pudiera ser transmitida mediáticamente, generó un gran sentimiento de empatía en los inicios del proceso.

4.3.2. Evolución del Foro Social Mundial

El Foro Social Mundial, que viene celebrándose desde 2001 como respuesta a la cumbre de Davos (que reúne anualmente a los principales protagonistas del proceso de globalización neoliberal), “se constituye como un punto de encuentro de buena parte de los movimientos sociales y ciudadanos del mundo que apuestan por la construcción de otra globalización alternativa a la neoliberal: Vía Campesina, Jubileo 2000, Movimiento de los Sin Tierra, ATTAC, Social Watch, etc.” (Marí, 2004a:10). También, otros autores confrontan el Foro Social Mundial y el Foro Económico Mundial (Houtart y Polet, 2001; Bello, 2002); Díaz-Salazar (2004:52) relatando la marcada influencia que tuvieron en Whitaker y Grajew la celebración del Foro Económico Mundial de Davos a la hora de construir una alternativa que defendiera los valores de la ciudadanía.

En este sentido, Echart y otros plantean que el FSM “tiene como objetivo discutir, debatir, proponer otro mundo posible y mostrar la posibilidad de hacer las cosas de una forma distinta y alternativa a lo que ofrecía el otro foro oficial, el Foro Económico Mundial, recordando, no obstante, que “frente a este ya en 1999 había surgido un Foro Anti-Davos en la misma ciudad con la intención de reunir a intelectuales y activistas que resaltarán las consecuencias negativas de la globalización y evidenciarán el creciente nacimiento de un contrapoder frente a los grandes empresarios y especuladores, líderes del neoliberalismo imperante” (Echart y otros, 2005:148).

Merece la pena hacer una serie de reflexiones sobre el World Economic Forum, popularmente conocido como el Foro de Davos, una especie de reunión informal de las personas más ricas e influyentes del planeta, o como define (Marí, 2004b:36), “una cita de las elites políticas y económicas que mueven los hilos del poder en el planeta”, en la que los empresarios (y políticos) más influyentes del mundo se juntaban todos los años para debatir sobre el futuro de los mercados en la exclusiva estación de esquí suiza.

En realidad, el Foro de Davos, cuya función era la de construir el entramado ideológico del nuevo orden global, funcionó como una auténtica provocación en un mundo con

cada vez mayores cotas de desigualdad y exclusión social. Davos representaba lo que en palabras de Castell se denominó la “élite global”, una clase dominante mundial “constituida por gigantescos monopolios que controlan crecientemente los más diversos sectores de la producción, las finanzas, el comercio, los medios de comunicación de masas y toda una amplísima gama de servicios, y cuya lógica de acumulación condena a crecientes segmentos de la población del mundo a la miseria y al despotismo de los mercados” (Borón 2001:35).

Lo cierto es que el Foro de Davos se venía celebrando desde 1971, sin que prácticamente tuviera trascendencia alguna para la opinión pública. Sin embargo, en los primeros años del siglo XXI el movimiento antiglobalización lo identificó como un espacio de construcción de poder a las espaldas de la ciudadanía, que ya llevaba varios años internacionalmente organizada contra los poderes políticos de la globalización neoliberal.

Davos funcionó como catalizador de un movimiento que fue cohesionándose años anteriores entre propuestas y protestas, contracumbres y manifestaciones que se fueron tejiendo por todo el mundo. El desencadenante del FSM no fue en sí mismo Davos ni el Foro Económico Mundial, pero sí el contexto en el que se desarrollaban sus reuniones y los objetivos que se marcaban. Davos era una pieza más del entramado de la globalización; de esta manera, el Fondo Monetario Internacional, El Banco Mundial, la Organización Mundial del Comercio y el G8 eran las instituciones políticas representativas de la globalización, que recogían el *traspaso de poderes* que provocaba la cesión de soberanía por parte de los Estados en determinadas parcelas políticas, que a los ojos de los ciudadanos empezó a ser intolerable; en todo caso, lo que se cuestionaba con respecto a ellas por parte de los movimientos sociales, eran las políticas que implantaron en el nuevo orden global, más que su propia existencia. El Foro de Davos, sin embargo, representaba la tiranía de las élites económicas que dictaban las políticas a seguir por las instituciones antes citadas, que al fin y al cabo gozaban de la autoridad ejecutiva, a pesar de su falta de credibilidad. Y ambas esferas constituían la nueva hegemonía mundial, contra la que los movimientos sociales construyeron sus propuestas. El Foro Social Mundial pretendió autoproclamarse como alternativa ética y moral de aquel World Economic Forum y de las instituciones que hacían posible su propuestas, y constituyó un intento para dotar de una articulación funcional (más que de una organización estructural) y de una agenda de trabajo al movimiento antiglobalización, que se fue convirtiendo en un movimiento contrahegemónico, manifestándose como el auténtico referente del contrapoder representante de la sociedad civil. En este sentido, Houtart aclara que es preciso señalar que se trata de la sociedad civil “de abajo”, afirmando que “si bien este concepto fue valorizado por Antonio Gramsci y hace referencia al lugar de las luchas sociales, éste ha sido recuperado, ya sea con el objetivo de identificar a los actores del campo económico en oposición al Estado o bien para limitar la sociedad civil a todo aquello que es bueno y loable, es decir, las ONGs,

las asociaciones voluntarias, las organizaciones religiosas, etc”, para lo que (...) “es preciso restablecer este concepto en su sentido analítico para hacer un uso útil del mismo” Houtart (2001:66).

Con esta idea, el primer Foro Social Mundial celebrado en Porto Alegre constituyó una convocatoria abierta a todos aquellos movimientos que habían construido el escenario de la antiglobalización años atrás y que convergían en los valores que le llevaron a trabajar juntos. Pero quizá desde el primer momento de la convocatoria, quedaron patentes las diferencias entre dos visiones estratégicas que de alguna manera ya existían en la práctica. La terminología cobraba especial interés y las diferencias entre “antiglobalización” y “alterglobalización” dejaban de ser solo matices entre los propios activistas. Las discrepancias entre organizaciones más radicales, dispuestas realizar ocupaciones y ataques contra los iconos de la globalización corporativa, como Monsanto y McDonalds mantenían diferencias con otras consideradas moderadas a las que se le acusó de crear un Foro demasiado intelectual y orientado a la clase media activista. En realidad, este esquema de convivencia ya existía desde la Batalla de Seattle, tras la cual convergieron movimientos del espectro más amplio de la izquierda, si bien Porto Alegre se encargó de marcar ciertas diferencias que empezaron a delimitar territorios de acción.

Esta primera edición del FSM, que se cerró con la proclamación de la Carta de Principios, pretendía concretar el espacio común sobre el que trabajar de forma coordinada. No obstante, lejos de pretender centralizar la acción colectiva de los movimientos sociales, esta Carta de Principios promovió los valores mínimos sobre los que vincularse con el espíritu del Foro Social Mundial. Era una especie de marco común, una declaración de mínimos inclusivos de los movimientos sociales; este documento pretendía dejar al margen cualquier conflicto que pudiera surgir por sentido de pertenencia, basando su estrategia en la definición de principios de justicia universal, que permitiera configurar la base de un gran espacio de construcción para el cambio social. La Carta de Principios fue el punto de partida para la construcción de un discurso, de un argumentario, que probablemente faltó en el modelo contracumbre. Y desde su aceptación fue posible la celebración de multitud de Foros vinculados, tanto regionales como temáticos, que atendieran de una forma descentralizada los problemas de la ciudadanía de una forma autónoma.

El modelo contracumbre fue perdiendo protagonismo frente a la convocatoria de foros regionales y temáticos que surgían inspirados por el Foro Social Mundial. La convocatoria de estos ya no dependía necesariamente de la agenda política de las instituciones de la globalización, y de esta manera, junto a las tres primeras ediciones mundiales celebradas en Porto Alegre, empiezan a sucederse foros temáticos como el Foro de las Autoridades Locales, el Foro Parlamentario Mundial, el Foro Mundial de la Educación, el Foro Mundial de Jueces, el Foro Mundial del Agua, el Foro Mundial de los Sindicatos,

el Foro Mundial de la Juventud o el Foro Mundial de la Diversidad Sexual. Destacan también otros como el Foro temático Palestino o el Foro sobre Democracia, Derechos Humanos Guerra y Tráfico de Drogas.

De la misma manera, los problemas regionales y locales se afrontan en convocatorias que surgen desde diferentes regiones del planeta, especialmente los Foros Sociales Europeo, Asiático, Africano y de las Américas, que celebran diferentes ediciones de forma sucesiva. Y, aunque la Carta de principios del Foro Social Mundial impide organizar acciones colectivas en su propio nombre, “todas estas iniciativas deben considerarse como parte del proceso del FSM siempre y cuando respeten la Carta de Principios” (Santos, 2005:46).

Esta época del movimiento internacional de protesta va a mantener unos paralelismos con el movimiento antiglobalización, como es la estructura en red y la descentralización. Así, “desde su primera reunión en Porto Alegre, Brasil, en 2001, el FSM ha reflejado una lógica de redes que prevalece en los movimientos sociales contemporáneos y en los movimientos de justicia global en particular” (Smith y otros, 2008:28). Estos movimientos “ya estaban configurados por una lógica cultural del trabajo en red” (Juris, 2005:192) que indudablemente aflora en la participación de los Foros Sociales de diferente tipo. Pero por otra parte, introduce otros aspectos nuevos de carácter estructural, a partir de la Carta de Principios, que pese plantear un espacio común de mínimos, abre una fase que podríamos llamar *regulatoria* de los movimientos sociales.

Respetando el espíritu de su Carta de Principios, el Foro Social Mundial decide salir fuera de Brasil en su cuarta edición, que se celebra en Mumbai (India), “extendiendo la experiencia del FSM a un nuevo e impresionante conjunto de movimientos y de organizaciones oriundos de países para los cuales el FSM todavía era algo bastante remoto” (Santos, 2005:52). Por su parte, Gómez (2004:103) considera que “en Mumbai se produjo un verdadero salto cualitativo en materia de expansión geográfica, social, sectorial y cultural del FSM”, describiéndolo como “un encuentro caracterizado por la inmensa diversidad entre culturas y pueblos no occidentales”, al que “se sumó la presencia masiva y variada de movimientos populares y de excluidos (...) manifestando y levantando luchas específicas contra relaciones y estructuras de explotación, opresión y discriminación étnica, racial, tribal, religiosa, sexual, económica, política o cultural”.

Gómez abunda en “lo acertado de la estrategia de *asiatizar* el FSM, esto es, de diseminarlo en un país de más de mil millones de habitantes, enclavado en un continente que representa la mitad de la población mundial”, lo que de alguna manera permitió dar un paso gigantesco en el proceso de su propia mundialización, si bien admite que (...) “no es el modelo a copiar, no sólo porque en esa experiencia se expresaron las singularidades y las complejidades de la India, sino porque (...) hubo poco o ningún avance en el debate sustantivo, de formato y de eficacia estratégica del FSM”.

Tras volver a Porto Alegre para celebrar allí su quinta edición, el proceso de descentralización del FSM alcanza su máxima expresión en la sexta convocatoria, en 2006, cuando se celebra en ciudades de tres continentes diferentes de forma simultánea. De esta forma, Caracas (Venezuela), Bamako (Malí) y Karachi (Pakistán) asumieron el reto de dar forma a la experiencia de *deslocalizar* definitivamente el Foro Social Mundial.

La séptima edición del Foro Social Mundial celebrada en Nairobi, Kenia, provocó grandes debates en el seno de la organización sobre el futuro y el camino a seguir. Las palabras pronunciadas por Samir Amin, manifestando que “el Foro Social Mundial ha jugado un rol importante pero es una fórmula que comienza a agotarse”, provocaron una profunda revisión del modelo seguido hasta el momento. Siete ediciones después, siguen existiendo posturas alejadas entre los que lo consideraban como un espacio abierto, de encuentro e intercambio y quienes proponían adoptar posiciones comunes únicas y suscribir documentos finales.

El final del ciclo de protesta iniciado en Seattle provocó que las sucesivas ediciones del Foro Social Mundial fueran perdiendo importancia y decreciera la presencia militante, en un momento en el que los movimientos sociales experimentan un repliegue hacia la acción local.

4.3.3. Identidad colectiva en torno a al Foro Social Mundial

En el proceso de creación y maduración del Foro Social Mundial subyace un tema de fondo que va acompañando durante los años sucesivos la formación de este espacio: la búsqueda de una identidad que le defina como espacio o como movimiento. Pese a carecer de una estructura jerárquica, y sin dejar de ser un movimiento participativo, crea una serie de mecanismos de funcionamiento que le diferencian de la organización absolutamente asamblearia y horizontal de la que venía el movimiento antiglobalización.

En realidad, el Foro Social Mundial se articula en torno a un lema que ya se venía utilizando por el movimiento antiglobalización (*otro mundo es posible*) y a la Carta de Principios ya citada, que configuran un espacio ideológico basado en compromisos y no en adscripciones. De esta manera, no solo es un espacio de encuentro para movimientos sociales, sino una red de oposición a la globalización neoliberal. Esta Carta de Principios, cuya aceptación íntegra se exige a todas las organizaciones que quieran formar parte de él, marca el territorio de participación como un “espacio de reflexión sobre alternativas a la globalización neoliberal, al intercambio de experiencias y a la articulación de acciones y movilizaciones” (Díaz-Salazar, 2004:46).

Resulta pertinente atender la reflexión que proponen Conway y Singh sobre si el Foro Social Mundial puede ser considerado un espacio público emergente de carácter transnacional, en el marco de la teoría de la esfera pública de Nancy Fraser, a la que critican

una visión única de la idea de capitalismo. Según estos autores, “el FSM está lleno de participantes cuyas experiencias de capitalismo, modernidad y liberalismo difieren mucho, no sólo del relato de Fraser, sino también de las de los demás. A pesar de esta multiplicidad, sin embargo, muchos de estos participantes comparten en común una experiencia directa con el oscuro lado inferior de la modernidad occidental (...), y no ven la emancipación dentro de su potencial. Esta particular mezcla de multiplicidad y comunalidad, entonces, informa profundamente al FSM y lo convierte en un fenómeno no fácilmente comprensible dentro de los confines de las teorías generales de la democracia liberal” (Conway y Singh, 2009:79 y ss). Estos autores reivindican, “la alternativa a la teorización general que está surgiendo en el espacio abierto del FSM es la práctica de la traducción”. Para Santos, al que citan Conway y Singh, “la alternativa a una teoría general es el trabajo de traducción. La traducción es el procedimiento que permite la inteligibilidad mutua entre las experiencias del mundo, tanto disponibles como posibles”. La traducción es crucial, argumenta, “porque amplía la ‘inteligibilidad recíproca sin destruir la identidad de lo que se traduce’, manteniendo así una zona de contacto para la solidaridad mutua y la permeabilidad”. A través de las prácticas de traducción, “la diversidad se celebra no como factor de fragmentación y aislacionismo, sino como un factor de compartir y solidaridad” (Santos, 2007:341).

Para Conway y Singh, “el FSM tiene cierta semejanza con la concepción empírica básica de Fraser de una esfera pública transnacional como un espacio no violento, pluralista y dialógico que implica vínculos comunicativos y flujos a través de múltiples fronteras nacionales. Además, el FSM podría ser considerado como un ‘contrapúblico subalterno transnacional’ en el sentido de Fraser, entendido como una arena discursiva transnacional paralela a esferas públicas transnacionales más amplias y en la que los grupos subalternos pueden inventar y circular identidades y discursos contrahegemónicos”.

Patomäki y Teivainen (2004:146) también plantearon si el Foro Social Mundial debía considerarse un simple espacio abierto o un movimiento de movimientos, con carácter político pleno. Lo que estos autores argumentan, en su momento, es que el Foro Social Mundial constituye un paso más en la evolución de los actores involucrados en el movimiento antiglobalización. Ya Teivainen (2002:624) previamente había planteado el debate de si el Foro Social Mundial configuró un espacio o se constituyó como un actor (*arena or actor?*). Juris, en este sentido, expresó que “el Foro se define específicamente como un lugar de encuentro abierto para individuos, grupos y redes que se oponen a la globalización corporativa”, definiendo que (...) “nadie puede representar el Foro o hablar en su nombre. Sin embargo, aunque muchos organizadores apoyan el modelo de espacio abierto, otros han defendido la necesidad de desarrollar estrategias y demandas comunes, señalando una lucha continua entre las lógicas de trabajo en red y de comando en el corazón del proceso del foro. Como veremos, dado que los activistas inscriben cada vez más sus ideales directamente en las arquitecturas organizativas

emergentes, tales tensiones se codifican en gran medida como conflictos sobre el proceso y la forma organizacionales". (Juris, 2008a:235). Sin abandonar esta reflexión de Juris, en este proceso de reformulación de los movimientos sociales "el Foro Social Mundial asume que la política de redes complejas también moldea los márgenes del Foro, ya que los activistas más radicales alternativamente participan, abandonan o crean sus propios espacios autónomos con respecto a los eventos oficiales". Este argumento encuentra su explicación en el hecho de que (...), "mientras que el espacio abierto sugiere una esfera singular que abarca diversos actores, los espacios autónomos implican una multiplicidad de espacios en red horizontalmente. En este sentido, la política cultural del espacio autónomo reproduce una lógica de red a lo largo del terreno del Foro. Reflejando la reciente difusión de los espacios autónomos, el propio Foro Social Mundial se ha movido cada vez más hacia un modelo similar de espacios horizontalmente coordinados y autoorganizados".

La idea de Foro Social como espacio abierto es acogida también por Smith y otros (2008:31), para quienes, "lo que atrajo tantos movimientos al FSM fue su promesa de un espacio para la comunicación horizontal, reflejando los principios de la red característicos de los movimientos de justicia global en general".

Otra de las cuestiones más relevantes para la comunidad científica en relación al fenómeno del Foro Social Mundial es la perspectiva epistemológica de la "sociología de las ausencias y de las emergencias", que plantea Santos (2005:27) y acertadamente resume Calvo (2008:59), poniendo de manifiesto que el autor "desarrolla cinco ecologías como contrapartida a cinco monoculturas o lógicas de producción de no existencia producidas por la epistemología y la racionalidad hegemónicas: lo ignorante, lo residual, lo inferior, lo local y lo no productivo", de manera que "la sociología de las ausencias reemplaza las monoculturas por las ecologías".

Desde este planteamiento, Santos defiende la ecología de los saberes frente a la monocultura y el rigor del saber (estableciendo nuevos vínculos entre el conocimiento científico y otros tipos de conocimiento); la ecología de las temporalidades frente a la monocultura del tiempo lineal (proponiendo que en el desarrollo, modernización y globalización la historia tiene diversos significados y direcciones); la ecología de los reconocimientos frente a la cultura de la naturalización de las diferencias (abandonando la lógica de la clasificación social); la lógica de la transescala frente a la monocultura de lo universal y de lo global (abandonando la lógica de la escala dominante, incorporando la no existencia que se produce bajo la forma de lo particular y lo local y promoviendo una reglobalización contrahegemónica); y la ecología de las productividades frente a la monocultura de la productividad capitalista (mediante la recuperación y valorización de los sistemas alternativo de producción desacreditados por la ortodoxia capitalista).

Aportaciones como las de Santos permiten al Foro Social Mundial evolucionar para configurarse como espacio de pensamiento y de construcción del discurso político alternativo y no solo de lucha o de acción. El debate sobre el carácter propositivo o contestatario que debería asumir el movimiento antiglobalización es resuelto por el FSM con la incorporación de una línea de pensamiento, nacida del activismo, pero trabajada en el diálogo y las ideas. En esta misma línea deben situarse aportaciones como las de Martínez Guzmán (2001:114), que habla de un giro epistemológico que permita que el conocimiento no esté basado en el pensamiento científico hegemónico, objetivo y cuantitativo. Calvo (2008:63), en un esfuerzo de simplificación propone reagrupar los quince ejes propuestos por Martínez Guzmán en cuatro principales, como son la intersubjetividad contra la objetividad científica del saber, la interrelación contra la independencia de las relaciones, los valores contra la neutralidad de los posicionamientos y la feminidad contra la dominación masculina.

Pero en el entorno del Foro Social Mundial el debate no residía solo en si debía ser considerado como espacio o movimiento. De fondo, resonaban los ecos de dos debates permanentes que ya han quedado apuntados: uno sobre la estructura organizativa del FSM, puesta en entredicho en la medida que existían órganos que cuestionaban la horizontalidad del proceso, y otro, sobre la pertinencia de adoptar (o no) posicionamientos políticos e ideológicos que empujaban al FSM a una cierta indefinición, más allá de sus propuestas concretas. Autores como Calvo (2008:49) han citado palabras de destacados activistas del FSM como Ferrari, que por un lado sostiene que “el Foro Social fortalece una especie de movimiento de movimientos, sin dirección centralizada”, para posteriormente afirmar que se trata de (...) “un espacio imprescindible de encuentro, intercambio, definición de agendas y fortalecimiento de redes mundiales, defendiendo que la sociedad civil planetaria no tiene mandatarios iluminados ni una voz única” (Ferrari, 2003:6; 2005:5); con esto, trata de justificar así las disidencias y las diferencias que en determinados momentos surgieron, por parte de organizaciones y personas que lanzaron manifiestos y comunicados, con posicionamientos críticos con los que el FSM por su propio mandato no asumía. Junto a esta polémica, se abre otro frente que cuestiona los liderazgos y representatividades del FSM. Así, Klein, tras la tercera edición celebrada en Porto Alegre escribió que “el Foro Social Mundial no produjo un plan político -un buen comienzo- pero había una clara pauta que surgía de las alternativas. La política tenía que tratarse menos sobre confiar en líderes bien intencionados y más en dar poder a la gente para que tomara sus propias decisiones; la democracia tenía que ser menos representativa y más participativa” (Klein, 2003). Detrás de esta crítica siempre ha estado no sólo el cuestionamiento al propio formato organizativo del FSM, sino la sombra que se proyectaba de líderes políticos internacionales como Hugo Chávez y Lula da Silva. En este sentido, Whitaker afirma que “la Carta del FSM rechazó la firma, por las organizaciones participantes en los foros, de un único y específico programa político. Los partidos o los gobiernos pueden proponer estrategias para combatir al neoliberalismo, o un nuevo modelo de sociedad para sustituir al

capitalismo vencido, o una utopía para movilizar a las muchedumbres y hacer previsible la naturaleza de un post-capitalismo desconocido. Los foros sociales pueden ser lugares de debate de estas propuestas de la sociedad civil, pero no lugares para lograr el consenso entre los participantes” (Whitaker, 2008:2).

Cuando Whitaker escribe estas reflexiones, el Foro Social Mundial tiene ya varios años de existencia, pero apela a los fundamentos de aquello que buscó en los inicios, marcando las líneas que deberían regir su espacio vital, de manera que “el FSM no se creó para entrar en competencia con los partidos políticos y mezclarse en las luchas por conquistar el poder”, sino que “su intención era solamente reforzar la sociedad civil que surgía por su propia iniciativa (...), cuya articulación difiere de la de los partidos y Gobiernos”. En este itinerario, Whitaker no plantea un movimiento desideologizado, aceptando la posibilidad de “ser una herramienta para ayudar a construir la unión y superar la dificultad histórica de la izquierda, víctima recurrente de la maldición de las divisiones que la debilitan, para felicidad de los que dominan el mundo”, sino que propone la necesidad de “una unión de la diversidad de intereses de la sociedad civil, que no puede ser construida por alianzas tácticas dirigidas de modo centralizado (...), sino construidas en base a vínculos de solidaridad, libremente asumidos”. Todos estos principios que resume Whitaker, y que constituyen la base del ideario del Foro Social Mundial, no difieren en lo esencial de los que inspiraron al movimiento antiglobalización en sus orígenes, si además, a ello sumamos que el FSM es absolutamente crítico con la pobreza de las democracias representativas y se reivindica para “instaurar nuevos valores opuestos a los que justifican la acción en el capitalismo: la cooperación en vez de la competencia, las necesidades humanas en vez del beneficio, el respeto de la naturaleza en vez de su explotación máxima, perspectivas a largo plazo en vez de intereses a corto plazo, aceptación de las diferencias en vez de homogeneización, corresponsabilidades libres en vez del egoísmo individual, ser en vez de tener” (Whitaker, 2008:3).

Pero no se puede obviar el choque de visiones existente. Como Gómez pone de manifiesto, tras la cuarta edición celebrada en Mumbai, que “el modelo político del FSM está inmerso en una grave crisis de crecimiento cuyos efectos paradójales saltan a la vista. Por un lado, se confirma la validez de los principios que lo constituyen y sustentan (horizontalidad sin comando centralizado, respeto a la diversidad, exclusión de organizaciones que proclaman la lucha armada, etc.) y su adecuación a la naturaleza del movimiento altermundialista en constante expansión. Por otro lado, la forma organizativa y operacional del modelo se muestra cada vez menos apropiada y eficaz para enfrentar y superar tanto las distorsiones y desequilibrios internos del proceso como los signos de impotencia política externa, reivindicando una revisión profunda del formato. En la misma línea, defiende que “en el cuadro de una expansión exitosa del FSM, pero carente de victorias tangibles, resulta inevitable que se multipliquen los cuestionamientos a su inmovilismo estratégico y se disemine la percepción –y el riesgo real–

de los efectos contraproducentes, hacia adentro y hacia afuera, de una impotencia política prolongada”, precisando (...) “de acciones con fuerte impacto simbólico (como, por ejemplo, el boicot a corporaciones que se benefician del negocio de la reconstrucción de Irak destruido y ocupado tras una guerra ilegal, inmoral e imperial) que muestren y sustenten un salto cualitativo en la movilización social”, en una etapa en la que el FSM era considerado excesivamente festivo y performativo en sus movilizaciones por gran parte de sus críticos (Gómez, 2004:104 y ss).

El debate de la identidad colectiva siempre ha estado en el subconsciente de los participantes en el Foro Social Mundial, y ha absorbido muchas de las energías del movimiento. Por un lado, la aspiración de constituir una esfera pública alternativa y transnacional, conceptos de los que hablaremos más adelante, evitando estructuras organizativas y modelos de representatividad que hicieran del Foro Social Mundial un aparato de la antiglobalización, y que provocara el rechazo de gran parte de las bases sociales que lo sostenían, alimentaban unas tensiones constantes que provocaron una cierta parálisis en su proceso de evolución. Por otro lado, la pretensión de no alinearse con partidos políticos (ni siquiera alcanzar un programa político) y la firme convicción clara de separarse los debates y conflictos de la vieja izquierda, provocaba la sensación continua de que el FSM era incapaz de abordar de forma comprometida los problemas de la humanidad, siempre con el miedo a ser etiquetado. El hecho de que el Foro Social Mundial se definiera como un movimiento no deliberativo y que no adoptara posiciones oficiales, desde sus orígenes, ha sido también fuente de polémica, ya que muchos autores lo han acusado de falta de iniciativas contrahegemónicas efectivas, a pesar de mantener argumentarios sólidos; desde una mirada retrospectiva, el paso del discurso a la acción ha constituido uno de los campos de batalla más importantes en su seno, y ha se se ha evidenciado como una de las mayores dificultades en su proceso de evolución.

4.3.4. Construcción de un nuevo imaginario social

La etapa de los Foros Sociales indudablemente ayudó a que la opinión pública fuera abandonando lentamente la idea de un movimiento antiglobalización violento como había podido observar en los grandes medios, hasta que en julio de 2001 los sucesos de Génova dieron un giro a las estrategias de movilización de la protesta internacional. No obstante, Castells considera que “la extremada descentralización y la diversidad del movimiento lo hicieron relativamente opaco para los medios de comunicación una vez disminuyeron las manifestaciones militantes contra objetivos establecidos”, si bien admite que “el movimiento no pudo, y tampoco lo pretendió nunca presentar un proyecto de nuevas políticas globales” (Castells, 2009:446). De esta manera, “aunque las acciones de masas continuarían más allá de Génova, foros mundiales y regionales cada vez más largos pronto los desplazarían como las principales expresiones públicas de un campo cambiante de movilización de la globalización anti corporativa” (Juris, 2008:233).

Lo cierto es que el Foro Social Mundial sugiere el interrogante de si el modelo de comunicación, basado en la acción directa, planteado por los movimientos sociales en la protestas contra las grandes cumbres mundiales, era suficiente para lograr un cambio social. En este sentido, y más allá de si el Foro Social Mundial inaugura un nuevo escenario en el que la sociedad civil reivindica su capacidad de crear política al margen de los partidos tradicionales, la creación de la Carta de Principios del Foro Social Mundial constituye uno de los grandes logros por la articulación de los movimientos sociales. Pero la desaparición de la violencia en las manifestaciones y el tono festivo de sus concentraciones provocó una pérdida de interés informativo por parte de la sociedad y de atención por parte de los medios de comunicación de masas, que dejaron de estar interesados en la dimensión más propositiva del movimiento antiglobalización.

A partir de este pilar, el Foro Social Mundial se esforzó en replicar su modelo en diferentes espacios identificados con el territorio o con ciertas problemáticas locales o regionales, de modo que fueron surgiendo en todo el mundo diferentes Foros Sociales locales o temáticos. El modelo, basado en la misma Carta de Principios, desarrollaba la descentralización planteada en el espíritu del movimiento, y acercaba a los ciudadanos un modelo participación desconocido hasta entonces, lejos de las estructuras verticales de los movimientos sociales tradicionales.

Teivainen analiza con cierto detalle el hecho de que el Foro Social Mundial no constituyó un simple anti-Davos, sino que “supuso una evolución de las primitivas protestas contra el exclusivo Foro Económico Mundial que se venían desarrollando años atrás y puso en el centro del debate los modelos de poder que imperaban en el mundo occidental en las últimas décadas” (Teivainen, 2002:623). Desde este punto de vista, siguiendo con Teivainen, el Foro Social Mundial se convierte en la palanca que mueve al movimiento del pensamiento *anti* al pensamiento *alternativo* (Teivainen, 2002:627).

Las estrategias comunicativas del Foro Social Mundial se centraron en construir y articular el discurso, más que en difundirlo. Los grandes medios empezaron a recurrir sistemáticamente a los líderes de opinión que se popularizaron en la primera década del siglo XXI, como Ignacio Ramonet, Susan George o Noam Chomsky, que mediáticamente asumieron la representatividad de un movimiento antiglobalización del que los medios seguían necesitando tener referentes personales. Los medios alternativos como Indymedia, que se habían reivindicado como referencia tras Seattle, y que constituyeron la primera ventana de aire limpio de lo que los movimientos sociales consideraban información no manipulada por los grandes medios, empezó a sentir síntomas de agotamiento, ya que gran parte de su estrategia informativa estaba basada en la crónica de sucesos del movimiento, y esto dejó de tener interés, en la medida que la acción directa fue decayendo. No obstante, y a pesar de la pérdida de presencia en grandes medios, en el entorno del Foro Social Mundial surgen experiencias comunicativas muy importantes. Por un lado, el propio FSM potencia mediante seminarios el debate sobre lo

que denomina una 'Nueva Comunicación'. Por otro adquieren especial protagonismo experiencias como International Press Service (IPS)³, una agencia de noticias internacional construida desde el enfoque de la comunicación para el cambio social, que venía actuando desde 1964, pero que ayuda a canalizar gran parte de la información que genera el FSM, y que carecía de valor desde un punto de vista de los medios comerciales; o Le Monde Diplomatique, que como uno de los impulsores del FSM realiza un trabajo muy comprometido posteriormente con su visibilización. Junto a ellos surgieron multitud de medios locales inspirados en esta propuesta comunicativa.

Así el modelo fue cambiando. De la narración de la realidad se pasó a la construcción del discurso; de contar lo inmediato, se pasó a reflexionar sobre el proceso y a debatir sobre el futuro. En este viraje, que fue progresivo durante la década del 2000, hasta la aparición de las redes sociales, jugó un gran papel crucial la web del Foro Social Mundial, que servía como memoria viva del propio Foro, si bien hoy en día todo este archivo documental ha sido conveniente catalogado e indexado como repositorio⁴ de este proceso de construcción.

Junto a esta propuesta de construcción de medios independientes, el Foro Social Mundial promovió con gran insistencia "la urgente necesidad de abrir un amplio debate público sobre el impacto y las consecuencias de la concentración monopolística en el sector de la comunicación, así como de las prioridades en el desarrollo de nuevas tecnologías de la información y la comunicación" (León, 2003:201). Claramente, el derecho a la comunicación se convierte en una reivindicación mundial, en un momento en el que la concentración de medios constituye una amenaza contra la independencia informativa de los ciudadanos. En el marco de sus prioridades, el Foro Social Mundial hace un esfuerzo por construir una ciudadanía mejor informada, capaz de desarrollar enfoques críticos de la realidad, fomentar los medios ciudadanos sostenidos con economías solidarias, demandar una pluralidad informativa con perspectiva de género, así como denunciar los procesos monopolísticos y la mercantilización de la información.

Ese cambio en el modelo de comunicación forma parte del proceso de acompañamiento que experimentó el Foro Social Mundial en el giro que el movimiento antiglobalización dio a su modelo protesta. El progresivo abandono de las contracumbres conllevó la reducción de la acción directa, que se centró, de forma prácticamente exclusiva en dos frentes:

- De una parte, las guerras de Afganistán e Irak centran las protestas del movimiento de protesta global. De las diferentes ediciones del FSM surge un potente

³ <http://www.ipsnoticias.net/>

⁴ <http://memoriafsm.org/>

movimiento contra la guerra que logra sincronizar la protesta internacional en este frente. El 11 de septiembre de 2001 y sus consecuencias en Oriente Medio, generan una nuevo ciclo de protesta que encuentra sus culpables en la foto de las Azores. La construcción de un eje político y militar promovido por Bush, Blair y Aznar, provoca la articulación de los movimientos sociales en todo el mundo contra la guerra.

- Por otra parte, la creciente conciencia ecologista como consecuencia del cambio climático y el aumento de desastres ambientales, así como el insostenible modelo de consumo mundial, lleva a la movilización de la ciudadanía en determinadas ocasiones, con el fin de presionar a los Estados para aumentar sus compromisos con las Cumbres del Planeta.

En un espacio de luchas contra los neocolonialismos económicos, sociales y políticos como fue Foro Social Mundial, no podía quedar al margen el debate sobre el *imperialismo cultural* como definieron años atrás Beltrán y Fox de Cardona (1981:29) y Avendaño (2002:2). Arbex, que también denuncia que “el monopolio de la comunicación ejercido por las corporaciones mediáticas tiene consecuencias políticas, culturales sociales y económicas”, reclama “otra comunicación posible”, como parte de “otro mundo posible” que el Foro Social utilizó como reivindicación (Arbex, 2005:307). Este autor recoge, dos propuestas que considera de gran importancia surgidas en el debate del II Foro Social Mundial de Porto Alegre: por un lado, la elaboración de un código de ética para el área de las comunicaciones, que consolide el los diversos códigos de entidades profesionales y empresariales existentes, y creación de instrumentos adecuados para imponer su cumplimiento; por otra, la creación de un programa de Defensor del Pueblo de los Media, que sería producido por un amplio espectro de entidades representativas de la sociedad civil, con el objetivo de capacitar a los individuos para una postura crítica, con contenidos que irían desde la alfabetización en el lenguaje audiovisual hasta el debate estético.

El hecho de que el Foro Social Mundial tuviera sus arraigos en Porto Alegre permitió que las visiones de la comunicación para el cambio social construida por los principales defensores latinoamericanos de esta corriente, junto con el pensamiento construido por autores como Armand Mattelart, Susan George o Ignacio Ramonet entre otros, que modernizaron las visiones antiimperialistas y contrahegemónicas, tuvieron una gran influencia. En este sentido, junto a la necesidad de construir medios que den voz a los movimientos sociales, el Foro Social Mundial busca un modelo de empoderamiento que se produciría mediante la reapropiación de los medios públicos y el establecimiento de mecanismos de control éticos para las empresas privadas, de tal manera que la práctica de la contrainformación que tantos réditos dio al movimiento antiglo-

balización pierde protagonismo. Se apuesta por una pluralidad informativa que modifique la fisonomía del panorama mediático y en el que la diversidad que el propio Foro Social reivindica tenga cabida.

4.4. De la antiglobalización a la indignación

4.4.1. Cambio de ciclo de protesta: Del ciberactivismo a la tecnológica

118

No hay una opinión unánime en la crítica de hasta dónde llegó el movimiento antiglobalización, ni la globalización en sí misma. Wieviorka sugiere, incluso, que “ya desde principios de la década de 1990, con la terrible violencia en la antigua Yugoslavia, la idea de globalización, al menos bajo sus formulaciones iniciales, se ha debilitado por la primacía de los nacionalismos, por la guerra, por la intervención de los Estados, (...) y con los atentados del 11 de septiembre, se ha mostrado claramente que el mundo ha entrado en una nueva era”. El autor contextualiza este final incierto, afirmando que (...) “de repente, la guerra, el imperialismo, la perspectiva del *choque de civilizaciones* popularizada por Samuel Huntington, han venido a significar con claridad que el mundo no estaba unificado por el neoliberalismo o el nuevo capitalismo y que la política, la guerra o la diplomacia y el juego de los Estados estaban a la orden del día. Se ha abierto una nueva fase histórica en la que el triunfo aparente de la economía ha sido sustituido por el retorno de lo político-militar, el cosmopolitismo del dinero por el recurso a la fuerza y a la afirmación de los Estados” (Wieviorka, 2001:62).

Como afirman Bringel y Echart, “diez años después de su nacimiento mediático con las protestas de Seattle en 1999, el movimiento ya no puede ser caracterizado por aquellos rasgos básicos que marcaron su inicio y consolidación en términos organizativos, identitarios y de incidencia política: hubo un desmantelamiento progresivo de sus principales convocatorias de acción global unificada (tanto en el ámbito de la protesta, donde el máximo exponente fue la Acción Global de los Pueblos, como en la rama de la propuesta, donde el gran referente ha sido el Foro Social Mundial); las identidades colectivas se han tornado todavía más difusas y difícilmente encontramos militantes que se autodefinan como activistas del movimiento antiglobalización propiamente dicho; y su incidencia política es mucho más limitada, habiendo contribuido para ello una menor visibilidad mediática y una mayor criminalización” (Bringel y Echart, 2010).

Lo cierto es que a finales de la primera década de siglo XXI, muchos autores dan por acabado el ciclo de movilización del movimiento antiglobalización. Estos autores aseguran que, a pesar de todo, “no creen que el debate tenga que ceñirse a la ‘vida’ o ‘muerte’ del movimiento antiglobalización, si bien admiten una serie de muestras de agotamiento y algunas tendencias novedosas que marcan un desprendimiento con las dinámicas típicas de sus inicios (...) entre ellas: un nuevo contexto desde el que se inició

la crisis financiera a principios de 2008, llevando a una crisis sistémica multidimensional y a una reconfiguración del poder global, así como (...) la descentralización de las principales convocatorias de los movimientos sociales globales en determinadas redes temáticas, con mayor protagonismo de aquellas del *Sur Global*, a diferencia de la gran capacidad de convocatoria en Europa y Estados Unidos durante los primeros ciclos del movimiento antiglobalización” (Bringel y Echart, 2010).

Con la creciente desmovilización producida tras la contracumbre de Génova en 2001, la acción directa se sostiene a duras penas por las protestas contra la guerra de Irak en gran parte del mundo, que acabará de languidecer pasadas las primeras ediciones del Foro Social Mundial, incapaz de mantener viva la llama de la acción colectiva transnacional. Las multitudes que en otros momentos se mostraron como una fuerza de resistencia importante frente a las grandes instituciones de la globalización cedieron víctimas del cansancio; las políticas neoliberales se habían acabado imponiendo en todo el mundo por acoso y derribo.

Por otra parte, Marí describe un escenario muy propicio para entender el cambio que se estaba produciendo. Recogiendo su reflexión de fondo, una parte importante de las organizaciones sociales estaban centradas en los años previos a la crisis económica que explota a finales de la primera década del siglo XXI “en la gestión de múltiples proyectos (con minúscula) frente a la renuncia (implícita o explícita) a impulsar un Proyecto (con mayúscula) alternativo de sociedad”, lógica en la que no entran las entidades del Tercer Sector ni las ONG, que “sustituyen el Proyecto de cambio social, con mayúsculas por muchos proyectos, con minúscula” (Marí, 2016:168), marcados por la estrategia del subvencionismo. En este proceso gran parte de los movimientos sociales desatienden la oportunidad política del momento y se centran en la movilización de recursos, perdiendo la perspectiva que les había mantenido vinculados con la lucha social.

La alta profesionalización y tecnificación de muchas organizaciones sociales, y la exigencia de grandes inversiones en estructuras y de recursos económicos les llevó a configurarse más como empresas de servicios (García Roca, 2001:37), que como movimientos sociales. Marí ofrece una serie de claves que fueron descuidadas en un determinado momento:

- La capacidad de tener y construir una identidad colectiva, advirtiendo que los movimientos sociales no solo hacen cosas; más que esto se construyen a sí mismos en su proceso de intervención social.
- El análisis de cuáles son sus elementos, las instituciones y los actores sociales que tienen un proyecto antagónico al suyo.

- La elaboración de un proyecto alternativo de sociedad que funciona en un doble nivel: como elemento utópico referencial y también en una dimensión anticipatoria.

Desde este punto de vista, Marí considera que “esta dinámica de movimiento social ha generado un proceso de debate y de redefinición estratégica en muchas entidades a partir de la experiencia del 15M”, entidades que (...) “han sabido leer este proceso de movilización como una oportunidad para reconectarse con su proyecto alternativo de sociedad, así como para fortalecer los vínculos con unas bases sociales a las que ahora interpelan más como ciudadanos que como donante o participantes esporádicos o periféricos” (Marí, 2016:169).

Para entonces, los principales medios alternativos que sirvieron de soporte mediático a movimientos sociales en los primeros años de Internet habían perdido prácticamente toda su importancia. Muchos nodos empezaron a dejar de ser utilizados en Indymedia, desapareciendo poco a poco, y los hacklabs fueron disminuyendo en actividad. El activismo más militante empezó a tener una importancia bastante residual y fue sustituido paulatinamente por un tercer sector formado por organizaciones basadas en cuadros técnicos y voluntarios, que fue desarrollando una creciente labor subsidiaria de las políticas sociales.

El discurso político en los movimientos sociales perdió peso, en un momento en el que también se produjo un cierto relevo generacional. Quince años después de incorporar Internet a las luchas sociales, no había existido una renovación excesivamente profunda en los movimientos sociales, algo que por otra parte había dejado de interesar a los jóvenes del siglo XXI, tal y como estaba configurado por la generación anterior.

Sin embargo, tras varios años de desmovilización, entre 2009 y 2012 se producen una serie de acontecimientos en diferentes partes del mundo, que tienen como elemento común el de la ocupación ciudadana de espacios públicos, en protesta por la situación económica, social o política en sus países. Irán, Moldavia, Islandia, Túnez, Estados Unidos Grecia, Reino Unido o España plantean nuevos escenarios de protesta, haciéndose ver en las calles de una forma absolutamente nueva, llenando las plazas de personas cargadas de malestar por la situación de crisis social, donde crean un referente como movimiento social. El movimiento de indignación toma protagonismo y explora nuevas formas de llamar la atención a la opinión pública internacional.

De la misma manera que Seattle constituyó el escenario mediático de lo que se ha considerado un nuevo ciclo de acción colectiva que dio origen al movimiento antiglobalización, la plaza Tahrir en El Cairo configuró el germen del nuevo ciclo de protestas

que dieron lugar a lo que se ha conocido como el “movimiento de indignación” o “movimiento de ocupación”. Al igual que sucediera con el movimiento antiglobalización, no hay unanimidad en el uso de estos conceptos; incluso resulta difícil utilizarlos para enmarcar la identidad de un movimiento difuso, construido por intereses muy diferentes dependiendo del motivo y del territorio donde se desarrollaron. Probablemente los significados en este caso no sean tan importantes y constituyan un elemento autorreferencial de las propias experiencias; la idea de ‘indignación’ pone el acento más en el sentimiento que provocó las diferentes ocupaciones, mientras que ‘ocupación’ refuerza la acción colectiva que resulta de la indignación ciudadana. En realidad, esta idea de movimiento de indignación o de ocupación responde más a la necesidad de catalogar un fenómeno social que un movimiento en sí mismo.

En cualquier caso, muchos autores centran en este espacio, la plaza Tahrir, que el 25 de enero de 2011 fue tomada por los manifestantes para protestar contra el régimen de Mubarak, el inicio de un nuevo ciclo (y quizás modelo) de acción colectiva. Pero como sucediera en Seattle, no fue un hecho tan espontáneo como pudiera parecer. Aunque los levantamientos que vinieron después tuvieron diferente impacto mediático, destacando principalmente los de España, con el movimiento 15M y en Washington, con el movimiento Occupy Wall Street, no podemos dejar de lado experiencias como el movimiento #Yosoy132 en México por la libertad de expresión, o la revolución de los paraguas con Hong Kong, mediante la que los estudiantes reivindicaban reformas democráticas.

Volviendo a Egipto, Amin afirma para enmarcar el proceso de la primavera árabe, que “el gigantesco movimiento del pueblo egipcio vincula entre sí tres componentes activos: una juventud ‘repolitizada’ por su propia voluntad de unas formas ‘modernas’ que ella misma ha inventado, las fuerzas de la izquierda radical, y las fuerzas de las clases medias democráticas” (Amin, 2011:131). Así emergió un fenómeno por el que, grupos diversos que no compartían una identidad colectiva, fueron capaces de encontrar un espacio común para la lucha, en la medida que percibieron un marco de injusticia que les afectaba como ciudadanos.

De la misma manera que en Chiapas la apropiación de las tecnologías y el uso insurgente de Internet creó un espacio de lucha virtual importantísimo para los objetivos de las protestas antiglobalización que se fueron sucediendo posteriormente, en Egipto el componente tecnológico jugó un factor decisivo también en el éxito de las revueltas. La muerte del bloguero Khaled Said a manos de la policía egipcia en un cibercafé de Alejandría tras distribuir un video en el que denunciaba la corrupción policial provocó que un ejecutivo egipcio de Google, Wael Ghonim, creara un grupo de Facebook llamado “We are all Khaled Said” (*Todos somos Khaled Said*) que se convirtió en viral en pocos días. Las reacciones contra la brutalidad policial llevaron a la convocatoria de

una manifestación el 25 de enero de 2011 en la citada plaza Tahrir, por ser el día nacional de la policía. La tensión acumulada por los activistas egipcios se vio potenciada por la revolución popular que unos cuantos días había triunfado en Túnez, y que “añadía la esperanza del cambio a la indignación contra la insoportable brutalidad” (Castells 2012:66).

Si en Chiapas y Seattle las comunicaciones estaban basadas esencialmente en primitivas listas de correo, la primavera árabe descubrió todo el potencial activista del social media. Facebook, Twitter, Instagram o Youtube permitieron mostrar al mundo lo que estaba ocurriendo en tiempo real, y ofrecer testimonios y perspectivas que los medios de masas eran incapaces de proyectar en los momentos más intensos de la protesta, y que los movimientos sociales no podían enmarcar en sus marcos lógicos de acción. En este sentido, “la primavera árabe ha multiplicado el uso político de la tecnología para extender la comunicación, no como transmisión de información, sino como organización interactiva e inteligencia colectiva” (Muñoz, 2011:42).

De esta manera, la contribución de Internet y de las tecnologías de la información y la comunicación había transformado los modos de acción de los colectivos sociales. Autores como Diani hablan de “por lo menos cuatro diferentes modos de coordinación de la acción colectiva: un modo ‘organizacional’, en el que los límites del actor colectivo se superponen con los de las organizaciones específicas y no existe un intercambio sistemático de recursos entre las organizaciones; un modo ‘coalicional’, en el cual los recursos se intercambian a través de redes densas, pero de una manera muy instrumental, es decir, con identidades y compromisos que permanecen dentro de las confines de organizaciones específicas; un modo de ‘movimiento social’, en el que se producen intercambios densos de recursos entre organizaciones que también se sienten parte de un proyecto político más amplio y de más largo plazo; y un modo ‘comunitario / subcultural’ en el que los actores experimentan un sentido común que atraviesa los límites de grupos específicos, pero no hay intercambio sistemático entre organizaciones (Diani, 2011:470).

Por otra parte, si en 1996 es América Latina la que provoca un despertar de la conciencia activista a nivel mundial, en 2011 la llamada viene de los países árabes. El decaimiento del movimiento antiglobalización y el cansancio de las luchas sociales frente al capitalismo imperante había abierto un periodo de pausa del que apenas quedaban iniciativas vivas, a pesar del contexto de crisis económica existente desde 2008, incapaz por sí solo de provocar una revolución activista.

La influencia de la primavera árabe como revulsivo para la construcción de un nuevo ciclo de acción colectiva ha sido analizada por la literatura científica de forma profunda. Una de sus principales consecuencias fue la de haber provocado un efecto de contagio

en entornos que estaban siendo castigados por la corrupción o la crisis financiera, provocando el nacimiento de lo que se ha conocido como “movimiento de indignación” o “movimiento de indignación”⁵. El nacimiento de fenómenos como el 15M en España, u Occupy Wall Street en Estados Unidos, estuvo inspirado en las experiencias de Túnez y Egipto. Autores como Romanos defienden que, a pesar de que en el marco de acción colectiva el elemento identitario y de injusticia no se podía replicar desde Egipto a España o Estados Unidos, existen unos paralelismos que permiten hablar de las influencias que hubo del movimiento egipcio en el 15M, afirmando que “mientras que los procesos de construcción de un sentido de injusticia y de una identidad colectiva en el movimiento 15M estuvieron anclados en las condiciones locales, el componente agencial de los marcos de acción colectiva parece que estuvo (...) fuertemente influenciado por la primavera árabe” (Romanos, 2016:106).

No obstante, esto es algo importante para marcar las diferencias del movimiento de indignación con respecto al movimiento antiglobalización. La pérdida de la conciencia de lucha global es un hecho y la movilización se produce fundamentalmente atendiendo a un estímulo local, aunque evidentemente empaticen con los problemas globales que afectan a la ciudadanía y sigan reconociendo a los poderes de la globalización neoliberal como los principales causantes de los problemas de de la desigualdad mundial. Pero en este momento hay un mayor anclaje y de compromiso con la realidad local. Si quince años atrás los discursos cuestionaban la supresión de los aranceles, por poner un ejemplo, en este nuevo ciclo la preocupación se basa en cuestiones mucho más domésticas como los desahucios.

En este sentido, resulta complicado hablar de identidad colectiva en un ‘movimiento de indignación’, que en los países árabes tiene como objetivo principal acabar con los regímenes autoritarios de Túnez y de Egipto, mientras que en occidente se produce en un contexto social de corrupción de las élites políticas y económicas, así como por las consecuencias del desprecio a las políticas sociales que golpeaban a los ciudadanos con la exclusión financiera, la pobreza energética o la precariedad laboral.

Podemos hablar, probablemente con más acierto, de “nuevos modos de acción colectiva, en la medida que (en esta etapa) los movimientos sociales se configuran como multitud” en el sentido expresado por Rheingold (2004) mediante “círculos concéntricos de ciudadanos a través de redes de confianza (...), redes compuestas tanto por militantes activos como por personas que tienen lazos afectivos con los activistas convocantes pero que no son activas políticamente. Sin embargo, este grupo está unido por la desconfianza hacia los medios de comunicación convencionales y hacia la clase política con convocatorias anónimas e identidades múltiples”, lo que de alguna manera

⁵ Por regla general, en lo sucesivo, utilizaré el término “movimiento de indignación” por constituir un referente cultural más próximo desde un punto de vista personal. Pero ambos términos son perfectamente aplicables a una identidad demasiado difusa para ser catalogada.

(...) “rompe con un elemento central de la teoría de los NMS (Teoría de Movilización de Recursos), la formación de una identidad colectiva previa y el cómo la búsqueda del sentimiento de pertenencia a un grupo es una de las principales motivaciones de los nuevos activistas” (Haro y Sampedro, 2011:168). Por su parte, Candón (2011a) las define como “redes ‘sumergidas’ que se mantienen en estado latente y que adquieren visibilidad en los episodios de movilización. Esta forma de organización no es instrumental, sino un objetivo en sí mismo, la forma del movimiento es su mensaje y constituye un desafío simbólico a los patrones dominantes”.

Con el cambio de ciclo, tras el movimiento antiglobalización y la aparición del movimiento de indignación, se ha producido también un cambio en el uso activista de las tecnologías, en cuanto que “estas movilizaciones apuntan a un rediseño de la esfera política y la acción colectiva, especialmente en lo que se refiere al uso de herramientas tecnológicas para la comunicación y la autoorganización social y política, en este sentido es que se concibe la tecnopolítica a partir de los usos tácticos y estratégicos de la tecnología” (Burgos, 2014:428).

De esta manera, podemos decir que el activismo mediático ha experimentado una evolución desde el ‘ciberactivismo’, que caracterizó la etapa de los movimientos antiglobalización, al de ‘tecnopolítica’, que empieza a ser utilizado con el movimiento de indignación. Es evidente que no son términos excluyentes, ni incompatibles, pero de alguna manera marcan una evolución en el uso activista de las tecnologías por parte de la ciudadanía.

En cualquier caso, y más allá del término a utilizar, Romanos y Sádaba hablan de un “technological turn” que implica “un cambio de frames en la definición y comprensión de la acción colectiva”, afirmando que “hoy en día, las tecnologías digitales forman una suerte de ecosistema donde los movimientos sociales se sienten cómodos. Se podría decir que las representaciones sociales de los movimientos sociales están decantándose hacia una aceptación de las mismas e, incluso, hacia cierta tecnofilia. Han surgido movimientos centrados en objetos tecnológicos (el software libre) o movimientos muy dependientes e impensables sin la tecnología” (Romanos y Sádaba, 2015:26).

En cualquier caso, el debate sobre los espacios comunicativos que habían desarrollado los movimientos sociales en los últimos veinte años experimentó un nuevo episodio con las insurgencias populares como consecuencia del hastío de los ciudadanos, en clara confrontación con una clase política incapaz de resolver los problemas sociales en sus respectivos países. Por otra parte, esas insurgencias tienen una base tecnológica fundamental en sus estrategias de organización colectiva y difusión, que desarrollan a partir de nuevas herramientas y nuevos usos, y que dan pie a un nuevo ciclo de acción colectiva.

4.4.2. El movimiento de indignación como referente en el proceso de cambio social. La emergencia de un nuevo activismo

Las claves de este movimiento de indignación fueron anticipadas por Stéphane Hessel en su manifiesto *Indignaos!* (2010), y posteriormente con la secuela de este, *Comprometeos!* (2011), obras en las que analiza una serie de claves que van a definir la fisonomía del movimiento internacional de protesta que se fraguó en los años finales de la primera década del siglo XXI.

Siguiendo un orden cronológico, todo empieza con las revoluciones ciudadanas de Islandia y Túnez, que encienden la mecha del nuevo fenómeno social: el movimiento de indignación o movimiento de ocupación. Pero la aparente falta de conexión entre los levantamientos populares de Islandia y Túnez, según Castells tiene “un hilo común que unía en las mentes de la gente sus experiencias de revuelta a pesar de que sus contextos culturales, económicos e institucionales fueran tan diferentes, lo que define como un sentimiento de empoderamiento”. Abunda Castells en esta idea diciendo que “es un sentimiento que nació de la indignación contra los gobiernos y la clase política, ya fuera dictatorial” o, en su opinión, “pseudodemocrática” (Castells, 2012:38). Indignación provocada por la rabia ante la complicidad que percibían entre la élite financiera y la élite política y que estalló por la reacción emocional que causó algún acontecimiento insoportable. Y fue posible por la superación del miedo mediante la unión forjada en las redes del ciberespacio y en las comunidades del espacio urbano.

Por tanto, la coyuntura de crisis social experimentada en la primera década del siglo XXI se configura como el primer mecanismo reactivo de un movimiento que va a encontrar puntos de conexión en espacios culturalmente diferentes y que va a dotarse de una fisonomía más nueva aún, si cabe, frente a la tradicional organización de los movimientos sociales de corte clásico. Analizar el contexto social que provoca la ola de reacciones ciudadanas en diferentes países es fundamental para entender el fenómeno.

Algunos autores identifican “el crecimiento de la brecha entre ricos y trabajadores como el contexto en donde se produce en Europa y EEUU la emergencia de movimientos como el 15M u Occupy” (Tejerina y otros, 2013:381), circunstancia a partir de la cual, Rodríguez Prieto (2016:295) considera “que los procesos sociales e históricos que actúan contra una situación percibida como injusta es lo que aúna a distintos colectivos bajo unos mínimos que están relacionados con aquello a lo que se reacciona”. El propio Rodríguez Prieto describe un escenario en el que surgen los movimientos de indignación “controlado por un capitalismo cultural, económico y político corrupto que ya no admite correcciones como las que estableció el estado del bienestar de posguerra”.

En el caso del Estado español, el origen está en un clima de “crisis, desafección y desconfianza” (Romanos y Sádaba, 2015:19) de una sociedad cansada de corrupción y de

sufrir las consecuencias de una crisis económica económica que derivó en el rescate del sector bancario. Estos autores se hacen eco del notable descrédito que sufrieron los partidos políticos y la clase política, así como de la percepción de la situación política, a través de sucesivos barómetros del Centro de investigaciones Sociológicas.

El ciclo de protestas que corre como la pólvora por diferentes rincones del planeta a partir de 2011 está sustentado por una diversidad de grupos no organizados jerárquicamente, que cuestionan tanto el elitismo de la política como la propia idea de representación, a los que Rodríguez Prieto llama "*movinets*", que se configuran en palabras de su autor, "potencialmente como movimientos de desobediencia política (...) e integran Internet en su ADN". Recurriendo a la experiencia en España, los eslóganes utilizados por estos movimientos ("no nos representan", "somos el 99%" etc.), denuncian el poder creciente de organizaciones que no han sido elegidas por nadie y su influencia tanto en las decisiones como en las no-decisiones que adoptan los gobiernos. Según este autor "se corresponden con una nueva clase de movimiento social, que agruparía tanto al 15M como a movimientos similares", caracterizados por mantener "una relación constante con la Red, con sus oportunidades, problemas y en sus propuestas". A estos movimientos los define como "una categoría que incluye colectivos sociales desarrollados en la última década y que constituyen un paso más en el proceso de aprendizaje de los movimientos sociales y la clase trabajadora o precarizada que los compone de forma mayoritaria, (...) que han insertado las tecnologías de la información en su acción hasta el punto de que son inseparables de las mismas; una simbiosis tecnopolítica que incrementa sus oportunidades y los expone también a riesgos". En su lógica funcional "asumen un enfoque relacional en sus causas en vez de particularista", lo que significa que "pueden tener objetivos amplios en su actividad, en vez de una reivindicación muy específica y, de existir la misma, este tipo de acción colectiva sectorial se encuentra relacionada con otros problemas sociales, como la plataforma antidesahucios que vincula sus actuaciones con un sistema financiero pensado para beneficiar a los grandes capitales, con la complicidad de élites políticas" (Rodríguez Prieto, 2016:295).

Calle, en una entrevista que les hace Ortega y García-González (2012:235 y ss) afirma que el 15M aporta "la importancia de bajar las formas de identificación a la hora de construir procesos sociales; la idea de expeandir presentes más que la de proyectar futuros; la idea de buscarse e interrogarse sobre las propias interrogaciones; el poder hablar de todo lo que queramos pero no solo con los de arriba, sino también entre nosotros y nosotras". Calle identifica el 15M como "un espacio de encuentro y movilización", con los objetivos de "reconducir los códigos políticos, las formas en las que nos relacionamos, reclamar espacios públicos como la calle", y lo considera como "una bofetada a quien no piensa en términos de proceso". Además, cree que "esta idea tiene muchas formas de expresión (tomar la plaza, tromar laplaya, tomar la montaña, tomar los barrios, tomar internet...)", con lo que "aparece la idea de gobierno de los muchos

a través de una infinidad de ágoras, que no tienen una estructura arborescente de relación, sino que la propia estructura de ágoras se reproduce de forma más rizomática, se corta en un lado y se expande por otro, movimientos de sístole y diástole que son muy característicos de lo que vamos a vivir”.

Si desde Seattle venimos hablando de un nuevo modelo de sociedad civil, cada vez más ajena a los convencionalismos que proponían las organizaciones verticales, veinte años después, ahora Castells nos habla de “nuevas culturas cívicas”, que describe cómo “una nueva generación de activistas (que) ha descubierto nuevas formas de cambio político mediante la capacidad de comunicarse y organizarse de forma autónoma, fuera del alcance de los métodos habituales de control político y económico” (Castells, 2012:38).

Las dos claves que cita Castells como caracterizadoras de este nuevo modelo, son la capacidad de comunicarse y la capacidad de organizarse. En todo caso, estas características constituyen una evolución del modelo anterior, en cuanto que el movimiento antiglobalización ya fue capaz de comunicarse y organizarse mediante las tecnologías, con las posibilidades que las herramientas existentes le permitían.

No obstante, intentando profundizar en las características del modelo de acción comunicativa que acompaña las prácticas del movimiento de indignación, resulta complicado establecer paralelismos entre este nuevo activismo que proclama Castells, y la eclosión y auge de las redes sociales, especialmente Facebook y Twitter, que se produce al final de la primera década del siglo XXI. Es evidente que estas redes no son en sí mismas la razón de este nuevo activismo, pero tienen un peso fundamental, no solo en esa nueva capacidad de comunicarse, sino también en la de organizarse. Este nuevo activismo, caracterizado por su “sentimiento de empoderamiento” al que hace referencia Castells (2012:38) encuentra su fuerza en las sinergias que provocan el hecho de la convergencia de las prácticas insurgente en dos tipos de espacios: el espacio virtual (las redes sociales) y el espacio físico (las plazas).

Se trata de una realidad que nace del entorno del movimiento de indignación, y se apoya en dos importantes estrategias, que de forma combinada cambian la fisonomía de los movimientos sociales en la última década:

- Por un lado, desarrollan un modelo de organización basado en la inteligencia colectiva, superando estructuras y organigramas, poniendo en cuestión la necesidad de liderazgos y de jerarquías.
- Por otro lado, se reapropian de espacios públicos claves, dotando de nuevos significados políticos a los entornos ocupados y generando una cultura colaborativa en las prácticas que desarrollan.

La importancia de estos elementos como caracterizadores de este nuevo activismo exige analizarlos por separado, y profundizar sobre los efectos multiplicadores que provocan la combinación de ambos.

4.4.3. La doble apropiación de las redes y de las plazas

4.4.3.1. Enjambres y rizomas: Nuevos modelos de acción colectiva

Este “nuevo activismo” al que se refiere Castells, que Gerbaudo llama “activismo contemporáneo” (Gerbaudo, 2012:2), se caracteriza, entre otras cosas, por explorar profundamente el uso insurgente de las redes sociales, tanto en lo que a sus modelos de organización se refiere, como a las estrategias de acción comunicativa. Uno de los puntos más característicos en las formas de organización es la ausencia de liderazgos férreos evitando reproducir modelos verticales pertenecientes a otras épocas, quizá no muy lejanas, pero ya superadas.

Este nuevo modelo que se estaba experimentando por parte de la ciudadanía, conllevó la puesta en funcionamiento de nuevas formas de organización y de trabajo, que escapaban a las lógicas convencionales, basadas en criterios de “horizontalidad, dinamismo y ausencia de liderazgo”, cuyas características definen Sampedro y Sánchez (2011) basándose en los “rasgos de la comunicación digital (cooperación, instantaneidad, realimentación, horizontalidad, descentralización, flexibilidad, dinamismo o interconexión)”. Toret habla de “un movimiento autoorganizado, sin líderes, ni organizaciones estables y sin recursos”, y junto a su equipo @Dataanalysis15m profundizan en la existencia de un movimiento “que no ha necesitado de centros de decisión ni de líderes unívocos, lo que muchas veces se confunde con la ‘falta’ de organización por parte de un ojo incapaz de percibir la trama compleja en la que consiste la autoorganización social a través de medios digitales” (Toret y otros, 2013:34). Esta característica de “ser capaces de dotarse a sí mismos de mecanismos (...) les permite existir de forma coherente durante largos periodos de tiempo, regulando y modulando su actividad de forma autónoma” según expone Aguilera (2014:322). Se trata de un modelo que denominan “organización distribuida” y que constituye un cambio de paradigma en los modelos de redes conocidos hasta ahora, que equiparan al enjambre, en analogía con el mundo animal.

La lógica tradicional de organización de los movimientos sociales que acabó en desuso con el desarrollo de la sociedad red a finales del siglo XX daba un nuevo giro a su identidad. Castells, por su parte, habla de una “revolución rizomática”, que como en el caso del 15M en España “estaba basada en una red descentralizada de nodos autónomos en distintas ciudades (...), un movimiento autogestionado (...), sin organización, con un funcionamiento basado en asambleas” (Castells, 2012:116). Aunque la experiencia partió de la convocatoria inicial de ‘Democracia Real Ya’, uno de los muchos grupos que surgieron en Facebook en el proceso, se trataba de una campaña anónima, ya que

‘Democracia Real Ya’ era un conglomerado de blogs, de grupos y gente que venía de muchos sitios.

Estas dos ideas basadas en los comportamientos de otros seres vivos que utilizan Castells (rizoma) y Toret (enjambre) ya habían sido empleadas por diversos autores con anterioridad, especialmente en relación al movimiento antiglobalización. Si bien es cierto que el movimiento de indignación reproduce muchos aspectos del modelo de organización que el movimiento antiglobalización desarrolló años antes, los términos *rizoma* y *enjambre* adquieren su mayor sentido a partir de las ocupaciones que suceden en diferentes partes del mundo, y sirven para entender el modelo organizacional desplegado.

El uso de “rizoma” aplicado al comportamiento de los movimientos sociales está explicado por Deleuze y Guattari (2000:12), que oponen la estructura arborescente (que restituye la unidad en el tronco y representa la lógica binaria), frente al rizoma, que no restituye la unidad, que no tiene un tronco principal ni ramas, sino que cada una de las ramas es la principal, sin jerarquías, de manera que cada tallo puede conectarse con cualquier otro, defendiendo que el rizoma no puede ser reproducido porque no es estructural. El rizoma, por tanto, no se somete a leyes estructurales, sino a la necesidad de la conexión.

El recurso del modelo enjambre, aplicado a las prácticas sociales, ha generado un sistema de inteligencia colectiva (swarming intelligence), formado por personas “que mayoritariamente no se conocen, que no están planificadas por una autoridad central, ni ningún mando en la sombra” (Toret y otros 2013:105) y ha sido definido como los “procesos de comportamiento colectivo no basados en organizaciones sociales constituidas, ni en identidades o vínculos fuertes”. Este autor relaciona el movimiento del 15M como “un conjunto de enjambres, cientos de miles de personas construyendo un territorio urbano emergente como territorio aumentado, conectado en tiempo real por streams, hashtags, retransmisiones de radio y televisión con miles de personas que ven, se conectan, difunden o comentan, que habitan este territorio conectado” (Toret y otros, 2013:92).

No obstante, el concepto de *enjambre social* y otros términos relacionados con esta idea como el de *inteligencia colectiva* elaborado por Lévy (2004) o el de *comunidades virtuales*, aplicado por Rheingold (2004), no son nuevos. Ya fueron estudiados en épocas pasadas, si bien el nuevo activismo se beneficia de la existencia de una serie de recursos tecnológicos y herramientas comunicativas absolutamente nuevas.

Han, por su parte, aborda de forma crítica el concepto de “enjambre” digital, que relaciona con las olas de indignación, a las que considera muy eficientes para movilizar y aglutinar la atención, pero en virtud de su carácter fluido y de su volatilidad no son

apropiadas para configurar el discurso público, el espacio público. Para esto son “demasiado incontrolables, incalculables, inestables, efímeras y amorfas. Crecen súbitamente y se dispersan con la misma rapidez”. Abunda es esta idea afirmando que la sociedad de la indignación es una sociedad del escándalo. Para Han, este modelo ofrece una serie de limitaciones importantes: en primer lugar, “carece de firmeza, de actitud. La rebeldía, la histeria y la obstinación características de las olas de indignación no permiten ninguna comunicación discreta y objetiva, ningún diálogo, ningún discurso”; en segundo lugar, “muestran una escasa identificación con la comunidad. De este modo, no constituyen ningún *nosotros* estable que muestre una estructura del cuidado conjunto de la sociedad. Tampoco la preocupación de los llamados “indignados” afecta a la sociedad en conjunto; en gran medida, es una preocupación por sí mismo. De ahí que se disperse de nuevo con rapidez” (Han, 2014:21).

Hecho este inciso, las cuestiones de organización fueron esenciales desde el primer momento para el movimiento de indignación; la búsqueda utópica de un modelo de democracia horizontal y participativa frente a los abusos y excesos de la clase dirigente de la última década y el auge de las redes sociales como un medio de participación abierto, rápido y enormemente viral, dio lugar a lo que Gerbaudo (2012:17) ha llamado la “coreografía de la asamblea”, como elemento sobre el que pivota este nuevo modelo de organización y comunicación. El movimiento de indignación se esfuerza en llevar a la práctica el ideal de que la Asamblea ostente el poder absoluto, fomentando desde las bases la democracia participativa huyendo de la representatividad y de cualquier forma de estructura organizativa que permita concentración de poder para la toma de decisiones. Pero realmente, esta aspiración de un movimiento de liderazgos suaves y sin protagonismos excesivos no deja de ser una ambición, más que un hecho, ya que como expone el propio Gerbaudo, “este carácter líquido e informal de los movimientos contemporáneos no significa que sean movimientos sin líderes, como suelen afirmar. De hecho, el uso de los medios de comunicación social es paralelo a la aparición de nuevas formas de liderazgo indirecto o ‘coreográfico’, haciendo uso del carácter interactivo y personal de los medios sociales”. Para este autor, “en este nivel, la elección del término coreografía sugiere que este proceso de reconstrucción del espacio público no es completamente espontáneo e improvisado. De hecho, a pesar de sus repetidas afirmaciones de falta de liderazgo, los movimientos sociales contemporáneos tienen sus propios *coreógrafos* y estos coreógrafos no son idénticos a los *bailarines* o participantes. Como sucede en el campo de la danza, en los movimientos contemporáneos estos coreógrafos o *líderes suaves* son para la mayoría no visibles en el escenario, o al menos no toman el centro del escenario, por así decirlo. Pero aprovechando la emotividad de los participantes y dirigiéndola, sus acciones tienen sin embargo una profunda influencia en la exhibición de la acción colectiva” (Gerbaudo, 2012:159).

En cualquier caso, el modelo de organización del modelo de indignación surgido de experiencias como el 15M, en caso de España, se caracteriza por ser “un conjunto de

nodos que experimentan (en determinados periodos) altos índices de conectividad, robustez y reciprocidad formando un archipiélago (...), un ecosistema vivo con propiedades emergentes” (Toret y otros, 2013:88).

El concepto de nodo de este nuevo activismo caracteriza el modelo de organización del movimiento de indignación, que, en el caso español del 15M, es “más que un movimiento social, poniendo de manifiesto que el 15M no es solo una red, sino la condensación y cohesión de un conjunto de nodos que actúan como un sistema coherente, articulados como una estructura de red cambiante” (Toret y otros, 2013:86). Aunque el concepto de nodo es utilizado desde que Castells desarrolló su teoría de la sociedad red, el movimiento de indignación lo somete a una revisión práctica de tal calibre, que lo dota de pleno significado desde la perspectiva de autonomía pretendida a la que aspira.

Lo que diferencia este momento histórico, es que estas redes, que inicialmente no estaban sometidas a un control central (rizoma), fueron capaces de constituirse en un enorme elemento de difusión y creación de opinión (enjambre), en la mayoría de las protestas ciudadanas que se fueron sucediendo, sin necesidad de una organización férrea ni de un sistema de organización social. El valor de estos nuevos espacios virtuales, que eran “espacios de autonomía en gran medida fuera del control de gobiernos y corporaciones que, a lo largo de la la historia han monopolizado los canales de comunicación como cimiento de su poder” (Castells, 2012:12), constituyó uno de los pilares fundamentales del movimiento de indignación.

De esta manera, el poder de las iniciativas planteadas se basó en gran medida en la creación de un espacio público en la red, “conectándose entre sí e imaginando proyectos de distintos orígenes donde los individuos formaron redes sin tener en cuenta sus opiniones personales ni su filiación (...) y su unión les ayudó a superar el miedo” (Castells, 2012:12). Se trata de un movimiento de individuos, “de los que tenemos que entender de qué forma se interconectan mentalmente con otros y forman redes y por qué son capaces de hacerlo en un proceso de comunicación que lleva al final a la acción colectiva” (Castells, 2012:30).

Un elemento que no puede ser obviado en las prácticas comunicativas del movimiento de indignación es el uso de las emociones. De una forma muy concreta, el modelo 15M ha sido etiquetado de irreflexivo fundamentalmente por los grandes medios, e incluso por gran parte de la crítica científica. El propio Zygmunt Bauman aludía al “carácter emocional” del 15M en una entrevista concedida al diario El País (Verdú, 2011) en la que argumentaba que el carácter inestable de las emociones y su incapacidad para dar forma a nada coherente. Se ha escrito mucho sobre el alcance de las emociones como un elemento definitivo en la identidad del movimiento de indignación, especialmente respecto al 15M. Toret y otros (2013:83) y su equipo, admiten como cierto que “las

emociones no suelen ser consideradas como un factor relevante en los procesos de cambio social, aunque no dudan el afirmar que el 15M nos ha enseñado que las emociones son clave para desencadenar procesos políticos”.

El movimiento de indignación abre un debate social y científico en torno al peso que deben tener razón y emoción en la construcción de los nuevos espacios de lucha. Su aparición dispara los estudios del movimiento de indignación basados en el *sentimental analysis* de los procesos comunicativos que desarrollaron, especialmente con la presencia en redes sociales.

El equipo de @Datanalysis15M realizó, de hecho, numerosos estudios cuantitativos, si bien una de sus principales conclusiones es que “la activación emocional va vinculada a un proceso mental cognitivo de autonomía e inteligencia colectiva” (Toret y otros, 2013:83), a la que ya he aludido como una de las características principales del movimiento, “que opera una desterritorialización del sentido dominante”. Toret asegura, en este sentido, que “una activación cerebral cooperativa y alegre es capaz de desplazar los clichés establecidos, los lenguajes codificados y los estados de ánimo (miedo ambiente) de la crisis (marcados por la catástrofe y la impotencia) por la gestación de condiciones operativas de movilidad emocional de los cuerpos (potencia ambiente). La energía de las personas consigue sincronizar en el espacio y en el tiempo, rompiendo la dispersión reinante. Retroalimentándose mutuamente, los cuerpos vuelven a dejarse afectar por el mundo, confían juntos en la capacidad de afectarlo. A través de la apropiación de dispositivos y estrategias tecnopolíticas, se produce un circuito virtuoso, autopoietico de producción y selección de mensajes, lenguajes y emociones que en el acontecimiento modifican radicalmente la percepción colectiva entre lo que es intolerable y lo deseable en la sociedad. La desterritorialización del inconsciente social abre una nueva fuerza liberada, expresada en la carga emocional y la intensificación de la existencia colectiva. El 15M abre todo un mosaico de mutaciones en la experiencia colectiva” (Toret y otros, 2013:84).

Esa desterritorialización del movimiento se puede visibilizar en la fuerza que adquieren elementos como el hashtag, un nuevo espacio no-físico, pero lugar de encuentro al fin y al cabo. Belli y Díez (2015:85) ponen de manifiesto que “la excepcionalidad de los movimientos #Occupy se encuentra en una subjetividad colectiva: Otros que están en la misma posición del sujeto. Compartiendo el malestar social, generando un espacio de discurso innovador y reclamándolo en público”.

El elemento emocional en el movimiento de indignación condiciona inevitablemente su modelos de acción comunicativa: La presencia en redes sociales se configura, por tanto, como un elemento central en la estrategia de comunicación adoptada, aunque ni mucho menos pueda ser considerado como un cibermovimiento, según se expone

en este apartado. En palabras de Candón, "Internet es mucho más que una herramienta de comunicación utilizada por el movimiento (...). Es también su infraestructura organizativa y un medio para la participación de los activistas en los debates y acciones del movimiento. Pero incluso más allá de su uso instrumental, Internet encarna los valores del 15M y los activistas se identifican con la red, se implican en su defensa e influyen en su propio desarrollo" (Candón, 2014:16).

4.4.3.2. La producción del espacio social del nuevo activismo

Si hay algo que ha caracterizado visualmente al movimiento de indignación ha sido la ocupación de las plazas públicas más icónicas de las ciudades en su estrategia de protesta. El modelo de acampada y ocupación de espacios públicos que empieza en la Plaza Tahrir de El Cairo en 2011 se replica en diversas ciudades todo el mundo, en una estrategia activista que nada tiene que ver con las manifestaciones multitudinarias del anterior ciclo de protesta del movimiento antiglobalización.

De esta manera, a la misma vez que se creó un espacio público virtual, también el activismo surgido del movimiento de indignación fue capaz de crear un "espacio público paralelo que no se limite a internet, sino que se haga visible en los lugares donde se desarrolla la vida social, frente al espacio público institucional (designado constitucionalmente para la deliberación) ocupado por las élites dominantes y sus redes" (Castells, 2012:18).

Se ha escrito mucho sobre el proceso de virtualización de los movimientos sociales en la era de las redes sociales, pero como sugiere Gerbaudo "las prácticas comunicativas de los movimientos populares de 2011 nos impulsan a apartarnos de esta visión escapistista de Internet como un espacio virtual donde refugiarnos de la crisis del espacio público. Lo que estamos presenciando ahora es un uso de las redes sociales al servicio de la re-apropiación del espacio público físico" (Gerbaudo, 2012:158). De esta manera, según este mismo autor, las plazas ocupadas se convierten en "centros rituales y organizacionales, como nodos en una red" (Gerbaudo, 2012:99). De esta manera, en España, "la acampada Sol en Madrid fue el primer nodo que lleva la delantera temporal y organizativa de una nueva serie-forma de nodos que son acampadas-red" (Toret y otros, 2013:81).

Conviene en este punto, citar a Lefebvre (1974), al que muchos autores recurren para explicar el fenómeno de ocupación que identificó al movimiento de indignación. Su teoría sobre la creación del espacio social resulta clave para entender por qué dicho movimiento logra tan altas cotas de popularidad. Más allá de las estéticas y los impactos mediáticos que consigue en diferentes partes del mundo, su éxito reside en haber teorizado sobre la unidad espacial del espacio físico (la naturaleza), el espacio mental (las lógicas y las abstracciones mentales) y el espacio social (el espacio de la interacción humana), lo que Lefebvre denomina la "tridialéctica" del espacio.

Desde esta lógica, el activismo nacido alrededor del movimiento de indignación supera la concepción marxista de la producción del espacio, según pone de manifiesto este autor cuando afirma que la relación del espacio con la sociedad “proviene o tiene relación con varias ciencias: la economía política, la sociología, la tecnología, pero concierne también al conocimiento general puesto que el conocimiento hoy implica una capacidad creciente de controlar el espacio (la informática permite concentrar en un solo punto, en un aparato, que concierne a inmensas extensiones)”. En esta nueva dimensión espacial, “los aspectos políticos son de una importancia considerable; el espacio ha sido siempre político pero ahora lo es más que nunca” (Lefebvre, 1974:221).

Pero no sólo las plazas como lugar físico fueron el espacio que ocuparon los indignados. La geografía del movimiento de indignación extendió su territorialidad a los barrios, donde empezaron a celebrarse asambleas, que representaban la aspiración de horizontalidad y descentralización como principios inspiradores. Corsín y Estalella (2013:121) refieren toda una experiencia de “asambleas (que) se reúnen públicamente al aire libre en plazas o calles locales, con un trabajo de ensamblaje que se extiende más allá de su ubicación periódica en un estiramiento espacial, pero también temporal, social e infraestructural”.

Estos autores, desde un trabajo de campo etnográfico de las “asambleas populares vecinales surgidas a raíz del movimiento del 15 de mayo (15M)” en Madrid hablan del vecino como “persona atmosférica”, que da forma a la figura del “vecino como experimentador de la producción de ambiente”. El valor de la participación se define en este nuevo activismo, por tanto, no sólo en términos ideológicos, sino en términos espaciales, de manera que la geografía, el territorio y el urbanismo constituyen se convierten en elementos definitivos en la configuración del movimiento de indignación. En este sentido que “el 15M parece haber hecho un proceso inverso a lo que cabría esperar: de lo general a lo particular, del mayor nivel de abstracción a la concreción en el espacio local. Y a partir de esta idea, hablan de viejas y nuevas militancias”, habiéndose evidenciado que “en este caso las redes y las comunidades virtuales han sustituido a las comunidades militantes localizadas en la gestación de la movilización, a pesar de lo cual el devenir posterior del movimiento ha buscado esta espacialización. El movimiento ha dado pruebas de querer georreferenciarse, establecerse en el espacio y generar su base comunitaria, creando su propio territorio a través de la acción política. Esto frente a la tendencia a la desterritorialización y al desmembramiento de las identidades tradicionales asociadas al medio urbano y a la clase obrera en el marco del posfordismo” (Díaz y Candón, 2014).

En este mismo escrito, Díaz y Candón ponen de manifiesto algo a lo que otros autores se refieren como cuestión de fondo en el surgimiento del 15M. El movimiento de indignación, siguiendo a estos autores, “no es netamente un movimiento de clase

obrera”, sino que se configura como “un movimiento, en principio, desclasado y ciudadanista que, no obstante, tiene componentes de clase evidentes en el propio proceso de pauperización y de acumulación por desposesión que ha dado lugar al mismo”. Y en la búsqueda de esa nueva territorialidad, re-descubren la ciudad en movimientos paralelos, comprometidos con la justicia social, que van dando forma a una nueva estrategia de acción política. Desahucios, pobreza energética, corrupción y muchas otras cuestiones sociales pasan a ser el centro de los discursos en los medios, y desde el punto de vista de la acción comunicativa, el movimiento de indignación encuentra en el vecino a un nuevo público.

De esta manera, el ciudadano, cansado de los partidos y sindicatos por los que dejó de sentirse representado hace tiempo, encuentra un nuevo motivo para ocupar los espacios públicos y generar nuevos discursos relacionados con el territorio y la comunidad. Una de las grandes virtudes del movimiento de indignación fue la de generar dinámicas de lucha y resistencia locales, ancladas al territorio, con la crítica al neoliberalismo de fondo.

La reapropiación del lugar físico como espacio de encuentro y construcción social reabre los debates sobre *el derecho a la ciudad* por autores como Castells (1981; 1983), Soja (2010) o Harvey (2008), y sobre todo por Lefebvre (1974). El movimiento de indignación aporta un nuevo enfoque discutiendo la posibilidad de la lucha anticapitalista urbana, como expone Harvey frente a los nuevos imperialismos, poniendo de manifiesto que “la fluctuante historia y fortuna del movimiento contra la globalización o alterglobalista desde finales de la década de 1990 también sugiere que nos encontramos en una fase muy particular y quizá radicalmente distinta de la lucha anticapitalista” (Harvey, 2013:176).

La ciudad se convierte en un elemento fundamental en el movimiento de indignación, que va recogiendo las inquietudes planteadas en encuentros internacionales como como la Coalición Internacional del Hábitat, que estableció en 2004 la *Carta Mundial del Derecho a la Ciudad*, o el Foro Urbano Mundial de 2010, que asume eleva la idea del *derecho a la ciudad* al rango de lema. Lo cierto es que la ciudad va teniendo diferentes protagonismos en las luchas de los movimientos sociales desde que en noviembre de 1999 se organizaran en Seattle las protestas como la OMC. Pero todas las ciudades que han acogido grandes logros del movimiento antiglobalización lo han hecho como *escenario de lucha*, más que como *taller de lucha*. Seattle, Praga, Génova, Niza y muchas otras fueron un lugar simbólico casual, porque acogieron diferentes eventos internacionales que realmente eran el objeto de la protesta. La ciudad era circunstancial, y no constituía un elemento de lucha y de comunicación fundamental, con (quizá), la excepción de Porto Alegre, que en los primeros Foros Sociales Mundiales constituyó el modelo a imitar.

La recuperación de la ciudad como espacio de lucha por parte del movimiento de indignación, por otra parte, acerca a la práctica como en ningún otro momento anterior, la vieja aspiración de *pensar globalmente y luchar localmente*, dando sentido a las palabras de un movimiento que venía huyendo de prácticas tradicionales hace ya muchos años, pero debe depender en parte, como sugiere Harvey (2012:188) de algunas reconceptualizaciones fundamentales de la naturaleza de las clases y de una refundición del terreno de la lucha de clases.

4.4.3.3. El valor de los territorios virtuales y los territorios físicos conectados

Resulta bastante complicado enmarcar la identidad colectiva del movimiento de indignación, que somete a una profunda revisión todo lo que conocíamos sobre los territorios físicos y virtuales relacionados con la acción colectiva. Ugarte utiliza el término “ciberturbas” para designar “la culminación en la movilización en la calle de un proceso de discusión social llevado a cabo por medios electrónicos de comunicación y publicación personales en el que se rompe la división entre ciberactivistas y movilizadores”, si bien, en la línea de lo adelantado, este autor considera que (...) “el problema con movimientos tan nuevos y que influyen tanto en la agenda política, como los que hemos caracterizado como ciberturbas, es que resulta sumamente difícil discutir sobre ellos o analizarlos sin que la percepción y valoración del receptor estén mediadas por sus consecuencias o por su posición en los debates políticos que abren” (Ugarte, 2007:73).

Los primeros movimientos de lo que Ugarte llama “ciberturbas” se empezaron a gestar en España el 13 de marzo de 2004, en la noche de los mensajes cortos (que analizaré más adelante); mucho antes que Facebook y Twitter fueran una herramienta de uso masivo, el SMS se configuró como un arma de gran poder de convocatoria, que permitía movilizar a masas de forma inmediata y masiva a partir de un marco de injusticia social, sin necesidad de construir una identidad. Movilización y desmovilización funcionan, desde este punto de vista como los flujos y reflujos de las mareas.

El debate sobre los nuevos espacios de lucha es fundamental en un momento en que se hablaba mucho del alcance y capacidades de las insurgencias virtuales; superado el momento histórico en el que los grandes medios fueron capaces prácticamente de televisar en directo una guerra, este nuevo activismo se apropió de las redes sociales para hacer un *mainstream* propio, generando el suficiente flujo informativo al margen de los grandes medios. Las redes sociales no solo fueron un medio, sino también un espacio de encuentro y de lucha, desarrollando un modelo de insurgencia que permitía estar en las redes y en las plazas. Así lo expresan Sampedro y Sánchez (2011) cuando ponen de manifiesto que “*la red era la plaza*”, afirmando que “la lógica de internet se ha llevado a la vía pública, lo que se traduce en que los rasgos de la comunicación digital -cooperación, instantaneidad, realimentación, horizontalidad, descentralización, flexibilidad, dinamismo o interconexión- se han hecho presentes en asambleas y acampadas”.

Es evidente que la ocupación de las plazas públicas más icónicas de las ciudades constituía en sí mismo un mensaje que fue distribuido por nuevas redes, con distintos formatos y con diferentes públicos objetivos como destinatarios principales. Los actos de ocupación del movimiento de indignación no fueron una simple demostración de fuerza. Siguiendo a Sampedro y Sánchez, resulta interesante comprobar que el movimiento del 15M, en el caso de España, supuso un acto de empoderamiento y de “reapropiación del espacio físico y discursivo”, en cuanto que “las acampadas rompían las lógicas comercial y mercantilista, que limitan el uso de las calles y plazas al intercambio de bienes y servicios. (...) Y es que, tras sucesivas reformas, la Plaza del Sol, como tantas otras, era un *no-lugar*: un espacio de paso, sin bancos ni árboles, donde conversar o encontrarse resultaba casi imposible. Tomar las plazas no pretendía sólo visibilizar determinadas demandas. Implicaba detenerse y habitar los espacios colonizados por el tráfico y el capital. De la misma manera y en paralelo, las asambleas en espacios públicos que, en el momento de escribir este texto, quieren sustituir a las acampadas persiguen recuperar espacio discursivo. Frente a la voz de la ciudadanía, limitada a expresión electoral o formatos mediáticos sensacionalistas y populistas, ahora se quieren recuperar la implicación y el compromiso que implica la deliberación democrática” (Sampedro y Sánchez, 2011:3).

La conexión entre los espacios físicos y virtuales se articuló mediante engranajes comunicativos que desarrollaron un nuevo territorio de lucha social. Según Toret, “un conjunto de acampadas conectadas entre sí se transformaron en un sistema vivo y autoorganizado gracias a los circuitos de información creados”. Toda una arquitectura-red de la participación permitió lo que llamo un ‘contagio tecnológicamente estructurado’, es decir, “una arquitectura lógica, que facilitó la reproducción del movimiento, como una malla en el espacio de la red que se correspondía con los espacios físicos” (Toret y otros, 2013:81).

El grupo de investigación @Dataanalysis15m que estudia el modelo de red creado por el movimiento 15M, considera que “el sistema red es una estructura multinivel con distintas capas de interacción, que se sincronizan en el proceso de autopoiesis o auto-producción del sistema. Ninguna capa puede existir sin las otras, puesto que se auto-producen con el intercambio de información. Cada nivel tiene a su vez su propia estructura organizativa con distintas capas/nodos” (Toret y otros, 2013:89). Desde este punto de vista, la red es algo más que una estructura funcional. Como expone Toret, “las estructuras del movimiento social 15M son sólo el residuo de la actividad del sistema red, de manera que el sistema red 15M resulta de una suerte de *bing bang* emocional y del contagio tecnológicamente estructurado subsiguiente. De este modo se genera un conjunto socio-maquínico de expresión política que toma forma en una estructura multicapa” (Toret y otros, 2013:88).

Esta dimensión multicapa de la sociedad red de los últimos años se sincroniza mediante la interacción entre las capas físicas (espacios urbanos) y las capas digitales (espacios virtuales). La sincronización multicapa es fundamental “para una idea fuerte de acción y organización política en la sociedad red, con el fin de evitar que la multiplicación de los estímulos sociales y mundos digitales habitables genere dispersión social” (Toret y otros, 2013:136).

En este sentido, Castells teoriza sobre el espacio público de los movimientos sociales nacidos de la indignación, diciendo que “se construye como espacio híbrido entre las redes sociales de internet y el espacio urbano ocupado, conectando el ciberespacio y el espacio urbano en una interacción incesante, y constituyendo tecnológicamente comunidades instantáneas de prácticas transformadoras”, que se puede definir “como un espacio de comunicación autónoma” (Castells, 2012:19). No obstante, en este nuevo activismo, hasta la propia teoría de la sociedad-red formulada por Castells en la que afirma que “el espacio de los flujos de internet supera al espacio de los lugares” (Castells 2006b:429) es puesta en entredicho por Gerbaudo, que mantiene que “esta actitud tecno-visionaria no parece capaz de darnos un vocabulario e imaginario capaces de captar la esencia de las formas contemporáneas de la acción colectiva”, de forma que “la definición de Castells de estos movimientos como *wiki-revoluciones*, *autogeneración* y *auto-organización*, parece añadir poco al cliché periodístico de la “revolución de Facebook (o Twitter)” (Gerbaudo, 2012:26).

Rovira, por su parte, habla de “los sitios de la indignación” argumentando que, “la gente asegura que en los momentos de efervescencia en las calles es cuando más usa Internet, confirmando una vez más la teoría de *cuanto más activismo, más ciberactivismo*”. Abunda en esta idea, afirmando que “quien quiere participar en las protestas, necesita saber cómo, dónde y a qué hora ir a una plaza. Busca producir sus propias participaciones, subir sus fotos, ser protagonista individual dentro de la colectividad indignada. Es la necesidad de comunicación la que lleva a las personas a la tecnología como extensión de su potencia. Lo interesante de las TIC no es analizarlas como objeto sino como proceso, es decir como hipermediación, a la que se refiere (...) no tanto [como] un producto o un medio sino a procesos de intercambio, producción y consumo simbólico que se desarrollan en un entorno caracterizado por una gran cantidad de sujetos, medios y lenguajes interconectados tecnológicamente de manera reticular entre sí” (Rovira, 2013:127).

Otro autor como Trejo establece un paralelismo entre las redes urbanas y las virtuales de una forma gráfica, diciendo que “Internet es un medio específica e intensamente urbano. Las redes de información, en su extensión, desorden y disparidad, se asemejan a las autopistas y avenidas de cualquiera de las megalópolis contemporáneas. Como en ellas, en la Internet hay zonas de luces y otras, de sombras. (...) Igual que en

las arterias de nuestras grandes ciudades, en la red de redes podemos hallar -o sufrir- encuentros sorprendidos y otros, pronosticables” (Trejo, 2000:26).

4.4.4. Nuevas fronteras del activismo: sindicatos y partidos políticos desde la óptica de la tecnopolítica

El movimiento de indignación ha traído nuevas formas de organización social, como consecuencia de las sinergias producidas entre las redes vecinales y las redes virtuales generadas durante los diferentes ciclos de protesta. Y esas nuevas formas de organización social han ocupado espacios de lucha tradicionalmente vinculados a partidos políticos y sindicatos, generando nuevos sectores de defensa de los intereses vinculados a las formas geográficas y no solo a las sectoriales.

Ya hemos visto cómo el movimiento antiglobalización nace en el contexto social de los novísimos movimientos sociales, desligado de la dependencia política que la sociedad civil mantuvo tiempo atrás con los sindicatos y partidos políticos vinculados con la izquierda tradicional, compartiendo en la mayoría de los casos afinidad ideológica, pero reivindicando constituirse en un actor del cambio social en el nuevo ciclo de acción colectiva que surgió a finales del siglo XX tras la batalla de Seattle. La evolución de este movimiento antiglobalización en la primera década del siglo XXI, que provoca un nuevo ciclo de protesta impulsado por el movimiento de indignación, ha perdido la memoria de lo que significaban aquellos arraigos sindicales y políticos, si bien necesita generar mecanismos de defensa de los intereses ciudadanos en cuestiones de las que tradicionalmente se habían ocupado los partidos políticos y los sindicatos, que gozan de las peores cuotas de popularidad conocidas cuando se producen los levantamientos en las plazas.

Berardi expone en este sentido que “la crisis de la izquierda que se manifiesta en el retroceso político de las fuerzas organizadas del movimiento obrero y progresista no es sino un epifenómeno de una crisis mucho más profunda: la crisis de la transmisión cultural en el pasaje de las generaciones alfabético-críticas a las generaciones post-alfabéticas, configuracionales y simultáneas. La dificultad de la transmisión cultural no consiste en la dificultad de transmitir contenidos ideológicos o políticos, sino en la dificultad de poner en comunicación mentes que funcionan según formas diferentes, incompatibles” (Berardi, 2007:25).

Cuando en España las plazas de todo el país se abarrotaron de manifestantes indignados por la corrupción política, cansados de asumir con su sacrificio los recortes económicos, lo hicieron al grito de ‘No nos representan’, dirigido no solo al gobierno que ocupaba el poder, sino al resto de fuerzas políticas que formaban parte del arco parlamentario y que se mostraban incapaces de dar respuestas a una ciudadanía con un altísimo sentimiento de desprotección.

Toret, relatando los primeros días de vida del 15M, cuenta cómo “la crisis económica y la gestión neoliberal, el empeoramiento de las condiciones de vida de gran parte de la población -especialmente la joven, con tasas de desempleo cercanas al 50 por ciento- más la intensa crisis de representación de las instituciones y de la 'izquierda' política y sindical, facilitó la expresión colectiva de un enorme deseo de participación política social sin intermediarios, es decir, directa” (Toret, 2012). Y en este abandono del espacio de la izquierda tradicional y formal, el mismo autor, junto al equipo de @Data-analysis15m, afirma que “el 15M pone fin al relato único de la crisis del tándem bipartidismo-mass media y muestra la emergencia de nuevo protagonismo social descentralizado, transversal y autónomo, más allá de las categorías establecidas de izquierda y derecha, (...) apuntando a un cambio de paradigma en relación a la negación masiva de vivir como meros espectadores de una democracia como simulación no interactiva” (Toret y otros, 2013:137). Otros autores como Adell consideran que “la irrupción del 15-M en una campaña electoral en donde se preveía un bipartidismo aplastante con unos discursos similares y ajenos a la realidad social de la crisis convirtió a los indignados en el único actor capaz de denunciar los atropellos de los recortes y dar un giro a la situación” (Adell, 2011:148).

La corrupción institucional existente -que les afecta como aparatos del Estado- y el descrédito de las socialdemocracias modernas, incapaces de dar respuestas en el ámbito parlamentario y gubernamental en relación a cuestiones como la precariedad laboral y la protección social, la erosión de las políticas sociales y la creciente exclusión social basada en una cada vez mayor desigualdad en la distribución de la riqueza, constituyen el principal foco de la desafección social en las revoluciones callejeras que se producen, no solo en España, sino en la mayoría de rincones del mundo donde se desarrollan protestas.

Quizá el caso español sea poco representativo a nivel internacional, pero exige un análisis detallado de por qué los movimientos sociales de la última década han abandonado lo que vienen a llamar la “vieja política”, organizaciones políticas basadas en un sistema de equilibrios derecha-izquierda. Abellán y Pardo, entre otros, consideran que “la crisis del Estado del bienestar por el cuestionamiento que hacen del modelo las nuevas izquierdas y derechas (...), y la articulación de la sociedad civil junto a la política y la economía de forma autónoma (...)” han permitido que “las modalidades colectivas de participación se han ido abriendo paso y han ganado un espacio que ocupaban los actores políticos convencionales como alternativa, de forma, que han devenido en una fuerza social que representa una democracia más plural, abierta y participativa que puede mejorar la calidad democrática” (Abellán y Pardo, 2015:161).

El nuevo protagonismo de los movimientos sociales, que han desarrollado una mayor capacidad de la incidencia política, no se ha conformado sólo con incluir sus demandas en las agendas políticas e institucionales; llegado este momento, su aspiración es la de

construir un modelo de democracia participativa que sustituya el de democracia representativa, algo que se venía trabajando de forma profunda desde los inicios del movimiento antiglobalización, especialmente en la época de mayor protagonismo de los Foros Sociales.

Esta nueva aspiración funcional va acompañada de un nuevo lenguaje que pretende reforzar la idea del cambio que se propone: el dualismo izquierda-derecha se pretende sustituir con la idea de “los de abajo frente a los de arriba”, escenificando un conflicto centro-periferia, con un cuidado abandono de la jerga marxista, de cuyos fundamentos reniega en cierto modo, intentando remarcar la superación ideológica de la lucha de clases. A ojos de estos movimientos, la izquierda tradicional es considerada un *establishment* a la que se denomina popularmente *casta*, que comparte muchos valores políticos con la derecha neoliberal, y se desmarca de sus posiciones, aunque desde los partidos socialdemócratas y comunistas se compartan muchas de sus reivindicaciones. Sánchez Jiménez habla de una nueva sociedad en la que “la sustitución de los ‘viejos capitalistas’ por ‘nuevos dirigentes’ en puestos de dirección y al servicio y lucha por la supremacía y preponderancia económica, social o política, significa y constata el peso de los ‘intereses de grupos’ sobre los viejos conflictos laborales. Y, aunque persistan en muchos lugares restos de los viejos enfrentamientos a consecuencia de la lucha por la redistribución que la llamada ‘clase mayoritaria’ continúa planteando, en las modernas sociedades abiertas la movilidad individual ha sustituido a la ‘lucha de clases’; de la misma forma que los movimientos sociales acabaron dejando reducidos, si no obsoletos, los partidos de clases”. (Sánchez Jiménez, 2003:368)

La irrupción de la tecnocracia en el poder político y económico y la adopción de decisiones políticas desde perspectivas técnicas impulsadas por las grandes organizaciones de la globalización, carentes del menor sentido humano, ha provocado sucesivas movilizaciones en las que miles de ciudadanos han generado una creciente desconfianza respecto a las estructuras de poder hasta ahora conocidas, encarnadas en partidos y sindicatos, especialmente. Frente a esta *tecnocracia*, las redes ciudadanas han impulsado el poder de la *netocracia*, concepto que acuñan Bard y Söderqvist (2002). Aunque es cierto que la netocracia puede esconder diferentes formas de tecnocracia en sus formas más perversas, la netocracia por definición es el ecosistema de las redes distribuidas, de las que hablaré más adelante. Lo importante aquí, es que permitió a los ciudadanos organizarse de una forma horizontal creando alternativas en la organización de las luchas sociales, que se han ido perfeccionando desde la última década del siglo XX.

Podríamos poner como ejemplo el análisis que Castells hace de la revolución de las cacerolas en Islandia, como consecuencia de la crisis financiera y económica que hundió al país en 2009, que tuvo su origen en un sistema crediticio puramente especulativo. Castell expone que “aunque la revolución islandesa estuvo provocada por la crisis

económica, no se trataba solamente de restaurar la economía. Se trataba principalmente de una transformación fundamental del sistema político, al que se culpaba por su incapacidad para gestionar la crisis y su subordinación a los bancos. Todo ello a pesar de que, o quizás porque, Islandia es una de las democracias más antiguas del mundo". Lo cierto es que (...), "Islandia se hundió en la misma crisis de legitimidad que la mayoría de los países del mundo. Sólo un 11 % de los ciudadanos confiaba en el parlamento y obviamente sólo un 6% confiaba en los bancos" (Castells, 2012:52). La crisis se resolvió con la convocatoria de elecciones y "la promesa de entablar la reforma constitucional con la máxima participación ciudadana factible". De esta manera, "Facebook fue la principal plataforma de debate. Twitter fue el canal para informar sobre el trabajo en curso y para contestar las dudas de los ciudadanos. YouTube y Flickr se utilizaron para establecer una comunicación directa entre los ciudadanos y los miembros del consejo, así como para participar en los debates que se celebraron en toda Islandia, y (...) el Consejo de la Asamblea Constituyente recibió offline y online 16.000 sugerencias y comentarios debatidos en las redes sociales", recibiendo el calificativo de "wikiconstitución" por parte de algunos observadores (Castells, 2012:54).

Volviendo al caso español, conviene analizar dos experiencias surgidas a partir del 15M: la formación de nuevos partidos políticos basados en la indignación y la organización de las *mareas ciudadanas*. No obstante, el fundamento de la movilización del movimiento 15M no encuentra en ningún proyecto contrahegemónico su razón de existir. Adopta el planteamiento que Holloway hace de cambiar el mundo sin necesidad de tomar el poder estatal ni organizarse como partido, ya que el fondo de la cuestión para el 15M "no es quien ejerce el poder sino cómo crear un mundo basado en el mutuo reconocimiento de la dignidad humana, en la construcción de relaciones sociales que no sean relaciones de poder" (Holloway, 2002:34). El fracaso de las izquierdas para canalizar las inquietudes de los movimientos sociales durante décadas y las decepciones generadas cuando han ocupado el poder formal generaron un clima de desconfianza en las organizaciones sociales, que acabaron expresando su descontento de manera difusa, "mediante campañas o proyectos comunitarios autónomos, rebeliones masivas, participación en 'organizaciones no gubernamentales', como expresiones de que las personas anhelan un tipo de sociedad diferente".

El debate del ejercicio del poder sobre los ciudadanos y las alternativas que propone Holloway encuentran en el 15M su hábitat perfecto. En este sentido, el movimiento de indignación en España pone en práctica lo que Holloway denomina el "poder-hacer", como mecanismo de cambio social "de un poder-sobre construido o derivado de un conjunto de relaciones sociales económicas y culturales, cuyos resultados (guerras, miseria de naciones enteras, enfermedades de millones de seres humanos, violencia, desempleo, etcétera) para la humanidad, no son nada satisfactorios" (Holloway, 2002:54).

En el primer caso, el acervo ideológico construido por el movimiento de indignación en las plazas y en las redes de forma colaborativa mediante asambleas y encuentros, constituyó el principal lecho sobre el que se crearon nuevas formas de organización política, como el caso de Podemos o el Partido X. Sería demasiado complicado disecionar en un solo capítulo de esta tesis las relaciones e influencias entre Podemos y el movimiento de indignación, si bien conviene hacer una aproximación. Es más que evidente que, de alguna manera, Podemos surge como un spin-off del movimiento de indignación, lo que en absoluto lleva a significar que Podemos es el nuevo brazo político de dicho movimiento, sustituyendo las viejas izquierdas.

No obstante, autores como Toret exponen que “Podemos no se entiende sin el 15M”, de la misma manera que “Podemos no se explica solo por el 15M”. Entre sus argumentos, sostiene que supo desarrollar la capacidad de ubicarse al margen del “afuera genérico y difuso de los políticos y los banqueros construido por el 15M, asumiendo ‘formar parte de’, en su carácter abierto, difuso, dinámico y reapropiable,” y aunque (...) “genera un marco de identificación común mucho más definido, hereda parte de esta construcción de la identidad abierta y reapropiable, como se observa en sus inicios, a través de la multiplicación de los círculos y de prácticas tecnopolíticas a través del uso intensivo de las redes de comunicación para la acción colectiva” (Toret, 2015:125).

Más allá de intentar analizar el posible éxito o fracaso en el recorrido de Podemos en el panorama político español, es importante descifrar las conexiones con el 15M y hasta qué punto los fundamentos de lucha política del movimiento de indignación se han transferido al ámbito de la política formal. En este estado de la cuestión, gran parte del debate en la literatura científica reside en conocer si estamos ante una nueva forma de hacer política o ante un giro populista de la izquierda. El desarrollo de nuevos terrenos de acción colectiva de los movimientos sociales se extienden con la intención de ocupar la política formal, cansados de la representatividad de las democracias occidentales que penalizan las opciones minoritarias, basadas en un sistema de participación que se reduce a las convocatorias de comicios electorales.

En este sentido, la irrupción de Podemos en el panorama político ha constituido una novedad como afirman Marzolf y Ganuza, que consideran que “la horizontalidad y la autonomía del movimiento requirieron de una estructuración que las defendiera deliberadamente frente a otros, enemigos externos o inercias internas (...) se puso inmediatamente de manifiesto a través de la creación de comisiones (de respeto mutuo, de la acción, de barrios, de derechos, etc), divididas en grupos y subgrupos de trabajo encargados de proponer pistas de acción sobre temáticas como la vivienda, la inmigración, el medio ambiente, la ley electoral, etc” (Marzolf y Ganuza, 2016:92). El modelo de organización se basaba en el poder supremo de la asamblea, mediante la búsqueda de consensos en un equilibrio difícil de mantener en muchas ocasiones. La presencia del 15M en la identidad de Podemos, dentro de su proyecto hegemónico, se realiza en

un primer momento, según estos mismos autores, “con la incorporación del imaginario indignado poniendo al servicio del partido la misma metodología de protesta de los indignados (...), sustituyendo las plazas por los círculos y agrupando (...) física y virtualmente una comunidad de personas tanto alrededor de una temática como de un espacio, igual que la organización del 15M en los municipios” (Marzolf y Ganuza, 2016:102).

Por otra parte, el movimiento de indignación en España lleva en cierto modo a la práctica un replanteamiento de las organizaciones de clase que “cuestione esencialmente las actuales prácticas sindicales para establecer alianzas y emprender acciones políticas”, propuesta realizada por Fletcher y Gapasin. De hecho, esta sería su premisa central: “si la lucha de clases no se restringe al lugar de trabajo, tampoco deberían hacerlo los sindicatos. La conclusión estratégica es que los sindicatos deben procurar organizar las ciudades y no solamente los lugares de trabajo (o sectores industriales). Y organizar las ciudades solo es posible si los sindicatos buscan aliados en los bloques sociales metropolitanos” (Fletcher y Gapasin, 2008:174).

En el caso español, el 15M provocó una serie de mutaciones en los procesos de organización colectiva, según pone de manifiesto Gutiérrez (2014:404). Uno de los modelos de organización más afectados fueron los movimientos sindicales de corte tradicional en el caso de España, cuya imagen pública estaba muy deteriorada, no sólo por los escándalos de corrupción a los que estuvieron expuestos, sino también por la falta de credibilidad que fueron acumulando en su trabajo de negociación colectiva, incapaces de parar las reformas laborales de los gobiernos de diferente signo político, que fueron minando los derechos sociales y laborales de los ciudadanos, exponiéndolos a una creciente precariedad laboral. Junto a todo esto, la debilidad mostrada en los procesos de negociación colectiva, permitió lo que Gutiérrez ha bautizado como “post-sindicalismo en red” y cuyos principales actores han sido las denominadas *mareas*. Este autor, afirma que “el fenómeno marea, además de como nuevo catalizador de los enjambres ensamblados del 15M, podría definirse como un post sindicalismo en red, como una auto-organización colectiva orientada hacia un común que está por encima de los objetivos concretos a corto plazo” (Gutiérrez, 2014:404).

Gutiérrez defiende que “el fenómeno de las mareas son más arquitectura de la protesta, acción inacabada (prototipo), que una suma de individuos con afinidad ideológica. Son prototipos de lo común que convierten al *procomún* no apenas en un objetivo o en una hipótesis, sino en una estructura social. La acción colectiva que converge en las mareas también preserva de forma inconsciente su forma, mantiene la vida del cuerpo colectivo y constituye en la ética de los cuidados uno de los pilares de su existencia, afirmando, además, que las mareas no se construyeron intentando aplicar ningún modelo ideológico, social o político existentes. Se desarrollaron a partir de la rela-

ción de los nodos que después conformarían las mareas”. Este autor pone de manifiesto, por otra parte, algo importante al afirmar que “las mareas también son espacios que facilitan procesos de multipertenencia. La multipertenencia de la era de lo común permite que diferentes personas puedan sentirse parte de las mareas sin dejar de ser parte de organizaciones con estructuras jerárquicas (partidos, sindicatos, ONGs) o de procesos abiertos con estructuras más horizontales (asambleas 15M, grupos de trabajo)” (Gutiérrez, 2014:406).

Las mareas y los nuevos partidos son la extensión, desde una mirada tecnopolítica, de una protesta social iniciada desde el sentimiento de indignación, que ocupa un espacio ideológico de personas definitivamente desclasadas. Si el final del siglo XX se caracterizó en este sentido por la ruptura del cordón umbilical que conectaba a los partidos de izquierda y sindicatos de clase con los movimientos sociales, el final de la primera década del siglo XXI ha traído una ocupación de las esferas de acción política (formal) y una apropiación de las estructuras de partidos y sindicatos, con nuevos significados.

5

ACTIVISMO, COMUNICACIÓN Y
TECNOLOGÍA: CONCEPTOS POLÍTICOS,
FILOSÓFICOS Y SOCIOLÓGICOS EN EL
CAMBIO DE SIGLO



Lo que popularmente conocemos como globalización no debe ser considerado como una etapa histórica, según lo expuesto en el capítulo anterior; incluso llamar globalización a las últimas décadas, desde la aparición de las comunicaciones en red, parece ser excesivo, en la medida que el mundo está globalizado, desde hace siglos, más allá de lo que puedan aportar las tecnologías. A pesar de ello, no deja de ser cierto que la implantación de las computadoras como máquina de trabajo y la eclosión de Internet como herramienta de comunicación de uso masivo, ha provocado una revolución en las comunicaciones de consecuencias similares a las que en su momento generó la imprenta.

No obstante, los cambios experimentados en los últimos años como consecuencia de esta revolución tecnológica, se han producido en un contexto social y cultural determinado, sobre el que considero importante realizar una breve aproximación, a fin de entender esa transformación. Este cambio opera sobre una sociedad que estaba en pleno proceso de evolución y reinventa las relaciones entre activismo y comunicación sobre el nuevo escenario tecnológico.

En este sentido realizaré una serie de aproximaciones:

- La primera, de carácter ideológico, para echar una mirada a la revisión del pensamiento de izquierdas, con el que históricamente han estado vinculados los movimientos sociales que trabajan por el cambio social, abordando la reformulación de las posiciones que se adoptan frente a las tecnologías, en un momento de crisis de las ideologías clásicas;
- La segunda mirada irá dirigida a analizar la transformación que se produce con el paso de lo analógico a lo digital, y las posibilidades que este cambio ha ofrecido para construir nuevas formas y modos de organización social, creando oportunidades para la revisión de las aspiraciones de construcción democrática de los movimientos sociales;
- La tercera aproximación estará destinada a comprender los valores y principios que rigen la sociedad postmoderna en la que operan todos estos cambios tecnológicos, y sobre los que se construyen esos nuevos modelos de relación social;
- La última mirada, más sociológica, tiene como objetivo discutir sobre la idea de esfera pública y esfera privada, alrededor de las que surgen nuevos escenarios como consecuencia de los cambios ideológicos y tecnológicos experimentados.

5. Activismo, comunicación y tecnología: Contextos políticos, filosóficos y sociológicos en el cambio de siglo.

5.1. De Benjamin a Enzensberger: El oráculo de un nuevo modelo de acción comunicativa

La relación del pensamiento de izquierdas -en el que encuentran sus raíces los movimientos sociales del siglo XX-, con la tecnología ha sido siempre turbulenta. El rechazo a la “era de la máquina”, generó un posicionamiento de escepticismo del pensamiento crítico, en la medida de que “la tecnología, como modo de producción, como la totalidad de los instrumentos, mecanismos y aparatos que caracterizan la edad de la máquina, es así al mismo tiempo un modo de organizar y perpetuar (o cambiar) las relaciones sociales, manifestación del pensamiento prevaleciente y de los modelos de comportamiento, instrumento para el control y la dominación” (Marcuse, 2001 [1961]:53-54). Uno de los principales objetivos de Marcuse fue definir el carácter político de la *racionalidad tecnológica*, dado que según este autor se había convertido en “el elemento más poderoso de la razón, y por lo tanto de aquel concepto que puede indicar con la mayor propiedad el carácter específico del proyecto de la civilización occidental” (Marcuse, 2000:363). De esos postulados participa Habermas, para quien el enfoque de Marcuse sobre la racionalidad tecnológica es definitivo en su obra, considerando a este respecto que “la técnica y la ciencia de los países industrialmente más avanzados se ha convertido no sólo en la fuerza productiva primera, capaz de producir el potencial para una existencia satisfecha y pacificada, sino también en una nueva forma de ideología que legitima un poder administrativo aislado de las masas” (Habermas, 1969:16).

No obstante, “esta visión dialéctica de la técnica, según la cual esconde otras posibilidades diferentes a las desplegadas por el capitalismo, coloca a Marcuse en una posición distinta a la de los tecnófobos y a la de los tecnófilos” (Fischetti, 2011:162). El razonamiento de Fischetti parte de la idea de que “el aparato técnico ha asimilado al individuo racional crítico en el contexto de un sistema social, el capitalismo monopolístico, de tal forma que los individuos razonan también tecnológicamente, es decir que su logos es técnico, es instrumental”, por lo que “la salida no es oponerse al progreso técnico, sino a los intereses que subyacen a ese progreso, que en el capitalismo se reduce a la acumulación de capital”. Fischetti resume las tesis de Marcuse diciendo que este autor “advierte que tanto la racionalidad tecnológica como la racionalidad crítica son relativas al conjunto histórico-social, por lo que los valores que en algún momento tuvieron una función crítica pueden volverse tecnológicos en otras circunstancias y viceversa. Es decir que existe una relación dialéctica entre los dos modos de la racionalidad por lo que ni se excluyen ni se complementan totalmente” (Fischetti, 2011:161).

Aunque la corriente predominante durante gran parte del siglo XX entre los teóricos de la izquierda es que la racionalidad tecnológica había servido para eliminar la crítica dialéctica, muchos otros autores del pensamiento crítico buscan otros caminos, necesitados de una mirada que permita incorporar las tecnologías al marco de las luchas sociales.

Entre los que discutían sobre tecnología y medios de comunicación, destaca Enzensberger, que publicó su manifiesto ‘Elementos para una teoría de los medios de comunicación’ (1974), y pronosticó una nueva era para la acción comunicativa de los movimientos sociales -introduciendo la idea del uso emancipador de los media-, cuando los medios electrónicos estaban empezando a desarrollarse de una forma muy primitiva. Enzensberger defendía que este uso emancipador de los medios debería considerar a cada receptor como un transmisor pleno en potencia, y generar programas y contenidos descentralizados: Cuanta mayor pluralidad en los medios de comunicación, más puntos de vista estarán al alcance de los ciudadanos.

En la última década del siglo XX y la primera del XXI, el ejercicio y el desarrollo de este uso emancipador de los media ha sido entendido por los movimientos sociales como una herramienta de empoderamiento, que les ha ayudado no solo a comunicar mejor su actividad social, sino en algunos casos, a entender la comunicación como la misma actividad social. El desarrollo y la difusión de las tecnologías de la información en las últimas décadas, por tanto, ha inaugurado un espacio de activismo mediático desconocido hasta entonces, en todos los elementos del proceso comunicativo. Con la aparición de Internet, los movimientos sociales entendieron desde un primer momento que haciendo un uso insurgente de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, podían mejorar su capacidad de desarrollar los mensajes, incorporar audiencias activas en búsqueda de pluralidad informativa, y generar nuevas sinergias en

la difusión de contenidos. Pero el factor tecnológico, aun siendo decisivo en el desarrollo de esta nueva cultura del uso de los medios por parte de los colectivos sociales, no ha sido el único capaz de crear modelos pronosticados décadas antes por algunos teóricos de la comunicación.

No obstante, Enzensberger no llegó a esta conclusión de forma espontánea, evidentemente. Las controversias surgidas de la Escuela de Frankfurt, con Adorno y Horkheimer a la cabeza, constituyen un semillero ideológico sobre el que se establecen enormes debates teóricos entre la creación y la producción de contenidos mediáticos, construidos en base a fundamentos técnicos, sociales, económicos y culturales, teniendo como punto de partida, en gran medida, las teorías expresadas por Walter Benjamin en sus discursos y escritos, que se adelantó a este conflicto muchos años antes.

Cuando en 1934 Walter Benjamin escribe *El autor como productor* pone de relevancia la enorme contradicción existente entre la propiedad de los medios y la capacidad de un escritor de ser operante, y no solo informante. Walter Benjamin propone invertir la pregunta que desde el materialismo histórico se realizaba de forma tradicional. De esta manera, frente a la cuestión de cómo está una obra respecto a las relaciones de producción de una época, habría que preguntarse más bien cómo está en ella, buscando conocer la función que tiene la obra dentro de las condiciones literarias de producción de un tiempo determinado, entrando sobre la discusión de lo que llamó "técnica", que según su teoría permitía que los productos literarios superen la estéril contraposición de forma y contenido.

Walter Benjamin, en un contexto dialéctico en el que la idea de socialismo y revolución canalizaban ideológicamente cualquier resistencia al poder establecido, utiliza el término activismo para denominar a uno de los movimientos de inteligencia de izquierdas, surgido en la Alemania de aquellos años, a los que consideró erráticos por ejercer funciones contrarrevolucionarias en tanto que escribiendo experimentaban su solidaridad con el proletariado sólo según su propio ánimo, pero no como productor. Por tanto, para Benjamin, "mientras el escritor experimente su solidaridad con el proletariado sólo como sujeto ideológico, y no como productor, la tendencia política de su obra, por más revolucionaria que pueda parecer, cumplirá una función contrarrevolucionaria" (Benjamin, 2004 [1934]:33).

Walter Benjamin, como teórico de la comunicación, se anticipó a su tiempo en muchas cuestiones que a finales del siglo XX constituyeron un desafío mediático. De esta manera, exigió a los fotógrafos la capacidad de dar a sus tomas la leyenda que las arranque del consumo y del desgaste de la moda, otorgándoles valor de uso revolucionario, lo que también hacía extensivo a los escritores. Su planteamiento era el de "no pertrechar un aparato de producción sin, en la medida de lo posible, modificarlo en un sentido socialista" (Benjamin, 2004 [1934]:25), inspirado en el concepto de transformación

funcional que defiende Brecht, y desde la aspiración de “modificación de formas e instrumentos de producción en el sentido de una inteligencia progresista (y por ello interesada en liberar los medios productivos, y por ello al servicio de la lucha de clases)”. La propuesta de Benjamin es ciertamente revolucionaria; advierte que no es deseable una renovación espiritual, tal y como la proclaman los fascistas, sino que habrá que proponer innovaciones técnicas; habla de una “nueva objetividad”, que pasa por la transformación de los aparatos de producción si los materiales con los que se abastece dicho aparato parecen ser de naturaleza revolucionaria. Por otra parte, Benjamin describió gráficamente la transformación que debía producirse en los autores en la medida que fuesen capaces de tomar y desarrollar inteligencia colectiva, refiriéndose a escritores, fotógrafos o músicos, entre otros, capaces de crear una masa incandescente en la que se funden las formas nuevas, entendiendo que el autor como productor, al experimentar su solidaridad con el proletariado, experimenta su solidaridad con algunos productores que antes no significaban nada para él.

Lo cierto es que Benjamin imagina un nuevo escenario, en cierto modo utópico, para la forma en que se conciben las relaciones de producción de su época, que pretende alejar la producción activista del personalismo dominante hacia un espacio de creación colectiva que, sin embargo, los nuevos medios como el cine y la radio, no acaban de entender. En este sentido, afirma que “resulta, pues, decisivo el carácter modelo de la producción que, en primer lugar, instruye a otros productores en la producción y que, en segundo lugar, es capaz de poner a su disposición un aparato mejorado. Y dicho aparato será tanto mejor cuanto más consumidores lleve a la producción, en una palabra, si está en situación de hacer de los lectores o de los espectadores colaboradores”.

Las posteriores discrepancias de Adorno y Horkheimer con Benjamin, y la gran aceptación de *Dialéctica de la Ilustración* como máximo exponente de la crítica marxista a la industria de la conciencia, orillan las teorías de Benjamin, al que el propio Enzensberger considera la única excepción al hecho de que ningún marxista haya entendido esta industria de la conciencia.

En su obra *Elementos para una teoría de los medios de comunicación*, Enzensberger denuncia que los medios hayan sido una categoría vacía para la teoría marxista, lamentando “la insuficiente comprensión que los marxistas han mostrado por los medios, así como el dudoso uso que han hecho de ellos” (Enzensberger, 1974:49) creando un vacío que ha sido aprovechado por corrientes y prácticas no marxistas, que describe como apolíticas, basadas en meras intuiciones de individuos, poniendo como referente de este movimiento carente de visión social a Marshall McLuhan.

La crítica que Enzensberger hace a Marshall McLuhan tiene como punto de llegada algo a lo que Benjamin ya se había referido, mucho antes de que existiese la televisión. La

idea expresada por McLuhan de que *el medio es el mensaje* fue considerada ideológicamente estéril (Enzensberger, 1974:55) por parte de Enzensberger, por su intención de mantener a toda costa el control de los medios de producción, sin estar en situación de hacer el uso social necesario de ello, declarando que “la burguesía desea los medios como tales y para nada”. Enzensberger refiere en su crítica a McLuhan la vaciedad de las condiciones de producción en la superestructura (Enzensberger, 1974:56), frente a una estética tradicional destruida y superada por los nuevos medios electrónicos. Y propone, en este nuevo escenario de producción cultural, la construcción de una nueva estética adecuada a la nueva situación, basada en la propuesta de Benjamin.

Enzensberger rescata a Benjamin de un doble olvido; no solo el de la superestructura, sino también el de la propia infraestructura, visto desde la teoría marxista, admitiendo que Benjamin se adelantó a su tiempo, ya que la estética tradicional, conocida hasta entonces estaba saltando por el aire en base a una relación sujeto-objeto totalmente nueva. La posibilidad del encuentro entre reproducción de la obra y el individuo en determinadas situaciones particulares, actualiza lo reproducido (Enzensberger, 1974:57).

Es evidente que Enzensberger, y mucho más aún Benjamin, quedaban lejos de imaginar la velocidad a la que se produciría la información a finales de su siglo. Pero el hecho de que declarara que “lo que hasta ahora ha venido llamándose arte ha sido superado ahora, en el sentido estrictamente hegeliano, por los medios” (Enzensberger, 1974:58), anticipaba un cambio de tendencia que el marxismo no solo no identificó, sino que en ocasiones demonizó.

Por tanto, Enzensberger recoge toda la base del pensamiento benjaminiano, para identificar una nueva oportunidad de revisar la crítica marxista en relación a los medios, afirmando que “para la teoría significa esto la necesidad de un cambio radical de perspectiva. En lugar de considerar la producción de los nuevos medios desde el punto de vista de unas formas de producción ya anticuadas, debería analizar lo producido con los tradicionales medios ‘artísticos’ desde el ángulo de las actuales condiciones de producción” (Enzensberger, 1974:59).

Todo este discurso lo elaboró sin rehuir el debate sobre los riesgos que conllevaba este cambio de perspectiva, aceptando el hecho de la inexistencia de una teoría marxista de los medios, y advirtiendo que, “debido a ello, no se dispone de una estrategia útil aplicable a este campo. La inseguridad, la duda entre el miedo y la entrega, caracterizan la actitud de la izquierda socialista frente a las fuerzas productivas de la nueva industria de la conciencia” (Enzensberger, 1974:10).

Pero siendo consciente de tal limitación histórica, Enzensberger reconoció la necesidad de abordar ese cambio de perspectiva, “en un contexto histórico que posibilitaba la

participación masiva en un proceso productivo social y socializado, cuyos medios prácticos se encuentran en manos de las propias masas” (Enzensberger, 1974:10), precisamente por una revolución tecnológica todavía muy incipiente, pero que de alguna manera dejaba entrever las posibilidades transformadoras de los nuevos medios dependiendo del uso que se le diera, lo que concibió como el “poder movilizador de los medios”, pretendiendo transformar los aparatos de distribución en aparatos de comunicación (Enzensberger, 1974:13).

5.2. De lo analógico a lo digital. La tecnología en apoyo del empoderamiento comunicacional

Ya ha quedado expuesto cómo las protestas contra la Cumbre de la OMC celebrada en Seattle en noviembre de 1999 inauguraron un nuevo modelo de acción comunicativa en el mundo de los colectivos sociales. La creación de redes de colectivos de resistencia global, a partir de aquel encuentro puso en marcha un nuevo sistema de información, tanto a nivel interno, mejorando la coordinación y la amplificación del mensaje entre los agentes implicados, como a nivel externo, explorando nuevos canales de difusión que les permitiera visibilizar sus luchas y aspiraciones sin necesidad de depender de la voluntad de los grandes medios gracias a la apropiación de una serie de tecnologías, hasta el momento inaccesibles para el gran público.

Esa nueva propuesta se tradujo en algo que podríamos englobar inicialmente bajo el concepto de ‘nuevo activismo mediático’, aunque de conceptos hablaremos más adelante. En realidad el activismo mediático es algo tan antiguo como la propia historia de la lucha social, si bien en aquellos años, la aparición de un factor tecnológico inaccesible hasta entonces, como fue Internet, dotó a los movimientos sociales de una serie de herramientas con las que iban a revolucionar sus prácticas comunicativas.

La pregunta que hay que responder en este punto no es si el factor tecnológico fue decisivo para este cambio de paradigma, que evidentemente lo fue, sino si constituyó en sí mismo un cambio de paradigma. No parece existir duda en que la irrupción de Internet en las comunicaciones domésticas dotó de nuevas posibilidades comunicativas a movimientos sociales y ciudadanos, desconocidas hasta entonces, si bien, hay que tener en cuenta también, que en apoyo de aquella tecnología incipiente se desarrollaron una serie de nuevas prácticas y una nueva cultura participativa que crearon el sustento ideológico de las nuevas formas de comunicación.

Con la llegada de Internet al ámbito doméstico y su aparición en el universo de los movimientos sociales, las redes horizontales superan en cierta medida los límites materiales históricos relacionados con la tecnología disponible, que según Castells eran la principal razón de la superioridad histórica de las organizaciones verticales jerárquicas sobre estas redes horizontales. En este sentido, Castells considera que “la fuerza de las

redes radica en su flexibilidad, adaptabilidad y capacidad de autorreconfiguración”, de tal manera que “la capacidad de las redes para introducir nuevos actores y nuevos contenidos en el proceso de organización social, con relativa independencia de los centros de poder, se incrementó a lo largo del tiempo con el cambio tecnológico y más concretamente con la evolución de las tecnologías de la comunicación”, admitiendo, no obstante, que (...) “la disponibilidad de una tecnología adecuada es condición necesaria, pero no suficiente, para la transformación de la estructura social” (Castell, 2009:48).

Haciéndose eco de la teoría de William Mitchel (2003), que concibe la evolución de la tecnología de la información y de la comunicación a lo largo de la historia “como un proceso de expansión y potenciación del cuerpo y la mente humanos”, Castells afirma que este proceso “se caracteriza a principios del siglo XXI por la proliferación de aparatos portátiles que proporcionan una capacidad informática y de comunicación ubicua sin cables, lo que (...) permite que las unidades sociales (individuos u organizaciones) interactúen en cualquier momento, desde cualquier lugar, dependiendo de una infraestructura de apoyo que administra los recursos materiales en una red distribuida de información”. Resalta Castells, en este sentido, “el papel fundamental de la tecnología dentro del proceso de transformación social, especialmente cuando consideramos la principal tecnología de nuestro tiempo, la tecnología de la comunicación, que se relaciona con la esencia de la especificidad de la especie humana: la comunicación consciente y significativa” (Castells, 2009:50).

Pero más allá del factor tecnológico, es importante saber qué ocurrió para que se produjera tal cambio en los modelos de acción comunicativa en los diferentes entornos del activismo a nivel internacional. Uno de los elementos que mayor impacto tuvo fue la desterritorialización de los procesos de acción comunicativa. La *Declaración de Independencia del Ciberespacio* lanzada por Barlow (1996) sacó el concepto de las novelas de ciencia ficción para ubicarlo en la realidad de los movimientos sociales y abrir “nuevos horizontes políticos a través del establecimiento de nuevas relaciones de poder en la esfera tecnológica y comunicativa” (Barandiaran, 2003:1). Para Barandiaran, el ciberespacio, “compuesto por códigos, lenguajes, espectáculos, signos y procesos comunicativos, potenciado por tecnologías que automatizan y conectan, amplifican y miniaturizan (...) se convierte en territorio político, económico y social; de conquista, venta y construcción”. La realizabilidad física, junto con su introducción en el imaginario colectivo, fueron claves para que este nuevo escenario fuera posible, a juicio de Barandiarán.

Por su parte, Romanos y Sádaba (2016:25) analizan la construcción del marco tecnófilo en los movimientos sociales, afirmando que “la relación de estos con la tecnología ha oscilado entre un rechazo frontal inicial (asumiendo que la tecnología no era sino una extensión de las instituciones del poder, el estado o el mercado) hasta una posterior

apropiación estratégica e instrumental (optando por la construcción de herramientas alternativas propias)", si bien a lo largo del siglo XX (...) "la tecnología fue percibida mayoritariamente como un ente extraño y externo a los propios movimientos, el resultado del modelo socioeconómico dominante e incluso un instrumento de opresión y explotación". A pesar de ello, describen un cambio de tendencia y de actitud de gran parte de los movimientos sociales hacia las tecnologías, habiéndose generado "una predisposición favorable de los movimientos políticos hacia el mundo digital y hacia el terreno comunicativo". Romanos y Sádaba realizan un recorrido sobre cómo ciertos autores de la literatura científica denominan estos procesos, destacando entre otras las ideas de *vida cívica online* (Bennett, 2007), o *internet politics* (Chadwick, 2006). Afirman que "se ha desarrollado mucha investigación sobre el impacto de la *computer mediated communication* (CMC) en la formación de cohesión, solidaridad, identidad colectiva y mayor efectividad de la acción colectiva", a partir de la afirmación de Diani (2000), que proponía al inicio del presente siglo que en muchos casos, se pueda hablar ya de "la parte virtual y la parte real de los movimientos sociales, o de sus redes virtuales y redes reales, aunque no siempre se ha descrito adecuadamente la manera en que ciertos cambios en los marcos interpretativos de los movimientos sociales han permitido la apropiación efectiva de dichos recursos tecnológicos".

Treré y Barranquero (2013:30) ponen de manifiesto las dos corrientes que a lo largo de la historia del pensamiento "han intentado dar cuenta de los procesos de sublimación y mitificación asociados a la técnica y, en particular, a las tecnologías de la información". Citando a Mitcham (1989), rescatan una interesante genealogía en torno a las "dos grandes aproximaciones teóricas a la técnica que han coexistido desde los orígenes de la Modernidad: la primera tradición, de carácter 'ingenieril' y eminentemente 'explicativa', no se caracterizó por su cuestionamiento de la tecnología, sino por poner el acento en su estructura interna y su naturaleza independiente con respecto al ser humano", situando en este espectro (...) "a las teorías difusionistas o las de los 'medios como extensiones' del ser humano, en la línea de Marshall McLuhan y sus continuadores"; la segunda, (...) "una filosofía de carácter 'humanista', que incide en la relación dialéctica entre tecnología y sociedad, y que intenta ofrecer una comprensión hermenéutica y antropológica de la técnica como un elemento más de la cultura, refiriendo como alguno de sus precursores a Ortega y Gasset".

Junto a estas dos tendencias, estos autores afirman que "en la actualidad, estaríamos asistiendo a la que es, tal vez, una nueva etapa en la reflexión tecnológica en la que destacan preocupaciones éticas propias de la segunda mitad del siglo XX como la cuestión ambiental o el impacto de las nuevas tecnologías informacionales en las sociedades postindustriales". Citando a diferentes autores, afirman que esta visión introduce en el debate social y científico elementos como "los condicionantes políticos y económicos que atañen a la producción, distribución o consumo tecnológicos" (Mosco, 2011; McChesney, 2013), o "el hecho de que los artefactos tecnológicos tienen 'cualidades

políticas', puesto que encarnan ciertas formas de poder y autoridad específicas" (Winner, 2008).

La evolución que han experimentado los movimientos sociales, que han pasado de resistirse a las tecnologías a construir sobre las tecnologías, permite hoy en día que "las tecnologías digitales formen una suerte de ecosistema donde los movimientos sociales se sienten cómodos", de manera que (...) "han surgido movimientos centrados en objetos tecnológicos (el software libre) o movimientos muy dependientes e impensables sin la tecnología (antiglobalización, 15M, primavera árabe, Occupy Wall Street, etc.)", según Romanos y Sádaba (2015:27). Esto ha provocado que la tecnología se perciba "como un recurso necesario y básico dada la mediatización general del mundo social, (...) como una herramienta básica para coordinarse, visibilizarse, conectar grupos y construir identidades debido a su bajo coste e inmediatez, el surgimiento de audiencias mundiales, la no dependencia de la geografía y el anonimato estratégico". Citando a Van Laer y Van Aelst (2010) sostienen que "la tecnología constituye una oportunidad", y afirman, utilizando palabras de Carpentier (2011) que "los nuevos marcos tecnófilos han interpretado lo técnico como una herramienta útil, apropiable, configurable y de alto poder transformador".

5.3. El fin de la modernidad como escenario social de fin de siglo: Respuestas y organización colectiva

Marí (2004a:14), citando a Bauman, refiere la era postpanóptica, en la que "el poder se puede mover hoy a la velocidad de la señal electrónica", evitando así sus aspectos más irritantes, que en otras épocas le obligaban a anclarse en los espacios de los lugares para el ejercicio de su dominio. Así, la red constituye también un nuevo entorno que, continuando con Marí, "los movimientos sociales tenían que liberar, ocupar y gobernar".

Lo cierto (y paradójico) es que este cambio de paradigma se desarrolla en el contexto social que Bauman, al que se refiere Marí, identifica como "modernidad líquida", un escenario cambiante, incierto, dominado por los constantes cambios sociales y tecnológicos de final de siglo, con una sociedad fragmentada en sus utopías y en sus luchas. Esa modernidad líquida está influida por el desarrollo tecnológico, indudablemente, pero sobre todo por abandonar el tradicionalismo, y convertirse en auto-referencial, donde el espacio público va perdiendo terreno en favor del individualismo, de tal manera que "el fin del panóptico augura el fin de la era del compromiso mutuo: entre supervisores y supervisados, trabajo y capital, líderes y seguidores, ejércitos en guerra. La principal técnica de poder es ahora la huida, el escurrimiento, la elisión, la capacidad de evitar, el rechazo concreto de cualquier confinamiento territorial y de sus engorrosos corolarios de construcción y mantenimiento de un orden, de la responsabilidad

por sus consecuencias y de la necesidad de afrontar sus costos" (Bauman, 2015 [2003]:16).

Evitaré entrar en disquisiciones sobre si debemos llamar a este fenómeno "postmodernidad", "modernidad tardía", "modernidad reflexiva", "hipermodernidad" o "sobremodernidad", como sugieren algunos autores, algunas de cuyas visiones resume Palazzi (2015:59); más allá del concepto analizaré algunos elementos dibujados por diferentes autores, que permitan aproximarnos al modelo de sociedad de estos últimos veinte años. Beck habla del paso de la "primera modernidad" a una "segunda modernidad" "aún borrosa borrosa, definida por las crisis ecológicas y económicas globales, las crecientes desigualdades transnacionales, la individualización, la precariedad del trabajo retribuido y los desafíos de la globalización cultural, política y militar sirve al objetivo de vencer el 'reflejo proteccionista' que después del derrumbamiento del orden mundial bipolar paraliza intelectual y políticamente a Europa" (Beck, 2004:20).

Esa modernidad líquida que conceptualiza Bauman, caracterizada por el individualismo desde una perspectiva sociológica (Palazzi, 2015:67), se desarrolla en la sociedad en red, cuyo máximo exponente es Manuel Castells (1997a), donde las relaciones, sin embargo, se vuelven horizontales. En este escenario de modernidad líquida, Bauman identifica un sujeto bastante característico, el consumidor, y un entorno social, la masificación, en el que el individualismo encuentra su mejor hábitat. Ese consumidor de final de siglo somete a una prueba de estrés a todas las teorías clásicas del marxismo basada en la lucha de clases, entre otras cosas porque este nuevo período, con sus nuevos personajes y entornos, conllevan una inevitable pérdida de identidad, en un contexto caracterizado por el pensamiento único, que se define como "la traducción a términos ideológicos de pretensión universal de los intereses de un conjunto de fuerzas económicas, en especial, las del capital internacional" (Ramonet, 2007:55). Este pensamiento único viene determinado por una serie de elementos que configuran en cierto modo las sociedades contemporáneas: "el mercado, cuya mano invisible corrige las asperezas y disfunciones del capitalismo y muy especialmente los mercados financieros cuyos signos orientan y determinan el movimiento general de la economía; la competencia y la competitividad que estimulan y dinamizan a las empresas, llevándolas a una permanente y benéfica modernización; el libre intercambio sin límites, factor de desarrollo ininterrumpido del comercio y por consiguiente de la sociedad; la mundialización, tanto de la producción manufacturera como de los flujos financieros; la división internacional del trabajo que modera las reivindicaciones sindicales y abarata los costes salariales; la moneda fuerte, factor de estabilización, la desreglamentación, la privatización, la liberalización, etc.", todo ello en un escenario de (...) "cada vez menos Estado, (...) con un arbitraje constante en favor de los ingresos del capital en detrimento de los del trabajo y una indiferencia con respecto al costo ecológico" (Ramonet, 2007:60).

Junto a la idea de modernidad líquida es interesante explorar la idea que propone Marc Augé (2007) de “sobremodernidad” en el contexto de una planetarización irreversible que convive con reivindicaciones de identidad local, en formas y a escalas muy diferentes unas de otras, lo que nos permite creer que “el mundo no está definitivamente bajo el signo de la uniformidad y a la vez inquietarnos ante los desórdenes y las violencias que genera la locura identitaria”. Augé defiende que la modernidad en términos de desencanto puede definirse por una sustitución de los mitos del pasado (sistemas de creencias que buscan el sentido del presente en la sociedad en su pasado, en su entorno) por los mitos del futuro, concebidos como utopías sociales que traen del porvenir (la sociedad sin clase, un futuro prometedor) el sentido del presente. El desencanto al que se refiere Augé se produce por la descomposición de la idea de progreso a partir de la segunda mitad del siglo XX, y se manifiesta en tres versiones:

- Una primera, constata que los mitos del futuro también eran ilusiones, como “consecuencia del fracaso político, económico y moral de los países comunistas”, (...) lo que “autoriza una lectura retrospectiva y pesimista de la historia del siglo y desacredita a las teorías que pretenden extrapolar el futuro”.
- Una segunda versión, más triunfalista, se alinearía con la idea de la “aldea global” de McLuhan (1993) traducida según Augé en términos políticos a la idea de “el fin de la historia” de Fukuyama (2015). Esta aldea global se representa “atravesada por una misma red económica en donde se habla el mismo idioma, el inglés, y dentro de la cual la gente se comunica fácilmente gracias al desarrollo de la tecnología”, mientras que el fin de la historia llega en el momento en que “se produce un acuerdo general en cuanto a la fórmula que asocia la economía de mercado y la democracia representativa para un mayor bienestar de la humanidad”.

Augé plantea que en lugar de encontrarnos frente al fin de la modernidad, probablemente estemos ante un exceso de modernidad, reflexión desde la que construye el concepto de sobremodernidad, con el que intenta pensar conjuntamente dos términos paradójicos: *uniformización* y *particularismos*. De esta manera, considera que la sobremodernidad es signo de la lógica del exceso, que se traduce en tres dimensiones: el exceso de información, el exceso de imágenes y el exceso de individualismo, estrechamente ligados entre ellos, y analiza estos cambios desde tres movimientos que son perfectamente aplicables a los movimientos sociales de fin del siglo XX y principio del XXI: por un lado el paso de la modernidad a la sobremodernidad, desde el punto de vista temporal; el paso de los lugares a los no-lugares, desde el punto de vista espacial; y el paso de lo real a lo virtual desde el punto de vista de la imagen. Su aportación de sobremodernidad ayuda a pensar conjuntamente la coexistencia de las corrientes de

uniformización y de los particularismos, de manera que la sobremodernidad es signo de la lógica del exceso de información, de imágenes y de individualismo.

Para Augé, la superabundancia de información se regula mediante nuestra capacidad de olvidar, a pesar de que “nos da la sensación de que la historia se acelera” y nos refuerza cada día el sentimiento de estar dentro de la historia, lo que refuerza el hecho de que “no sabemos bien donde vamos, pero vamos cada vez más rápido”, y la “aparición del ciberespacio marca la prioridad del tiempo sobre el espacio, en un mundo determinado por la inmediatez y lo instantáneo”.

Todo esto, que se vino a llamar globalización, sin embargo provocó reacciones interesantes en el mundo de los movimientos de protesta, que al identificar a su enemigo, desde distintos puntos de vista, entendieron que era el mismo. La tecnología estaba allí para ayudar a la causa, pero en la transición del capitalismo al neoliberalismo, el proceso de renovación de los movimientos sociales fue, fundamentalmente, sociológico.

Augé, de la misma manera que lo hace Bauman en su propuesta de modernidad líquida, fundamenta la sobremodernidad en la existencia de una individualización pasiva, “de consumidores, cuya aparición tiene que ver sin ninguna duda con el desarrollo de los medios de comunicación”. Resulta importante también la idea de no-lugares, que en contraposición a los lugares (desde un punto de vista antropológico) es un espacio donde no se pueden leer la identidad, la relación y la historia. Estos no-lugares tienen una relación directa con el individualismo que ayuda a dar forma al concepto de sobremodernidad.

El tercer elemento que analiza Augé es el paso de lo real a lo virtual, especialmente en lo que al uso de imágenes se refiere, que constituye un factor de igualación de acontecimientos y de personas y hace incierta la distinción entre lo real y la ficción.

Otros autores como Beck y Melucci, citados por Gerbaudo (2012:29), analizan la individualidad en la sociedad postindustrial y sus consecuencias en los movimientos sociales del cambio de siglo. Beck (1992:137) afirma que “privados de fuertes identificaciones colectivas, los individuos se ven obligados a buscar soluciones biográficas a las contradicciones sistémicas”. Melucci (1996:91) considera que estas sociedades están experimentando un proceso de reestructuración en el que “los individuos se convierten en las “unidades fundamentales del sistema social”.

Serrano (2013:15) traslada al ámbito de la comunicación social muchas de estas ideas planteadas hasta ahora en lo que denomina la *comunicación jibarizada*. Este autor sostiene que la brevedad y la simplicidad se han instalado en el intelecto moderno y se diría que no dejan lugar al razonamiento complejo y elaborado. El mundo de los microrrelatos, el SMS, Youtube, los chats, el microblogging twitter, la cultura del zapping,

o el pensamiento powerpoint han configurado una nueva forma de comunicar, nos exponen a un modelo de comunicación basado en la inmediatez y en la instantaneidad. Y no es un fenómeno achacable a los medios de masas, exclusivamente, sino que es un tren al que, en lo bueno y en lo malo, se han subido los movimientos en sus prácticas de acción comunicativa. El propio Serrano pone de manifiesto, a modo de paradoja, que el folleto *Indignaos*, considerado el desencadenante del movimiento de indignación, no necesite más de una treintena de páginas para argumentar tal movilización, o que el premio Ortega y Gasset de Periodismo 2012 fuese para la periodista Carmela Ríos por su seguimiento del 15M a través de Twitter.

Su análisis de cómo funciona actualmente Internet, los mecanismos de Google para seleccionar y posicionar contenidos y las herramientas que permiten el uso atemporal y desterritorializado de los contenidos informativos como el streaming y el podcasting representan nuestros comportamientos sociales actuales. Serrano (2013:35 y ss) describe un mundo dominado por la dispersión de las ideas, provocado en cierto modo por el “surfeo informativo” y la “obsesión por la información constante”, en el que el poder de la imagen sustituye al texto en un mundo rodeado de pantallas, lo que algunos expertos han venido a llamar el efecto CNN. El valor de la imagen se traduce en un modelo de comunicación espectacularizada que coloniza el tiempo de ocio mediante la cultura-basura y formatos de comunicación superficiales y triviales, desarrollando relaciones sociales virtuales huera.

Esto, a juicio del autor, ha provocado un modelo de información dominante basada “en el ritmo trepidante, la inmediatez y la falta de seguimiento, en detrimento de valores como rigor, contraste o profundidad”, que genera (...) “un modelo de pensamiento breve e inmediato incompatible con el conocimiento adecuado del contexto en el que se desarrollan los acontecimientos y de los antecedentes imprescindibles para comprender lo sucedido” (Serrano, 2013:69).

Sin intención de generalizar, podemos afirmar que estas prácticas nos han convertido en consumidores de información con prácticas y usos, que Serrano (2013:73) equipara al movimiento de la abeja “que se para unos instantes en cada flor antes de pasar a la siguiente”; de esta manera (...), “la brevedad de los contenidos va unida a la necesidad de estímulos simultáneos” (...), “algo que explica el éxito de comunicaciones como Whatsapp”.

Serrano analiza otra serie de factores en su análisis que ayuda a conformar este modelo de comunicación jibarizada: por un lado, “la fragmentación informativa, basada en una dispersión de pantallas y dispositivos” que generan cada vez más ruido que invitan poco a la profundización y al análisis crítico, promoviendo una cultura del “re-Enviar sin leer”; de otra parte, un escenario de saturación informativa en el que “el

individuo moderno es incapaz de procesar toda la avalancha de información que le llega con las nuevas tecnologías” (Serrano, 2013:89).

En este contexto social, las prácticas contrahegemónicas de los movimientos sociales no solo plantean cambiar las decisiones de las instituciones, sino también la forma de pensar de las masas acríticas, colonizadas por las ideologías del consumo. Este es un territorio de evidentes contradicciones; la sociedad descrita por Bauman y Augé está también constituida por activistas que mantienen un conflicto ético permanente.

Buscando la conexión de este individualismo que caracteriza la sociedad actual con los movimientos sociales, Gerbaudo deja constancia de que “los fenómenos identificados por términos como ‘enjambre’ y ‘red’ pueden considerarse, desde una perspectiva crítica, como resultado de una experiencia de individualización, perfectamente encarnada por el tipo de interacciones que se generan a través de las redes sociales”, reconociendo en este sentido que (...) “es evidente que esta tendencia hacia la individualización crea obstáculos para el desarrollo de la acción colectiva”. De esta manera, afirma que (...) “tradicionalmente, los teóricos de los movimientos sociales han comprobado la existencia de una fuerte identidad y un sentido de solidaridad colectiva como precondiciones cruciales para la acción colectiva”, mientras que (...) “en la sociedad contemporánea, las identidades colectivas fuertes aparecen como la excepción más que como la norma, y las redes sociales están dominadas por ‘lazos débiles’ en lugar de fuertes” (Gerbaudo, 2012:29).

Refiriéndose a las recientes prácticas de lo que en esta tesis llamamos el “movimiento de indignación”, este autor pone de manifiesto que “a este nivel existe una profunda contradicción entre las relaciones espaciales intrínsecas de las dos prácticas que se han convertido en marcas de la cultura de protesta contemporánea: los medios de comunicación social y los campos de protesta. Las redes sociales como Twitter y Facebook son medios que facilitan las conexiones interpersonales en la distancia y (...) se muestran como un perfecto reflejo de la condición de la individualización de las sociedades contemporáneas, permitiéndonos tratar con los demás sin tener que comprometerse plenamente con ellos”. Pero (...) “desde una perspectiva espacial, la experiencia del campo de protesta, con su densidad de cuerpos en estrecha proximidad física, aparece como precisamente lo opuesto al tipo de ‘proximidad virtual’ facilitada por las redes sociales de manera que (...) “los campamentos de protesta son lugares de un intenso comunitarismo, como se ve en el contexto de las asambleas, y la experiencia cotidiana de comer colectivamente, dormir, limpiar y defender el espacio, lo que a primera vista parece tener poco en común con la experiencia generada por las redes sociales” (Gerbaudo, 2012:12).

Con respecto a los movimientos sociales, la crisis de la modernidad y el paso de la sociedad industrial a la postindustrial constituyen el germen del movimiento antiglobalización. Debido a que “las fuerzas de la innovación y de la organización social se desplazan de la fábrica hacia la sociedad, de la producción hacia el consumo, de la fabricación hacia el mercado”, es por lo que (...) “la separación rígida entre rol y persona, entre utilidad y sentimiento, entre economía y cultura, se vuelve disfuncional, hasta el grado de que los individuos y los grupos tratan intensamente y de manera más o menos contradictoria de recomponer las esferas separadas de la existencia” (Ceri, 2010:54). Así, según este autor, el paso de un milenio a otro, viene revestido de perspectivas que renuevan la terminología para describir el comportamiento social. El progreso, fundamento del cambio que se experimenta, “viene a ser sinónimo de conocimiento e información”. La ciencia lo abarca todo en un mundo dominado por lo que Galbraith denominó *tecnoestructura*, “esa red de grandes corporaciones modernas basadas en la innovación, el control de conocimientos y la gerencia técnica de los asuntos” (Galbraith, 2007 [1967]:87 y ss).

Por su parte, Sánchez Jiménez (2003:368), habla de “sociedad programada” recurriendo a Touraine (1969), “en la que se conjugan como en ninguna otra ocasión el avance la investigación científica en todos sus frentes, particularmente en los campos de la biotecnología, las fuentes energéticas y las telecomunicaciones”, que buscan (...) “el desarrollo exponencial de los conocimientos disponibles y a la reducción del tiempo necesario para transformar el conocimiento básico en aplicación tecnológica”.

Describe una sociedad especializada basada en “un orden económico dominado por la búsqueda y conquista de la prosperidad y la eficacia, un sistema de relaciones sociales dirigido por el principio de autorrealización y comunicación humanas y unas estructuras jerárquico-burocráticas que incentiven productividad, control, mejores mercados y un bienestar creciente y de mejor calidad”; y se exige, por necesidad, “tanto la constitución de un orden político (...), como un nuevo orden cultural, más volcado en la autoafirmación y realización personales que en los ‘viejos’ principios del crecimiento económico y el progreso social” (Sánchez Jiménez, 2003:371).

En este dibujo que hace Sánchez, esta nueva sociedad no encuentra los conflictos sociales en la vieja lucha entre empresa y sindicato en torno al poder social, porque en la sociedad postindustrial, que es consiguientemente una sociedad dominada, o dirigida, los tecnócratas, al servicio de ambos poderes, “han programado”, conforme a supuestos económicos y políticos, los modos de producción y de organización económica.

5.4. La esfera pública: Significados y evolución

5.4.1. Esfera pública, democracia y comunicación

El concepto de esfera pública es uno de los más relacionados con los diferentes modelos de acción comunicativa de los movimientos de protesta, dado que la irrupción de las nuevas tecnologías modifica la fronteras culturales que hasta entonces determinaban los límites de lo que tradicionalmente se entendió como tal.

164

El concepto de esfera pública ha intentado ser descifrado, incluso mucho antes de que Habermas publicara *The structural transformation of the public sphere*, aunque fue el filósofo alemán el que centró gran parte de su obra en construirlo y reconstruirlo. También han sido muchos los críticos que han avanzado y revisado sus tesis iniciales, dando importancia a una cuestión fundamental para entender cómo funciona la sociedad, la democracia y la comunicación de los diferentes agentes sociales en un fin de siglo. Escaparía a los fines de esta tesis hacer un estudio minucioso del concepto de esfera pública, incluso solo en aquello que tenga que ver con los modelos de acción comunicativa, sobre los que el propio Habermas trabajó en profundidad, si bien consideramos importante poner de manifiesto la influencia que las nuevas prácticas activistas de los movimientos sociales han ejercido sobre el concepto de esfera pública.

Propongo partir de unas palabras con las que Nancy Fraser (1997:97) resume la idea de Habermas sobre esfera pública: “Designa el foro de las sociedades modernas donde se lleva a cabo la participación política a través del habla. Es el espacio en el que los ciudadanos deliberan sobre sus problemas comunes, por lo tanto, un espacio institucionalizado de interacción discursiva. Este espacio es conceptualmente distinto del Estado; es un lugar para la producción y circulación de discursos que, en principio, pueden ser críticos frente al Estado. La esfera pública en el sentido habermasiano es también conceptualmente distinta de la economía oficial; no es un espacio para las relaciones de mercado sino más bien para las relaciones discursivas, es un foro para debatir y deliberar más que para comprar y vender. Por lo tanto, este concepto de la esfera pública nos permite mantener presentes las distinciones entre los aparatos de Estado, los mercados económicos y las asociaciones democráticas, distinciones esenciales para una teoría democrática”.

Nancy Fraser reivindicó en esta misma obra la importancia del concepto de esfera pública para “entender los límites del capitalismo tardío”, si bien defendió “la necesidad de someterlo a una interrogación crítica”. Lo cierto es que el concepto tiene un antes y un después: un momento en el que la burguesía llena de contenido el concepto de esfera pública, y otro posterior en el que la burguesía pierde fuerza frente al modelo liberal, que más tarde tendrá como protagonista principal a los Estados de carácter social, o lo que Habermas define como el *Estado benefactor*.

Otros autores, como Velasco, recogiendo el pensamiento de Habermas, afirma que “lo más característico de nuestras sociedades es la casi práctica desaparición de la esfera pública: ha quedado absorbida, por un lado, por el Estado, hasta el punto de que lo público termina por confundirse con lo estatal, y, por otro, por lo privado de tal modo que bajo este rótulo se incluye sin más todo aquello que no encaja en la órbita público-estatal”. Esta polarización se representa actualmente en el hecho de que “el poder estatal —incluso en las sociedades democráticas— se muestra a menudo más interesado en escrutar el estado de la opinión pública por medio de técnicas demoscópicas que en fomentar (o, al menos, permitir) su libre formación. En ese contexto, las elecciones periódicas no significan más que un acto de aclamación en el marco de una esfera pública temporalmente organizada para el espectáculo o la manipulación” (Velasco, 2003:104).

Desde un punto de vista formal, en palabras de Velasco, Habermas defiende que “el parlamento, que encarna el poder legislativo ordinario en cuanto órgano que representa la voluntad popular en los sistemas constitucionales es, desde el punto de vista de su propia comprensión normativa, la caja de resonancia más reputada de lo que acontece en la esfera pública”, si bien, (...) “la formación de la voluntad política se encuentra en los procesos no institucionalizados, en las tramas asociativas multiformes (partidos políticos, sindicatos, iglesias, foros de discusión, asociaciones de vecinos, organizaciones no gubernamentales, etc.) que conforman la sociedad civil”. La actual configuración de la sociedad en un sistema de relaciones en red facilita la creación de espacios para esa formación de la voluntad política, dado que “es en esa red de redes donde se formulan las necesidades, se elaboran las propuestas políticas concretas y desde donde se controla la realización efectiva de los principios y reglas constitucionales. No obstante, en la práctica actual de las democracias, los partidos políticos —con estructuras burocratizadas y férreamente controladas por sus cúpulas dirigentes— han monopolizado estas funciones, negando a la ciudadanía la oportunidad de definir la oferta electoral y el control del cumplimiento de los programas. Aquí estaría una de las mayores discrepancias entre la promesa contenida en las normas constitucionales y su plasmación concreta” (Velasco, 2003:109).

Tras el desmoronamiento del bloque soviético, aparentemente solo el modelo democrático-liberal se presenta como hegemónico en palabras de Fukuyama (2015), si bien Habermas, citado por Velasco, propone tres modelos de democracia (liberal, republicana y deliberativa), con el objetivo de poner de manifiesto que “son los propios individuos quienes han de poder determinar las normas que regulen la convivencia social”.

En este tercer estadio del concepto de esfera pública, caracterizado por Habermas, en la revisión que hace del concepto de “democracia deliberativa” (...), considera necesaria para su desarrollo “una esfera pública que estaría configurada por aquellos espacios de espontaneidad social libres de interferencias estatales, así como de las regulaciones

del mercado y de los poderosos medios de comunicación". En dichos espacios (...) "surgiría la opinión pública en su fase informal, las organizaciones cívicas y, en general, todo aquello que desde fuera influye, evalúa y critica la actividad política, y (...) la vigencia de la política deliberativa dependería de la robustez que posea la sociedad civil, así como de su capacidad para llevar a cabo la problematización y el procesamiento público de todos los asuntos que afectan a la sociedad y a sus ciudadanos", a lo que añade que (...) "la energía procedente de los procesos comunicativos requiere de conducciones que eviten pérdidas y favorezcan una eficaz transmisión a todos los sectores sociales". Habermas, considera al respecto que "para ello se necesita que los ciudadanos se responsabilicen de su propio destino en común y que reflexionen acerca de la sociedad y de sus condiciones, al margen de coacciones que puedan ser impuestas por parte de un poder superior" (Velasco, 2003:113).

A Habermas también recurre Dahlgren (2005:148) para puntualizar que "el término 'esfera pública' se usa frecuentemente en forma singular, pero el realismo sociológico apunta al plural. En las sociedades modernas tardías de gran escala y diferenciadas, sobre todo en el contexto de los estados-nación impregnados por la globalización, debemos entender que la esfera pública constituye muchos espacios diferentes". Para Dahlgren, "la esfera pública tiene tres dimensiones constitutivas: las estructuras, la representación y la interacción", que desgrana de la siguiente manera:

- La dimensión estructural tiene que ver con "las características institucionales formales, (...) lo que incluye las organizaciones de medios, su economía política, la propiedad, el control, la regulación y las cuestiones de su financiación, así como los marcos legales que definen las libertades y las restricciones de la comunicación". Esta dimensión (...) "dirige así nuestra atención a cuestiones democráticas clásicas como la libertad de expresión, el acceso y la dinámica de inclusión/exclusión". Pero Dahlgren especifica que (...) "más allá de la propia organización de los medios, la dimensión estructural apunta también a las instituciones políticas de la sociedad, que sirven como una especie de 'ecología política' de los medios de comunicación y establecen límites para la naturaleza de la información y formas de expresión que circulan". En relación a internet (...) "la dimensión estructural dirige nuestra atención a la forma en que los espacios comunicativos relevantes para la democracia están ampliamente configurados", lo que tiene que ver (...) "con la forma en que la cibergeografía está organizada en términos de características jurídicas, sociales, económicas, culturales, técnicas e incluso arquitectónicas en la Web".
- La dimensión representacional "se refiere a la producción de los medios de comunicación, los medios de comunicación de masas así como los 'minimedia'

que se dirigen a pequeños grupos específicos a través, por ejemplo, de boletines informativos o materiales de promoción de campañas". Apunta el autor a que "dada la creciente 'masificación' de la comunicación en Internet, la representación también se vuelve muy relevante para los contextos 'on line' de la esfera pública. En esta dimensión, se pueden plantear todas las preguntas sobre la producción de medios para la comunicación política, incluyendo la imparcialidad, la exactitud, la integridad, el pluralismo de puntos de vista, el establecimiento de la agenda, las tendencias ideológicas, etc".

- La dimensión interaccional tiene dos aspectos: uno, que "tiene que ver con los encuentros de los ciudadanos con los medios de comunicación"; y otro, "la relación que se da entre los propios ciudadanos, que puede incluir cualquier cosa, desde conversaciones de dos personas hasta grandes reuniones". El escenario de esta dimensión es la vida cotidiana, y "tiene sus sus prácticas discursivas y sus aspectos psicoculturales".

Esta revisión crítica del concepto de esfera pública (al igual que el de modernidad líquida), relativiza el sentido de pertenencia y de lucha de clases tradicional y modifica la fisonomía de una sociedad que ocupa espacios de protesta lejos de organizaciones jerarquizadas y estructuradas, como hasta entonces lo venía haciendo, y en la que el pensamiento marxista ya no canaliza de forma exclusiva a los grupos que surgen en el entorno de los movimientos de protesta a final de siglo. La disidencia, que hasta entonces había estado organizada en torno a una idea clásica de socialismo, se atomiza en cientos de espacios de lucha que en la mayoría de los casos participan de una ideología común, pero abandonan el paraguas de la militancia partidista para reforzar la idea de sociedad civil.

La evolución experimentada permite que la esfera pública deje de ser un espacio exclusivamente burgués e intelectual y pase a constituir un elemento de dinamización activista. Ecologismos, feminismos, antimilitarismo, y otros movimientos transversales reprograman el funcionamiento de una sociedad civil cuyos objetivos no dejan de ser políticos, y en el fondo se ubican ideológicamente en la izquierda del pensamiento, pero que experimentan un proceso de búsqueda de identidad en el que pretenden situarse como actores protagonistas al lado de gobiernos, partidos políticos, sindicatos, y medios de comunicación.

Ibarra (2005:309) establece un paralelismo entre esfera pública y governance, en referencia al nuevo modelo emergente de procesos de gobierno y elaboración de políticas, que (...) "a diferencia de los modelos de gobierno tradicionales, jerárquicos, rígidos y excluyentes, implica un nuevo escenario, un nuevo espacio de producción de la polí-

tica, (...) constituido por redes horizontales complejas conformadas por actores institucionales, políticos, económicos y sociales, configurados así mismo a múltiples y transversales niveles territoriales, (...) apareciendo muy especialmente como respuesta a nuevas temáticas sociales”.

En este cambio de las jerarquías a las redes Castells criticó de Habermas su teorización sobre la democracia, ya que de hecho fue una situación idealizada que nunca sobrevivió a la penetración del capitalismo de Estado, si bien la reconoce como útil en su construcción intelectual. ¿Qué ha cambiado desde la idea de democracia deliberativa a partir de la cual Habermas construyó su concepto de esfera pública, a la de sociedad red, con la que Castells revisó las aristas del término?

Probablemente, uno de los factores de mayor impacto ha sido el efecto del neoliberalismo y de la economía de mercado en el aumento de las desigualdades y la pérdida paulatina de derechos sociales y civiles en pro de la seguridad de los ciudadanos, cuya garantía se atribuían los estados en las sociedades occidentales, así como el despertar reivindicativo de países de África y América Latina en su segunda descolonización. La década de los setenta y los ochenta, en palabra de Vergara (2005:209 y ss) está llena de críticas al modelo de *democracia elitista competitiva* defendido por Schumpeter (1952), para quien “la democracia era solo un medio, un procedimiento para elegir gobiernos y legitimar sus decisiones” y (...) ve crecer con fuerza la idea de un modelo de *democracia participativa* defendida por Held (1991). Carole Pateman (1970), una de las primeras defensoras de la idea de democracia participativa, Peter Bachrach (1967) y otros autores como MacPherson (1981) y Dahl (1985), desde una perspectiva más liberal y Poulantzas (1979), con una visión más socialista, dinamizan un concepto nuevo incluso para el tradicional pensamiento marxista.

En este escenario, Habermas escribe en 1988 su *Teoría de la acción comunicativa* (2010), en la que pone en cuestión la existencia de un conocimiento científico-técnico en la toma de decisiones de carácter político que pudiera permitiera excluir la participación ciudadana, basándose en su idea de la inexistencia de verdades irrefutables, espacio en el que choca con muchos clásicos del marxismo.

En el recorrido que Habermas hace sobre el concepto de democracia participativa, pone en evidencia algo que ya existía, aunque fuera de un modo incipiente: la importancia creciente de los movimientos sociales, a los que denomina grupos autoorganizados, “que convierten en temas sociales lo que inicialmente eran cuestiones particulares” (Vergara, 2005:218). En esta línea abunda Pecourt, que considera, citando a Nancy Fraser, que “existen esferas públicas alternativas que se definen por su relación de conflicto con la esfera pública”. En estas esferas públicas alternativas, los participantes “son personas que, por razones diversas (género, etnia, orientación sexual), no tie-

nen acceso a la esfera pública mayoritaria y por ello no tienen más remedio que organizar sus propios espacios de encuentro y discusión. Dada su posición periférica y subordinada, Fraser los denomina ‘contrapúblicos subalternos’. Las propuestas que surgen en estos espacios tienden a contradecir los discursos elaborados en la esfera pública, se articulan de acuerdo a protocolos de comunicación y puntos de vista muy diferentes” (Pecourt, 2015:79).

En este sentido hay autores que recientemente hablan de esfera pública central, dominada por los medios convencionales, y de esfera pública periférica de los medios alternativos como Sampedro y López (2005:86), que en su día analizaron el comportamiento de las audiencias, los consumos mediáticos y los usos telemáticos durante los días siguientes al atentado del 11M en Madrid.

5.4.2. Esfera central, esferas periféricas y esfera virtual

Nancy Fraser, crítica en su obra *Iustitia interrupta*, no solo la idealización que Habermas realiza de la esfera pública burguesa, sino el hecho de que “deja de examinar otras esferas públicas no liberales, no burguesas que compiten con ella” (Fraser, 1997:103). Esta autora habla de “públicos múltiples y de relaciones interpúblicos”, defendiendo que, “en las sociedades estratificadas, los acuerdos que incluyen la confrontación entre una pluralidad de públicos en competencia, promueven mejor el ideal de la paridad en la participación que un público único, comprensivo y abarcante. (...) No es posible aislar espacios discursivos especiales de los efectos de las desigualdades sociales, y que allí donde persiste la desigualdad social, los procesos deliberantes en las esferas públicas tenderán a operar en favor de los grupos dominantes y en desventaja de los subordinados. Ahora, quiero agregar que estos efectos se verán exacerbados si hay una esfera pública única y comprensiva. En tal caso, los miembros de los grupos subordinados no tendrían espacios para deliberar entre ellos sobre sus necesidades, objetivos y estrategias. No tendrían foros donde adelantar procesos comunicativos que no estuvieran, por decirlo así, supervisados por los grupos dominantes. En esta situación, es menos probable que puedan *hallar la voz o las palabras correctas para expresar sus ideas*, y sería más probable que *mantuvieran incoados sus deseos*”.

Fraser propuso denominar “contrapúblicos subalternos”, a todos “aquellos públicos de los grupos sociales subordinados que comprobaban reiteradamente que resultaba ventajoso construir espacios discursivos paralelos donde los miembros de los grupos sociales subordinados inventan y hacen circular contradiscursos, lo que a su vez les permite formular interpretaciones opuestas a sus identidades, intereses y necesidades” (Fraser, 1997:115). Estas esferas alternativas, construidas con el aumento de minorías excluidas socialmente como consecuencia del avance de las políticas neoliberales de fin de siglo, se van nutriendo de cada vez más grupos de resistencia ciudadana, que se dotan de prácticas y lenguajes capaces de identificar sus problemas en nuevas

esferas al margen de la esfera pública central, pero sin que pierdan su carácter de públicas.

No obstante, la propia idea de *cosa pública* ha evolucionado, igual que lo ha hecho la sociedad que genera contradiscursos. Parece no existir mucha duda en el hecho de que los movimientos activistas han construido de forma empírica una diferencia entre lo público y lo colectivo, en el que el Estado tiene más o menos presencia. En torno a la participación de los movimientos de protesta en la construcción de esfera pública, empezaron a usarse términos como *bien común o interés compartido*, como categorías intermedias entre la idea de *público* y *privado*, que podrían ser representadas por la idea de lo *colectivo*. Estas categorías permiten a los contrapúblicos subalternos definir nuevas fronteras en las sociedades estratificadas en su relación contestataria frente a los públicos dominantes.

Los movimientos sociales otorgan un enorme valor a esta dimensión colectiva, que emerge como forma de autogestión de los saberes y de los espacios y que sin duda configuran nuevos entornos de relación social en los procesos de recuperación de las ciudades, que se experimentan en la segunda mitad del la primera década del siglo XXI con los movimientos de protesta y ocupación. Algunos ejemplos interesantes podemos encontrarlos en el ámbito de la ecología urbana, desde donde se propone “una recuperación de la ética de las sociedades humanas con su medio”, desde una revisión del “sistema de mercado capitalista, las dinámicas institucional-gubernamental, políticas ambientales tecnológicas, e interacción entre media ambiente natural y cultural” (Ortega, 2009:459). Siguiendo a este autor, las prácticas de la ecología urbana suponen un desafío a la tendencia de privatizar muchos ámbitos del desarrollo humano, entre ellas la naturaleza, si bien “ante esta dinámica impositiva se puede visualizar una amplia gama de luchas por la apropiación, distribución y acceso a bienes y recursos ambientales (...) que no son más que un indicio evidente de la contestación a la dimensión impuesta por el paradigma económico dominante” (Ortega, 2009:460).

Algunas aproximaciones a esta idea de esferas periféricas las realizan autores como Somohano (2011), que recoge las visiones de Gramsci, Habermas y Ancada para hablar de “dimensión emancipadora de la esfera pública”, entendiéndolo que “la sociedad civil no puede ser entendida como la esfera de generación de la hegemonía, sino también como la red de relaciones en la que se construyen las acciones contrahegemónicas” y que (...) “en aras de conquistar una dimensión emancipadora de la esfera pública (...) se hace necesario considerar al espacio de confrontación ciudadana como un ámbito en el que confluyen diversos actores”. Por su parte, Houtart (2001:66) afirma que “comúnmente se dice que todas estas resistencias son la expresión de la sociedad civil; pero es preciso señalar que se trata de la *sociedad civil de abajo*”. Si bien este concepto fue valorizado por Antonio Gramsci y hace referencia al lugar de las luchas sociales, la idea de sociedad civil *de abajo* nos sitúa en un escenario propicio para la construcción

del debate social que ha sido ocupado por los movimientos sociales, en el que las ideologías clásicas, y especialmente el pensamiento binario izquierda-derecha se rompe en favor de posicionamientos políticos más poliédricos.

Pero para Castells la idea de esfera pública es más que un espacio de formación de voluntad política; esfera pública es el “espacio de comunicación de ideas y proyectos que emergen de la sociedad y están dirigidos a los responsables de la toma de decisiones en las instituciones de la sociedad” (Castells, 2008a:78). Sin negar el papel predominante de los medios de comunicación -entiéndase convencionales- en la esfera pública, Castells atribuye a la sociedad red la capacidad de haber creado su propia esfera pública, mayor que cualquier otra forma histórica de organización, basada en las redes de comunicación multimedia. Su aportación al debate sobre la esfera pública revisa los fundamentos clásicos del término, y considera que no se refiere solo al espacio mediático o el sitio socioespacial de interacción pública; es el repositorio cultural / informacional de ideas y proyectos que alimentan el debate público.

Fuchs contribuye a esta idea afirmando que “se requiere una discusión sobre cómo se relaciona la noción de esfera pública con los medios críticos.” (Fuchs, 2010:183). Este autor considera que “la totalidad de los medios alternativos constituye una esfera pública alternativa, una esfera de protesta y discusión política que tiene un papel de oposición y, por lo tanto, realza la vivacidad de la democracia”. De esta manera, asegura que “los movimientos sociales y los medios críticos que están inmersos en las luchas emancipadoras deben ser capaces de iniciar procesos de comunicación política a gran escala para transformar la sociedad. De lo contrario, pueden ser fácilmente ignorados o se perderán en la fragmentación autónoma”, afirmando, no obstante, que “en cuanto al papel de los medios de comunicación alternativos en la esfera contra-pública, es preferible y más eficaz disponer de unos pocos medios críticos ampliamente accesibles y ampliamente consumidos que muchos medios de interés especial a pequeña escala que fomentan la fragmentación de luchas” (Fuchs, 2010:186).

Otros autores, como Jerez sostienen que es necesario “implicar el mayor número posible de redes sociales e institucionales en los costosos esfuerzos organizacionales y en aumentar la profesionalización, que por su parte servirían para habilitar mercados culturales alternativos que acompañen la apertura de la esfera pública”. En este sentido, los medios alternativos deben ser capaces de construir espacios suficientemente fuertes y tratar de alcanzar nuevos públicos para tener una relevancia contrahegemónica significativa. De esta manera, “para forzar la apertura de la agenda dominante de los medios convencionales, para promover espacios y mercados alternativos, la comunicación alternativa está abocada a profundizar en la doble estrategia, lo que viene haciendo de manera desarticulada y sin la clarificación estratégica necesaria. Primero, es necesario seguir ampliando sus iniciativas en el espacio en Internet, haciéndolas cada vez más sofisticadas, aumentando su usabilidad-accesibilidad en una perspectiva

multimedial. Segundo, recuperar innovando en una dinámica de redacción periodística (con el ineludible y traumático cierre de realidad que implica la selección, jerarquización y editorialización) que se combine con conocimiento experto, análisis crítico riguroso y pluralismo ideológico –donde el compromiso militante sea más con la apertura crítica que con líderes y proyectos partidarios concretos–” (Jerez, 2006:157).

No parece haber mucha duda en cuanto a que las esferas alternativas encuentran en Internet un hábitat perfecto. Varios años después de la batalla de Seattle, Bennett (2003b:161) afirmaba que “las esferas públicas creadas por Internet y por la Web son más que simples universos de información paralelos que existen independientemente de los medios de comunicación tradicionales”.

Engelken-Jorge y Cortina (2016:12) afirman que “en los últimos lustros (...), la difusión de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (TIC), ha potenciado y alterado notablemente estos espacios sociopolíticos de participación”. Así por ejemplo, se habla ahora de nuevas lógicas de la acción colectiva: las dinámicas que emergen cuando la comunicación (y las TIC) devienen una parte fundamental de la estructura organizativa de las movilizaciones sociales habrían dado lugar a la acción “conectiva”, término que toman prestado de Bennett y Segerberg. Estos autores proponen que “una comprensión más profunda de las redes contemporáneas de acción contenciosa implica distinguir entre al menos dos lógicas de acción que pueden estar en juego: la lógica familiar de la acción colectiva y la lógica menos familiar de la acción conectiva”, lo que (...) “permite discernir tres tipos de acción ideales, uno de los cuales se caracteriza por la lógica familiar de la acción colectiva y otros dos tipos implican formas de acción más personalizadas que difieren en cuanto a si las organizaciones formales son más o menos centrales a la hora de permitir una lógica de comunicación conectiva”. Bennett y Segerberg profundizan en la cuestión argumentando que “este cambio de sociedades basadas en grupos a sociedades individualizadas se acompaña de la aparición de redes sociales flexibles de ‘lazos débiles’ que permiten la expresión de la identidad y la navegación de paisajes sociales y políticos complejos y cambiantes”; de esta manera (...) “la sociedad moderna tardía implica redes que se convierten en formas organizativas más centrales que trascienden a los grupos y constituyen organizaciones centrales por derecho propio” (Bennett y Segerberg, 2012:743).

Volviendo con Engelken-Jorge y Cortina, razonan que lo expuesto se liga, además, “a cambios notables en la esfera pública, que ahora incorpora el ciberespacio y otras redes de comunicación posibilitadas por las nuevas tecnologías, ‘desestabilizando’ así la comunicación política”, para lo que recurren a Dahlgren. Este autor sostiene que “la noción de desestabilización puede también encarnar un sentido positivo, poniendo de manifiesto la descomposición de patrones antiguos que pueden haber agotado su utilidad y tienen posibilidades de ser reconfigurados” (Dahlgren, 2005:148).

Pero estos autores ofrecen dudas al respecto, ya que consideran que estos cambios son en cierto modo ambiguos: “se facilita el acceso a la esfera pública y se incrementa la capacidad de influencia política y de movilización de la ciudadanía, al tiempo que emergen nuevas formas de desigualdad y fragmentación del público, se debilitan actores hasta ahora claves para vehicular el debate público –la llamada ‘prensa de calidad’– y se reproducen buena parte de los vicios y virtudes, en términos de calidad del debate, de la comunicación offline” (Engelken-Jorge y Cortina, 2016:12).

No obstante, la aportación más interesante de Dahlgren es lo que denomina “la dimensión interaccional de la esfera pública” (a la que ya me he referido anteriormente), que considera la tercera dimensión de la esfera pública junto a la estructural y la representativa. Dahlgren, en este sentido, entiende “la esfera pública funcional como una constelación de espacios comunicativos en la sociedad que permiten la circulación de información, ideas, debates, (...) y también la formación de voluntad política, (...) en los que los medios de comunicación de masas y ahora, más recientemente, los nuevos medios interactivos ocupan un lugar prominente, y (...) sirven para facilitar los vínculos comunicativos entre los ciudadanos y quienes ostentan el poder de la sociedad” (Dahlgren, 2005:148).

Dahlgren manifiesta como contradictoria la existencia de individuos atomizados, consumidores de medios, con la idea de “público” definido por Habermas, que debe ser conceptualizado como “algo que no sea sólo una audiencia de los medios de comunicación”, entendiéndolo que existen “como como procesos interaccionales discursivos”, por lo que Dahlgren defiende que “es imprescindible no perder de vista la idea clásica de que la democracia reside, en última instancia, con los ciudadanos que dialogan entre sí. Esta es ciertamente la premisa básica de aquellas versiones de la teoría democrática que ven la deliberación como fundamental” (Dahlgren, 2005:149).

Cardoso (2008:133) sostiene que un ejemplo de cambio provocado por los medios de comunicación y la creación de nuevos espacios es lo que Theranian (1999) llama “diplomacia de las personas en el sentido en que abre nuevos campos de intervención hasta entonces reservados a los políticos, especialmente en cuestiones como la solidaridad humanitaria, ecológica o de derechos humanos o llevando a través de la televisión al conocimiento del acontecimiento y a la voluntad posterior de contactar con la organización (...), o el ejercicio de diplomacia virtual en el cual a través de las grabaciones de vídeo y audio de acontecimientos no cubiertos por los medios de comunicación internacionales y nacionales”, poniendo como ejemplo de esta última las cintas de mensajes de la resistencia iraquí o el caso de la protesta contra la represión indonesia posterior a los resultados del referéndum de autodeterminación de Timor Oriental en 1999, donde a través de e-mail y fax se crearon redes de solidaridad que llegaron a paralizar los servidores de correo electrónico y fax de las delegaciones del Consejo de

Seguridad y de las diversas cancillerías de los miembros permanentes del Consejo de Naciones Unidas.

Por otra parte, Cardoso, apoyándose en autores como Castells (1997c) y van Dijk (2000) afirma que “la política es informacional, y que Internet es rehén de la política informacional institucional. No interesa ni al sistema de medios ni a los agentes políticos institucionales de soberanía conceder espacios de crecimiento para el uso de Internet en la comunicación política de masas”. No obstante, cuestiona de una forma clara que las nuevas esferas públicas virtuales conlleven necesariamente modelos más participativos; recurriendo a Hoff y otros (2000) cree que la política informacional que hoy conocemos sigue basándose en una concepción ‘demoelitista’ de la democracia y menos en un modelo más orientado hacia la participación de los ciudadanos como el ‘modelo neorrepblicano’. Aún así, admite que “paralelamente al contexto de prácticas de las elites políticas descritas con anterioridad, los procesos de abajo-arriba demuestran que se establecen vínculos entre diferentes tecnologías de la comunicación a través del uso que les dan los ciudadanos” (Cardoso, 2008:466).

5.4.3. La esfera pública transnacional: ¿Hacia una esfera pública global?

Especialmente interesante resulta la aportación de Nancy Fraser, que recopila una casuística terminológica sobre las esferas públicas, identificando entre otras las transnacionales, incluso una “emergente esfera pública global” que configuraría la “existencia de ámbitos discursivos que trascienden las fronteras de naciones y Estados” (Fraser, 2008:145).

No obstante, Fraser reflexiona sobre este concepto, admitiendo que “la esfera pública se concibe originariamente como contribución a una teoría crítica de la democracia”, y no como un “espacio destinado a la formación comunicativa de opinión pública”, punto de vista que aportaría esta idea de esfera pública global. Como solución a la ecuación, la autora sugiere la oportunidad de construir un enfoque de la esfera pública “que supere la limitación westfaliana de una comunidad política delimitada por su propio Estado territorial” (Fraser, 2008:148). De hecho, esta reformulación teórica valdría igualmente para la configuración de las esferas públicas periféricas anteriormente aludidas.

La necesidad de “repensar la teoría de la esfera pública en un marco transnacional”, expresada por parte de Fraser, conlleva una revisión crítica a la idea de Habermas (no siempre expresada de forma explícita) de correlación entre esfera pública y aparato de Estado moderno, que territorializaba leyes resultantes del debate público, intereses económicos, medios de comunicación, incluso lengua común, lo que describe como imaginarios nacionales. Fraser concluye en este sentido, que el concepto de esfera pública desarrollado por Habermas reside en “un proyecto político específicamente histórico como fue la democratización del Estado-nación moderno, capaz de construir un

cuerpo de opinión pública nacional y un modelo de democracia deliberativa para una sociedad política territorialmente delimitada” (Fraser, 2008:153).

Esta revisión planteada por Fraser, coincide en el tiempo con la consolidación de nuevas estructuras supranacionales que configuran así mismo nuevos tipos de ciudadanía. Los ciudadanos ya no están sometidos exclusivamente a poderes configurados en base a territorios-Estado, y las nuevas políticas se construyen desde órganos supranacionales, que reducen la soberanía, y por tanto la legitimidad (desde el punto de vista de la teoría de la esfera pública) de los poderes nacionales.

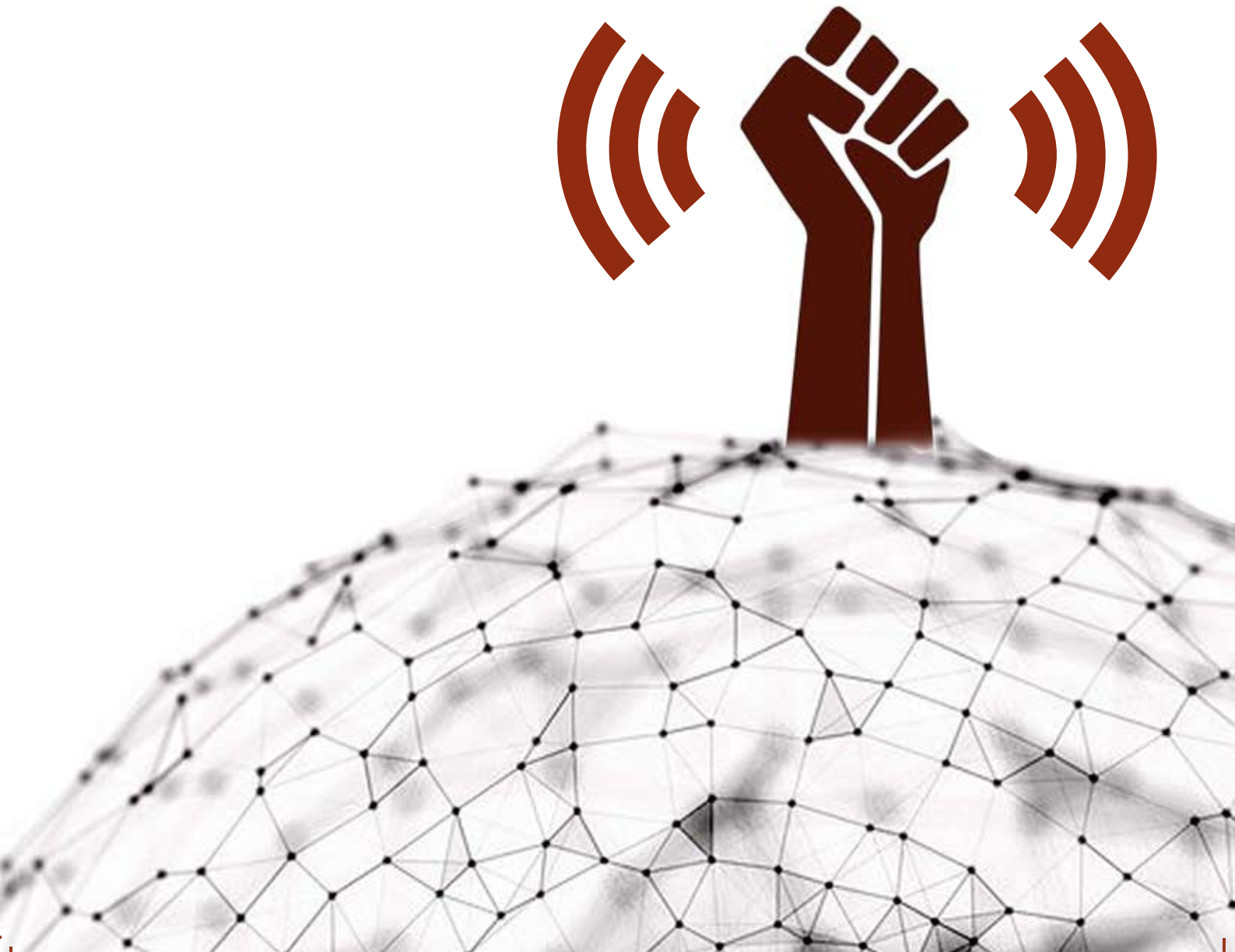
El término transnacional, incluso podría ser criticado, en cuanto a que hace igualmente referencia a elementos físicos y territoriales, por lo que en todo caso, enmarcaría el concepto de esfera pública en un marco territorial, distinto al de Estado-nación. Quizá sea mucho más polémico el hecho de considerar, como lo hace Fraser (1997:118) las esferas públicas no solo como espacios de formación discursiva, sino también como “espacios para la formación y la concreción de las identidades sociales”, algo mucho más intangible. Esta aportación impide que la idea de transnacionalidad aplicada al concepto de esfera pública pueda ser entendida fuera de un marco transcultural o de diversidad cultural.

De esta manera, la sociedad civil se transnacionaliza también, y se configura como un agente determinante en esa esfera pública global, quizá invertebrada en términos políticos, pero tremendamente eficaz como respuesta al desafío globalizador, mucho más de lo que lo podía ser a escala nacional, eficacia que según Fraser (2008:155), parafraseando a los críticos de *Historia y crítica de la opinión pública* de Habermas, estaba limitada por todo un conjunto de “obstáculos sistémicos que privaban de músculo político a la opinión pública generada discursivamente”. Entre esos obstáculos sistémicos, que Fraser también denomina fuerzas estructurales, indudablemente estaban los conglomerados de medios de comunicación al servicio de los Estados, que impedían el flujo de poder comunicativo desde la sociedad civil hacia el Estado.

En cualquier caso, la teoría de la esfera pública desarrollada por Habermas sobrevive durante décadas sin que se cuestione la territorialidad como marco de funcionamiento, algo que hoy en día sería inconcebible.

6

SOCIEDAD RED Y ACTIVISMO MEDIÁTICO



La revolución de las comunicaciones experimentada en los últimos veinte años nos obliga a realizar una aproximación a los fundamentos teóricos de su configuración. Para ello es necesario abordar el concepto de sociedad red, elaborado por Manuel Castells y todas sus aplicaciones. La creación de una sociedad basada en redes de información le permite a Castells construir una teoría fundamental para entender los procesos de empoderamiento y emancipación de la sociedad civil, gracias a aportaciones como 'informacionismo' o 'autocomunicación de masa'.

Por tanto, realizaremos un análisis de la sociedad red en varios planos: en primer lugar, abordaré el concepto y la revisión que hace la crítica del mismo; a continuación, lo confrontaré con la categoría de 'sociedad de la información', un término que ha tenido un uso más político (en sentido formal) que activista. Asimismo, abordaré el concepto desde la perspectiva institucional y desde la perspectiva de los movimientos sociales.

En un segundo bloque dentro de este capítulo, las manifestaciones mediactivistas de la sociedad red en el ámbito de los movimientos sociales, y de forma específica, los cambios experimentados por estos en sus modelos de acción comunicativa. Por un lado, analizando las nuevas formas de organización y políticas insurgentes desarrolladas por los movimientos sociales, y por otro estudiando la relación entre autocomunicación de masa y activismo mediático.

Ello exige analizar una aproximación conceptual a la terminología y los enfoques utilizados en el entorno de los medios alternativos, así como a su contribución en el espacio de los nuevos medios. Con ello, pretendemos analizar los significados políticos de las diferentes formas de denominar los medios alternativos, y de alguna manera, contribuir a definir los elementos que servirían para construir una teoría general de los medios alternativos. Además, estudiaremos la caracterización de los medios alternativos y su inserción en el sistema de medios, estudiando el fenómeno del periodismo ciudadano espacio de frontera con el activismo mediático.

6. Sociedad red y activismo mediático

6.1. La sociedad red y el informacionalismo como paradigma. Crítica y revisiones teóricas

6.1.1. Aproximación al concepto de sociedad red. Elementos y características

La aparición de Internet a finales del siglo XX y su posibilidad de uso como herramienta de comunicación por parte de la ciudadanía, es el fundamento de una revolución tecnológica equiparable a la de la invención de la imprenta en el siglo XVI. Este invento, en su día, permitió cambiar las relaciones de espacio y tiempo en los procesos de comunicación humana, y posibilitó que una obra pudiera ser reproducida de forma masiva, lo que cambió absolutamente el panorama cultural de los siglos siguientes. Internet, por su parte, ha ido mucho más allá como tecnología: en primer lugar, cambia definitivamente la configuración del tiempo y del espacio en las comunicaciones, facilitando no ya la inmediatez, sino la instantaneidad; en segundo lugar, permite que cualquier persona pueda ser emisor o receptor, introduciendo la posibilidad de interactuar; la tercera, se desarrolla en un nuevo territorio virtual, el ciberespacio, lo que va a facilitar la transformación de la ciudadanía y va a provocar la redefinición de las relaciones políticas y sociales. Esta revolución tecnológica facilita un modelo de organización y relación social de estructura reticular, que Castells define como “sociedad red”.

Cuando Manuel Castells habla por primera vez de sociedad red, en cierto modo no descubre nada nuevo; como reconoce el propio autor, “la forma en red de la organización social ha existido en otros tiempos y espacios”, si bien expone que “el nuevo paradigma de la tecnología de la información proporciona la base material para que su expansión cale toda la estructura social” (Castells, 1997a:505 y ss). En su análisis primi-

tivo, Castells analiza la idea de “red” para aplicarla a los nuevos comportamientos sociales, influidos por las tecnologías, que se aprecia en los últimos años de siglo XX. En su apreciación resalta elementos importantes para su teoría como el hecho de que las redes son estructuras abiertas, capaces de expandirse sin límites, integrando nuevos nodos mientras puedan comunicarse entre sí, es decir, siempre que compartan los mismos códigos de comunicación, que pueden ser valores o metas de actuación. Algo importante que Castells pone de manifiesto en la formulación de su teoría es que se puede aplicar a cualquier relación social existente, y este sentido advierte que “la morfología de las redes también es una fuente de reorganización de las fuentes de poder, de manera que las redes marcan los procesos sociales dominantes”. De esta manera, habla de una nueva economía (que sirve como contexto) organizada “en torno a las redes globales de capital, gestión e información, cuyo acceso al conocimiento tecnológico constituye la base de la productividad y la competencia, que inicialmente no implican la desaparición del capitalismo, si bien considera que se diferencia del modo de producción anterior en que es global y se estructura en buena medida en torno a una red de flujos financieros”.

El concepto de “sociedad red”, introducido por Castells se refiere a “una sociedad cuya estructura social está construida en torno a redes de información a partir de la tecnología de información microelectrónica estructurada en Internet. Pero Internet en ese sentido no es simplemente una tecnología; es el medio de comunicación que constituye la forma organizativa de nuestras sociedades, es el equivalente a lo que fue la factoría en la era industrial o la gran corporación en la era industrial. Internet es el corazón de un nuevo paradigma sociotécnico que constituye en realidad la base material de nuestras vidas y de nuestras formas de relación, de trabajo y de comunicación. Lo que hace Internet es procesar la virtualidad y transformarla en nuestra realidad, constituyendo la sociedad red, que es la sociedad en que vivimos” (Castells, 1997a:505). Esta aproximación que Castells realiza formalmente a la idea de “sociedad red”, se perfecciona con su contribución años después, en la que puntualiza que entiende por estructura social “aquellos acuerdos organizativos humanos en relación con la producción, el consumo, la reproducción, la experiencia y el poder, expresados mediante una comunicación significativa codificada por una cultura” (Castells, 2009:51).

El punto de partida es básico: una red es un conjunto de nodos interconectados, que pueden tener mayor o menor relevancia para el conjunto de la red, aumentando o disminuyendo su importancia en la medida que sean capaces de absorber información relevante y procesarla eficientemente, de manera que cuando se hacen redundantes o pierden su función, las redes tienden a reconfigurarse eliminando y añadiendo nodos. Esta estructura social es posible gracias al paradigma tecnológico que Castells denomina “informacionalismo”, basado en “el aumento de la capacidad de procesamiento de la información y la comunicación humanas”. Este nuevo sistema de infor-

mación y comunicación se diferencia de experiencias históricas previas en “su capacidad auto-expansiva de procesamiento y de comunicación en términos de volumen, complejidad y velocidad, (...) su capacidad para recombinar basada en la digitalización y en la comunicación recurrente (...) y en su flexibilidad de distribución mediante redes interactivas y digitalizadas” (Castells, 2006b:34).

Pero como afirmó el propio Castells, “no hay revoluciones tecnológicas sin transformación cultural. Las tecnologías revolucionarias han de ser pensadas. No se trata de un proceso de pequeños avances; se trata de una visión, de un acto de fe, de un gesto de rebelión”, de tal manera que (...) “el informacionalismo fue en parte inventado y decisivamente modelado por una nueva cultura que resultó esencial en el desarrollo de las redes informáticas, en la distribución de la capacidad de procesamiento y en el aumento del potencial de innovación por medio de la cooperación y la participación. La comprensión teórica de esta cultura y de su papel como fuente de innovación y creatividad en el informacionalismo es la piedra angular de nuestra comprensión de la génesis de la sociedad red” (Castells, 2004:123).

En otro momento concreta la idea afirmando que “el informacionalismo es el paradigma dominante de nuestras sociedades, que sustituye y subsume al industrialismo, (...) se configura como un paradigma tecnológico y (...) proporciona la base para un determinado tipo de estructura social que denomina la “sociedad red” (Castells, 2004:111). Para Castells, “lo que caracteriza al informacionalismo no es el papel central del conocimiento y la información en la generación de riqueza, poder y significado”, ya que (...) “el conocimiento y la información han sido esenciales en muchas de las sociedades históricamente conocidas, si no en todas. Lo distintivo de nuestra época histórica es un nuevo paradigma tecnológico marcado por la revolución en la tecnología de la información, y centrado en torno a un racimo de tecnologías informáticas” (Castells, 2004:112).

Según Castells, “lo revolucionario de este paradigma es (1) la capacidad de estas tecnologías para ampliar por sí mismas el procesamiento de información en cuanto a volumen, complejidad y velocidad; (2) su capacidad recombinatoria, y (3) su flexibilidad distributiva”. (Castells, 2004:113). Es evidente que Internet fue el principal valedor de la revolución de las comunicaciones que experimenta el mundo a final del siglo pasado. A este respecto, Castells (2001:15) proclama que la red es el mensaje parafraseando a McLuhan cuando este describió la invención de la imprenta como uno de los momentos más importantes en la historia de la comunicación. La explicación era sencilla: Internet era concebido como “un medio de comunicación que permite, por primera vez, la comunicación de muchos a muchos en tiempo escogido y a una escala global, algo desconocido hasta entonces y que ofrecía unas posibilidades inmensas” (Castells, 2001:16).

La sociedad red, de esta manera, propició la formación de “comunidades virtuales”, un concepto ampliamente estudiado por Rheingold (2004:22) que permitían mantener relaciones comunicativas desterritorializadas de personas que podían reunirse on line en torno a una serie de valores e intereses compartidos. Para Castells esta noción tenía la virtud de “llamar la atención sobre el surgimiento de nuevos soportes tecnológicos para la sociabilidad, que eran diferentes, pero no por ello inferiores, a las formas anteriores de interacción social” (Castells, 2001:146), si bien desde su punto de vista introdujo equívocos por la fuertes connotaciones que acompañaban al término comunidad, que provocó una cierta discusión ideológica con los partidarios de las comunidades espaciales. El paso de los años y la normalización de las prácticas comunicativas, desde luego, han relativizado mucho los conflictos que inicialmente provocaron ciertos sectores tecnofóbicos, que acusaban a Internet de ser una amenaza para las comunidades residenciales como forma de sociabilidad.

Desde este punto de vista, Castells propone una “redefinición de la comunidad, quitando trascendencia a su componente cultural y haciendo énfasis en la función de apoyo que cumple, con la idea de comprender las nuevas formas de interacción social”, proponiendo la definición de Wellman para el que las “comunidades son redes de lazos interpersonales que proporcionan sociabilidad, apoyo, información, un sentimiento de pertenencia y una identidad social” (Wellman, 2001:228).

Hay otro elemento importante que destaca Castells para la construcción de su teoría. “El auge del individualismo en todas sus manifestaciones” es una tendencia dominante en la evolución de las relaciones sociales de nuestras sociedades, “conformando un sistema de valores y creencias que configuran el comportamiento, lo que empuja la privatización de la sociedad, provocada por la crisis del patriarcado (...) mantenida por los nuevos modelos de urbanización (...) y racionalizada por la crisis de legitimidad política que fomenta que el ciudadano se retire de la esfera pública”. En este contexto, Internet “proporciona el soporte material apropiado para la difusión del individualismo en red como forma dominante de sociabilidad”, de manera que “el individualismo en red constituye un modelo social, no una colección de individuos aislados”, que (...) “construyen redes sobre la base de sus intereses, valores, afinidades y proyectos” (Castells, 2001:150).

La idea planteada por aquellos años ha evolucionado como la propia sociedad que le da sentido al término. Son muchos los autores que han sometido el concepto a revisión, pero en general se considera a la “sociedad red” como una estructura social de la que salen sucedáneos que intentan incidir sobre determinados aspectos de la sociedad red. Monterde y otros (2013:15), por ejemplo recogiendo el término empleado por Mossberger, Tolbert y McNeal (2008) hablan de *ciudadanía digital* “para hacer referen-

cia a la centralidad de la red y de las nuevas tecnologías en el acceso pleno a la ciudadanía y para remarcar la importancia de internet para la participación plena en la sociedad-red, a nivel económico, político y social”.

6.1.2. Sociedad red y sociedad de la información

Desde la aparición de Internet en el ámbito doméstico, uno de los conceptos más populares que ha sido utilizado para entender el nuevo paradigma informacional es el de sociedad de la información; pero a pesar de su uso masivo, su significado es a veces confuso.

Castells ya habló de sociedad de la información antes de desarrollar su teoría de la sociedad red, en un contexto en el que el término se convirtió en el centro de todos los discursos políticos. Así, a propósito de una reunión que celebró el G7 en febrero de 1995, con el objetivo de debatir sobre el futuro de esta sociedad de la información y los retos tecnológicos que planteaba, Castells (1995) publicó un artículo en el diario El País en el que ponía de manifiesto, de una forma muy simple, que esa misteriosa sociedad de la información “es en realidad la sociedad en la que vivimos”, advirtiendo que (...) “buena parte del sentimiento de desconcierto con el que últimamente percibimos nuestra vida cotidiana proviene de que la interpretamos con categorías e imágenes de un tiempo que ya pasó”. No cabe duda de que se ha producido una transformación tecnológica vertiginosa de nuestras vidas y de nuestra sociedad en muy pocos años, una sociedad “cuya base material ha sido transformada en la última década por la revolución en las tecnologías de información que se conformó en la década de los setenta”. Abunda Castells en el concepto inicial, recordando “que hasta 1975 no existía el ordenador personal; que sólo en esos años se desarrolló el vídeo; que el microchip, corazón electrónico de nuestros objetos cotidianos, del coche a la lavadora, se inventó en 1971; y que fue en 1973 cuando se adquirió la capacidad de recombinar el ADN, estructura básica de la materia viva, abriendo así la posibilidad de la manipulación genética”.

Sin embargo, Castells pronto acoge la idea de informacionalismo frente a la de sociedad de la información, advirtiendo que “lo nuevo es la tecnología del procesamiento de la información y el impacto de esta tecnología en la generación y aplicación del conocimiento. Por esta razón no me sirvo de las nociones de economía del conocimiento o sociedad de la información, y prefiero el concepto de informacionalismo: un paradigma tecnológico que se basa en el aumento de la capacidad humana de procesamiento de la información en torno a las revoluciones parejas en microelectrónica e ingeniería genética” (Castells, 2004:112).

Otros autores, como Candón citando a León, Burch y Tamayo (2001), también usan el término, al afirmar que “el desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación, especialmente Internet ha sido calificado como la tercera revolución industrial

(Toffler, 1980), caracterizada por el tránsito que “el mundo capitalista ha realizado de la economía industrial, basada en el acero, los automóviles y las carreteras, a la economía digital, construida a partir de silicio, computadoras y autorutas de información, en un proceso que daría lugar a la sociedad de la información” (Candón, 2011b:11).

Aunque la noción de sociedad de la información resulte algo obsoleta varias décadas después, nos permite entender cómo se configura la sociedad que se articuló en torno a ella y que cambió sus modos de relacionarse, al cambiar los modos de mediación. Castells da una serie de claves al afirmar que “la difusión y desarrollo de ese sistema tecnológico ha cambiado la base material de nuestras vidas, y por tanto la vida misma, en todos sus aspectos: en cómo producimos, cómo y en qué trabajamos, cómo y qué consumimos, cómo nos educamos, cómo nos informamos-entretenemos, cómo vendemos, cómo nos arruinamos, cómo gobernamos, cómo hacemos la guerra y la paz, cómo nacemos y cómo morimos, y quién manda, quién se enriquece, quién explota, quién sufre y quién se margina” (Castells, 1995). Como ya sostendrá de forma más desarrollada, apunta que las nuevas tecnologías de información no determinan lo que pasa en la sociedad, pero cambian profundamente las reglas del juego.

Armand Mattelart realiza un amplio estudio sobre la historia de la sociedad de la información y la evolución que ha experimentado el concepto en diferentes etapas. De esta manera, Mattelart aborda, dentro del periodo de estudio que nos ocupa, el paso de la sociedad post industrial a la sociedad global de la información, con la predicción del advenimiento de “la sociedad tecnotrónica”, una sociedad cuya “forma viene determinada en el plano cultural, psicológico, social y económico por la influencia de la tecnología, más concretamente, la informática y las comunicaciones” (Mattelart, 2002:98). Pero con Mattelart surgen voces disonantes en medio de la fascinación social de la incorporación de las tecnologías a la vida social mediante un sistema de distribución capitalista que “no beneficia a la mayoría, sino que está construido, precisamente, sobre el mito de que va a beneficiar a la gran mayoría” (Mattelart, 2002:165). Estas palabras, recogidas de una entrevista que concedió a *Le Monde Diplomatique* en 2001, pretenden transmitir el sentir de gran parte de la crítica que considera que el modelo ideado de “autopistas de la información” forma parte del “camino que nos lleva a la integración superior soñada por todos los utopistas y siempre han estado revestidas de un discurso escatológico”, concluyendo que “la ideología de la sociedad de la información no es otra que la del mercado”. La incertidumbre sobre los efectos que pudiera tener internet en el aumento o reducción de las desigualdades generó un gran debate en los primeros años de despliegue de la infraestructura, con grandes críticas a la brecha digital que ya constituía una amenaza desde el principio y de la que hablaré más adelante.

Cardoso (2008:134) se esfuerza en diferenciar el discurso que se produce en la sociedad de la información, “donde se propone una jerarquización de los medios de comunicación o se subordina al más reciente (como en el caso de la Web-TV que presenta la subordinación de la lógica de la televisión a Internet)”, de lo que denomina *sistema de medios*, citando a Ortoleva (2004), que se articulan en red “en función de la dialéctica de objetivos entre quien se apropia de ellos y quien los gestiona”.

Cardoso en cualquier caso, cuestiona que el término sociedad de la información “sea el que mejor capta la esencia del cambio social introducido por la apropiación de las tecnologías de la información y comunicación, recurriendo para ello a la ayuda de autores que, como Frank Webster, Peppino Ortoleva, Majid Tehranian, Fausto Colombo, Anthony Giddens, Umberto Eco, Mark Poster, Dominique Wolton o Manuel Castells (...) intentan estudiar en qué medida la apropiación social de la comunicación e información parece estar ligada al cambio social”. Estos autores cuestionan dicho uso y proponen alternativas diferentes que relacionan comunicación, información y cambio social. Cardoso, en este sentido, considera que “estamos asistiendo a una vulgarización del uso de la expresión sociedad de la información” y que (...) “a pesar de reconocer la existencia de un discurso oficial estandarizado, hablar de sociedad de la información no siempre es hablar sobre una misma realidad. Hay quien da más valor a la dimensión económica de la información, otros a la dimensión política y otros a la valoración personal, cultural y educativa como elementos clave de la caracterización de nuestra sociedad”, concluyendo que “el concepto de sociedad de la información no es el más adecuado para captar la complejidad de los cambios en curso en la sociedad contemporánea ni para comprender cómo los diferentes medios de comunicación se configuran como facilitadores de empoderamiento individual y por ende de autonomía comunicativa y sociopolítica” (Cardoso, 2008:52).

Para Cardoso, que realiza en su obra un detallado recorrido por las definiciones desarrolladas en las última décadas, “la respuesta más correcta es que la sociedad de la información existe como conjunto de objetivos, esencialmente de carácter político y desarrollado en el contexto de las instituciones de la Unión Europea, luego apropiado por parte los países miembros de la Unión y posteriormente incorporado en el discurso de muchas organizaciones multilaterales de carácter político y económico global”, si bien (...) “también existe como discurso difundido y hasta cierto punto adoptado por el público en general a través de las numerosas ideas difundidas por los medios de comunicación, unas ideas cuyo origen se halla en las esferas económicas y políticas de la sociedad”, considerándolo en tal sentido (...) “una construcción cultural (...), impropia para caracterizar los cambios sociales en curso en las sociedades contemporáneas”.

6.1.3. Sociedad red e institucionalidad

La sociedad red ha alterado sustancialmente las relaciones de la ciudadanía con las estructuras de poder, y plantea, por su propio funcionamiento reticular, nuevos modos de organización social. Conviene pararse a revisar aquí la idea de “transformar la institucionalidad a través de la red” (Monterde y otros, 2013:27). Afirman estos autores que “de la misma forma que la red es central para la organización de luchas capaces de transformar radicalmente las instituciones existentes, es necesario construir nuevas formas de institucionalidad adaptadas al paradigma de la red”, ya que (...) “la red y las nuevas tecnologías se presentan como oportunidades para construir unas formas institucionales y constitucionales novedosas y radicalmente democráticas. En el horizonte se encuentra el debate sobre la viabilidad de un modelo de participación democrática obsoleto, pero vigente en una sociedad con nuevos modelos de relación”.

Autores como Hardt y Negri consideran que nos encontramos ante la posibilidad de constituir una nueva división de poderes, en un contexto en el que “los poderes del ejecutivo se han ampliado considerablemente en las últimas décadas, mientras que el legislativo (...) se ha visto progresivamente vaciado de sus funciones constitucionales”, lo que de alguna manera provoca la frustración de la izquierda, “que se han convertido en partidos del lamento”. La propuesta de reforma de los poderes, según Hardt y Negri debe basarse en que el poder legislativo no sea “un órgano de representación, sino un órgano que facilite la participación de todos en el gobierno de la vida social y de la toma de decisiones políticas”, y en que el ejecutivo ponga la idea del común en el centro de sus prácticas de planificación, “permitiendo la toma de decisiones mediante procedimientos democráticos y participativos” (Hardt y Negri, 2012:89).

De esta propuesta, un amplio sector de la crítica concluye la necesidad de revisar el actual modelo de división de poderes a fin de que “se adapten a las actuales estructuras productivas, basadas en la forma-red y en la cooperación” (Monterde y otros, 2013:27), para lo que consideran necesario (...) “pensar el poder de forma federativa, no en sentido descentralizado sino distribuido, de forma que la forma de gobierno realmente democrático sea inmanente a estructura en red de la cooperación social productiva”.

Estos autores, apostando por la centralidad de las nuevas tecnologías como forma de lograr esta innovación democrática, introducen en el debate el elemento que Rosanvallon (2007) denomina “contrademocracia”, cuyos mecanismos “tienen que servir para vigilar, denunciar y calificar a los gobernantes, en un proceso de control permanente de las instituciones”, y en el que las comunicaciones en red juegan un papel trascendental, por la capacidad que tienen de desarrollar sistema de vigilancia, control y alerta colaborativa.

Frente al ideal de perfeccionamiento de la democracia que esconden las redes Ugarte y otros (2009:107) hablan de un marco político global en cierto modo contradictorio, enmarcado por las libertades civiles y el libre comercio como puerta del desarrollo, que “contrasta con la experiencia social de un nuevo tipo de identidades nacidas de las nuevas redes sociales distribuidas y desterritorializadas, identidades surgidas, por tanto, de una cierta vivencia de la abundancia y la plurarquía”. En este escenario, pronostican apoyándose en Bard y Söderqvist (2002), -que participaban del informacionismo como nuevo orden social y económico que vendría a sustituir al capitalismo-, el protagonismo de los netócratas, “una nueva clase social definida por su capacidad de relación y ordenación en las redes globales; una clase definida no tanto por su poder sobre el sistema productivo como por su capacidad de liderazgo sobre el consumo de los miembros masivos de las redes sociales”.

La idea de netocracia que desarrollan Bard y Söderqvist está inspirada en la tesis de Himanen (2002) de la ética hacker de la que hablaré más detalladamente en el siguiente capítulo, si bien estos autores plantean el riesgo de que los tecnócratas se conviertan “en una clase privilegiada y dominante, (...) una élite capaz de imponer sus miradas y libertades a un consumariado mayoritario y pasivo”. Ugarte y otros se apoyan en esta construcción y consideran que “la netocracia empezó a tomar forma en algún momento de los años noventa, ligada a las primeras oportunidades en Internet, la creación y los pequeños mercados de asesoría tecnológica. La emergencia de la sociedad red les permitió a los netócratas colarse marginalmente en los medios de comunicación de masas, al tiempo que sus redes virtuales se beneficiaban del crecimiento general de la web y del número de conexiones privadas a Internet. El cambio de siglo les encuentra curtidos por las guerras de la sociedad de la información, en movimiento y dueños de su destino” (Ugarte y otros, 2009:111). En todo caso, el concepto de netocracia es importante en la medida que se configura en “un mundo transnacionalizado que no conoce territorios y que supera la forma en la que se entendía en viejo mundo anterior a la globalización, definido por el territorio que era, sobre todo, un espacio político, cultural y de mercado identificado, según los casos, con la región o la nación” (Ugarte y otros, 2009:112).

6.1.4. Sociedad red y movimientos sociales: De las redes descentralizadas a las redes distribuidas

Esta estructura reticular formada por nodos y basada en el paradigma del informacionismo fue entendida por los movimientos sociales de finales del siglo XX como una gran oportunidad para renovar sus luchas. La crisis del capitalismo y el estatismo de la sociedad industrial contribuyó de forma decisiva a configuración de un nuevo escenario político llamado globalización, permitió a los nuevos movimientos sociales de carácter cultural (“orientados hacia una transformación de los valores de la sociedad”, en palabras de Castells) desafiar el patriarcado, el productivismo, la uniformidad cultural,

el poder estatal y el militarismo, apoyándose en la revolución de las tecnologías de la información y la comunicación, y creando *redes sociales de poder*.

No obstante, autoras como Mezquita y Padilla (2006:88) realizan una mirada crítica al fenómeno exponiendo que “la crisis de los movimientos sociales se sitúa en torno a los años noventa”, época en la que (...) “las transformaciones sociales que se producen a partir de ahí pueden llamarse, según distintos autores, el paso de la sociedad disciplinaria a la sociedad de control, o de la sociedad fábrica a la sociedad metrópoli, o de la sociedad industrial a la sociedad red, según pongamos el acento en las formas de dominación, las formas de lo social o las formas de producción, dando lugar al mundo tal y como ahora nos ha tocado vivirlo”. Sin minusvalorar las aportaciones que la sociedad red realizó al mundo de los colectivos sociales, estas autoras no dudan en afirmar que “la sociedad red conecta tanto como margina”, conscientes de que la sociedad red (como antes quedaba destacado en palabras de Castells) se inserta en una nueva formulación del capitalismo que emerge tras el decaimiento de la sociedad industrial. Enfocándolo desde el feminismo, plantean que “el capital destruye los vínculos sociales para reconstruirlos en modo despolitizado. La comunicación afectiva se destruye para reconstruirse como inseguridad y miedo”, poniendo en cuestión el valor del individualismo en red del que Castells habla en algunas de sus obras.

El peligro de la virtualización hasta la muerte del que habla Castells y que muchos autores plantean como duda en los nuevos comportamientos digitales de los movimientos sociales es afrontado por el propio autor afirmando que “los movimientos sociales escaparon a su confinamiento en el espacio fragmentado de lugares y se aferraron al espacio global de flujos, (...) conservando su experiencia local y los puntos de aterrizaje de su lucha como fundamentos materiales de su objetivo último: el restablecimiento del significado en el nuevo espacio/tiempo de nuestra existencia, compuesto por flujos, espacios y la interacción de ambos. Esto es, construir redes de significado por oposición a redes de instrumentalidad” (Castells, 2008c:14). La combinación de estrategias digitales en Internet que les permitió afrontar un modelo de organización y adoptar nuevas estrategias de información, junto a las acciones simbólicas desarrolladas en las vidas locales y en la interacción cara a cara, les ha dado la posibilidad de encontrar un hábitat perfecto para los nuevos ciclos de acción colectiva desarrollados desde mediados de los años 90.

No obstante, el camino no es fácil para los propios movimientos sociales en este sentido, en la medida que “las nuevas tecnologías han asumido en los últimos años gran parte del impulso de transformación social que ha perdido la política, aunque no esconde su mirada a ciertos sectores *tecnoescépticos* que definían estas prácticas como *computopía*” (Moya, 2011:327). Este autor basa esa transformación social en “el predominio de los valores simbólicos sobre los materiales, la comunicación universal y la descentralización del poder”. Su mirada hacker le lleva a afirmar que “de acuerdo con

la hipótesis inicial, las nuevas tecnologías reflejan los valores y aspiraciones de quienes han trabajado y trabajan para gestar y desarrollar la base tecnológica de la nueva sociedad de la comunicación, (...) valores están desafiando los fundamentos valorativos de las formaciones económicas, políticas y culturales establecidas”, viniendo a corroborar el planteamiento de Castells de que (...) “estamos ante un nuevo paradigma en la relación entre tecnología y organización social, que es la clave del nuevo espíritu del informacionalismo”.

Por su parte, García Avilés enumera de forma esquemática tres procesos como factores del cambio de modelo: los cambios cualitativos aportados por la tecnología de la información; la crisis de los modelos económicos industriales y de los procesos capitalistas; y el despertar de movimientos sociales específicamente culturales, si bien resalta como elemento clave en esta revolución tecnológica “la sustitución del modelo analógico convencional para la transmisión de señales por un modelo digital” que permitió (...) “optimizar los canales de comunicación, no solo desde un punto de vista cuantitativo (transmisión de un número mayor de señales y disminución del umbral de error), sino con la posibilidad de transportar señales compatibles entre sí” (García Avilés, 2015:97).

El modelo de sociedad red permite ir pasando progresivamente de un sistema de redes descentralizadas a otro de redes distribuidas, en el que por definición “nadie depende de nadie en exclusiva para poder llevar a cualquier otro su mensaje (Ugarte, 2007:53). En ambos modelos de red todo conecta con todo, pero en las distribuidas la diferencia radica en que el emisor “no tiene que pasar necesariamente y siempre por los mismos nodos para poder llegar a otros”, según explica Ugarte que cita a Bard y Söderqvist (2002) para determinar que “lo que define una red distribuida es que todo actor individual decide sobre sí mismo, pero carece de la capacidad y de la oportunidad para decidir sobre cualquiera de los demás actores”, perdiendo de esta manera su carácter binario, generando un sistema de “pluriarquía” que cuestiona los fundamentos de la idea de democracia, “donde la mayoría decide sobre la minoría cuando se producen diferencias de opinión”.

Siguiendo con los mismos autores, el sistema pluriárquico explica porqué en las *redes distribuidas* no existe “dirección” en el sentido tradicional, pero también por qué “inevitablemente surgen en su interior grupos cuyo principal objetivo es conferir fluidez al funcionamiento y los flujos de la red”. Esta afirmación se puede interpretar, indudablemente, como mecanismo de supervivencia que les permite dotarse a estas redes de la capacidad de avanzar en propuestas. Desde esta mirada, una de las grandes críticas que ha recibido el movimiento de indignación, especialmente el 15M en España, es la excesiva horizontalidad y su extremo carácter asambleario, que en ocasiones lo convierte en una estructura con una limitada capacidad de tomar decisiones.

Este modelo de organización propio del 15M es definido por Castells como un movimiento asambleario, sin líderes, pero tampoco sin portavoces, “en el que cada uno se representaba a sí mismo y a nadie más”, lo que (...) “volvió locos a los medios de comunicación, ya que las caras de cualquier acción colectiva son ingredientes necesarios para la técnica narrativa de los medios de comunicación” (Castells, 2012:133). Abunda en la idea para decir que este comportamiento estaba presente en “la experiencia de las redes de Internet en las que la horizontalidad es norma, y no se necesita liderazgo porque las funciones de coordinación se pueden ejercer en la propia red mediante la interacción entre los nodos”. Redes distribuidas, al fin y al cabo, que rechazaron el liderazgo político que caracterizaba el modelo de organización contra el que el 15M se levantó, “convirtiendo la red en sujeto”.

Pero este planteamiento es previo al movimiento de indignación. Echart (2008:49) cita a Ibarra y Grau (2001) para recordar que “el movimiento contra la globalización neoliberal (...) se centra en la participación como eje integrador de los movimientos sociales, dimensión muy importante para analizar su papel en las relaciones internacionales, así como su relación con las organizaciones internacionales. En un mundo de luchas sociales, en el que se estaban definiendo nuevos modelos de organización, a los que todavía costaba ponerle nombre, todo se mueve en torno a la participación”. Esta autora pone de manifiesto el creciente sentimiento de empoderamiento que surge de las prácticas y visiones participativas de los movimientos sociales en la primera década del siglo XXI, en un contexto en el que “con la disminución de la intervención del Estado, el rol de la sociedad civil parece limitado a articular los intereses colectivos y asistir caritativamente a los sectores sociales que quedan marginados por no poder competir en el mercado, lo cual tiene repercusión en cómo se entiende la participación social”, de tal manera, que (...) “frente a esta forma de entender la participación, los movimientos sociales apuestan por modelos organizativos horizontales, asamblearios, antijerárquicos, aunque esto, a su vez, plantea el problema de la falta de liderazgo y de las estructuras informales de poder”.

El camino hacia la organización en redes distribuidas es imparable, percibiéndose una participación con dos dimensiones: participación de los movimientos sociales en las instituciones y participación de los/las individuos en los movimientos sociales y en lo público en general, que Echart (2008:50) resume como “participación por invitación” y “participación por irrupción”, recogiendo testimonios y experiencias de activistas sociales. La que Echart llama “participación por irrupción” es “por la que apuestan los colectivos que no aspiran a desarrollar ninguna actividad dentro del entramado institucional”. Se trata de “acción colectiva no institucionalizada”, en la que se situarían (...) “los movimientos contra la globalización neoliberal”. Resulta interesante esta idea de participación por irrupción, en la medida que configura la base de un nuevo modelo de organización reticular. Frente al que considera modelo “institucionalizado” de ONGD, más cómodas en el modelo de participación por invitación, la idea de la participación

por irrupción es desarrollada por colectivos “más centrados en mejorar las redes de intercambio de información, conocimiento y experiencia”, frente a aquellas organizaciones que priorizan la necesidad de participar en consejos consultivos e incluir temas importantes en documentos oficiales, entendiendo que “este modelo de participación profundizará la democracia del sistema político”.

Aunque ambos modelos se han mostrado a lo largo de los últimos años como no excluyentes y perfectamente complementarios, no es menos cierto que representan un debate abierto en el seno de los movimientos sociales, sobre sus formas de organización y relación, y sobre todo, sobre cómo conciben la participación y la transferencia que aspiran a realizar desde sus prácticas y experiencias hacia los espacios institucionales, si ello es posible y deseable.

La idea de participación a partir de los años 90 cambia, de la misma manera que cambia el contexto en el que se inserta la lucha social de los movimientos sociales en un ambiente de creciente activismo transnacional, analizado por Tarrow (2010). Por un lado, aparece un espacio de lucha y de resistencia a los aparatos institucionales, y por otro, se potencia lo que autores como Banaszak (2005), Pierson (2007), Santoro y McGuire (1997) o Tilly (1978) denominan “activismo institucional”, caracterizado por la capacidad de acceder a recursos institucionales y al proceso de toma de decisiones en el ámbito formal. Desde esta perspectiva, es evidente que se conforman diferentes modelos de participación, más horizontales o más verticales.

En la línea de lo apuntado por Echart, esta dicotomía es estudiada por Tarrow, que define el espacio de oportunidades políticas internacionales en las que, según este autor, se pueden adoptar dos roles con respecto al sistema: el de participación y el de oposición. Los de participación, propio de los “insiders” son conocidos “por gravitar ante las instituciones internacionales y participar en actividades de servicio y defensa altamente institucionalizada, así como (...) ejercer presión y colaborar con las élites internacionales hasta el punto de la cooptación”. En contraste, los “outsiders” que defienden el modelo de oposición, “desafían las políticas de las instituciones internacionales y, en algunos casos, impugnan su existencia” (Tarrow, 2010:52). Este conflicto de visiones, que Tarrow escenifica mediante la dicotomía insiders/outsiders, es cuestionado por autores como Pettinicchio (2012:506), que apoyándose en autores como Goldstone (2003:8) discuten la dualidad planteada por Tarrow, argumentando que “los movimientos sociales pueden operar simultáneamente tanto en el interior como en el exterior para influir en el cambio social”.

Admitiendo que los movimientos sociales comparten fronteras difusas en sus formas de entender el activismo, y que la conveniencia del activismo institucional ha sido no pocas veces fuente de discusión, dado que gran parte de los movimientos sociales rechazan estas prácticas por considerarlas desmovilizadoras, no cabe duda de que el

debate sobre los modelos de participación tienen una relación directa con los modelos de acción colectiva que proponen.

6.2. Las políticas insurgentes derivadas de la apropiación de las redes

A lo largo de su obra Castells relaciona su teoría de la sociedad red con los movimientos sociales desde la idea de que “donde quiera que haya dominación existe una resistencia a la dominación, ya sea política, cultural, económica, psicológica o de otra índole”, afirmando que (...) “en todas las sociedades conocidas, existe el contrapoder bajo diferentes formas y con intensidad variable, como una de las pocas leyes naturales de la sociedad, verificada a lo largo de la historia”. En esta aproximación que el autor hace a los movimientos sociales, afirma que “en la mayoría del mundo el crecimiento de movimientos sociales, que aparecen en diferentes formas y con sistemas marcadamente contrastados de valores y creencias, aunque opuestos a lo que a menudo definen como capitalismo global. Estos movimientos realizan acciones colectivas y desarrollan políticas insurgentes destinadas a (...) cambiar los valores e intereses institucionalizados en la sociedad, lo que equivale a modificar las relaciones de poder” (Castells, 2008c:13).

Desde este planteamiento aborda la idea de contrapoder como “la capacidad de los actores sociales para desafiar y finalmente cambiar las relaciones de poder institucionalizadas en la sociedad” dentro de un mundo con gran diversidad cultural y política. Estas relaciones de poder “actualmente se estructuran en una red global y se agotan en el ámbito la comunicación socializada, los movimientos sociales también actúan en la estructura de esta red global y participan en la batalla por la opinión interviniendo en el proceso de comunicación global. Piensan de forma local, arraigados en su sociedad, y actúan de forma global, haciendo frente al poder donde estén quienes lo ostentan, en las redes mundiales de poder y en la esfera de la comunicación” (Castells, 2012:22).

Junto a la idea contrapoder, Castells introduce una de sus contribuciones más importantes para los movimientos sociales: el concepto de autocomunicación de masa, que “proporciona un extraordinario medio para que los movimientos sociales y los individuos rebeldes construyan su autonomía y hagan frente a las instituciones de la sociedad en sus propios términos y en torno a sus propios proyectos”. Pero si hay algo paradójico en este concepto es el hecho de que la autocomunicación de masa se basa en el progreso de una tecnología de comunicación individual, de manera que, a pesar de todo, constituye una de las herramientas más importantes para los movimientos sociales en la era de la globalización. “La autocomunicación de masa a través de los nuevos medios de comunicación digital ha permitido a los movimientos sociales desarro-

llar nuevas formas de organización y políticas insurgentes, en clara ruptura con las formas tradicionales de organización de los partidos, sindicatos y asociaciones de la sociedad industrial" (Castells, 2008c:14).

Para desarrollar su teoría de poder en la sociedad red, Castells introduce numerosos elementos que conceptualiza de forma detallada; en primer lugar, plantea un escenario de interacción entre el cambio cultural y el cambio político, que lleva al cambio social. Este escenario está habitado por los "movimientos sociales", que son los actores sociales que aspiran al cambio cultural y en él se desarrollan procesos que aspiran al cambio político, denominados "políticas insurgentes". En este recorrido, es importante destacar el hecho de que "los movimientos sociales se forman comunicando mensajes de rabia y esperanza", de manera que (...) "los movimientos sociales y políticos, insurgentes o no, florecen y viven en el espacio público", que se configura como (...) "el espacio de la interacción social y significativa donde las ideas y los valores se forman, se transmiten, se respaldan y combaten; espacio que en última instancia se convierte en el campo de entrenamiento para la acción y la reacción" (Castells, 2009:393). En este sentido, Castells es rotundo: "el poder en la sociedad red es el poder de la comunicación" (Castells, 2009:85).

Castells llega a la conclusión de que "el proceso de cambio social precisa una reprogramación de las redes de comunicación en cuanto a sus códigos culturales y los valores e intereses sociales y políticos implícitos que transmiten" dado que (...) "en la sociedad red estas redes están programadas por las relaciones de poder incorporadas en ellas". El poder político ha ejercido históricamente "un control de la comunicación socializada", lo que le confiere el poder social, y determina que la política sea mediática, cuestión que se puede hacer extensiva "a las relaciones de poder enraizadas en el mundo de los negocios o en las instituciones culturales", de manera que (...) "las diferentes formas de control y manipulación de los mensajes y de la comunicación en el espacio público están en el centro de la construcción del poder" (Castells, 2009:396 y ss).

Esta "batalla de las imágenes y los marcos mentales que se desarrolla hoy en las redes de comunicación multimedia" (...), caracterizadas por ser "multimodales, diversificadas y omnipresentes", ofrece inmensas posibilidades para que "los movimientos sociales y las políticas insurgentes entren en el espacio público mediante la reprogramación de estas redes en torno a intereses y valores alternativos o mediante la interrupción de las conexiones dominantes y la conexión de redes de resistencia y cambio social" (Castells, 2012:26).

Así, Castells analiza la sociedad red desde una perspectiva de las relaciones de poder y contrapoder que se dan en ella, concibiendo dos procesos posibles: "por un lado, pueden aplicar la dominación existente o adquirir posiciones estructurales de domina-

ción; por el otro, también hay procesos de resistencia al poder, en nombre de intereses, valores y proyectos excluidos o subrepresentados en los programas y composición de las redes, de manera que la interacción de ambos procesos configuran las estructuras de poder". Desde el punto de vista de los movimientos sociales, el ejercicio del contrapoder en la era de la sociedad red por parte de los movimientos sociales se ha basado, por una parte en la "introducción de nuevas instrucciones y códigos en los programas de las redes", traducidos en la revisión de sus objetivos políticos y en la actualización de sus aspiraciones; y por otra en "bloquear los puntos de conexión entre redes que permiten el control de éstas por los metaprogramas de valores compartidos que expresan la dominación estructural", que se visibiliza en la propuesta de leyes, la denuncia de conexiones entre el mundo de la política o la empresa o el boicot a las infraestructuras materiales de la sociedad red (Castells, 2009:78 y ss).

El poder de las redes centrales que estructuran la sociedad se ejerce mediante el monopolio de la violencia, mediante la construcción de significado con discursos disciplinarios, por un lado, y mediante la capacidad de programación de las redes, por otro. Estos elementos sólo son posibles actualmente si se ejercen de forma global, mediante la conexión y la programación que garanticen un orden y una cultura global. Ante este panorama Castells afirma que "resistirse a la programación e interrumpir las conexiones para defender valores e intereses alternativos son las formas de contrapoder que ejercen los movimientos sociales y la sociedad civil -local, nacional y global- con la dificultad de que las redes de poder son normalmente globales mientras que la resistencia del contrapoder suele ser local. De qué forma alcanzar lo global desde lo local, mediante la conexión en red con otros lugares, cómo arraigar el espacio de flujos, es la cuestión estratégica clave para los movimientos sociales de nuestro tiempo". De igual manera, para hacer frente a la capacidad de programación de las redes centrales, "mediante redes de comunicación que organizan la comunicación socializada (...) los proyectos alternativos y los valores que plantean los actores sociales para reprogramar la sociedad también deben pasar por las redes de comunicación a fin de transformar la conciencia y las opiniones de la gente para desafiar a los poderes existentes" (Castells, 2009:84). Resumiendo, "para que las redes de contrapoder prevalezcan sobre las redes de poder incorporadas en la organización de la sociedad, tendrán que reprogramar la política, la economía, la cultura o cualquier otra dimensión que pretendan cambiar (...) y tendrán que activar las conexiones entre distintas redes de cambio social, por ejemplo, entre redes prodemocráticas y redes de justicia económica, redes feministas, redes de conservación medioambiental, redes pacifistas, redes por la libertad, etc". (Castells, 2012:34).

Probablemente, esta sea una de las grandes limitaciones internas que los movimientos sociales deben superar; la tecnología es una herramienta que por sí sola no permite el empoderamiento ciudadano. Las claves están en los usos insurgentes que se hagan de estas tecnologías. Sampedro y Sánchez (2011) pusieron de manifiesto las dificultades

que experimentó el movimiento del 15M en sus inicios, tan caleidoscópico, para convertir las emociones iniciales en propuestas, exponiendo que “no es fácil que las redes activistas y los nuevos ciudadanos gestados en Internet superen sus limitaciones y problemas de encaje mutuo. Son muy débiles por separado. Pero cuando suman fuerzas cobran forma de extraordinario contrapoder. El paso de las protestas a las propuestas será clave. Cómo se formulen las demandas y cómo sean gestionadas marcarán nuestro futuro inmediato, en lo social y en lo institucional”.

Más allá de las limitaciones que puedan encontrar en su capacidad discursiva los movimientos sociales, estos han entendido que el ejercicio del contrapoder se desarrolla en la arena mediática, principalmente. Candón resalta el hecho de que en las sociedades modernas occidentales “se expresan relaciones asimétricas en la capacidad de influencia de determinados actores sociales que se materializan en la posesión desigual de recursos materiales, pero también simbólicos”, de manera que (...) “cobran importancia las nuevas desigualdades de distribución de recursos en la sociedad de la información, como la disparidad de acceso a los medios que definen los significados con los que se construye la identidad individual y colectiva”. Sin quitar importancia al poder coercitivo que ejerce el Estado, el control del poder de los discursos se antoja fundamental, de manera que, “cualquiera que sea el campo de conflicto, la lucha política se encuadra siempre en el ámbito cultural y simbólico”. Candón realiza un recorrido de las causas que provocan esta relación asimétrica a la que hace referencia, centrándose fundamentalmente en la “exclusión y connotación de los movimientos sociales” en los medios de comunicación de masas, con especial mención a la invisibilidad que sufren, ya que “los acontecimientos que estos protagonizan no se convierten en noticia por lo que son excluidos de la agenda”, así como a la criminalización de sus acciones, tendencia que se produce con la magnificación de la violencia a la que se les suele asociar. Para salir de este círculo vicioso, los movimientos sociales hacen un uso insurgente de la red mediante acciones mediáticas en internet. La red les permite reducir la asimetría inicial y llamar la atención de los medios de masas para introducir sus prioridades en la agenda mediática e influir en la agenda pública a través de “la movilización de una masa crítica de personas”, mediante formas de comunicación muchos-muchos que permite la organización horizontal de grupos amplios gracias a la interactividad del medio, que permite “formas de participación activa y directa en el debate o la toma de decisiones” (Candón, 2012b:679 y ss).

Por otra parte, este autor considera fundamental la construcción de un marco de injusticia, un marco de acción, y un marco de identidad, “que supere el aislamiento de los individuos que conforman el público masivo de los medios tradicionales” como forma de control. De esta manera, “los movimientos tratan de contrarrestar este poder de los medios de dar forma a las percepciones del público atrayéndolo hacia sus medios propios en Internet” (Candón, 2012b:684).

Ronfeldt y Arquilla (2001) definen, no obstante, un panorama conflictivo en el proceso de empoderamiento por parte de las redes, con una serie de argumentos: el primero reside en que “las jerarquías tienen dificultades para luchar contra las redes”; la segunda es que “se necesitan redes para luchar contra las redes, lo que (...) no significa reflejar al adversario, sino más bien aprender a basarse en los mismos principios de diseño que ya ha aprendido sobre el surgimiento de las formas de red en la era de la información”; la tercera es que “quien domine la forma de la red primero y de la mejor forma ganará ventajas importantes”.

De esta manera, los movimientos sociales de la era Internet han utilizado la tecnología con fines insurgentes, mediante la apropiación de las redes de comunicación, un territorio en el que se sienten cómodos por su propia lógica participativa. La aspiración del cambio social pasa por un cambio social y cultural que necesariamente debe tener una construcción simbólica si quiere operar como agente de transformación de la realidad.

6.3. Activismo mediático y contrapoder en red

Partiré de una afirmación que realiza Waltz (2005:3) que cree que es “importante entender que alternativa y activista no necesariamente significan lo mismo”, refiriéndose a la comunicación. Los medios activistas, como implica el término, animan a los lectores a involucrarse activamente en el cambio social. Coyer y otros (2007:9) apuntan al respecto que “esta transformación necesita ser progresista -‘alternativa’ en el sentido de radicalmente político- ya que, de otra manera, los medios de comunicación activistas podrían abogar por acciones absolutamente generales, como votar por el político de su elección o por el voluntariado caritativo”.

A pesar de que esta tesis está llena de alusiones a la idea de activismo mediático, conviene recordar que vincular la idea de activismo con movimientos sociales y apropiarse del término desde una mirada de izquierda progresista es un error si no entendemos que el activismo en sí mismo es una práctica vinculada a la actividad humana, no determinada ideológicamente. Sirva de ejemplo la altísima producción mediática con una perspectiva activista de ciertos sectores neoconservadores, que en absoluto buscan en sus prácticas un cambio social.

Berardi realiza una amplia reflexión sobre el fenómeno del activismo mediático, considerando a este respecto que “el amplio movimiento de resistencia creativa y de información independiente que tomó el nombre de activismo mediático es un intento de superar este callejón sin salida filosófico, cultural y político en el que ha acabado la izquierda”. El término, para este activista y pensador italiano, “trata de redefinir la relación entre vida cotidiana e infósfera, por medio de la creación de redes de comunicación independiente, pero también por medio de la creación de escenarios mitológi-

cos alternativos. La tarea estratégica del activismo mediático es mantener activas, durante la mutación posthumana, las capacidades cognitivas, creativas éticas y estéticas cuya supervivencia está amenazada por las formas que dicha mutación impone al organismo biosocial. No se trata de mantener con vida al ser humano pretecnológico, sino de traspasar a *Anthropos 2.0* la empatía, la solidaridad, la colaboración no competitiva, la creatividad y, sobre todo, la sensualidad. La tarea estratégica del activismo mediático es salvar la capacidad sensible planetaria de la glaciación de los automatismos tecnolingüísticos y de la congestión de los automatismos psicótico-identitarios” (Berardi, 2007:183).

Es oportuno traer a colación en este punto a Uzelman (2005:13), que propone hacer “una distinción entre activistas de medios alternativos, aquellos que trabajan para reformar los medios de comunicación, y activistas de medios autónomos, aquellos que buscan eludir los medios de comunicación convencionales al fomentar nuevas formas de comunicación participativa y democrática”. Sin embargo, Coyer y otros (2007:9) consideran que “la distinción es entre las posiciones reformista y revolucionaria, la primera conduce a un acomodamiento con el status quo”, siendo esta última, en opinión de los defensores de los medios autónomos, “una vía más confiable para la transformación radical y estructural del mediascape”. Así, resumiendo a estos autores, que citan a Uzelman, los efectos de la actividad mediática de los movimientos sociales van más allá de la transmisión de información. “Al enfrentarse directamente a los principales medios corporativos, o al tomar medidas directas para evitarlos por completo, los activistas de los medios facilitan la propagación de los rizomas de los movimientos sociales” (Uzelman, 2005:17), si bien expresan su preocupación acerca de que (...) “las estrategias de medios alternativos puedan en realidad trabajar en contra de estas formas de organización y reforzar las jerarquías exigiendo el cambio de instituciones poderosas, lo que podría reforzar en algunos aspectos la legitimidad de estas poderosas instituciones” (Uzelman, 2005:25).

En el proceso de maduración de los nuevos espacios en los que se va desarrollando el activismo mediático, hay una búsqueda de independencia que los colectivos que van naciendo con vocación de explorar nuevos modelos de comunicación configuran como algo central. Poell y van Dijck afirman que “históricamente, los activistas han intentado obtener acceso a los medios masivos para comunicar con el gran público, de quienes dependía su visibilidad”. Ello ha provocado que estos activistas, en demasiadas ocasiones, “hayan tenido que hacer concesiones sobre cómo por presentarse públicamente”. Estos autores abundan en la idea, afirmando que este tipo de concesiones se han realizado “satisfaciendo la necesidad de los medios de comunicación de espectáculo, conflictos y extravagancias periodísticas personales”. Frente a esto, argumentan que “los activistas se han centrado en desarrollar y utilizar sus propias plataformas para la movilización de las protestas y la comunicación a fin de ser menos dependientes de los medios convencionales”, si bien, consideran que a pesar de los esfuerzos, “una de las

principales desventajas de los medios alternativos es que generalmente no permiten a los activistas aprovechar al público de masas y provocar un cambio en el poder mediático" (Poell y Van Dijck, 2015:527).

Pero el activismo mediático no consiste solo en abrir un blog o publicar un tweet, como resulta evidente; la accesibilidad y la facilidad de uso por sí solos no pueden ser el eje de una práctica informativa como ejercicio de contrapoder. En este sentido, "el activismo digital y telemático ofrece una serie de herramientas, de espacios, de canales y experimentos en los que recobrar la subjetividad política (la capacidad de participar activamente en la construcción de otros mundos posibles) individual y colectiva a través del cuestionamiento del orden discursivo y comunicativo (...), la socialización de saberes y técnicas como fuentes primarias del poder social (...) y la apertura de canales comunicativos participativos y horizontales, redes sin centro de recombinación y conexión de experiencias y métodos" (Barandiaran, 2003:21).

No cabe duda de que la experiencia y conocimiento acumulado por los movimientos sociales en sus prácticas comunicativas, mucho antes de que Internet fuera una realidad, constituyen la base del activismo mediático de hoy en día. Pero a ello hay que sumar todos los elementos y características que los nuevos medios han aportado, creando en el ámbito de los movimientos sociales un escenario mediactivista con características propias, perfectamente reconocible, identificable y diferenciable.

Tubella y Alberich citan a Castells (2009:88) para recordar que "lo que es históricamente novedoso y tiene enormes consecuencias para la organización social y el cambio cultural es la articulación de todas las formas de comunicación en un hipertexto digital, interactivo y complejo, que integra, mezcla y recombina en su diversidad el amplio abanico de expresiones culturales producidas por la interacción humana". En este sentido, defienden la interactividad y la asincronía como "otro aspecto esencial del carácter revolucionario de Internet, fomentado la fragmentación y la elección y dificultando el privilegio del control unívoco, base del poder a lo largo de la historia, recordando que Internet nos ofrece la posibilidad de acceder a información alternativa, diferente de la proporcionada las grandes agencias" (Tubella y Alberich, 2012:65).

Quintana presta especial atención a la capacidad narrativa de los sujetos para construir discursos, y cita a Ronfeldt y Arquilla (2001) para recordar que "las redes como otras formas de organización, se mantienen cohesionadas por las narrativas, las historias, lo que la que gente dice. Por eso, de quién sea la historia que gana es un aspecto vital de todos los tipos de conflictos en red". Estos autores abundan en su explicación diciendo que "aunque podría presentarse el análisis de este nivel desde un enfoque más tradicional, como el cultural, ideológico o político, los conceptos 'narrativas' e 'historias' parecen igualmente útiles y son más dinámicos para capturar cómo la gente realmente se comunica entre sí" (Quintana, 2014:77).

Abundando en esta idea, la misma autora, junto con Mario Tascón sostienen que “los conflictos en red se basan en la dinámica de las redes”, recurriendo a Ronfeldt y Arquilla también, para resumir que el hecho de que “una red sea o no efectiva depende de lo que ocurra en los siguientes cinco niveles: nivel organizativo (su diseño de organización), nivel narrativo (la historia que se cuenta), nivel doctrinal (los métodos y estrategias), nivel tecnológico (los sistemas de información) y nivel social (los lazos entre los miembros de la red)”, de manera que “las redes más fuertes serán aquellas en las que el diseño organizativo se sostiene con una historia ganadora y una doctrina bien definida, y en las que todo esto se estructura en torno a sistemas avanzados de comunicación y se basa en unos lazos personales y sociales fuertes” (Tascón y Quintana, 2012:255).

Desde esta mirada, Quintana sostiene que “las victorias en el nivel narrativo pueden ser por lograr alterar la agenda pública (dando visibilidad a problemas y realidades que permanecen ocultas) pero, sobre todo, por transformar el marco interpretativo (valores, categorías) en que estas situaciones se presentan y en el terreno de las legitimidades, las que se arrebatan y las que se ganan” (Quintana, 2014:78). Se apoya en palabras de Tarrow (1997) para constatar que una tarea fundamental de los movimientos sociales es la de “señalar agravios, vincularlos a otros agravios y construir marcos de significados más amplios que puedan encontrar eco en la predisposición cultural de una población y transmitir un mensaje uniforme a quienes ostentan el poder y a otros estratos” interpretando desde este enfoque el eslogan de los movimientos 15-M y Occupy, “Somos el 99%” o la denuncia, tantas veces repetida: “No es nuestra crisis”.

Pero hay algo importante que cambia en los procesos de acción comunicativa de los movimientos sociales en los últimos años. Para Quintana, “el proceso de enmarcado de los movimientos sociales mediante símbolos y metáforas sirve para identificarse y cohesionar al movimiento (crear identidades colectivas), autoafirmarse frente a observadores y antagonistas y fijar los valores y conceptos que conformarán el ‘campo de batalla’ en el que se ‘enfrentan’ los discursos, si bien para esta autora ese enmarcado ya no cumple la función adicional que “servía para comunicarse con un público amplio a través de los medios de comunicación de masas, y que se usan símbolos espectaculares, dramáticos o desproporcionados para atraer su atención”. Quintana defiende que esa vinculación entre el enmarcado y la captación de la atención mediática “desaparece en el ‘nuevo ecosistema mediático’ donde se ha modificado tanto el proceso de producción de las informaciones en toda su extensión, como los criterios de noticiabilidad” (Quintana, 2014:79).

Esta autora desarrolla una mirada retrospectiva sobre el papel que jugó en el 15M en España la movilización simbólica para la construcción de la identidad colectiva que surgió de aquellos días de ocupación, a partir de las historias que el propio movimiento

fue capaz de crear y del "nuevo ecosistema mediático" que se desarrolla con las prácticas comunicativas activistas de los movimientos sociales en los últimos años, perfeccionadas a partir de las herramientas y estrategias desarrolladas por el movimiento antiglobalización una década antes. En este análisis defiende que "el individuo dispone de herramientas, cuyo uso se ha democratizado, que permiten la creación y difusión de contenidos a una gran velocidad y en cualquier lugar o momento". Este hecho cambia los roles de los sujetos, de manera que el "destinatario" clásico en un esquema de transmisión lineal se convierte en "usuario" de un proceso circular. Esta evolución conlleva una modificación de las prácticas comunicativas desde las teorías de la comunicación. Sin llevar al extremo sus reflexiones, junto con Tascón habla del paso de la "agenda-setting" al "trending topic" y del "two step flow" a los "influencers", citando como ejemplos de visibilización que rompe con la agenda de los medios y la agenda política las páginas de Facebook en el caso de las movilizaciones en la primavera árabe en Facebook o el uso de Youtube para denunciar acciones de represión policial en Tahrir, Barcelona o Nueva York (Tascón y Quintana, 2012:83). Las redes sociales han permitido, por tanto, que la información que los medios desatienden acabe por saltar a los medios cuando el círculo de influencia se amplía. De la misma manera, reformula el "modelo de comunicación a dos niveles" que ponía el acento en la mediación que los líderes desarrollan entre los media los demás individuos del grupo, concediendo hoy en día un mayor protagonismo a los denominados "influencers", que definen como personas que "no solo con una audiencia amplia, sino que tienen la capacidad de condicionar las opiniones y comportamientos del resto".

Volviendo a Quintana (2014:80), esta autora insiste, reforzando alguna de las visiones ya expuestas aquí, que Internet presenta los atributos opuestos al sistema de comunicación de masas imperante durante décadas: Interactividad, reticularidad e hipertextualidad frente a pasividad, asimetría y secuencialidad. Esto permite concebir un "usuario como productor, editor y distribuidor de contenidos" en un contexto en el que los mensajes no se emiten, sino que "se difunden en red y se mantienen relacionados por los enlaces y los buscadores". Esta autora se alinea con la afirmación de que la tecnología no es la única explicación del desplazamiento de los medios en este nuevo ecosistema mediático, sino que gran parte de las explicaciones podemos encontrarlas en "el abandono de su función social". De esta manera, defiende que el activismo mediático actúa "saltándose el arbitraje del grupo evaluador y (...) creando sus propios medios para dar visibilidad a las protestas que se fraguaban ajenas a la atención mediática". Estos medios están basados en "la autonomía de los ciberactivistas de todo el mundo para informar de sus acciones y propagar los motivos de las mismas", algo que ya venía ocurriendo en los años previos con Indymedia.

Quintana señala otro fenómeno como explicativo del activismo mediático. Entiende que en ocasiones, "la chispa que inicia el proceso de las nuevas revoluciones no es solo el hartazgo ante una situación concreta, sino que esta se produzca ante el silencio

(cuando no colaboración) de los medios” (Quintana, 2014:80). Para ilustrar esta afirmación recurre al origen de la plataforma Ushahidi (una herramienta online para visualizar eventos en un mapa), surgida en Kenya en 2008 a partir de una alianza espontánea entre hackers locales y activistas en derechos humanos, cuyo fundamento no fue otro que tratar de visibilizar la ocultación por parte de los medios oficiales de los actos de violencia tras las fraudulentas elecciones presidenciales de 2007. Pero también cita el caso Wikileaks, o la argumentación del movimiento #Yosoy132 en México, del que destaca entre sus motivos “fundacionales” la falta de neutralidad, sobre todo de las grandes televisiones y muy particularmente Televisa, en la campaña electoral de 2012.

La conclusión de este recorrido es que como ya anticiparon Tascón y Quintana (2013) refiriéndose al movimiento 15M, “los indignados (en una gran parte las clases medias) han venido tomando esas redes como los nuevos medios de comunicación y difusión de ideas y actividades, a la vez que desarrollan una hostil actitud hacia buena parte del colectivo de la prensa convencional, al que acusan de, como mínimo, connivencia con el poder económico y político del cual emana la situación de crisis contemporánea.”

Por tanto, para Quintana (2014:84) las cualidades del activismo mediático se resumen en el aprovechamiento estratégico de los cambios experimentados por los movimientos sociales: “acceso a las tecnologías, difusión de habilidades y desplazamiento de los medios en su enfrentamiento con el poder y autonomía para informar”, que (...) “permite romper el silencio de los medios mainstream y dar visibilidad al discurso de la protesta o a episodios de confrontación que, de otro modo, hubiesen quedado ocultos o atenuados; la capacidad para crear ‘realidad’, ha hecho posible alterar valores consolidados (qué es aceptable, justo, lícito y qué no lo es...) y, aún más importante: el proceso de difusión de todo ello ha permitido articular redes de solidaridad y empatía, sustrato de las nuevas protestas, cuyas acciones trascienden, de forma cotidiana, el ámbito virtual”.

6.4. Caracterización del nuevo activismo mediático

Las prácticas mediáticas de los movimientos sociales han existido siempre, mucho antes de que Internet entrara en nuestras vidas. No obstante, las estrategias de acción comunicativa de la sociedad civil ha tenido siempre una alta dependencia de los medios masivos, que han ejercido de filtro en la construcción simbólica de sus luchas y aspiraciones. Los movimientos sociales, en general, tuvieron un escaso control sobre las representaciones mediáticas que se construían de sus identidades y acciones colectivas; y aunque hoy en día los grandes medios siguen construyendo los marcos referenciales del activismo para el gran público, la novedad es que la configuración de la sociedad red ha generado la posibilidad a los actores sociales de ofrecer alternativas a estas visiones y construir discursos contrahegemónicos. La visión activista de los nuevos medios ha sido teorizada por autores como Moya, que al analizar el caso Wikileaks

desde el espíritu de informacionalismo, siguiendo a Foucault, destacó el carácter parrésico de los nuevos medios, en la medida que “aumentan el coraje de decir verdad, son medios de participación ciudadana y de contrapoder y, por último, son ethopoyéticos, esto es: contribuyen a la formación del ethos, a la formación del sujeto en relación con los otros” (Moya, 2011:331).

Ya he hecho referencia en otro apartado a la reflexión de Castells relativa a que “en la sociedad red la batalla de las imágenes y los marcos mentales, origen de la lucha por las mentes y las almas, se dirime en las redes de comunicación multimedia”, aclarando que (...) “el proceso de cambio social precisa de la reprogramación de las redes de comunicación en cuanto a sus códigos culturales y los valores e intereses sociales y políticos implícitos que transmiten” (Castells, 2009:396). El objetivo de los movimientos sociales de asaltar el mundo del poder simbólico nunca fue tan accesible como en los últimos años, con el despliegue y el crecimiento masivo de las redes de Internet. La tecnología, como vehículo, ha ayudado a desarrollar estéticas y lenguajes en sintonía con el diagnóstico que realizó el propio Castells, al considerar que “en un mundo marcado por el crecimiento de la autocomunicación de masas, hay muchas oportunidades para que los movimientos sociales y las políticas insurgentes entren en el espacio público”, de manera que (...) “utilizando tanto las redes de comunicación horizontales como los medios mayoritarios para difundir mensajes e imágenes, aumentan sus posibilidades de promover el cambio político y cultural aunque empiecen en una posición subordinada dentro del poder institucional, los recursos financieros o la legitimidad simbólica” (Castells, 2009:396).

Las prácticas comunicativas de los movimientos sociales en las últimas décadas se han traducido en actos insurgentes cargados de significado político, más allá de los contenidos y los mensajes, y eso se ha configurado como una de sus características principales. Sirven no solo para contar historias, sino también para desafiar un poder simbólico que construye las imágenes de la oficialidad, y los marcos de la “normalidad”. Las primeras aproximaciones de autores como Barandiarán, consideran que “el activismo digital y telemático ofrece una serie de herramientas, de espacios, de canales y experimentos en los que recobrar la subjetividad política (la capacidad de participar activamente en la construcción de otros mundos posibles) individual y colectiva a través del cuestionamiento del orden discursivo y comunicativo (...), la socialización de saberes y técnicas como fuentes primarias del poder social y (...) y la apertura de canales comunicativos participativos y horizontales, redes sin centro de recombinación y conexión de experiencias y métodos” (Barandiaran, 2003:21).

No obstante, y a pesar de la autonomía comunicativa de la que dota Internet a los movimientos sociales, Castells advierte de la servidumbre que deben pagar los mensajeros alternativos: su adaptación al “lenguaje de los medios y a los formatos de interacción de las redes de comunicación”, ya que (...) “la libertad y, en última instancia,

el cambio social se entrelazan con el funcionamiento institucional y organizativo de las redes de comunicación” (Castells, 2009:397). No obstante, hay diferentes niveles de activismo mediático, públicos y marcos de comprensión que generan disidencia en los movimientos sociales con respecto a esta afirmación. La mimetización lingüística y la adaptación formal es considerada por no pocos grupos sociales como una renuncia a la idea de convertirse en contrahegemónica en cuanto que se identifica como alternativa.

Rentschler define “cuatro tipologías amplias del activismo mediático para ampliar sus definiciones y aumentar el número de prácticas posibles que están disponibles para los actores del movimiento social”, que identifica como “(1) los movimientos de reforma de los medios de comunicación, (2) la prensa alternativa, (3) el flak -que el autor define como el derecho de visibilización de las organizaciones que les permite presionar a los principales medios de comunicación para que abarquen los problemas que les afectan atendiendo a sus fuentes- y (4) el uso estratégico de las relaciones públicas y las técnicas de redacción de noticias” (Rentschler, 2003:530).

Por otra parte, las nuevas redes de comunicación que nacen con la aparición de Internet revolucionan el espacio comunicativo clásico, concebido hasta entonces como sistema unidireccional -basado en la existencia de un emisor, un mensaje transmitido mediante un canal, un código y un receptor- para convertirlo en un espacio de multi-transmisión, con nuevos roles respecto a los sujetos del proceso, en el que el flujo comunicativo evoluciona hacia una visión caleidoscópica de la comunicación de masas. Aunque esta nueva tendencia de la comunicación de masas no consigue acabar con el concepto de mainstream -fundamentalmente porque no constituye suficiente argumento para acabar con el control de medios y su poder de influencia por parte de los grandes conglomerados mediáticos, los poderes fácticos y los gobiernos-, supone una excepcional oportunidad de desarrollo para aquellos movimientos sociales más afines a la idea de una cultura de la participación, comprometidos con la idea del *feedback* o del *retorno comunicativo* que en épocas anteriores no habían podido experimentar, debido a la falta de medios técnicos que facilitaran esta faceta.

La aparición de Internet y el desarrollo de las nuevas tecnologías de la comunicación dotó de nueva visibilidad a estos nuevos medios nacidos de las necesidades de expresión de los movimientos sociales, que en su afán de distanciarse ideológica y estructuralmente de los medios de masas buscaron autoreferenciarse, experimentando un modelo de comunicación diferente del propuesto por los medios convencionales.

- La primera característica que definía estos medios es la de estar fuera del mercado de la comunicación, al menos en su visión massmediática. Más allá de la venta o búsqueda de un retorno económico para compensar el coste de producción, la mayoría de los medios que nacen en el mundo de las luchas sociales

están definidos por rechazar la información o la comunicación como una mercancía. Su visión de la comunicación como un derecho define la identidad de un nuevo modelo de comunicación para el que los movimientos sociales empiezan a definir un territorio común.

- La segunda característica que los define es la necesidad de atender informativamente problemas y realidades sociales a las que los grandes medios eran totalmente ajenos en sus coberturas informativas. Estos nuevos medios desarrollan progresivamente estrategias para poner en el foco de la actualidad situaciones y conflictos obviados por los medios de masas y romper la agenda informativa marcada por los intereses geopolíticos o geoestratégicos, a los que los medios masivos no son ajenos. No quiere esto decir que se abandone el modelo de comunicación basada en la propaganda, pero no cabe duda de que se exploran nuevas formas y métodos de comunicación mucho más técnicos y adecuados para confluir con audiencias y públicos que carecían de posibilidad de acceder a otras fuentes de información.
- La tercera característica es la búsqueda de una independencia política y económica que le permita desarrollar su labor informativa acorde a sus principios y objetivos, sin las presiones y censuras propias de los grandes medios.

El hecho de que las tecnologías de la información y la comunicación han facilitado la acción comunicativa de los movimientos sociales, es algo que no ofrece muchas dudas. Pero esta aseveración no aclara mucho sobre si podemos hablar de un activismo mediático en sí mismo, donde la acción comunicativa pretenda ser transformadora y el objeto central del activismo, o simplemente ha servido para mejorar las estrategias y herramientas comunicativas en la acción política de los movimientos sociales. Carroll y Hackett (2006:83) polemizan en la primera década del siglo XXI poniendo de manifiesto que, “con alguna excepción (...) se han hecho relativamente pocos esfuerzos para teorizar sobre los fundamentos de resistencia y transformación” refiriéndose a las prácticas mediáticas alternativas.

Una de las conclusiones a las que llegan estos autores es que no podemos hablar de un perfil mediactivista unívoco. Pero de alguna manera tienden a buscar un perfil que los identifique, con sus matices, afirmando que “los activistas de los medios difieren no sólo en sus fuentes sociales sino en sus sitios y estrategias de intervención”, describiendo tres círculos concéntricos que conceptualizan sus orígenes. De esos tres círculos concéntricos, la posición central la ocuparían una serie de grupos ubicados en el entorno de las industrias de los medios, “cuya experiencia laboral o especialización profesional puede estimular la toma de conciencia a partir de la alienación, explotación

y/o restricciones a la creatividad y los derechos de información pública generados por un sistema de medios corporativos comerciales". El segundo círculo construido alrededor de este, estaría formado por "grupos sociales subordinados, cuya falta de capital social, cultural, económico o político está estrechamente relacionada con la maquinaria de representación massmediática y cuyos intereses a veces los ponen en conflicto con el orden social, especialmente cuando están organizados en forma de movimientos sociales que necesitan acceso a la comunicación pública para proseguir su proyecto político". Por último, el tercer círculo "comprendería sectores más difusos para los cuales la política y las prácticas de comunicación no son una preocupación central, pero que ocasionalmente pueden movilizarse en torno a las amenazas percibidas que los medios industriales pueden plantear a los valores democráticos humanos, no mercantilistas" (Carroll y Hackett, 2006:85).

En todo caso, plantean también una serie de diferencias de este activismo mediático en relación a los sitios y estrategias de intervención, definiendo cinco espacios en este sentido: "en primer lugar, la arquitectura institucional de las organizaciones de medios de comunicación, incluida la tecnología, la financiación, el control y el acceso a la producción y distribución; segundo, el proceso de producción dentro de las organizaciones de medios (incluyendo nociones de ética y profesionalidad, así como rutinas diarias y relaciones con las fuentes); tercero, el contenido, o textos, marcos, mensajes y programas difundidos a través de ese proceso de producción; cuarto, el público de medios de comunicación, cuya atención y negociación de los múltiples pero estructurados significados potenciales de los textos mediáticos condicionan su efectividad ideológica; y quinto, el entorno cultural y estructural de las instituciones de comunicación, incluyendo las políticas estatales hacia los medios de comunicación" (Carroll y Hackett, 2006:85).

No obstante, la relación entre nuevos medios y activismo no ha estado exenta de problemas. Bennett dibuja en los primeros años del siglo XXI un escenario confuso para los defensores de los modelos de comunicación alternativa, que consideran que "las perspectivas de disputar el poder mediático pueden parecer hoy más pequeñas que nunca", gracias a los nuevos medios. Sin embargo, este autor describe una amenaza importante, ya que "los observadores detectan una combinación de las tendencias mundiales de los medios de comunicación que han disminuido la cantidad, calidad y diversidad de contenido político en los medios de comunicación". Estas tendencias incluyen "el creciente monopolio de los medios de comunicación, la desregulación del gobierno, el surgimiento de noticias y sistemas de información comercializados y las normas corporativas que evitan la responsabilidad social más allá de los beneficios para los accionistas". El nuevo escenario descrito por Bennett de información comercial supone, a su juicio, una amenaza para los movimientos sociales, que pueden quedar marginados socialmente, en cuanto que no ofrecen respuestas a estos intereses mediáticos. El propio Bennett se pregunta: "¿Estos cambios en los sistemas de medios

han limitado las capacidades de los grupos que se oponen a los arreglos de poder establecidos para comunicarse entre ellos y con públicos más grandes? Dado que el espacio de contenido político se ha sacrificado a una programación más comercialmente viable, podría ser fácil concluir que los activistas políticos y las minorías están aún más alejados de la imagen de los medios de comunicación. Si este es el caso, la viabilidad política de nuevos movimientos podría estar en duda. Como lo expresó el politólogo alemán Joachim Raschke, al describir con dureza la importancia de los medios de comunicación para los movimientos: "Un movimiento que no llega a los medios de comunicación es inexistente" (Bennett, 2003a:17). Frente a este panorama, surge la duda sobre la efectividad y la capacidad de los nuevos medios al servicio del activismo, y su valor como herramienta de transformación social.

Lo cierto es que el uso activista de los nuevos medios, y más aún, el incipiente activismo mediático estuvo cargado de pesimismo en los primeros momentos del uso terminológico. La obsesión por encontrar las diferencias entre nuevos y viejos medios se plantea desde un inicio, como sugiere Barnett en un artículo que publicó apenas un par de años antes de la Batalla de Seattle, titulado "Nuevos medios, viejos problemas: Nuevas tecnologías y procesos políticos". En esta contribución, Barnett polemiza diciendo que "se afirma ampliamente que la nueva tecnología ofrece un gran potencial para ampliar los horizontes de la comunicación política y superar algunos de los problemas asociados con los medios tradicionales para promover el proceso democrático. Se argumenta que nuevas formas de comunicación fomentarán un mayor interés y participación en el proceso político que, a su vez, aumentará y enriquecerá la democracia. Sin embargo, aunque las insuficiencias de los medios tradicionales plantean serios problemas para el discurso político y la democracia, las dificultades empíricas y conceptuales que rodean a los nuevos medios de comunicación hacen su contribución al proceso político igualmente problemática. Mientras que los nuevos medios pueden ofrecer oportunidades para los grupos de élite en los márgenes, los medios de comunicación tradicionales seguirán dominando el discurso y la conducta de la política" (Barnett, 1997:193).

No obstante, estas características se vienen remodelando y redefiniendo en los últimos veinte años casi de forma diaria, con la transformación, evolución y aparición de nuevas técnicas, herramientas, y consecuentemente, nuevos espacios de acción comunicativa que están en cambio permanente, razón por la cual resulta tan complicado hacer una foto fija de los mismos, en los que la capacidad de adaptación es decisiva para poder hacerse con la atención de los públicos.

6.5. Denominaciones y significados políticos en el nuevo activismo mediático

6.5.1. Revisión terminológica de las experiencias mediáticas surgidas en el entorno de los movimientos de protesta

Es evidente que no es fácil de analizar semánticamente términos que tienen una importantísima carga ideológica y política, y cuyo uso por parte de los movimientos sociales no es en absoluto inocente. Cómo han denominado los movimientos sociales a su modelo de comunicación constituye un claro ejercicio de alineación en el espectro ideológico que los movimientos de protesta han ocupado, con sus matices y sus diferencias.

Hace algunos años, Pajnik y Downing (2009) se esforzaron en crear un término que englobara todas las experiencias nacidas en los entornos del activismo mediático, pero huyendo del concepto de “medios alternativos”, demasiado manido y con muchos significados, no solo semánticos, sino incluso ideológicos. El propio Downing describió el concepto de “comunicación alternativa” como una “denominación insípida, dado que todo es una alternativa de algo” (Downing, 2001:IX), algo en lo que insistió casi una década después en una conferencia organizada por la Cátedra UNESCO de Comunicación celebrada en Barcelona (Downing, 2010), en plena revisión de las estrategias mediáticas de los movimientos sociales; en este sentido se pregunta “si el término ‘medios alternativos’ se refiere exclusivamente a medios de izquierda políticamente progresistas que apuntan a desafiar al capitalismo y al poder corporativo, o el término también incluye medios conservadores, derechistas y represivos” (Downing, 2001:88). A pesar de esta contundencia con la que se refiere a la idea de comunicación alternativa, el propio Downing resalta, no obstante, la defensa del término que hacían autores como Silverstone (1999) y Atton (2002) admitiendo que la misma vaguedad del término nos provoca reconocer el hecho de que las costumbres culturales cotidianas están llenas de una diversidad extraordinaria de expresiones de medios alternativos.

Ante esta afirmación, autores como Sandoval y Fuchs (2010:141 y ss) se preguntan si tiene sentido considerar ambos como medios alternativos, o debería el término “alternativa” (refiriéndose a la comunicación) ayudar a distinguir el tipo de movimientos, grupos, intereses y visiones del mundo que fundamentan la producción de los medios. Previamente a su posicionamiento, creen que “una cuestión decisiva es si el término ‘alternativa’ consiste sólo en plantear una alternativa a los medios de comunicación, o si el término implica que tales medios quieren desafiar todas las formas de dominación y fomentar alternativas sociales al capitalismo”. Estos autores no creen que los principios organizativos (la organización participativa, colectiva, las estructuras horizontales y la financiación no comercial) constituyan la diferencia que gran parte de la literatura

científica establece como fundamental con respecto al resto de medios, ya que “también los conservadores prestan cada vez más atención a la producción de medios ascendente”.

Dicho esto, Sandoval y Fuchs entienden que los medios alternativos pueden entenderse de dos formas diferentes:

- Como medios participativos, en la medida que los equipara a medios comunitarios. Desde este enfoque, consideran que “los medios de comunicación participativos enfatizan que el potencial de los medios democráticos se puede lograr abriendo el acceso a la producción de medios”. Citando autores a los que ya he analizado anteriormente, afirman que “en la obra de Bertolt Brecht, Walter Benjamin y Hans Magnus Enzensberger, se pueden encontrar ideas sobre una organización participativa del sistema mediático, los cuales imaginaban un sistema mediático en el que los medios permitían el diálogo y el intercambio comunicativo y en el que cada destinatario también podía convertirse en productor.” Yendo al detalle, creen que “los enfoques de medios comunitarios se centran en los actores colectivos y en el empoderamiento de los individuos”, entendiéndolos en este sentido como “medios de comunicación que sirven a una comunidad geográfica específica o una comunidad de interés y permiten a los no profesionales participar activamente en la producción, organización y gestión de los medios de comunicación”. De esta manera, estos enfoques de medios participativos consideran la participación en los procesos de producción de los medios de comunicación, así como en los procesos de gestión, como característica central de definición de los medios alternativos. No obstante, Sandoval y Fuchs plantean una crítica a la idea de medios participativos basada en tres argumentos: el primero, es que “los medios participativos a pequeña escala a menudo siguen siendo marginales, lo que provoca el peligro de una fragmentación de la esfera pública” -en palabras de Habermas-, (...) “y en la medida que rechazan los procesos de organización profesional sufren de falta de recursos, lo que dificulta la visibilidad pública y el establecimiento de una amplia esfera contrapública, factor que consideran necesario para concienciar sobre el carácter represivo del capitalismo y para apoyar las transformaciones sociales radicales”; el segundo es que “los procesos de producción participativos no necesariamente tienen que ser emancipatorios, sino que también pueden ser utilizados para avanzar en propósitos represivos”, en línea con lo apuntado por Downing al inicio de este epígrafe, defendiendo que (...) “la producción participativa no debe ser considerada como emancipadora como tal”, ya que (...) “las definiciones de medios alternativos, que se centran exclusivamente en los procesos de

producción participativos, no pueden distinguir entre usos emancipatorios y medios represivos”. La tercera crítica se basa en que “el uso de procesos de producción participativos como criterio decisivo para definir medios alternativos excluye muchos medios de oposición que proporcionan contenido crítico, pero hacen uso de estructuras de organización profesional”, abundando en que (...) “el argumento de que la producción participativa no es un criterio adecuado para definir medios alternativos tampoco significa que los medios participativos no deban ser considerados como medios alternativos, ni que los medios alternativos no deberían aspirar a emplear componentes participativos en la estructura organizativa”.

- Frente a la idea de “medios participativos”, proponen la idea de “medios críticos”, basándose en una “comprensión dialéctica del sistema mediático, en la asunción de una relación dialéctica entre los actores mediáticos (productores y receptores) y las estructuras mediáticas (forma económica del producto, contenido de los medios de comunicación, etc.), de manera que (...), desde esta comprensión dialéctica de los sistemas de medios se pueden contrastar los medios de comunicación capitalistas con un modelo ideal de medios alternativos”.

Este gran escenario mediático, creado con la contribución de modelos y estrategias muy diferentes, constituyen un ecosistema de medios que, a pesar de las discrepancias y matices ofrecidos por los diferentes autores, podríamos denominar alternativos, en la medida que contribuyeron de muy diferentes medidas a la construcción de un espacio informacional y de creación de opinión que los grandes medios, el mainstream, habían despreciado.

Quizá el concepto de medios alternativos no sea más que un cajón de sastre, evidentemente superado la compleja realidad de la ‘sociedad red’ (Castells, 1997a:505) o la ‘polis de los medios’ (Silverstone, 2010:48). Sin embargo, y aunque el propio Silverstone no fue uno de los primeros autores en hablar de medios alternativos, si fue uno de los más claros defensores de su uso, sin complejos, y en estudiar su fisonomía en la década de los 90, diciendo de ellos que “han creado nuevos espacios para las voces alternativas que proporcionan el foco tanto para los intereses específicos de la comunidad, así como para el contrario y lo subversivo, aunque admita la dificultad de definirlos por su complejidad y variedad” (Silverstone, 1999:103).

Lo cierto es que el esfuerzo de conceptualización de los diferentes autores muchas veces tiene que ver con los usos políticos que se le quiere atribuir al concepto, o con las propiedades tecnológicas del mismo, pero difícilmente con ambos. La revisión que realiza Downing (2008), en la que pretende inaugurar un nuevo escenario mediático marcado por los aspectos tecnológicos, o relacionados con la economía de los medios,

más que por el trasfondo político, tiene un pasado. El propio Downing habla muchos años antes de “medios radicales” y de “comunicación rebelde” (Downing, 2001:12) atribuyendo en las décadas finales del siglo XX una clara carga política a los modelos de activismo mediático desarrollado con los inicios de Internet. En cualquier caso, huyendo de la estigmatización a la que pudieran estar sometidos los términos “medios alternativos” o “comunicación alternativa”, Pajnik y Downing (2009:9) definieron la existencia de “nanomedios”, con la intención de abordar el interés científico sobre los medios alternativos desde una doble perspectiva: por un lado, resaltar la importancia y el impacto de las nanotecnologías en el mundo actual y su contribución al mundo de las comunicaciones de los movimientos sociales; por otro lado, para dar importancia a la dimensión micro frente al mainstream, y quitarse su obsesión con el poder de los grandes medios de comunicación (o ‘macromedios’).

Theranian (1999) citado por Cardoso (2008:132), distingue también entre “micromedios, mesomedios y macromedios, intentando identificar el tipo de relación entre diferentes medios de comunicación y el empoderamiento individual en el campo de la autonomía comunicativa y sociopolítica”. Para este autor, frente a los “macromedios”, a los que considera los agentes de la globalización (redes globales de satélites y ordenadores, la transferencia de datos, correo electrónico científico y profesional y publicidad comercial) y los “mesomedios”, que identifica con los agentes de integración nacional y movilización nacional (medios bajo el control de los gobiernos nacionales o de grupos de presión comercial), propone la idea de “micromedios”, que “funcionan esencialmente como instrumentos de poder hacia las fuerzas en la periferia del poder”. Cardoso pone en valor la propuesta de Theranian en la medida que constituye un buen punto de partida para el análisis de los procesos de mediación, sobre todo porque introduce una visión global de los medios de comunicación sin separar medios en función de las tecnologías, sino en función del objetivo que plantea su apropiación.

El uso del concepto de nanomedios pone de manifiesto quizá, más que ningún otro, de difícil equilibrio entre las visiones tecnofóbicas y tecnocéntricas retratadas por Marí (2004b:29) en la evolución experimentada por los movimientos sociales en este campo. Admitiendo que el factor tecnológico ha sido decisivo en la construcción de los nuevos modelos de acción comunicativa, no puede admitirse que por sí solo determine la existencia de estos.

Esta vía de debatir sobre la esfera “micro” de los medios fue abordada por otros autores previamente, como López y Roig cuando argumentan que “se ha aplicado a las experiencias de radiodifusión on-line la denominación de ‘narrowcasting’, en oposición al término ‘broadcasting’ con el que las naciones de habla inglesa se refieren a la prensa escrita y a las transmisiones por aire de radio y televisión”. Afirman que “con este neologismo se pretende demostrar que la naturaleza elitista de la Internet actual,

orientada a la personalización y a los mercados de nicho, es fundamentalmente incompatible con la esencia universalista de la radiodifusión” (López y Roig, 2006:21). En su propuesta, estos autores consideran que “el nuevo espacio no está aún bien definido y que son más los interrogantes que genera que las respuestas que ofrece”, si bien proponen profundizar sobre experiencias que sitúan a la radiodifusión digital en un espacio nuevo y propio, que ellos denominan “netcasting”, que busca superar la polaridad conceptual que proponen los términos “narrowcasting” y “broadcasting”, y que traslada el circuito underground local a la telaraña de la globalización. El fondo del debate, en realidad, no está provocado por la necesidad de encontrar un término o un concepto en sí mismo, sino por la necesidad de definir nuevos territorios mediáticos, desconocidos e inexplorados, teniendo como objetivo “la integración de las prácticas de radiodifusión digital con los discursos especulativos sobre el arte, que con demasiada frecuencia tienden hacia la mistificación de lo abstracto”.

Esta inquietud de identificar nuevos espacios comunicativos está presente en el trabajo de Pajnik y Downing anteriormente citado. Cuando realizan esta revisión conceptual no lo hacen desde una perspectiva exclusivamente tecnológica; aplican este concepto a medios de todos los tiempos. En cualquier caso, ambos autores realizan una mirada amplia sobre un complejo sistema de medios que ellos denominan de una forma general “nanomedios”, que incluyen no solo a los medios alternativos, sino a los que, citando a otros autores, analizan con cierto nivel de detalle, como *medios ciudadanos, medios tácticos, medios independientes, medios de contrainformación, medios de participación o medios de la economía social*.

No obstante, y ante la dificultad de encontrar un término suficientemente inclusivo, aunque defiende su propuesta de “nanomedios”, en un trabajo previo Downing consideró toda esta casuística, con sus matices, limitada y carente de profundidad, y se decanta por el concepto de medios de ‘movimientos sociales’, dado que “estos proyectos de comunicación sujetan a movimientos sociales de todo tipo, sean grandes o pequeños, constructivos o represivos” (Downing, 2008:42). La idea de Downing podría ser reconocida por un amplio espectro de movimientos sociales, pero no por todos, y ni mucho menos por actores sociales que no se consideran alineados frente a ningún tipo ni clase de movimiento. Downing no es ajeno a esta polémica, y trata de explicar qué entiende por movimientos sociales para aplicarlo a su idea de medios, y justificar este concepto de “medios de movimientos sociales”.

En la propuesta de Downing, el concepto de “medios de movimientos sociales” limita el espacio de acción comunicativa del amplio espectro del activismo a una determinada forma de organización y funcionamiento, enmarcada socialmente. El propio Downing admite que dentro de la categoría de movimientos sociales caben muchas propuestas y que difícilmente pueden ser articuladas de forma global por un concepto único, pero entiende que idea de “medios de movimientos sociales” es una forma de combinar las

ideas de “medios comunitarios”, a los que considera que “se enfocan principalmente en los menesteres no dramáticos de la vida cotidiana y por la cantidad de significados que soporta la palabra comunitario)” y “medios de red”, cuyo uso cree que “atrae nuestra atención hacia lo muy inmediato y dramático”. De esta manera, “medios de movimientos sociales”, según Downing “constriñe estas tecnologías de los medios y sus usos a las verdaderas relaciones sociales y cambios tecnológicos” (Downing, 2008:19).

De fondo hay una cuestión no resuelta por los movimientos de protesta, como es la del concepto de *medios de comunicación social*, una idea que el movimiento activista ha intentado apropiarse como solución cómoda (incluso romántica) al no haber encontrado una definición para sus prácticas comunicativas que no necesitara incluir la definición para ser entendida, sin profundizar en que todos los medios son de comunicación social por definición. El uso del término “social”, asociado al de medios, no los dota de una ética ni de unos fines propios, y ha sido más bien utilizado para contraponer el uso activista de los medios frente al uso capitalista, represor o manipulador de los medios. Castells (2009:88), de hecho, identifica “comunicación social” con “comunicación de masas”, en la medida que la comunicación se difunde al conjunto de la sociedad, cuando analiza el alcance del proceso de comunicación, diferenciándolo de las “comunicaciones interpersonales” en este sentido.

Aunque Castells (2009:394) también hace uso de la idea de movimientos sociales en los procesos comunicativos (definiéndolos como los actores sociales que aspiran al cambio de valores), los pone en relación con la idea de políticas insurgentes (procesos que aspiran al cambio político). El proceso de cambio social en el que intervienen estos dos elementos, movimientos sociales y políticas insurgentes, actores y procesos de la sociedad red, precisa de la reprogramación de las redes de comunicación en el espacio que Castells denomina “autocomunicación de masa”, una forma de comunicación interactiva caracterizada por la capacidad de enviar mensajes de muchos a muchos, en tiempo real o en un momento concreto, y con la posibilidad de usar la comunicación punto-a-punto, estando el alcance de sus difusión en función de las características de la práctica comunicativa perseguida. Para Castells, la idea de autocomunicación de masa no hace distinción de medios en función causas, sino que incide principalmente en los usos, uno de los cuales puede ser insurgente desde la óptica de los movimientos sociales.

Uno de los conceptos más utilizados por los movimientos sociales, a pesar de la falta de consenso del universo activista ha sido el de “contrainformación”. El prefijo “contra” de alguna manera posiciona un modelo que demasiados colectivos se resisten a asumir, de tal manera que contrainformación es un concepto forjado en la práctica de los movimientos sociales que lo acuñaron y se apropiaron de él, entendiendo que le otorgaban rasgos definitorios, especialmente en determinados ambientes reaccionarios. Berardi, en este sentido “considera que la práctica del activismo mediático tiene como

fin ofrecer a los movimientos sociales la información que el poder esconde o elimina o deforma: es una nueva forma de la vieja práctica de la contrainformación”, para enseguida objetar que (...) “la noción de contrainformación supone una concepción ingenua de la información. Al oponerse a la falsa información del poder la contrainformación insinúa la idea de que puede existir una información verdadera, objetiva, independiente de las estrategias comunicativas de los sujetos históricos. Es una visión ingenua, aunque haya sido capaz de poner en marcha procesos importantes de crítica del poder, de desvelamiento y de estímulo crítico”. El razonamiento que Berardi da para ello es que “el principal efecto del flujo mediático no afecta a los contenidos, no actúa sobre nuestra mente consciente, sino que trata de influir en nosotros de modo subliminal modelando nuestras reacciones cognitivas, formando hábitos mentales y sometiendo nuestra atención a un estrés que reduce la capacidad de reacción crítica y sobrecarga de estímulos nuestro sistema nervioso. La masa de estímulos informativos que lo alcanza se mueve a una velocidad mayor que nuestra capacidad de elaboración consciente. No será, por tanto, la difusión de mensajes contrainformativos dirigidos a la racionalidad de los individuos la que pueda reequilibrar la relación con la máquina informativa dominante. El público no tiene tiempo de examinar racionalmente el contenido de los mensajes: tiende más bien a ser orientado por flujos infoestimulantes” (Berardi, 2004:35 y ss).

Internet abrió desde el primer momento un mundo de posibilidades a nuevas prácticas informativas insurgentes, con otras perspectivas creativas que no sólo consistieran en digitalizar las barricadas; y en ese horizonte aparecen autores como Berardi que experimentan nuevos formatos y lenguajes, experiencias que le permiten renovar una terminología obsoleta. Pero por otra parte, no cabe duda de que Internet resucitó y dio una nueva vida a un concepto recluso en viejos usos, frente al poder manipulador de los grandes medios, y de la información comercial. López y Roig (2006:21) exponen que “Internet es el medio paradigmático de la contrainformación”, ya que (...) “hasta su irrupción podríamos hablar de su prehistoria, del underground del que ha salido para convertirse en el medio y el mensaje de las redes sociales. Desde las redes telemáticas la contrainformación se dignifica (rompe el estigma de la marginalidad), se hace visible (uno de los objetivos de los movimientos sociales) y redimensiona su relación con los medios de comunicación de masas con los que convive en la red en igualdad de condiciones técnicas”. Estos autores defienden el término en la medida que constituye un modelo de comunicación que “tiene más que ver con el empeño por estructurar medios desde y para los movimientos, medios de coordinación, espacios para el intercambio simbólico, para la puesta en común, terreno en el que los agentes de la movilización miden fuerzas, establecen alianzas, diseñan su estrategia” (López y Roig, 2006:42).

Algunos ejemplos del uso del concepto los podemos ver en Nodo50, uno de los proveedores de servicios de Internet que “viene proporcionando formación, contenidos, y servicios comunicativos a cientos de grupos y organizaciones del amplio espectro de

la izquierda política y social y que se define un proyecto de contrainformación” que trabaja (...) “por visibilizar los discursos insurgentes que no encuentran espacio en los grandes medios de comunicación convencionales. Frente a la conformación como únicos de los discursos funcionales al poder, apostamos por un Internet de las redes sociales, donde la reapropiación de una tecnología connotada ideológicamente pueda significar una mayor presencia de las resistencias organizadas” (Nodo50, 2008).

López y Roig (2006:27) citan el caso de “Molotov”, un periódico que nació en 1986 como un fanzine a cargo del colectivo KAOS en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense, (germen de la actual publicación quincenal “Diagonal”), “considerándolo pionero en la elaboración del concepto político de contrainformación, que se convierte en el paradigma de las herramientas políticas de la era pre-Internet”. Estos autores, para los que la contrainformación sirve, a la vez, para legitimar discursos insurgentes ocultados por la dinámica de los grandes medios y para remover las “estructuras”, recogen de manera detallada toda la casuística de experiencias contrainformativas surgidas con la popularización de Internet. Nodo 50⁶ abrió el camino en España en 1994, pero detrás de ellos llegaron Sindominio⁷, que puso en marcha la Agencia en Construcción Permanente (ACP) definida como “un servicio de noticias en tiempo real, con la peculiaridad de que no sólo se pueden colocar y leer noticias, sino que se pueden comentar, ampliar, debatir”; y La Haine⁸, que se define como un “proyecto de desobediencia informativa con una estructura dual de nodos territoriales y virtuales”.

En los primeros años del siglo surge un proyecto en la red (derivado de una experiencia anterior de radio) que quizá nos sirva para entender la complejidad de los términos y sus significados: Kaos en la red⁹, autodefinido “como un proyecto contrainformativo plural anticapitalista mundial”, cuyo slogan de cabecera es “información contrahegémica para el cambio social”, detalla que “el proyecto no ha dejado de avanzar en el terreno de la contrainformación o información alternativa con una fórmula abierta y horizontal que permitirá y permite la participación de todos y todas, siempre con una clara voluntad de unidad en la lucha sin otra pretensión que ser útiles a los parias de la tierra”.

Esta descripción que un movimiento como Kaos en la red, hace de sí mismo permite detectar que ciertos colectivos que usaban el término contrainformación con un marcado carácter identitario, no tienen inconveniente en combinarlo con otros como “comunicación alternativa”, o “comunicación para el cambio social”, probablemente en el proceso de evolución que experimentan junto con la sociedad en la que se insertan y

⁶ <http://nodo50.org>

⁷ <http://sindominio.net>

⁸ <http://lahaine.org>

⁹ <http://kaosenlared.net>

en la que encuentran sus públicos. Hay otras experiencias como Rebelión¹⁰, que se define como “un medio de información alternativa que publica las noticias que no son consideradas importantes por los medios de comunicación tradicionales”, definiendo entre sus objetivos (...) “dar a las noticias un tratamiento diferente en la línea de mostrar los intereses que los poderes económicos y políticos del mundo capitalista ocultan para mantener sus privilegios y el status actual”. En su ideario, a la vez, introducen la idea de medio participativo, en la medida que plantean “servir y ayudarnos de todos los grupos, colectivos y personas que trabajan por cambiar este mundo en una perspectiva radicalmente diferente, más justa, igualitaria y equilibrada social y ecológicamente y (...) contar con la participación y colaboración de todos”.

Sin embargo, atendiendo a su espíritu constituyente, probablemente Rebelión tenga más de medio contrainformativo que de alternativo, atendiendo a las palabras de Serrano (2003), cuando al relatar la historia de este medio argumenta que “si media docena de tipos, sin dinero, sin recursos, con solamente su ordenador personal son capaces de ser un referente en la contrainformación en castellano es porque a toda esa banda de vasallos y mercenarios de los grandes emporios económicos, que se enriquecen engañando, mintiendo y ocultando desde sus medios de comunicación están absolutamente desacreditados”, aunque por otra parte López y Roig (2006:33) manifiesten acerca de este medio que “se mantiene alejado de la fórmula contrainformativa clásica, haciendo énfasis en las colaboraciones de grandes firmas alternativas”.

El debate sobre la terminología es amplio y no está cerrado. La infinidad de matices impide una conceptualización demasiado rígida, que por otra parte no parece que sea conveniente. No obstante, conviene hacer esta aproximación para conocer los usos que los movimientos sociales hacen de estos términos y qué sentido le dan. Esto nos lleva a pensar que lo importante del debate sobre la terminología no reside tanto en la necesidad de catalogar conceptualmente las prácticas de la información alternativa, sino de comprender los escenarios mediáticos que genera y cómo se configuran *como contrapoder mediático*.

6.5.2. Hacia una teoría de los medios de comunicación alternativa: Significados políticos en el ecosistema de medios alternativos

Los teóricos de la comunicación se han esforzado durante años en buscar un término que consiga englobar la totalidad de los medios de comunicación alternativa. Esto ha provocado que, en ocasiones, el debate se centre en los conceptos, limitando el campo de visión de las prácticas comunicativas de los movimientos sociales, mediante un ejercicio de reduccionismo. El esfuerzo de la crítica por poner nombre al fenómeno, en realidad provoca un escaso interés en los movimientos sociales, más preocupados por

¹⁰ <http://rebellion.org>

orientar a fines concretos el uso insurgente de los medios a su alcance, que de ponerles nombres y apellidos; ya hemos visto cómo el uso del término *contrainformación* puede tener diferentes significados para los colectivos que se apropian de él, dependiendo del enfoque que se aplique en cada caso.

Autores como Fuchs plantean que las tipologías “deben ser siempre completas, es decir, capaces de mapear todos los enfoques existentes y basarse en un criterio teórico subyacente explícito” (Fuchs, 2010:174), criticando a modo de ejemplo teorías como la que propone Rauch (2007), que “distingue entre la definición de medios alternativos como contenidos alternativos, canales alternativos, fuentes alternativas o valores alternativos”, o poniendo en cuestión (por considerarla arbitraria e incapaz de explicar las diferencias y los puntos en común de los enfoques) la construcción tipológica de teorías de medios alternativos que realizaron Bailey, Cammaerts y Carpentier (2008), mediante la cual distinguen cuatro enfoques: (1) el enfoque de los medios comunitarios, que sostiene que la participación de los miembros de una comunidad en la producción de contenidos y la organización de los medios de comunicación es fundamental para los medios alternativos; (2) el enfoque que se centra en la provisión de contenido por medios alternativos como alternativa a los medios de comunicación convencionales (discursos a gran escala, estatales o comerciales, jerárquicos, dominantes versus discursos a pequeña escala, independientes, no jerárquicos, no dominantes); (3) el enfoque que utiliza la noción de medios *contrahegemónicos* que forman parte de la sociedad civil y forman una tercera voz entre los medios estatales y los medios comerciales; (4) finalmente, se pueden identificar enfoques que hablan de medios *rizomáticos* que son relacionales porque vinculan a diferentes grupos y movimientos de protesta, conectan lo local y lo global y establecen diferentes tipos de relaciones con el mercado y / o el Estado.

Fuchs considera que “los medios alternativos parecen ser un campo de investigación en gran parte descuidado” y se pregunta al igual que otros autores cómo se deben concebir, pretendiendo llegar más allá de definiciones vagas como la que ofrecen Watson y Hill (2003:172) que los consideran como las “formas *contrahegemónicas* que toman los medios para desafiar los sistemas establecidos jerárquicos, políticos, económicos y culturales”. En este sentido, Fuchs propone, más que definiciones, teorías de los medios alternativos, lamentando que “hasta ahora no se han establecido muchas conexiones entre la teoría de los medios alternativos y la teoría social” (Fuchs, 2010:174).

No obstante, el debate sobre los enfoques de la comunicación alternativa es tan complejo como el de los conceptos. A continuación, realizaré una aproximación a tres de las principales orientaciones que engloban la mayoría de tipologías, en función de sus usos y orientaciones.

6.5.2.1. El enfoque de los medios críticos

Cuando Fuchs habla de criterios teóricos subyacentes recurre a la distinción entre teorías sociales objetivas, subjetivas y dialécticas, de manera que la “distinción sujeto-objeto puede ser enmarcada como la distinción entre los enfoques orientados al proceso y al contenido en la teoría de los medios alternativos” (Fuchs, 2010:177). Desde esta perspectiva, Fuchs distingue dos opciones:

- Utilizar la clasificación de los procesos de producción auto-organizados como característica central de los medios alternativos, enfoque que excluiría muchos medios que ejercen una oposición de forma más profesional, entre los que cita a Monde Diplomatique, “que describe como probablemente la publicación alternativa más importante en términos de alcance y circulación global”. Siguiendo con su argumentación, “excluir este tipo de medios del marco de los medios alternativos sería un error, por el hecho de no tener estructuras de producción autoorganizadas o tratarse de medios de oposición que tienen importancia política para la izquierda”. En este sentido, propone distinguir entre “diferentes estrategias de medios alternativos que podrían ser apropiadas para diferentes contextos progresistas”. Por otra parte, señala el peligro de que los medios auto-organizados de pequeña escala sigan “siendo insignificantes y no puedan tener un potencial político transformador por su incapacidad de llegar a un público de masas”. Para Fuchs, estos medios “tienden a producir públicos fragmentados e inconexos a los que solo se accede por subgrupos aislados y socavan la posibilidad de una gran esfera de comunicación política a la que acceden todos los grupos e individuos explotados, oprimidos y excluidos”. La debilidad de este enfoque, reside para este autor en que “pueden ser considerados perfectamente formas de medios alternativos, pero subraya que no son aptos para apoyar y promover procesos de cambio político a gran escala”.
- Utilizar el enfoque de los contenidos de los medios alternativos, en la medida que se caracterizan como “medios críticos”, cuyo uso defiende el propio Fuchs, o como “medios radicales”, a los que Downing (2001:v) se refería como “medios, generalmente de pequeña escala y de muchas formas diferentes, que expresan una visión alternativa de las políticas, prioridades y perspectivas hegemónicas”.

Fuchs parte de la consideración de que, en la medida que se configuran como medios críticos, “los medios alternativos son medios de comunicación de masas que desafían las formas capitalistas dominantes de producción de medios, estructuras de medios, contenido, distribución y recepción” (Fuchs, 2010:178). De esta manera, analiza una serie de elementos que configuran uno u otro modelo de medio:

- Distingue entre periodismo de élite y periodismo ciudadano, concretando que “en el periodismo de élite se encuentra a los periodistas como una clase profesional de trabajadores asalariados que se enfrenta a las presiones corporativas y políticas, a la producción periodística condicionada por los procesos de poder y la acumulación de capital de estatus periodístico”, mientras que (...) “el modelo de periodismo ciudadano, independiente de las influencias y presiones corporativas y políticas, desafía este modelo de producción”.
- En función de los contenidos distingue entre medios tradicionales y medios críticos. A los medios tradicionales los considera “ideológicos, cuyo contenido se define estrictamente por lo vendible y lo popular, lo que de alguna manera puede traducirse en falta de calidad, complejidad y sofisticación”. Afirma que se caracterizan por la “simplificación de la realidad, emocionalismo y sensacionalismo, y solo tienen por objeto distraer a los destinatarios de la confrontación con problemas sociales reales y sus causas”. A los medios críticos los destaca “por su contenido de oposición que ofrece alternativas a las perspectivas heterónomas represivas dominantes que reflejan la regla del capital, el patriarcado, el racismo, el sexismo, el nacionalismo, etc., (...) expresando puntos de vista opuestos que cuestionan todas las formas de heteronomía y dominación, generando (...) contrainformación y contrahegemonía que incluye las voces de los excluidos, los oprimidos, los dominados, los esclavizados, los alienados, los explotados y los dominados”, con el objetivo de (...) dar voz a los sin voz, poder mediático a los indefensos.
- En cuanto a las estructuras organizativas, diferencia entre las corporaciones jerárquicas capitalistas de medios y las organizaciones de medios de comunicación de base. Las primeras se “financian vendiendo contenido a audiencias y / o publicidad”, con un sistema de división del trabajo tradicional basado en estructuras verticales. En las segundas, hay “propiedad colectiva y toma de decisiones de consenso por parte de los que trabajan en la organización, sin jerarquías y autoridades, distribución simétrica de poder y autogestión económica”. En la medida que son “no comerciales” aumentan su independencia y reducen sus estrategias de costos gracias a la supresión de la división del trabajo, superponiendo los papeles de autores, diseñadores, editores, impresores y distribuidores.
- Con respecto a la distribución, “en los medios tradicionales es una forma de marketing, que hace uso de la alta tecnología de distribución, especialistas y estrategias, departamentos de ventas, anuncios y contratación”, mientras que

los medios alternativos (...) “también utilizan tecnologías permiten una reproducción fácil y barata, o de acceso libre o contenido abierto que permiten compartir, copiar, distribuir o reeditar contenidos de forma libre, así como distribuidores alternativos que se centran en la distribución de títulos alternativos”.

- En el nivel de recepción, establece una distinción entre recepción manipulativa y crítica. En el primer caso, “el contenido se interpreta de manera que crea una falsa conciencia”, de tal manera que (...) “los receptores interpretan el contenido y como consecuencia la realidad en formas que no cuestionan la dominación, sino que sostienen, legitiman o permiten que las estructuras dominativas/heterónomas queden intactas”, mientras que en la recepción crítica (...), “el contenido se interpreta de manera que permita a los receptores cuestionar la dominación”. De esta manera, Fuchs considera que una interpretación del contenido de los medios es crítica “si la forma consumida o el contenido provoca percepciones subjetivas que permiten a los receptores cuestionar ciertas formas de dominación, desarrollar ideas de modelos alternativos de existencia que promuevan la cooperación y puedan guiar acciones transformadoras y luchas sociales”.

Fuchs es escéptico con las posibilidades de controlar los niveles de producción y recepción respecto los medios alternativos, razón por la cual prefiere centrarse “más en el contenido y la forma (los productos de los medios de comunicación)”, no sin aclarar que (...) esto “no significa argumentar que el proceso no es importante, pero sí que un requisito mínimo para hablar de un medio alternativo es su contenido crítico o la forma crítica”. En este sentido, reconoce que lograr “una dialéctica de producción de medios autogestionados y estructuras de medios críticos” exige la existencia de “medios de comunicación alternativos basados en la producción de contenidos críticos por parte de periodistas ciudadanos autogestionados, ampliamente difundidos, distribuidos y llegados a un público numeroso, que recibe contenido crítico y se hace activo en la producción periodística crítica”, lo que solo se puede dar en un escenario ideal para el periodismo, que (...) “sería el de un marco social diferente, que permita a todos los ciudadanos tener el tiempo, las habilidades y los recursos para que todos puedan actuar como periodistas críticos y receptores críticos al mismo tiempo y sus prácticas constituyan una esfera pública en la que las decisiones se tomen colectivamente en procesos participativos de base” (Fuchs, 2010:180).

Para este autor, “los medios alternativos no sólo deben ser entendidos como prácticas de medios alternativos, sino también como medios críticos que cuestionan la sociedad dominadora”, de tal manera que vincular los medios alternativos solo con perspectivas

anarquistas es insuficiente “porque tienden a idealizar la producción a pequeña escala y tienden a descuidar la orientación hacia el público político”.

Por otra parte, Fuchs (2008:181) incide en que los medios críticos lo son por cinco cualidades:

- La primera cualidad de los medios críticos es “la negación de la negación en el nivel de contenido”, ya que (...) “tales medios no aceptan las estructuras sociales existentes tal y como están configuradas, sino en lo que podrían ser”, de manera que (...) “su objetivo es el fortalecimiento de la cooperación y la participación y la creación de una sociedad participativa y cooperativa”.
- La segunda cualidad de los medios críticos es “la negación de la negación en el nivel de la forma”. De esta manera, “la forma en que se producen los medios críticos desafía la lógica humana de modo que esta percepción es superada y las posibilidades olvidadas del desarrollo social pueden ser soñadas”.
- La tercera cualidad de los medios críticos es “el realismo dialéctico a nivel de contenido. El contenido crítico de los medios es dialéctico y realista”, basándose (...) “en la suposición realista de que hay un mundo fuera de la cognición que puede ser percibido, analizado, publicado, criticado y cambiado”, de tal manera que (...) “la tarea de los medios críticos es descubrir y revelar la esencia detrás de la existencia que está ideológicamente distorsionada”. En este sentido, Fuchs afirma que “los medios críticos analizan fenómenos sociales no basados en la razón instrumental y la lógica unidimensional, operando (...) bajo el supuesto de que los fenómenos no tienen causas y efectos lineales, sino que son contradictorios, abiertos, dinámicos, y (...) basándose en la idea de que no sólo hay oportunidades o riesgos inherentes a los fenómenos sociales, sino también tendencias contradictorias”, desplegando un (...) “pensamiento dinámico complejo, un análisis de posibilidades reales y una dialéctica de pesimismo y optimismo”.
- La cuarta cualidad de los medios críticos es “el realismo dialéctico en el nivel de la forma”, lo que (...) “significa que la forma implica ruptura, cambio, no identidad, dinamismo y aceptación de lo inesperado”, de manera que (...) “la forma misma es contradictoria”.
- La quinta cualidad de los medios críticos es “la expresión materialista de los intereses de los dominados en el nivel de contenido”. Así (...) “el contenido de

los medios críticos es materialista en el sentido de que trata los fenómenos en términos de distribución de recursos y luchas sociales”, basándose (...) “en la injusta distribución de los recursos en la sociedad contemporánea” y (...) “tomando el punto de vista de las clases oprimidas o explotadas”.

6.5.2.2. El enfoque de la comunicación para el desarrollo y la comunicación para el cambio social

No cabe duda de que el término “comunicación alternativa” genera una gran controversia, y dentro del movimiento de protesta tiene sus defensores y detractores. Barranquero y Sáez (2010:4 y ss) hacen uso de dos conceptos como son “comunicación alternativa” y “comunicación para el cambio”. Esta dualidad que proponen, nos lleva a la definición de dos escenarios complementarios, pero diferentes:

- Por un lado defienden que “el ámbito de la ‘comunicación alternativa’ agrupa a los diversos modos de discurso presentes en la esfera pública que no forman parte de la esfera burguesa -a la que se oponen y de la que a menudo son excluidas-, sino que configuran más bien un espacio ‘plebeyo’ (término que toman prestado de Habermas, 2002), en el cual se expresan los deseos de todos aquellos sujetos y colectivos que, por razones de clase, etnia o género, entre otras, no son reconocidos como interlocutores válidos en el ámbito dominante” (Barranquero y Sáez, 2010:5). En esta línea, López y Roig (2006:43) defienden que “en un momento en el que la acción comunicativa de los movimientos se lleva a cabo en un espacio mixto, en el que confluyen redes sociales sobre redes tecnológicas, la contrainformación hace tiempo que se ha liberado de sus primeras limitaciones operativas para convertirse en un instrumento de dinamización y expansión de las redes de activistas a nivel global”, afirmando sin dudar que “los proyectos contrainformativos forman parte de la estructura interna de los movimientos y sus terrenos de expansión. Lejos de todo intento ilusorio de abordaje a las audiencias, lo suyo es la guerrilla, la irrupción fugaz, la construcción de redes subterráneas de resistencia política y de producción simbólica”.
- Por otro lado, defienden que la ‘comunicación para el desarrollo’ es “el saber aplicado que estudia el vínculo histórico, teórico y procedimental entre los procesos comunicativos y la mejora de las condiciones de vida humana. Más específicamente, el campo se orienta al diseño, ejecución y evaluación de estrategias de cambio social en el ámbito individual, social y medioambiental, ya sea con apoyo de una información de carácter instrumental o desde un enfoque eminentemente comunicativo, entendiendo que comunicación y desarrollo son dos esferas de la actividad humana íntimamente relacionadas; es decir, cualquier

proyecto transformador conlleva un modo u otro de entender la comunicación” (Barranquero y Sáez, 2010:6).

La propuesta de Barranquero y Sáez nos pone frente a una encrucijada. Afirmando estos autores que “la teoría de la comunicación alternativa es el ámbito de estudio orientado a investigar, teorizar y planear estrategias a partir de este tipo de experiencias comunicativas, incluyendo expresiones en soportes mediáticos diversos -prensa, radio, televisión, Internet- así como en otras vías de expresión cultural: artes plásticas, música, teatro, cómic, etc, desde la crítica y desde los propios movimientos sociales”, la idea de “comunicación alternativa” se confunde con la de “medios alternativos”. Para Barranquero y Sáez, “comunicación alternativa” no se opone conceptualmente a medios radicales, medios populares o medios ciudadanos, sino que “estos se convierten conceptualizaciones derivadas de las diferencias geográficas y epistemológicas” de la propia comunicación alternativa, “que expresan el ‘carácter situado’ de la generación del conocimiento”. Y como tal, “su análisis conjunto permite observar que todas estas tradiciones suelen definir su objeto de estudio como una comunicación orientada al cambio social, tanto por sus contenidos -todos aquellos a los que los discursos hegemónicos perciben como amenazas al status quo- como por sus estructuras organizativas -participativas, democráticas, transparentes-, procurando así una coherencia entre su discurso y su praxis” (Barranquero y Sáez, 2010:6).

Estos autores sostienen que ‘comunicación alternativa’ y ‘comunicación para el cambio social’ “comparten un programa común y algunas similitudes teóricas, metodológicas y prácticas”, que enumeran (Barranquero y Sáez, 2010:8 y ss) de la siguiente manera:

- La orientación crítica y el compromiso con una praxis transformadora, superando los límites de lo que la Escuela de Frankfurt no llegó a aplicar, “situando el punto de vista entre el ‘ser’ y el ‘deber ser’ de la comunicación; o lo que es lo mismo, entre el terreno de lo estrictamente observable y el de la utopía hacia la cual avanzar para construir un mundo más justo”.
- Metodologías participativas y localizadas, admitiendo que ninguna de las dos disciplinas pueden definir modelos universalistas o aplicables a todos los contextos desde una instancia externa, sino que “la metodología se define en comunidad y el comunicador se convierte en mero facilitador de procesos, o, lo que es lo mismo, un agente capaz de descubrir y articular el potencial participativo que reside en cada comunidad, y (...) el investigador externo deja de ser neutro y se involucra en el proceso de co-aprendizaje y co-desarrollo con la comunidad objeto/sujeto de estudio”.

- Interdisciplinariedad, hibridación teórica y perspectiva cultural, ya que “ambas perspectivas tienden a romper con la rigidez y la compartimentación propia de las ciencias sociales” y (...) “en ellas se hacen difusos los límites entre lo cualitativo y lo cuantitativo, lo ‘administrativo’ y lo ‘crítico’, lo analítico y lo aplicado, o lo estrictamente empírico y el ensayismo”. Desde esta mirada, hay una tendencia creciente a la interdisciplinariedad y en ambas perspectivas “la comunicación es observada más allá de la mirada hegemónica ‘informativa’ o estrictamente periodística” y (...) no se concibe como “la generación de productos, sino a que las comunidades se re-conozcan y se asuman, a largo plazo, como parte de proyectos de transformación estructural más allá de los marcos de interpretación hegemónicos que proyectan los medios convencionales”.
- La crítica a los modelos comunicativos imperantes “excesivamente verticales, persuasivos y convencionales” es otra de las características compartida en ambas perspectivas. Profundizan en la idea de que “frente a la compartimentación excesiva de los agentes del proceso comunicativo”, la comunicación alternativa y la comunicación para el desarrollo defienden la idea de “comunicación” como “proceso de relación entre dos o más sujetos, en el que, por medio de la participación equilibrada de un número representativo de actores, se construye, a largo plazo, conocimiento, cultura y cambio social”, vinculando de esta manera comunicación, participación y democratización.

Marí (2016:159; 2017:28) sostiene que “en la actualidad asistimos, en el contexto español, a un proceso de institucionalización y expansión del enfoque de la denominada Comunicación para el Desarrollo y el Cambio Social”. Marí, se alinea con Chaparro (2015:77) para afirmar que “el problema del nuevo objetivo de la denominación ‘cambio social’ reside en que el significado de la palabra ‘cambio’ no se mueve en una dirección concreta y puede ser promovido desde muchas consideraciones desde todo el espectro ideológico, (...) término que es utilizado por enfoques tan divergentes como la Mass Communication Research o la Teoría Crítica (...) por lo que se hace necesaria una verdadera genealogía del concepto, para ver cuáles son los conceptos dominantes”.

En este sentido, Marí recoge la idea de “comunicación para el empoderamiento”, señalando que resalta la toma de conciencia y la iniciativa de las personas y comunidades a la hora de impulsar procesos de transformación social, aunque duda de su valor teniendo en cuenta que se trata de un término promovido por el CFSCC (Communication for Social Change Consortium) de la Fundación Rockefeller, la misma que en su día

promovió el cambio de “comunicación para el desarrollo” a “comunicación para el cambio social” (Marí, 2016:161), cuestionando los límites difusos de estos términos y considerando que no ayudan a encontrar la clarificación buscada.

La polémica la detalla en profundidad Chaparro que recuerda que “la asociación de ambos términos, comunicación y desarrollo, surge en Estados Unidos en la década de 1950 desde la necesidad de influir en aquellas sociedades consideradas ‘atrasadas’ (no desarrolladas)”, afirmando con ello que (...) “no era comunicación para la democracia el fin perseguido: era comunicar e informar para implantar un modelo económico, ya que (...) comunicación y desarrollo no suman como binomio, sus significados resultan ser antónimos”. La crítica que Chaparro hace del término se basa en la idea de desarrollo utilizada, basada en “un modelo de sociedad que persigue maximizar el beneficio minimizando su redistribución, anulando la intervención desde lo público; los mercados como máquinas en perpetuo funcionamiento, con un marco legal mínimo y sin interferencia estatal para producir un crecimiento ininterrumpido”, para lo que recurre a Giddens (2000). Esta posición etnocentrista es intolerable para Chaparro, que defiende que “partir de que la cultura occidental goza de la patente del progreso es una presunción excesivamente pretenciosa y peligrosa”, de manera que (...) “el progreso sólo se entiende desde la diversidad y la heterogeneidad y no desde la homogeneización forzada, como pretende el capital” (Chaparro, 2013:32).

Chaparro sostiene que la ‘comunicación para el desarrollo’ es una estrategia, ya que “el éxito del desarrollo proviene de la creación de un discurso mediático hegemónico, capaz de construir representaciones para redefinir pobreza y riqueza desde fundamentos reduccionistas e infantiles”, y de esta manera (...) “la comunicación del desarrollo ha instalado en la población una percepción falsa de la felicidad, algo que inevitablemente contribuye a mantener las estrategias del mercado lejos de cuestionamientos éticos”.

Junto a la idea de desarrollo apareció la de sostenibilidad, que este autor considera un eufemismo, en la medida que un modelo irracional como el actual sistema económico no es sostenible “por más que nos empeñemos”. En todo caso, denuncia que “todo ello forma parte de las nuevas formas de mantener la colonización y se apoya en los mensajes emitidos y la modelación de la opinión pública”, asumiendo que (...) “frente a la evidencia de un planeta de recursos finitos que impide, con toda lógica, un crecimiento infinito, los medios de información colonizados por las corporaciones siguen embarcados en defender las tesis del desarrollo” (Chaparro, 2013:33).

Las teorías del desarrollo, en definitiva venían a promulgar la aspiración universal de eliminar la ‘pobreza’ (que Chaparro define como la diferencia entre los que tienen acceso a la sociedad del shopping y los que no), si bien apuntilla que “la mayoría de los

pueblos definidos como subdesarrollados no se sentían pobres, ni se cuestionaron jamás otra organización de su modo de vida”. Esa aspiración universal en realidad escondía la estrategia de generalizar la sociedad de consumo, que necesitó de los medios de comunicación como “herramienta perfecta para modificar los comportamientos de la sociedad e instrumentalizar la política, contexto en el que surge el binomio comunicación (información-propaganda) y desarrollo de manera perversa” (Chaparro, 2013:35). Este modelo de comunicación promovió los nuevos ideales que dan lugar a la sociedad de consumo como fuente de felicidad.

La “comunicación para el desarrollo” se transformó en “comunicación para el cambio social” a partir de la Conferencia Mundial de la Comunicación para el Desarrollo celebrada en Roma en 2006, en la que paradójicamente no se invitó a los movimientos ciudadanos, según Chaparro como parte de los artificios de la Fundación Rockefeller y la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, sin que aporte nada ni proponga un nuevo paradigma “en el que la comunicación actúe como agente catalizador de evolución hacia un nuevo modelo social y económico”.

Volviendo a Marí, este autor considera que “los términos desarrollo y cambio social son insuficientes para abordar problemas que tienen una naturaleza sociopolítica”, si bien defiende que (...) “el bagaje teórico y práctico de la comunicación para el desarrollo y el cambio social ofrece más posibilidades para pensar políticamente la comunicación que otros enfoques aplicados al estudio de la comunicación en el Tercer Sector, como pueden ser el marketing social, la publicidad social convencional o las relaciones públicas”. En este sentido, admite que “el núcleo original y rescatable de lo mejor de la comunicación para el desarrollo y el cambio social permite identificar en este enfoque su capacidad de impulsar procesos de transformación social en los que, desde la articulación ciudadana y de redes sociales, se lleven a cabo estrategias comunicativas que implementen modelos y estilos de comunicación más horizontales y participativos desde los que se anticipen otros modos de vivir que terminen por incidir en las estructuras económicas y políticas dominantes para transformarlas” (Marí, 2016:162).

En este sentido, este mismo autor defiende que “colocar la participación en el centro de las nuevas conceptualizaciones sobre la Comunicación para el Desarrollo y en el centro de las nuevas prácticas afecta, en primer lugar, a los modelos de comunicación implícitos en ellas. Requiere de una apuesta por los modelos dialógicos o sociopráxicos como los más coherentes y pertinentes para la emancipación social. Pero las novedades no se agotan ahí. La participación, como categoría central, debe llegar a los modos de gestión y de organización de los nuevos medios ciudadanos o comunitarios. A las metodologías empleadas para el diseño y evaluación de las prácticas sociocomunicativas impulsadas, con el fin de que se sitúen en la órbita de las metodologías participativas. En definitiva, la participación debe desbordar los límites del campo comunicativo

y tecnológico, para impregnar el conjunto de prácticas sociales transformadoras que están vinculadas a las iniciativas comunicativas” (Marí, 2010).

6.5.2.3. El enfoque de los medios comunitarios y populares

El enfoque comunitario de los medios alternativos tiene una profunda base de inspiración en las prácticas comunicativas de América Latina, con un fuerte desarrollo en la segunda mitad de siglo XX. Brunet afirma que “dentro del ámbito de lo alternativo podemos encontrar dos líneas: la que pretende democratizar la comunicación, enfrentándose a los sistemas comerciales, masivos y transnacionales, y aquella otra que plantea una revalorización de la palabra de los oprimidos como punto de partida para la liberación y la educación”, señalando al respecto que (...) “Martín Barbero habla de dos paradigmas, el político y el educativo popular que sintetizan las ideas sobre el tema” (Brunet, 2011:33).

La comunicación popular y comunitaria ha utilizado en este escenario a la radio como medio básico de expansión. Brunet cita a diferentes autores para matizar algunos aspectos en torno las ideas de radios comunitarias, radios populares y radios libres. De esta manera, Lewis y Booth (1992) distinguen conceptos por su origen geográfico afirmando que (...) “radio comunitaria, es la que en Norteamérica y en el norte de Europa establece una relación no tradicional entre locutores y oyentes. El mismo tipo de emisora es una Radio pública en Australia y una Radio libre en los países latinos de Europa. También es cierto que en América del Sur las radios comunitarias son populares o educativas y en África, rurales o locales”. Para Mata (1993) existen diferencias en el contenido, que exceden aquello de la raíz terminológica. “Lo comunitario desde sus orígenes pretende la reconstrucción de los lazos perdidos en la atomizada sociedad de masas” y se configura como (...) “una noción territorial que alude a espacios pequeños o restringidos, dentro de espacios mayores, y donde los individuos encuentran sus referentes más inmediatos, ya sean barrios u otras afinidades u objetivos comunes (...), como indígenas, mujeres, homosexuales, jóvenes, etc”. Para Brunet, “lo popular, según Mata, pasa por un posicionamiento global frente a un sistema económico-social en el que estos sectores, sin importar dónde se ubiquen geográficamente, son marginados o excluidos por el poder. No buscan la democratización de la palabra, sino cambiar formas de vida que consideran injustas. No son sólo excluidos del poder comunicar” (Brunet, 2011:38).

Brunet centra el origen de las radios comunitarias en las “propaladoras”, que eran “medios de comunicación localmente arraigados que difundían señal de audio por cable hasta bocinas o cajas acústicas instaladas en postes de alumbrado o troncos de árboles, y se convirtieron en la alternativa local a la radio tradicional” (Brunet, 2011:34). Sus antecedentes técnicos se hallan en las “radios por cables” que describe Williams (1992), cuando se refiere a la radio propagandística de los modelos totalitario alemán y de la Rusia socialista; Krohling (1998) las denomina “radios populares altoparlantes” para el

caso latinoamericano, y “sirvieron de vehículo de comunicación para organizaciones comunitarias, por lo que también se les llamó radios del pueblo”, adoptando en determinados casos nombres locales como radio-poste o radio-bocina.

En relación a este enfoque comunitario de los medios alternativos, Rincón (2005:45) dibuja un paisaje mediático con seis tendencias. Además de los “medios públicos y cultos”, “los medios comerciales” y la “tecnología”, este autor incluye lo que denomina el “laboratorio estético narrativo”, y diferencia el “activismo comunicativo” al que denomina “una comunicación distinta, una propia”, una donde la resistencia e innovación está en el relato (temporalidades, sujetos y ritmos), en las estéticas (las imágenes y los sonidos y los textos comienzan a tomar la forma de quien lo produce) y en las narrativas (los mitos y modos de contar culturalmente ubicados vienen a encontrar su expresión) de los “medios comunitarios”, que citando a Rodríguez y El Gazi (trabajo inicialmente inédito, posteriormente publicado en 2007) describe como “anacrónicos desde las matrices de lo público y lo comercial, pero significativos desde el horizonte de la identidad y el reconocimiento”.

Este autor defiende que “los procesos de construcción e imaginación de prácticas de comunicación en América Latina han sido políticas en su 'activismo' creativo, que ha llevado a la gente a producir sus propios mensajes como estrategia 'rebelde' para ampliar su participación social y como estrategia 'simbólica' de resistencia estética”, defendiendo este enfoque comunitario en cuanto que “la comunicación en su versión irreverente y activista comunitaria es políticamente necesaria para producir la diferencia” (Rincón, 2005:51). Desde esta visión, Rincón defiende la mirada del ‘otro’ que aportan los medios comunitarios frente a la visión hegemónica construida desde occidente por los medios dominantes. Los medios comunitarios aportan una visión alternativa al mainstream de la antropología representado por Ginsburg y Turner, citados por Flores (2007:79), según los cuales “las sociedades indígenas, como las de cualquier parte del mundo, se encuentran en un proceso constante de construcción de identidades a través de representaciones híbridas y con capacidad de combinar aspectos de cultura y tecnología occidental con su propio contexto cultural”. La visión antropológica dominante mediante la cual se intenta conocer la cultura del otro, y no comunicar al otro con la sociedad, impide entender el valor de la comunicación comunitaria.

Una estudiosa del fenómeno como Milan, sostiene que “los medios de comunicación comunitarios se suman a las dimensiones sociales y culturales del desarrollo al proveer canales de participación, empoderamiento social y político y el ejercicio de los derechos ciudadanos, trabajando en la construcción de comunidades, transformando experiencias individuales en una visión compartida de una realidad mejor” (Milan, 2009:600). Esta autora se apoya en Hollander y otros (2002:23) para afirmar que “los medios de comunicación comunitarios proporcionan la comunicación pública (...) den-

tro de un contexto específico: la comunidad, entendida no sólo como un entorno geográfico, sino principalmente como un entorno social. Los medios comunitarios están dedicados a la reproducción y representación de intereses comunes (compartidos), y la comunidad sirve de marco de referencia para una interpretación compartida". Milan recoge otras aportaciones de la literatura científica, como la de Berrigan (1979) que considera que "son los medios de expresión de la comunidad y no para la comunidad", y resume estas experiencias en su aportación personal, defendiendo que "los medios de comunicación comunitarios contribuyen al desarrollo de las bases, el nivel más difícil de alcanzar mediante programas de desarrollo orientados desde arriba hacia abajo". Abunda en esta línea, afirmando que "cuando están hechos de la comunidad para la comunidad, los medios comunitarios contribuyen al desarrollo de dos maneras (principales): (1) a nivel de proceso, como canal de participación: los medios comunitarios representan la "voz de los sin voz", lo que permite a los ciudadanos plantear sus preocupaciones; como medios de acceso abierto representan un instrumento para el ejercicio de la democracia. (2) a nivel simbólico, como medio de empoderamiento: dando a las personas la posibilidad de tomar iniciativas a escala local, muestran que el cambio es posible. Representan una manera de ejercitar y expresar la imaginación, y de traducir esta imaginación en práctica dándole la capacidad de expresarla". De esta manera, "a través del filtro de los medios comunitarios, lo que comienza como individuo se convierte en una experiencia colectiva; en este sentido, los medios comunitarios contribuyen a crear significados e interpretaciones compartidas de la realidad ya resaltar las oportunidades de cambio" (Milan, 2009:602 y ss).

Existe una serie de autores que ponen el acento en la dimensión colectiva en este enfoque. Sandoval y Fuchs ponen de manifiesto que "los enfoques de medios comunitarios se centran en los actores colectivos y en el empoderamiento de los individuos", afirmando en este sentido que (...) "los medios de comunicación comunitarios se entienden como medios de comunicación que sirven a una comunidad geográfica específica o una comunidad de interés y permiten a los no profesionales participar activamente en la producción, organización y gestión de los medios de comunicación" (Sandoval y Fuchs, 2010:142). Otros, como Clemencia Rodríguez, trabajan sobre la idea de "medios ciudadanos", que podemos englobar en este enfoque de "medios comunitarios". Rodríguez (1996; 2001a; 2001b) aborda la problemática de la conceptualización relacionando comunicación alternativa con medios ciudadanos y su capacidad para empoderar a la sociedad civil en diversas contribuciones. Para esta autora, el término "medios ciudadanos", resulta "el más apropiado para referirse a los medios de la comunidad, a los medios participativos y/o a los medios alternativos", como (...) "necesidad de superar las categorías binarias y marcos de oposición tradicionalmente utilizados para teorizar los medios alternativos" (Rodríguez, 2001a:73).

Rodríguez sugiere dos pasos para cumplir este objetivo: "primero, que en vez de definir los medios alternativos como 'aquellos que no son medios dominantes', los definamos

en términos de los procesos transformativos que hacen surgir entre los participantes y sus comunidades. Y, segundo, que nos apartemos de una definición binaria y esencialista del poder, en la que el lugar de los medios está ocupado por los poderosos (los medios dominantes) y los débiles (los medios alternativos)". Para esta autora, (...) "este tipo de pensamiento binario limita el potencial de los medios alternativos en su habilidad para oponer resistencia a los grandes medios, y nos ciega al entendimiento de todas las demás instancias de cambio social facilitadas por los medios alternativos". Su propuesta de trabajar sobre la idea de medios ciudadanos (...) "articula la transformación metamórfica de los participantes de los medios alternativos (o de los medios de la comunidad, o de los medios participativos o de los medios alternativos) en ciudadanos activos. Es decir, 'medios ciudadanos' es un concepto que da cuenta de los procesos de concesión de poderes, de concientización y de fragmentación del poder que resultan cuando los hombres y mujeres reivindican y tienen acceso a sus propios medios. En el sentido en que hacen tambalear códigos culturales y relaciones de poder establecidos, quienes participan en los medios ciudadanos ganan un poder que a su vez se invierte en darle forma a sus vidas, a su futuro y a sus culturas" (Rodríguez, 2001a:73).

La defensa que Rodríguez hace del "término medios ciudadanos" se basa en cinco argumentos: "(1) los medios ciudadanos pueden darle voz a quienes no son escuchados. Al acceder a dichos medios, las comunidades previamente silenciadas pueden romper con la cultura del silencio y recobrar su propia voz; (2) los medios ciudadanos pueden fomentar la concesión de poderes. Las estructuras sociales de desigualdad tienen como resultado comunidades enteras que se sienten paralizadas e impotentes. La integración a proyectos de los medios expresión de los ciudadanos refuerza el sentido de identidad y la confianza en el propio potencial para actuar en el mundo; (3) los medios ciudadanos pueden conectar comunidades aisladas. Al facilitar redes de comunicación alternativas, los medios ciudadanos unen comunidades y gentes que tienen mucho que ganar de la unión de fuerzas para proyectos de acción colectiva; (4) los medios ciudadanos pueden fomentar el despertar de una conciencia. Como quienes participan en estos medios deben codificar sus propias realidades en sus propios términos, entonces pasan por procesos de concientización, en el sentido Freiriano del término; y, (5), los medios ciudadanos pueden servir como fuentes de información alternativa. Por oposición a los medios de masas, que normalmente son restringidos por fuerzas económicas o sociales, los medios ciudadanos son capaces de mantener una posición independiente al momento de reunir, procesar y distribuir información" (Rodríguez, 2001a:75).

Estos medios representan un reivindicación del derecho a la comunicación de la ciudadanía que Herrera redefine no ya solo como la libertad de prensa o la libertad de expresión, sino como "la manifestación humana de compartir e interpretar junto a otros", lo que (...) "implica la posibilidad de que las personas del común puedan disfrutar de

información veraz que les ayude a entender su mundo, que puedan participar activamente en los procesos sociales, que puedan crear medios para difundir la información cercana a su entorno, que pueda proponer procesos de cambio y los medios sean una plataforma para lograrlo” (Herrera, 2012:51).

6.5.3. Nuevos medios: Más allá de la tecnología

6.5.3.1. Buscando las fronteras entre viejos y nuevos medios

La revista *New Media & Society* se presentaba, en abril de 1999, con toda una batería de interrogantes dirigidas a los investigadores acerca de qué debemos entender como “nuevos medios” desde una perspectiva científica. En ese monográfico, Silverstone propone una reflexión de partida, afirmando que “preguntar ‘¿qué hay de nuevo en los nuevos medios?’ es, por supuesto, hacer una pregunta sobre la relación entre continuidad y cambio; una cuestión que requiere una investigación en las complejidades de la innovación como un proceso tanto tecnológico como social”. El nuevo escenario mediático que propone Internet, no se puede afrontar solo desde la mirada tecnológica. Para Silverstone “es una cuestión que también requiere un interrogatorio de algunas presuposiciones fundamentales en las ciencias sociales, así como un enfrentamiento con algunas de sus paradojas perdurables”. Este autor plantea “empezar nuestra respuesta con viejas teorías y con preocupaciones familiares pero necesarias. Tenemos que investigar la cuestión de la determinación, y de la condición de “lo tecnológico” como una categoría. Tenemos, por ejemplo, en consecuencia, que investigar la naturaleza del poder, y los grados de libertad tanto para modelar como para resistir la tecnología. Tenemos que discutir sobre la comunicación, la información y la mediación como procesos. Tenemos que pensar tanto simbólicamente como materialmente. Tenemos que confrontar la historia y la historiografía, la teoría y la metodología, tanto en el contexto de la adjudicación entre la evolución y la revolución, como en la formulación de nuestros juicios sobre la causa y el efecto. Y tenemos que comprometernos con discursos específicos, en la teoría de los medios de comunicación, en los estudios sociales de la tecnología, en sus esfuerzos recientes para comprender las interfaces torturadas entre instituciones, tecnologías, textos y usos” (Silverstone, 1999:10).

En este sentido, resulta interesante la aportación que realizan Tubella y Alberich, que hablan de un “desplazamiento radical de la acción comunicativa provocando el surgimiento de nuevas dimensiones comunicativas”. Refiriéndose a los medios de comunicación de masas tradicionales, estos autores hablan de “desplazamiento de gran parte de sus lugares comunes tradicionales”, lo que a su vez que ha provocado también que estos “estén viviendo en la actualidad un proceso de refundación de su naturaleza y de sus fines”. En su exposición sostienen, por otra parte, que “frente al carácter cerrado, estable y mayoritariamente limitado de los contenidos en los medios de comunicación tradicionales, la acción comunicativa a través de los nuevos medios de comunicación digital ofrece contenidos típicamente flexibles, inestables e inconclusos, provocando

así un desplazamiento de modelos comunes anteriores y la necesidad de estudio y prospección de nuevas pautas para su necesaria comprensión crítica y pedagógica” (Tubella y Alberich, 2012:21).

Por su parte, Alberich se preguntaba mucho antes si “el proceso reciente de adaptación de los mass media tradicionales al nuevo hábitat digital supone sólo un salto evolutivo de las viejas especies, o, por el contrario, estamos asistiendo al surgimiento (revolucionario) de especies nuevas”. Utilizando la analogía animal, Alberich advierte que “las respuestas evolutivas al debate planteado matizan y aceptan con cautela la supuesta independencia de los nuevos media frente a los viejos, señalando el peligro que supone convertir la expresión ‘new media’ en una nueva consigna de moda transitoria y de rápida caducidad” (Alberich, 2005:213).

Scolari (2008:73) cree que “la confusión semántica debe ser contextualizada”, y que si “hablamos de comunicación interactiva se deberían activar los intercambios con los estudios de la interacción persona-ordenador y los de usabilidad”, para lo cual cita a Manovich, que considera que “para entender la lógica de los nuevos medios debemos mirar hacia la ciencia de la computación. Ahí es donde se podrían encontrar los términos nuevos, las categorías y operaciones que caracterizan a los medios cuando se vuelven programables. Desde los estudios de los medios, nos movemos hacia algo que se podría denominar “estudios de software”, de la teoría de los medios a la teoría del software” (Manovich, 2001:48).

Son muchos los autores que se han esforzado en buscar algo más que tecnología en las definiciones del concepto de nuevos medios. La tecnología como desencadenante y motor esconde una serie de nuevas prácticas que indudablemente ha costado mucho identificar, dado que están siendo construidas por una sociedad cambiante. Candón (2011b:108) hace un pormenorizado recorrido por todas las características definitorias de los nuevos medios, su evolución técnica y propiedades, que indudablemente posiciona al actor tecnológico como uno de los elementos definitorios de estos nuevos medios. En la aportación de Candón, efectivamente hay algo más que tecnología; en su desarrollo desde una perspectiva de la teoría de la comunicación de masas, considera que “esta utilidad analítica no debe servir para levantar sólidas fronteras entre los viejos y los nuevos medios (...) en primer lugar por el proceso de convergencia de diversas tecnologías (ordenador, teléfono, etc.) y de diversos medios (masivos, interpersonales) que se da en el desarrollo de los nuevos medios, una convergencia en el plano tecnológico, pero también en el económico y comunicativo entre medios viejos y nuevos medios”, y (...) “en segundo lugar porque las nuevas tecnologías mediáticas nunca han sustituido a las anteriores, sino que viejas y nuevas se han contaminado y adaptado las unas a las otras, ocupando parcelas específicas en los usos sociales y las dietas de medios de los usuarios, dibujando un panorama mediático en el que además de la

irrupción de los nuevos medios y la convergencia entre estos y los viejos siguen estando presente medios tradicionales en sus formas originales que continúan ocupando un lugar destacado en el universo mediático” (Candón, 2011b:131).

Este autor plantea los efectos de los nuevos medios en manos de las organizaciones sociales, diciendo que “la irrupción de nuevos medios como Internet plantea preguntas sobre su relación con los medios tradicionales y el papel de la Red en un nuevo ecosistema mediático en el que conviven viejos y nuevos medios. Esto conlleva también consecuencias sociales ya que las formas de organización social están íntimamente relacionadas con las formas de comunicación por lo que el nuevo medio plantea interrogantes sobre sus efectos sociales, políticos y culturales” (Candón, 2011b:15).

Profundizando en lo anteriormente apuntado, Candón considera que “es necesario atender al ecosistema mediático actual, en el que conviven los medios tradicionales y los nuevos medios como Internet”. Este autor argumenta esta idea, haciendo un recorrido a las posibilidades que las nuevas herramientas ofrecen a los movimientos sociales. “La red contribuye al despliegue y consolidación de redes de relaciones sociales en las que se reinterpretan los mensajes mediáticos. La realidad es filtrada por los medios convencionales, pero del mismo modo los mensajes mediáticos son filtrados por las redes sociales en Internet. Los comentarios en los foros y páginas de información online, la redistribución de noticias a través de listas y correos electrónicos, la difusión de interpretaciones y opiniones en la blogosfera, etc., pueden alterar el marco interpretativo de la realidad difundido por los medios. El fenómeno de los agregadores de noticias, como meneame.net, es un buen ejemplo de los procesos de reelaboración de la información en los nuevos medios. En primer lugar, se reelabora la agenda de los medios a través del envío de informaciones de otros sitios web –que pueden o no ser versiones digitales de los medios tradicionales- y de la selección de las mismas a través de la votación de los usuarios. De esta forma se crea una agenda propia socialmente construida con criterios que pueden diferir de los valores y rutinas periodísticas de los medios convencionales. En segundo lugar, se enmarcan e interpretan las informaciones publicadas a través de los comentarios de los usuarios a las noticias, que pueden ser a su vez votados por otros usuarios. De esta forma los comentarios de las noticias pueden reinterpretar la información publicada dando al acontecimiento cubierto una connotación opuesta a la del medio que publica la noticia. Este proceso de selección y comentarios se da también en otras herramientas de Internet como las Redes Sociales en Internet (RSI). En resumen, a través de la Red se reelabora socialmente tanto la agenda como el enmarcado mediático de la realidad, lo que supone una oportunidad para los movimientos sociales que limitan así su dependencia respecto al sistema de medios de comunicación” (Candón, 2012:686).

En las últimas tres décadas, gran parte de la literatura científica se ha preocupado por buscar una definición para el concepto de “nuevos medios” aunque la cantidad de perspectivas que ofrece, como expuso Silverstone supone en cierta medida un reto inalcanzable. Lievrouw se esfuerza en buscar un significado para esta idea, preocupado por la ambigüedad que genera afirmando que “la frase se ha convertido en algo de un marcador cultural - la gente a menudo lo usa sin tener una idea clara o específica de lo que significa o incluye (y no). En el uso cotidiano, los límites de lo que la gente quiere decir con los nuevos medios son inciertos. Por los nuevos medios, nos referimos a los últimos gadgets técnicos, formas novedosas de entretenimiento, formas sofisticadas de encontrar información, o (de lejos, el uso más común) ¿cualquier cosa que tenga que ver con Internet? Claramente, una definición más cuidadosa es esencial si el objetivo es describir nuevos medios en general y medios alternativos / activistas nuevos en particular” (Lievrouw, 2011:6).

Lievrouw y Livingstone (2002:20) repasan de forma minuciosa diferentes aproximaciones al concepto de “nuevos medios”, exponiendo que “a riesgo de una simplificación excesiva, podemos decir que los investigadores preocupados por cuestiones tecnológicas, económicas o de comportamiento han tendido a definir nuevos medios en términos de características y servicios del sistema, estructuras y propiedad de la industria, o la psicología de los usuarios de los medios, respectivamente. Los estudiosos críticos/culturales, siguiendo la tradición de los estudios de medios, han profundizado más en las definiciones basadas en el contenido de los nuevos medios y sus formas”.

Más allá del elemento “tecnológico”, en el proceso de búsqueda de un concepto aceptable, la comunidad científica ha intentado profundizar en otros factores que marcan las diferencias y analizarlos de forma sectorial en el ecosistema de los nuevos medios. Lievrouw y Livingstone ensayan una idea de concepto afirmando que “por medios nuevos nos referimos a las tecnologías de la información y la comunicación y sus contextos sociales asociados, incorporando: (1) los artefactos o dispositivos que permiten y amplían nuestras habilidades para comunicar; (2) las actividades o prácticas de comunicación que realizamos para desarrollar y utilizar estos dispositivos; y (3) los acuerdos sociales u organizaciones que se forman alrededor de los dispositivos y prácticas” (Lievrouw y Livingstone, 2002:23).

La idea de *contextos sociales asociados*, vinculada a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, propone escenarios realmente novedosos, impensables en el sistema de “viejos medios”, incapaces de dar respuestas a las inquietudes y necesidades comunicativas de la sociedad civil. Uno de esos *contextos sociales asociados* lo constituye de una manera clara el mundo del activismo.

Lievrouw (2011:16 y ss) detalla cuatro factores clave que distinguen a los nuevos medios:

- Con el tiempo, los nuevos medios se han desarrollado como tecnologías híbridas o recombinantes -se resisten a la estabilización o "bloqueo"- y cambian continuamente como resultado de la combinación de sistemas antiguos existentes (por ejemplo, grabación de vídeo) e innovaciones (software que facilita la subir videos en YouTube) lo que conlleva que (...) "los nuevos medios son el producto de las ideas, decisiones y acciones de las personas, ya que combinan tecnologías viejas y nuevas, usos y propósitos".
- Los nuevos sistemas han sido diseñados y desarrollados como una continua reorganización, despliegue, redes punto a punto de tecnologías, organizaciones y usuarios, como una red de redes. A este respecto, la arquitectura de los nuevos sistemas de medios es mucho más parecida a la del teléfono y del telégrafo temprano que de la publicación o la radiodifusión. Desde esta visión se pone en valor que técnicamente sea posible que cualquier usuario recupere e intercambie mensajes o programas de cualquier otro usuario o sitio bajo demanda, frente a los sistemas tradicionales de medios de comunicación, en los que relativamente pocos, grandes creadores o productores generan "productos" de medios para la distribución y el consumo en masa. Por otra parte, la arquitectura en red de los nuevos medios también está diseñada para permitir que una variedad de tecnologías (teléfono, video, audio, documentos de texto, bases de datos) y usuarios se conecten y desconecten de la red, en función de los diferentes usos y propósitos que se requieran. La "red", se convierte en lugar común para describir tanto los sistemas tecnológicos interrelacionados como los patrones de relaciones sociales y de organización que reflejan y apoyan, lo que supone un cambio significativo respecto de los sistemas e industrias de medios de masas, que se estructuran principalmente en torno a formas de organización jerárquicas y verticales, para asegurar un control centralizado, facilitar la producción y distribución de productos de medios a audiencias masivas y para capturar y devolver flujos constantes de ingresos a los productores.
- El tercero es el sentido de ubicuidad que alientan -la aparente presencia de nuevos medios en todas partes, todo el tiempo-, que afecta a todos en las sociedades en las que se usan, independientemente de que cada individuo los use directamente, a pesar de las dificultades de acceso y "divisiones digitales" en ciertas áreas geográficas y grupos sociales.
- El cuarto factor que distingue a los nuevos medios de comunicación de otros sistemas de comunicación es que son fundamentalmente interactivos. Ofrecen

a los usuarios un grado sin precedentes de selectividad y alcance en sus opciones de información y recursos culturales, y en sus interacciones y expresiones personales.

Tubella y Alberich (2012:57 y ss) aportan una visión interesante, al señalar algunas características de los nuevos medios (en cuanto a hipermedios), dado que “hasta la emergencia de Internet y del resto de sistemas y tecnologías interactivas afines, los medios de comunicación modernos planteaban una experiencia de construcción, lectura y recepción esencialmente lineal, esto es, ordenada, unitaria y secuencial”. En definitiva, los medios hasta hace dos décadas no ofrecían ninguna otra posibilidad de ser interpretados que desde la verticalidad y la jerarquía, no solo asociadas a sus procesos de producción sino también en la exposición de sus contenidos. Sin embargo, la hipertextualidad, como característica del nuevo panorama mediático permite la “difusión de obras y aplicaciones sin linealidad, en continua transformación y metamorfosis, capaces de adoptar formas y definiciones distintas en la experiencia de cada nuevo usuario, favoreciendo así importantes desplazamientos conceptuales e implicaciones culturales”. Esta perspectiva de la no-linealidad caracteriza a las creaciones culturales en internet de una “ausencia de conclusión, permitiendo la definición de sistemas multimedia como laberintos dinámicos, en perpetua transformación”. Este escenario, que para los medios de comunicación de masas constituyen un reto narrativo, supone un espacio de oportunidad hasta ahora desconocido para los movimientos sociales, acostumbrados a vivir en la revisión ideológica permanente de sus argumentos. En el fondo, como estos autores argumentan, el hipertexto es “descentralizado, (...) aporta pluralidad (...) y tiene naturaleza fragmentaria”, lo que desde el plano comunicacional se vincula perfectamente con la estructura organizacional con la que se identifica la sociedad civil, en su búsqueda de horizontalidad y democracia participativa. No cabe duda que la hipertextualidad constituye, desde este punto de vista un factor de empoderamiento fundamental en los nuevos modelos de acción comunicativa de los movimientos sociales. Citando a Landow (1992) argumentan que “el hipertexto electrónico, última extensión de la escritura, plantea muchas cuestiones y problemas acerca de la cultura, el poder y el individuo, pero no es más (ni menos) natural que cualquier otra forma de escritura, la más prodigiosa y a la vez la más destructiva de todas las tecnologías”, de manera que (...) “deben abandonarse los actuales sistemas conceptuales basados en nociones como centro, margen, jerarquía y linealidad, y sustituirlos por otras de multilinealidad, nodos, nexos y redes”.

Cardoso afronta la confrontación de los medios de comunicación de masas y los nuevos medios recogiendo las visiones de la literatura científica al respecto. Para este autor, lo definitorio no son las audiencias masivas, afirmando que “la comunicación de masas que se desarrolla en Internet puede llamarse también medios de comunicación de masas. No considerar estas tecnologías como medios de comunicación de masas basándonos en el hecho de no estar destinadas a un gran público es cometer el error

de considerar al usuario de Internet o telespectador como elemento pasivo en la ecuación comunicativa". Desde esta perspectiva Cardoso defiende que "existen varios Internets y no podremos llamarles a todos medios de comunicación de masas", por lo que (...) "intentar discutir si Internet puede o no ser algo es, dada la dimensión del objeto, una tarea ingrata debido al sesgo que entraña". Por lo tanto, este autor defiende que "además de un medio de comunicación, Internet también es un medio de comunicación interpersonal y de comunicación social o de masas, es decir un mass media". Y esta defensa de internet como medio la basa en que "no sólo es tecnológicamente nuevo -pues data finales de los años sesenta- sino también porque a través de su uso le otorga novedad", refiriéndose con ello al hecho de que "por primera vez una tecnología presenta un mismo estándar para la comunicación interpersonal y la comunicación de masas". Esta novedad "tiene su origen en el hecho de que la tecnología es nueva, aunque lo nuevo también puede residir en el hecho de que las tecnologías promueven nuevas formas de comunicación y nuevos medios de organización social y económica, crean nuevos públicos, tienen nuevas formas de retórica y contenidos o incluso proporcionan nuevas formas de conocimiento" (Cardoso, 2008:126).

Los intentos de definir los nuevos medios en los primeros años en los que Internet pasó a ser un producto de consumo masivo no sirven para confrontar los nuevos medios con los medios de masas tal y como se concebían entonces, que de igual manera fueron asumiendo e incorporando las tecnologías a sus prácticas comunicativas. Son definiciones que olvidan otros elementos de los que el propio Cardoso se hace eco más adelante, cuando afirma que "los nuevos medios pueden llamarse así, pues son medios por ser mediadores de la comunicación e introducen novedades ya que incorporan nuevas dimensiones tecnológicas, combinan sobre una misma plataforma tecnológica dimensiones de comunicación interpersonal y medios de comunicación de masas, porque inducen al cambio organizativo y a nuevas formas de gestión del tiempo, porque buscan la síntesis de la retórica textual y visual, fomentando nuevos públicos y herramientas de reconstrucción social" (Cardoso, 2008:129).

La idea de nuevos medios es, en cierto modo, ilusoria, ya que pretende crear una tipología inmovilista de un fenómeno en evolución permanente. De una forma genérica podríamos proponer una frontera entre los que podríamos llamar medios analógicos y digitales, en la medida que existe una diferencia basada en la tecnología, y eso nos permitiría llamarlos, en todo caso, "medios modernos"; pero eso no nos aportaría más que una perspectiva. Necesitamos al menos otro enfoque en relación a los nuevos y los viejos usos, y probablemente otro más que nos informe de las dimensiones éticas; en este sentido el activismo ha trabajado para construir un ecosistema basado en la recombinación de las nuevas tecnologías con nuevos usos contrahegemónicos y la construcción de un sistema de valores sobre los que abundaré más adelante.

6.5.3.2. El periodismo ciudadano: Más allá de la profesión

La mayor parte de esta tesis se dedica a estudiar modelos de acción comunicativa desde una perspectiva insurgente, activista, desde el prisma de los movimientos sociales. Pero no cabe duda de que la reconfiguración del espacio mediático en las últimas décadas ha cambiado el panorama de todo lo relacionado con el mundo de la comunicación. Canales, códigos, emisores, receptores y otros elementos del proceso comunicativo no se parecen en nada al modelo unidireccional que describió Jakobson en su día. Ni siquiera el gran poder adquirido por los grandes conglomerados mediáticos ha sido ajeno a todos los cambios experimentados con la irrupción de Internet en la vida de las personas y en su forma de acceder a la información.

El desarrollo de nuevos territorios mediáticos que nacen a partir de la evolución de las tecnologías de la información y la comunicación genera una serie de interrogantes sobre cuestiones de compatibilidad entre el mundo del activismo mediático y los profesionales de los medios, algo que durante mucho tiempo ha sido objeto de debate, pudiendo incluso ayudar a tomar conciencia de dicho activismo. De hecho, hay un cierto interés de la comunidad científica de un tiempo a esta parte por explorar los territorios de lo que se ha venido a llamar los “nuevos medios”, con una cierta obsesión por delimitar las fronteras entre carácter profesional o activista de estos medios.

En este panorama surgen nuevos perfiles que rompen las fronteras conocidas. La aparición de nuevas herramientas, como los blogs y las redes sociales, permite el desarrollo de espacios que ocupan nuevos actores en el mundo de la comunicación, totalmente cambiante, influenciado evidentemente por la revolución tecnológica, pero también por los cambios sociales. De esta manera, el periodismo ciudadano emerge como un fenómeno en el que participan los movimientos sociales en sus estrategias de activismo mediático.

Al igual que en la comunicación alternativa, el concepto de periodismo ciudadano ha sido sometido a diversas revisiones terminológicas, tantas como matices pretende expresar; pero lo que quizá une a todas ellas es la idea de participación del usuario, en diferentes niveles según el caso y el medio. Recurriendo a Bowman y Willis (2003) se configura como “el acto de un ciudadano o grupo de ciudadanos que desempeñan un papel activo en el proceso de recoger, transmitir, analizar y diseminar información. La intención de esta participación es suministrar la información independiente, fiable, exacta, de amplio rango y relevante que una democracia requiere”.

Uno de las cuestiones que genera cierto debate gira en torno a si existe periodismo más allá de los medios de masas. Desde una óptica excesivamente corporativista surgen defensores del periodismo como profesión, centrando sus críticas en la falta de competencias profesionales por parte de la ciudadanía para ejercer una labor perio-

dística. No obstante, Roig nos propone debatir sobre el papel de los nuevos profesionales de la información en este contexto, “debiendo abandonar para ello ciertos prejuicios procedentes de tradiciones ya superadas. El primero de todos es el de que la información es un territorio en propiedad. No podemos afirmar que un periodista sea el agente privilegiado en la narración de acontecimientos (...). Perdida la exclusividad -que no el rol- de la narración de los acontecimientos, los periodistas tienen que asumir un nuevo papel: el de ‘cartógrafos de la información’ o ‘situadores’. El segundo es pensar que los documentalistas son sólo expertos en documentos -por extensión ‘estáticos’, o lo que es el mismo, expertos en los soportes que representan la información. Las barreras entre datos, información, conocimiento y documento son cada vez más complejas y dinámicas y el documentalista está adquiriendo un papel más activo y ejecutivo -no meramente técnico- a la hora de tomar decisiones sobre las necesidades de información en un contexto profesional: no es de extrañar que se hable cada vez más del documentalista como gestor de la información y que su formación se dirija hacia especialidades como la inteligencia competitiva (la gestión de información estratégica para las empresas), el estudio de las comunidades de práctica (entornos de información compartida y cooperativa entre profesionales con objetivos comunes) o la auditoría de la información” (Roig, 2005:74).

Roig sostiene que están emergiendo nuevas competencias, algunas de las cuales “mantienen intensos puntos de contacto: fundamentalmente un compromiso con la información y la comunicación en un sentido extenso, no patrimonializado y por lo tanto, con un profundo compromiso ético”. En este sentido, este autor defiende que “podríamos considerar a los profesionales de la información y la comunicación del futuro como auditores de la información social”, admitiendo (...) que “posiblemente sea una de sus principales responsabilidades de futuro en un entorno cultural y mediático caracterizado por la tensión entre fuerzas de concentración corporativa y de producción cultural de base por parte de los usuarios. Un entorno fruto de unos tiempos complejos, contradictorios y apasionantes” (Roig, 2005:75).

Lo cierto es que el principal argumento que se esgrime para defender el periodismo ciudadano es el de generar alternativas a los filtros que producen las grandes empresas del sector de las comunicaciones. Para Sampedro, “la posibilidad de que surja información desde abajo, de los damnificados, sin apenas control, sostiene la definición mínima de la democracia y del periodismo: juntos forman un sistema de alarma. Cuando suena, nos advierte de los retos que hemos de afrontar. De ahí la importancia del periodismo de filtraciones, protagonizado por los whistle-blowers, bien traducidos como ‘alertadores’. Chelsea Manning, la fuente de WikiLeaks, y Edward Snowden, que denunció el espionaje digital, demuestran que el derecho a la información no se ejerce consumiendo la ya existente, sino cuestionándola y liberando la que estaba censurada y oculta” (Sampedro, 2014:474).

No cabe duda de que a categoría de “periodismo ciudadano” es una figura controvertida, criticada por los grandes medios y por gran parte de los profesionales de la información, de la misma manera que ocurrió cuando se acuñó el término “periodismo comunitario”. No obstante, con una mirada panorámica, podemos ver donde emergen los conflictos a la hora de abordar esta idea; desde la mirada de la sociedad civil se reivindican este tipo de prácticas para recuperar la ética, la credibilidad y la pluralidad informativa que desde su prisma han perdido los grandes medios. Desde una óptica excesivamente corporativista surgen defensores del periodismo como profesión, que los activistas mediáticos (en cuanto tales) no tienen demasiado interés en ocupar, por otra parte. Gran parte de este debate se centra en las críticas que los movimientos sociales hacen del control que las grandes corporaciones mediáticas realizan respecto a las agendas y contenidos. Real y otros (2007:198) reflexionan sobre la ética periodística, la necesidad de una independencia y autonomía profesional y el compromiso con el público, poniendo de manifiesto los grandes problemas de un periodismo que ha ido destruyendo la credibilidad de los grandes medios. No obstante estos autores se esfuerzan en marcar la diferencia entre periodista y comunicador o informador, considerando al periodismo ciudadano un movimiento que parte de un planteamiento equivocado, pues “cualquier persona no actúa ni se convierte en periodista por relatar una experiencia sobre un acontecimiento, comentar una noticia, elaborar un texto sobre una temática general o especializada (dada su condición de experto en la materia), colgar una fotografía o un vídeo hecho con su cámara digital..., que gracias a internet puede poner a disposición de un grupo multitudinario de usuarios a través de una página web, un foro, un wiki, un blog, etc. La simple recolección, edición y difusión de noticias no constituye, como ya hemos apuntado, una labor que pueda ser catalogada sin más como periodismo ni a quien la hace investido –por este simple hecho– con el rango de periodista (Real y otros, 2007:199). Otros autores como Martínez Arias (2015:110) consideran que el “hecho de que el periodismo ciudadano existe es incontestable”, a pesar de las diferentes posiciones críticas.

Para explorar las fronteras del periodismo ciudadano, recuperaré un párrafo de Fuchs, citado anteriormente de forma prolija al analizar las teorías de la comunicación alternativa, que confronta lo que llama periodismo de élite en medios tradicionales, formado por “periodistas como una clase profesional de trabajadores asalariados que se enfrenta a las presiones corporativas y políticas, a la producción periodística condicionada por los procesos de poder y la acumulación de capital de estatus periodístico”, frente al periodismo ciudadano, de medios críticos, caracterizado por la “independencia de los escritores de las influencias y presiones corporativas y políticas (...), en el que los ciudadanos ordinarios pueden convertirse en periodistas, por lo que el periodismo es controlado por los ciudadanos” (Fuchs, 2010:178), lo que provoca la aparición de la figura del productor-consumidor (prosumer o produser). De esta manera, considera este autor que “cualquier persona puede ser un autor sin formación específica o experiencia”. Así, (...) “los ciudadanos ordinarios pueden convertirse en periodistas, por lo

que el periodismo es controlado por los ciudadanos. Individuos o grupos, que se ven afectados por ciertos problemas, se convierten en periodistas o por lo menos en el sujeto positivo del periodismo (ciudadanos interesados)", considerando que (...) "tal práctica periodística es frecuentemente parte de las prácticas de movimiento de protesta".

Rheingold (2011), hablando de periodismo ciudadano, intenta trascender la visión corporativista que ciertos sectores de los profesionales de los medios masivos defienden frente a los que en cierto modo consideran intrusismo afirmando que "los medios digitales y las redes no están transformando directamente el periodismo, pero hacen que esa transformación sea posible concediendo nuevos poderes –para lo bueno y para lo malo– a grupos enteros de personas", y sugiriendo que (...) "los periodistas tradicionales tienen que aprender a cómo construir y afinar redes de informadores, gestionar comunidades de ciudadanos, reporteros y comentaristas, utilizando los medios sociales y tecnológicos para comprobar la veracidad de las historias. Los periodistas ciudadanos necesitan, además, entender la importancia de la verificación, de la disponibilidad de múltiples perspectivas de la misma historia y de la capacidad para contar esa historia. El desafío no consiste solo en mantenerse al día con las tecnologías. El desafío, para los profesionales y los aficionados, consiste en entender la importancia de la búsqueda de la verdad a la hora de informar acerca de una noticia y el papel fundamental del periodismo en la democracia".

Gillmor, por su parte, habla de dos grupos amplios de personas en torno a lo que él prefiere denominar "periodismo de base", profundizando en lo que a su juicio constituye el cambio que se produjo cuando *las antiguas audiencias se unieron a la fiesta*. "Primero están las personas que han estado activas, a su manera, incluso antes de que el periodismo de base fuese tan accesible para todos. Son los escritores tradicionales de cartas al editor: comprometidos y activos, generalmente a nivel local. Ahora pueden escribir weblogs, organizar Meetups, y generalmente agitar para los asuntos, políticos o de otra manera, que importan a ellos. Una vez que sepan el grado en que pueden trascender las fuentes estándar de noticias e influir realmente en el proceso del periodismo, tendrán un impacto creciente al ser, más que nunca, parte de una conversación más amplia. Estoy muy emocionado por el segundo, y espero más grande, el grupo de la antiguas audiencias, los que lo llevan al siguiente nivel. Estamos viendo el surgimiento del blogger, creador de sitio web, propietario de la lista de correo, o gadfly de SMS - el medio es menos importante que la intención y el talento - que se está convirtiendo en una fuente clave de noticias para otros, incluyendo periodistas profesionales. En algunos casos, estas personas se están convirtiendo en periodistas profesionales mismos y están encontrando maneras de hacer un negocio de su vocación" (Gillmor, 2006:136).

Una vez más, aunque en absoluto constituye el único elemento sobre el que surge este debate, la tecnología se configura como un factor importante de este fenómeno de cambio. Afirma Bruns que “la historia del periodismo ciudadano como práctica social y cultural está, en muchos sentidos, estrechamente entrelazada con la historia de las tecnologías que se utilizan para hacer el periodismo ciudadano”, si bien destaca que (...) “esta conexión entre la práctica del periodismo ciudadano y sus marcos tecnológicos no es en modo alguno caer en la trampa del determinismo tecnológico: En una variedad de formas, y sin utilizar el término mismo, se ha practicado el periodismo ciudadano, a menudo menos visiblemente - durante décadas, incluso siglos; Se puede considerar que los panfletarios de la lucha americana por la independencia han practicado una forma de periodismo protociudadano (y algunos de ellos, más tarde, fundaron los primeros periódicos de los Estados Unidos), utilizando una nueva y nueva tecnología de publicación: las imprentas comerciales para periódicos que recientemente habían estado disponibles en muchas de las colonias. El periodismo ciudadano como práctica social siempre se basa en las herramientas editoriales a mano; la emergente Web 2.0 simplemente se convirtió en el último y particularmente potente conjunto de herramientas con las que participar en una forma alternativa de newswriting y comentarios, herramientas tan versátiles que el término "periodismo ciudadano" en sí mismo nació de ellas” (Bruns, 2015:379).

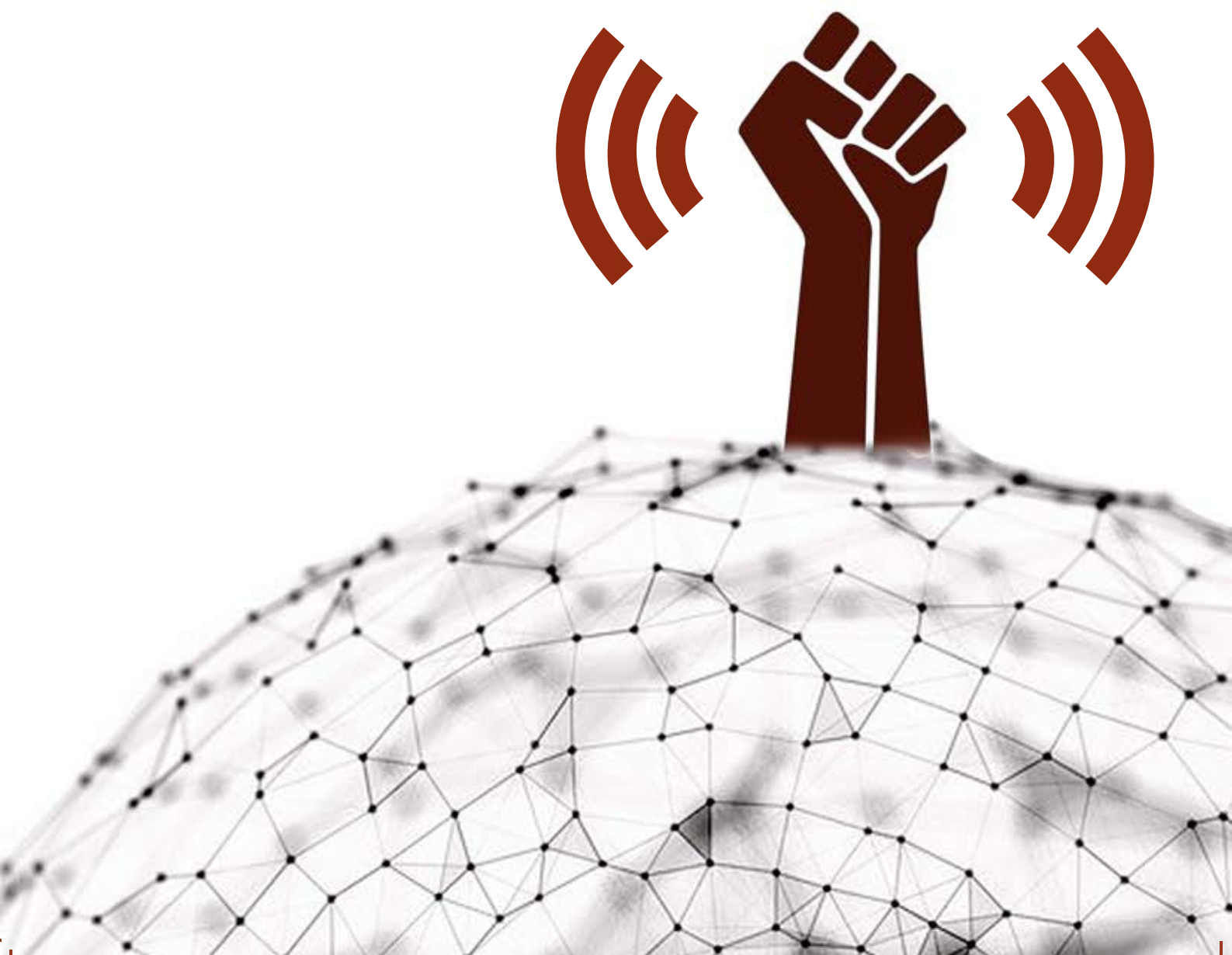
En este sentido, no son pocos los autores que hacen coincidir las primeras experiencias de periodismo ciudadano con la creación de la plataforma de contenidos Indymedia. Espiritusanto (2011:3) considera a Indymedia el germen del periodismo ciudadano al establecer “una red global de periodistas cuya misión es informar sobre temas de contenido político o social desde diferentes países, en todo el mundo”, lo que inaugura un “modelo de publicación de contenido realmente democrático y abierto”. El propio Bruns, “afirma que uno de los mitos fundadores del periodismo ciudadano es la introducción de la primera plataforma de publicación de Indymedia, justo a tiempo para la Cumbre de la Organización Mundial del Comercio de Seattle de 1999 y las actividades y demostraciones de globalización alternativa que la acompañaron. Apoyado por la entonces nueva tecnología de publicación 'Web 2.0' que permitió la publicación rápida de actualizaciones en texto, audio y video de la cumbre, el Seattle Independent Media Center (IMC) se convirtió en un primer ejemplo muy visible de periodismo ciudadano e inspiró un número sustancial de proyectos que siguieron su camino” (Bruns, 2015:379).

Una cuestión importante para desmitificar o relativizar el peso de la tecnología en el desarrollo del periodismo ciudadano, es entender cómo este tipo de prácticas han evolucionado según cambiaban las tecnologías. Esto es algo importante, si queremos entender que el periodismo ciudadano no es algo encerrado en el medio. Bruns (2015:381), habla de una “generación post-Indymedia” que se mueve de los sitios a las redes, en un proceso que denominó el “declive de la huella”, que se caracteriza por la

creación de unas comunidades en las que “nos encontramos con una reformulación de la práctica original del periodismo ciudadano de la vigilancia, que se lleva a cabo ahora como un ejercicio colectivo y no como la actividad principal de un puñado de entusiastas de la información solamente. Contrariamente a los espacios individualizados de los sitios de periodismo ciudadano y los blogs de noticias con sus considerables obstáculos a la participación, para convertirse en un gatewatcher en un espacio de medios sociales como Twitter no se requiere más que el uso del hashtag apropiado para tuitear un enlace a una nueva noticia” lo que (...) “sitúa la participación en actividades relacionadas con el periodismo ciudadano al alcance de un grupo considerablemente mayor de usuarios”.

7

EMPODERAMIENTO COMUNICACIONAL Y SOBERANÍA TECNOLÓGICA EN EL MOVIMIENTO DE PROTESTA



El cambio social y cultural que ha experimentado la sociedad civil en las últimas décadas se basa en un modelo de activismo mediático construido sobre dos pilares: por un lado, mediante un proceso de empoderamiento comunicacional, construido a partir de la apropiación de lenguajes y medios, lo que ha permitido a los movimientos sociales superar los procesos de subinformación, desinformación y manipulación informativa a los que se han visto sometido históricamente, y reducir su dependencia de los grandes medios; por otro lado, se ha producido un uso emancipador de las tecnologías desde una serie de principios y valores que fomentan la cultura libre y sus derivaciones, en el que el valor de la comunidad y el conocimiento colaborativo se reivindican como elementos fundamentales de esta evolución.

Este proceso contribuye decisivamente a la democratización de los procesos, a la participación social y a la construcción de un sistema de medios desde la ciudadanía, que permite hablar de un cierto nivel de soberanía informativa y tecnológica de los movimientos sociales. Ello, además, contribuye a la creación de mecanismos autónomos para la construcción de la identidad que les permite hacer visible su protesta y creíble su alternativa. Sin que ello deje de ser una aspiración todavía, los movimientos sociales han iniciado un camino de cambio en su forma de afrontar su relación con los medios y las tecnologías, que los diferencia de etapas anteriores.

El sistema de medios alternativos construido por los movimientos sociales, por otra parte, plantea nuevos desafíos desde una mirada de la economía política de los medios, ante la posibilidad de llegar a nuevos públicos. La mutación mediática que se ha producido gracias a las tecnologías, el paso de un sistema analógico a otro digital, y la accesibilidad de las tecnologías han provocado una hibridación, en la que se difuminan las diferencias entre las categorías emisión/recepción, y productores/consumidores ofrecen nuevas posibilidades de creación y distribución de contenidos gracias a Internet. Esto conlleva nuevas formas de entender la autoría, así como nuevas formas de financiación y construcción de los procesos, desde la perspectiva de la colectividad.

De esta manera, los medios de los movimientos sociales se configuran como una propuesta alternativa al capitalismo cognitivo que domina la sociedad de la desinformación, en la que destaca la especial influencia ejercida por la mirada latinoamericana, del último cuarto del siglo XX.

7. Empoderamiento comunicacional y soberanía tecnológica en el movimiento de protesta

7.1. Empoderamiento y apropiación en el espacio de los movimientos sociales

El uso de “empoderamiento” suele generar en el ámbito de los movimientos sociales, por regla general, un sinfín de controversias. Aunque Marí (2016:161) lo considera un término comodín, defiende que “resalta la toma de conciencia y la iniciativa de las personas y las comunidades”, y que (...) “establece lazos estrechos entre comunicación y poder, aunque este último se considere más a niveles microsociales que estructurales”. En el mundo anglosajón su uso es masivo, y quizá en el ámbito español, la falta de tradición tanto en su uso activista como académico dificultan la aceptación del concepto. Se trata, en cualquier caso, de un término plenamente aceptado por la Real Academia de la Lengua Española, aunque su uso no ha sido incorporado al Diccionario de la Lengua hasta la última edición oficial, la vigésimo tercera, publicada en octubre de 2014, si bien fue incorporado a la versión en línea anteriormente.

Haré un inciso sobre el uso del término “empoderamiento”, que el Diccionario de la Lengua Española define como “acción y efecto de empoderar”, remitiendo a la entrada del verbo correspondiente, considerando por tal “hacer poderoso o fuerte a un individuo o grupo social desfavorecido”. Pero probablemente, lo más interesante de esta entrada del diccionario no sea la definición en sí misma, de la que podemos discrepar, sino el recordatorio que contiene de que puede ser usado también en su forma pronominal. De hecho, para entender el abordaje de este estudio, el término debería ser entendido desde este uso, y no tanto desde el transitivo. Desde el activismo mediático,

la idea del empoderamiento se sitúa claramente en la esfera de la apropiación, y no de la concesión, factor clave para estudiar el fenómeno, posicionamiento que en ocasiones no se produce desde la perspectiva de los estudios de las Ciencias Sociales.

Su origen anglosajón, por otra parte, sigue provocando la búsqueda de un término más familiar. No obstante, el Diccionario Panhispánico de Dudas, en su versión de 2005, recuerda, a pesar de considerarlo *un calco del inglés to empower*, (...) el verbo empoderar ya existía en español como variante desusada de apoderar. Define en dicha versión el término empoderar como “conceder poder [a un colectivo desfavorecido socioeconómicamente] para que, mediante su autogestión, mejore sus condiciones de vida”, considerando que su resucitación con este nuevo sentido tiene la ventaja, sobre apoderar, de usarse hoy únicamente con este significado específico.

Autores como Drury y Reicher (2005:35) lo definen como “una condición socio-psicológica de confianza en las habilidades de uno que desafía las relaciones existentes de dominación, defendiendo su uso (...) no sólo porque lo utilizan las mismas personas que están involucradas en los movimientos sociales, sino porque captura aspectos asociados de la experiencia más allá de la mera eficacia, como la alegría, el entusiasmo y placer emocional, dando una explicación del poder subjetivo que no se puede realizar racionalmente”.

El uso del término empoderamiento en español, en todo caso, se vincula con los estudios de la comunicación para el cambio social desde hace décadas, pero especialmente se pone en valor en la era de la sociedad red. Autores como Arregi (2006) hablan de medios de comunicación y empoderamiento indígena; Aguado y otras (2009) vinculan tecnologías de la información y la comunicación, género y empoderamiento; Chaparro (2009) relaciona comunicación, empoderamiento y modelos económicos y de consumo sostenibles; Phillippi y Avendaño (2011) abordan las competencias narrativas de los sujetos para alcanzar el empoderamiento comunicacional; y así muchos otros, en campos que relacionan la comunicación con juventud, salud, etc.

Autores relacionan la capacidad transformadora de las personas con las tecnologías, dando como resultado una acción empoderadora, afirmar que los nuevos medios “son el producto de las ideas, decisiones y acciones de las personas, ya que combinan tecnologías viejas y nuevas, usos y propósitos”, apuntillando que (...) “esto no significa que una tecnología funcione exactamente como se ‘supone’, que siempre podemos predecir cómo un sistema podría ser usado o rediseñado más tarde, o que algunas tecnologías no se volverán monótonas, rutinarias y difíciles de cambiar”, sino que (...) “la gente dirige y guía el cambio tecnológico, las tecnologías no sólo evolucionan por sí mismas, en alguna dirección inevitable” (Lievrouw, 2011:8).

Cardoso, en la misma línea considera que el fenómeno al que estamos asistiendo “en los últimos veinte o treinta años es consecuencia de la fusión entre diferentes tecnologías, es decir, las tecnologías de la información, comunicación e informatización”, por lo que (...) “tenemos que asumir que globalización significa también un cambio en los sistemas de comunicación (...) que transforma las vidas locales de las personas al mismo tiempo que cambia la estructura económica de la propia vida”. Cardoso defiende que “esta ambivalencia que caracteriza a los medios de comunicación en este contexto histórico es susceptible de encontrarse también en su papel de gestión de la autonomía comunicativa y en la posibilidad de empoderamiento individual que pueden otorgar, concediendo a los medios de comunicación un doble papel en el mundo moderno. Por un lado son instrumentos de la democracia”, y por otro (...) “tienden a subvertir los espacios que abren, siguiendo una retórica de personalización y trivialidades en un proceso de preocupación con las personalidades, con lo trivial, lo cual asume a menudo un efecto negativo en el diálogo social” (Cardoso, 2008:129). Y argumenta que “éste es el primer momento histórico en que los gobiernos y los ciudadanos coexisten en el mismo entorno informativo, algo que sucede también a través del cambio tecnológico entre otros. Por primera vez, los gobiernos tienen que cambiar la forma de tratar a sus ciudadanos. Cuando los gobiernos y los ciudadanos viven en un mismo entorno informativo hay muchas cosas que los ciudadanos dejan de tolerar; toleran mucho menos la corrupción, los negocios entre bastidores, los acuerdos secretos, las redes de favoritismos. A medida que se comparte el mismo entorno, todo aquello que parecía normal hasta hace sólo unos cuantos años, lo es cada vez menos en política” (Cardoso, 2008:130).

De esta manera, recurriendo a la terminología utilizada por Tehranian (1999), concluye que “si los macromedios han facilitado la globalización, los micromedios han dado poder a las periferias de resistencia y oposición”, por lo que (...) “las prácticas de los agentes sociales en la sociedad en red son prácticas que combinan medios de comunicación buscando resultados y no usos aislados de un determinado medio. Debemos ver los medios no como tecnologías aisladas sino como objetos de apropiación social diversificada y combinada en función de objetivos concretos definidos”. Marí y Sierra (2008) defienden que “frente al proyecto tecnocrático de las fuerzas del mercado, las redes críticas de empoderamiento local se plantean el reto de vincular la apropiación tecnológica con el cambio social haciendo realidad. Como sugiere Imanol Zubero, la politización del cambio tecnológico en su concepción, desarrollo y aplicación respecto al complejo de intereses, estrategias y opciones políticas posibles. La relación de los movimientos sociales con la información, la comunicación y las TIC va, por tanto, mucho más allá del estrecho horizonte de la perspectiva instrumental que gobierna la mayoría de las experiencias de introducción de los nuevos medios en el gobierno y desarrollo local”.

Phillippi y Avendaño proponen un “empoderamiento comunicacional” que “busca recoger los nuevos desafíos que plantean los cambios en los sujetos, los procesos sociales y los nuevos dispositivos y gramáticas en que están incluidos “los nuevos y viejos medios”, en una triple dimensión: (1) se genera desde la ciudadanía y la sociedad civil; (2) se orienta al desarrollo de las competencias narrativas de los sujetos, en otras palabras, fomenta las habilidades expresivas para construir relatos, lo que (...) implica la capacidad crítica y reflexiva, pero no solo de la comunicación mediada sino del contexto social de los sujetos; y (3) busca la coordinación entre los propios sujetos para organizarse en función de objetivos comunes o movimientos sociales”. Estos autores ponen el acento en la necesidad de que los sujetos mejoren sus propias competencias narrativas, conscientes de que las políticas de inclusión digital solo se han centrado en la maximización del acceso a equipamiento y en una alfabetización digital asociada a aplicaciones. En este sentido, conciben “el empoderamiento comunicacional como espacio socio-comunicativo en que se hibridan lo subjetivo y lo social, el análisis crítico y la expresión”, lo que desde su enfoque (...) “implica también una orientación metodológica que recoge las tradiciones activo-participativas latinoamericanas que se remontan desde hace 40 años y aún antes con los conceptos de Paulo Freire” (Phillippi y Avendaño, 2011:67).

En un artículo que presentó años antes, el propio Avendaño sostiene que “los ámbitos del empoderamiento comunicacional están referidos en primer lugar a la sociedad civil, donde existen valiosas experiencias pero también es pertinente a otros ámbitos de la ciudadanía como el sistema formal de educación”. Desde este enfoque educativo, abunda en la idea de que (...) “los ‘contenidos’ no son ‘cosas’ sino construcciones simbólicas asociadas a ciertos grupos o colectivos sociales de la comunidad educativa, por tanto, es necesario facilitar que éstos puedan ejercer su derecho a comunicarse mediante la expresión de su propia palabra”. Esta aportación de Avendaño nos reubica en escenarios complejos en las dinámicas de empoderamiento comunicativo, más allá de las propias del activismo, dado que existen espacios formales en los que “este proceso de empoderamiento comunicacional que tiende a fortalecer, en una de sus dimensiones, la identidad cultural de los actores sociales considere algunos aspectos que faciliten la construcción de ‘mensajes’ en el actual escenario comunicacional poblado por las tecnologías digitales” (Avendaño, 2002:10). En todo caso, podríamos considerar en esta línea que el activismo debe vigilar y garantizar que las instituciones garanticen este derecho a la ciudadanía en los espacios educativos formales, entendiendo que en los no formales la idea de empoderamiento funciona como principio motor.

No cabe duda de que la relación entre activismo y educación constituye un factor fundamental para entender en empoderamiento comunicacional. Atton (2002:154) refiere la importancia de la pedagogía crítica de Paulo Freire (1970), que “se preocupó por lograr el empoderamiento educativo de los oprimidos, los que estaban privados de

derechos y los marginados, alentando el diálogo como forma de estudio, como comunicación horizontal que privilegiaba la empatía, la esperanza, la confianza y la crítica”, un diálogo que (...) “concibe basado en el lenguaje cotidiano y la realidad de los estudiantes y [que] tendría como objetivo someter a la crítica (y en última instancia cambiar) las fuerzas sociales opresoras a las que estaban sometidos, sin reproducir esas estructuras opresivas en sus propias prácticas sociales”.

Barandiarán (2003:8) sostiene que “el activismo y sus variantes (hacktivismo, artivismo, mediactivismo, activismo táctico, digital, telemático...) responden a una concepción no-tradicional de concebir el espacio y la subjetividad política”, para defender a continuación, recurriendo a Deleuze y Guattari (2000) y a Lanceros (1996), que “el activismo se desarrolla a una escala molecular o micropolítica, desde la intuición (más o menos elaborada, pero puesta a prueba innumerables veces) de que el poder no es algo que le llega al sujeto desde el exterior: algo que se tiene, que se conquista o que se pretende. El poder es el universo de relaciones en el que se está. El conjunto de relaciones que constituyen sujeto”. Abunda en la idea, afirmando que (...) “el activismo busca recuperar el sentido de la acción como eje de la percepción y de la identidad humana frente a un modelo de identidad en crisis basado en la saturación receptiva de señales y la reducción subjetiva a selector de alternativas de consumo. Y para que esa acción no reproduzca las estructuras de poder jerárquicas que intenta cuestionar, el activismo no puede reproducir su cristalización institucional. La tendencia activista es por tanto la de una reconfiguración y reconstrucción permanente de abajo arriba y de lo local a lo global frente a una estructuración globalista de arriba a abajo”.

Desde esta perspectiva, Barandiarán considera que “el activismo no trata de tomar el poder en nombre de la Verdad, que considera un comportamiento de la izquierda tradicional”, sino que (...) “se inserta en la experimentación con las condiciones de verdad de los juegos lingüísticos y las posibilidades tecnológicas, a través de movimientos tácticos, reinterpretaciones, apertura de espacios de creación colectiva o reestructuración de las relaciones de poder locales”, consciente de que (...) “no existe un lugar privilegiado desde el que construir un programa o estrategia política absoluta, sino que ésta se construye siempre desde una posición en el tejido de relaciones de poder” (Barandiarán, 2003:9). De una manera bastante gráfica, para Barandiarán el activismo se convierte así en una forma de experimentación colectiva en la que poner a prueba el tejido de relaciones de poder que nos constituyen, a través del desplazamiento de símbolos, de la búsqueda de nuevos usos tecnológicos, del conflicto comunicativo, de la inversión de roles o la ruptura de dicotomías (cliente-servidor, aprender-hacer, emisor-receptor, etc.) que predeterminan la percepción y la acción sobre el mundo.

Por su parte, Fenton sostiene que “Internet se ha convertido en el hogar de una actividad mediada que busca elevar la conciencia de las personas, dar voz a quienes no la tienen, ofrecer empoderamiento social, permitir que personas y causas dispares se

organicen y formen alianzas y finalmente se utilicen como herramienta para el cambio social". Sostiene que (...) "las características que se han reivindicado para marcar el territorio del Internet como particularmente adaptado al activismo político transnacional contemporáneo pueden ser expresadas por las dualidades multiplicidad y del policentralidad; interactividad y participación transfronteriza. Estos temas se relacionan directamente con la protesta on line y se cruzan y se conectan con los temas de particularidad y universalidad, comunidad y diferencia, temas centrales que enmarcan los dilemas predominantes en la construcción de la movilización política y el establecimiento de proyectos políticos" Fenton (2009:63). No obstante, admite que "aunque puede facilitar la movilización, el potencial democrático de Internet no depende de sus características primarias de interactividad, multiplicidad y policentralidad, que a menudo se celebran y se anuncian como ofreciendo beneficios democráticos intrínsecos. El potencial democrático sólo se realiza a través de los agentes que se dedican a la actividad reflexiva y democrática" (Fenton, 2009:68). Fenton, recurriendo a Bauman, reivindica una re-colectivización de las utopías privatizadas de la "política de la vida" para que puedan adquirir una vez más la forma de las visiones de la "buena sociedad" y de la "sociedad justa", para así evitar que triunfen los discursos políticos que utilizan la idea de "comunidad" y regeneración social" con el objetivo de identificarlos con la libertad del consumidor y el empoderamiento individual.

Vatikiotis (2009:113) resume a Couldry (1999; 2001) y Atton (2002; 2004) afirmando que "en términos literales, la inmersión de la gente común dentro del procedimiento de mediación demuestra el empoderamiento, simbólicamente y reflexivamente". Por su parte, Candón sostiene que "los nuevos movimientos sociales se apropian de internet de forma destacada", de manera que (...) "la red satisface las necesidades de los nuevos movimientos en mayor medida que las de otros actores -como gobiernos y empresas- ya que su estructura descentralizada, horizontal, multidireccional y abierta es coherente con los valores de los nuevos movimientos". Por otra parte, afirma en la misma línea que "más allá del uso y apropiación de la red, los nuevos movimientos se identifican con internet, valoran el medio como propio e identifican las propiedades de internet con sus ideas y valores", y que (...) "como consecuencia de esta identificación, los nuevos movimientos sociales asumen el papel de defender internet y se implican en la batalla contra el control de la red para que ésta siga siendo un medio de comunicación libre, abierto y horizontal. Para los nuevos movimientos internet no es solo una herramienta adaptada a sus necesidades de la que hacen un uso instrumental. Éstos valoran el medio y se identifican con el mismo por lo que la red forma parte de su propia identidad y encarna sus valores y propuestas políticas. En los nuevos movimientos "el medio es el mensaje" (Candón, 2013:104 y ss).

Bennett considera que más importante aún que explicar la flexibilidad, la diversidad y la escala de este activismo mediático, es "la forma en que las preferencias por redes sin líderes e inclusivas se adecuan a las capacidades distribuidas y multidireccionales

de la comunicación por Internet". En su teoría, Bennett defiende que "las infraestructuras de comunicación global han cambiado de manera importante, permitiendo (1) la producción de contenidos de alta calidad por parte de la gente común, (2) la creación de redes interactivas a gran escala involucradas en ese contenido, (3) la transmisión de ese contenido a través de fronteras y continentes, y (4) la convergencia de los sistemas de medios para que el contenido personal (micro) tenga más vías a través de las cuales entrar en los canales de los medios de comunicación". De esta manera, sostiene que el movimiento activista (...) "se está empoderando gracias a la doble capacidad de Internet para la comunicación interna y externa" (Bennett, 2003a:24).

Milan pone el acento en lo que Halleck (2002:191) llama "infraestructuras de la resistencia", argumentando que "la cuestión de la infraestructura podría sonar trivial en tiempos de abundancia de medios sociales 'libres', plataformas de microblogging y aplicaciones que permiten a la gente expresar sus opiniones y compartir fotos y videos a voluntad y prácticamente sin costo alguno", si bien (...) "a menudo olvidamos que estas plataformas son propiedad y están controladas por corporaciones de medios y telecomunicaciones cuya agenda se centra en el beneficio y los intereses corporativos más que en la participación, el empoderamiento y la justicia social". Sostiene Milan que (...) "con esto en mente, en las últimas décadas los grupos activistas han desafiado cada vez más a las corporaciones de medios y a las emisoras estatales en su propio terreno, y (...) han creado alternativas a la infraestructura de comunicación existente mediante la creación de estaciones comunitarias de radio y televisión y sitios web alternativos para la información autoproducida". De esta manera, (...) "tales medios de comunicación de base han permitido a amplios sectores de la ciudadanía acceder a la producción de medios y asegurar canales de comunicación con los que (...) los activistas buscan contribuir a los esfuerzos de los movimientos sociales progresistas contemporáneos para conformar el mundo de acuerdo con los principios de justicia, igualdad y participación" (Milan, 2013:1).

Como ha quedado apuntado en otro apartado de esta tesis, para esta autora, los repertorios de acción comunicativa de los movimientos sociales se dividen en tácticas reformistas ("que desafían las estructuras y poderes hegemónicos existentes en el campo de la comunicación, influenciando los contenidos de los medios de comunicación convencionales y abogando por la reforma de la política de los medios de comunicación") y tácticas contrahegemónicas ("que buscan crear medios independientes fuera del control estatal y corporativo, y cambiar la relación entre los ciudadanos y los medios de comunicación empoderando a las audiencias a ser más críticas"), señalando al respecto que hay diferencias organizativas y culturales entre los dos enfoques, y una división del trabajo dentro del campo de estudio (Milan, 2013:9).

Stefania Milan describe lo que llama “prácticas de comunicación emancipatoria”, definiéndolas como “formas de organización social que buscan crear alternativas a los medios existentes y la infraestructura de comunicación, y que vincula al espacio de los movimientos sociales y sus tecnologías”, que (...) “no se comprometen exclusivamente en el trabajo de promoción y reforma de políticas, sino que (...) su estrategia principal es la la reforma estructural a nivel de base a través de la creación de espacios autónomos de comunicación”. Desde este punto de vista, Milan se aparta de los enfoques que privilegian la transformación de la infraestructura mainstream existente, considerando la emancipación como “los esfuerzos de grupos e individuos sin poder para obtener igualdad y/o libertad en la esfera de la comunicación y los medios de comunicación, tanto para ellos como para otros grupos sociales e individuos”. Por tanto, la emancipación se entiende como “libertad de” [en el sentido de independencia de] la lógica de los medios comerciales y sus limitaciones”, defendiendo que “liberar a la gente para que se comunique en sus propios términos significa proporcionar la infraestructura y las habilidades necesarias para este fin. Se trata de enseñar a la gente cómo funciona la tecnología analógica y digital para desmitificar esa misma tecnología” (Milan, 2013:10).

Esta autora vincula la idea de “prácticas de comunicación emancipatoria” con dos conceptos más: “autodeterminación”, que identifica con la “libre elección de individuos y grupos con respecto a su futuro cultural y comunicativo”, y “empoderamiento”, como “proceso a través del cual individuos y grupos toman el control de sus tecnologías y mensajes mediáticos participando en las acciones que remodelan sus procesos comunicativos”, pudiendo ser considerado en estos términos el empoderamiento como “*libertad para comunicarse en los propios términos*”. Milan se apoya para ello en Rodríguez (2001b), que se refiere a los “medios de comunicación de los ciudadanos como un espacio para que las personas promulguen su agencia democrática” (Milan, 2013:11).

Milan se alinea con los trabajos de Downing (2001) y Hackett y Carroll (2006) en relación a la teoría de los medios alternativos y participativos y el análisis del activismo democrático de los medios, si bien pretende “enriquecer la comprensión de la comunicación alternativa exponiendo las interacciones sociales y los mecanismos de toma de sentido que permiten su aparición y sostenibilidad a lo largo del tiempo” mediante el análisis de las “prácticas de comunicación emancipatoria”, recogiendo de Downing (2001:15) la visión gramsciana de la cultura y el poder, y su noción de contrahegemonía, en la medida que “estos medios no solo intentan desafiar los marcos ideológicos dominantes y los suplantán con una visión alternativa radical, sino que son transmisores del cambio social”. Para Milan esta visión de Downing se complementa desde las prácticas de comunicación emancipatoria, que “distingue entre contenido e infraestructura y se concentra en el nivel de provisión de infraestructura, mientras que Downing privilegia el contenido de los intercambios de comunicación”. De igual manera considera que esta

visión está influida por la tradición académica de la comunicación participativa en la medida que estos medios (...) “permiten un proceso de comunicación bidireccional que promueve la participación activa de quienes carecen de poder, con el objetivo de promover la conciencia de sí mismo y las posibilidades de cambio” (Milan, 2013:177).

No obstante, existen visiones críticas con esta idea de empoderamiento, basadas en lo que cierto sector de la comunidad científica considera una visión sesgada, por los enfoques que se aplican. Chris Atton se muestra escéptico frente a la perspectiva del empoderamiento, desde un punto de vista académico, al afirmar que “el estudio académico de los medios alternativos está dominado por un enfoque que se centra en su valor político y, en particular, en la capacidad de los medios alternativos para empoderar a los ciudadanos. El punto central del empoderamiento es la oportunidad para que la gente común construya sus propias historias sin la formación o la experiencia profesional y el estatus del periodista principal. Este enfoque tiende a celebrar los medios alternativos y sus logros, prestando poca atención a cómo se producen los medios alternativos” (Atton, 2008:213).

Atton apunta una serie de lagunas en la investigación de los medios alternativos, al considerar que las teorías de los movimientos sociales podrían explicar el papel de los medios alternativos en la construcción de la identidad colectiva, pero no hacen mucho para explicar el papel de los medios alternativos como medios de comunicación. En este sentido, denuncia una cierta miopía de la comunidad científica, al sostener que “el estudio del ‘trabajo’ en los medios alternativos incluye procesos sociales y políticos, pero también los procesos de toma de decisiones, la estructura de las reuniones editoriales y las disputas ideológicas, así como (...) examinar las maneras en que la gente trabaja. ¿Cómo aprenden a convertirse en periodistas o editores? ¿Cómo identifican y eligen sus historias? ¿Cómo seleccionan y representan sus fuentes? ¿Los periodistas alternativos son verdaderamente independientes o sus métodos de trabajo están influenciados por las prácticas de los periodistas? Estas preguntas sobre la práctica de los medios requieren una comprensión de sus practicantes: sus valores, motivaciones, actitudes, ideologías, historia, educación y relaciones” (Atton, 2008:222).

En su análisis se muestra escéptico con el enfoque “festivo” de los medios alternativos, enfoque que para este autor “afirma que los métodos organizativos, las prácticas políticas, la autogestión y la participación son suficientes para demostrar el valor político de los medios alternativos”. Por otra parte, se posiciona de una forma muy crítica contra las visiones de algunos teóricos, que para Atton “nos muestran cómo los medios alternativos se conectan con la lucha política y el empoderamiento político, pero no nos muestran cómo los productores de medios alternativos desarrollan sus habilidades” (Atton, 2008:222). Desde este punto de vista, Atton sugiere que para analizar realmente la capacidad de empoderamiento de los medios hay que realizar enfoques dinámicos (y no tanto sociológicamente orientados) sobre los procesos que tienen lugar

dentro de la producción de esos medios, que reiteran las visiones que tienen los grandes medios que identifican a los movimientos sociales como identidades colectivas, fijas e identificables. En esta línea, Carroll y Hackett (2006:93) identifican “círculos sociales que se cruzan” en los que los activistas producen medios de comunicación.

En otro orden, Atton defiende que “las características y valores que hemos encontrado en las prácticas de los medios alternativos se centran en la autonomía, la solidaridad y el desarrollo de la reflexividad en los procesos creativos de la producción democrática de los medios de comunicación, que considera como (...) un espacio como esfera pública alternativa” (Atton, 2003:156) en los términos descritos por Fraser (1992) como crítica a la formulación burguesa de Habermas (1989). Fraser, como se apunta en un capítulo anterior de esta tesis, defiende “una multiplicidad de esferas públicas, cada una de las cuales actúa como un foro para la articulación de una determinada dimensión social, cultural o clase”. En este escenario, Atton considera que “la palabra clave aquí es la de empoderamiento, refiriéndose a los excluidos y marginados cuyos discursos aparecen fuera de la esfera pública dominante”. Recurre nuevamente a Fraser (1992:123) para definir a estos grupos como “contrapúblicos subalternos”, que pueden participar en los “ámbitos discursivos paralelos” (...) para “inventar y difundir contradiscursos” para formular interpretaciones opositoras de sus identidades, intereses y necesidades”. Para Atton, la importancia de la aportación de Fraser reside en que “en lugar de intentar homogeneizar o ‘acomodar la contestación’ dentro de una sola esfera pública”, esta autora (...) aboga por “una pluralidad de públicos competidores que mejor promueven el ideal de la paridad participativa frente a un público global único y comprensivo”. Atton explica que el argumento de Fraser se basa “en el reconocimiento de una diversidad de espacios discursivos en los que, los miembros de determinados colectivos representarán mejor esos grupos si son capaces de producir sus propios discursos, en lugar de hacerlos construir en su nombre” (Atton, 2003:153).

Por otra parte, y a pesar de la importancia del factor tecnológico en la transformación social y cultural de la sociedad civil en los últimos años, no debemos desatender las visiones críticas que ofrecen autores como Alba Rico (2012) que recuerdan que “hay dos ilusiones peligrosas que tanto en la derecha, como en la izquierda, dominan el análisis político de la tecnología y muy particularmente de las nuevas tecnologías integradas en la red. La primera es la de la neutralidad de los formatos y las funciones. La segunda la del paralelismo entre progreso tecnológico y emancipación social”. Con respecto a la primera ilusión que apunta, sostiene que (...) “la autonomía de los artefactos tecnológicos, en general, implica la aceptación de dos presupuestos: (1) el de que los objetos tecnológicos son relativamente independientes del modo de producción y no son, por lo tanto, puramente reproductivos, ni desde el punto de vista ideológico ni desde el económico, y (2) el de que, en todo caso, es el objeto tecnológico mismo el que, más allá de su contexto social, impone un determinado uso del mismo, una determinada recepción mental y un determinado horizonte de cambio”. La crítica reside

en saber si es la tecnología la que, en el caso que nos ocupa, está produciendo un nuevo activismo, o el activismo está haciendo uso de poder emancipador de las nuevas tecnologías. Gran parte de los fracasos y de los atascos sufridos por los movimientos sociales en el uso insurgente de las nuevas tecnologías tiene que ver con la afirmación de Alba Rico de que “lo que de algún modo producen todos los objetos tecnológicos es a sus usuarios”.

Este autor pone en cuestión la aspiración de universalidad de la red, considerando a esta “no como un territorio liberado, sino un territorio aún por liberar en el que las relaciones de fuerzas —izquierda/derecha, socialismo/capitalismo— son muy parecidas a las que dominan en el mundo”, afirmando que (...) “de este nuevo paradigma no se puede escapar, pero no es en sí mismo emancipatorio; hemos de luchar desde él, pero conociendo qué conductas y qué percepciones nos impone su ‘autonomía’ pregnante”.

El uso de los términos empoderamiento y emancipación representan dos caras de la misma moneda en el activismo mediático. La capacidad de generar discursos propios, junto a la apropiación de las tecnologías de la comunicación, con fines insurgentes, constituyen una novedad esencial en las prácticas comunicativas de los movimientos sociales de los últimos veinte años. Este doble factor, revestido de los valores que los movimientos sociales aportan como elemento esencial ha provocado un cambio social y cultural importante en el espacio de las luchas sociales.

7.2. Empoderamiento comunicacional y movimientos sociales

7.2.1. Los presupuestos del empoderamiento comunicacional: Uso emancipador de los media

En otro epígrafe anterior de esta tesis he abordado los conflictos históricos que ha experimentado el pensamiento de izquierdas en relación a las tecnologías de la información. Enzensberger sostiene en su obra ‘Elementos para una teoría de los medios de comunicación’ que la Nueva Izquierda de los años sesenta ha reducido el desarrollo de los medios de comunicación a un único concepto en lo que consideraba un “arcaísmo cultural en la crítica de la izquierda”, considerándola una “teoría de carácter defensivo”, incluso derrotista. Argumentaba Enzensberger para ello, “que esta vivencia de la impotencia (...) objetivamente se debe al conocimiento correcto de que los medios de producción decisivos se hallan todos en manos del enemigo” (Enzensberger, 1974:18).

La Nueva Izquierda a la que se refiere Enzensberger de los años sesenta estaba trufada, como ha quedado expuesto, por un activismo incipiente que, aunque mostraba

una gran complicidad ideológica con la izquierda política, demandaba una independencia organizacional y estructural cada vez mayor, intentando ocupar un espacio en la sociedad civil que le permitiera luchar por causas arrinconadas por partidos y sindicatos y abordar otros enfoques de la justicia social más allá de la lucha de clases.

En esta revisión de las posturas de la Izquierda frente a los medios de comunicación, Enzensberger profundiza en esta línea, al considerar igualmente, que la Izquierda se ha mostrado poco interesada en los medios electrónicos por el hecho de ser “sucios”, en el sentido de eliminar todo tipo de limpieza, y por configurarse como anti-sectarios, habituada “exigir” una línea “limpiamente” definida y suprimir las desviaciones, que solo sirven para “las propias necesidades de seguridad”.

Armand y Michéle Mattelart recogen la polémica que las tesis de Enzensberger produjeron en Francia a través de la contestación que Jean Baudrillard (1974) realizó en su obra “Crítica de la economía política de signo” en la que considera a los medios de comunicación “efectores de ideología, argumentando que no solo solo no son revolucionarios por destino, sino que ni siquiera tienen posibilidad de ser neutros o no ideológicos”, aseverando que “lo que caracteriza a los mass media es el hecho de que éstos son antimedidores, intransitivos y que fabrican la no-comunicación si aceptamos definir la comunicación como un intercambio, como el espacio recíproco de una palabra y de una respuesta, por lo tanto, de una responsabilidad” (Mattelart y Mattelart, 1997:68).

Berardi profundiza en esta polémica afirmando que “la tesis de Enzensberger se inscribía en la concepción marxista dominante en aquel tiempo: la contradicción entre las fuerzas de producción y las relaciones de producción se extiende al sector de la producción comunicativa y significativa. Enzensberger se daba cuenta del hecho de que la producción de significado es subsumida por el proceso de reproducción del capital, pero no conseguía ver que esto modifica todos los términos del problema”, mientras que (...) “Baudrillard excavaba más a fondo, y descubría que el proceso de mercantilización afecta a la estructura misma del mensaje, a la modalidad de su producción”. Berardi resume las posiciones de Enzensberger y de Baudrillard afirmando que “la tarea política de la estrategia socialista en el campo de la comunicación, para Enzensberger, consistía simplemente en la recuperación de la verdad en la información, en reafirmar el valor de uso del proceso de significación para sustraerlo, organizarlo, oponerle al servicio del capital”, mientras que (...) “sólo Baudrillard intuía la novedad radical del semicapital, integración de semiótica y economía, remodelación del campo comunicativo y del campo productivo” (Berardi, 2007:162).

Barranquero y Sáez recurren a la mirada de autores como Antonio Gramsci y Paulo Freire, que encuentran respuestas al fenómeno del empoderamiento comunicacional moderno desde la óptica del Sur Global, entendido como “la metáfora del sufrimiento

humano sistémico e injusto causado por el capitalismo global y el colonialismo”, en palabras de Santos (2009:182). Para Barranquero y Sáez, Gramsci encarna el discurso sobre los conceptos de “hegemonía y contrahegemonía, que recuperan el antiguo debate marxista sobre la ideología, pero amplían sus contornos al situar el foco en la capacidad de agencia del ser humano para procesar activamente la cultura que recibe”. Por su parte, Freire centra la importancia “en el capital cultural de los ‘oprimidos’, así como a su concepción de ‘praxis’ como elemento central de la construcción teórica. Sus tesis apuntan a que la conciencia de las clases populares y sus luchas no proviene sólo de los condicionantes económicos en el sentido marxista tradicional, sino, y sobre todo, de las experiencias y saberes acumulados a lo largo de generaciones”, defendiendo que (...) “la emancipación surge de un proceso educativo horizontal, en el que quien dispone de los saberes convencionales tradicionales (educador) y el que posee otros saberes tácitos o no convencionales (educandos) co-participan en la generación conjunta de conocimiento” (Barranquero y Sáez, 2012:45).

Para estos autores, “en el contexto de América Latina, a diferencia de otras regiones del mundo, se observa que la teoría de la comunicación surgió precisamente como reflexión a posteriori en torno a experiencias populares que datan de finales de los años 40: las radio escuelas colombianas y las radios sindicales mineras bolivianas (...) en un contexto histórico muy particular, con ciertas continuidades regionales, pese a las diferencias nacionales, a saber: luchas contra la dependencia y la subordinación colonial, gobiernos oligárquicos, dictaduras militares, exclusión socio-económica y política de la población”. La experiencia latinoamericana es trascendental en el mundo de la comunicación alternativa; citando a White (1989) afirman que “la comunicación en Latinoamérica es observada como un instrumento clave en la lucha contra las desigualdades en una comunidad académica continental donde confluían vínculos afectivos e ideológicos que dieron lugar a un conjunto de orientaciones comunicológicas”, reseñando entre otras: la conciencia de la ‘latinoamericanidad’ en la dependencia cultural e informativa del continente; las matrices epistemológicas propias de su lugar en el mundo, como teoría de la dependencia, y teología de la liberación; el compromiso crítico y político, la orientación normativa, ética e incluso utópica hacia el cambio social, y la auto-definición explícitamente ‘ideológica’ de muchas investigaciones; las propuestas de transformación macro-estructural como políticas de comunicación, observatorios ciudadanos de medios, análisis crítico de la estructura regional o mundial de la información; y la atención a las formas disidentes y/o contra hegemónicas de la comunicación, con un replanteamiento epistemológico del modelo de la comunicación dominante anglosajón de acuerdo a premisas más participativas. (Barranquero y Sáez, 2012:46).

De la misma manera, establecen paralelismos entre las experiencias latinoamericanas y las que surgen en Europa a partir de los 70, relatando “el fenómeno singular que contribuirá a cambiar radicalmente el modo de entender el rol de las audiencias en el

proceso de la comunicación: las primeras radios libres en Italia. Con resonancias en buena parte de Europa, las emisoras libres se gestaron como espacios de despliegue de las subjetividades 'aprisionadas' por Estados que mantenían el monopolio de la radio y la televisión y en tanto que armas de la lucha política ajenas al espectro de los partidos políticos tradicionales -al estar lideradas por organizaciones autónomas críticas con las instituciones político-sindicales más clásicas de la izquierda- y cercanas a los denominados nuevos movimientos sociales: feminismo, pacifismo, ecologismo, juventud, etc." (Barranquero y Sáez, 2012:48).

De esta manera, a partir de los 70 y 80, los estudios sobre investigación en comunicación empiezan a adquirir importancia y permiten la penetración de experiencias alternativas emergentes en aquellos años en la comunidad científica, planteándose estudios en abierto desafío "a los modelos teóricos importados de los EE.UU., con énfasis prioritario en perspectivas como las de la economía política, la socio-semiótica, la comunicación alternativa o la comunicología crítica latinoamericana". Así, (...) "los procesos de renovación y fortalecimiento de los proyectos políticos de corte progresista, que encuentran en el sector de los medios alternativos y para el cambio social un nuevo espacio para el ejercicio de la contra hegemonía, (...) los análisis de Negri y Hardt sobre las redes de comunicación y control en la nueva fase del capitalismo, así como las experiencias de las 'telestreet' y otras formas de comunicación contra hegemónica", (...) o las experiencias de medios comunitarios en España agrupados y articulados en torno a la Red de Medios Comunitarios constituyen un "renovado proceso de fortalecimiento de la investigación y acción en comunicación alternativa" (Barranquero y Sáez, 2012:48).

Más allá del debate ideológico y de los enfoques aportados por los diferentes autores analizados, Tubella y Alberich (2012:113) resumen la propuesta de Enzensberger (1974), entendiendo "que los media pueden ser un instrumento de represión y de mantenimiento del status quo pero también, como contraparte, reflexiona sobre la posibilidad de los media como instrumentos de emancipación y liberación, y detalla este posible doble uso de los medios de comunicación estableciendo el siguiente catálogo de elementos distintivos entre ambos usos modelos":

Gráfico 1: Usos represivo y emancipador de los media	
Uso represivo de los media	Uso emancipador de los media
Centralización del control de los medios	Programas descentralizados. Cuanto mayor pluralidad en los medios de comunicación, más puntos de vista estarán al alcance de los ciudadanos
Un transmisor, muchos receptores. Todo el	Cada receptor, un transmisor en potencia.

mundo no tiene el mismo acceso a los Media	Toda persona debe tener el poder potencial de convertirse en un productor de comunicación mediática
Inmovilización de individuos aislados. Los medios procuran que los individuos no se movilicen contra aquellos que tienen su control	Movilización de las masas. Los medios deben favorecer que los ciudadanos se organicen y se movilicen.
Conducta de abstención pasiva respecto al consumo. Los medios propician un consumo inconsciente y compulsivo que es el motor del sistema capitalista	Interacción de los participantes, feedback. Los medios pueden propiciar una mayor interacción con su público
Proceso de despolitización. Los medios no fomentan el espíritu crítico y político de los ciudadanos	Proceso de aprendizaje político en la construcción de los medios
Producción por especialistas. Se limita el acceso a la producción de programas a unos especialistas	Producción colectiva. La producción no sólo es obra de especialistas sino también de agentes sociales
Control por propietarios o burócratas	Control socializado por organizaciones autogestoras
Fuente: Elaboración propia	

Para Tubella y Alberich, “el modelo planteado por Enzensberger sobre un uso emancipador de los media dialoga sin duda con las opciones y posibilidades que hoy Internet y los nuevos medios de comunicación digital conllevan para una apertura de los media en y a partir de un uso participativo y colaborativo cómplice. Desde la óptica de la autocomunicación de masas planteada por Castells, “estos nuevos medios son el exponente de una corriente cultural más amplia, que se caracteriza por facilitar una mayor autonomía a usuarios independientes” (Tubella y Alberich, 2012:114). Estos autores defienden que la llegada de Internet permite el desarrollo de una serie de factores que facilitan este uso emancipador de los medios: la reducción de las barreras de entrada a la producción de contenidos, la mayor capacidad de acceso a los públicos, la posibilidad de desarrollar visiones alternativas a los esquemas e ideas tradicionales sobre el desarrollo personal y profesional de los creadores audiovisuales desde la óptica de la cultura digital, incluso otras posibilidades para la producción y la comercialización audiovisual en todas sus vertientes, concibiendo Internet y el conjunto de la nueva cultura audiovisual como “testimonios de la expansión a campos abiertos y comunales de los procesos de creación, producción, distribución, y consumo audiovisual, habitualmente cerrados a la participación horizontal en los media tradicionales” (Tubella y Alberich, 2012:115).

Las nuevas tecnologías, mucho más accesibles desde la aparición de Internet, constituyen el escenario perfecto para este uso emancipador de los medios que empiezan a experimentar los movimientos sociales (Cordero y Alberich, 2015), desvestidos del lastre que suponía el pensamiento de la Izquierda tradicional y los enfoques de las teorías clásicas de la comunicación, apostando por una visión más epistemológica en el ejercicio del activismo que desde la praxis social van construyendo.

7.2.2. Construcción de identidad y significado de los movimientos sociales a través de los medios de comunicación

Afirmar y reconocer estos complejos de la Izquierda no significa poner en duda que haya existido manipulación mediática, ejercida históricamente por una clase liberal poseedora de los medios de producción, sino reconocer su incapacidad para afrontar y realizar un ejercicio similar a lo que Castells ha llamado “reprogramar las redes de comunicación”, que considera que “para que surja la resistencia, los sentimientos individuales, como la ira, han de comunicarse a los demás, transformando las solitarias noches de desesperación en días de cólera compartida. Por esto el control de la comunicación y la manipulación de la información han sido siempre la primera línea de defensa del poderoso para cometer impunemente sus fechorías” (Castells, 2009:453).

No cabe duda de que, con el proceso de globalización neoliberal, la conversión de los mass media en conglomerados mediáticos ha facilitado la multiplicación exponencial de su poder y su capacidad para generar, en ocasiones, la única representación de la realidad, lo que Castells llama la “construcción de significado” (Castells, 2009:33), una de las dos formas de ejercicio de poder junto a la coacción. Según este autor, “la construcción del significado” sirve para ejercer el poder “partiendo de los discursos a través de los cuales los actores sociales guían sus acciones, entendiendo por actores sociales a distintos sujetos de la acción: actores individuales, actores colectivos, organizaciones, instituciones y redes”. En este escenario, Candón afirma que “cobran importancia las nuevas desigualdades de distribución de recursos en la sociedad de la información, como la disparidad de acceso a los medios que definen los significados con los que se construye la identidad individual y colectiva. Mediante el control sobre la producción y circulación de la información los actores poderosos enmarcan la información e imponen el discurso dominante, de forma que los excluidos están privados tanto de recursos materiales como de recursos simbólicos, de su capacidad de ser sujetos”. Para Candón, los movimientos sociales, en su estrategia de acción política siempre han necesitado “hacer visible su protesta (...) y creíble su alternativa”, y para ello “necesitaban el recurso externo de los medios de comunicación controlados por el poder”, si bien (...) “se enfrentan a una situación contradictoria; por una parte rechazan a los medios tradicionales y son conscientes de su limitada capacidad de incidir en ellos, por otra, perciben la necesidad de usarlos para alcanzar a un público masivo” (Candón, 2012b:680). De esta manera, la evolución de las estrategias de acción comunicativa de los movi-

mientos sociales han experimentado diferentes procesos en sus relaciones con los medios de comunicación de masas, a los que inevitablemente han recurrido históricamente, conscientes de su capacidad de influencia sobre el gran público.

No obstante, esta ha sido una relación normalmente convulsa. Los movimientos sociales con demasiada frecuencia han considerado que los medios de comunicación de masas no ha hecho una correcta construcción del significado de sus luchas y mensajes. Este mismo autor enumera dos factores que inciden en las dificultades de los movimientos sociales para expresarse a través de los medios de comunicación tradicionales: En primer lugar, “muchos de los elementos característicos de los movimientos son discordantes con los criterios, rutinas y formas de trabajo de los medios de comunicación, con la cultura profesional, la organización del trabajo y los procesos productivos de la información”, lo que dificulta (...) que los medios se enfrenten “a un acontecimiento imprevisible o espontáneo, protagonizado por una masa de personas a la que resulta difícil identificar, que expresa sus reivindicaciones en una amalgama de voces diversas, y que además cuestiona principios fundamentales y bien asentados de la cultura política de la sociedad, generando por tanto una conflictividad que incomoda a parte de la audiencia y limita así el mercado al que los medios masivos dirigen su producto informativo”. En segundo lugar, se refiere al hecho de que “las empresas comunicativas tienen intereses directos, tanto políticos como económicos, que pueden verse afectados por las críticas y propuestas de los movimientos de forma que la cobertura de estos se ve afectada por dichos intereses” (Candón, 2012b:681).

No obstante, la representación distorsionada que los medios hacen de los movimientos sociales no es siempre la consecuencia involuntaria de la búsqueda de visibilización que los actores sociales hacen de su acción política. En la mayoría de los casos, los medios realizan coberturas informativas sobre acontecimientos sociales de magnitud, en las que los movimientos sociales son proyectados de determinadas formas y maneras y sobre las que no tienen control alguno.

En este sentido, Tarrow considera que “los modos en que los medios cubren los movimientos y éstos son percibidos por el público se ven afectados por la estructura de la industria de la comunicación”, y por tanto, “como resultado, la capacidad de las organizaciones para servirse de los medios para sus propios fines es limitada”. En el análisis que Tarrow hace del enmarcado de los movimientos sociales en los medios de comunicación, considera que “los medios de comunicación de masas se convierten en un recurso externo de los movimientos en tres fases del desarrollo de éstos”, a los que (...) “suministran un vehículo difuso para la formación de consenso que los movimientos jamás lograrían por sí mismos, (...) ayudan a obtener una atención inicial y ésta puede ser la fase más importante de su impacto (...) y ayudan a conservar sus apoyos reforzando el sentimiento de estatus de sus miembros y manteniendo a sus seguidores al corriente de sus actividades” (Tarrow, 1997:222).

Sin embargo, y frente a esta aparente normalidad, Tarrow afirma que “los medios no permiten pasivamente que los movimientos se sirvan de ellos para sus propios fines. Si bien es posible que en las democracias capitalistas no trabajen directamente para la clase dominante, desde luego no lo hacen para los movimientos sociales. Al menos en una sociedad capitalista, los medios están para dar noticias y sólo pueden subsistir si informan sobre lo que interesa a los lectores, o sobre lo que los editores piensan que puede interesarles” (Tarrow, 1997:223).

La construcción de la identidad colectiva de los movimientos sociales en los medios de comunicación masivos ha sido ampliamente estudiada por la crítica. Los intereses económicos y corporativos tienen una influencia directa en la visibilización de los movimientos sociales. En este sentido, León Gross apunta que “la relación del emisor con la audiencia, al cobrar un carácter eminentemente económico, se establece mediante mensajes cuya naturaleza se presenta en términos de producto; y por tanto, sometido a los parámetros de comportamiento de cualquier objeto proyectado sobre el mercado”, concluyendo que “la matriz mercantil de los medios fomenta espacios desideologizados en la medida en que con éstos se aspira a ocupar, no parcelas ideológicas, sino cuotas de mercado que puedan ser explotadas como negocio. Esto implica, desde luego, la debilidad, cuando no ausencia, de un pensamiento crítico hacia los valores que sostienen ese discurso único mercantilista falsamente plural, e incluso la descalificación de las posiciones doctrinales que cuestionan este proceso” (León Gross, 1996:35).

Por su parte, Cardoso sostiene que “los medios de comunicación de masas tradicionales constituyen el medio a través del cual la mayoría de los ciudadanos establece contacto con el ámbito político”. Este proceso que Cardoso denomina “mediatización” (...) “permite incluir ciertos hechos en la agenda política creando nuevos modos de discurso y cambiando el propio ámbito político”. No obstante, recogiendo reflexiones de diferentes teóricos de la comunicación, admite que aunque que los medios de comunicación se hayan convertido en un instrumento al que los movimientos sociales no pueden renunciar para llegar a simpatizantes potenciales, su uso también provoca problemas específicos porque “de alguna manera les obliga a cambiar la matriz discursiva del movimiento si se pretende tener cobertura mediática o generar acciones que asuman el carácter de performances emocionales para poder competir por la mediatización en un espacio limitado” (Cardoso, 2008:506).

Sobre mediatización habla también Silverstone exponiendo que “hay una tensión constante entre lo tecnológico, lo industrial y lo social, una tensión que es preciso afrontar si queremos reconocer a los medios, efectivamente, como un proceso de mediatización” (Silverstone, 2004:19). Parte de la afirmación de que las instituciones no elaboran los significados, sino que los proponen, y además lo hacen de una manera no uniforme, sino que tienen diferentes ciclos de vida y diferentes historias. “De esta manera,

los significados mediatizados circulan en textos primarios y secundarios, a través de intertextualidades sin fin, en la parodia y el pastiche, la repetición constante y los discursos interminables, tanto en la pantalla como fuera de ella; en ellos actuamos e interactuamos como productores y consumidores, con la intención urgente de comprender el mundo, el mundo mediático, el mundo mediatizado, el mundo de la mediatización. Pero también, y al mismo tiempo, utilizamos los significados mediáticos para evitar el mundo, distanciarnos de él y, tal vez, de los desafíos de la responsabilidad o el cuidado, el reconocimiento de la diferencia" (Silverstone, 2004:32).

Ese proceso de mediatización, que Silverstone considera que "implica la transformación constante de significados, tanto en gran escala como en pequeña" es necesario para producir conexiones entre los movimientos sociales y la sociedad en la que se insertan. En un juego de comparaciones, establece ciertos paralelismos entre mediatización y traducción, actividades en las que se dan un cuádruple proceso de (1) confianza, porque al iniciar el proceso de traducción atribuimos valor al texto que abordamos; un valor que queremos entender; recuperar y comunicar a otros y a nosotros mismos; (2) violencia que ejercemos sobre los significados de otros; (3) apropiación, que implica hacer comprensibles los significados mediante la incorporación, el consumo, la domesticación, y (4) la restitución mediante la sustitución del original por algo nuevo.

El proceso de mediatización, sin duda, siempre ha sido traumático para los movimientos de lucha por el cambio social, porque ha constituido el medio por el que se han elaborado los procesos de desinformación y subinformación. Berardi considera que "el pensamiento crítico y la izquierda política siguen estructurando su comunicación por medio de actos dialécticos, discursivos, que aspiran a obtener un consenso racional y crítico. Pero la escena imaginaria está dominada por configuraciones mitológicas. Las mitologías de pertenencia ocupan el campo de la comunicación social y de la identidad colectiva. La derecha, indiferente a los valores de la crítica y de la democracia ha sabido ir al encuentro de la mitologización del campo social y del paso de la esfera discursiva a la esfera imaginaria. Por eso ha sabido captar las ventajas de la mediatización de la comunicación social". Afirma, en este sentido, que "el pensamiento crítico de raíz humanista e inspiración progresista se halla ante una alternativa dolorosa: o bien verse definitivamente marginado de la cultura de masas por las formas emergentes de imaginario neomítico, o bien adoptar modos de funcionamiento que contradigan los valores humanistas" (Berardi, 2007:182).

Los procesos de mediatización han entrado en colisión con los intereses de los movimientos sociales, la mayoría de las veces, porque no logran (o no desean, en un ejercicio de manipulación consciente o no) plasmar la diversidad de los agentes sociales y los matices de sus mensajes. Este proceso de estandarización, que busca crear un universo comprensible para el lector simplificando mensajes, provoca situaciones de

desinformación o subinformación, creando con ello un contexto en el que el rechazo y temor de los movimientos progresistas tenía su explicación.

7.2.3. La relectura de la idea de manipulación por parte de los movimientos sociales

Como herederos de una cultura basada en el pensamiento de izquierdas, estos nuevos movimientos sociales surgidos a partir de la segunda mitad de los años sesenta, en muchas ocasiones reprodujeron la *impotencia* (en palabras de Enzensberger) de esa Nueva Izquierda frente a los medios, superados por las manipulaciones mediáticas a las que eran constantemente sometidos, sin capacidad de influir en la opinión pública a través de los grandes medios, y dependientes de los grandes intereses mediáticos. Pero no es menos cierto que muchos de ellos comenzaron a experimentar nuevas posturas y prácticas comunicativas con las que superar el bloqueo histórico.

La incapacidad histórica de los movimientos sociales de acceder a los medios de producción ha constituido un problema, no solo por no tener control sobre la propiedad de los mismos, sino también por no haber sido capaces de proyectar mensajes sin necesidad de mediatización. Estos procesos de mediatización, controlados por los medios de masas han constituido uno de los lastres más importantes en las percepciones que la opinión pública tiene de los movimientos sociales. El proceso de maduración de los nuevos movimientos sociales durante los 60, 70 y 80 les permitió elaborar un posicionamiento menos binario sobre medios y mensajes, entendiendo la necesidad de apostar por un cambio de estrategia que, en cualquier caso, les costaba definir debido a toda la carga ideológica que condicionaba sus posicionamientos iniciales.

Sin intención de analizar con demasiada profundidad la idea de manipulación, que ha sido trabajada por las diferentes teorías de la comunicación, resulta interesante tratarla desde la perspectiva de la sociedad red. En este sentido, García Avilés (2015:261) aborda las ideas de manipulación, mentira y desinformación en el contexto actual. Desde la perspectiva de la construcción de los discursos cita a Durandin (1995:77), para el cual, la desinformación “es un conjunto organizado de engaños en una era en la que los medios de comunicación se hallan enormemente desarrollados”, distinguiendo tres acciones de desinformación según como se modifique el contenido: (1) eliminar elementos o silenciar la totalidad de la información, mediante silenciamientos, omisiones y ocultaciones; (2) alterar y sesgar noticias, mediante estrategias como el sensacionalismo y los enfoques tergiversados; y (3) crear informaciones, mediante la invención. En este sentido, Durandin afirma que “la mentira es una manipulación que busca situar al público en inferioridad frente a quien miente”. Burgueño considera que las fórmulas y tácticas de engaño, pueden abarcar “desde la invención de historias completas hasta la inserción de declaraciones atribuibles únicamente a la imaginación del periodista, pasando por mecanismos como la omisión de datos, las maniobras de distracción, los

enfoques tergiversados, el plagio, el retoque fotográfico o la creación de la noticia” (Burgueño, 2008:17).

La manipulación, por tanto, puede ser narrativa o técnica; a esta última se refiere Enzensberger cuando afirma que la manipulación viene a significar “una consciente intervención técnica en un material dado”, resaltando que “si esta intervención es de una importancia social inmediata, la manipulación constituye un acto político, concluyendo que, toda utilización de los medios presupone una manipulación (Enzensberger, 1974:25). Abunda en esta idea afirmando que “los más elementales procesos de la producción, desde la elección del medio mismo, pasando por la grabación, el corte, la sincronización y la mezcla, hasta llegar a la distribución, no son más que intervenciones en el material existente. Por lo tanto, el escribir, filmar o emitir sin manipulación no existe. En consecuencia, la cuestión no es si los medios son manipulados o no, sino quién manipula los medios. De lo cual se deduce que un proyecto revolucionario no debe eliminar a todos los manipuladores, sino que, por el contrario, ha de lograr que cada uno sea un manipulador” (Enzensberger, 1974:26).

Esta aportación resulta interesante para desmontar la falsa idea que se han querido atribuir históricamente los movimientos sociales de ser objetivos en el uso del mensaje, como si el tratamiento de la información pudiera ser aséptico, frente a un poder mediático tachado de dependiente y manipulador, con la única intención de crear un enemigo, más que de profundizar en un fenómeno. Lo cierto es que, con el paso de los años, en el proceso de maduración de estos nuevos movimientos sociales surgidos a partir de los sesenta, se van detectando nuevos planteamientos en sus estrategias comunicativas. Vinelli y Rodríguez “admiten que en general, hablar de contrainformación supone una perspectiva manipuladora de los medios, por eso los grupos ligados a proyectos de cambio social han visto en la contrainformación un mecanismo de desalienación del individuo”. Estos mismos autores consideran que “el análisis de Enzensberger (...) tiene la virtud de resolver algunas de las críticas tradicionalmente recibidas por la izquierda en su relación con los medios. En principio señala la inexistencia de la ‘no manipulación’; la inevitabilidad de la manipulación le permite plantear que la posibilidad de resistirla pasa por aprender sus técnicas, pero esta no es una resistencia de carácter pasivo, por el contrario, el dominio de las técnicas abre la posibilidad a la producción propia. Es decir, Enzensberger plantea un tipo de democratización técnica de la palabra. En este sentido la idea de manipulación adquiere un carácter positivo: se trata de enfrentar la dominación utilizando sus mismas técnicas” (Vinelli y Rodríguez, 2008:15).

Como ponen de manifiesto, intentando desmitificar y descargar de sentido peyorativo el concepto de manipulación, “la emergencia de nuevos actores con planteos de cambio social colocará en escena el tema de la contrainformación. Siguiendo esta línea

podemos afirmar que manipulación y contrainformación son conceptos tan íntimamente ligados que en algunos aspectos deben ser trabajados en conjunto” (Vinelli y Rodríguez, 2008:16).

Otros como Roig y Sádaba creen que “en lo más estrictamente relacionado con la comunicación, cabe pensar en la posibilidad de que la contrainformación refleje, en sus primeras iniciativas, un rechazo a las prácticas y contenidos de los medios de comunicación convencionales que in-forman (transmiten información pero también dan forma) a los agentes sociales (que cumplen una función de apuntalamiento social ‘construyendo’ opinión pública, modelando socialmente a un público que de forma pasiva consume contenidos prediseñados, emitidos en una sola dirección, sobre los que no está en condiciones de elegir, modificar o devolver transformados al emisor original)”. Estos autores, de alguna manera, vinculan la existencia de la contrainformación con el hecho de la manipulación ejercida por los grandes medios, no tanto en el sentido de mentir, sino de crear una construcción social monolítica, al decir que, en “sus primeras experiencias, lo contrainformativo se basa en un rechazo a la comunicación, entendida como emisión unidireccional de contenidos monopolizados por el Estado y/o el Mercado, que construyen una realidad ‘objetiva’ oficial, impuesta a la opinión pública sobre un modelo comunicativo jerárquico, vertical y mercantil”. Su propuesta se caracteriza por “la voluntad de marcar una distancia radical respecto de los medios de comunicación social, por lo que ‘contra’ puede no sólo tener carga negativa, sino también significar ‘diferente’, un matiz más propositivo”, lo que permite la construcción de un nuevo territorio mediático, una “nueva dimensión que de alguna manera pretendía dar respuesta a algunos movimientos políticos que, como sujetos colectivos, generan información mediante su acción y su discurso, pero no ven satisfechas sus necesidades de comunicación (su visibilidad social) en los medios convencionales” (Roig y Sádaba, 2005:108).

Aunque ya ha sido citado anteriormente, conviene traer de nuevo un párrafo de Berardi para poner en cuestión la idea de ‘verdad informativa’ a la que se refiere este autor. La idea de “verdad informativa”, para Berardi es “débil, discutible e insuficiente, y teniendo en cuenta (...) las dimensiones de la máquina contrainformativa de los movimientos frente a la máquina informativa del poder, la desproporción resulta aplastante”. Desde esta mirada, Berardi define la contrainformación como “una concepción ingenua de la información” de tal manera que (...) “al oponerse a la falsa información del poder la contrainformación insinúa la idea de que puede existir una información verdadera, objetiva, independiente de las estrategias comunicativas de los sujetos históricos” (Berardi, 2004:3).

Por su parte, López y Roig (2006:21) dibujan un escenario de difícil equilibrio en el mundo del activismo mediático, considerando que “la pretensión de visibilizar discursos insurgentes, silenciados o demasiado precarios para salir a la luz va acompañada

en algunos casos por la intención de provocar un 'cambio en la estructura' general que caracteriza a los procesos informativos (...), lo que produce una paradoja: se pretende el fin de la mediación entre la noticia y el lector final, desmontando así la base de la manipulación periodística convencional; el medio dejará de ser un obstáculo en el camino hacia la verdad parcial, en una pequeña concesión de sinceridad al público afín, que sin embargo debe seguir percibiendo determinados filtros ideológicos a partir de los cuales es fiel a la línea editorial de su medio. Al mismo tiempo, se reclama el fin de la objetividad periodística (por falaz), entendiendo que el medio es político (subjetivo por definición) y de ello se debe dejar constancia".

Por tanto, los procesos de desinformación, subinformación y manipulación que han experimentado los movimientos sociales en la construcción de su identidad por los grandes medios han generado un amplio debate en relación a las ideas de 'objetividad' y 'verdad informativa' a la que históricamente se ha aspirado desde ciertos sectores activistas. No obstante, la práctica ha demostrado que en la mayoría de los

7.2.4. Procesos de mediamutación en los movimientos sociales. De la contrainformación al mediactivismo

La incapacidad de los medios de comunicación de masas de representar la realidad de los movimientos sociales y las visiones sesgadas e incompletas de su identidad colectiva y de sus acciones, generadas por los grandes medios, bien por intereses económicos o políticos, provocó en la sociedad civil la necesidad de explorar nuevos territorios comunicativos, aprovechando las tecnologías de la información.

De esta manera, frente a las estrategias manipulación, desinformación y subinformación de los grandes medios, los movimientos sociales pusieron en práctica estrategias de contrainformación, buscando un espacio de autonomía en el que poder generar sus propios discursos. López y Roig consideran que "en sus fases de desarrollo originarias, esta oposición es un elemento recurrente en el imaginario de los movimientos sociales (los nuevos movimientos sociales occidentales de los sesenta y setenta o incluso en los novísimos movimientos sociales de los noventa y del siglo presente), aparece como una estructura del discurso basada en la reactividad, en la negación de imágenes y de modelos políticos, frente a los que se construye una identidad compartida y se da forma a un movimiento autónomo respecto al estado y al mercado" (López y Roig, 2006:15).

Estos autores identifican tres elementos para entender la insurgencia del modelo contrainformativo: (1) la agenda de la protesta o de la acción colectiva, donde "el modelo contrainformativo se define en la medida que construye un conjunto coherente de los actores, causas, problemas sociales que no existen en los medios de comunicación de masas"; (2) los estilos y organización del trabajo mediante la "incorporación de pautas de relación/organización" que le son propias, [a los colectivos sociales] basadas en

“modelos de cogestión económica no empresarial, gestión colectiva y responsabilidades compartidas: asambleas, flujos horizontales de información y autogestión que cambia el mundo de la dirección/redacción por el de la organización colectiva no jerárquica”; y (3) “los canales y las direcciones, que buscan terminar con la mediación provocando un cambio de estructura general (...), dando forma a la figura del activista reportero que construye la información mediante su actividad política”.

Por su parte, Cela (2013:262) considera que “estas prácticas contrainformativas hace tiempo que podemos verlas no solo como estrategias de comunicación de algunos movimientos políticos, sino también sociales, culturales, ecológicos, etc., que generan su propia información y que no ven satisfechas sus necesidades de comunicación (su visibilidad social) en los medios convencionales”.

No obstante, el proceso de empoderamiento comunicacional de los movimientos sociales desde finales del siglo XX ha experimentado un cambio constante, sin que haya definido un punto de llegada en los últimos años. Más allá de los conceptos, las estrategias comunicativas han cambiado según lo hacían no solo las tecnologías (el principal motor de cambio), sino también los conflictos sociales, y los lenguajes. De esta manera, los modelos de acción comunicativa de los movimientos sociales han sufrido un proceso de cambio, en palabras de Berardi, que considera que “el mediactivismo es una nueva forma de la vieja práctica de la contrainformación”, a la que, como ha quedado anteriormente dicho, consideraba “una concepción ingenua de la información, aunque haya sido capaz de poner en marcha procesos importantes de crítica del poder, de desvelamiento y de estímulo crítico”. Conectado con el epígrafe anterior, defiende que “no podemos fundar la estrategia del activismo mediático sólo en una función de tipo contrainformativo, ante todo porque no existen flujos de información que no sean expresión de una intención, de un proyecto o de una estrategia” (Berardi, 2004:3). Frente al modelo contrainformativo, Berardi defiende la propuesta mediactivista con diversas experiencias desarrolladas en Italia, argumentando que “trata de romper la pasividad mediática que ha sido instaurada en el comportamiento de la mayoría de la gente por el bombardeo televisivo que domina los días y las noches de una población cada vez más privada de cualquier espacio público de expresión”, y porque (...) “constituye una esfera pública autónoma, un espacio de sustracción al de la invasión mediática”.

Caracteriza esta práctica de interferencia, que puede ser “técnica (hacking) o semántica (subvertising)”, -aspectos que trataré más adelante-, pero que para que cumpla con su misión, considera (paradójicamente), que “debe salir de su fase militante, minoritaria y meramente ejemplar, sin decir nada de su carácter activista”. Esta afirmación, nos ayuda a concluir que la diferencia entre prácticas comunicativas militantes y acción comunicativa activista es fundamental para aceptar una evolución de los modelos de acción comunicativa, más allá de que el término contrainformación se siga usando en ciertos ámbitos.

Las estrategias mediactivistas han evolucionado de forma exponencial en los últimos años aprovechando la evolución de las tecnologías de la información y la comunicación y han transformado el debate existente en el imaginario colectivo del activismo social de finales del siglo XX, que Berardi resume en dos posiciones: (1) la de la “resistencia antidigital, fundada en valores humanistas o sociales, en la que se sitúan autores como Pierre Bourdieu o Paul Virilio, a los que reprocha el haber articulado una mera declaración ética, porque se limita a oponer los valores del pasado a la evolución en curso”, y (2) la de los “apologistas de la evolución tecnodigital, liderados por Levy, que según Berardi ha construido una teoría de la inteligencia colectiva de potencia ilimitada y capaz de autogobernarse, a los que el autor acusa de no ver el sufrimiento físico, la miseria económica y la violencia militar que acompañan la difusión de las tecnologías digitales” (Berardi, 2007:188).

Este debate se centra, sin duda, en un momento histórico de transición que nos está llevando desde la disolución del universo alfabético hasta la sublimación de la cultura visual. Berardi ha expresado en este sentido, “que la globalización cultural ha podido realizarse mucho más fácilmente por medio de los medios visuales que de la palabra hablada o escrita. Las imágenes funcionan como activadoras de cadenas cognitivas, de comportamiento y mitopoiéticas que se pueden desarrollar más allá de los límites del lenguaje verbal y de las interpretaciones culturales, nacionales y religiosas” (Berardi, 2007:189). Este fenómeno, que Berardi denomina “*mediamutación*”, no ha sido un proceso fácil para los movimientos sociales, impregnados de un pensamiento clásico de izquierdas, elaborado a base de discursos consolidados, frente al pensamiento visual de los nuevos movimientos sociales, en los que la idea de exclusión no tiene absolutamente nada que ver con los imaginarios creados por la generación que les precede.

Se trata de un debate que sigue abierto, pero que de alguna manera puede considerarse superado, en el sentido que las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones, especialmente las relacionadas con el mundo de las imágenes, ha revolucionado un espacio que históricamente estuvo reservado, fundamentalmente por limitaciones económicas, a grandes empresas del sector audiovisual.

El activismo mediático no ha sido ajeno a esto, entrando en la polémica de lleno, dispuesto a contaminarse. De esta forma, como expresa Vila, el videoactivismo, por ejemplo, no solo ha conseguido comunicar hechos olvidados por los grandes medios, sino hacerlo con un alto de control sobre la imagen, en lo que ha venido a llamar “el efecto DSLR o democratizar una imagen bella (...), produciendo vídeos con estética publicitaria y de emotividad bastante superficial: desenfoques que permiten centrar la atención en rostros y detalles sobre música conmovedora –muchas veces porque las propias cámaras de fotos no están preparadas para registrar audio fácilmente o de suficiente calidad como para ser utilizado–”. Lejos de rehuir la polémica, Vila y muchos otros videoactivistas, argumentan que “aquí pareciera que es la producción alternativa la que

copia lo peor de la cultura de masas: la publicidad, en cuanto a la manipulación sobre el espectador que se pretende. Pero la discusión está abierta. También es posible ver ahí otras cosas: tanto la composición social de parte de las protestas –clases medias, realizadores publicitarios o estudiantes de cine que se han puesto a producir al calor de la lucha–, como la posibilidad de movilizar a personas que han crecido rodeados mayoritariamente por esos lenguajes y que quizás se reconocen en ellos (Vila, 2014:58).

En este plano, la mediamutación que a la que se refiere Berardi no es solo un proceso de mejora técnica, sino que también conlleva un trabajo de dominio de los lenguajes y las emociones. En otra parte de esta tesis me he referido de forma abundante al peso de las emociones en el modelo de comunicación empleado desde el movimiento anti-globalización, pero perfeccionado esencialmente por el movimiento de indignación. Berardi considera este elemento el aspecto más misterioso e inquietante en el proceso de mediamutación antes descrito, considerando que la generación videoelectrónica favorece que la emoción y la palabra tiendan a escindirse, de manera que “las emociones sin palabra alimentan la psicopatía y la violencia. No se comunica, no se dice, no se pone bajo una mirada compartida. Se agrede, se estalla” (Berardi, 2007:192).

En este proceso de mediamutación experimentado en las últimas décadas, el proceso de escritura se ha transformado de forma radical. No solo la hipertextualidad y la no linealidad han cambiado la forma de construir los relatos; el poder y el peso de la imagen, que puede ser obtenida y transmitida en tiempo real mediante tecnologías móviles ha transformado la forma de contar las historias por parte de los movimientos sociales, que tradicionalmente han vinculado sus discursos a formas más duraderas e icónicas de difusión, como manifiestos, folletos o pasquines. En este proceso podemos resumir el cambio de la comunicación militante a la comunicación activista.

Pese a los avances técnicos, con sus pros y sus contras, no es menos cierto que las posiciones tecnofóbicas no constituyen el principal ni el único argumentario de las resistencias tecnodigitales. Hay un discurso crítico frente a las formas y las estéticas, que Berardi verbaliza en la necesidad de “construir posibilidades de intercambio que reactiven la ternura, el reconocimiento y la circulación afectiva y discursiva por parte de los movimientos sociales” (Berardi, 2007:193) y el activismo mediático.

Bourdieu, un par de años antes de la Batalla de Seattle, entró de lleno en el debate sobre el rechazo que los colectivos sociales hacían de determinados medios, afirmando que “quienes todavía creen que basta con manifestarse, sin ocuparse de la televisión, corren el serio peligro de errar el tiro: hay que producir, cada vez más manifestaciones para la televisión, es decir, manifestaciones que por su naturaleza despierten el interés de la gente de la televisión, haciendo hincapié en sus categorías de percepción, y que, retransmitidas y amplificadas por esa gente, alcancen plena eficacia”. En el fondo ponía el acento del fracaso de las estrategias comunicativas en “el poco

valor que daban a los procesos de construcción simbólica”, admitiendo que “una de las debilidades de todos los movimientos progresistas reside en el hecho de que han infravalorado la importancia de esa dimensión simbólica y no siempre han forjado las armas para combatirla. Los movimientos sociales llevan varias revoluciones simbólicas de retraso en relación con sus adversarios, que utilizan consejeros expertos en comunicación, en televisión” (Bourdieu, 2007 [1997]:29).

En este sentido, como ya ha quedado visto, Castells afirma que “el poder se ejerce fundamentalmente construyendo significados en la mente humana mediante los procesos de comunicación que tienen lugar en las redes multimedia globales-locales de comunicación de masas, incluida la autocomunicación de masas”, de manera que (...) “existe una característica común a todos los procesos de construcción simbólica: dependen en gran medida de los mensajes y marcos mentales creados, formateados y difundidos en las redes de comunicación multimedia” (Castells, 2009:535).

No cabe duda de que el activismo mediático que se inaugura en la era Internet está dominado por un formato multimedia, en el que la palabra pierde fuerza en relación a la imagen. El modelo de acción comunicativa se caracteriza por un formato multimedia, que va ganando protagonismo y depurando sus estrategias con el paso de los años y las luchas, potenciado en una segunda fase por el poder viral de las redes sociales.

7.2.5. Soberanía informativa frente a la información como mercancía

El panorama dibujado algunos epígrafes atrás sobre subinformación y desinformación tiene una lógica existencial desde la perspectiva de la economía de los medios. La relación entre empresas financieras y medios de masas han creado un entramado corporativo encargado de construir una realidad determinada, basada en los intereses de la clase dirigente. Max Otte describe una realidad mediática que se basa en la intoxicación informativa, gracias a periodistas que responden a intereses espurios, ajenos al afán informativo o comentaristas tendenciosos que obedecen a sus pagadores pueblan el universo mediático y desconciertan a la opinión pública con su ruido. La información se ha convertido en una mercancía de gran valor, que continuamente disfraza y maquilla la realidad para presentarla a un mercado de usuarios-consumidores.

En este sentido, Otte afirma que “el colapso de la información” resume como en un extracto concentrado el de nuestra economía y nuestra sociedad, para preguntarse a continuación “cómo se puede reaccionar frente a eso”. Sin intención de crear un ideario cerrado, Otte ofrece una serie de claves que permitirían, a su juicio, abandonar la economía de la desinformación, muchas de las cuales no dependen de cambios estructurales ni profundos, sino de la propia actitud de ciudadanos y consumidores frente al sistema imperante. En este sentido destaca, por un lado, “la necesidad de construir redes, pero atinadas, capaces de tener aguante y de superar pruebas de resistencia,

así como de (...) construir confianza”, para a continuación reivindicar (...) “un fortalecimiento de la formación humanística y el conocimiento de la historia, el uso de los libros como medio de información, o la práctica de la selección personal de noticias” (Otte, 2010:287). Pero probablemente, la aportación más interesante de Otte parte de la reflexión de que la economía está aniquilando la libertad de expresión, para lo que propone un compromiso de la ciudadanía y los movimientos sociales con las finanzas, especialmente con los proveedores de servicios financieros en la medida que son los que sostienen económicamente la actividad informativa, y la toma de posición como consumidores, apostando por la dimensión ética de los procesos y los productos.

De esta manera reivindica el “renacimiento de las empresas dirigidas por sus propietarios” (Otte, 2010:299) frente al modelo capitalista de directivos y accionistas, lo que de alguna manera interpela a los movimientos sociales en ese proceso de empoderamiento, que debe estar construido desde la apropiación de las tecnologías y los discursos, pero también desde la idea de propiedad de las estructuras. Autores como Vázquez Montalbán (2008), Serrano (2008; 2010), o Reig (2011) se han encargado de desenmascarar de forma precisa las relaciones entre poder financiero y poder mediático, tema sobre el que Almirón (2006) escribió su tesis y ha realizado importantes contribuciones científicas.

Serrano (2008) analiza los filtros que operan en la construcción de la comunicación diaria por parte de los medios y que la configuran como una mercancía: El primer filtro lo constituye la propia configuración de los grandes conglomerados mediáticos que, mediante el acaparamiento de las cuotas de mercado limitan el acceso de medios locales; el segundo filtro se basa en el hecho de que la publicidad se haya convertido en la principal fuente de ingresos de los medios, lo que orienta la información de los medios a los intereses de los patrocinadores, de manera que habrá espacios críticos que jamás encuentren patrocinador, partiendo de que es falso que los anunciantes no tengan ideología. Esto ha provocado que el medios haya dejado de vender información a los lectores, para vender lectores a los anunciantes; el tercer filtro lo constituye la magnificación de las fuentes oficiales de información, que permiten a los medios reducir costes y no tener que invertir en periodismo de investigación, de manera que al final, “los medios están hablando sobre lo que nos dicen de lo que pasa, y no sobre lo que pasa”; el cuarto filtro lo componen los lobbies, fundaciones y grupos de poder empresarial que no dudan en presionar y boicotear en caso de ser necesario, cuando la información suministrada colisione con sus intereses.

Reig, por su parte realiza una serie de conclusiones en la línea de lo apuntado por Serrano, entre las que destacan que actualmente “no existen empresas de relevancia puramente comunicacionales-periodísticas”; que “la concentración horizontal y vertical son habituales en nuestros días”; que “el periodismo no es en realidad un servicio público, sino, sobre todo, y en última instancia, privado, de lo que se deriva la necesidad

de unos medios públicos de calidad"; que "no es posible generalizar un buen periodismo (rigor, denuncia, transgresión, investigación) bajo esta red de intereses, dado que este periodismo es la excepción, no la regla y se tergiversa el concepto de periodismo de indagación y de profundidad"; que "no existe un mensaje alternativo bien articulado que se enfrente al mensaje mundializado" (Reig, 2011:297).

Reig cuestiona, no obstante, la posibilidad de un sistema de comunicación alternativa que haga frente a este modelo, dado que "contiene más voluntarismo que profesionalidad, más dispersión que articulación, es un reflejo de la crisis de los movimientos alternativos, tomados éstos –ahora– como los relacionados con las llamadas corrientes de izquierdas porque también se da un periodismo alternativo en la derecha, sobre todo en la más conservadora". En todo caso, para este autor, "lo alternativo es el discurso disidente con el hegemónico y aplastante del mercado", y sostiene que (...) "sin necesidad de pensar en lo radicalmente alternativo, es necesario aconsejar a las mismas empresas mediáticas del mercado que traten de aplicar criterios más rigurosos a su quehacer, que dejen trabajar más y mejor a los periodistas, que no tomen los medios de comunicación como sus medios de comunicación" (Reig, 2011:298).

En el fondo de esta reflexión está equiparando la idea de una comunicación alternativa con la de una comunicación ética, que dejó de pertenecer a los grandes medios hace tiempo, desde que estos fueron abandonando los usos sociales y el carácter de servicio público al que se refiere Serrano. Reig reivindica, en este sentido, públicos que no se comporten de forma pasiva frente a la información que le suministran los medios, a la vez que exige "un verdadero periodismo profesional, riguroso", que (...) "no ponga en peligro la existencia misma de una democracia más sólida".

Ignacio Ramonet analiza la evolución de los productos, formatos y modelos de negocio para hablar de "periodismo low cost", basado en granjas de contenidos que provoca una masificación planetaria del trabajo freelance. Ramonet contextualiza su visión sobre la situación del mundo de los medios en lo que gráficamente ha descrito como el impacto del meteorito "Internet", comparable al que hizo desaparecer a los dinosaurios, y que (...) "está provocando un cambio radical de todo el 'ecosistema mediático', lo que también ha provocado la desintegración del viejo modelo económico de los diarios tradicionales". Para Ramonet, "la información se está volviendo un "work in progress", un material en constante información, una especie de conversación, un proceso dinámico de búsqueda de la verdad, más que un producto terminado" (Ramonet, 2011:109). Pascual Serrano apunta al respecto que "la llegada de Internet no solo ha revolucionado el soporte de los contenidos informativos, sino también los conceptos de los valores de cambio y, por tanto, el mercado y los funcionamientos empresariales". Este autor apunta a que "la izquierda llegó a la conclusión (errónea) de que como las grandes empresas estaban molestas e inquietas porque se veían obligadas a ofrecer sus contenidos gratuitos en internet (...) y la población lograba a través de la red

barra libre para leer todos los periódicos y revistas, (...) eso era bueno". Sin embargo, Serrano puntualiza algunos detalles que desmontan el beneficio de tal gratuidad, entre los que destaca "(1) que la información que se adquiere aparentemente gratis en internet no lo es del todo, ya que hay que añadir los costes de las infraestructuras; (2) que al no pagar los contenidos informativos, su valor procede de la intencionalidad oculta de esos contenidos y no de la información que nos proporcionan; (3) que determinados sectores empresariales se están haciendo ricos con esta nueva forma de 'información gratuita': empresas de telecomunicaciones, buscadores de internet, empresas de redes sociales, etc.; y (4) que muchas administraciones están desviando presupuestos y gasto público hacia estas nuevas tecnologías en detrimento de los soportes culturales tradicionales que también proporcionaban un acceso gratuito a la información" (Serrano, 2013:166).

Frente a la simplificación de la idea de la información gratuita este autor defiende que "debemos asumir que elaborar buena información cuesta dinero", y asegura que (...) "ante la falta de soporte de los poderes públicos, los colectivos sociales de izquierda y los intelectuales y movimientos que se sienten marginados en unos medios dominados por la rentabilidad y la búsqueda de audiencias a costa de la información superficial y banal han comenzado a apoyar económicamente propuestas alternativas". Pone como ejemplo iniciativas como la televisión Democracy Now en Estados Unidos; los diarios La Jornada en México, Jungle Welt en Alemania o Il Manifesto en Italia; el semanal Brecha en Uruguay; o el mensual Le Monde Diplomatique en sus diferentes ediciones, "que salen adelante porque la ciudadanía ha comprendido que no se puede esperar de modelo mercantil una información saneada y rigurosa que nos explique el mundo", conscientes de que (...) "la gratuidad es una farsa" (Serrano, 2013:194).

Otro punto de vista en el fenómeno de las consecuencias de la mercantilización de los medios lo apunta Ramonet, que argumenta que "en Internet, el fenómeno de la concentración de información o de la escasez de pluralismo, aunque de naturaleza diferente, no es menos importante que en la prensa tradicional", en la medida que, (...) "si una noticia no está en Google, Yahoo! o Youtube, para un gran número de internautas significa que no es importante o que no existe, aunque sea fundamental... y haya sido ocultada" (Ramonet, 2011:101). Este, constituye uno de los numerosos elementos "de ideologización que encontramos en los nuevos formatos y el nuevo patrón informativo que se está imponiendo, empezando por el sesgo reaccionario y conservador de los motores de búsqueda, que (...) priman lo mayoritario, lo popular, el consenso dominante, no sólo a la hora de priorizar las temáticas, sino también las tesis sobre esos temas, los autores, los portales informativos" (Serrano, 2013:148).

Como conclusión podemos apuntar que, además de los procesos de subinformación, desinformación y manipulación a las que los movimientos sociales son sometidos, normalmente con un enfoque ideológico, la propia estructura empresarial que favorece la

concentración de medios y el uso de la información como mercancía por los grandes grupos de comunicación es uno de los principales filtros a los que los movimientos sociales se tienen que enfrentar para acceder al gran público. Esta capacidad de crear infraestructuras y estructuras propias dificulta enormemente la difusión y la distribución de contenidos fuera de los círculos activistas.

7.2.6. Los medios alternativos en el sistema de economía de los medios de comunicación y en la economía de la desinformación

7.2.6.1. Capitalismo y medios: Una mirada al informe McBride y a sus consecuencias en la economía política de los medios

Los medios alternativos se insertan en un complejo sistema de comunicación dominado por grandes conglomerados mediáticos, en un contexto que Otte llama la “economía de la desinformación”, caracterizada precisamente por los intereses de los principales agentes económicos que controlan el mercado de las comunicaciones, la imprevisión e impotencia de los políticos y el debilitamiento de los medios de comunicación y el periodismo, todo ello orientado a crear infraestructuras (Otte, 2010:15 y ss).

Pero este escenario no es casual; Algunos autores como Sierra Caballero hablan de la existencia actual de un “capitalismo cognitivo” para el cual “el control de la tecnología es hoy uno de los principales instrumentos para el dominio económico mundial. Más aún, el control oligopólico de las nuevas tecnologías de la información constituye el principal factor de sostenimiento de las actuales relaciones económicas”, de tal manera (...) “que las actividades de información-comunicación constituyen una parte esencial de la base económica en la que se fundamenta el modelo tardocapitalista” (Sierra, 2009:151).

La literatura científica está llena de referencias a Mattelart y Schiller como los pioneros en el uso de los términos de multinacionales y transnacionales en relación a las empresas de comunicación, conformando una estructura que serviría de soporte ideológico y cultural a la globalización. Schiller considera que “la información como propiedad y el uso y control de la misma para defender la propiedad son características distintivas del capitalismo en los años finales del siglo XX” (Schiller, 1993:70).

Pero este panorama no se produce fácilmente. Las políticas de comunicación como uno de los ejes de la acción de la UNESCO permiten que se abra un debate en las relaciones que comunicación y desarrollo deberían tener, basadas en la solidaridad, dentro del Nuevo Orden Económico Mundial, que desde 1974 pretendió sustituir el concepto de “ayuda al desarrollo” en el entorno de las Naciones Unidas. La idea de un mundo sostenible como respuesta los desequilibrios existentes entre naciones inspira

la creación del Informe Brandt, que con el título “Norte-Sur: Un programa para la supervivencia”, contagia otros campos de trabajo, como el de la comunicación y la información.

Conviene repasar ciertos acontecimientos destacables que en los años finales del siglo XX han contribuido a modelar el actual capitalismo cognitivo:

- Quirós y Segovia relatan prolijamente los hechos y la sucesión de reuniones que desembocaron en la celebración de la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Nacionales de Comunicación en América Latina y el Caribe, que tuvo lugar en San José de Costa Rica en 1976, y provocó una ofensiva de los sectores más liberales de la economía de los medios, ante los intentos de desarrollar Políticas Nacionales de Comunicación. La celebración de la Reunión de expertos sobre la Planificación y las Políticas Nacionales de Comunicación dos años antes en Bogotá, con el objetivo de “llamar la atención de los gobiernos sobre la necesidad imperiosa de dar coherencia a los distintos sistemas nacionales de información, de forma que éstos se convirtiesen en elementos del desarrollo nacional y de integración regional”, permitió la definición de la idea de “Política de Comunicación” como “un conjunto integrado, explícito y duradero de políticas parciales de comunicación armonizadas en un cuerpo coherente de principios y normas dirigidas a guiar la conducta de las instituciones especializadas en el manejo del proceso general de comunicación en un país. La defensa del pluralismo y la democracia, la ineludible acción promotora del Estado, de forma que éste se convierta en punto de encuentro e integración de los diferentes intereses de todos y cada uno de los sectores sociales” y (...) el fomento de “la integración regional, donde la acción concertada de políticas conjuntas relativas al comportamiento de las fuerzas internacionales de comunicación que influyen en sus territorios, permita un adecuado desarrollo regional”, se convirtieron en las principales reivindicaciones de dicha Conferencia, y de paso en el principal argumento de oposición de los que “se beneficiaban económica y políticamente de esa situación, (...) agrupados en la SIP y en la AIR, representantes de los intereses oligárquicos regionales y de los intereses de los grandes medios de los Estados Unidos” (Quirós y Segovia, 1996:66). Los sucesivos encuentros técnicos celebrados previos a la Conferencia de San José pusieron de manifiesto la importancia del debate en América Latina, que asumió un importante liderazgo en este proceso de defensa de las Políticas Nacionales de Comunicación, mientras que las patronales del sector de la comunicación, se posicionaban en bloque, según estos autores, contra “la estatalización de la información y las recomendaciones de expertos que no eran periodistas” como fórmula de defensa.

De la Conferencia de San José salieron una treintena de recomendaciones relacionadas con el deseo de una más equilibrada circulación internacional de información, la estructuración de sistemas de comunicación complementarios, el derecho a la libre comunicación e información, la regulación del derecho de réplica, la potestad de los Estados en la formulación de políticas y planes nacionales en materia de comunicación social, la creación de Consejos Nacionales de Comunicación y agencias de noticias regionales, el análisis de comunicación social en los procesos regionales de integración y la coordinación de políticas nacionales en el Nuevo Orden Económico Internacional. Tras la Conferencia de San José, la Conferencia General de la Unesco, celebrada en Nairobi en 1976 acordó encargar al Director General de ese organismo, Amadou-Mathar M'bow, efectuar un estudio de la totalidad de los problemas que plantea la comunicación en la sociedad moderna, que finalmente cristalizaría en el informe McBride.

Este proceso se incardina en los cambios que se produjeron a principios de los 70, década en la que el Movimiento de Países No Alineados promovió el desarrollo de un Nuevo Orden de la Información y la Comunicación (NOMIC), etapa que sería definida como "la del giro tercermundista" (Sierra, 2004b:94). Años antes, desde mediados de los sesenta, McLuhan venía desarrollando la idea de *aldea global* en sus obras "La Galaxia Gutenberg" y "Comprender los medios". Esta aldea global descrita por McLuhan sería el resultado de la revolución tecnológica que estaba por llegar, provocada esencialmente por los medios de comunicación audiovisual (cuando Internet todavía era un futuro), que generaría una nueva forma de enfrentarnos a la información y la comunicación en los años sucesivos. Para McLuhan y Powers (1993:15), "la aldea global trata de definir y de explicar estos tres términos (el espacio visual, el espacio acústico y el téttrade) a medida que muestra cómo la cultura mundial está cambiando para poder aceptar un modo de percepción totalmente distinto; el modo de los distintos núcleos dinámicos".

Este bloque de países promueve este Nuevo Orden Mundial de la Información y de la Comunicación "frente al dominio cultural de la industria estadounidense y algunos países europeos, la difusión desequilibrada y oligopólica de las noticias internacionales por las cuatro grandes agencias de prensa (AP, FP, Reuters y UPI), la restricción de acceso al sistema mundial de radiodifusión controlado por Estados Unidos, y las transferencias de tecnologías de la información del Norte al Sur; causas de la dependencia informativa, social y cultural y del subdesarrollo en estos países" (Sierra, 2004b:94).

- En 1980, el informe McBride abordó la situación del momento y las perspectivas de futuro en las relaciones de poder y comunicación. Dicho informe, titulado “Un solo mundo, voces múltiples”, publicado por la Comisión Internacional sobre Problemas de la Comunicación (1980) de la UNESCO proponía la creación del Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación (NOMIC) propuesto por los países no alineados desde el que transformar la situación denunciada por quien presidió la Comisión que dio luz a dicho informe, Sean McBride, que en 1977 denunció ante la propia UNESCO las presiones a las que estaban sometidos los medios de comunicación por parte de instituciones políticas, económicas y financieras de lo que ya se configuraba como el nuevo orden mundial.

Schenkel definió el contexto en el que el informe McBride vio la luz, diciendo que “en el centro del análisis se encuentran dos tendencias básicas. De un lado, la emergencia de la industria de la comunicación, de la comunicación y cultura de masa, de la sociedad informatizada, de la evolución de los grandes medios (transnacionales) de comunicación, ligados a poderosos intereses económicos y convertidos en el denominado Cuarto Poder del Estado. Y por el otro, el vertiginoso y fascinante desarrollo tecnológico que conlleva no solamente una explosión cuantitativa de los medios de comunicación disponibles por el hombre, sino también un gran cambio cualitativo experimentado a raíz de la gran diversificación de los medios, de la multiplicación e interconexión de los sistemas y flujos de información y, en consecuencia, de la modificación de nuestro modo de ver el mundo, del estilo de la comunicación y de nuestras propias vidas” (Schenkel, 1981:82).

Este informe fue una contribución excepcional “al denunciar el sometimiento de la información y la comunicación a la lógica del mercado, y al abogar por la proliferación de múltiples voces que nombrasen el mundo desde sus propios referentes, a la vez que constata cómo las desigualdades de acceso, producción y circulación de información en el mundo han reproducido diversas situaciones de colonización cultural; esto afecta al orden económico en favor de los intereses de las grandes potencias capitalistas” (Marí 2004a:9), identificando un proceso de construcción de la comunicación internacional mediante “la creciente privatización de los flujos y procesos mundiales de intercambio de información y tecnología, la concentración del poder informativo en unos pocos países y en unos pocos grupos transnacionales de comunicación, la agudización de las desigualdades informativas y tecnológicas entre los países del Norte y del Sur, y el

aislamiento de regiones, países y continentes enteros del proceso de circulación y transferencias tecnológicas en la "economía-mundo" (Sierra, 2004b:93). Las conclusiones del informe McBride fueron claras y manifiestas. Tras demostrar las conexiones entre el poder político y económico, proponía una serie de líneas de actuación, en las que reivindicaba la idea de comunicación como derecho fundamental de la ciudadanía, y planteaba la necesidad de reducir las desigualdades en el acceso a los medios, una comunicación más democrática y plural con respeto de las diferentes identidades culturales, el desarrollo de políticas nacionales de comunicación en la línea del informe, así como profundizar en los fundamentos del NOMIC.

El informe no dejó desatendido ninguno de los puntos conflictivos del momento. Sus recomendaciones dirigidas a los medios sobre derechos humanos, cuya defensa consideraba como una de las tareas primordiales de los órganos de información; sobre la eliminación de obstáculos y el fomento de la democratización de la sociedad; sobre el fomento de la diversidad y la elección del contenido; y sobre el trabajo que debían desempeñar de facilitar la integración de las personas en la colectividad, constituían una declaración de intenciones basada en políticas y estrategias de comunicación más participativa, que provocó la oposición de los que consideraron este informe como una ataque a la libertad de información.

Mattelart resalta que "se trata del primer documento oficial emitido bajo los auspicios de un organismo representativo de la comunidad internacional en el que se plantea con pelos y señales la cuestión del flujo de programas, películas y otros productos culturales, pero que fracasó por numerosos factores", entre los que destaca en primer lugar (...) "la intransigencia de la Norteamérica 'reagariana', que intentaba imponer a toda costa la tesis del "free flow of information", calcada del principio intangible de la libertad de circulación de mercancías en el mercado"; en segundo lugar (...) "la colisión entre los intereses de los países del Sur que luchan por su emancipación cultural nacional y los de los países del bloque comunista que supieron utilizar hábilmente estas legítimas demandas para oponerse a cualquier apertura de sus sistemas de comunicación de masas"; en tercer lugar (...) "la contradicción en el seno mismo del movimiento de no alineados: ciertos Estados del Tercer Mundo utilizan estos mismos debates internacionales como coartada para desentenderse de sus propios compromisos"; y por último (...) "la escasa representación de la sociedad civil organizada" (Mattelart, 2003:71).

- El fracaso del informe McBride provocó la retirada de EEUU de la UNESCO en 1985 bajo la presidencia de Ronald Reagan, hecho que dejó herido de muerte el documento y sus propuestas, que acabó de quedar relegado con la sustitución de M'Bow como Director General de la institución, el principal mentor de McBride. En la XXIV Conferencia General de la UNESCO que se celebró en 1989 en París empiezan a diluirse según Quirós “todos los principios relacionados con el NOMIC, devolviendo los debates sobre los flujos informativos y sobre el papel de los medios de comunicación en el desarrollo del Tercer Mundo a los tiempos de la fundación de la Unesco, que tanto favorecieron la imposición a escala planetaria de los postulados de Estados Unidos desde 1946 hasta 1970. Conceptos como equilibrio, políticas nacionales de comunicación y derecho a comunicar dejan de tener sentido en la nueva orientación de la más importante agencia de las Naciones Unidas. Por eso, el III Plan a Plazo Medio introdujo una serie de precisiones y matizaciones que prepararon el camino de vuelta a la consideración del libre flujo de la información tal y como lo entienden los gobiernos occidentales y las grandes organizaciones profesionales y patronales” (Quirós, 2005:72).

De esta manera, al informe McBride le siguieron, según Sierra, dos etapas: una primera, caracterizada por la “hegemonía estadounidense (1980-1991) liderada por el movimiento conservador en Inglaterra y Estados Unidos, e iniciada con la reorganización de la división internacional del trabajo y la imposición de la doctrina del libre flujo de la información, frente a las aspiraciones de los países subdesarrollados, en su defensa de un nuevo sistema mundial de las comunicaciones, cuyo respaldo por la UNESCO será finalmente boicoteado”; y otra posterior, “definida como la era del Nuevo Orden Mundial de la Globalización Capitalista, sancionada ideológicamente por la exitosa ‘guerra mediática’ contra Irak y la aprobación de la Agenda para la Acción del vicepresidente Al Gore, para el desarrollo de la Nueva Infraestructura de Información asumida por el G7 como marco doctrinario de construcción de la red mundial de telecomunicaciones en la llamada *aldea global*” (Sierra, 2004b:95).

Lo cierto es que el informe McBride enfureció a las grandes corporaciones de medios, que según Schenkel (1981:86) enfilaron las lanzas contra las supuestas “injerencias que proponía en los sistemas de comunicación occidentales y sus imputados intentos de coartar las libertades de opinión y prensa y supeditar la comunicación al control estatal y sus políticas de desarrollo”, tal y como exponía el *Neue Züricher Zeitung* en un artículo publicado en 1981, titulado “La política de medios de la Unesco, en un callejón sin salida”. Pero parece que tampoco dejó contentos a ciertos sectores como la IAMCR (International Association for

Media and Communication Research), que criticaron a su vez “el exagerado énfasis del Informe en la tecnología moderna y en valores materialistas y la subvaloración de valores morales y espirituales así como los medios de comunicación tradicionales del Tercer Mundo”, concluyendo que por encima de todas omisiones, inconsistencias y romanticismos tenía un valor extraordinario, por plantear una visión quizás rudimentaria y aún incongruente en muchos aspectos pero global sobre cómo el mundo de las comunicaciones modernas puede insertarse en el gran diálogo y en los grandes quehaceres que la humanidad enfrenta al aproximarse el año 2.000.

Se pregunta Fernando Quirós, no sin razón, “qué quedó del Informe McBride 25 años después”. La UNESCO consideró, nueve años después de la presentación del Informe McBride, que “el NOMIC caía en el error de entender la libertad de información como prerrequisito implícito y se recurrió a hacerla explícita con la fórmula: libre flujo de la información en sus niveles nacional e internacional, más amplio y mejor equilibrado, sin ningún obstáculo para la libertad de información”, lo que facilitó la “superación de las reservas occidentales” mostradas en 1980 (Quirós, 2005:72).

Este autor realiza una detallada cronología de los diferentes intentos de apuntillar el espíritu McBride, aludiendo a “tres reuniones sobre el desarrollo de los medios y la democracia celebradas en Windhoek (1991), Almaty (1992) y Santiago de Chile (1994)” que no sirvieron más que (...) “para retornar al concepto paternalista del desarrollo” mediante (...) “la incorporación de la reivindicación norteamericana de dar un mayor papel a las corporaciones privadas en los asuntos internacionales”.

7.2.6.2. Economía política de la comunicación activista: Los medios alternativos en el ecosistema de medios

Ya hemos apuntado en epígrafes anteriores la dificultad de los medios alternativos para ser estudiados desde la economía política de los medios. Candón sitúa la Economía Política de la Comunicación en la esfera de la Teoría Crítica de los medios de comunicación como una corriente que centra el debate en “el desequilibrio del intercambio de flujos de información y productos culturales entre los países desarrollados y los subdesarrollados, lo que se define como una forma de ‘imperialismo cultural’. Relaciona, por tanto, la información, la comunicación y la dependencia económica” (Candón, 2011b:88), resumiendo el debate que proponen autores como Schiller, Pascuali, Ramiro Beltrán, Mattelart, Faraone o Díaz Rangel. Schiller (1976) centra gran parte de su obra en esta idea de “imperialismo cultural”, que define como “el conjunto de procesos por los que una sociedad es introducida en el sistema moderno mundial y la manera en que su capa dirigente es llevada, por la fascinación, la presión, la fuerza o la corrupción, a moldear las instituciones sociales para que correspondan con los

valores y las estructuras del centro dominante del sistema o para hacerse su promotor”.

El tema del ‘imperialismo cultural’ ha sido clave en las contribuciones que se han hecho desde Latinoamérica. Sierra Caballero plantea la necesidad de abordar este enfoque desde la economía política de los medios, ya que “cuando en la era de las redes globales de información y comunicación, las políticas culturales tienen una función estratégica en relación al proceso de desarrollo social, parece lógico pensar, primero, la necesidad y pertinencia que adquiere todo análisis y concepción, por teórica que esta sea, de los procesos de información, comunicación y cultura, desde un punto de vista económico-político, pues de un modo u otro contribuimos con ello a dar forma y determinamos el marco global de las transformaciones mundiales en esta materia, más aún en un tiempo de mudanza e inestabilidad como el que vivimos” (Sierra, 2009:157). En su propuesta de “pensar el cambio social” considera que “en el nuevo proceso de cambio global en curso, observamos sin embargo cómo el desarrollo de estructuras informativas y mercados culturales emergentes está alterando de forma significativa la organización del sector de la comunicación y la cultura”, afirmando que “en el último lustro han tenido de hecho lugar en la región diferentes experiencias locales y alternativas potencialmente movilizadoras que apuntan la posibilidad de reordenamiento y recuperación de la palabra y el pensamiento crítico emancipador perdidos”, refiriéndose al panorama latinoamericano de la segunda mitad de la primera década del siglo XXI.

Para Sierra “hoy asistimos a la emergencia de un polo de contestación y crítica social a los supuestos indiscutidos –que no indiscutibles– del proyecto civilizador del neoliberalismo, tras dos décadas de hibernación, cuando no de acoplamiento y repliegue social de la izquierda, que permitieron los proyectos de concentración y privatización intensiva de sectores estratégicos para el desarrollo nacional en materia de comunicación”. De esta manera, otorga un gran valor a los esfuerzos realizados por los movimientos sociales por articular políticas comunicativas, que se han visto favorecidas por la implantación y el desarrollo de tecnologías, sin duda, pero que principalmente han estado provocadas por un cambio de actitud. Así, “desde el Primer Encuentro Contra el Neoliberalismo y por la Humanidad, celebrado en Chiapas, al último Foro Social de Porto Alegre (FSM), el proceso de reconstrucción de las fuerzas de progreso ha sido desde entonces más que significativo, favoreciendo la articulación de redes asociativas incluso entre aquellos investigadores que, desde una visión democrática y económico-política crítica, hoy están ya en condiciones de comenzar a definir propuestas constructivas trascendentales para el campo de la comunicación y la cultura regional” (Sierra, 2009:162). En este sentido, Sierra sugiere que “la Economía Política de la Comunicación debe replantear regionalmente sus fundamentos para comprender en su totalidad la hegemonía de la producción inmaterial que, cualitativamente, está transformando la economía, las formas de vida, y desde luego la propia comunicación y la cultura”.

Una de las claves que aporta este autor para superar la lógica de las industrias culturales y construir las bases de un nuevo conocimiento sociopolítico de las lógicas sociales de la comunicación, es la de abordar (...) “la apropiación social de las nuevas tecnologías de la información” que (...) “exige multiplicar y expandir en el espacio social los foros de debate sobre la Sociedad Global de la Información bajo liderazgo del Tercer Sector, impulsando dinámicas de trabajo, propuestas de articulación y políticas públicas transformadoras de lo local a lo global”, para lo que considera prioritario (...) “investigar y conocer el papel de los movimientos sociales a lo largo de las últimas décadas: qué políticas informativas organizan la acción colectiva y de conflicto social de los movimientos emancipadores, su papel en el espacio local y regional, las formas de intervención en las políticas culturales de base nacional y transnacional, su capital cognitivo” (Sierra, 2009:165).

Lo cierto es que las posibilidades que han experimentado los movimientos sociales, combinadas con las estrategias de acción colectiva que han desarrollado en las últimas décadas, ha situado el activismo mediático en un nuevo escenario y le ofrece nuevas posibilidades dentro del paradigma del informacionalismo descrito por Castells. Es un hecho que se ha producido una apropiación de las tecnologías y de los medios por parte de los movimientos sociales, que han sabido aprovechar, en gran medida, una lectura emancipadora de las tecnologías.

Cardoso sugiere que “la comunicación global ha posibilitado infraestructuras para la comunicación de datos, noticias e imágenes, aumentando de este modo la búsqueda al incrementar el deseo de posesión de productos y acceso a servicios”, del que no han quedado en absoluto excluidos los movimientos sociales, afirmando que (...) “este proceso de asociación entre comunicación y mercado también ha producido otro efecto complementario, es decir, ha dado poder a las voces silenciosas de aquellos que reivindican la autodeterminación y la justicia social y que han respondido al consumismo a través de la afirmación de la identidad” (Cardoso, 2008:132).

Sin embargo, poner en relación a los movimientos sociales y a los mercados ha generado polémicas importantes. En el fondo del debate subyace el interrogante de cómo los movimientos sociales deben buscar al gran público, y qué infraestructuras desarrollan para ello. El lastre histórico del pensamiento de Izquierda que despreciaba la propiedad de los medios y renunciaba al valor de los mercados, provocó que la comunicación insurgente quedara durante décadas limitada por la visión militante.

Cuando Downing (2008) defiende el uso de nanomedios de comunicación, como modelo comunicativo de los movimientos sociales, los identifica como una especie de categoría global que agrupa todos aquellos medios que podrían incluirse en lo que Anderson (2004) definió como ‘la larga cola’. Según su teoría inicial, que presentó en la revista *Wired* y que posteriormente desarrollaría en un libro *The long tail: Why the future*

of business is selling less of more (2006), Anderson defendía que los públicos descubrieron, a partir de nuevos modelos de comunicación e intercambio de información, que sus intereses no eran tan homogéneos como pensaban (o como se les había hecho creer por el marketing, la falta de alternativas, o una cultura de éxito dirigido), cuando empezaron a tener la oportunidad de profundizar en la búsqueda de información en las periferias de los grandes medios.

Según Anderson (2004), "la superación de dos grandes limitaciones físicas que imponía la industria del entretenimiento en la era pre electrónica, -como era la necesidad de contar con audiencias locales y la distribución de contenidos dirigidos a determinadas áreas geográficas- permite el desarrollo de nuevos nichos de mercado donde encontrar productos tradicionalmente marginales es más fácil que antes, ya que los públicos pueden encontrar contenidos al margen de lo que proponen las estanterías de éxitos, superando los filtros impuestos por la industria". La clave del nuevo modelo, por tanto, es el *findability*, la posibilidad de encontrar cualquier información alojada en la red, que antes solo podía ser accesible en papel, en una determinada estantería en la que alguien había decidido poner ese contenido, de la misma manera que podía no haberlo hecho.

La teoría de Anderson, aunque es esencialmente económica y analiza las nuevas posibilidades de desarrollo de la industria creativa, sirve para explicar en cierto modo el hecho de que los movimientos sociales hayan encontrado nuevos públicos y nuevos espacios de difusión como alternativa a los grandes medios de comunicación. No obstante, conviene hacer una apreciación en relación a la teoría de Anderson; en realidad, las estanterías no desaparecen, porque el desarrollo tecnológico no hace desaparecer el 'mainstream', pero permite que las estanterías se virtualicen y superen la limitación física que imponía el espacio, de manera que los nuevos medios pueden ubicarse en estanterías que en otro momento no existían, y de una u otra manera ser encontrados.

Pero sobre todo, Anderson da respuesta a una asociación de ideas, sobre las que se han ofrecido escasas argumentaciones; es cierto que la reducción de costes en tecnología ha facilitado el desarrollo de los medios de comunicación impulsados por movimientos sociales; pero la reducción de costes por sí sola no es suficiente explicación si no se completa con la explicación que ofrece el fenómeno del *findability*. Como afirman Kahn y Kellner (2004:90), "la conectividad a Internet gratuita en sí misma no necesariamente conduce a beneficios sociales si su único uso es el tipo de comercio electrónico típico de la web corporativa de fines de los 90 y eBay de hoy". En este sentido, hay algunos tópicos que superar desde las lógicas de los movimientos sociales, siendo necesario desarrollar enfoques más creativos para darle sentido a los medios alternativos desde la mirada de la economía política de los medios.

Por tanto, no es posible entender el desarrollo del modelo de acción comunicativa propuesto desde el nuevo activismo mediático, sólo desde el análisis de las claves culturales o sociales que lo modelan, sin aportar una visión desde la economía de los medios. En este escenario hay un interrogante difícil de resolver, acerca de si los medios alternativos son (o deben aceptar ser) la larga cola de los medios tradicionales, y en su caso si constituyen un nicho de mercado viable, cuestión que tenemos que abordar desde el análisis de los públicos. Los medios de comunicación alternativa tienen por una parte unos públicos fieles, comprometidos con su activismo, que encuentran en sus medios afines los fundamentos ideológicos de sus luchas, a los que no hay que conseguir atraer. No cabe duda de que los medios alternativos ofrecen un labor pedagógica a las bases cumpliendo con su tarea de informar sobre una realidad que frecuentemente es obviada o manipulada por los grandes medios. Pero hay otros públicos, interesados en la búsqueda de puntos de vista diferentes a los construidos por los grandes medios o análisis de la realidad divergentes, que encuentran en estos medios alternativos gran parte de las respuestas a sus preguntas en la medida que estos medios son capaces de construir información creíble (no necesariamente objetiva), abandonando la propaganda.

Atton define un espacio mediático caracterizado por “la complejidad de las relaciones entre medios radicales y medios de masas, que se se ha incrementado significativamente con la proliferación de los medios digitales y las convergencias ofrecidas por Internet” (Atton, 2004:10), cambios que según Coyer y otros (2007:5) tienen un efecto cualitativo, así como cuantitativo, en el público de los medios de comunicación dando credibilidad a la hipótesis de Anderson al afirmar que “los sistemas de distribución más personalizados incorporados en Internet están socavando los medios de comunicación ‘masivos’ convirtiéndonos a todos en entusiastas de la cultura de nicho”. Por otra parte, estos autores consideran que “no hay nada ‘secundario’ en los medios alternativos”. De hecho, “en la medida en que aportan resistencia, oposición y contraejemplos a los usos cansados y reaccionarios de los medios de comunicación, son de primordial importancia social, cultural y política. Sin embargo, siguen siendo, por definición, significativamente menos poderosos y privilegiados que la corriente principal, por lo que estamos contentos de seguir con la etiqueta “alternativa”, en lugar de “autónomos” (Coyer y otros, 2007:10).

Estos autores utilizan la idea de “medios autónomos” ya vista anteriormente, prestada de Uzelman (2005:17), que se caracterizarían por “eludir los principales medios de comunicación mediante el fomento de nuevas formas de participación comunicación democrática”, poniendo en duda la posibilidad de “alcanzar cualquier objetivo absoluto de ‘autonomía’ (...) dada la omnipresencia del poder mediático dominante en nuestras sociedades”. En esta línea defienden que “las cuestiones de poder, su distribución y exclusiones son fundamentales y que todo trabajo de medios alternativos existe y florece en los diversos espacios de ‘independencia relativa’ y de negociación con el poder

institucional, y (...) como todas las prácticas culturales, está inmersa en las relaciones sociales reales que la rodean” (Coyer y otros, 2007:10).

Volviendo al concepto de nanomedios propuesto por Pajnik y Downing, este término, surge en oposición a un modelo dominante de comunicación, el impuesto por los que podríamos llamar, consecuentemente, macromedios, caracterizados por ofrecer el flujo de información consumido por la mayor parte de la población. Estos nanomedios, aprovechando un momento tecnológico en el que se superan las barreras físicas descritas por Anderson, que permitían a las grandes corporaciones mediáticas mantener una posición de privilegio con respecto a los medios minoritarios, superan su incapacidad histórica de situarse en las estanterías de los más vendidos, y de poder competir en términos de mercado. Parece que estos elementos se constituyen como el factor primitivo, el framework para el desarrollo de una nueva cultura del activismo mediático a finales del siglo XX, que se desarrolla de forma trepidante en los últimos treinta años.

La larga cola de Anderson, por tanto, ofrece posibilidades teóricas a los medios alternativos de ser encontrados por públicos no militantes o no activistas, en el marco de un sistema de recomendaciones o simplemente por el *findability* descrito. En este sentido, las nuevas herramientas de Internet, desde los simples buscadores, hasta los agregadores o las redes sociales, permiten a los medios alternativos posicionamientos competitivos, especialmente en determinados momentos o situaciones. En este sentido, Knight y Thomas afirman que “el uso de Internet -como señaló Chris Anderson- amplía automáticamente el alcance potencial de cualquier actividad promocional de local a global y aumenta la velocidad con la que puede tener efecto. Esto, a su vez, da a esta actividad una mayor posibilidad de éxito, de construir el tipo de audiencia” (Knight y Thomas, 2011:271). Aunque estos autores se refieren a las posibilidades que internet ofrece a los distribuidores de contenidos audiovisuales de carácter alternativo, la afirmación se puede llevar a cualquier soporte que busque canales de difusión que anteriormente resultaban inaccesibles.

Pero a pesar de que técnicamente las posibilidades son ilimitadas, la realidad sigue diciendo que desde una perspectiva de los mercados los medios alternativos siguen siendo residuales, lo que no obstante no parece importar a parte de la crítica, que renuncia a ocupar una posición competitiva en el espacio de los medios. Fuchs (2010:180), que como hemos visto anteriormente analiza diferentes elementos para que se produzca una verdadera “dialéctica de producción de medios autogestionados y estructuras de medios críticos”, considera que (...) “enfocar estrictamente la política prefigurativa en las prácticas mediáticas significa idealizar las limitadas posibilidades y limitaciones que la producción de medios alternativos está enfrentando en la sociedad contemporánea”, razón por la cual prefiere centrar su atención “más en el contenido y la forma”, opinando al respecto que (...) “la propiedad autogestionada, la distribución

alternativa y la recepción crítica son cualidades deseables de medios alternativos, pero no condiciones necesarias”.

Estas limitaciones son claras y están directamente relacionadas con las estructuras de producción; los medios alternativos, salvo determinadas excepciones, están construidos sobre la base del amateurismo y la falta de dedicación suficiente, lo que le hace ver restringidas sus posibilidades a la hora de la distribución. Autores como Sandoval y Fuchs plantean la necesidad de un replanteamiento de la situación, resumiendo la visión de Couldry (2003a), según el cual “la tarea más importante para los medios alternativos es desafiar el sistema de medios altamente concentrado y el poder simbólico resultante de los medios de comunicación capitalistas superando la arraigada división del trabajo (productores de historias versus consumidores de historias)”, de tal manera que para este autor (...) “el potencial emancipatorio y progresivo de los medios alternativos radica en abrir el acceso a la producción de medios a un público amplio”. (Sandoval y Fuchs, 2010:142).

El panorama de la economía política de los medios se ha transformado en los últimos decenios de manera vertiginosa, en la medida que que han cambiado los formatos de producción cultural del activismo social. La evolución de las técnicas y las herramientas han dotado de nuevas posibilidades a los movimientos sociales que vivían limitados en un mundo de simbolismos incapaz de competir en términos de mercado. Berardi y otros afirman que “antes de que la crisis congelase las perspectivas de desarrollo de la economía de los medios se hablaba mucho de convergencia. Con esta expresión se designaban dos procesos distintos aunque vinculados entre sí. En primer lugar, la convergencia entre diferentes medios que tienden a integrarse en la red multimediática. En segundo lugar, la convergencia entre los colosos mediáticos y financieros como America OnLine, Time-Warner, Worldcom, etc” (Berardi y otros, 2004:46). Esta situación que describen, correspondiente a la década de los 90, no parece que se vaya a repetir, vista la tendencia a la restricción de los ingresos de los trabajadores cognitivos y reducción de los recursos para las empresas innovadoras. No obstante, a pesar de ello ven un mundo de oportunidades en el que “se pueden sentar las bases de nuevas formas de cooperación y de intercambio gratuito, y se podrán abrir ventanas para la difusión de los principios del open source y del libre acceso”. Pero sobre todo, (...) ese proceso de convergencia “sólo podrá avanzar si viene de abajo, si sabemos implicar en este proceso a toda la comunidad de los trabajadores cognitivos, de los artistas, los tecnólogos, los experimentadores y los activistas mediáticos. La convergencia es un proceso creativo: no basta el dinero y el poder político para inventar lo nuevo. Y nada nos dice que sea necesario mucho dinero para poner en marcha experimentos y estructuras productivas de tipo autónomo, en un nuevo circuito que se está creando dentro del movimiento contra las grandes empresas” (Berardi y otros, 2004:46). De esta manera, la convergencia se convierte, al igual que la larga cola, en una fuente de oport-

tunidades para los movimientos sociales si es entendida por estos. Lo que en otro momento constituyó la base de la construcción de los conglomerados mediáticos desde la perspectiva de la competencia, puede constituir un gran reto para los movimientos sociales desde la óptica de la cooperación.

Sobre convergencia cultural habla Jenkins argumentando que “la convergencia de los medios es más que simplemente un cambio tecnológico. La convergencia altera la relación entre las tecnologías existentes, las industrias, los mercados, los géneros y las audiencias. La convergencia se refiere a un proceso, pero no a un punto final”. Plantea este autor la posibilidad de encontrar alternativas al mercado que procedan de los públicos activos. Considera que la convergencia cultural “representa una reconfiguración del poder mediático y una remodelación de la estética y la economía de los medios”, remitiéndose a la inteligencia colectiva de Lévy (2004) para “describir las actividades de recopilación y procesamiento de información a gran escala que han surgido en las comunidades web”. Apoyándose en el autor francés, Jenkins argumenta que “las culturas emergentes del conocimiento nunca escapan completamente a la influencia de la cultura de la mercancía, como tampoco la cultura mercantil puede funcionar completamente fuera de las restricciones de la territorialidad”. Sin embargo, las culturas del conocimiento, predice, van a alterar gradualmente la forma en que las culturas de mercancías o los estados nacionales operan. “En ninguna parte esta transición es más clara que en las industrias culturales, donde las mercancías que circulan se convierten en recursos para la producción de significados y donde las tecnologías peer-peer se están desplegando de manera que desafían viejos sistemas de distribución y propiedad. En última instancia, nuestro futuro mediático podría depender del tipo de tregua incómoda que intermedia entre los medios comerciales y la inteligencia colectiva. Imagine un mundo donde hay dos tipos de poder de los medios de comunicación: uno viene a través de la concentración de medios, donde cualquier mensaje goza de autoridad simplemente por ser transmitido en la televisión en red; la otra viene a través de la inteligencia colectiva, donde un mensaje gana visibilidad sólo si se considera relevante para una red poco definida de públicos diversos” (Jenkins, 2004:34).

Jenkins plantea “repensar algunos de los supuestos básicos de estos cambios”, dado que (...) “estos cambios ocurren en la intersección entre la producción y el consumo, exigirán una distensión entre la economía política (que quizás sea la teoría más poderosa de la producción de medios) y la investigación de la audiencia (que tiene el relato más convincente del consumo de medios)” admitiendo que, “a medida que lo hagamos, la economía política necesitará deshacerse de sus presupuestos en base a los cuales toda participación en la economía de consumo constituye la cooptación y mirar hacia las formas en que los consumidores influyen en la producción y distribución del contenido de los medios de comunicación” (Jenkins, 2004:36).

Aunque inicialmente la convergencia se plantea como un proceso de arriba hacia abajo impulsado por las empresas y basado en el consumidor, Jenkins sostiene que “los consumidores están aprendiendo a utilizar estas diferentes tecnologías de los medios de comunicación para poder controlar el flujo de los medios e interactuar con otros usuarios”; los usuarios, en cuanto consumidores, están desarrollando un enorme poder crítico y selectivo, al descubrir nuevas fuentes y medios y, en este sentido, Jenkins plantea que, aunque los conglomerados de medios están encontrando nuevas oportunidades de expansión, “en ocasiones la convergencia representa un riesgo, ya que la mayoría de estos medios temen una fragmentación o erosión de sus mercados. Cada vez que mueven un espectador desde, por ejemplo, la televisión a Internet, existe el riesgo de que el consumidor no regrese”.

Lara abunda en el recorrido teórico que propone Jenkins a lo largo de su obra, para afirmar que “desde este punto de vista, Jenkins propone dos conceptos alternativos al de interactividad. El primero de ellos es el de cultura convergente: en términos generales, la convergencia mediática se refiere a una situación en la que múltiples sistemas mediáticos coexisten y en la que los contenidos culturales circulan fluidamente a través de ellos. El segundo de los conceptos propuesto por Jenkins es el de cultura participativa, dando cuenta con dicha categoría de un cambio cultural que, asociado a la transformación de los medios de comunicación y de difusión, ha hecho posible para el consumidor y para el ciudadano medio archivar, comentar, apropiarse, resignificar, modificar y recircular contenido mediático de nuevas maneras y por nuevas vías. Algunas de las dinámicas a partir de las cuales muchos jóvenes se integran en el universo cultural participativo son: afiliaciones (membresía, formal e informal, en comunidades online alrededor de diversas formas de media, como Friendster, Facebook, Myspace, metagaming, chat rooms, etc.); expresiones (produciendo nuevas formas creativas, como el sampling digital, la escritura, la creación audiovisual, los mash-ups, etc.); la resolución colaborativa de problemas (trabajando juntos en equipos, formales e informales, para resolver tareas y desarrollar nuevo conocimiento, como en Wikipedia, juegos de realidad alternativa, spoiling, etc.); y circulaciones (dando forma al flujo mediático a través del podcasting o el blogging, por ejemplo)” (Lara, 2014:189). De esta manera, usuarios y consumidores cambian su rol tradicional e lectores, oyentes o espectadores, no solo para hacerlo todo de forma combinada, sino para hacerse además partícipes del proceso comunicativo.

Esta autora recurre a McCracken (2013) para afirmar que “más que consumidores los públicos resultan cada vez más una suerte de multiplicadores”, definiendo a estos como (...) “un tipo de público productivo que estira los artefactos mediáticos y culturales más allá de un mero acto de consumo: (1) multiplica su valor y extiende su sentido en ejercicios de comunicación y de propagación susceptibles de réplica infinita en Internet, es decir, funciona como “publicitador” y movilizador que involucra a otros en el universo del producto (blogging, podcasting o spoiling); y (2) toma el producto como

materia prima que recombinar y modificar para la creación de un contenido derivado (sampling o mash-up)" (Lara, 2014:199).

En el centro del fenómeno se sitúa la figura del prosumidor como nuevo sujeto de la comunicación, que según Pérez y Gil (2014:19), que citan a Napoli (2010) en este punto, "ha sido utilizado para explicar las formas en que las audiencias están evolucionando, generando formas de producción y distribución de contenido al margen del paradigma tradicional de la industria mediática". Siguiendo la propuesta de marco teórico que realizan estos autores, "el cambio aludido responde a la eclosión de nuevos espacios en los que producir plusvalía -principalmente en el ciberespacio- y nuevos grupos de personas -más allá de los trabajadores- a los que explotar (según la concepción marxista), entrando en una nueva fase del capitalismo denominada capitalismo de prosumidores", por el cual se produce (...) "la incorporación de los consumidores a los procesos de producción, superándose la distancia que separa entre sí a consumidores y productores". De esta manera, producción y consumo ya no aparecen como dos esferas separadas, ya que (...) "cada vez más la producción se genera en espacios de consumo, mientras que el consumo se hace más productivo" (Rey, 2012:400).

Aunque Rioja y Gil sostienen que la prosumición no es un fenómeno nuevo en sí mismo, afirman que "lo que actualmente la ha situado en el foco de atención es el hecho de que durante los últimos años haya cobrado una importancia desproporcionada en la configuración de las relaciones económicas", teniendo como (...) "causa principal el desarrollo de la Web 2.0 y la ampliación de las infraestructuras tecnológicas y las formas de comunicación, que han hecho que los procesos de prosumición se diversifiquen y multipliquen, convirtiéndose en una importante fuente de creación de valor" (Pérez y Gil, 2014:20). El perfil del prosumidor encarna, de manera inequívoca la propuesta de Castells de la autocomunicación de masa.

A este tema se refiere Sedeño, en relación a las nuevas formas de producción audiovisual cuando afirma que "en este nuevo sistema de la web 2.0 o web participativa, se espera que el antes espectador se convierta en productor, dejando atrás la fase de usuario/espectador y cualquier tipo de pasividad respecto a los mensajes mediáticos, si es que esta inactividad, en principio teórica, ha existido realmente. Esto supone el surgimiento de un ejército de potenciales creadores, *prosumers* que superan el simple consumo de obras (artísticas, audiovisuales): se da lugar, así, a una hibridación de las antes separadas categorías de emisión/recepción, producción/consumo de productos culturales" (Sedeño, 2014:206). A este respecto, defiende que "la creación colaborativa con nuevas tecnologías digitales y redes sociales ha producido un reemplazo de la noción convencional de autoría y recepción. El espectador contemporáneo ha dejado de estar detrás del espejo, del televisor, de la pantalla de cine (ha dejado de ser pasivo e inocente) y reclama un puesto activo y nuevas opciones para desarrollar sus habilidades y competencias" (Sedeño, 2014:209).

Este fenómeno nos enfrenta a nuevos problemas, pero también nos ofrece nuevas oportunidades. Así, autores como Fuchs (2010) denuncian que la extensión del dominio de la co-creación estaría causando el desarrollo de nuevas estructuras de explotación, "cuyo grado es próximo a infinito, al no recibir los usuarios ningún tipo de salario como contraprestación por el valor generado en las plataformas web". Rioja y Gil recurren a autores como Humphreys y Greyson (2008) para diferenciar entre valor de uso y valor de cambio, de manera que (...) "cuando un usuario produce valor de uso (se sirve su propio refresco en un restaurante de comida rápida o rellena el depósito de su coche en una gasolinera) su rol en el sistema económico no cambia fundamentalmente; sin embargo, cuando sus acciones producen valor de cambio (dejar constancia en Google sobre tus gustos y preferencias), dicho valor es cooptado por la empresa y revendido, apropiándose ésta de la plusvalía sin que el consumidor reciba parte de dicho valor, lo que genera problemas normativos y éticos". En este sentido, Lara (2014:200) describe un "horizonte paradójico a partir de la ambivalencia que nombramos como cultura participativa y convergente", hecho de (...) "servidumbre maquina y de potencialidades postmediáticas", términos que toma prestados de Guattari (1990; 2009; 2004).

Lara analiza estas posibilidades postmediáticas descritas por Guattari a partir de la experiencia del 15M en España, que denomina "infrapolíticas" entre los grupos aseverando que el este movimiento "podría ser analizado como una revuelta de los públicos frente a su tradicional condición de espectadores", lo que (...) "ha actualizado en el campo de lo político lo que resultaba ya plenamente actual en el ámbito de los usos y consumos culturales: que lejos de encarnar un papel pasivo, los públicos constituyen un sujeto activo y plenamente productivo de la esfera cultural. Dicha experiencia puede ser vista como el salto al ámbito explícito y formal de lo político de la intensa proliferación de comportamientos y políticas difusas con las que los públicos han alterado decisivamente los ámbitos de la producción y de los consumos culturales en los últimos años: el Estado español representa uno de los epicentros más destacados del extendido cuestionamiento actual de las pautas tradicionales de producción y acceso a los bienes culturales en nuestra sociedad" (Lara, 2014:201).

Para este autor, desde este punto de vista, "algunas de las formas de subjetivación política asociadas al 15-M, así como a numerosas pautas observables en otras experiencias relativamente análogas en otras latitudes, podrían ser catalogadas como parte sustancial de una incipiente movilización democrática de los prosumidores" que Lara (2014:196) identifica como los públicos multiplicadores anteriormente descritos, y los sitúa en el campo de batalla de la cultura participativa desde la perspectiva que propuso Walter Benjamin de una transformación de la función social de la producción artística, Para Lara, "en nuestros días las transformaciones tecnológicas y culturales ligadas al desarrollo de Internet, la digitalización y las telecomunicaciones han intensificado y favorecido extraordinariamente la puesta en común de los individuos y los

grupos, así como la constitución de un flujo continuo de estímulos y comunicaciones que da lugar a una sociabilidad marcada por su carácter virtual y por la vivencia permanente de una actualidad simultánea. En ese contexto, los universos mediáticos han experimentado un intenso proceso de transformación en los últimos veinte años. Una de las esferas en la que esa transformación se ha manifestado de manera más intensa es, precisamente, su relación con los públicos” (Lara, 2014:198).

En el marco de lo que podríamos considerar una economía política de los medios alternativos, Benkler propone la idea de “economía de la información en red”, caracterizada por tres aspectos: “(1) las estrategias no privativas han sido siempre más importantes en la producción informativa de lo que eran en la producción de acero o de automóviles, aun cuando la economía de la comunicación inclinaba la balanza hacia modelos industriales, por lo que (...) a medida que se elimina la barrera material que, no obstante, obligaba en última instancia a que buena parte de nuestro entorno informativo se canalizara a través de estrategias privativas basadas en el mercado, estas motivaciones y formas organizativas básicas de tipo no mercantil y no privativo en principio deberían devenir aún más importantes para el sistema de producción informativa; (2) la producción no mercantil alcanza mayor importancia. Los individuos pueden llegar a millones de personas de todo el mundo para informarlos o motivarlos, alcance del que antes simplemente no disponían, fueran cuales fueran sus motivaciones, a menos que canalizaran sus iniciativas a través de organizaciones mercantiles o entidades filantrópicas o estatales. El hecho de que ahora todas esas iniciativas estén disponibles para cualquiera conectado a la red, desde cualquier lugar, ha llevado al surgimiento de los efectos coordinados, en los que el efecto conjunto de la acción individual, aun cuando no sea conscientemente cooperativa, produce el efecto coordinado de un entorno informativo nuevo y rico; (3) el auge de iniciativas cooperativas eficaces a gran escala —la producción entre iguales de información, conocimiento y cultura—, simbolizado por el surgimiento del software libre y del código abierto. Estamos comenzando a asistir a la expansión de este modelo no solo a nuestras principales plataformas de software, sino a todos los ámbitos de producción informativa y cultural y esta obra sigue dicha expansión en ámbitos muy diferentes, desde la producción entre iguales de enciclopedias, noticias y comentarios, hasta el entretenimiento inmersivo” (Benkler, 2015:38).

Benkler describe un escenario en el que “el capital físico requerido para la producción está ampliamente distribuido por toda la sociedad. Los ordenadores personales y las conexiones a Internet son ubicuos”, lo que conlleva (...) “que ahora hay gran cantidad de cosas valiosas que los individuos pueden realizar interactuando socialmente con los demás, como seres humanos y sociales, más que como actores mercantiles mediante el sistema de precios”. De esta manera, este autor se hace eco de (...) “un floreciente sector no mercantil de producción de información, conocimiento y cultura, basado en el entorno en red y aplicado a cualquier cosa que la multitud de individuos conectados

a él pueda imaginar. A su vez, su producción no es tratada como propiedad exclusiva. En lugar de ello, está sujeta a una ética cada vez más robusta de compartición abierta a que todos los demás se basen en ella, la extiendan y efectúen su propia producción” (Benkler, 2015:40).

Este autor pretende llamar la atención sobre las posibilidades que ofrece el fenómeno de la producción entre iguales y la compartición cuando afirma que “en el corazón del motor económico de las economías más avanzadas comenzamos a observar un fenómeno persistente y asombroso: el arraigo de un nuevo modelo productivo que, al menos de acuerdo con nuestras creencias más extendidas sobre el comportamiento económico, no debería existir” (Benkler, 2015:97). Poniendo el ejemplo del software libre, plantea una nueva modalidad de organización productiva “radicalmente descentralizada, cooperativa y no privativa; basada en recursos y productos compartidos entre individuos extensamente distribuidos y difusamente conectados que cooperan sin depender de directrices mercantiles o de órdenes jerárquicas” que denomina (...) “producción entre iguales basada en el procomún”, que según el propio autor (...) “alude a una específica forma institucional de estructurar el derecho de acceso, uso y control de los recursos” (Benkler, 2015:11).

Himanen plantea que tan importante como la ética del trabajo es la ética del dinero en el marco de la ética hacker, algo sobre lo que abundaremos más adelante. Reivindica que “en una época en que la motivación del dinero ha pasado a ser tan poderosa que lleva a impedir cada vez más el acceso a la información, sorprende ver cómo los hackers explican la razón por la cual emprendieron un proyecto tan descomunal como Linux, cuya fuerza rectora no es el dinero, ya que sus frutos son compartidos con terceros” (Himanen, 2002:6). A partir de los modelos de producción que sugieren el software libre y la cultura libre, en general, Martínez (2012:60) defiende que “no hay que pensar en cultura libre como espacio que nos empuja a encontrar un modo de supervivencia en otro lugar, no podemos pensar que en el movimiento por la cultura libre elude la cuestión del sustento económico derivándola a la capacidad por encontrar rentas en, por ejemplo, las industrias del entretenimiento”, defendiendo que (...) “los modelos de negocio basados en la cultura libre han de dar sustento a quienes producen y a su vez optimizar las balsas del conocimiento colectivo”. Para ejemplificar el modelo recurre a los casos de Techonobrega o Funky Carioca en Brasil, movimientos musicales prescindidos completamente de los derechos de propiedad intelectual, discográficas u otros intermediarios y que han demostrado que pueden crear empleo y generar riqueza con “un modelo de economía cultural que no solo no expolia el acervo cultural, sino que mantiene unido el territorio, favorece el acceso a clases desfavorecidas y genera interesantes retornos para los productores”; de igual manera propone los ejemplos de Star and Shadow cinema, un cine completamente autogestionado por sus socios, sin propietarios, y que rompe con las dinámicas impuestas por las grandes distribuidoras “que establece una relación diferente con el público, [que] entiende que no

es un ente pasivo o que ha de esperar que el producto se introduzca por grandes vías de distribución, y utilizan el potencial de Internet para la construcción de públicos más pequeños y con ello un mercado sostenible”.

Indudablemente, el mundo de la cultura libre está reportando exitosos casos de explotación de negocio, demostrando que es posible crear espacios de comunicación insurgente y hacerlos sostenibles. Berlinguer y otros (2013:131) describen lo que denominan “comunidades de creación online” como “nuevas formas de dar acceso, crear y compartir producciones audiovisuales, que conciben como proyectos muy porosos que se basan en las condiciones de posibilidad que ofrecen la ecología de flujos y relaciones de interdependencia insertos en la red”, en los que observan una tendencia de (...) “creciente presencia de empresas que se acoplan o promueven este tipo de ecologías productivas en torno a CCOs (...) con las mismas comunidades y proyectos abiertos de colaboración que de manera incremental se estructuran bajo sus peculiares códigos culturales y organizativos, produciendo recursos e infraestructuras libremente accesibles”. Los autores describen estas empresas como (...) “una nueva forma de explotación capitalista que no centra su estrategia en el imperativo de la propiedad intelectual, sino en la provisión de recursos infraestructurales gratuitos y en la explotación de formas de producción diluidas en bases comunitarias”.

Más allá de los casos concretos, lo importante, plantean, es “indagar y profundizar en la comprensión de esta ecología abierta e híbrida de formas de producción –que mezclan comunidades colaborativas, informalidad, producción de recursos comunes y externalización, en algunos casos en empresas comerciales–, su lógica productiva así como en su condiciones de sostenibilidad, éxito o fracaso”.

También existen aportaciones desde la cultura libre editorial. Nanclares sostiene que “si pensamos en el libro no como producto sino como servicio interdependiente de otros muchos servicios anexos a su contenido podremos entender experiencias como O'Reilly o Traficantes o Virus sean sostenibles a día de hoy”. La propuesta pasa, en todo caso, por un cambio de perspectiva; para esta autora, lo fundamental de estas propuestas es que (...) “en ambos espacios, digital y físico, la comunidad ocupa ahora el lugar central de la red. El lector deja de ser mero receptor de un productor para pasar a ser paulatinamente conversador colectivo (comunidad) y activo dentro de una experiencia editorial. La cultura libre editorial podrá así ser capaz de generar sistemas que abarquen todas las funciones de la antigua cadena de valor, presentando a su vez una gran paradoja comercial e inicial en el centro: libros liberados. Si liberamos los libros para ti como punto de partida, generamos entonces economía en torno a esos libros liberados. Una economía social. Un valor y una riqueza no solo monetaria. Creamos lugares y redes en vez de eslabones estrictamente económicos” (Nanclares, 2013:259). Pero además, estos proyectos pueden ser económicamente sostenibles mediante sistemas de financiación como “campaña de socios, modelo de suscripción (promueve

servicios freemium), donaciones puntuales y/o regulares, microcréditos de la red de afinidad al proyecto, bonos de apoyo, venta de ejemplares físicos, venta de otros productos (desde camisetas a e-readers), creación de alianzas con otros agentes pero no solo desde el punto de vista de la promoción comercial, sino buscando y fomentando la capacidad de compartir recursos, transparencia, confianza, etc”. Todo ello (...) “desde la práctica alfabetización alrededor del trabajo en red y la cultura libre para todos los agentes implicados con el fin de desbrozar la siempre polémica confusión en torno al término Libre: Libre no es gratuito”.

En la línea propuesta por algunos de estos autores, el FC Forum¹¹ (Free Culture Forum, Observatorio de los Derechos Democráticos en la era Digital) se configura como “un espacio internacional donde construir y coordinar un marco global de acción y una agenda común para temas relacionados con la cultura libre y el acceso al conocimiento, la democracia en red (mecanismos de participación y control ciudadano del poder y las instituciones), la defensa de un Internet libre y neutral, la defensa del periodismo ciudadano por el derecho a saber, informar y estar informados; la lucha legal, técnica y comunicativa contra la corrupción; y la tecnopolítica entendida como la práctica y la acción en red para el empoderamiento, la justicia y la transformación social”. La experiencia acumulada desde 2010, ha permitido generar documentos de referencia, como la “Carta para la innovación, la creatividad y el acceso al conocimiento¹²”; una “Declaración sobre Modelos sostenibles para la creatividad¹³”, así como un “Manual de uso para la creatividad sostenible¹⁴”; y un catálogo de experiencias de crowdfunding¹⁵, en el que se analizan detalladamente las características retos y obstáculos de este modelo de financiación transversal colectiva, pública y privada de la cultura. En esta línea, Sedeño afirma que “con nuevas propuestas en torno al concepto de cine 2.0 se diluye la distinción entre productor y consumidor. El crowdfunding, crowd financing o crowd sourced capital, que engloba a los sistemas de financiación colectiva de proyectos filmicos por voluntarios productores anónimos empleando la red, amenaza con reformar las tradicionales condiciones de la producción cinematográfica tradicional en lo que se refiere a la búsqueda de capital para su puesta en marcha” (Sedeño, 2011:18).

7.2.6.3. El tercer sector de la comunicación

Por Tercer Sector de la Comunicación, Marí hace referencia al análisis de la sociedad emergente a comienzos de los setenta en algunos contextos, principalmente occidentales, que “permiten identificar tres grandes sectores en torno a los que se aglutina la acción social: el primer sector (Estado), el segundo Sector (Mercado) y el Tercer Sector

¹¹ <https://fcforum.net/>

¹² <https://fcforum.net/charter/>

¹³ <https://fcforum.net/sustainable-models-for-creativity/declaration/>

¹⁴ <https://fcforum.net/sustainable-models-for-creativity/how-to-manual/>

¹⁵ <https://2012.fcforum.net/experiencias-crowdfunding-caracteristicas-retos-obstaculos/>

emergente que llama a la puerta, el de la ciudadanía activa” (Marí, 2016:163). En esta descripción se apoya en autores como Nerfin (1978), Ascoli (1987) y García Roca (1996). A partir de idea se formula el concepto de Tercer Sector de la Comunicación, que según el Parlamento Europeo permite identificar a los medios que reúnen las siguientes características:

- Medios no lucrativos, caracterizados por su apertura a la participación y claramente diferenciados respecto a los que denomina como medios comerciales y medios públicos.
- Sirven para dar cohesión e identidad a las comunidades a las que se dirige, así como para preservar la diversidad cultural y lingüística.
- No solo se producen otros contenidos, sino que la participación ciudadana también alcanza la gestión de estos medios.

Para reforzar el concepto desde un enfoque más proactivo, Marí cita a Lewis y Booth (1992) para recordar que “los medios del Tercer Sector buscan compartir el poder con sus oyentes, en unas relaciones más democráticas que las que pretenden establecer el Estado y el mercado”, situándose (...) “en la defensa práctica de los derechos humanos frente a la lógica del mercado o de los intereses nacionales”; también recurre a a Sénécal para identificar la “lógica de la apropiación social como la propia de los medios impulsados por los movimientos sociales”. Según Sénécal (1986:62) “estos movimientos no luchan solamente porque se respete el derecho de la información y de la comunicación, sino por todos los otros derechos fundamentales y democráticos. (...) No persiguen tanto acceder a los medios informativos y hacer oír su voz en el concierto de las voces del poder (...) como realizar innovaciones a nivel de los medios de comunicación” (...). Desde este punto de vista, Sénécal defiende que “la alternativa en las comunicaciones debe de dejar de definirse únicamente a partir de los instrumentos empleados y fijarse más (...) en una práctica alternativa del derecho a producir nuestra propia información”.

Este tema está ampliamente estudiado por Chiara Sáez que dedicó a ello parte de su tesis doctoral. Pare Sáez, recurriendo a Jerez (1998) “el concepto de tercer sector surge históricamente como un nuevo referente asociado a la crisis del estado de bienestar y la constatación de la incapacidad tanto del Estado como del crecimiento económico (Mercado) para satisfacer las distintas demandas de los ciudadanos: un espacio de sensibilidad social, donde las personas se organizan de manera horizontal y colaborativa para alcanzar objetivos relacionados con la solidaridad, la participación o el altruismo”. Para esta autora, este concepto, aplicado al ámbito de la comunicación hace referencia

a medios de comunicación que surgen como iniciativas de la sociedad civil para presentar en el espacio público todos aquellos temas de interés que no son representados (o distorsionadamente presentados) por los medios vinculados a las empresas privadas o a los partidos políticos (que vendrían a constituir los otros dos sectores de la comunicación). Estas experiencias devienen alternativas en la medida que contribuyen a llenar el vacío impuesto por el sistema oficial de medios que -bajo el predominio de la doctrina neoliberal- se encuentra hoy permeado profundamente por intereses privados y partidistas que buscan convertirse en la única opinión pública legítima. En este contexto, Sáez define el tercer sector de la comunicación como “aquel donde se agruparían las experiencias de comunicación que no son público-estatales ni privado comerciales, que no tienen intereses lucrativos ni proselitistas; por el contrario, se trata de medios que aspiran a presentar y representar los intereses de la sociedad civil organizada” (Sáez, 2009:30). Esta autora defiende el uso del término como un gran contenedor integrador de las diferentes terminologías que engloba (comunicación alternativa y otras afines), identificándolo como “una noción de comunicación alternativa consciente de su propia historicidad; es decir, donde sus contenidos se van complejizando en la medida que se va complejizando también el tipo de experiencias de comunicación alternativa. Divulgativo y abarcativo, en la medida que permite incorporar dentro de ella estos distintos atributos que hablan del carácter perfectible de la idea de alternatividad en virtud de las tensiones mostradas por los procesos sociales” (Sáez, 2009:87).

Por su parte, Meda (2012:60), basándose en lo las indicaciones de la Asociación Mundial de Radios Comunitarias y en las disposiciones del Parlamento Europeo, identifica los medios del tercer sector por una serie de características:

1. La propiedad del medio corresponde a una asociación o colectivo sin ánimo de lucro (por ejemplo, una asociación juvenil, de vecinos o cultural).
2. Este mismo colectivo es el que se encarga de dirigir su gestión y funcionamiento diario, independientemente de cuál sea la edad, sexo, nacionalidad, formación o profesión de las personas que integran la asociación.
3. La financiación obtenida por diversas vías se destina íntegramente al proyecto, sin que haya un reparto de beneficios de ningún tipo.
4. La gestión se realiza de manera participativa y horizontal, sin estructuras jerárquicas de facto en su toma de decisiones y en su trabajo diario (es habitual que en este tipo de medios no existan las denominaciones propias de empresa periodística, tales como directores, redactores jefe, jefes de sección, etc.)
5. Sus objetivos principales son, por un lado, profundizar en la democracia desarrollando el derecho a la emisión de información por cualquier vía de difusión

que todos los ciudadanos tienen, tal y como marcan normativas constitucionales y de derechos humanos. Por otro lado, estos medios intentan transformar los procesos sociales presentes hablando de lo que otros medios no hablan, puesto que carecen de presiones de intereses políticos y económicos.

Existe un debate sobre el lugar que debe ocupar el tercer sector de la comunicación en relación a las políticas de comunicación. Para Sáez, primero hay que atender al enfoque que se adopta, entendiendo que “la discusión sobre las políticas de comunicación tiene que ser sacada del encuadre tecnológico al cual lo ha desterrado el discurso neoliberal. Es necesario encuadrarlas social y culturalmente, para poner en evidencia su carácter construido y, por lo tanto, posible de deconstruir”. Dentro de las cuatro etapas históricas que enumera, citando a Katz (2005), “como son la de la de la vieja estructura del broadcasting, la de los nuevos medios, la de los medios globales y de la era digital, (...) actualmente, nos encontramos entre la tercera y la cuarta etapa, marcadas por factores como desregulación, privatización, convergencia y competencia, que predominan en la discusión”. Pero lo cierto es que sin el reconocimiento de la necesidad de establecer medios que aseguren los fines sociales de la comunicación el tercer sector de la comunicación tiene escasas posibilidades de competir en el panorama mediático (Sáez, 2009:116).

La desconfianza en las políticas estatales de defensa del sector es creciente, y autores como Bustamante (2002), citado por Sáez plantean que “la multitud de experiencias culturales surgidas de la sociedad civil están presionando hacia una redefinición del concepto de servicio público y con ello están presionando hacia una redefinición de las políticas públicas en los distintos ámbitos culturales, incluyendo la comunicación, pero para que esta presión logre convertirse en hechos, se requiere de un movimiento reivindicativo que integre a los distintos sectores sociales, que plantee la primacía de la política sobre la economía, así como de la democracia sobre el mercado”. De igual manera sostiene que (...) “en este contexto el Estado debiera desarrollar una política cultural orientada hacia un equilibrio entre el sector público, el sector privado y el sector social, así como a la promoción del pluralismo dentro de cada sector”.

Por tanto, es totalmente necesario para los medios del tercer sector recuperar la conexión entre el sistema político y el sistema de los medios, lo que, por otra parte, para Sáez implica riesgos para las experiencias de comunicación alternativa: “por un lado, constituye una manera de legitimar un sistema legal que la mayoría de las veces afecta con su funcionamiento a los mismos sectores sociales que promueven la comunicación alternativa; por otro, presenta siempre el riesgo de “sobre-legalizar” dimensiones de la vida social que aún no han sido colonizadas por reglamentaciones y regulaciones. En este sentido, podría sostenerse que la opción de los medios de comunicación alternativa y sus miembros por participar del debate legislativo es más bien signo de la crisis

de representatividad y pluralidad del sistema de medios, ante la cual consideran necesario aportar desde su óptica particular para propiciar su transformación hacia un sistema más democrático y representativo: la situación actual sería lo suficientemente crítica como para correr el riesgo. Sin embargo, este acercamiento de los medios del tercer sector también podría considerarse como una oportunidad del Estado para reivindicar su 'mano izquierda', aquella más orientada hacia la consecución de fines prosociales" (Sáez, 2009:12).

Hay una importante corriente científica que defiende la existencia de una propuesta general de políticas sobre cómo debería funcionar el sistema de medios, que podría resumirse en lo que Keane (1991) y Thompson (1998) llaman "principio del organismo regulado" (una estructura del sistema de medios que permitiera la coexistencia de una pluralidad de organizaciones mediáticas independientes, bajo distintas formas de propiedad y control, que fueran independientes del poder del Estado pero que al mismo no quedaran al vaivén del mercado), para luego, desde ahí, referirse a las particularidades que debieran tener las políticas específicas para los medios del tercer sector. Sáez resume la postura de estos autores en la idea de que "si no existe un tercer sector de la comunicación, el sistema de medios completo pierde libertad, pierde pluralidad y pierde representatividad".

Cita a otros autores como Burch (2003) para afirmar que "la promoción de políticas que no sólo legitimarían la libertad para crear medios a los grupos organizados de la sociedad civil, sino que además abordarían las condiciones estructurales de funcionamiento del sistema de medios, impulsando leyes antimonopolio y políticas de fomento de la pluralidad". Sáez abre otros frentes de debate importantes en relación con los medios del tercer sector: por un lado, polemiza sobre la idea de propiedad, en relación a que apunta la posibilidad de crear sistemas mixtos se se constituyan como alternativa al sistema privado comercial y al público estatal, basándose en reflexiones de Sierra (2004a); por otro lado, entra en el viejo debate sobre las políticas relativas al reparto del espectro radioeléctrico, consciente de que la negativa histórica de las autoridades competentes a conceder licencias es una decisión fundamentalmente política. Y aunque este debate se está viendo relegado por los avances tecnológicos y la aparición de internet con sus casi ilimitadas posibilidades de difusión, "no se debería abandonar la reivindicación del espectro como un bien común, que puede utilizarse con fines privados en una o varias de sus franjas, pero que no debe ser privatizado ni vendido", lo que (...) "amplificaría las posibilidades de desarrollo no lucrativo del espectro" (Sáez, 2009:13). En este sentido, Meda (2009:61) recuerda que el espacio radioeléctrico no sólo es un bien público que, por tal denominación, pertenece a toda la ciudadanía, sino que reconoce al espectro radioeléctrico como patrimonio común de la humanidad, según la Unión Internacional de Telecomunicaciones (Tratado de Torremolinos, 1992) y

el artículo 33 del Convenio Internacional de Telecomunicaciones (con el ajuste alcanzado en Nairobi en 1982), por lo que debe utilizarse de forma racional, eficaz y económica.

Un ejemplo paradigmático es el caso español, que describe Mena, según la cual, “tras dos años con una legislación estatal vigente que en España reconoce y regula la existencia de los medios de comunicación libres y comunitarios (es decir, del tercer sector de la comunicación), ninguna administración autonómica ha concedido licencias a proyectos sin ánimo de lucro” (Meda, 2012:59). Y en este caso, no es por falta de normativa que facilite el acceso a los medios del tercer sector de la comunicación. Mena asegura que la Ley General de la Comunicación Audiovisual estatal por primera vez en la historia de la democracia española, se introduce en el texto de una norma de este calado el reconocimiento explícito de la existencia de los llamados medios comunitarios o medios de comunicación del tercer sector.

El debate sobre la defensa del tercer sector de la comunicación, en todo caso, sitúa a los medios que lo constituyen en una difícil posición, en la que las legislaciones se muestran débiles e incapaces de asumir la defensa del interés general en un escenario en que el mercado regula de facto los flujos de las comunicaciones.

7.3. Soberanía tecnológica

7.3.1. La apropiación de la tecnología por parte de los movimientos sociales en su acción comunicativa

7.3.1.1. La fantasía orwelliana en la era internet

El control de las comunicaciones ha constituido siempre una gran prioridad para los Estados, que mediante diferentes estrategias han intentado mantener una posición de privilegio sobre la ciudadanía, incluso en situaciones de libertad. La efectividad de ese control se ha garantizado, históricamente, mediante la regulación de acceso a las tecnologías de la comunicación.

Enzensberger (1974:15) habló a mediados de los 70 de un fenómeno que vino a llamar la “fantasía orwelliana”, idea con la que venía a concluir que “la visión espectral que George Orwell tenía de la industria monolítica es prueba de su comprensión adialéctica obsoleta de los medios”. Enzensberger intentaba con ello cuestionar la capacidad de los Estados de poner las políticas de regulación de las infraestructuras y sistema de comunicación, algo que ha sido pretendido históricamente. La censura, como elemento de control ha estado presente en la historia de la comunicación y ha evolucionado en formas y estrategias de la misma manera que los medios iban evolucionando. Primero la imprenta, después la radio, y sucesivamente el cine y la televisión, exigieron

normativas y estructuras de control adaptadas a los tiempos, capaces de controlar los usos políticos de dichas tecnologías.

El acceso a la propiedad de las infraestructuras y las tecnologías siempre ha constituido una amenaza para los poderes establecidos, incluso democráticos, que han tenido que reinventar sus formas de control sobre el acceso de los ciudadanos a los medios, en la medida que aparecían nuevas herramientas comunicativas.

En esta labor de control de las comunicaciones, los Estados tenían a su favor el factor del coste de las tecnologías, prohibitivas e inaccesibles para los ciudadanos, un factor que se unía al de su capacidad regulatoria, pudiendo limitar el uso de las tecnologías o los contenidos mediante normas.

Uno de los grandes problemas a los que han tenido que enfrentarse históricamente los movimientos sociales es la falta de autonomía sobre las redes de comunicación que posibilitan disponer de un canal efectivo de comunicación. En este sentido, autoras como Haché plantean una visión crítica del fenómeno al afirmar que “aún existe una escasez de tecnologías libres, a la vez que se cuestiona cómo podemos delegar con tanta facilidad nuestra identidad electrónica y su impacto en nuestras vidas cotidianas, a unas empresas multinacionales, multimillonarias” (Haché, 2015:12).

El control por parte de los aparatos de los Estados de los espectros radioeléctricos, en el caso de las emisiones mediante ondas, o los conglomerados mediáticos en el caso de la prensa escrita ha constituido durante décadas una forma de limitar el acceso al derecho a la información de los colectivos sociales. Todas estas formas de control, además, estaban ideadas para modelos de comunicación de masas unidireccionales, en las que el flujo emisor-receptor no podía ser alterado ni revertido en la práctica, de manera que los sujetos que intervenían en los procesos de comunicación jugaban papeles muy definidos.

La aparición de Internet como nuevo medio de comunicación rompió todas lógicas construidas hasta el momento en torno a los medios de comunicación, y destrozó el esquema básico de comunicación ideado por Roman Jakobson que hasta finales de los 80 se consideró como un dogma. La principal aportación que realizó Internet con su llegada fue la de posibilitar un modelo de comunicación de ida y vuelta, convirtiendo lo que hasta ahora era una vía de dirección única, en una vía de doble dirección. Ello posibilitó, correlativamente, la redefinición de los sujetos que intervenían en los procesos comunicativos, fundamentalmente la de convertirse en productor de contenidos.

Pero quizá, el mayor cambio social que ofreció fue el de poder apropiarse de la tecnología, algo impensable hasta la fecha, hecho que desde sus inicios fue entendido por el movimiento activista como la mayor de las aportaciones. La posibilidad que ofreció

internet de apropiarse de las nuevas tecnologías de la información, en el sentido de poder disponer de ellas para configurarlas y adaptarlas al servicios de sus intereses comunicativos, ha sido tratado de una forma muy marginal por la literatura científica, más preocupada de las formas, contenidos, estéticas y lenguajes, que de los usos políticos de la tecnología, a pesar de que, paradójicamente, el factor tecnológico siempre ha sido considerado como el elemento fundamental sobre el que se ha producido el cambio de paradigma comunicativo con el que se cerró el siglo XX.

En este escenario de revolución tecnológica, los movimientos sociales comprendieron que gran parte de sus aspiraciones históricas de convertirse en productores de contenidos pasaban por apropiarse de los medios de producción, y superar de paso, el discurso victimista que desde determinados sectores del pensamiento se repetían históricamente.

Es evidente, que el nuevo escenario mediático que trajo internet ha aportado grandes beneficios y posibilidades a los movimientos sociales, que han experimentado formas de comunicación anteriormente impensables, por razones de diversa índole, pero sobre todo por la falta de una tecnología adecuada que les permitiera realizar un modelo de comunicación propio. Internet ha permitido a los movimientos sociales la creación de espacios que en otro momento hubieran sido imposibles, y que han servido para sostener causas silenciadas en otras épocas, mediante el control de las tecnologías.

De ninguna manera esto quiere decir que Internet haya permitido un uso igualitario y equitativo de los medios. Quizá Enzensberger erró el cálculo cuando afirmó que “con la ayuda de la teoría de los sistemas (...) resulta posible demostrar que una red de comunicaciones o de distribución, tan pronto sobrepasa cierta magnitud crítica, ya no puede estar sujeta al poder centralizado, sino únicamente puede ser calculada de forma estadística” (Enzensberger, 1974:14).

El final del siglo XX, con la aparición de Internet, quizá trajo una nueva forma de censura basada en la vigilancia. Una vez que los ciudadanos tuvieron la posibilidad de dejar de ser meros receptores por las propias limitaciones (económicas y legales) que imponían el uso de la tecnología, y por tanto quemar libros (como pudo ser en su momento un mecanismo de control) o establecer limitaciones de acceso para el uso del espectro radioeléctrico, de una forma más avanzada, no podía mantener el orden de los flujos tradicionales ni contener el desbordamiento de los procesos comunicativos, los aparatos de control entendieron que debían afinar sus formas de censura.

Gran parte de las tácticas y las estrategias puestas en práctica por los movimientos sociales para evitar la censura y la vigilancia en Internet han contado con la posibilidad de la incapacidad del Estado de llegar a todos los rincones de Internet si no era de forma aleatoria, si bien es cierto que los aparatos de los Estados han sido capaces de demostrar que los límites de la vigilancia pueden estar en la ética, pero difícilmente en

la tecnología. No obstante, la regulación se ha vuelto un desafío para los Estados, ya que “los sitios de Internet se pueden ubicar en cualquier parte del mundo, lo que hace posible que las empresas y los particulares eviten cualquier conjunto de regulaciones estatales. Es cada vez más difícil conciliar la regulación estatal con la estructura descentralizada de la red informática” (Drezner, 2004:478).

No obstante, a pesar de que la propia configuración de Internet dificultó técnicamente el control de las tecnologías de la información, los gobiernos siguieron haciendo sus esfuerzos por restringir el uso de las tecnologías, especialmente mediante la capacidad legislativa de los Estados. De esta manera, en pleno huracán neoliberal, el Congreso de los Estados Unidos de América aprobó Telecommunications Act, reduciendo la capacidad de control de la Comisión Federal de Comunicaciones. Esta ley tendría un recorrido muy limitado, pero quizá, la contestación más importante que provocó fue la de John Perry Barlow (1996), uno de los fundadores de la Electronic Frontier Foundation (EFF), que presentó en Davos, el 8 de febrero de 1996 la Declaración de Independencia del Ciberespacio, al que denominó “nuevo hogar de la mente”.

En aquel manifiesto se puso de manifiesto muchos de los principios que inspiran la soberanía tecnológica. Barlow, años antes de la Batalla de Seattle, pero inspirado por las primitivas prácticas de usos insurgentes de internet procedentes de los movimientos sociales que luchaban por otro orden global, se dirigió a los gobiernos del mundo industrial haciéndoles saber que “estamos creando un mundo (refiriéndose al ciberespacio) en el que todos pueden entrar, sin privilegios o prejuicios debidos a la raza, el poder económico, la fuerza militar, o el lugar de nacimiento (...) donde cualquiera, en cualquier sitio, puede expresar sus creencias, sin importar lo singulares que sean, sin miedo a ser coaccionado al silencio o al conformismo y que no está constituida por materia, sino por identidades que no tienen cuerpo y que por tanto no pueden obtener orden por coacción física” (Barlow, 1996).

Probablemente la declaración fuera más poética que política, en un contexto que estaba todavía por desarrollar, lo que ha provocado la crítica de muchos autores. No obstante, otros como Tascón y Quintana, resaltando algunas de las frases de dicha Declaración, afirman “que contiene claves tan actuales que el discurso puede calificarse de premonitorio en muchos de sus puntos: ‘No tenéis ninguno derecho moral a gobernarnos [...]’; ‘No nos conocéis ni conocéis nuestro mundo’; ‘Os atemorizan vuestros propios hijos, ya que ellos son nativos en un mundo donde vosotros siempre seréis inmigrantes. Como les teméis, encomendáis a vuestra burocracia las responsabilidades paternas a las que cobardemente no podéis enfrentaros’” (Tascón y Quintana, 2012:18).

A pesar de las críticas, Barlow visibiliza en su Declaración una serie de elementos que permiten concebir el ciberespacio como un territorio virtual (*nuestro mundo está en todas partes y en ninguna parte*) en el que cultivar todos los valores abandonados por los Estados y las políticas de la globalización: acciones colectivas frente a fronteras, ética frente a imposiciones, contrato social frente a control, igualdad frente a privilegios.

Desde el mundo activista se ha intentado llenar el vacío que de alguna manera ha dejado la literatura científica con respecto al tema de la soberanía tecnológica, contribuyendo a crear todo un catálogo de prácticas resistentes. Haché y Franco consideran que “la sociedad civil no se ha limitado nunca al uso pasivo de herramientas tecnológicas desarrolladas por otros (es decir, dos hombres blancos y ricos llamados Bill Gates y Steve Jobs, por ejemplo), sino que siempre ha contribuido al diseño y desarrollo de sus propias herramientas tecnopolíticas fomentando así su propia “soberanía tecnológica”: desde radios y televisiones comunitarias, el lanzamiento en órbita del primer satélite no militar, la invención del software libre y las licencias libres hasta el primer portal de noticias con sistema de publicación abierta y anónima, habilitado por la red Indymedia en 1999” (Haché y Franco, 2011). La emancipación tecnológica no es simplemente accesibilidad, sino que exige un uso político. Como señala Toni Negri en una entrevista que le hace Pennisi (2012), “la emancipación es práctica política efectiva de resistencia y creación cooperativa. No podemos entenderla en un sentido iluminista ni escatológico”.

Francisco Sierra, en los inicios de la sociedad red, y con la experiencia de fondo de la incipiente sociedad informacional, que ya había experimentado sus primeros éxitos en Chiapas, plantea un debate sobre las relaciones entre comunicación y democracia, que si bien no es nuevo, se verá condicionado en lo sucesivo por el uso de Internet, afirmando que “el estudio de las relaciones entre Comunicación y Democracia es un problema complejo, paradójico e insoluble. Más que un binomio para la integración se plantea, convencionalmente, como un sistema abierto a la contradicción terminológica entre ambos términos. La democracia se *adjetiva* mientras que la comunicación se *sustantiviza*”, de manera que (...) “la comunicación remite a lo democrático y la democracia aspira a calificar la comunicación”. Así, cuando hablamos de sociedad del conocimiento, recrimina el uso incompleto de la palabra información, “negando el poder negativo de la neguentropía para subsumir la palabra información en la acepción *informarse de*, pero nunca como *dar forma a*”. Como solución, Sierra plantea el uso de la técnica, “por la que evitamos la exposición al azar, y producimos en un ámbito en el que todo es previsible, (...) una técnica de la que el capitalismo nos ha ido despojando, dado que todo poder consiste en reservarse el azar y atribuir la norma, de manera que, siendo enteramente libre estamos enteramente sometidos al poder” (Sierra, 1999a:2).

Sierra (1999a) habla de cuatro tópicos en la relación entre comunicación y democracia, que es necesario desmitificar, que resumo a continuación:

- En primer lugar, las teorías de la comunicación son hoy en día uno de los primeros obstáculos para avanzar en el problema de la democratización de la comunicación, “ya que (...) por lo general, su orientación del objeto de estudio sigue anclada en un ‘modelo de recepción’, por la obsesión descriptiva de las formas de consumo y cultura popular, validando la ideología conservadora de la posmodernidad a través de una apología encubierta de la cultura de masas”. Denuncia una perspectiva mediocéntrica determinante que orienta el estudio de la comunicación como un campo acotado el fenómeno de las industrias culturales, si bien admite que el culturalismo ha sido la perspectiva más productiva en el estudio de la comunicación, “pues ha sido capaz de vincular el estudio de la cultura de masas en el marco general de la producción y reproducción cultural y simbólica enlazando las investigaciones sobre los efectos con el problema del consumo y, en última instancia, del cambio social”.
- En segundo lugar, “el nivel técnico es el espacio de convergencia en el que la discusión sobre la democracia en la sociedad del conocimiento concatena todos sus discursos y análisis en torno al futuro desarrollo de los modernos sistemas y tecnológicos de la información”. Así (...) “la razón instrumental de lo tecnológico establece el marco cerrado de discusión pública respecto a las necesidades de democracia”, y (...) “el contenido de toda revolución social queda subsumido así por el poder movilizador de la técnica. El tópico se traduce, entonces, en el hecho de que la mistificación tecnológica de este final de milenio pretende agotar, en consecuencia, el sentido y referencia de lo social en la función instrumentalizada de las nuevas tecnologías de la información, al margen de las relaciones sociales que subyacen a su producción, uso y circulación comercial”.
- En tercer lugar, “la nueva visión mercantilista que remite a lo social y lo comunicativo como espacios de producción ha favorecido un modelo de desarrollo económico dominado por las industrias culturales y el monopolio y oligopolio cultural en torno al capital financiero”. La concentración de poder de los grandes medios condena el pluralismo semiótico y la convierte en un objeto de consumo. Así, (...) “la naturaleza del libre mercado que convoca voluntades y moviliza adhesiones en la configuración de la nueva hegemonía transnacional se reduce a la lógica monopolizadora que determinan los conglomerados multimedia. Lo que conocemos hoy como mercado tiende por su propia lógica interna al oligopolio y monopolio informativo”.

- Por último, en un mundo definido por una economía postindustrial y una sociedad postmoderna, “la imagen deseada y difundida de una economía de la información basada en la igualdad y la libertad del pensamiento, la comunicación y el conocimiento es una proyección discursiva del metarrelato de la globalización que se fundamenta en el modelo tópico de la sociedad red”. El tópico reside en identificar (...) “la fuerza de lo tecnológico y el poder de las tecnologías del espíritu a ella asociadas como el eje estructurante de lo que se entiende es un nuevo orden social”. Sin embargo, Sierra describe otra realidad, mediante la cual “la interconectividad hombre-máquina constituye meramente un nuevo argumento del único futuro deseable que se puede pensar, obviando, por supuesto, el papel represivo y de control que desempeñan las máquinas administrativas y sociales extendidas en las nuevas redes”.

7.3.1.2. Neutralidad de la red y brecha digital

El desarrollo de Internet, como ha quedado expuesto, ha supuesto un elemento crucial en el proceso de cambio de los movimientos sociales en los años previos y posteriores al cambio de siglo. Pero las grandes ventajas han venido acompañadas de enormes amenazas, que ponen en jaque la soberanía tecnológica en el uso de Internet, principalmente por los intentos de no respetar la neutralidad de la red, una idea que los movimientos sociales mantienen irremediabilmente conectada a la de democracia.

Fue Tim Wu (2002), profesor de derecho de la Universidad de Columbia, el primero en proponer este concepto en el año 2003 en su artículo ‘A proposal for network neutrality’, en el que identificó un peligro: el de que “las compañías proveedoras de servicios podían restringir el uso de la banda ancha en formas que distorsionan el mercado de aplicaciones de Internet, equipos de redes domésticas y otros mercados de valor público”.

Esta práctica de los proveedores de servicios, se configura como la principal herramienta de censura tecnológica, con el agravante de que su aplicación la realizan empresas del sector privado, y no entes públicos, lo que en cualquier caso, cuestiona la posibilidad de aplicar criterios de interés general en cualquier limitación de acceso o uso de la red. Internet, que había abierto un mundo de posibilidades comunicativas con usos sociales, se enfrentaba al control y la vigilancia a través de los proveedores de servicios, que son los que tenían la infraestructura y la tecnología en sus manos y podían decidir el uso que le daban.

Tim Wu planteó en su respuesta que el principio de neutralidad entre redes debería funcionar como una regla de no discriminación, entendiendo discriminación en este contexto como “tratar el tráfico de red de forma diferente en base a ciertas características”.

En este contexto, la preocupación de los movimientos sociales ha sido máxima, entendiéndose que las compañías proveedoras de servicios, prácticamente las únicas capaces de desarrollar y distribuir la tecnología necesaria para el tráfico en la red, se hacen con el poder absoluto de la infraestructura, lo que les permite controlar el acceso a las comunicaciones y de vigilar sus contenidos.

Monterde, Rodríguez y Peña-López (2013:11) y su grupo de investigación de Comunicación y Sociedad Civil aportan algunas nociones sobre neutralidad de la red desde una perspectiva de los movimientos sociales, poniendo de manifiesto que “la red es una infraestructura que transporta datos codificados y que no distingue contenidos; la noción de neutralidad de la red implica entonces que todos los bits valgan lo mismo, independientemente de los datos que contengan, de donde provengan y de cuál sea su destino. La neutralidad de la red implica que por un lado se asegure de forma universal un acceso a banda ancha a la red, y que por otro lado dicho acceso sea incondicional y no esté subyugado por los contenidos. La noción de neutralidad de la red, por lo tanto, identifica tanto una problemática de tipo tecnológico –el acceso-, como una de tipo político –los contenidos”.

Por su parte, Cullell-March identifica tres factores que motivan el debate sobre la neutralidad de la red: “(1) El incremento de tráfico, teniendo como causa principal el consumo privado, que se manifiesta en una mayor demanda de videos. (2) La capacidad de los proveedores de servicios para interferir y controlar cualquier dato que circula a través de la Red gracias a la evolución tecnológica (...) que permite a estos proveedores (...) rastrear y analizar el contenido que circula y determinar si un paquete de información debe ser bloqueado –por ejemplo, si estuviéramos ante conductas delictivas-, retrasado o priorizado aplicando mecanismos de ralentización de tráfico. (3) Procesos de integración vertical, es decir, la posibilidad de los proveedores de servicios de comercializar aplicaciones o servicios empaquetados, que pueden generar eventuales riesgos para la libre competencia en el mercado de las comunicaciones electrónicas” (Cullell-March, 2012:78).

En este escenario, para terminar de enmarcar el problema, existen diferentes posiciones que Wu (2002) resume en dos: Los aperturistas y los desregulacionistas. Monterde, Rodríguez y Peña-López exploran ambas posturas, poniendo de manifiesto que “los primeros consideran que la red es un bien común, y que es necesario que existan políticas destinadas a preservar una red neutral. Quienes defienden dicha posición consideran que la red es por encima de todo una infraestructura con un valor de uso, que no tiene que existir ningún tipo de discriminación en su utilización, y que tiene que conservarse el principio end-2-end sobre el que se construyó Internet. Tiene que mantenerse la arquitectura distribuida de la red, puesto que la innovación se produce justamente en los márgenes de esta, y en la relación entre los múltiples nodos. Para todo

ello tienen que desarrollarse políticas activas que vayan destinadas a preservar y expandir la red como un bien común. Los desregulacionistas, por otro lado, consideran la red como un servicio, es decir, en términos de valor de cambio. Consideran que la red tiene que estructurarse alrededor del principio de la propiedad privada, puesto que el mercado asigna por sí sólo los recursos de forma racional y equitativa. Piensan también que debido a que los costes de la infraestructura son elevados, son necesarios incentivos económicos sin los cuales el desarrollo no sería posible. Finalmente esta posición defiende la no-intervención de los organismos públicos, a menos que sea para defender los intereses de los grandes propietarios que se lucran de la red” (Monterde, Rodríguez y Peña López, 2013:12).

El debate no fue ajeno a las prácticas sociales. A medida que la red fue creciendo, la fueron poblando grupos y movimientos sociales que fueron configurando un modelo de ciberespacio adaptado a sus inquietudes, defendiéndolo como un bien colectivo y reivindicando su apropiación. Candón considera que “contrariamente a la visión neutra de la tecnología, el desarrollo técnico es inseparable del acontecer histórico de una sociedad. La revolución industrial hizo evidente las consecuencias sociales de un desarrollo técnico que minó las bases de la sociedad (aunque hay que subrayar que el propio desarrollo tecnológico es fruto de la sociedad en la que surge). Más directamente relacionado con el tema que nos ocupa, resulta ilustrativo recordar el papel de la imprenta en el desarrollo y difusión de ideas políticas particulares, como el protestantismo, pero sobre todo de conceptos políticos como el de la libertad de expresión que hoy son fundamento de cualquier concepción moderna del sistema democrático” (Candón, 2012a:75).

De esta manera, Toret y otros afirman que los “procesos sociales en red generaron opiniones y prácticas críticas cada vez más masivas, alrededor de temas como el intercambio gratuito de archivos, la libertad en internet o los llamados derechos de autor. El proceso de aprendizaje colectivo transformó el uso ocioso de la red en un uso explícitamente político de la misma. Los usuarios de internet pasaron de compartir archivos musicales, archivos audiovisuales y programas informáticos a compartir información crítica, convocatorias y estrategias de intervención política o reflexiones sobre la situación económica y social. Ésta es la generación que se ha formado y educado en internet, que lo ha experimentado como lugar de socialización, información y ocio, que ha desarrollado ciertos valores comunes y posiciones críticas inspiradas en los valores de la red: libertad de información, importancia de compartir, sentido crítico. Al mismo tiempo, esa generación digital se ha forjado en las batallas comunicativas y de producción distribuida de información, así como en las campañas contra los enemigos de la libertad en la red” (Toret y otros, 2013:35).

Candón hace un recorrido por lo que denomina “las tres etapas de la soberanía tecnológica”, en el que documenta “los movimientos contra los ataques al principio de neutralidad de la red por parte de operadoras de telecomunicaciones que pretenden primar el acceso a sus propios contenidos, contra las leyes restrictivas de la propiedad intelectual que pretenden establecer mecanismos de censura amparándose en un concepto trasnochado de los derechos de autor, contra sistemas de vigilancia por parte de empresas y gobiernos que no respetan la privacidad y que crean perfiles de usuarios mediante la minería de datos con fines publicitarios o de control social”. De forma paralela, este autor destaca “otros movimientos luchan contra la brecha digital y defienden la consideración del acceso a la red como un nuevo derecho ciudadano, como la APC, y/o promueven experiencias de redes libres y gratuitas como Madrid Wireless, Guifi.net o Red Libre, y velan por la gestión democrática, pública y transparente de la Red, defendiendo la independencia de las instituciones que deben guiar el desarrollo de la misma, el establecimiento de estándares tecnológicos o el diseño de la arquitectura de las redes como la Free Protocols Foundation (FPF), OpenCores, The League for Programming Freedom e incluso instituciones que formarían parte del gobierno de la Red como la W3C o la Internet Engineering Task Force (IETF)” (Candón, 2012a:77 y ss).

En este sentido, es importante destacar como lo hacen algunos autores, la importancia de la brecha digital como amenaza a la emancipación tecnológica de los ciudadanos. Así, “el acceso a la red puede encontrarse limitado de forma directa por parte de gobiernos y multinacionales, pero también por la llamada brecha digital. La brecha digital es la grieta que se abre entre quienes tienen un acceso y uso pleno de la red y lo que no lo tienen, y está considerada una de las formas de desigualdad más importantes del presente y de los años venideros” (Monterde, Rodríguez y Peña-López, 2013:11). La idea de brecha digital, determinada por múltiples factores y variables, provoca, según estos autores, que “la red tenga un efecto multiplicador -o divisor- de las distintas formas de desigualdad”. Aquí cobra especial importancia la idea de “ciudadanía digital”, que Monterde y otros (2013:15) recuperan a partir de las aportaciones de Mossberger, Tolbert y McNeal (2008), para hacer referencia a “la centralidad de la red y de las nuevas tecnologías en el acceso pleno a la ciudadanía”, concluyendo en este sentido que “Internet es fundamental para la participación plena en la sociedad-red, a nivel económico, político y social”.

Pero el debate no está solo en la infraestructura. Veinte años después de que creara la World Wide Web y revoluciona el mundo de las comunicaciones por Internet, Tim Berners-Lee publicó un artículo titulado *Long Live the Web* en el que consideraba que universalidad y descentralización deben ser considerados dos principios fundamentales para asegurar que la web sea cada vez más valiosa. “Universalidad, para garantizar que la gente sea capaz de poner cualquier cosa en la Web, no importa qué computadora tengan, el software que utilicen o el lenguaje humano que hablen y sin importar

si tienen una conexión a Internet por cable o inalámbrica. Descentralización para no tener que obtener la aprobación de ninguna autoridad central para agregar una página o hacer un enlace” (Berners-Lee, 2010:82).

La amenaza a la neutralidad de la red esconde muchas formas. El ejercicio del control de acceso a las tecnologías de difusión que históricamente se realizaba mediante la regulación del espectro por parte de los Estados, hoy exige formas avanzadas de inteligencia. Tascón y Quintana han denunciado las prácticas de “gobiernos y autoridades de todo el mundo, incluyendo los ‘democráticos’ que no han renunciado a fiscalizar la libre circulación de mensajes en la red, citando entre otras (...) el virus troyano, empleado por los Gobiernos alemán, suizo, austriaco y de Países Bajos; la propuesta de un parlamentario británico de suspender el servicio de mensajería instantánea de BlackBerry a raíz de los disturbios de Londres; los planes del Pentágono y la policía de Nueva York para rastrear las conversaciones en redes sociales o las maniobras de autoridades españolas ante las movilizaciones del 15M impidiendo la cobertura periodística”. Destacan también los métodos *técnicos* de los países totalitarios para impedir accesos sin restricciones a la red y a la información que por ella circula como “el bloqueo de DNS, corte de los ISP, los cortafuegos o bloqueo del servicio de BGP” (Tascón y Quintana, 2012:65).

Pero el control no sólo se da mediante la realización de acciones concretas que de una u otra manera podrían ser consideradas contrainsurgentes, sino que en palabras de estos autores, “hay otros aspectos relacionados con la neutralidad de la Red, en los que la libertad de acceso está en entredicho”, entre las que destacan (...) “la gestión por parte de las operadoras del tráfico de su red, los intentos fallidos de instaurar en redes fijas tarifas de acceso por volumen de tráfico (metered broadband) o la igualdad de acceso en redes móviles”.

7.3.2. Democratización de las tecnologías y soberanía tecnológica

La defensa que hacemos en este trabajo de la idea de apropiación de la tecnología por los movimientos sociales, o de emancipación o soberanía tecnológica, no tiene que ver que con la visión de someter las máquinas, sino con la capacidad que han desarrollado los movimientos sociales de generar usos sociales y culturales de la tecnología, y ponerlo al servicio de la causa activista.

Candón aborda un concepto fundamental como es el de ‘soberanía tecnológica’, considerando que “es un debate que al fin y al cabo versa sobre el poder”, confrontándolo con los conceptos clásicos de soberanía (nacional y popular, conceptos que considera cuestionados, por los procesos de globalización y por la deriva autoritaria de las democracias liberales), y estableciendo paralelismos con concepto de soberanía alimentaria, “enarbolado por movimientos ecologistas, indigenistas o campesinos, considerando

que bebe de las mismas fuentes y lo relacionan con el derecho a decidir y a disponer de los medios necesarios para ello” (Candón, 2012a:74).

En el fondo de la cuestión hay algo más que un debate sobre la propiedad de los recursos; la amenaza de las políticas neoliberales de privatizar todos los entornos protegidos socialmente, entre ellas el conocimiento y la cultura, promueve una serie de mecanismos de defensa sobre los bienes y derechos que se consideran inalienables. En este sentido, para Candón, “la soberanía tecnológica no puede considerarse un concepto aislado. Las iniciativas sociales en pro de la soberanía tecnológica responden a un desafío general de apropiación privada de bienes comunes sobre el que el movimiento ecologista y campesino o los movimientos sociales de los países empobrecidos trabajan desde hace tiempo. El protagonismo de las TIC en la llamada sociedad de la información subraya la pertinencia de incluir los derechos digitales en el acervo reivindicativo de los movimientos sociales, máxime cuando se ponen en evidencia las implicaciones políticas de unas tecnologías que por su carácter comunicativo afectan directamente a los procesos sociales y políticos” (Candón, 2012a:76).

Junto a a otros autores relaciona el concepto de soberanía alimentaria con el de soberanía tecnológica, en la medida que “promueve a su vez el derecho al acceso y el control sobre los recursos e incluye la dimensión social de fomentar la autonomía y la cooperación y (...) plantea un marco para la gobernanza democrática de las políticas que atañen al desarrollo de la TIC”. Candón defiende que lo que está en juego es el rumbo de la revolución tecnológica en curso, así como que, desde la perspectiva de los movimientos sociales, “la soberanía tecnológica promueve la apropiación social de la tecnología, la gestión y el cultivo democrático de las tierras comunales digitales en pro de un desarrollo local que atienda a las necesidades sociales y garantice la seguridad, el control y la autonomía de los usuarios en un entorno de solidaridad y libertad” (Candón, 2012a:90).

Alex Haché profundiza en el paralelismo entre soberanía tecnológica y alimentaria, recurriendo a la definición de la FAO, adoptada en 2007: “La soberanía alimentaria es el derecho de los pueblos a alimentos nutritivos y culturalmente adecuados, accesibles, producidos de forma sostenible y ecológica, y su derecho a decidir su propio sistema alimentario y productivo. Esto pone a aquellos que producen, distribuyen y consumen alimentos en el corazón de los sistemas y políticas alimentarias, por encima de las exigencias de los mercados y de las empresas. Defiende los intereses de, e incluye a, las futuras generaciones. Nos ofrece una estrategia para resistir y dismantlar el comercio libre y corporativo y el régimen alimentario actual, y para encauzar los sistemas alimentarios, agrícolas, pastoriles y de pesca para que pasen a estar gestionados por los productores y productoras locales. La soberanía alimentaria da prioridad a las economías locales y a los mercados locales y nacionales, y otorga el poder a los campesinos y a la agricultura familiar, la pesca artesanal y el pastoreo tradicional, y coloca la

producción alimentaria, la distribución y el consumo sobre la base de la sostenibilidad medioambiental, social y económica. La soberanía alimentaria promueve el comercio transparente, que garantiza ingresos dignos para todos los pueblos, y los derechos de los consumidores para controlar su propia alimentación y nutrición. Garantiza que los derechos de acceso y a la gestión de nuestra tierra, de nuestros territorios, nuestras aguas, nuestras semillas, nuestro ganado y la biodiversidad, estén en manos de aquellos que producimos los alimentos. La soberanía alimentaria supone nuevas relaciones sociales libres de opresión y desigualdades entre los hombres y mujeres, pueblos, grupos raciales, clases sociales y generaciones". Para Haché, "bastaría con cambiar 'alimentaria' por 'tecnológica' y 'agricultores y campesinos' por 'desarrolladores de tecnologías'", para lograr una definición de soberanía tecnológica con un sentido de la transformación social a la que aspiran los movimientos sociales (Haché, 2015:13).

Para Haché los usos tácticos de la TICs han servido a la sociedad civil para "contrarrestar ciertas contingencias propias de los movimientos sociales como la paradoja de la acción colectiva, las estructuras de oportunidades políticas desfavorables o la escasa movilización de recursos", si bien (...) "nunca se ha limitado al uso pasivo de herramientas tecnológicas desarrolladas por otros", contribuyendo (...) "al diseño de sus propias herramientas, fomentando así su propia soberanía tecnológica: Radios y televisiones comunitarias, primer portal de publicación abierta y anónima, liberación de la criptografía, invención del software y las licencias libres, etc".

No obstante, esta pretendida soberanía es un proceso de conquista que los movimientos sociales no siempre han sido capaces de abordar correctamente. Para Benkler, lo que diferencia la economía de la información en red de otros momentos económicos anteriores es que "el capital físico requerido para la producción está ampliamente distribuido por toda la sociedad. Los ordenadores personales y las conexiones a Internet son ubicuos. Ello no implica que no puedan ser usados al servicio de los mercados, o que los individuos cesen en su búsqueda de oportunidades de mercado. Lo que sí que implica es que en el momento en que alguien, en alguna parte, entre los miles de millones de seres humanos que están conectados, y en última instancia entre todos aquellos que lo estarán, desee realizar algo que requiera creatividad humana, un ordenador y una conexión de red, él o ella podrá hacerlo, solo o en cooperación con otros. Esa persona dispone ya del capital necesario para hacerlo, si no solo, entonces al menos en cooperación con otros individuos que actúen por razones complementarias. El resultado es que ahora hay gran cantidad de cosas valiosas que los individuos pueden realizar interactuando socialmente con los demás, como seres humanos y sociales, más que como actores mercantiles mediante el sistema de precios" (Benkler, 2015:40).

7.3.3. El valor de la comunidad. Construcción colaborativa del conocimiento

Los movimientos sociales modelados por la antiglobalización y la indignación han visto evolucionar sus prácticas comunicativas en un escenario contradictorio ya descrito a lo largo de este trabajo. Configurados como sociedad líquida en la que el individualismo es la piedra angular del modelo social, desarrollan sin embargo un sentido de la colectividad, sin necesidad de coordinar jerárquicamente sus prácticas activistas, ni estar sometidos a siglas o compartir identidades. Esto nos permite percibir nuevas formas de entender el sentido de la participación y la comunidad.

Las nuevas formas de relación social basado en el proceso de autocomunicación de masas y el “nosotros, los medios” provocan una “nueva esfera comunicacional donde el contenido compartido conecta y articula el movimiento” (Gutiérrez 2014:413). Estas nuevas formas influenciadas por una nueva comunidad mediática, que en gran medida se identifica con la figura del prosumidor, a la que me referí en un apartado anterior. Estos públicos, según asumen las implicaciones “fandom”, en referencia “a un espacio o vínculo comunitario con el que sus miembros sienten un determinado grado de compromiso y lealtad”. Este vínculo comunitario participa (...) “de la intersección de tres tendencias: (1) nuevas herramientas y tecnologías que permiten a los públicos conseguir, apropiarse y hacer circular contenidos mediáticos; (2) un rango de subculturas que promueven la producción mediática del tipo ‘hazlo tú mismo’ (Do-It-Yourself ó DIY); y (3) tendencias económicas que estimulan el flujo de imágenes, ideas y narrativas a través de múltiples canales mediáticos, demandando y favoreciendo formas cada vez más activas para la condición de público” (Lara, 2014:201).

Lara actualiza los análisis de Jenkins para llegar a la conclusión de que el fenómeno fandom involucra al menos cinco niveles de actividad. Sin entrar en detalle, destacaré algunos de los elementos que caracterizan la lógica fandom; dejando al margen el mundo de las composiciones estéticas y las prácticas creativas que lo acompañan, en lo que a este estudio respecta interesa el aspecto de que “las comunidades fandom son espacios de creación de fuertes vínculos y de estrechos paralelismos e intersecciones entre la vida de sus miembros y los contenidos de los productos mediáticos que siguen”, situando esta experiencia (...) “en el marco de un verdadero trabajo afectivo”. Desde esta mirada, Lara asume que “la base de la naturaleza afectiva del trabajo fandom reside en su cualidad de continua producción de familiaridad a partir del tejido de redes familiares, es decir, la composición de un grupo de personas con una condición común que determina la formación de la comunidad fandom de la que se participa”, lo que constituye (...) “una reterritorialización de lo artístico en lo político”, y desde la que (...) “podemos interpretar los universos fandom como una base interesante para el desarrollo de lógicas de activismo”. Lara profundiza en esta cuestión afirmando que “el poder del software libre y de la cultura libre sería imposible sin entender el concepto

de comunidad en base a la cual se desarrolla. Los logros y los éxitos tecnológicos carecerían de sentido sin el contexto humanizador que han pretendido proyectar en sus construcciones”.

Como se verá en el epígrafe dedicado al software libre, este es un concepto político, que va más allá de la mera tecnología, basado en un modelo de construcción colaborativo, que se produce en comunidades de desarrolladores. Software libre y comunidad son dos conceptos inseparables en sus fundamentos, a pesar de que el software libre pueda tener dimensiones comerciales. La producción de un bien común, en permanente estado de desarrollo, sin ser sometido a una propiedad cerrada, ha contribuido a fomentar la idea del “procomún” como una filosofía de trabajo en el mundo de los movimientos sociales, que establecen paralelismos con el “commons” inglés en la medida que este representa la idea de “terrenos o bienes comunales”. Lafuente, en esta línea, defiende que “lo que aquí nos interesa es subrayar cómo hemos ido apartándonos de la noción de propiedad para adentrarnos en la de comunidad. Y es que es imposible evitar lo que es obvio: el procomún, los bienes comunes —los ‘commons’, en inglés— sostienen y son sostenidos por colectivos humanos. Y, así, salimos de la economía y nos metemos en la antropología. De la ética de los valores hemos de transitar a la de las capacidades si queremos entender cómo es la dinámica de producción del procomún, pues un bien común no es más que una estrategia exitosa de construcción de capacidades para un colectivo humano” (Lafuente, 2007:16).

El sentido de comunidad se adapta perfectamente al formato de redes distribuidas y se muestra incompatible con cualquier modelo de estructuras verticales. En este sentido, Benkler habla de “producción entre iguales basada en el procomún” afirmando que “los proyectos de software libre no dependen de mercados o jerarquías directivas para organizar la producción”, y constituyen el escenario perfecto para desarrollar la filosofía del procomún: “el software libre permite vislumbrar un desafío más básico y radical, pues sugiere que el entorno en red posibilita una nueva modalidad de organización productiva: radicalmente descentralizada, cooperativa y no privativa; basada en recursos y productos compartidos entre individuos extensamente distribuidos y difusamente conectados que cooperan sin depender de directrices mercantiles o de órdenes jerárquicas” (Benkler, 2015:98).

La idea de comunidad adquiere su mayor sentido en el contexto de apropiación de las tecnologías. Este fenómeno no se desarrolla por individuos aislados, sino que adquiere sentido desde una perspectiva comunitaria. Siguiendo a Candón en el paralelismo que establece entre soberanía alimentaria y soberanía tecnológica, “podemos también hablar del fomento del desarrollo endógeno y la capacidad de producir conocimientos y tecnologías localmente, adaptados a las necesidades de las comunidades locales”. Este autor afirma que “existe una tecnodiversidad similar a la idea de biodiversidad en el

mundo natural” (Candón, 2012a:90). La apropiación y reutilización de los conocimientos y usos insurgentes de las tecnologías da lugar a la práctica del crowdsourcing, que según Blanke (2014:53) “tiene el objetivo de conectar especialistas, gente dispersas en la que podemos confiar para encontrar las mejores cosas”, de manera que (...) “mediante el crowdsourcing conectamos cerebros, no computadoras”.

Mediante esta forma de trabajar, a comunidad ha desarrollado una enorme capacidad de generar servicios construidos mediante una multitud inteligente de personas, que no necesitan conocerse físicamente, solo compartir valores y objetivos. Valga de ejemplo una aplicación como Ushahidi¹⁶, una plataforma de respuesta de código abierto, que emplea la información de multitudes dispersas para la respuesta de emergencias. Durante los primeros momentos del terremoto en Haití, Ushahidi ayudó a conectar voluntarios en el terreno con expertos remotos en unidades centralizadas de respuesta a emergencias mediante el uso de la tecnología móvil, gracias a esta aplicación que adquiere sentido solo desde una perspectiva comunitaria. Para Blanke, este tipo de aplicaciones “dependen del hecho de que la multitud está incrustada en el mundo real y se pueda contactar en cualquier lugar”, y se han hecho posibles en la medida que (...) “el ecosistema de los medios móviles ha permitido que el contenido digital se envíe sin problemas entre dispositivos digitales”.

Pero una herramienta como Ushahidi, por ejemplo, puede servir para cualquier situación en la que la información colectiva sea fundamental, ya que “moderniza el circuito habitual de gestión de la información, el cual normalmente está en manos de los medios tradicionales, sobre todo de los periodistas del aparato de propaganda del Gobierno”, ya que “la potencialidad de la herramienta es doble: donde la información es poder y, por tanto, el que la posee tiene el poder, Ushahidi es un medio donde se ofrece el poder a las masas, compartido, por tanto, con la población. Pero, por otro lado, Ushahidi se convierte en un medio de organización social y punto de encuentro donde todos los que proporcionan información e incluso la gente que la utiliza, incluso la que nunca tendrá la oportunidad de conocerse en persona, pueden trabajar juntos en la consecución de un objetivo común” (Espiritusanto, 2011:100).

En cualquier caso, el crowdsourcing no es una práctica artificial; la colaboración en sí misma es “un rasgo definitorio de la acción y la cultura humanas”, si bien “a partir de los años noventa, las redes altamente distribuidas que permiten vínculos entre personas, sistemas, lugares y recursos de información que ofrece Internet han abierto nuevas posibilidades para la colaboración, especialmente para proyectos con metas específicas que podrían beneficiarse de muchas pequeñas contribuciones de cientos o in-

¹⁶ <https://www.ushahidi.com/>

cluso miles de participantes” (Lievrouw, 2011:179). En definitiva, mucha gente construyendo sobre el mismo proyecto, aunque sea con aportaciones minúsculas, consigue desarrollar grandes objetivos, a veces inalcanzables desde una estructura industrial.

7.3.4. Las aportaciones de la cultura hacker

El debate sobre la neutralidad de la red se trasladó en la práctica al movimiento defensor de la cultura hacker, inspirada en “los movimientos de la cultura de la libertad individual que se gestó en los campus universitarios en los años sesenta y setenta utilizó la conexión informática en red para sus propios fines, en la mayor parte de los casos, buscando la innovación tecnológica por el puro placer de descubrir” (Castells, 2001a:38).

Tascón y Quintana describen cómo “Internet, creado por un grupo de expertos, denominados entre ellos hackers, defensores de los valores de la distribución del conocimiento científico —abierto, compartido, revisable y jerarquizado por meritocracia— y de la contracultura”. La red Arpanet, el embrión del actual Internet se creó “para compartir, cooperar y crear conocimiento de manera colaborativa a partir del libre acceso a la información” (Tascón y Quintana, 2012:19).

Encontrar una definición para la cultura hacker es complicado. Podemos profundizar en sus valores y características, pero la cultura hacker no es algo inamovible, con límites determinados y prácticas invariables, estando influida por los contextos sociales. En todo caso, como pretendió dibujar Castells es, en esencia, una cultura de convergencia entre los humanos y sus máquinas en un proceso de interacción sin trabas. Es una cultura de creatividad tecnológica basada en la libertad, la cooperación, la reciprocidad y la informalidad (Castells, 2001:66).

Estos autores, citando a Levy (2010) resumen los preceptos que resumen la ética hacker, a pesar de que no existe un manifiesto ni una declaración: “(1) El acceso a los ordenadores y cualquier cosa que pueda enseñarte algo sobre la manera que funciona el mundo debería ser ilimitado y total; (2) Toda la información debe ser libre; (3) Desconfía de la autoridad; (4) Promueve la descentralización; (5) El hacker debe ser juzgado por su hacking, no por criterios falsos como la titulación, la edad, la raza o la posición; (6) Puedes crear arte y belleza con un ordenador; (7) Los ordenadores pueden cambiar tu vida para mejor; (8) Como con la lámpara de Aladino, puedes conseguir que hagan tu voluntad. Seguramente todos podrían beneficiarse de experimentar este poder. Seguramente todos podrían beneficiarse de un mundo basado en la Ética Hacker” (Tascón y Quintana, 2012:20).

Pero el gran referente, sin duda, de la ética hacker es Pekka Himmanen (2002) que con su obra ‘La ética del hacker y el espíritu de la era de la información’ pone en cuestión los valores dominante de la sociedad red y de la ética protestante dominante, basada

“en el dinero, el trabajo, la optimización, la flexibilidad, la estabilidad, la determinación y la contabilidad de resultados”. Frente a estos, propone los valores de la ética hacker que se desarrolla en tres niveles: (1) la ética del trabajo, que se traduce en “la pasión, es decir, una búsqueda intrínsecamente interesante que llena de energía y cuya realización colma de gozo”, que fusionan con (...) “la libertad”, en la medida que (...) “los hackers no organizan sus vidas en términos de una jornada laboral rutinaria y optimizada de forma constante, sino como un flujo dinámico entre el trabajo creativo y las otras pasiones de la vida”; (2) la ética del dinero, por la que “los hackers no consideran el dinero un valor en sí mismo y al motivan su actividad en función de metas como el valor social y la accesibilidad”, buscando (...) “crear algo que tenga valor para la comunidad y merecer por ello el reconocimiento de sus iguales”, y (...), “permitiendo que los resultados de su creatividad sean utilizados, desarrollados y puestos a prueba por cualquiera, de modo que todos puedan aprender unos de otros”. (3) la actividad hacker está definida por la “nética, definida por los valores de la actividad y la preocupación responsable”, lo que significa (...) “ocuparse de los demás como fin en sí mismo, con el deseo de eliminar de la sociedad red la mentalidad de supervivencia que, con pródiga facilidad, acostumbra a derivarse de su lógica”, que se traduce en (...) “la meta de lograr que todos participen en la red y se beneficien de ella, así como ayudar de forma directa a quienes han quedado abandonados en los márgenes de la supervivencia” (Himanen, 2002:100). Para Candón, en la obra de Himanen “la libre información es el valor fundamental de esta cultura y este valor no se aplica únicamente al desarrollo de programas sino a construir un medio de comunicación libre al servicio de la sociedad” (Candón, 2011b:326).

El concepto de “hacker” ha estado revestido durante años de una cierta carga connotativa, sometidos al juicio mediático que los identificaba como piratas informáticos en el mundo de la ciberdelincuencia. En cualquier caso, lo más alejado de la ética. Nissenbaum (2004:196) argumenta que “vale la pena estudiar el cambio en la concepción popular acerca de los hackers como desviados y delincuentes, no sólo porque afecta a los propios hackers y a la cultura que ha crecido a su alrededor (...), sino porque refleja cambios en el desarrollo, la gobernanza y el significado de las nuevas tecnologías de la información”. La consideración negativa del hacker en todo caso tiene que ver con la percepción y la construcción social que se ha hecho del fenómeno y cuya mitificación ha permitido a los gobiernos mantener un discurso defensivo que garantice la seguridad de la red a cualquier precio.

Sin intención de entrar en demasiados detalles sobre la historia del movimiento hacker, sobradamente documentada, sobre la que se pueden hacer escasas aportaciones, conviene resaltar el papel que la cultura hacker ha desempeñado en el proceso de empoderamiento de los movimientos sociales en internet, considerada por Castells (2001:51) uno de los estratos superpuestos de la cultura de Internet, completada por la cultura tecnomeritocrática, la comunitaria virtual y la emprendedora.

La cultura hacker está definida según Monterde, Rodríguez y Peña-López (2013:8) por las características de “la ética del compartir, la arquitectura distribuida de la red o el libre intercambio y la libre comunicación”. Según Castells, “juega un papel crucial en la construcción de Internet por dos razones fundamentales: por un lado, es el caldo de cultivo en donde se originan importantes innovaciones tecnológicas mediante la cooperación y la libre comunicación; por otro lado, dicha cultura hace de puente entre los conocimientos originados en la cultura tecnomeritocrática y los proyectos empresariales que difunden Internet en el conjunto de la sociedad” (Castells, 2001:56). Citando a Levy (2010) considera que “la cultura hacker incluye al conjunto de valores y creencias que surgieron de las redes de programadores informáticos interactuando on line en torno a su colaboración en proyectos autodefinidos de programación creativa, a los que le atribuye dos características: (a) autonomía de los proyectos frente a los encargos institucionales o corporativos; y (b), el hecho de que la utilización de la conexión informática en red constituye la base material y tecnológica de la autonomía institucional”. Continúa Castells este recorrido proclamando “que los valores y la organización social específica de la cultura hacker pueden llegar a comprenderse mejor considerando el proceso de desarrollo del movimiento de software de fuente abierta, como extensión del movimiento por el software libre” (Castells, 2001:57).

El movimiento por el software libre ha sido, sin duda, uno de los grandes valedores de la cultura hacker. Su aportación al sistema de valores de la cultura hacker es fundamental para comprender cómo se crea un sistema de construcción colaborativa al margen del mercado. Según Castells, el objetivo de la excelencia tecnológica es lo que “determina la necesidad común de compartir y mantener el código fuente”, de manera que (...) “esta excelencia, cuando está desligada de las instituciones que ofrecen una recompensa de algún tipo exige la adhesión a una serie de valores que combinen el goce de la creatividad con la reputación entre colegas” (Castells, 2011a:62), aplicando a la cultura hacker los valores que Stallman defiende para el software libre.

Stallman considera que dos valores fundamentales del software libre son la libertad y la cooperación. Respecto a la primera habla de cuatro tipos de libertad para que un programa sea considerado software libre: “(a) la libertad para ejecutar el programa sea cual sea nuestra intención; (b) libertad para analizar el funcionamiento del programa y adaptarlo a nuestras necesidades; (c) para ayudar a tu vecino redistribuyendo copias; y (d) libertad de ayudar a construir su comunidad mediante la publicación de una versión mejorada para que otros puedan obtener el beneficio de su trabajo” (Stallman, 2004:59).

Más allá de la estigmatización a la que ha estado sometido el término, de la existencia de subculturas hackers y de las amenazas derivadas de prácticas desviadas del espíritu hacker, Castells considera que “desde una perspectiva analítica, debemos reconocer la diversidad del mundo de los hackers y hacer hincapié a la vez en lo que une a todos

sus miembros más allá de las diferencias ideológicas y el comportamiento personal: la fe compartida en el poder de la conexión en red y la determinación de conservar este poder tecnológico como un bien común, al menos para la comunidad de hackers” (Castells, 2001:67).

Esta misma idea de bien común es utilizada por Sampedro, que hace algunas aportaciones interesantes al mundo de la comunicación y de los movimientos sociales. Considera que los hacktivistas, categoría que define como “hackers inmersos en campañas y luchas sociales” jugarán un papel fundamental en lo que denomina la refundación del periodismo post-industrial definido por el trabajo colaborativo. “Nuestra tarea, como ciudadanos, sería convertir nuestra mesa de trabajo en una mesa de redacción colaborativa. Ocurrirá cuando desempeñemos nuestros oficios como actividades abiertas al bien común. Y compartamos información con los periodistas, con el código libre que iremos escribiendo juntos. El reto de los empresarios será construir redacciones expandidas. Es decir, con ciudadanos que actúen como extensiones digitales de la comunidad a la que sirven”. En este sentido, aplicando los valores y principios de la ética hacker apuesta por un “modelo sostenible y cooperativo de medios que asegure la autonomía de los profesionales y la vinculación de la empresa con una comunidad de referencia” (Sampedro, 2014:481).

Y es que más allá de los valores de la cultura hacker, están sus prácticas y los hechos en los que se traducen. Y esta ética hacker ha intentado ser aplicada al mundo de la información, basada en un modelo de código cerrado, contra el que los ciudadanos y empezaron a rebelarse desde el primer momento. Wikileaks es un ejemplo de ello y constituye una experiencia que “demuestra que el derecho a la información no se ejerce consumiendo la ya existente, sino cuestionándola y liberando la que estaba censurada y oculta. Son heraldos de un Cuarto Poder en Red, donde los medios no pueden quedar a merced de los Mercados ni considerarse patrimonio del Estado. Menos aún, cuando (como demostraron los hackers) las guerras en curso, la diplomacia que las justifica y la confluencia estatal-corporativa en el sistema de vigilancia masiva representan un ataque conjunto a nuestras libertades” (Sampedro, 2014:474).

Otros autores como Moreno-Carballud encuentran elementos contrahegemónicos en las prácticas hackers, al defender que “la expansión de elementos clave de la ética hacker a un público masivo sí está demostrando ser un potente antídoto frente a esa pasión de la desigualdad que produce el elitismo cultural todavía hegemónico” (Moreno-Carballud, 2014:226).

Podríamos afirmar que muchas personas son hackers sin saberlo, sin ser conscientes de ello, sin identificarse con el término, en la medida que comparten una serie de valores en sus prácticas ciberactivistas. La ética hacker es, por tanto, el código de los valores del ciberespacio, “una zona en la que se cruzan, digitalizados, los eventos y las

relaciones sociales que fluyen desde todos los planos o campos de la realidad humana, de lo social. Un sitio inmaterial y real a un tiempo, ubicado entre miles de máquinas interconectadas, espacio de comunicación entre dispositivos más o menos automatizados, diseñados y administrados por personas, que es territorio de acción y por tanto de conflicto. En él se compra, se vota, se vende, se opina, se conspira, se pierde y se gana dinero, se investiga, se escribe, se lucha” (Roig, 2006b:121).

7.3.5. Software libre: Valores y fundamentos que inspiran al conocimiento libre

El movimiento del software libre ha sido absolutamente decisivo en este proceso de empoderamiento y emancipación que han experimentado los movimientos sociales en sus procesos de acción comunicativa. La contribución realizada desde el mundo de software libre no se traduce solo en herramientas y tecnología; su principal aportación es la de haber creado una filosofía de la que se benefician millones de ciudadanos y organizaciones, activistas y no activistas, muchas veces sin saberlo y sin conocer los presupuestos en los que se basa. El software libre, no constituye una alternativa en los términos debatidos en otros puntos de esta tesis en relación a otros elementos del proceso comunicativo; es una realidad sobre la que se construye gran parte de las relaciones sociales y económicas en la actualidad.

Los orígenes de Internet plantean desde el primer momento un interesante debate sobre los usos a los que debería estar orientada la red. La llegada de Robert Taylor a ARPA (Agencia de Investigación de Proyectos Avanzados de EEUU), promueve una primera versión de Internet y del protocolo en base al cual debe comunicarse esa red. A partir de aquel momento, el proyecto se desarrolla a diferentes niveles, constituyendo el principal núcleo de investigación ARPANET, una red de cuatro nodos universitarios sobre los que se fue construyendo el conocimiento. Muchos de los protocolos de comunicación, como sostiene @Axebra (2012:9) fueron desarrollados por el Grupo Especial sobre Ingeniería de Internet (más conocido por sus siglas en inglés, IETF), una organización abierta creada en 1986 para contribuir al conocimiento técnico en Internet y avanzar hacia la normalización, participada tanto por entes públicos como privados, pero soportada especialmente por el trabajo voluntario de las personas que la componen, que generaban unos borradores publicados de forma libre (RFC) para buscar la mejora constante.

Un paso importante fue el desarrollo por parte de Tim Berners-Lee de la primera versión del lenguaje HTML. El software libre encuentra sus primeros fundamentos en los intentos de mantener una Internet abierta y estándar cuando Berners-Lee se traslada al MIT y funda el W3C. @Axebra recoge la motivación de Berners-Lee, cuando decide apostar por este modelo: “La web es más una creación social que técnica. La diseñé para un efecto social -para ayudar a las personas que trabajan juntas- y no como un juguete técnico. El objetivo último de la web es apoyar y mejorar nuestra existencia en

la telaraña mundial. Nos agrupamos en familias, asociaciones y empresas. Desarrollamos la confianza a grandes distancias, y la desconfianza a la vuelta de la esquina” (@Axebra, 2012:10).

Las mejoras introducidas en los años sucesivos dotan al software de un valor comercial, lo que provoca una ruptura con la cultura hacker que dominaba los escenarios universitarios en los que realizaban las principales investigaciones (UCLA, Berkeley, MIT). La inclusión del software en la Copyright Act en 1976, la “Carta abierta a los aficionados” de Bill Gates acusando en la que acusaba a los hackers de robar en lugar de lo que ellos llamaban compartir, y las primeras demandas por modificaciones del sistema operativo Unix, aceleran el nacimiento de Usenet, un sistema de discusión por Internet donde comienzan a crearse comunidades de desarrolladores que comparten su código y aportan mejoras al de los demás.

Uno de los momentos clave en el proceso fue el conflicto surgido entre los hackers del laboratorio de Inteligencia Artificial del MIT y Xerox, que se negó a ofrecer el código de los drivers de una de sus impresoras para que fuera adaptado al sistema de impresión del MIT, desarrollado por ellos mismos. Entre aquellos hackers estaba Richard Stallman, que tras negarse a firmar un acuerdo de no divulgación con Symbolics, la empresa para la que trabajaba y de cuyo trabajo producía una versión libre, se incorpora al proyecto GNU, un proyecto de un sistema operativo libre cualquiera pueda usar, modificar y distribuir con o sin modificaciones, que fue anunciado por ARPANET y USENET. En el marco de esta experiencia, Stallman hace público el manifiesto GNU¹⁷ y funda la la Fundación para el Software Libre (FSF)¹⁸ en 1985, una organización sin ánimo de lucro que además de ayudar a desarrollar el sistema operativo GNU, tiene el objetivo eliminar las restricciones sobre la copia, redistribución, entendimiento, y modificación de programas de computadoras.

Probablemente, una de las contribuciones más interesante de la FSF fue la creación de la licencia GPL, que se basa en cuatro libertades que debe permitir un software para ser considerado libre: (1) la libertad de usar el programa, con cualquier propósito; (2) la libertad de estudiar cómo funciona el programa y modificarlo, y adaptarlos a las propias necesidades, por lo que es necesario el acceso al código fuente del programa; (3) la libertad de distribuir copias del programa; y (4) la libertad de mejorar el programa y hacer públicas esas mejoras, de manera que toda la comunidad se beneficie.

La FSF nació con el propósito de recabar fondos con los que contratar programadores que redactaran código para el proyecto GNU, y establecer un marco jurídico que le permita mantenerse libre sin necesidad de tener que someterse a la filosofía copyright. Para eso, de la mano de Don Hopkins, Stallman propone la idea de copyleft, en base

¹⁷ <https://www.gnu.org/gnu/manifesto.en.html>

¹⁸ <http://www.fsf.org/>

a la cual, cualquiera que distribuya software GNU, con o sin modificaciones, debe traspasar con él la libertad para copiarlo y modificarlo. El copyleft garantiza que cada usuario goce de esta libertad. La propuesta de Stallman era toda una provocación: “Los desarrolladores de software privativo usan el copyright para restar libertad a los usuarios; nosotros recurrimos a los derechos reservados para garantizársela. Por eso invertimos el nombre, convirtiendo los derechos reservados -copyright- en copyleft” (Stallman, 2004:125).

Las derivaciones de código tomando como base GNU empezaron a proliferar, pero una especialmente tuvo éxito; fue una versión realizada por un estudiante de Helsinki llamado Linus Torvalds, que publicó en su directorio de la Universidad una versión reescrita de Minix, un clon de Unix cuya modificación no estaba permitida, pidiendo la colaboración de la comunidad. Esta distribución fue el origen de Linux, y adoptó la licencia GPL, constituyendo el primer sistema operativo libre. De esta manera, Linux constituyó el germen de multitud de aplicaciones desarrolladas con los estándares de software libre, y mediante trabajo colaborativo.

Algunos años después de la creación de la FSF, Eric Raymond (1999) escribe ‘La Catedral y el Bazar’, un ensayo sobre el software libre y la cultura hacker, obra que inspiró a Netscape a liberar su código, tras aceptar la derrota con su competidor Internet Explorer. Este hecho llevó a Raymond a entender que el activismo de la FSF no era acertado para convencer a las empresas del uso de software libre y convenció a Linus Torvalds y al editor Tim O’Reilly, entre otros, de sacar adelante la OSI, o Iniciativa por el Código Abierto, hecho que llevó a la adopción de dos expresiones diferentes: FOSS (Free and Open Source Software) y FLOSS (Free/Libre/ Open Source Software).

Este pequeño recorrido por la historia del software libre, en todo caso, sirve para reconocer los momentos importantes que permitieron crear herramientas de trabajo libres, creadas por la comunidad. Más allá de los logros tecnológicos, el software libre permitió construir una filosofía de trabajo colaborativo realmente novedoso y competitivo, en el escenario de finales del siglo XX, caracterizado por la dominación capitalista en todos los sectores de producción.

En este sentido, para Juris “muchos activistas consideran específicamente el proceso de desarrollo del Software Libre y Abierto -donde los programadores colaboran dentro de las redes horizontales para crear y distribuir nuevas versiones del código del software- como modelo para las formas postcapitalistas de desarrollo social y organización económica. Tales paradigmas tecnológicos reflejan los valores asociados a la red como un ideal político y cultural emergente: acceso abierto, libre circulación de información, autogestión y coordinación descentralizada a través de la diversidad y la diferencia. Al mismo tiempo, los activistas expresan cada vez más sus imaginarios utópicos emergentes directamente a través de la práctica organizativa y tecnológica concreta” (Juris,

2008a:16). Juris cita en este punto a Lovink (2002:34) cuando sugiere, que “las ideas que importan están cableadas en el software y en la arquitecturas de redes, lo que ayuda a explicar por qué los debates ideológicos son a menudo codificados como conflictos sobre el proceso y la forma organizacionales”. Lovink (2003:195) también se hace eco de “cómo muchos activistas ven el código abierto como una metáfora más amplia, inspirando los imaginarios postcapitalistas emergentes”.

No obstante, Tubella y Alberich exponen que “aunque resulte habitual presentar su significación e interés en razones meramente informáticas y/o tecnológicas, el uso de la expresión ‘software libre’ en detrimento de otras cercanas como ‘software de código abierto’ o ‘software de dominio público’ tiene implicaciones sociales y políticas de calado” (Tubella y Alberich, 2012:108). En esta línea, la activista hacker @Axebra describe el conflicto que mantuvieron Stallman y Raymond cuando este publicó su libro ‘La Catedral y el Bazar’, “un ensayo sobre los principios del software libre y su relación con la cultura hacker”. En su intento de separar los conceptos “libre” y “gratis” (al tratarse de dos términos que se escriben igual en inglés) Raymond promovió la Iniciativa por el Código Abierto, que fue muy criticada por Stallman y la FSF “porque consideraban que sepultaba los valores sociales que había marcado hasta ese momento el software libre, mientras que los defensores de la iniciativa consideraban que era preferible que las empresas optaran por licencias que permitieran el derecho de uso o que permitieran la privatización posterior del software en lugar de continuar produciendo software propietario” (@Axebra, 2012:22). Para marcar diferencias, Stallman publicó su famosa frase: “El código abierto es una metodología de desarrollo [de software], el software libre es un movimiento social”. En este sentido, Stallman expresaba de manera nítida que “el software libre es una cuestión de libertad, no de precio. Para comprender este concepto, debemos pensar en la acepción de libre como en “libertad de expresión” y no como en “barra libre de cerveza” (Stallman, 2004:59).

Juris considera que “este paradigma tecnológico refleja los valores asociados a la red como un ideal político y cultural emergente: acceso abierto, libre y circulación abierta de la información, la autogestión y la coordinación descentralizada a través de la diversidad y la diferencia”. Para Juris, “esa transformación cultural radical es un proceso a largo plazo, sin embargo, y es probable que produzca pocos resultados inmediatos”. De alguna manera, estas nuevas visiones culturales provocan (...) “el surgimiento de utopías informativas [que] sugiere la (re)emergencia de un utopismo posmoderno, no del tipo tradicional, que implica visiones totalizantes de un mundo distante”, defendiendo que (...) “los ideales utópicos contemporáneos se expresan cada vez más directamente, aquí y ahora, a través de la práctica política, organizativa y tecnológica concreta” (Juris, 2008a:285).

7.3.6. Cultura libre frente a apropiación del conocimiento.

Otro de los pilares fundamentales que construye los fundamentos de la apropiación de las tecnologías es la idea de 'cultura libre' promovida por Lawrence Lessig (2005) y otros autores como James Boyle, Hal Abelson y Michael Carroll. Una de las herramientas en las que se apoya la filosofía de la 'cultura libre' son las licencias 'Creative Commons', que según Rascón y Cabello "se trataba de un ambicioso proyecto que cuestionaba los términos y las amenazas que se manejaban mediática y políticamente al tratar la cuestión de los derechos de autor y la propiedad intelectual, especialmente desde su consideración en el espacio de la red de Internet, inspirado en la extraordinaria experiencia de producción cooperativa a través de Internet del movimiento software libre (y, más particularmente, en el potencial que supuso la creación de la licencia GPL por parte de la FSF), y se propone emularla en otros campos de la producción intelectual para ofrecer alternativas al copyright restrictivo" (Rascón y Cabello, 2013:98).

Su meta es construir una capa de copyright razonable por encima de los extremos que reinan hoy día, según Lessig. El argumentario de las licencias Creative Commons aporta los fundamentos necesarios para entender la cultura libre: una licencia legal, una descripción legible para seres humanos, [y] una etiqueta legible para máquinas constituyen una licencia de Creative Commons. "Una licencia de Creative Commons constituye una concesión de libertad a cualquiera que acceda a la licencia, y de un modo más importante, una expresión del ideal de que la persona asociada a la licencia cree en algo distinto a los extremos de 'todo' o 'nada'. Los contenidos se marcan con la marca de CC, lo que no significa que se renuncie al copyright, sino que se conceden ciertas libertades" (Lessig, 2005:227).

Pero la idea de cultura libre trasciende la visión de Lessig y se inspira en los valores y principios del movimiento de software libre. Rascón y Cabello (2013:97) recurren a varios autores para enmarcar conceptualmente el conocimiento y la cultura libre en este sentido; en primer lugar citan a Wales (2004), que sostiene que "una enciclopedia libre, o cualquier otro conocimiento libre, puede leerse de forma libre, sin requerir permiso de nadie. El conocimiento libre puede compartirse libremente con los demás y también adaptarse a tus propias necesidades. Y a su vez estas versiones adaptadas pueden compartirse libremente con los demás", defendiendo que "el conocimiento libre requiere software libre y formatos libres". Por otra parte, recurren a Tucker (2007) cuando afirma que "el conocimiento libre es aquel conocimiento explícito que se publica de tal modo que los usuarios tienen la libertad de: leerlo, escucharlo, verlo o experimentarlo; de aprender de él o con él; de copiarlo, adaptarlo y usarlo con cualquier propósito; y de compartir las obras derivadas de forma similar (en cuanto conocimiento libre) para beneficio común".

Martínez contextualiza la aparición de la cultura digital en las últimas décadas, en las que se vienen produciendo "diferentes cambios de orden económico, político y cultural

[que] han ido situando al conocimiento como recurso principal en el paradigma de producción actual". Este autor describe el paso de un modelo de producción de base fordista al denominado posfordista, que ha venido empujado por diversos cambios en las formas de estructurar la "cadena de producción", donde la información y el conocimiento han ido ocupando un papel central, así como la necesidad de gestionar adecuadamente estos recursos a un capitalismo cognitivo en el que los tiempos de producción, consumo y ocio se fusionan en un mismo ciclo, con lo que extienden el régimen de acumulación a la esfera de la vida y a las parcelas (ya difuminadas) de la experiencia cultural, y bajo el cual se analiza de manera crítica cómo la centralidad de la producción inmaterial y la necesidad de explotar los recursos básicos, que van a posibilitar la innovación, han marcado el diseño de los protocolos legales que intentan asegurar una ventaja competitiva al sector privado (Martínez, 2012:48).

Pero para Martínez, las leyes de propiedad intelectual e industrial que se convierten en "los instrumentos centrales para la privatización del conocimiento que niegan el origen colectivo de su producción (...) son puestos en cuestión por otras formas de valorar la producción inmaterial y resultan problemáticos para la emergencia de nuevos modelos económicos más sostenibles y justos". Frente a los cercamientos culturales el sistema, Martínez considera que "el origen colectivo de la creatividad y de la producción de conocimiento son principales motores de la economía actual". En sus reflexiones argumenta que (...) "la fábrica social [en la que todo el mundo es creador o creadora] genera externalidades positivas que no pueden ser valoradas de forma tradicional; la plusvalía no se pueden medir exclusivamente en términos de producción de mercancías, cuestión que nos lleva a repensar el régimen salarial" (Martínez, 2012:54). Este autor se refiere a la "producción, explotación y defensa colectiva de las tierras comunales de la cultura cuando habla de cultura libre"; parafraseando a Lessig, admite que "no se trata de cultura gratis", sino de (...) "lo opuesto a la cultura del permiso". Argumenta, en este sentido, que "no hay que pensar en cultura libre como espacio que nos empuja a encontrar un modo de supervivencia en otro lugar, no podemos pensar que en el movimiento por la cultura libre elude la cuestión del sustento económico derivándola a la capacidad por encontrar rentas en, por ejemplo, las industrias del entretenimiento. De ser así, restamos parte del potencial político que reside en la cultura libre. Sin olvidar que las tierras comunales históricas estaban formadas por comuneros que las usaban como medios de subsistencia sin que ese disfrute supusiera privatización -cuestión que además les permitía usarlos como herramienta política para intentar no estar sometidos al poder feudal- los modelos de negocio basados en la cultura libre han de dar sustento a quienes producen y a su vez optimizar las balsas del conocimiento colectivo. Esta es una cuestión fundamental en la que hay muchísimo trabajo hecho" (Martínez, 2012:59).

Sobre este fenómeno de los cercamientos del capitalismo cognitivo, Rascón y Cabello sostienen que "equipara la dinámica de apropiación absoluta de las obras creativas

(pero no sólo, aludiendo también a la extensión de las patentes al dominio del genoma humano, los organismos vivos, el software, los medicamentos o los cultivos tradicionales) con la ruptura del sistema agrario de carácter comunitario imperante en Inglaterra hasta la progresiva instauración desde el siglo XII hasta el XIX de cercamientos que privatizaban las tierras comunales (commons), las cuales hasta ese momento eran trabajadas y aprovechadas por los campesinos de forma colectiva” (Rascón y Cabello, 2013:91). Estos autores citan a Boutang (2004:117) que en relación a esos cercamientos sugiere que “en el momento en que el mercado parece haberse asentado con firmeza (...) el número de bienes de información y de saberes que presentan todas las características de los bienes colectivos se hace tan importante que la justificación esencial de la apropiación privativa se vuelve cada vez más acrobática y en cualquier caso profundamente inoperante”.

En el fondo del debate está la pugna de la cultura como derecho versus la cultura como recurso (Rowan, 2012:68). Los movimientos sociales reivindican que las administraciones públicas legislen a favor de la ciudadanía, en lugar de criminalizar prácticas colaborativas.

Moreno-Caballud (2014:225) relata como, “de un similar entusiasmo amateur que disfruta más compartiendo que compitiendo, surge alrededor de los años 70 otro río de estas que podríamos llamar ‘culturas del compartir’ que tienen su fundamento antropológico en el ‘de cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades’: el de la ‘ética hacker’, el ‘software libre’ y lo que después se denominará, según el río crece y se ramifica, ‘cultura libre’”. Utilizando palabras de la activista hacker Marga Padilla, describe esta práctica como “una costumbre generalizada de colaborar con los desconocidos y los diferentes que se ve amplificada por la proliferación de tecnologías digitales que la facilitan”.

Para este autor, esas formas de colaboración son a menudo muy precarias y poco estables, y como se apresuran a señalar los ciber-escépticos, incapaces de rehacer por sí mismas los sólidos vínculos sociales de las comunidades pre-capitalistas que a veces enarbolan como referentes (los “commons” de las culturas campesinas). En este sentido, resultan también muy susceptibles de ser reapropiadas por las lógicas de competición e instrumentalización de las relaciones humanas que el neoliberalismo ha generalizado. No obstante, lo verdaderamente importante para Moreno-Caballud es que el mundo del software libre y los hackers han aportado “al menos dos cosas fundamentales que están transformando la subjetividad de mucha gente: la tendencia a ver al otro como un potencial colaborador, más que como un potencial competidor que se va a poner por encima o por debajo de mi, y el orgullo por la capacidad de crear y distribuir riqueza cultural (código, información, etc) no tanto desde una identidad grupal, sino en procesos colectivos abiertos a cualquiera”. La ausencia de una identidad colectiva es algo, que sin embargo no resta en las comunidades de cultura libre. “Hay

algo crucial en el mundo de la Red, y es que, a diferencia de la cultura moderna burguesa, a diferencia del campo estético y del campo científico que alberga dicha cultura, se trata de un espacio en construcción, en el que la competición por el prestigio (la producción de capital simbólico) está todavía en gran medida supeditada a la lucha por la propia reproducción del espacio común (la red neutral, la información libre)” (Moreno-Carballud, 2014:226).

Rascón y Cabello (2013:89) realizan una precisión conceptual en lo que atañe al término “piratería”, recurriendo a Lessig (2005:73) para afirmar que “si la ‘piratería’ significa usar la propiedad creativa de otros sin su permiso -si es verdad lo de ‘si hay valor, hay derecho’- entonces la historia de la industria de contenidos es una historia de piratería. Cada uno de los sectores importantes de los ‘conglomerados de medios’ de hoy en día -el cine, los discos, la radio y la televisión por cable- nació de una forma de piratería, si es así como la definimos”.

La idea de cultura y conocimiento libre se expresan perfectamente en la obra de Raymond (1999) en la metáfora de la catedral y el bazar; el autor defiende que “el estilo de desarrollo de Linus Torvalds (lanzar versiones de prueba enseguida y a menudo, delegar cuanto sea posible, estar abierto hasta el punto de resultar promiscuo) resultó una verdadera sorpresa. Nada que ver con la silenciosa y reverente construcción de una catedral, la comunidad Linux, por contra, parecía asemejarse a un gran bazar bullicioso con diferentes agendas y enfoques (adecuadamente reflejado por los depósitos de software Linux, que admitían contribuciones de cualquiera) del cual solo parecía posible que emergiera un sistema coherente y estable mediante una sucesión de milagros”. Raymond defiende que la innovación que propone Linux no es tecnológica, sino social; la clave de su funcionamiento está en la liberación de código, en la liberación del conocimiento, en definitiva, que permite a los otros seguir construyendo conocimiento”.

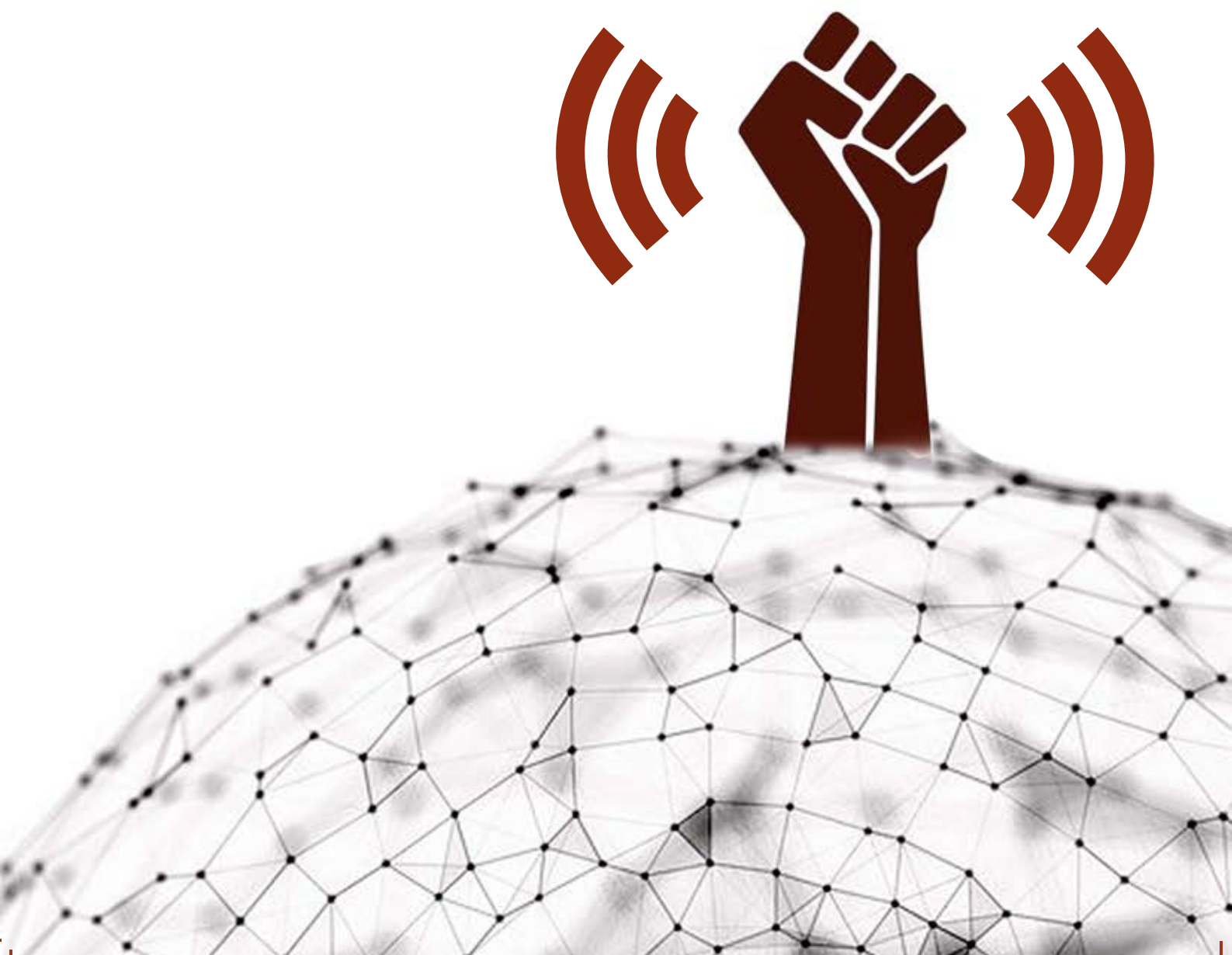
Himanen revisa la idea propuesta por Raymond estableciendo un paralelismo similar, con algunos matices. Este autor habla de la academia y el monasterio; para Himanen, la academia representa el modelo de conocimiento abierto, en la medida que “los científicos hacen público su trabajo para que sea utilizado, verificado y desarrollado, basando su investigación (...) en la idea de un proceso abierto y autodepurador de errores”. Himanen argumenta que “los científicos escogieron asimismo este modelo no sólo por razones de tipo ético, sino porque, además, demostró ser el modo más satisfactorio de generar conocimiento científico”, y por tanto (...) “la razón por la cual el modelo hacker de acceso libre al código fuente funciona de forma tan efectiva parece estar -además del hecho de trabajar en lo que es la propia pasión y sentirse motivado por el reconocimiento de los iguales, como en el caso de los científicos- en lo mucho que se adecua al modelo abierto de la ciencia, que históricamente ha demostrado ser el mejor para la creación de información”. Para Himanen, “la ética académica exige que cualquiera pueda hacer uso, criticar y desarrollar esta solución. Más importante que

cualquier resultado final es la información que subyace o la cadena argumental que ha llevado a generar la solución, debiendo incluir dos obligaciones fundamentales: las fuentes deben ser siempre citadas (plagiar es repugnante desde un punto de vista ético) y la nueva solución no debe mantenerse en secreto, sino que debe ser publicada de nuevo en beneficio de la comunidad científica” (Himanen, 2002:53). Frente a este modelo, opone el del monasterio, que representa el conocimiento cerrado, no solo por que clausura la información, sino porque es autoritario y defiende una jerarquía que choca frontalmente con la horizontalidad que defiende la ética hacker.

La dimensión social de las propuestas de Himanen y de Raymond han sido perfectamente entendidas por los movimientos sociales, que han adoptado la filosofía del software libre como un valor intrínseco a su marco de acción, y asumen la ética hacker como modelo de comportamiento y de construcción de conocimiento en red. Fuster defiende, a modo de ejemplo, “que el movimiento de cultura libre es un predecesor de la movilización del 15M”, revelando un detallado itinerario que “incluye la composición (trayectoria de movilización y recursos que alimentan el 15M), la agenda (incorporando las cuestiones de la agenda del 15M relativas a una política de información y conocimiento que favorezca el dominio público y el acceso y, lo que es más importante, que incluya la estrategia de política del procomún), el marco de acción (reforzando la necesidad de enmarcar el pasaje de la temática-específica a la meta-política) y lógica organizacional” (Fuster, 2012:391), mostrando así como cultura libre y conocimiento colaborativo son dos de los ejes sobre los que pivotan los nuevos modelos de organización colectiva.

8

MODELOS Y VECTORES DE DESARROLLO EN EL ECOSISTEMA DE MEDIOS ALTERNATIVOS



Las prácticas activistas insurgentes de los últimos veinte años no son uniformes ni responden a un patrón determinado por una tecnología, un formato o un lenguaje en concreto. Son el compendio y la confluencia de experiencias influidas por la diversidad de visiones culturales y técnicas que han ido creando y modificando escenarios comunicativos, que en ocasiones no pueden ser definidos de forma fácil. Existe una variedad de expresiones en las que “los medios alternativos y tácticos reproducen las normas y formas emergentes de la red dentro de sus arquitecturas tecnológicas. Las fronteras entre unos usos y otros son difusas y contribuyen a crear lo que algunos autores han definido como un ecosistema en el campo de los medios alternativos. No hay prácticas puras en este sentido, ni fronteras definidas que permitan establecer una taxonomía demasiado exacta, ni siquiera una folksonomía que vaya más allá de la simple enumeración como lista de categorías genéricas.

Pero ese ecosistema mediático no ha permanecido invariable en estos últimos veinte años; siguiendo el símil medioambiental, se ha producido una sucesión ecológica de estos medios, una evolución natural, en la que han influido (y siguen influyendo) una serie de vectores, que han permitido el desarrollo de las prácticas activistas hacia formas más sofisticadas de empoderamiento comunicacional y emancipación tecnológica. La apropiación de los medios por parte de los movimientos sociales ha permitido la creación de un espacio social de características fundamentalmente nuevas que se va transformando por nuevos usos de las nuevas tecnologías que aparecen.

En este capítulo se analizan seis vectores que han contribuido a facilitar ese desarrollo en el marco de la acción comunicativa de los movimientos sociales:

- La evolución de los sistemas web que han servido de soporte para la difusión pública de la actividad mediática.
- La evolución de herramientas de difusión masiva que han contribuido al paso de redes descentralizadas a redes distribuidas.
- La evolución de un modelo de comunicación basado en ondas hertzianas a otro basado en bits.
- La evolución de un modelo de comunicación basado en el ruido comunicativo a otro de información sostenible.
- La evolución de un sistema de confrontación a otro festivo y performativo.
- La evolución de los sistemas de la comunicación extrema en las prácticas de los movimientos sociales.

8. Modelos y vectores de desarrollo en el ecosistema de medios alternativos

8.1. Del read-write web a los blogs, los wikis y sites

Una de las grandes aspiraciones de los movimientos sociales históricamente ha sido la de subvertir el poder de los massmedia, que condiciona la visión que los ciudadanos tienen de sus prácticas. La alta dependencia de los medios masivos para ejercer la acción comunicativa por parte de los movimientos sociales antes de que Internet se consolidara como tecnología de consumo y que la autocomunicación de masa convirtiera en el paradigma comunicacional del siglo XXI, hizo que la llegada de la web y la posibilidad de ser usada como medio de comunicación causó una gran fascinación en la sociedad civil. La aparición del 'World Wide Web', el 'protocolo HTTP', y el 'código HTML' revolucionaron, sin duda alguna, el panorama de las comunicaciones insurgentes.

Gillmor relata el asombro que le ocasionó ver como cómo Dave Winer, fundador de *UserLand Software* le mostró la versión beta de una web con un botón que permitía editar la página. El acto de pulsarlo, modificar el contenido y guardar los cambios, suponía algo totalmente nuevo, porque aunque la gente ya escribía en la red (fundamentalmente correo, grupos de noticias y mensajes en foros), este avance permitía que, "por primera vez en la historia, al menos en el mundo desarrollado, cualquier persona con una computadora y conexión a Internet podría ser dueña de una prensa. Casi cualquier persona podría hacer la noticia" (Gillmor, 2006:23).

Eso es lo que sintieron, probablemente, miles de activistas cuando descubrieron que podían construir narraciones y publicarlas de forma inmediata, acompañadas de soporte gráfico, de aquellos acontecimientos que para los medios de masas no eran importantes y silenciaban al gran público; o tenían la oportunidad de contar la historia vista desde 'el otro lado de las barricadas', deconstruyendo las versiones oficiales y

comerciales. Todo ello con la ayuda de un ordenador y una conexión a Internet, que aunque en los primeros años dependían de precarias infraestructuras de cable y transmitían los datos a velocidades muy bajas, contribuyeron a crear una cultura digital activista de gran valor.

Si en otro apartado de esta tesis he afirmado que *todo empezó en Seattle*, refiriéndome a un nuevo ciclo de movilización social, aquí podemos defender que *todo empezó en Indymedia*, si hablamos de un nuevo modelo de acción comunicativa. La aparición de Internet como herramienta de consumo proveyó a los movimientos sociales de una tecnología que, unida a los cambios políticos y culturales que venían experimentando en la era de la nueva globalización, se tradujo en una de las experiencias comunicativas más interesantes y revolucionarias de la sociedad civil.

Uno de los buques insignia de los movimientos sociales a nivel de comunicación, como práctica alternativa fue Indymedia, como se conoció popularmente al Independent Media Center (IMC). La propia web de Indymedia¹⁹ se definía como “un medio de comunicación colectivamente dirigido a la creación de narraciones radicales, precisas y apasionadas de la verdad”.

El gran poder de Indymedia residió en la estructura reticular que desarrolló, en la que los diferentes nodos se agrupaban en función de factores que en cualquier caso atendían mucho más a la identidad colectiva que al territorio; lo importante no es que los nodos fueran locales, regionales o nacionales, sino la comunidad en base a la cual estaban contruidos y sostenía el proyecto. En total llegaron a existir aproximadamente 200 nodos en todo el mundo, muchos de los cuales tenían a su vez grupos activos que colgaban de ellos. Estos nodos se desarrollaban de forma autónoma y construían su identidad en clave política. El anticapitalismo aparecía siempre como un elemento transversal, pero muchos nodos, como los de Barcelona, Euskal Herria o Galiza en España estaban influidos por una fuerte corriente nacionalista; desde otro enfoque, Indymedia Estrecho/Madriag se configuró como el primer Indymedia transfronterizo, con la multiculturalidad como principio rector y la vocación de “buscar la paridad entre las dos orillas”, en la que convivían IMCs de Jerez, Sevilla, Málaga, Granada y Magreb.

La vinculación entre Indymedia y el movimiento antiglobalización fue total y absoluta. De hecho, muchos de los nodos se fueron creando en lugares que acogían contracumbres según el modelo de protesta adoptado en los primeros años del movimiento. El IMC de Praga se creó inmediatamente después del de Seattle, con ocasión de la contracumbre que se celebró en aquella ciudad en protesta por las reuniones que celebraron el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial en septiembre del 2000 en la capital checa.

¹⁹ www.indymedia.org/publish.php3

Por otra parte, Indymedia construye un entramado comunicacional que conecta realidades y sensibilidades de los movimientos sociales. Indymedia era mucho más que las publicaciones que albergaba y la información que construía; fue creando una identidad colectiva en torno al mediactivismo, gracias a una herramienta que le permitió enmarcar y representar las percepciones de injusticia de una forma muy visual.

Indymedia constituye “la manifestación del uso social que da sentido a cualquier invención tecnológica (...) es un buen ejemplo de la imbricación entre las propiedades técnicas de los nuevos medios y los valores sociales y culturales de los nuevos movimientos y (...) supone una importante novedad en el uso de Internet ya que, aún cuando en algunos sitios Web cualquiera podía publicar sin pedir permiso a nadie, el sitio Indymedia.org fue pionero en agrupar, dar visibilidad y facilitar la publicación de la información textual y multimedia generada por las personas y grupos activistas que participaban en las protestas” (Candón, 2011b:12), de manera que “puede ser considerado el verdadero precursor de los blogs y los sistemas de publicación colaborativos que hoy son característicos en Internet y en la Web 2.0” (Candón, 2012a:84).

Indymedia nació como experiencia durante la batalla de Seattle “como una forma de romper con el monopolio mediático y también como fuente de provisión de noticias e información alternativa”, a partir de la cual se fue construyendo una red informacional formada por cientos de colectivos locales en diferentes países y territorios, “influidos por la lógica de red descentralizada tanto de Internet como de los movimientos contra la globalización corporativa” (Juris, 2004:155). Pero de la misma manera que la acción colectiva que surge a partir de la batalla de Seattle encontró su germen durante el levantamiento del EZLN en Chiapas en 1994, Indymedia se hizo acreedora, vertebró y dio valor a todas las experiencias de difusión que se construyeron en aquellos días en los que gracias a Internet, la causa zapatista se convirtió en un asunto de interés general.

Kidd también busca la génesis del IMC en las prácticas comunicativas de la rebelión zapatista, afirmando que, “inspirado en el modelo de acción directa horizontal de los zapatistas, y conscientes de que habría poca cobertura positiva de las protestas por parte de los medios de comunicación, los productores de medios alternativos, los artistas y los diseñadores de software radicales lanzaron el Independent Media Center (IMC)”, al que considera que (...) “representó un cambio cualitativo en el alcance y la escala del poder mediático”, afirmando que “el carácter distintivo del ‘hagámoslo nosotros mismos’ del IMC no sólo superó el control de los guardianes de los medios de comunicación corporativos, sino también el enfoque vertical de las ONG establecidas, cuyos portavoces habían definido una política específica en base al establecimiento de buenas relaciones con los medios de comunicación comerciales” (Kidd, 2015:459).

La red de Indymedia fue cobrando importancia durante las manifestaciones contra la cumbre de la Organización Mundial de Comercio el 30 de noviembre de 1999 en la

ciudad estadounidense de Seattle, en la que “el IMC de Seattle actuó como un aglutinador de medios independientes para una amplia coalición de grupos de justicia social, anarquistas, socialistas, comunistas, grupos ecologistas y otros” que podrían agruparse dentro del ‘movimiento anticapitalista’. Este autor afirma que Indymedia logró sus objetivos mediante una presencia virtual en Internet “a través de un software de publicación abierta, donde cualquier periodista independiente o cualquier activista (resaltando que los perfiles podían coincidir) podría cargar sus reportes usando un formulario en el sitio web de IMC. No se necesitaba aprobación previa del grupo central, ni tampoco ese grupo era responsable de editar el contenido de los informes de ninguna manera. Cientos de horas de material de audio y video y cientos de miles de informes de testigos oculares, análisis y comentarios se pusieron a disposición de los activistas, simpatizantes y detractores - para los ‘ciudadanos globales’ en general” (Atton, 2007:71 y ss).

Atton desarrolla toda una batería de elementos que identifican el proyecto Indymedia como algo diferente de lo que se conocía. Por su estructura organizativa, “-en general, colectiva, igualitaria, no jerárquica- se identifica con muchos proyectos de medios alternativos y radicales”, de forma que “considerar a Indymedia como una organización es considerarla como una red de ‘nodos’ independientes y colectivamente dirigidos a través de los cuales los periodistas independientes pueden circular su trabajo, en gran medida sin impedimentos por el control de esos colectivos”; por su funcionamiento, lo identifica como “un agregador de contenidos de periodismo independiente, organizado por territorio, emisión y medio (texto, audio, video, multimedia), tanto desde el punto de vista de productores como de consumidores (perfiles que se solapan a menudo, cuando hablamos de activistas)”; en relación a sus contenidos, afirma que “no sólo los periodistas colocan allí un trabajo original inédito, sino que los propios IMC a menudo se vinculan a informes ya difundidos o publicados”, puntualizando que “los periodistas de Indymedia ofrecen noticias y narrativas desde el punto de vista de los propios activistas”, ya que “los periodistas son en realidad activistas” a los que no tiene empeño en catalogar como ‘amateur’, otorgándoles con ello un significado de “compromiso con las prácticas sociales e intelectuales radicales”.

Atton quita importancia a que la información vertida en Indymedia sea explícitamente partidista, poniendo en valor especialmente el hecho de que “se informe desde la ‘línea de frente’, desde la base, desde dentro de los movimientos y comunidades a los que representan”, destacando “la presencia activa y vivida de los reporteros dentro de los acontecimientos”, que ante la ausencia de imparcialidad de los grandes medios “permite la producción de noticias que cuentan otras historias diferentes de las que lanza el mainstream: nuestras noticias, no las suyas”.

Barandiaran recuerda la máxima de Jello Biafra que se convierte en el eslogan de Indymedia (*Don't hate the media, become the media*), para considerar esta experiencia como

una “publicación abierta de imágenes, vídeo, audio y texto, para cubrir informativamente y coordinar las protestas que consiguieron paralizar la cumbre de la OMC”, basada en un modelo que “evita intermediarios en la producción y distribución de noticias, comunicados, reflexiones y narraciones”, diluyendo así “el poder de representación, interpretación, y censura de los media corporativos y unidireccionales, permitiendo, además (...) la coordinación de una red de mediactivistas que cubren las protestas globales haciendo la función de ojo público y escudo contra la represión policial” (Barandiaran, 2003:18).

Indymedia “está organizado de forma radicalmente descentralizada y horizontal”, de manera que “cada sitio web local es autónomo pero está conectado a la red más amplia, facilitando el intercambio de ideas, recursos e información”, en lo que Juris (2005:193) denomina la *‘lógica cultural de enredar’*, entendiendo este término como el de tejer la red mediante el mismo trabajo en red. Para este autor, esta lógica cultural conlleva específicamente “una serie de disposiciones culturales y sociales profundamente arraigadas que orientan a los actores a (1) la creación de lazos y conexiones horizontales entre elementos diversos y autónomos; (2) la circulación libre y abierta de la información; (3) la colaboración mediante la coordinación descentralizada y la toma de decisiones a través de la democracia directa; y (4) la práctica autogestionada de ‘enredar’, que refleja los valores asociados al ‘código abierto’, al desarrollo de software incorporado al LINUX o a la World Wide Web que forma parte de una ‘Ética Hacker’ identificada por Himanen”.

En sintonía con esta filosofía hacker, los diferentes nodos locales de Indymedia van surgiendo generalmente a partir de los hackmeetings que se desarrollan en torno a los hacklabs (laboratorios hackers), que Roig define como “una comunidad política”, que desarrolla una actividad política. Roig sostiene que estos hacklabs que sirven de soporte a las experiencias Indymedia son “declaradamente políticos, se articulan como comunidad en un punto de cruce entre varios movimientos (punto de confluencia que no es simple suma o agregación, sino una expresión política nueva), lo que les permite, por una parte, reconocerse como movimiento diferenciado (en relación a un discurso y unos recursos políticos propios, un imaginario y unos referentes simbólicos y político-literarios específicos), y al tiempo sentirse parte (o herramienta) de otras comunidades o redes sociales” (Roig 2006a:174). De esta manera, Indymedia, según Roig participa de lo que denomina “la intersección booleana (no la suma) de tres conjuntos de activistas, la superposición de tres planos en la que confluyen y cristalizan parte de los discursos y partes de sus recursos personales: (1) los Centros Sociales Okupados (movimiento okupa); (2) los dispositivos de comunicación del movimiento antiglobalización (los diferentes nodos de Indymedia); y (3) la vieja cultura hacker, de la que se hereda el perfil más estrictamente ‘high-tech’, las dinámicas de los viejos hackers del MIT y del movimiento social y político que inicia la Free Software Foundation”.

Barandiaran argumenta en la misma línea que “el hackmeeting es un encuentro de hackers pero con un marcado carácter político-activista”, que “suelen realizarse en CSOAs (centros sociales okupados autogestionados —lugar común también para los hacklabs) por la sintonía de organización autogestionada y libertad institucional que suponen dichos espacios, definiendo la experiencia de los CSOAs una especie de *'reality hacking'* en tanto que están impulsados por el mismo afán de experimentación, construcción y deconstrucción autónoma de sistemas, en este caso sociales más que computacionales o tecnológicos” (Barandiaran, 2003:15), argumento que defiende apoyándose en Blicero (Papathéodourou y Ludovic, 2001). Refiriéndose a los hacklabs, afirma que “surgen del deseo de continuar con la dinámica de los hackmeeting en entornos locales más reducidos y con una continuidad temporal más extendida”, reconociéndoles un doble uso orientado al reciclaje tecnológico y al aprendizaje colectivo, en los que se asumen proyectos tecnopolíticos como la construcción de redes metropolitanas inalámbricas.

Esta doble dimensión, la virtual encarnada en Indymedia como herramienta comunicativa basada en una gran descentralización, y la física, arraigada en las experiencias de los hacklabs, resume lo que Castells define como “el espacio de los nuevos movimientos sociales de la era digital”, afirmando que “es un compuesto del espacio de flujos y del espacio de lugares”. Esa confluencia se produce en el momento en el que “los movimientos sociales escaparon de su confinamiento en el espacio fragmentado de los lugares y se apoderaron del espacio global de los flujos, mientras no se virtualizaban a sí mismos hasta la muerte, manteniendo su experiencia local y los lugares de aterrizaje de su lucha como el fundamento material de su objetivo final: La recuperación de los significados en el nuevo espacio / tiempo de nuestra existencia, hecho de flujos y lugares y su interacción”, lo que en definitiva supone “construir redes de significado en oposición a las redes de instrumentalidad” (Castell, 2008b:14).

Juris (2008a:218) relaciona Indymedia con lo que Hetherington (1998:123) llama la ‘práctica espacial de lo utópico’, que implica “una perspectiva utópica de la sociedad y el orden moral, que desea proyectar y que se pone en práctica mediante la implantación de ideas sobre la nueva sociedad en lugares concretos”, de manera que “los activistas de Indymedia usan las nuevas tecnologías y sus procesos para manifestar ideales políticos en lugares físicos y también virtuales, de forma que representan una nueva forma comunicativa” que Juris denomina “utopía informacional”.

Para este autor, Indymedia, por tanto, “constituye una respuesta al monopolio de las corporaciones propietarias de los medios de comunicación”, mediante “la producción de las noticias autoproducidas, reflejando la filosofía del 'Hazlo-Tú-Mismo' (Do-It-Yourself, DiY)” que reivindicara McKay (1998), “mediante el uso de las nuevas tecnologías, como Internet, plataformas multimedia, que implican el uso de la imprenta electrónica,

vídeo, audio y fotografía, para construir una red de comunicación alternativa, autogestionada y participativa, (...) rechazando la idea liberal predominante de la *objetividad en el periodismo*, y construyendo un escenario en el que “los activistas declaran de forma abierta sus inclinaciones políticas a la vez que mantienen un compromiso con la justicia y con la precisión”.

Pero Indymedia constituye algo más que un medio de comunicación. Su propuesta organizacional forma parte de la identidad del proyecto, de manera que “los colectivos Indymedia locales se organizan de forma altamente descentralizada y no jerárquica, a través de la democracia directa, que implica una toma de decisiones basada en el consenso, trabajo de forma autónoma en grupos de afinidad y coordinación mediante consejos de portavoces o asambleas” (Juris, 2004:165).

Quizá una de las aportaciones más importantes que hizo Indymedia fue visibilizar el proceso de transnacionalización de las luchas que en los años posteriores al levantamiento zapatista se fueron fraguando hasta la Batalla de Seattle, momento en el que rebosan la esfera privada y trascienden a una realidad que descubre una nueva forma de movilización y protesta social. Sampedro y Resina (2010:12) de una forma bastante esquemática, resumen a Cammaerts y Van Audenhove (2005) y Curran (2005 [1994]) concretando que “Indymedia implica una suerte de esfera pública donde a) existe una variedad de participantes de todo el mundo, donde la nacionalidad se torna irrelevante; b) se debaten cuestiones de carácter transnacional (o local pero vinculadas en forma de red) y c) hay un grado considerable de interacción y debate entre los participantes”, constituyendo, por tanto, “una muestra de 1) herramienta de organización para los movimientos; 2) herramienta de movilización tanto on-line como off-line; 3) herramienta de mediación y de creación de una emergente esfera pública transnacional; y 4) un espacio abierto donde se debate sobre aspectos conflictivos”. Por su parte, Bennett (2003a:31) considera que “las manifestaciones estaban contadas en Indymedia mediante reportajes transmitidos por los propios activistas, informes que vinculaban a los activistas a un espacio político virtual. (...) Así, las acciones locales fueron reimaginadas en términos de conexión global tanto para los activistas como para los diversos públicos globales que las presenciaron”. Downing sostiene a este respecto, que “la historia de Seattle, como la mayoría de las otras historias que fueron germen de otros IMCs, fusionó lo global y lo local, y en los meses y años que siguieron, esta mezcla constante caracterizó las publicaciones diarias y semanales en el sitio de Indymedia”, lo que en cierto modo “representó una importante ganancia en el activismo mediático, que con demasiada facilidad opta por uno sobre el otro, a veces por falta de recursos para cubrir el nivel internacional. Sin embargo, la combinación de la cobertura de doble nivel con hipervínculos a todos los demás IMCs, así como a otros grupos activistas de todo el mundo, proporcionó una extraordinaria autopista a los usuarios para conectar asuntos políticos, económicos y culturales, o simplemente explorar e intensificar así su estado de información” (Downing, 2003:251).

No obstante, a pesar del enorme éxito que supuso la creación de la red Indymedia y su expansión a lo largo y ancho del planeta, su vida ha sido relativamente efímera. López y Roig consideran que tras la caída del ciclo de movilización, como consecuencia de los sangrientos sucesos de Génova en 2001, las diferentes Indymedias “se ven obligadas a sustentar la línea argumental en procesos más cotidianos, alejados de las grandes contracumbres”. Refiriéndose al caso español, destacan que “sólo los Indymedias ubicados en áreas geográficas donde hay niveles de conflictividad interna y movimientos sociales capaces de mantener una tensión informativa constante, precisamente aquellos dos donde el nacionalismo actúa como elemento de dinamización social, el fenómeno Indymedia no acusa la caída del ciclo. En los demás casos, se ven obligados a optar o bien por una dispersión territorial de nodos, descentralizando la gestión en pequeños grupos con autonomía y menor carga de trabajo; o bien por cerrar filas en torno al proyecto, perfilando de manera más estrecha la línea editorial y combatiendo consecuentemente la disidencia interna” (López y Roig, 2006:36). Por su parte, Cándón (2012a:85) encuentra las razones “por las que la red [refiriéndose a Indymedia] y los movimientos sociales en general han perdido gran parte de la iniciativa y la visibilidad con la que irrumpieron entonces” en los argumentos que esgrime Fernández-Savater (2009), para el que “la idea de publicación abierta no era escalable, por lo que una vez que se popularizó el medio y la comunidad de usuarios desbordó el entorno de los activistas altermundistas *el ruido acabó devorando la comunicación*”, refiriéndose a “las provocaciones, los *trolls*, los cotilleos, toda una variante de lo que Paolo Virno llama ‘charla’: un *blablabla* sin ninguna densidad ni afectación subjetiva”. Este autor profundiza en otras causas que influyeron en la pérdida de importancia de la herramienta refiriéndose al caso de Madrid: es lo que llama “una socialización política de la tecnología en manos de cualquiera”, que describe de la siguiente manera: “El uso político de las herramientas tecnológicas, en los albores del movimiento antiglobalización, estaba en manos de una especie de casta mediactivista, pero el 13-M [dos días después del atentado en Madrid] la gente cualquiera se autoorganizó con los móviles e internet contra las mentiras del gobierno. Nada volvió a ser lo mismo”.

Uno de los grandes retos que debió afrontar Indymedia como proyecto fue la sostenibilidad del mismo a largo plazo, sobre el que autores como Couldry se interrogaron en su momento, “acerca de las posibilidades de sostener tales prácticas híbridas dentro de, o menos al mismo tiempo, mercados de trabajo cada vez más flexibles”. Por otra parte, Couldry considera que existen preguntas sin responder acerca de las limitaciones que ofrece el concepto de publicación abierta en relación a la idea de medio comunitario, como el hecho de que “la producción de Indymedia se realice necesariamente en el tiempo libre de las personas, lo que restringe la participación (...) de quienes deben pluriemplearse para llegar a fin de mes, que son automáticamente excluidos”. Añade otras bases de exclusión, aparte de la alfabetización, como “las habilidades informáticas necesarias para convertir el material en el formato necesario para su uso

en Indymedia y sitios similares" (Couldry, 2003b:45). Couldry presenta muchas más objeciones al proyecto Indymedia, como el hecho de que "ciertos sites manifiesten claramente su subjetividad, dudando con ello de las visiones de sus lectores o el grado de transparencia que acepta". A la cuestión de la sostenibilidad se refieren Coyer (2007:260) para asegurar que "la sostenibilidad no es sólo una cuestión de seguridad financiera sino también de cómo se promueve y organiza el proyecto, cómo se distribuye y quién es el público, y qué otros medios de apoyo social y participación comunitaria pueden formar parte de él", poniendo el interrogante sobre la capacidad de dedicación por parte de la comunidad.

Estos autores, además, ponen el acento en las limitaciones que supone imitar, de alguna manera, el modelo informativo basado en la inmediatez que promueven los grandes medios. Es lo que el cofundador de nodo de Indymedia en Seattle, Dan Merkle, llama a esto la estrategia de "perseguir a los focos", o lo que el activista John Jordan denomina "obsesión por el presente colectivo". Coyer afirma que "lo que sostiene la red Indymedia, son los informes cotidianos, aunque son más conocidos por su cobertura del movimiento de protesta global". Esta dinámica llevó a Indymedia a gestionar la información desde el enfoque de la velocidad y la inmediatez, primando el evento sobre el proceso, cayendo en la crítica a la que se ven sometidos muchos medios alternativos: "concentrarse en el seguimiento inmediato, en lugar de hacerlo a largo plazo mediante historias complejas, o en la cobertura de protestas importantes que fetichizan la acción inmediata en las calles en lugar de un compromiso profundo con los problemas que provocaron las protestas iniciales de la gente".

Por otra parte, hay visiones menos optimistas acerca del alcance que tuvo Indymedia como elemento transformador del panorama mediático, argumentando que "un excesivo autonomismo informativo bien ilustrado en el eslogan de Indymedia *no odies los medios, sé los medios*, nos lleva a perder la complejidad del escenario político donde es necesario articular intervenciones comunicativas sofisticadas y estratégicas", dado que (...) "la pretendida superación tecnológica de la división entre emisor y receptor, en términos reales y cotidianos, no deja de ser relativa: se puede participar como consumidores de información, productores y/o distribuidores de contenidos en redes alternativas, pero una estrategia contrahegemónica que se quiera de largo plazo no puede renunciar a los beneficios de la división del trabajo y la especialización. Tema siempre delicado dentro de la perspectiva voluntarista y de gratuidad de la izquierda, la ineludible profesionalización y captación de recursos económicos (incluida una publicidad alternativa) es una discusión que está hoy en el centro del mediactivismo" (Jerez, 2006:155).

Otros autores como Espiritusanto (2011:4) se alejan de posiciones que relacionan las dimensiones políticas del proyecto, vinculando la experiencia Indymedia (a la define como "una red global de periodistas cuya misión es informar sobre temas de contenido

político o social, desde diferentes países, en todo el mundo”) con el nacimiento del periodismo ciudadano, como ya ha quedado visto anteriormente, al considerar que Indymedia refuerza dos conceptos claves de este, como son “la idea de incluir la colaboración de la ciudadanía, y la de informar de aquellos temas que los medios tradicionales ignoran”, lo que unido al “uso de la tecnología y de las herramientas, permiten a cualquiera participar y generar contenido de manera sencilla”, limitándose con ello a reconocer una cierta dimensión activista, al reconocer que va acompañada de una democratización de las herramientas y una peculiaridad en el modelo de gestión, basada en la participación, sin entrar en más detalles.

En cualquier caso, aunque Indymedia constituyó un referente de las estrategias comunicativas iniciales de los movimientos sociales, tuvo un recorrido limitado. El desarrollo de nuevas aplicaciones y el interés de los colectivos sociales en atender a los públicos de proximidad, buscando construir espacios más identificados con la comunidad de referencia, provocó la aparición masiva de webs y blogs, una vez que el modelo de contracumbres había perdido protagonismo, en un intento de hacer una comunicación más planificada, no tan espontánea.

Superada la fase inicial de la fascinación por la herramienta que posibilitaba hacer contrainformación a escala planetaria desde cualquier rincón del mundo, y experimentado el placer de difundir sin necesidad de ser sometido a filtros ni controles editoriales, el objetivo se centró en mejorar la calidad de los contenidos y en sacar el máximo partido a las herramientas. De esta manera se fue pasando de un discurso basado en el relato diario de los acontecimientos, a otro basado en las propuestas y en las políticas.

La primera herramienta de la que se dotaron los movimientos sociales fueron los *websites*, que funcionaron como escaparate de los diferentes colectivos, pero que por su carácter estático no generó más interés que el que podía desarrollar cualquier espacio informativo previo. Por compararlo con la época anterior a la llegada de Internet, podríamos decir que actuaban como puestos informativos de calle donde se repartía información de la identidad corporativa, con la diferencia de que Internet había hecho posible ubicar estos puestos informativos en el espacio virtual. La estructura de la mayoría de ellos se replicaba de la misma forma: el objetivo consistía en informar de ‘quiénes somos’, ‘qué hacemos’, ‘dónde estamos’, ‘cómo contactar’, etc. La actualidad diaria estaba ubicada, generalmente, en otro espacio diferenciado, más dinámico, enlazado desde el website, espacios que se conocían como *blogs*.

En esta evolución, los blogs crearon espacios de debate y opinión no necesariamente vinculados a una arquitectura férrea de web, que muchas veces condicionaba la jerarquía, el peso y la forma de mostrar los contenidos. Los blogs se presentaron como un mecanismo más flexible de publicación de contenidos, sobre los que se podía tener un mayor control de la estética y de la distribución de información. Además eran fáciles

de crear y mantener sin necesidad de grandes conocimientos en lenguajes de programación, y popularizaron la posibilidad de que los lectores hicieran comentarios, de manera que los productores del contenido recibían el feedback de su audiencia. También permitían crear suscripciones por email o syndicar contenidos. Junto a estas herramientas, tomaron protagonismo los blogueros, que “se han demostrado como tecnoactivistas que favorecen no sólo la autoexpresión democrática y la creación de redes, sino también la crítica mediática global y la intervención sociopolítica periodística” (Kahn y Kellner, 2004:91). Muchos colectivos sociales entendieron el poder de esta herramienta y el dinamismo que podía ofrecer a su acción comunicativa. En este sentido, Kahn y Kellner continúan su anterior argumentación afirmando que “mientras que la cobertura reciente de los blogs tiende a retratarlos como dominios narcisistas para la propia opinión individual, y centrarse en los bloggers individuales conservadores o neoliberales, existen muchos blogs de grupo en el cual equipos de colaboradores publican y comentan historias de noticias, eventos y asuntos del día”.

Lo cierto es que el blogging se ha convertido en una forma concreta de comunicar, detrás de la cual emergen figuras que abanderan determinadas causas, incluso en las luchas sociales. Expertos en temas específicos utilizan los blogs como espacio contrainformativo, incluso dentro de los blogs comerciales, en los que es posible obtener una opinión ‘cualificada’ sobre temas específicos, cuestionando las voces oficiales. La figura del ‘blogger’, como la del ‘youtuber’ o tantos otros modelos similares, participan en cierto modo del individualismo que forma la arquitectura de los movimientos sociales de este siglo, sostenidos como apuestas personales más que como colectivas. Representan de alguna forma ese modelo de movimientos sociales contruidos en gran medida fuera del control de los colectivos sociales. La importancia del blogger no reside tanto en el colectivo al que pertenece o con el que se identifica, sino en su autoridad moral para elaborar discursos sobre ciertos fenómenos.

En este sentido, la diferencia con los weblogs como Indymedia reside en que en aquel primitivo sistema los espacios estaban contruidos bajo el paraguas del Independent Media Center, y eso ayudaba a generar identidad colectiva activista. La actual proliferación de blogs en el panorama mediático permite ofrecer a los lectores puntos de vista divergentes frente a cuestiones complejas, aunque existe una cierta pérdida de posicionamiento activista, desde la visión más militante de la palabra, si bien ayudan a construir información y opinión crítica con una enorme proyección mediática.

Estos blogs están constituyendo una apuesta clara de los ‘nuevos medios’ (y de los ‘viejos-nuevos medios’) por ofrecer una visión alternativa de la realidad que construyen en el día a día. Propuestas como “El desalambre”²⁰ en eldiario.es, un blog sobre derechos humanos, o “3500 millones”²¹ un blog sobre visiones de desarrollo en la edición

²⁰ <http://www.eldiario.es/desalambre/>

²¹ http://elpais.com/agr/3500_millones/a

digital de El País constituyen ejemplos de blogs de autoría colectiva muy representativos de lo expuesto. Este sistema ha conseguido poner en el escenario mediático a muchas personas vinculadas con los movimientos sociales que están construyendo información y opinión no solo para públicos comprometidos, sino también para otros menos críticos, pero también interesados en conocer posiciones periféricas.

No obstante, el desarrollo de plataformas como *wordpress* o *blogger*, en las que poner en marcha un blog era tan fácil como abrirse una cuenta gratuita en dichas plataformas y llenarlas de contenido, facilitó la tarea de muchos bloggers independientes. Esta facilidad llenó la blogosfera de muchos tipos de ruido, pero también de ruido activista. Este fenómeno, provocado en cierto modo por ese modelo de autocomunicación individualista, fue diluyendo la publicación de comunicados y manifiestos de los movimientos sociales, formato clásico de práctica mediática los colectivos en las décadas anteriores.

Pero los movimientos sociales también han utilizado los blogs para su acción colectiva; especialmente interesantes han sido algunos formatos que permitían el seguimiento de campañas de protesta o de denuncia, como Nunca Mais²², una plataforma de respuesta al desastre ecológico por el hundimiento del Prestige, o "15Mparato"²³, un blog para el seguimiento de la acusación ciudadana del caso Bankia, y la implicación de Rodrigo Rato en la crisis de las preferentes y las 'tarjetas black'. Estos blogs han constituido una excelente herramienta para plataformas y redes de colectivos o personas implicadas en campañas y actividades concretas de denuncia y sensibilización, ayudando a centrar el enfoque y la acción propuesta.

Pero esta evolución experimentada desde los primeros weblogs a los blogs actuales no ha sido única. Espacios como Indymedia tenían otra serie de virtudes importantes que los movimientos sociales han sabido reconocer y cuidar; además de constituir una auténtico cuaderno de bitácora del día a día de la lucha antiglobalización, constituía también el repositorio ideológico de los fundamentos que justificaban esa lucha. El vector, en este caso ha evolucionado hacia el desarrollo de una herramienta con gran valor para el activismo: las wikis.

La arquitectura de este modelo de web, creada mediante enlaces que van creando páginas nuevas, permite la incorporación de contenidos por parte de la comunidad en un proceso de creación y revisión permanente de lo alojado, constituyendo repositorios de conocimiento sobre determinados procesos de acción colectiva. Se trata de un modelo extremadamente participativo, en el que páginas están sometidas a discusión.

²² <https://plataformanuncamais.wordpress.com/>

²³ <https://15mparato.wordpress.com/>

Estas wikis, en las que la historia se va escribiendo casi en tiempo real, se han convertido en auténticos fondos documentales del activismo y sirven no solo para hacer una arqueología de la acción colectiva, sino para entender los procesos actuales.

El modelo wiki fue inaugurado por la archiconocida Wikipedia²⁴, fundada por Jimmy Donal Wales con la intención de crear la mayor enciclopedia del mundo, construida por la comunidad sobre una plataforma de software libre, *wikimedia*. Esta herramienta ha constituido la base de muchos proyectos que han imitado el modelo wikipedia para la construcción de conocimiento de forma colaborativa. Por su filosofía, experiencias como el 15M en España utilizaron el software libre de Wikimedia para construir 15Mpedia²⁵, una enciclopedia libre sobre el conocimiento del 15M, que incluye entre otras cosas, todas las actas de las asambleas y los nodos del movimiento.

No obstante, wikis y blogs están siendo utilizadas con los mismos propósitos de forma indiferente; su elección, muchas veces no responde a la finalidad de la herramienta, sino a la usabilidad que presente. A pesar de ello, sea mediante wikis o mediante blogs, los movimientos sociales han puesto su interés en construir un conocimiento colaborativo basado en su experiencia y en mejorar la información y la opinión de temas que surgen en las bases de esos movimientos.

8.2. Del email y las listas de correo al social media

Las primeras herramientas que descubrieron los movimientos sociales en Internet, y que cambiaron su modelo de relación social fueron el correo electrónico y las listas de correo. La preparación de la Batalla de Seattle no fue ni mucho menos espontánea, sino que se gestó en las conexiones que se iban tejiendo en Internet, que sirvieron de coordinación a la protesta, mediante listas de correo y boletines electrónicos. De esta manera, la lista de correo *'StopTheWTO'* y el boletín electrónico *'The Blind Spot'* que se publicó durante los días de la batalla de Seattle, por Indymedia, circularon a velocidad de vértigo, no solo entre los protagonistas de la protesta, sino entre cientos de miles de personas que estuvieron informados sobre los acontecimientos de aquellos días.

A partir de aquella lista se sucedieron muchas otras que sirvieron para compartir información y recursos, coordinar y ofrecer soporte técnico a los activistas interesados en asistir a las contracumbres y las marchas de acción global que se fueron celebrando en los años sucesivos. La dimensión que llegaron a adquirir supuso un desafío en la moderación de contenidos, pero en cualquier caso aportaron una novedosa forma de organización, que permitió a los activistas mejorar sus acciones directas. Las listas de correo tenían tres ventajas para los activistas, que las hacían preferibles sobre páginas web y weblogs: “En primer lugar, sirven a una comunidad específica, y la comunidad

²⁴ <https://es.wikipedia.org/wiki/Wikipedia:Portada>

²⁵ <https://15mpedia.org/wiki/Portada>

puede hacer la lista privada. En segundo lugar, tienden a ser centrarse en una temática. En tercer lugar, mensajes son "empujados" a las bandejas de entrada de correo electrónico de los suscriptores" (Gillmor, 2006:27).

Pero aunque en Seattle la acción comunicativa basada en este tipo de estrategias muestra una gran efectividad tanto para la coordinación como la para distribución de información, su uso no era una novedad. Como en otros casos, las listas de correo fueron determinantes para la visibilización del movimiento zapatista, que hizo un uso táctico de esta herramienta muy premonitorio; en este caso sirvió para "construir comunidad a partir de diferentes temáticas que consiguieron involucrar a muchas personas relacionadas con los derechos humanos, las desigualdades, los conflictos internacionales (indigenistas o no), además de distribuir artículos, comunicados, entrevistas de personajes relacionados con el zapatismo, principalmente la figura del Subcomandante Marcos" (Vázquez, 2004:164). Los antecedentes activistas de estas herramientas podemos encontrarlos claramente en la comunidad de software libre, cuyos desarrolladores utilizaban las listas de correo y grupos de discusión como USENET "para mejorar los proyectos, mediante comunidades formadas por grupos de hackers distribuidos por todo el mundo, que no se conocen entre sí, pero que simplemente comparten un interés común" (Matías, 2006:70).

Pero López y Roig (2006:17) afirman que "el hacktivismo político no lo inventaron los hacklabs, y tampoco el zapatismo", ya que "mucho antes del 'sub', mucho antes de la Web, a finales de los años ochenta, un grupo de hackers italianos conectó varios BBSs [Bulletin Board Systems] vinculados a centros sociales okupados y radios libres de Roma y del Nordeste y crearon la red ECN (European Counter Network), con intención europeísta", en la que había involucrados ciberactivistas de Italia, Reino Unido, Alemania y Holanda. Aquellos BBS eran tabloneros de anuncios electrónicos, en los que había que esperar turno para poder conectarse, cuando la World Wide Web estaba dando aún sus primeros pasos. El objetivo de estos BBS fundamentalmente era difundir información sobre convocatorias y actividades y se configuraron como puntos de encuentro sobre temáticas específicas.

La puesta en funcionamiento de infraestructuras autónomas, no dependientes de servicios comerciales, constituyó un factor de desarrollo fundamental, no solo por la independencia que aportó, sino también por el ecosistema que contribuyó a crear entre los movimientos sociales. Uno de los primeros ISP alternativos en España fue Nodo50, que en sus orígenes, en 1994, era un BBS vinculado al 'Foro 50 años bastan', una red de organizaciones anticapitalistas, que en los preparativos de las protestas contra el 50 aniversario de las instituciones de Bretons Woods celebrados en Madrid, decidieron de dotarse de una infraestructura propia que permitiera gestionar una red telemática para la organización de la protesta. Por entonces en España había un par de Bulletin

Board System (“Help” en Madrid y “Revolware” en Barcelona), y dos iniciativas que surgieron con la idea de prestar servicios telemáticos a organizaciones sociales: Red Eurosur²⁶ en Madrid, y Pangea²⁷ en Barcelona. Fuera de España el referente era Green-Net, un servidor alternativo británico que ofrecía soporte a las incipientes experiencias que iban surgiendo no solo en España, sino en toda Europa, como uno de los nodos de ACP²⁸ (Asociación para el Progreso de las Comunicaciones). Esta organización sin ánimo de lucro fomentaba la instalación de infraestructuras autónomas que permitieran la creación de un Internet libre para la ciudadanía, desde 1990. El mapa de experiencias alternativas se fue completando en España con iniciativas similares como Eusnet o Xarxaneta que se agruparon en torno a una red de nodos federados, llamada IPANEX, que se acabaría integrando (y posteriormente abandonando por discrepancias con los criterios políticos de la organización) en ACP.

Más allá de los avatares en los procesos de construcción, el valor de estas experiencias residió en la capacidad de construir una red alternativa y operativa en los inicios de una tecnología que estaba dando sus primeros pasos, pero que de esta manera ayudó a los movimientos sociales a descubrir un nuevo modo de relacionarse. Los BBS y los primeros servidores independientes fueron creando un espacio nuevo que fue demandando herramientas más complejas.

En el caso de Seattle, estas primitivas listas de correo consiguieron facilitar la organización de protestas coordinadas a nivel mundial. Juris (2005:191) toma prestado de Wellman (2001) la denominación que este autor hace de este tipo de prácticas a las que llama ‘redes sociales apoyadas en ordenador’ (CSSN, por su siglas en inglés, ‘computer supported social networks’). Estas listas de correo estaban apoyadas por páginas web temporales, foros de discusión y salas de chats que según Juris “facilitaban nuevos patrones de compromiso social” generando con ello una clase particular de CSSN, los “computer supported social movements”.

Inicialmente, estas redes eran más descentralizadas que distribuidas, por su forma de funcionamiento, aunque fueron instalando la lógica cultural del trabajo en red entre los movimientos sociales que se caracteriza por (1) la construcción de vínculos horizontales y conexiones entre diversos elementos autónomos; (2) la circulación libre y abierta de información; (3) la colaboración mediante la coordinación descentralizada y la toma de decisiones directamente democrática; y (4) establecimiento de redes auto-dirigidas (Juris, 2005:193).

²⁶ <http://www.eurosur.org/>

²⁷ <http://pangea.org>

²⁸ <https://www.apc.org/es>

Tanto el email como las listas de correo siguen teniendo un alto poder comunicativo para los movimientos sociales, especialmente en cuestiones relacionadas con la comunicación interna. El soporte tecnológico de causas posteriores como la 'intifada electrónica', durante la Segunda Intifada Palestina entre 2001 y 2005, guarda muchos paralelismos con la causa zapatista; el poder de las listas de correo, en este caso, se vio potenciado por las tecnologías móviles que empezaban igualmente a ser utilizadas de forma insurgente. Los 'usenets' en favor de la causa palestina, los grupos de discusión creados en *Yahoo!* como 'Free Palestina' o la lista de correo 'Escucha Palestina' creada por la periodista Karma Abu Sharif para llenar el vacío de los medios, otorgaron a la intifada una dimensión virtual importantísima.

No obstante, las tecnologías móviles han reconfigurado el panorama de la comunicación activista, haciendo que determinadas herramientas como salas de chats prácticamente hayan dejado de tener uso como consecuencia de la irrupción de la mensajería instantánea. Si con las tecnologías de principio de siglo todavía podemos distinguir elementos centrales y periféricos, con la llegada de Whatsapps y Telegram, la viralidad de las comunicaciones alcanza su máxima dimensión. Antes de estas herramientas, los SMS demostraron el poder que podía lograr a alcanzar la mensajería instantánea.

La 'generación TXT', como fue bautizada por Rheingold (2004:48) empezó a utilizar los mensajes de texto para la movilización súbita. Rheingold sitúa el origen de este tipo de prácticas en la convocatoria a la que acudieron hasta un millón de personas, que durante cuatro días permanecieron en enero de 2001 en la Avenida Epifanio de los Santos, en Manila, con el objetivo de forzar la dimisión de Estrada, el primer ministro filipino por entonces. Esta concentración fue convocada espontáneamente por SMS, una tecnología de bajo coste y gran poder de expansión, sin necesidad de un ordenador y mediante conexiones inalámbricas.

Se han realizado muchos estudios sobre el alcance de esta tecnología durante los acontecimientos del 13 de marzo de 2004, en la jornada de reflexión de las elecciones generales que se celebraron el día siguiente y dos días después de los atentados yihadistas en Madrid. Aunque en aquella convocatoria todos los medios al alcance de los ciudadanos funcionaron en la misma dirección, la tecnología estrella fue el mensaje corto, poniendo la telefonía móvil al alcance del activismo mediático. Con el SMS nació la filosofía del "pásalo", como forma de viralizar una convocatoria express. No hubo líderes, no hubo centralidad alguna en aquellas prácticas insurgentes y urgentes. Todo fue puro contagio, diseminación masiva.

La estrategia de desinformación y manipulación informativa que el gobierno en funciones desplegó en los días previos a la movilización del 13M, generando una confusión ficticia en torno a los autores de los atentados, se vio superada por la extraordinaria capacidad de movilización de una ciudadanía que hizo circular la información a partir

de fuentes alternativas (Indymedia Barcelona y Nodo 50 alcanzaron cotas de actividad similares a los medios comerciales) y medios extranjeros. Y sobre todo, demostró tener una gran capacidad de respuesta ante la amenaza percibida. Los SMS fueron convocando concentraciones espontáneas en diferentes ciudades del país según se iban desmintiendo las coartadas gubernamentales, para acabar en grandes manifestaciones aquel 13 de marzo. Así, de esta manera, el SMS, que era una herramienta principalmente lúdica, adquirió un uso político aquel 13M que fue conocido como la “noche de los móviles”, estableciendo un paralelismo con el 23F, que fue la ‘noche de los transistores’. La tecnología SMS utilizada para la difusión de la protesta anticipó el poder de las redes sociales que todavía estaban por llegar, no solo en la capacidad de desplegar la acción comunicativa de forma efectiva, sino también a la hora de crear emociones. Efectiva, pero limitada, en la medida que se trataba de una herramienta *peer-to-peer*, consiguió movilizar masas de ciudadanos a base de mensajes de texto que iban circulando de unos a otros como si fuera una mecha encendida.

El cambio de ciclo de protesta y la ola de ocupaciones que surgen de la primavera árabe provocó un cambio importantísimo en las pautas comunicativas de los movimientos sociales, inaugurando la era del activismo en redes sociales electrónicas. Twitter y Facebook, principalmente, junto con otras herramientas, como Instagram y Youtube dotaron a los activistas de todo el mundo de la capacidad de comunicar en tiempo real, aprovechando el flujo comunicativo que ofrecían estas tecnologías. Twitter, que nació en 2006 de la mano de Jack Dorsey como un modelo de microblogging, y Facebook, ideado por Mark Zuckerberg en 2004 como un espacio para compartir información personal con amigos, ofrecieron espacios comunicativos ágiles y dinámicos para los actores de la protesta social, que descubrieron el poder de las redes sociales en la comunicación insurgente. En el plano tecnológico, smartphones y tablets integraron definitivamente las tecnologías móviles en la vida de los ciudadanos, dotándolos de dispositivos que, gracias a su potencia de procesamiento de datos y capacidad de almacenamiento, junto a despliegue de las tecnologías wifi y 3G permitieron que los usuarios pudieran realizar actividades de forma ubicua. A partir de este momento los teléfonos permitieron hacer el trabajo de una cámara de fotos o de video, y de forma inmediata transmitirlo al mundo entero. De esta manera, el *social media* terminaba de completar el viaje que las prácticas activistas de sociedad red venían realizando para transitar desde el modelo de redes descentralizadas al de redes distribuidas.

No obstante, antes de que la primavera árabe acabara por popularizar las redes sociales en favor de la causa activista, se produjeron otros antecedentes, mucho más silenciosos, que mostraban el camino a seguir a los movimientos sociales. Hands (2011:1) se hace eco de cómo “el 15 de junio de 2009, el blog de Twitter anunció que posponía un cierre programado de mantenimiento, debido al reconocimiento del papel que Twitter estaba jugando como una importante herramienta de comunicación en Irán”. La consecuencias fueron espectaculares, en tanto que “el New York Times informó que

los iraníes están escribiendo, publicando en Facebook y coordinando más visiblemente sus protestas en Twitter, el servicio de mensajería”, hasta el punto que the Guardian publicó que “la administración Obama, insistiendo en no interferir en Irán, había pedido a Twitter que permaneciera abierta para ayudar a los manifestantes antigubernamentales”, según relataron periodistas como Stone y Cohen (2009) y MacAskill (2009).

Unos meses antes que en Irán, Moldavia hizo uso de Twitter para protestar contra el fraude electoral producido en abril de 2009. Nuevamente Hands se hace eco de la noticia publicada por en el New York Times, en la que resalta el hecho de que “una multitud de más de 10.000 jóvenes moldavos apareció de la nada para protestar contra el liderazgo comunista de Moldavia, saqueando edificios del gobierno y combatiendo con la policía”. En Moldavia el apagón televisivo no pudo evitar que Twitter fuera utilizado para la comunicación y la organización de la protesta.

Estos ejemplos incipientes sirven a Hands, no solo para escribir el inicio de la historia del uso insurgente de las redes sociales, sino también para afirmar que “Twitter es simplemente un ejemplo de activismo digital que ha acaparado la atención generalizada en los últimos años”; sin intentar magnificar el activismo digital desde la mirada de las redes sociales, admitiendo que “tiene un espectro mucho más amplio tanto históricamente como en la sociedad contemporánea”, afirma que “lo que se veía claramente aquí era el poder subyacente de las comunicaciones digitales, de las redes y de la tecnología móvil: un efecto de bola de nieve ilimitado hecho posible por el diseño y la estructura de las comunicaciones digitales modernas”.

Los demás acontecimientos en los que las redes sociales adquirieron papel clave para estos tuvieron una repercusión global, más allá de la atención que le prestaban los grandes medios, han sido detalladamente relatados por autores como Castells (2012) o Gerbaudo (2012). La primavera árabe, los movimientos 15M en España y Occupy Wall Street en Estados Unidos, el movimiento #YoSoy132 en México o la ‘Revolución de los Paraguas’ en China fueron aprovechando la experiencia acumulada, a la vez que desarrollaban y experimentaban nuevas estrategias en el uso de las redes sociales. Este gran poder de las redes sociales, en cualquier caso, residió en el hecho de ser enormemente virales, lo que permitió la difusión exponencial de mensajes, que “provocó un cambio crucial en la distribución del poder mediático” (Poell y Van Dijck, 2015:528), de manera que “los activistas se han vuelto mucho menos dependientes de la televisión y de los principales periódicos para influir en la comunicación pública”, hasta el punto de que, “la relación de dependencia de poder entre los medios de comunicación y los actores del movimiento social ha sido fundamentalmente alterada” (Tufekci, 2013:867).

Pero a pesar de la importancia y el peso con el que cuentan Facebook y Twitter en el mundo de las redes sociales, en realidad forman parte de un submundo dentro del ecosistema de medios que ha generado Internet en las últimas décadas, especialmente

a lo que a sus usos tácticos se refiere. Mason, de una forma bastante gráfica explica cómo “Facebook se utiliza para formar grupos, cerrados y abiertos, a fin de establecer esas conexiones fuertes pero flexibles; Twitter se usa para la organización en tiempo real y la difusión de noticias, evitando complicadas operaciones de ‘recopilación de noticias’ de los grandes medios de comunicación; YouTube y los sitios fotográficos ligados a Twitter, como Yfrog, Flickr y Twitpic, se utilizan para proporcionar pruebas instantáneas de las reivindicaciones que se hacen; los acortadores de enlaces como bit.ly se utilizan para difundir artículos importantes a través de Twitter” (Mason, 2012:75).

Facebook y Twitter son la punta del iceberg de un enorme entramado de herramientas que los activistas aplican a la actividad insurgente, por la familiaridad que han generado en el uso diario de las personas y por la dificultad de desarrollar herramientas de código abierto que puedan competir, no tanto en términos de mercado, sino de usabilidad. La enorme ventaja que presentan Facebook y Twitter, a pesar de sus limitaciones en cuanto al control sobre el código fuente, del que hablaré más adelante, es la posibilidad de acceder a un público universal, activista y no activista, y generar contenidos adaptados.

Gerbaudo sostiene que “de la misma manera que los servicios activistas autogestionados por Internet, como Indymedia y las listas de correo, fueron los medios de elección del movimiento antiglobalización, los activistas contemporáneos se apropian descaradamente de sitios de redes sociales corporativos como Facebook y Twitter” (Gerbaudo, 2012:2). Este autor abunda en el paralelismo que establece entre una red específica como Indymedia y otra tan global como Facebook afirmando que “cuando Mark Zuckerberg desarrolló la primera versión de Facebook en Harvard, lo que buscaba era el deseo de los jóvenes estudiantes de coquetear y establecer amistad”, citando a Kirkpatrick (2010), para a continuación defender que, “sin embargo, para muchos movimientos sociales contemporáneos, este sitio de redes sociales tan popular ha llegado a constituir una plataforma para la organización política y la movilización de masas, lo que equivale a lo que el sitio web de contrainformación Indymedia fue para el movimiento antiglobalización como punto de encuentro entre activistas, partidarios y simpatizantes y como espacio para las discusiones públicas”. En esta comparación que establece, “el contraste entre Indymedia y Facebook inmediatamente pone de relieve una diferencia clave entre estos movimientos. Mientras que los activistas que usaban Indymedia se dirigían a un público ya politizado, los activistas contemporáneos que usaban Facebook intentaban ‘reclutar’ y entrenar (prepararse para la acción política en las calles) a una juventud poco politizada” (Gerbaudo, 2012:145).

Por otra parte y en relación a la otra red social de mayor alcance, Gerbaudo afirma que “si Facebook constituye el equivalente de lo que Indymedia era para el movimiento antiglobalización, se podría decir que Twitter es ahora análogo a lo que las listas de

correo eran para los primeros activistas: una plataforma para la organización y coordinación interna. Aquí de nuevo, las diferencias entre los dos medios son inmediatamente evidentes, no sólo por el carácter móvil y en tiempo real de Twitter, sino también porque el microblogging tiene un carácter más generalista que activista y no requiere una suscripción especial como lo hacen los servicios de correo activista" (Gerbaudo, 2012:150). La gran ventaja que Hands defiende en relación a Twitter, en concreto, es que la posibilidad de seguir las actualizaciones de los demás usuarios de Twitter sin restricciones permite crear una red libre de escala, en la que el concepto de bidireccionalidad y reciprocidad queda totalmente superado, lo que de alguna manera lo configura como un medio de difusión.

Bennett y Segerberg analizan el contexto en el que se construyen las prácticas insurgentes basadas en las redes sociales, que encuentran gran parte de su éxito en la "fragmentación estructural y la individualización de muchas sociedades contemporáneas, repasando cómo en las últimas décadas se han producido cambios en relación al sentido de pertenencia a determinados grupos sociales y al sentimiento de lealtad institucional", que (...) "a su vez han provocado cambios en las orientaciones sociales de las generaciones más jóvenes" (Bennett y Segerberg, 2012:744).

Por otra parte, las redes sociales han propiciado la construcción de un nuevo nivel narrativo, que tiene que ver con la elaboración del discurso político. Según Tascón y Quintana (2012:260) en los movimientos sociales, una de las funciones de las narrativas es la creación de la identidad colectiva, que en el nuevo activismo presenta algunas peculiaridades como el hecho de que "la identidad colectiva puede ser algo efímero, como cuando se construye en torno a una etiqueta en Twitter, que dura lo mismo que dura la acción"; la otra peculiaridad es "su carácter inclusivo: frente a identidades colectivas que se refuerzan por contraste con el contrario (partidos políticos, religiones, equipos de fútbol) en las nuevas revoluciones en las que el actor es la multitud, la identidad se crea en torno a esa idea: Lo hemos visto en frases como *Todos somos Khaled Said*, en Egipto; *Somos Legión*, de Anonymous; *Somos el 99%*, del movimiento Occupy o *Marcos es en todas las minorías intoleradas, oprimidas, resistiendo, explotando, diciendo '¡Ya basta!', de los zapatistas*". Tascón y Quintana presentan una serie de variaciones en la formación de estas identidades colectivas mediante las narrativas, como el caso de los movimientos que se forman por agregación, advirtiendo que "en ocasiones se utilizan señas que refuerzan una identidad, como el movimiento *#Yosoy132*, en México, o en acciones concretas como *#Yotambiensoypromotor25S*", como forma simbólica de autoinculpación en solidaridad con los imputados de sedición por convocar en España protestas frente al Congreso el 25 de septiembre de 2012". También incluyen en este repertorio el "uso de tácticas del 'culture jamming' para la creación de identidades colectivas", como en el caso de "la denominación que idearon las personas de más edad

del movimiento 15-M, 'los yayoflautas' o, en catalán, 'iaioflautas', anulando así la intención despectiva con la que algunos políticos usaron el término 'perroflauta' para designar a los jóvenes que acampaban en Sol".

Desde este punto de vista, las narraciones buscan crear un nuevo el marco interpretativo que altere los valores y las reglas de las narraciones vigentes, señalar al oponente destacando los atributos que se combaten, enfatizar los daños romper las legitimidades y responder a las narraciones de los oponentes.

No obstante, el uso de las redes sociales ha presentado desde el primer momento limitaciones e inconvenientes. Poell y Van Dijck (2015:528) sostienen que "las redes sociales dirigen la actividad de los usuarios a través de las características tecnológicas, tales como 'retweeting', 'liking', 'following' y 'friending', así como mecanismos de selección algorítmica, que privilegian determinados tipos de contenido". Este control tecnológico se suma al fenómeno social que generan los liderazgos y que según Tufekci (2013:850) "se basa en la popularidad alimentando el imaginario del activismo basado en redes sociales con un término difícil de incorporar al idioma español: las microcelebridades, que define como los actores no institucionales políticamente motivados usan las redes sociales para comprometerse en la presentación de su personalidad política y personal para atraer la atención pública a su causa, generalmente a través de una combinación de testimonio, defensa y periodismo ciudadano". Esta es una de las cuestiones más polémicas relacionadas con el uso de las redes sociales, ya que, aunque en la práctica son distribuidas, permiten el ejercicio de liderazgos mediante el ejercicio de la influencia, que puede llegar a tener un diseño artificial, y las pone en contacto con el mundo de las emociones. Sobre este tema, Tascón y Quintana (2012:254) se remiten a Sartori (2005) rescatando y aplicando los conceptos 'vídeo-política' y 'vídeo-líder', y advirtiéndole que "la cultura de la imagen rompe el delicado equilibrio entre pasión y racionalidad" en beneficio de una "política emotivizada, resultando de todo ello una ciudadanía desinformada y una opinión pública teledirigida".

Más allá de la conectividad, el uso de las redes sociales por los movimientos sociales presenta una característica central, que gran parte de la literatura científica ha destacado, como la amplificación del poder de las emociones en la acción colectiva. Tascón y Quintana (2012:254) advierten, que "en la medida en que algunos mecanismos de la sociedad en red se activan a partir de las emociones (por ejemplo, las decisiones automáticas sobre qué se comparte y qué no, tienen un elevado componente irracional), favorecen los extremos y condicionan la comunicación política y la formación de la opinión pública. Técnicas como el storytelling se basan en recursos que explotan esta dimensión y buscan convencer a través de la empatía, la compasión o incluso el temor". A este mismo fenómeno se refieren autores como Jasper (1998) que sostiene que "cuanto más intensas sean las emociones más profundos serán los procesos cognitivos

experimentados por las personas” o Aminzade y McAdam (2001) para los que “las emociones influyen en la motivación a la acción, a nivel colectivo creando el ambiente favorable para el desarrollo de la movilización”. Aunque ciertas visiones, como la de Bauman, consideran de alguna manera este carácter emocional (refiriéndose al 15M) como una debilidad (Verdú, 2011), equiparando emociones a irracionalidad.

Hands argumenta, por otra parte, que incluso los sitios de redes sociales que funcionan de forma abierta y dialógica centralizan la interacción, mediante protocolos cerrados y restricciones técnicas, conservando la capacidad de cortar, silenciar, y dirigir. Para Hands esto constituye “un proceso de aislamiento y, alienación”, afirmando que “incluso mientras estos sitios replican algunas de las características distribuidas de la web más amplia, en realidad no son redes distribuidas”. La arquitectura que en la que se basa Twitter rompe con los fundamentos del software libre; “no es un programa peer-to-peer que conecta computadoras a través de una red distribuida”, y al encontrarse alojado “en un conjunto específico de servidores centrales que contienen todas las cuentas, si los servidores que ejecutan Twitter están desactivados, los mensajes de un usuario a otro no se redireccionarán a través de la red”. El peligro en este sentido, es evidente: “Aunque Twitter permanece relativamente abierto”, en la medida en que replica una red distribuida y está sujeto a “las mismas tendencias, es sin embargo de propiedad privada y puede ser cerrado” (Hands, 2011:121).

Algo similar sucede con Facebook; para Hands esta es una red social “con una serie de controles protocológicos jerárquicos que restringen el acceso al código, sin control para los usuarios”, hasta el punto que “Facebook transforma la información que los usuarios proporcionan para presentarlos con publicidad y otros mensajes no solicitados e indeseados”, teniendo la potestad de “expulsar a los usuarios a voluntad y restringir los tipos de grupos o intercambios comunicativos que se producen dentro de sus fronteras” (Hands, 2011:86).

Estas limitaciones, Hands las enmarca en el contexto de la Web 2.0, en que “aplicaciones y plataformas comerciales impulsan a Internet hacia el modelo de control jerárquico y se alejan del enfoque distribuido”, canalizando todo el tráfico web a sus propios dominios y ejecutando las aplicaciones en sus propias granjas de servidores y sometiendo al elemento jerárquico del DNS, que resulta más fácil de apagar o controlar.

Más allá de las limitaciones y las contradicciones tecnológicas, también hay posturas escépticas frente al ciberoptimismo que provocaron las redes sociales y a los defensores de las revoluciones 2.0. Voces como las de Gladwell (2010) se preguntan: “¿Realmente la gente que ingresa a Facebook es la mejor esperanza para todos nosotros?” Gladwell afirma que “en cuanto a la llamada Revolución Twitter de Moldavia, Evgeny Morozov, un académico de Stanford que ha sido de los críticos más persistentes al evangelismo digital, apunta que Twitter tuvo poca importancia interna en Moldavia, un

país donde existen muy pocas cuentas de Twitter. Tampoco parece haber sido una revolución, no sólo porque los manifestantes pudieron haber sido parte de una puesta en escena orquestada por el gobierno. (En un país paranoico por el revanchismo rumano, los manifestantes hicieron flamear la bandera de Rumania sobre el edificio del Parlamento.) En el caso iraní, mientras tanto, la mayoría de la gente que twitteaba sobre las manifestaciones estaba en Occidente". Este autor desmitifica el activismo basado en redes sociales y lo diferencia del *activismo de alto riesgo* con dos argumentos: Por un lado sostiene que el activismo que se enfrenta al status quo es un fenómeno de lazos fuertes, un hecho con el que no tiene nada que ver el activismo asociado a las redes sociales, que se construye alrededor de lazos débiles; por otra parte, reivindica que el activismo de alto riesgo necesita una jerarquía organizativa totalmente opuesta a lo que las redes fomentan, reconociendo que son enormemente resistentes, pero en situaciones de bajo riesgo.

Las redes comerciales han impuesto su lógica por un principio de universalidad, ya que permiten la convivencia de usuarios de todo tipo, pudiendo hacer un uso insurgente en ocasiones, y un uso personal y lúdico en otras, sin necesidad de tener que cambiar de aplicación, aunque resulte imposible tener un control sobre la misma. Más bien al contrario, los usuarios son controlados en base a sus gustos y preferencias, razón por la cual siempre han estado cuestionadas por el mundo hacker que ha intentado buscar respuestas alternativas, ya que "el modelo de red que impone Facebook no es el trabajo colectivo, la organización y el debate, necesidades primarias de los movimientos sociales" (Candón, 2012a:87). En este sentido, algunas propuestas de red social alternativa, como 'N-1'²⁹, basada en software libre, se han mostrado incapaces aún de construir iniciativas sólidas y sostenibles fuera del marco de las comerciales. N-1 se define como "un dispositivo tecnopolítico sin ánimo de lucro que pretende ampliar nuestras posibilidades de crear y difundir contenidos mediante herramientas libres, desarrolladas y autogestionadas desde una ética horizontal y antagonista para la base y desde la base. Es una de las redes de Lorea, un proyecto que engloba varias redes sociales y busca su federación, y también está enredado con Rhizomatik Labs" y nace del deseo de superar "el modelo 2.0 liberticida y comercial desarrollando herramientas que faciliten la creación de redes sociales entre colectivos afines". Aunque muchas acampadas del 15M construyeron sus relaciones virtuales en torno a esta red social, la plataforma no acabó de despegar ni de constituirse en una alternativa no comercial a Facebook y a Twitter, a pesar de lo cual constituye una importante experiencia de construcción de herramientas desde y para la comunidad activista.

Alrededor de la filosofía de las redes sociales han surgido muchas otras aplicaciones que contribuyen a dotar de mayor poder comunicativo y organizativo a los movimien-

²⁹ <https://n-1.cc>

tos sociales de la indignación. Herramientas que han contribuido a reforzar este ecosistema, como *Etherpad*³⁰, mediante la cual se pueden hacer redacciones colaborativas de documentos; *Mumble*³¹, una aplicación multiplataforma libre de voz especializada en la multiconferencia; *Propongo*³², un software libre basado en Q&A (questions and answers) para facilitar la visualización de las propuestas más consensuadas, de manera que se puedan identificar los intereses sociales generales en cada momento; *Oiga.me*³³, herramienta de lobby ciudadano para el envío masivo de emails y faxes; o *Demo 4.0*³⁴, destinada a facilitar procesos de votación y participación, así como a proponer iniciativas legislativas populares.

8.3. Del broadcasting al netcasting

La tecnología que ha soportado los servicios de radiodifusión desde que la radio y la televisión fuesen inventadas han sido las ondas hertzianas. El espectro radioeléctrico ha constituido durante décadas la única posibilidad de difusión de contenidos audiovisuales, y se ha convertido en la principal forma de distribución de audio y de video. El concepto de telecomunicación está construido por lo que la radio y la televisión han sido capaces de inventar hasta el final del siglo XX.

Por otra parte, al tratarse de un asunto sujeto a regulación administrativa por parte de las autoridades responsables en materia de comunicaciones, el acceso a la explotación y uso de dicho espacio ha estado sujeto históricamente a una serie de condiciones, lo que ha permitido a los Estados ejercer un control sobre las empresas y los contenidos que se distribuían a través de dicho espectro. La limitación de acceso que suponía la necesidad de contar con una licencia, tanto en radio como en TV, ha construido estos medios en espacios en los que la pluralidad y la diversidad ha estado siempre cuestionada.

De esta manera, Light (2013:5 y ss) citando a Werbach (2004; 2011) considera que “desde un punto de vista científico, se ha mostrado que el espectro no es un recurso escaso por naturaleza, y que en su lugar, las limitaciones radican en nuestras habilidades técnicas y políticas para hacer uso de él y crear modos de organizar la maximización de ese uso”, poniendo de manifiesto este autor que “la tecnología dominante del espectro y la regulación han sido diseñadas con la exclusividad en mente, evitando un número de prácticas que permiten compartir y hacer un uso cooperativo de ese espacio”. Frente a esta realidad, Werbach ha propuesto a lo largo de sus investigaciones la creación de un espectro comunitario, cuestión que en diferentes época han apoyado

³⁰ <http://etherpad.org/>

³¹ https://wiki.mumble.info/wiki/Main_Page

³² <https://propongo.tomalaplaza.net/>

³³ <http://oiga.me/>

³⁴ <http://demo4punto0.net/>

autores como Benkler (1998) o Lessig (2002), quienes según Light “sostienen que deberíamos usar una combinación de política cooperativa y de tecnología inteligente o cooperativa, para crear un marco similar al que se usa en los terrenos donde se aplicó tempranamente un modelo basado en la tierra”.

Existe un debate de fondo, para este autor, que reside en la idea de que “el espectro comunal desvía el foco de las verdaderas políticas que subyacen, en lugar de ayudar a recentrarlas”. Por lo tanto, polémica se mantiene entre los expertos que abogan por un espectro progresista, y los que reivindican un marco de propiedad afín con el libre mercado, mientras que las cuestiones de equidad en el acceso, justicia y desigualdad siguen siendo marginales. De esta manera, aunque el espectro radioeléctrico ha sido reconocido dos veces como Patrimonio de la Humanidad, “la Unión Internacional de Telecomunicaciones no hace mención a la humanidad ni a los ciudadanos, sino que más bien tiende a una consolidación de las estructuras de dominación”.

Light propone adoptar un enfoque integrado para definir el espectro radioeléctrico como medio de vida, “en el entendimiento de que algunas cosas que constituyen nuestro medio ambiente natural son tan vitales para nuestra existencia como seres políticos, sociales y económicos, que requieren el más alto nivel de gobernanza participativa, transparente y democrática” (Light, 2013:9). En este sentido, “la ubicuidad de las comunicaciones inalámbricas en la sociedad moderna y su extensión dentro de la vida política, cultural y económica es tal, que el espectro radioeléctrico, en lo que es al mismo tiempo el medio ambiente en el cual existimos y la base de toda comunicación inalámbrica, puede ser constituido como una forma de medio de vida”. Para Light, “el espectro radioeléctrico es una necesidad humana básica central para nuestra habilidad de tomar parte en la vida pública, y en consecuencia, la manera en la cual organizamos las infraestructuras de acceso y uso del espectro es moral, ética y políticamente significativa”.

Esta argumentación nos sirve para repasar una serie de experiencias nacidas en América Latina en el último tercio del siglo XX y que constituyen el fundamento de la comunicación comunitaria. Hernández y Moreno (2011:21) citan a Ramiro Beltrán (2005) para recordar la importancia que concede este autor a “los sistemas y medios de comunicación autóctonos, los cuales estudia mediante la aplicación del concepto folkcomunicacionales”, a través de los cuales “se analiza la cultura popular, las formas comunicacionales de los pueblos y la comunicación de masas”.

Probablemente, el medio que más desarrollo ha tenido desde esta perspectiva comunitaria ha sido la radio, que fue utilizado como principal vía de comunicación insurgente en las tres últimas décadas del siglo XX, mediante una clara estrategia de ocupación y apropiación de las ondas, construyendo un uso contrahegemónico tanto en los

mensajes como en la soberanía tecnológica que conllevaba la práctica. Conceptualizadas como radios libres en Europa, o radios comunitarias en América Latina, la ocupación de las frecuencias constituía un desafío político al control que de las comunicaciones. La razón del éxito de la radio como el medio comunitario de referencia la expone Milan (2009:600), afirmando que “la radio sigue siendo el medio dominante para las comunidades pobres, debido a los costos y la accesibilidad: los transmisores de radio son baratos, fáciles de usar para los analfabetos y llegan donde difícilmente lo hacen donde las líneas fijas de teléfono y Internet”. Esta autora cita a Girard (1992), que defiende que la radio comunitaria “tiene como objetivo no sólo participar en la vida de la comunidad, sino también permitir que la comunidad participe en la vida de la estación (...) a nivel de propiedad, programación, gestión, dirección y financiación”, y Offor (2002) quien sostiene que, “para promover el cambio social y cultural, la radio comunitaria debe ser no sólo un canal para transmitir a las personas, sino también un medio de recibir de ellas: no sólo un instrumento para oír del mundo, sino también la voz del pueblo, para hacer oír su voz”.

Berardi hace un recorrido por las primeras experiencias de radios libres en Italia gracias a que “un nuevo sujeto social (al que entonces llamábamos proletariado juvenil) pudo tener acceso a estos instrumentos técnicos de comunicación masiva y adquirir las competencias de uso creativo de estos medios” (Berardi y otros, 2004:115). Así nació en Bolonia una de las más icónicas, Radio Alice, en los años setenta, que según Berardi, “se negó a ser identificada como un medio de contrainformación. Radio Alice no era un instrumento. Era un agente comunicativo. No estaba al servicio del proletariado ni del movimiento. Era una subjetividad en movimiento que no se proponía restablecer verdades negadas, ocultas, conculcadas o reprimidas. El objetivo de la comunicación autónoma no era ya la búsqueda de una verdad objetiva que correspondiese a la dinámica profunda de la historia, sino la construcción de un proceso de enunciación autónoma capaz de confrontarse, mezclarse y contaminarse con otros procesos de enunciación (Berardi y otros, 2004:118). Ubicada en el ámbito de la guerrilla de la comunicación, rechazaba la noticia o información producida externamente al proceso de los movimientos sociales y la información era producida de forma colectiva. Se consideraba “el instrumento adecuado para explorar el país al otro lado del espejo, para intervenir creativamente en lo cotidiano”.

La experiencia de radios libres en Italia inspira a muchos colectivos del sur de Europa y en España, donde no tardan en aparecer las primeras radios libres, en plena transición hacia la democracia, entonces conocidas como radios piratas; La primera radio libre fue Radio Maduixa de Granollers, en 1977, tras la cual apareció Ona Lliure de Barcelona en 1979. En los años 80 aparecieron Radio Pica, Hala-Bedi, Eguzki Irratia, Radio Klara y en los 90, entre otras aparecen Radio Contrabanda de Barcelona, Radio Topo de Zaragoza, y Tas-Tas Irratia en Bilbao. Solo son algunas de las experiencias que en España tuvieron mayor eco, y que fueron construyendo un enorme mapa de radios

libres, que converge en el Manifiesto de Villaverde de 1983³⁵, en el que la Coordinadora de Radios Libres, tras varios encuentros anteriores, se reivindica como una alternativa “a los medios de comunicación que están al servicio del poder”, caracterizándose por su carácter no profesional, el funcionamiento autogestionario, la independencia política, la participación de la comunidad en la que se integra, la necesidad de llevar la comunicación al marco cotidiano y el objetivo de difundir la realidad sin cortapisas ni dominaciones. Posteriormente, en España se crea en 2005 la Red Estatal de Medios Comunitarios (ReMC), espacio que aglutina, coordina y defiende una diversidad de medios, iniciativas y prácticas de comunicación ciudadanas englobadas dentro del Tercer Sector de la Comunicación, y en 2009 se constituye la red como una federación de asociaciones en donde convergen medios comunitarios (radio y televisión) que venían operando en diversos lugares del territorio español.

Uno de los grandes logros de las radios comunitarias ha sido su capacidad de desarrollar redes que le permitan defender su derecho a ofrecer otro modelo de comunicación basado en la participación. Chaparro hace un recorrido por la historia de estos medios recordando que la Asociación Mundial de Radios Comunitarias fue fundada en 1983 en Montreal en el contexto del Año Internacional de las Comunicaciones promovido por las Naciones Unidas, con “el objetivo principal de democratizar de las telecomunicaciones de manera que se garantice el derecho de acceso de la sociedad civil al espectro radioeléctrico”. Según Chaparro (2005:162), dentro de AMARC la región más dinámica ha sido históricamente Latinoamérica, donde la larga lucha por la democratización social ha venido acompañada desde los movimientos populares y alternativos por el mantenimiento de estaciones de radio que funcionaban fuera de marcos legales, pero desde la legitimidad de un derecho universal.

En América Latina, las experiencias de radios comunitarias empezaron mucho antes que en Europa se conocieran las primeras radios libres, gracias a las iniciativas de comunidades de campesinos y mineros. Gumucio-Dragon relata cómo “a mediados de los años cuarenta, tres décadas antes de que se generalizara en Europa la diversidad en los medios de comunicación -a medida que los gobiernos perdían el control- en América Latina pequeñas y a veces muy aisladas comunidades de campesinos o mineros ya estaban en condiciones de operar sus propias radios, no solamente como un desafío al monopolio estatal de los medios, sino también para expresar, por vez primera, sus propias voces. Las luchas sociales de los años sesenta y setenta y la resistencia a las dictaduras militares que llegaron al poder por cortesía de la CIA, no hicieron sino contribuir a multiplicar por miles las radios comunitarias e independientes” (Gumucio-Dragon, 2001:15).

³⁵ https://15mpedia.org/wiki/Manifiesto_de_Villaverde

En esta región, según Ramos (2007) la radio comunitaria asumió sus propias características, adquiriendo a partir de 1950 “conciencia de la importancia que tenía como medio de formación educativa, en un continente con una vasta masa de radioescuchas analfabetas, generalmente aislados al interior de cada país, sin escuelas, sin comunicación con el mundo exterior y sin otro medio para mejorar su condición cultural que la radio le ofrecía”. Para este autor surgen, de esta manera, las llamadas “Escuelas Radiofónicas, constituidas jurídicamente en octubre de 1949, [que] se proponían llevar educación a los sectores marginados en las áreas rurales sin oportunidades educativas, dentro de la estrategia de modernización de las sociedades latinoamericanas”. La vinculación al objetivo educativo, proporcionaba una peculiaridad especial en el caso latinoamericano, no exento de polémica en la medida que en ocasiones esta visión recibió sus críticas, por ser considerada enmascaradora de una capacitación para la mercantilización de los sujetos, que necesitaban ciertos conocimientos para ser utilizados como mano de obra. No obstante, no cabe duda de que las aportaciones de Paulo Freire e Ivan Illich en el modelo de radios educativas constituyeron una revolución en la forma de concebir la educación. Con claras influencias de la teología de la liberación y del NOMIC, las comunidades latinoamericanas experimentaron un proceso de soberanía comunicacional basada en la apropiación del medio y el uso emancipador del mismo. Con enfoques diferentes, estos dos autores proponen una serie de alternativas al sistema educativo tradicional, que constituyen la base de la proyección educativa de las radios comunitarias. Así, mientras Illich reivindica la creatividad como valor social y defiende una revolución cultural en la educación escolarizada que confunde el título con el aprendizaje, Freire considera que la escuela es un instrumento importante de la ‘cultura del silencio’ de los desposeídos, dado que no estimula el análisis crítico de la realidad, ni la humanización en el proceso educativo. Este escenario crítico permite el desarrollo de la ‘educación no formal’ a principios de los años sesenta, que encontró en la radio uno de sus principales medios de expansión para llegar a un público formado por millones de personas en América Latina, que carecían de la capacidad de ser escolarizados.

No obstante, Travesedo considera que, “es necesario identificar los posibles efectos colaterales en el ámbito de la invisibilización, el aislamiento y la endogamia del conocimiento” de esta herramienta, defendiendo que “las comunidades que basan sus estrategias de desarrollo en el uso de radios comunitarias tienen escasa capacidad para canalizar sus mensajes hacia el exterior, no apuestan por su visibilización y, cuando lo hacen, no es teniendo como prioridad la integración en el entorno diverso. En ocasiones se sostiene un aislamiento que resulta paradójico en la nueva sociedad internacional, donde todas las necesidades locales tienen, al menos en parte, una causa y una respuesta global. Por último, su carácter endogámico dificulta la construcción de redes de conocimiento que permitan el enriquecimiento de las culturas y tradiciones propias con elementos provenientes del exterior, ya sea del Norte o de redes de conocimiento y cooperación Sur-Sur” (Travesedo, 2013:297).

Esta autora defiende que “se hace imprescindible que las propias comunidades indígenas o minoritarias asuman el reto de su visibilización sin mediaciones, mediante la apropiación de los medios de comunicación, pero sobre todo de aquéllos con capacidad de alcanzar a un público global”. Esta autora plantea, por otra parte, el reto al que se enfrentan los modelos de comunicación comunitaria (especialmente las radios), en la medida que “resulta inevitable ignorar el tsunami tecnológico que está revolucionando a nivel mundial el campo de las comunicaciones, la participación social, y determinados procesos de democratización en países del Sur” (Travesedo, 2013:299).

Esta revolución tecnológica ha permitido una creciente actividad en la comunicación audiovisual de los movimientos sociales en las últimas décadas. La posibilidad de incorporar sistemas no lineales de edición de video, la aparición de los formatos digitales y la minimización de costes en infraestructuras de procesamiento y almacenamiento, ha facilitado el uso de los lenguajes audiovisuales en los últimos años. Aunque la radio sigue siendo una herramienta fundamental en la comunicación comunitaria, en la medida que los costes de producción siempre fueron abordables, Internet ha proporcionado la posibilidad de distribuir contenidos audiovisuales a un coste bajo si lo comparamos con la inversión que necesita una estación de transmisión de señal audiovisual.

Pero no es solo una cuestión de costes. Para Sedeño, “el proceso de globalización ha propiciado una disolución de fronteras y la convergencia de tecnologías, lenguajes y medios, junto a la interacción hombre-máquina. Se produce una hibridación de formatos: lo analógico convive con lo digital para dar vida a prácticas audiovisuales antes desplazadas a lo marginal. Las experiencias con la tecnología móvil de grabación, los diversos formatos de vídeo casero, las cámaras de vigilancia... encuentran un lugar en el universo de discursos audiovisuales contemporáneos. Todas tienen como denominador común el lenguaje audiovisual multimedia, que hace posible esa convergencia” (Sedeño, 2011:15), argumentando sobre el futuro de estas prácticas que “este panorama genérico de las transformaciones que la globalización y la hibridación cultural plantea sobre la creación y todas las fases de vida de los productos audiovisuales queda en suspenso aquí porque no puede ser cerrado, no pueden augurarse los caminos concretos que tomará. Todos estos procesos culturales exceden el ámbito exclusivamente cinematográfico, alcanzando dimensiones geográficas, económicas y sociales, como es propio de las sociedades interconectadas e hiperespecializadas contemporáneas” (Sedeño, 2011:18). En otra de sus obras argumenta al hilo de lo expuesto, que “la globalización es un proceso que está cambiando el mapa de la actividad de la producción de representaciones simbólicas del ser humano. La anterior cultura logocéntrica se ha visto rebasada por el imperio absoluto de lo audiovisual, cuyos límites han sido desintegrados con la llegada de la digitalización, que ha supuesto una igualación técnica de todo tipo de contenidos. Esta transformación está mutando la producción de todo tipo de contenidos culturales, planteando un nuevo mapa de grandes centros de producción simbólica cultural, y produciendo el surgimiento de novedosos

términos como cine transnacional, comunicación cross-media o lenguaje audiovisual transmedia” (Sedeño, 2012).

En este sentido, el *netcasting* ha entrado a competir con el *broadcasting*, no en términos de audiencias, pero sí ofreciendo nuevas posibilidades a aquellos públicos que buscan contenidos fuera del mainstream. Antes de Internet, los movimientos sociales tenían posibilidades de creación de contenidos alternativos audiovisuales, pero la capacidad de producción de contenidos de larga duración y de difusión era bastante limitada con respecto a la radio. Nuevamente Travesedo relata cómo “la producción audiovisual alcanza su máxima expresión como medio para el desarrollo social cuando en los años 80 el documental o cine etnográfico rompe el paradigma clásico por el que ‘nosotros’ siempre les filmábamos a ‘ellos’. Desde el momento en que los pueblos indígenas gestionan y se apropian de la producción audiovisual, también empiezan a ser los principales responsables de la creación de su propia imagen” (Travesedo, 2013:301). No obstante, no dejaban de ser creaciones muy limitadas por su escasa capacidad de ser difundidas al margen de los circuitos específicos y mediante soportes físicos.

De la misma manera que Berardi otorga especial importancia al movimiento de radios libres con el nacimiento de Radio Alice en Italia, otra experiencia como Telestreet, nacida en 2002 también en Italia, surge para “disgregar el poder monopolístico aplicando de modo radical el principio de libertad de comunicación y de proliferación de emisores”, proponiendo “un modelo de comunicación horizontal, fuertemente ligado a la dimensión territorial, pero abierto, al mismo tiempo, al paradigma de la red”. De ahí nacen experiencias como Orfeo TV, el primer proyecto de microtelevisión italiana en Bologna. A partir de las dificultades inicialmente experimentadas, “el grupo fundador de OrfeoTV se propuso crear una red de microtelevisiones por todo el territorio italiano: microestaciones que pudieran intercambiar materiales y conocimiento por la red. Estos activistas mediáticos veían el futuro de Telestreet como la integración entre microantenas y un circuito global de producción de video”, donde que pudieran compartir “un archivo de imágenes, de películas, de documentales, de flujos de vídeo de todo tipo producidos por activistas mediáticos o por las microteles dispersas por el territorio” (Berardi y otros, 2004:19 y ss). Telestreet se definía como “un proyecto de convergencia por abajo: microantenas de barrio conectadas a través de la red de banda ancha”.

Estos autores expone “las razones por las que es posible hoy empezar a pensar en una integración de la red telemática y la producción y difusión de vídeo, más allá del horizonte de lo que hemos conocido como sistema televisivo”, explicando que “la televisión ha sido siempre un sistema comunicativo fuertemente centralizado. Ello se ha debido a varias razones. En primer lugar, el modelo de relación entre emisor y receptor es absolutamente unidireccional, y eso tiene un efecto pasivizador de los receptores-teleespectadores. En segundo lugar, los costes de producción de la televisión han impedido siempre el acceso a la difusión televisiva a operadores que no dispusieran de

enormes capitales para invertir y que no fueran capaces de atraer enormes cantidades de publicidad. Hoy se dan las condiciones tecnológicas para superar esa situación. La producción de imágenes en movimiento puede, por fin, salir del modelo televisivo establecido gracias a dos fenómenos recientes. El primero es la accesibilidad a los medios de producción de vídeo: una cámara digital tiene un precio asequible para un colectivo, un centro social, un artista o un grupo de artistas independientes. Además, la digitalización de los aparatos de producción de vídeo hace posible la inmediata integración de la producción con la difusión por Internet. Hasta ahora el videostreaming sólo ha mostrado sus primeros balbuceos" (Berardi y otros, 2004:44).

Por otra parte, Berardi y otros (2004:135) citan a Gilder (1990) quien años antes apuntó cuál sería el futuro de la televisión, señalando que "el agente de esa transformación habría de ser la tecnología digital, el ordenador y, sobre todo, la red telemática, que en aquellos años se encaminaba hacia su explosión masiva gracias a las nuevas interfaces de navegación". Por su parte, Tubella (2005:60) cita a McQuail (1994) afirmando que "los nuevos medios electrónicos, como él los llama, es decir, los medios que combinan telecomunicaciones e informática, cambiarán la idea que tenemos sobre la televisión", remarcando que "ya no habla de televisión, sino de una unidad visual (pantalla) conectada a una red de ordenadores" (Tubella, 2005:59).

Lo cierto es que la llegada de Internet y el desarrollo de determinadas tecnologías digitales ofrecieron a los movimientos sociales nuevas posibilidades, especialmente en el eronámbito del audiovisual, de manera que pudieron ocupar un espacio en el mundo de las pantallas, inabordables hasta entonces por el mundo activista. El público, poco a poco, fue pudiendo elegir lo que quería ver, y eso fue entendido por los movimientos sociales, que percibieron la TV por internet como un espacio que debían ocupar. En este sentido, Tubella sostiene que "no estamos seguros de que hablamos del fin de la televisión como medio, sino que, al menos de momento, hablamos de otra forma de consumo. No es el fin de la televisión, pero sí el de un determinado uso de la misma. Este hecho nos hace replantear no sólo la producción y la distribución, sino también otras cosas más pequeñas, pero no menos importantes, como por ejemplo los estudios de audiencia. La abundancia de canales de emisión y la consiguiente fragmentación de la audiencia comportan individualización y personalización, y hacen que sean más significativos los estudios cualitativos que los cuantitativos, que nos aporten más información los estudios de patrones y modelos que los de porcentajes" (Tubella, 2005:60).

Efectivamente, el fin del público de masa a causa de la explosión y fragmentación del mercado audiovisual, y el desarrollo de pantallas desconocidas hasta entonces, permitió al público activista encontrar información en formato audiovisual en espacios como Indymedia que hasta entonces no había tenido oportunidad de disfrutar. Contenidos orillados por el mainstream empezaron a tener espacios de difusión, no solo a nivel

contraformativo, sino que dieron la oportunidad de desarrollo a todo el mundo de la cultura. Indudablemente, los movimientos sociales encontraron en la red el ecosistema perfecto para la realización de sus prácticas comunicativas, especialmente en el campo audiovisual.

El panorama que describe Roig del cambio radical que se ha producido en la relación “entre ‘productores’ (tradicionalmente profesionales de la creación y la distribución de contenidos) y ‘consumidores’ (tradicionalmente entendidos como espectadores)”, que permite que “los consumidores se convierten en usuarios y adquieren la capacidad de convertirse en productores (ideando, seleccionando, implementando y difundiendo contenidos propios), es definitivo para entender cómo se ha desarrollado un espacio audiovisual activista en la red” (Roig, 2005:67). Este autor recurre a Jenkins para describir “un escenario posible donde se posibilitaría la convivencia de dos tipos de poder mediático: una a través de la concentración, de forma que el mensaje adquiriría autoridad a través de los canales de difusión consolidados; el otro a través de la cultura participativa, donde un mensaje gana visibilidad sólo si es considerado relevante ante una red flexible de públicos diversos”, y advierte que “los usuarios de Internet y de otras tecnologías de la información y la comunicación han desarrollado, a menudo de forma autodidacta, nuevas habilidades para extraer significados de los datos, para identificar y contrastar fuentes de información que consideren válidas por formarse una opinión propia, en definitiva, para intentar adquirir nuevo conocimiento” (Roig 2005:73).

El broadcasting tuvo un escaso recorrido en el mundo del activismo mediático, a pesar de que constituyó un desafío importante en la estrategia de apropiación de los medios, que intentó copiar el modelo de las radios libres, de tal manera que cuando Internet simplificó el proceso de emisión de video, las experiencias de televisión mediante señal repetidora se fueron abandonando. Las producciones audiovisuales de los movimientos sociales estaban condicionadas por los sistemas de distribución en soporte físico, que operaba como cuello de botella. Internet, en este sentido, trajo dos modificaciones importantes: por una lado exigía un cambio de pantalla al que gran parte de la población le costó acostumbrarse; por otro, la idea de una TV de proximidad basada en antenas repetidoras se diluía en aquellas experiencias de colectivos con un fuerte arraigo territorial, y la mayoría de TVs que se inspiraron en el modelo de radio libre acabaron obteniendo licencias de emisión como cadena local en el espectro radioeléctrico. En cualquier caso, los objetivos finales no se alteraban. Más bien al contrario, la capacidad de hacer un uso subversivo de la información basada en la imagen se amplificaba a niveles desconocidos con Internet.

Las prácticas de netcasting o webcasting, en realidad, casi nunca han pretendido ser un sustituto de la TV en el sentido formal. Las experiencias de comunicación audiovisual por Internet tienen más que ver con el documental, el reportaje o la retransmisión

de la realidad que con la realización de programas de TV. No obstante, el netcasting introdujo una novedad frente a las prácticas videoactivistas de los 80 y los 90: la posibilidad de hacer emisiones en directo y contar lo que estaba sucediendo en tiempo real, de alguna manera permitía que la 'revolución fuera retransmitida', haciendo uso de la mítica frase que tantas veces se ha querido aplicar a diferentes formas de difusión. De esta manera, el videoactivismo tuvo la oportunidad de utilizar diferentes herramientas como el 'streaming' o el 'podcasting', adaptándolas a necesidades e intereses.

El gran aliado de los movimientos sociales en video por Internet fue el 'live-stream', que gracias al desarrollo y expansión de las redes inalámbricas, dotaron al activismo de la posibilidad de construir narraciones audiovisuales en tiempo real. Las retransmisiones en directo por redes sociales de lo que sucedía en Plaza Tahrir de El Cairo o en la Puerta del Sol en Madrid, durante las ocupaciones de los movimientos sociales, convirtieron a las multitudes conectadas en testigos de lo que allí sucedía.

No obstante, no existe un modelo definido ni dominante. El elemento creativo es determinante en este tipo de prácticas. Pérez y Gil (2014:18) citan experiencias en España como "Toma la tele"³⁶ o "People Witness"³⁷ que se configuran como plataformas activistas para la distribución de contenidos audiovisuales, ya sea elaborados o en directo. Otras experiencias importantes son "Global Revolution TV"³⁸, ubicada en Estados Unidos. Otras webs, como "Occupy Streams"³⁹. Estas plataformas han desarrollado una alta capacidad de emisión haciendo un uso insurgente de tecnologías como Bambuser o Livestream, facilitando la difusión de contenidos en diferentes plataformas, vinculándolas con redes sociales y creando estrategias difusión mediante narrativas transmediáticas. Pero más allá de la difusión, estos colectivos (en general redes de personas con interés mediactivista) han puesto en marcha espacios de formación colaborativa que permita a otros ciudadanos incorporarse al proceso de creación de contenidos, eliminando barreras técnicas y facilitando la democratización del acceso a estas tecnologías. La formación y la capacitación se ha considerado un factor fundamental de empoderamiento, como en el caso de "Toma la Plaza"⁴⁰, que comenzó a ofrecer consejos prácticos aglutinados en un guía técnica para la retransmisión en streaming.

Aunque la mayoría de las experiencias más recientes están orientadas a la retransmisión 'desnuda' de eventos, sin construcción narrativa alguna, existen iniciativas que tratan de aportar una serie de claves sobre el videoactivismo. Una experiencia interesante

³⁶ <http://www.tomalatele.tv/web/>

³⁷ <https://peoplewitness.net/>

³⁸ <http://globalrevolution.tv/>

³⁹ <http://occupystreams.org/>

⁴⁰ <https://madrid.tomalaplaza.net/2012/05/03/live-streaming-tutorial-bambuser/>

fue el programa 'La Tuerka TV'⁴¹, puesto en marcha por los líderes de Podemos como modo de experimentación con formatos televisivos en Internet, que permitió el salto del partido a la gran pantalla en prime time. Es importante destacar igualmente, formatos audiovisuales cuidados y elaborados (aunque no tan dirigidos políticamente) como 'La entrevista del mes'⁴², un espacio videoactivista que trata de reflexionar en profundidad con personajes de relevancia en torno a cuestiones políticas, sociales, culturales y económicas, alejándose de la urgencia y la inmediatez que inspiran los formatos audiovisuales comerciales.

Las prácticas de streaming, no obstante, son relativamente recientes; según Pérez Gil "el streaming como forma de activismo mediático surge en el estado español producto de las prácticas tecnopolíticas del 15M, que llevaron a mucha gente a empoderarse a nivel comunicativo ante la evidencia del alejamiento de los medios de masas de la población". Estos autores describen el enorme poder de estas prácticas: "Al calor de la movilización el streamer se erige como un testigo privilegiado, sin cortes ni censuras, un guardián de la población que intenta, con la presión de su cámara conectada al mundo en directo, que no se vulneren las garantías democráticas de los activistas. Pero si bien el streamer como activista mediático nace del 15M, es autónomo, se alimenta del movimiento pero también lo trasciende para convertirse en un cronista de la crisis económica y un contrapoder informativo que da espacio a retratar las realidades sociales desde abajo. El streaming realizado a partir de tecnología inalámbrica conectada en red, y el streamer, su ejecutor, se erigen como un nuevo tipo de ciberactivismo mediático que, como prosumidor de información, contribuye a definir el modelo emergente de comunicación distribuida y a dotarlo de autonomía de los centros tradicionales de poder mediático" (Pérez y Gil, 2014:21).

El activismo audiovisual ha sido tratado por autoras como Sedeño (2015:183) que cita experiencias como "Video nas Aldeias"⁴³, "TV Serrana"⁴⁴ o "InsightShare"⁴⁵, que en el caso de América Latina, recogen el modelo de las radios comunitarias y lo reelaboran a partir de lo que se ha conocido como la *pedagogía masiva audiovisual*, una propuesta construida a partir de la experiencia latinoamericana de la comunicación para el cambio social para convertir al espectador en partícipe, para sacarlo de su rutina de consumidor y convertirlo en creador.

Sedeño aborda una de las prácticas más transgresoras en el mundo del audiovisual a partir de las nuevas "gramáticas de la multitud" descritas por Virno (2003), "donde lo activista, lo educativo y lo investigador se intrincan en propuestas cercanas a la llamada

⁴¹ <http://www.latuera.net/>

⁴² <http://www.laentrevistadelmes.com/>

⁴³ <http://www.videonasaldeias.org.br/>

⁴⁴ <http://www.tvserrana.icrt.cu/>

⁴⁵ <http://www.insightshare.org/>

‘estética de la emergencia’, un conjunto de formas presentes de activismo político, investigación y producción económica y social, en torno al trabajo colaborativo”. Al igual que en el video participativo, en el que “los sujetos participan de todos los momentos del proceso de rodaje, guionización o selección del contenido”, este tipo de prácticas creativas de forma colaborativa se desarrollan “con la asunción de que cualquier elemento puede ser problematizado con el objetivo de mejorar las decisiones prácticas del grupo”. Sedeño identifica varias ventajas en relación a este formato, como son: (1) el empoderamiento de grupos socialmente excluidos o marginados; (2) la generación de una metodología inclusiva que facilita la implicación de los sujetos en un proyecto común; (3) el audiovisual no se convierte en un fin, sino en una herramienta para la inclusión social.

En el marco de este tipo de experiencias es importante destacar al colectivo ‘Cine sin Autor’ (CsA)⁴⁶, que “retoma esta rica y heterogénea tradición de intervención social, activismo y alfabetización audiovisual para una nueva recepción” (Sedeño, 2015:186). CsA ha elaborado dos manifiestos⁴⁷, representativos de la evolución experimentada y nace como “una teoría cultural que anima una práctica artística, concretamente cinematográfica, que acompañada de una permanente revisión crítica”, en la que reivindica la ‘sinautoría’, “para dar condición de posibilidad a la emergencia de colectividades productoras”. Así, (...) “el proceso de creación -hasta el momento cinematográfico- es horizontal, de modo que las decisiones sobre preproducción, guión, rodaje, montaje, postproducción y distribución de la obra terminada se toman asambleariamente, en una progresiva colectivización de obra y proceso productivo”.

De todos los procesos involucrados, la filmación es el de menor importancia. Estamos ante procesos audiovisuales abiertos, donde el colectivo decide qué hacer con la película; de esta manera, la ‘sinautoría’ pretende, mediante una metodología dialógica e inclusiva “generar procesos colectivos de aprendizaje de tipo participativo y horizontal, (...) donde se produce el intercambio igualitario de saberes y conocimientos entre participantes, proponiendo (...) un modelo social de realización audiovisual de integración, que contiene componentes de alfabetización social y audiovisual” (Sedeño, 2015:190). Esta autora define el cine sin autor como “un proceso socio-cinematográfico o forma de creación fílmica colaborativa en que los creadores optan por buscar el anonimato o al menos la indefinición de roles y puestos jerárquicos típicos de los equipos técnicos. Estas prácticas cuestionan temas como la propiedad de las películas, su adscripción a un nombre y a un tiempo, a un movimiento o incluso a algunas fórmulas tradicionales de consumo como el género” y lo considera como la “última manifestación de cine político, en tanto que crea organización social crítica a través de su creación”, ya que (...)

⁴⁶ <https://www.cinesinautor.es/>

⁴⁷ <https://www.cinesinautor.es/publicaciones>

“lo que en anteriores versiones de una concepción política del cine se centraba en enfocarlo sobre la representación, estas nuevas prácticas llevan este cuestionamiento al terreno de la producción” (Sedeño, 2012).

Sedeño asocia este nuevo enfoque a prácticas como “los CinemaLabs, asociaciones altamente relacionadas con la cultura barrial-ciudadana sobre todo en las grandes ciudades (Madrid, Barcelona) que llevan a cabo nuevas propuestas de pedagogía cinematográfica, pequeñas muestras de cine, foros de producción, etc.” (Sedeño, 2012)

Este tipo de prácticas dan lugar a lo que Alberich y Roig (2012:90) llaman “networking” (hacer red), expresión que usan para definir el “desarrollo de prácticas creativas participativas y colaborativas entendidas a la vez como actividad social y cultural, como forma de gestión y producción descentralizada, rompiendo así con las jerarquías y los modelos dominantes en los sistemas culturales tradicionales y de poder”. Este tipo de prácticas desafía los modelos de producción audiovisual conocidos y propone un nuevo modelo de creación basado en la organización colectiva. La posibilidad de desarrollar modelos de “cine open source”, formas híbridas de autoproducción audiovisual o largometrajes remezclables online permite cuestionar la “visión idealizada de un autor que adquiere proyección a través de proyectos personales de envergadura o de su incorporación prioritaria y exclusiva a alguna de las principales empresas productoras o distribuidoras” (Alberich y Roig, 2012:91). Para estos autores, “las opciones de uso, participación y aprovechamiento de herramientas de software libre para el desarrollo de proyectos audiovisuales, tanto individuales como colectivos, son ya una realidad” (Alberich y Roig, 2008:3) y constituyen la base de “una emergente corriente cultural en el ámbito audiovisual contemporáneo, (...) “que tiene como principal objetivo establecer modelos de creación y producción audiovisual abiertos y participativos” (Alberich y Roig, 2008:6).

En relación a la distribución de contenidos, Internet no ha aportado probablemente tanto al mundo de la radio alternativa, probablemente, como al mundo del videoactivismo. Aunque le ha ofrecido a los movimientos sociales que hacían radio convencional la posibilidad de publicar sus contenidos radiofónicos digitalizados en formato ‘podcast’, pudiendo alojarlos en la web e indexarlos en buscadores, de manera que los oyentes puedan disponer de los contenidos en cualquier momento y en cualquier dispositivo, la radio ha sido en cierto modo fiel a su modelo de ondas. No obstante, cada vez hay más emisoras virtuales que optan por el formato digital; la facilidad para instalar servidores autónomos para el streaming de radio, o aprovechar plataformas de emisión como Radionomy⁴⁸ o audiokioskos como Ivoox⁴⁹ y la posibilidad de disfrutar de servicios informativos de carácter alternativo para la red, como el proyecto ‘Más

⁴⁸ <http://www.radionomygroup.com/en/>

⁴⁹ <https://www.ivoox.com/>

Voces⁵⁰ de la REMC han facilitado mucho las tareas de producción. Experiencias como Radio Pimienta⁵¹, Radioactividad⁵², Radio Almaina⁵³ y otras muchas han iniciado programas desde lo local con el fin de ofrecer contenidos en la línea de lo que las radios comunitarias han realizado durante años.

Por su parte, otra gran aportación de Internet al videoactivismo la constituye la posibilidad de acceder a los espacios de distribución, que hasta entonces constituían la principal limitación en el proceso de creación. La opción de distribuir vídeos alojados en Internet a través de las redes sociales, abre una enorme ventana en la acción comunicativa insurgente. Pero aún así, aunque Internet ha facilitado la producción y distribución de contenidos audiovisuales a los movimientos sociales, no parece que les haya otorgado una posición de privilegio respecto a nuevos públicos. Refiriéndose al cine independiente, pero perfectamente aplicable al caso de videoactivismo, Aranzubía y Ferreras (2015:65) afirman que "Internet, en la actualidad, parece ofrecer una respuesta y una solución, (...) en cuanto gran escaparate a nivel global con plataformas que dan cabida a aquellos títulos que a menudo tenían dificultades para acceder a una exhibición normalizada". Estos autores analizan si la diversidad cultural encuentra una posibilidad de distribución online de películas en España, como alternativa a un mercado del que son excluidas por razones de rentabilidad, afirmando que "aunque Internet se ofrezca como el gran escaparate global, no es fácil que una producción independiente tenga repercusiones de público significativas". En el fondo del problema está la cuestión del 'long tail' a la que nos referíamos capítulos atrás; se ha mejorado indudablemente la capacidad de publicar contenidos, pero sin una estrategia de posicionamiento, los públicos seguirán siendo residuales.

8.4. De la infoxicación al slow media

La irrupción de Internet aportó, sin duda, grandes beneficios a los movimientos sociales, que encontraron en la red la capacidad de desarrollar un modelo comunicativo no dependiente del mainstream, a la vez que le permitía generar sus propios contenidos, con un control bastante alto sobre el proceso de creación y de difusión. Pero detrás de estas grandes ventajas se escondían dos grandes amenazas, que a la postre sirvieron para tumbar herramientas de gran poder comunicativo como Indymedia. La primera era la vida tan efímera que solían tener los contenidos activistas publicados en Internet, ya que unos iban empujando a otros, relativizando la importancia de la información vertida, que se iba generando en ocasiones de forma vertiginosa. La segunda, es que la cantidad de información producida de forma activista, en ocasiones, conseguía

⁵⁰ <http://www.masvoces.org/>

⁵¹ <http://www.radiopimienta.org/>

⁵² <http://www.radioactividadgranada.com/>

⁵³ <https://radioalmaina.org/>

provocar altos niveles de desinformación, dada la incapacidad de los receptores de procesar y de filtrar lo importante y lo accesorio.

Estos dos fenómenos comunicativos han sido identificados por la crítica como “inmediatez” e “infoxicación”, y representan en cierto modo los modos de actuar de la sociedad postindustrial, analizada por Bauman (2015 [2003]) y Augé (2007) y cómo se enfrenta al mundo de la comunicación desde el punto de vista de Serrano (2010), cuestión a la que ya me he referido en otro apartado de esta tesis.

368

La seducción de una tecnología como Internet, que concedía tanto poder a sus usuarios, y que a la vez era tan accesible, fue sobreexplotada rápidamente como consecuencia de la cantidad de información, y por la corta vida de los contenidos. El exceso de información llevó en determinados momentos a la sobreinformación, tan perjudicial como la subinformación.

A ello debemos añadir que la revolución tecnológica ha provocado en el sector de los medios de comunicación una profunda crisis que se ha saldado con millones de despidos en todo el mundo y cierre de medios, poniendo en cuestión el modelo de negocio, en el que la información ha pasado a ser un bien gratuito, modificando las condiciones de un mercado en el que cientos de medios son incapaces de competir. Así, los medios alternativos, empujados por la corriente vertiginosa de los grandes medios, producen un modelo de información que podríamos llamar de *usar y tirar*, se han contagiado en muchas ocasiones de este tipo de prácticas, intentando hacer contrainformación al mismo ritmo que las agencias y los grandes medios. Las redes sociales han permitido, con su inmediatez, el desarrollo de un modelo de protesta instantáneo, pero han provocado por otro lado el consumo de información express entre los activistas.

En los últimos años han adquirido especial interés las experiencias surgidas en la frontera del mundo profesional de la información y en los círculos activistas lo que algunos autores denominan ‘slow journalism’. Según Rosique-Cedillo y Barranquero (2015:451), el ‘periodismo lento’ es aquel que “emerge como reacción a la tendencia dominante a la inmediatez y la primicia y que invita a repensar los tiempos necesarios para producir y consumir una información rigurosa, creativa y de calidad”.

En este contexto, es importante resaltar otro trabajo de Barranquero y Rosique-Cedillo (2014:32), en el que citan a autores como Johnson (2012) o Powers (2010) para afirmar que “las iniciativas de un aún embrionario movimiento de la comunicación, el periodismo o los medios lentos (slow communication / journalism / media), que emergen desde finales de los 2000 en distintos contextos geográficos, pasarían, en esta línea, por ideales de desconexión, desinfoxicación y dieta digital, y por alfabetizar acerca de nuevos patrones de producción y consumo tecnológicos adaptados a las auténticas necesidades físicas y psicosociales del ser humano”.

Aunque los medios alternativos se han dejado contaminar en muchos momentos por la hiperactividad informativa de la era Internet, siempre han mantenido un debate sobre el modelo de información que pretendían ofrecer, que no solo estuviera orientado por la autoproducción de los contenidos y el uso emancipador de las tecnologías, sino por los ritmos y los tiempos de reflexión. Aunque existen muchas experiencias que han aspirado a convertirse en agencia de la contrainformación, el modelo de la comunicación para el cambio social siempre ha defendido una visión transformadora de la realidad, totalmente incompatible con la información express. En este sentido, el periodismo ciudadano y los nuevos medios han realizado grandes aportaciones para poner mucho más en valor las experiencias comunicativas de los movimientos sociales.

Rosique-Cedillo y Barranquero (2015:452) afirman que desde mediados de 1980 se vienen gestando movimientos que invitan a repensar la temporalidad y a desacelerar los ritmos vertiginosos de la vida moderna, poniendo como ejemplo paradigmático el movimiento 'slow', que "se gesta en 1986 durante unas protestas contra la apertura de un restaurante de comida rápida en Roma y que durante la década de los 90 se extiende a ámbitos tan diversos como el urbanismo (slow cities), la educación (slow schooling) o el trabajo (slow working)". Esta tendencia se ha hecho presente también en el campo de la comunicación, y toma cuerpo mediante dos manifiestos, uno de Freeman (2009) y otro de Köhler, David y Blumtritt (2010) que generan un importante impacto entre ciertos profesionales de la información. Entre los valores que promovía este último, defendían que los 'slow media' suponían una contribución sostenible para el escenario mediático, no crearían productos que pudieran ser consumidos casualmente, sin necesidad de alimentar los mercados mediáticos, y defendía el desarrollo del modelo de prosumidor, la calidad informativa, la conexión con el social media, la distribución mediante recomendación y no mediante publicidad, la información progresiva y no reaccionaria y, sobre todo, fomentar la información de largo recorrido.

Rosique-Cedillo y Barranquero resumen dos corrientes en este movimiento: una línea que "invita a llevar a cabo estrategias de 'dieta informacional' frente al 'maximalismo digital' o la convicción de que la conectividad permanente es siempre positiva, y otra que incita a reconsiderar el carácter material y ecológico de las tecnologías y los medios frente a las perspectivas teóricas que han dominado el estudio de la comunicación, más centradas en su carácter simbólico e inmaterial: retórica, semiótica, fenomenología, cibernética, sociopsicología, etc". Por otra parte existen corrientes que defienden el periodismo narrativo y de largo formato, o simplemente demandan recuperar un periodismo de investigación, lo cual nos lleva a entender que "el periodismo lento no sería entonces un fenómeno nuevo, dado que estas fórmulas periodísticas han convivido a lo largo de la historia con las derivadas de la implantación progresiva de técnicas aceleradoras del proceso informativo como las antes descritas" (Rosique-Cedillo y Barranquero, 2015:454).

Para Rauch los Slow Media son un modelo de medios alternativos en la medida que “buscan (1) ser producidos por pequeñas organizaciones en lugar de grandes empresas; (2) combinar tecnologías tanto tradicionales como modernas; (3) no estar motivados solo por el beneficio; y (4) abogar por diferentes valores sociales” (Rauch, 2015:572). El interés de los slow media no es dar respuesta a la sociedad con productos de culto, ni recuperar la nostalgia de cualquier tiempo pasado, sino que constituye un proyecto político al reivindicarse como no conformistas, autónomos, anticapitalistas y comunitarios.

Para esta autora, el marco de ‘slow media’ pone de relieve el problema de la velocidad, que juega un papel central en los procesos capitalistas de fabricación masiva, desechabilidad y obsolescencia planificada que enfatizan la superficialidad, la eficiencia y la cantidad sobre otros aspectos de la vida social. El ‘slow movement’ ha estimulado a la gente a revalorizar la cultura de consumo y la lucha contra el artificio, la mercantilización, la estandarización y la pérdida de los gustos tradicionales.

Barranquero propone una mirada a la ‘slow communication’ desde la óptica de la comunicación para el cambio social, lo que “nos lleva a desechar para siempre el horizonte mecanicista, teleológico y finalista tanto del desarrollo como del cambio social, puesto que ambos conceptos apuntan, consciente o inconscientemente, al crecimiento económico, el aumento de la capacidad de consumo o la producción ilimitada del hombre a expensas de la naturaleza”. La defensa que hace este autor del modelo propuesto es contundente: “Si una de las premisas de la disciplina es el respeto a la diversidad humana y natural, no podemos seguir insistiendo en la idea de desarrollo o progreso, precisamente porque la comunicación es, sin apostillas ni etiquetas, el espacio donde se escenifican las luchas por el código y el sentido, y desde el que es posible cimentar una cultura contrahegemónica basada en la reciprocidad entre las poblaciones y entre éstas y su entorno. En las sociedades enmarcadas en el capitalismo estaríamos hablando también de una comunicación para ‘decrecer’, que no es sinónimo de dejar de crecer, sino de articular un progreso adaptado a los ‘límites’ de los entornos naturales. En esta línea, la comunicación slow resulta un desafío para la disciplina, por cuanto rompe también con la artificial separación moderna entre cultura y naturaleza (o entre dimensiones inmateriales y materiales), y desconfía de cualquier proyecto exógeno o endógeno –elaborado por la comunidad– de desarrollo, si no se tienen en cuenta las precauciones señaladas” (Barranquero, 2013:439). La propuesta reside en construir una alternativa desde la sostenibilidad cultural que defienden autores como Martín-Barbero (2008:12), para quien “frente a la obsolescencia cada vez más rápida del mercado –todo se produce para que cada vez dure menos–, está la durabilidad de las culturas que, al contrario del mercado, están hechas para permanecer”.

En este marco teórico se han desarrollado en los últimos años una serie de experiencias importantes que han marcado el itinerario a seguir. En lo que a esta tesis respecta,

conviene destacar algunas de las experiencias más interesantes que relacionan el slow media en España con el enfoque de la comunicación para el cambio social:

- La Marea⁵⁴ es una publicación mensual que surge de la iniciativa de una serie de trabajadores despedidos como consecuencia del cierre del Diario Público, que crearon la cooperativa “Más Público”. Esta publicación ha realizado una apuesta fuerte por el periodismo de investigación, con publicación de monográficos temáticos especializados en temas de interés social. Se define como un medio que ofrece “información libre de intereses empresariales y políticos con unos principios editoriales claros: la libertad, la igualdad, la laicidad, la defensa de lo público, la soberanía de los pueblos, la economía justa, la regeneración democrática y la denuncia de la ilegitimidad de la monarquía, la memoria histórica, la cultura libre, el trabajo y la vivienda dignos y el respeto por el medio ambiente”. Por otra parte, apuesta por un modelo sostenible basado fundamentalmente en la suscripción de un público que busca un periodismo comprometido que les permite pagar a todos sus trabajadores y, aunque inserta publicidad, disponen de un código ético que les impide aceptar publicidad que contradiga los principios editoriales. Declaran, de forma fehaciente, que “no aceptamos anuncios de bancos que ejecutan desahucios ni de empresas que invierten en armas; tampoco publicamos anuncios sexistas, racistas o que menoscaban la dignidad humana, como es el caso de los anuncios de prostitución”.
- Periódico Diagonal⁵⁵ es un proyecto periodístico organizado en torno a “un colectivo editor y una extensa red de colaboradores y mecenas. Hacemos periodismo situado, trabajamos en red con otros colectivos y formamos parte de una comunidad que apuesta por la economía social”. Hacen lo que han venido a llamar ‘periodismo situado’, “tomando posición ante lo que contamos y (...) tratando de explicar de manera honesta qué vemos y por qué lo estamos mirando, con una agenda unida a la de los movimientos sociales con los que caminamos”. Reivindican la independencia de partidos políticos y sindicatos y se reivindican como herramienta de transformación. Se declaran ‘activistas de la comunicación’, y en su práctica defienden que “preferimos pararnos a analizar lo que sucede, interpretarlo y proporcionar marcos de sentido que nos ayuden a orientarnos y a cambiar las reglas del juego”. Su política de financiación se basa en suscripciones de los lectores, y su publicidad está sometida igualmente a criterios éticos, sin que ello suponga nunca más el 20% del presupuesto. En el marco

⁵⁴ <http://www.lamarea.com/>

⁵⁵ <https://www.diagonalperiodico.net>

de su política económica forman parte de la cooperativa de servicios financieros éticos y solidarios COOP57 y del Mercado social impulsado por REAS (Red de Economía Alternativa y Solidaria). Su modo de organización es totalmente horizontal y la toma de decisiones se produce de forma asamblearia. Actualmente, Diagonal lidera un nuevo proyecto de convergencia comunicativa llamado 'El Salto'⁵⁶ que congrega a más de 20 medios ("un medio donde caben muchos medios"). La finalidad de la iniciativa es "crear un medio propio, con muchos más recursos y capacidad de incidencia, que contribuya desde el ámbito de la comunicación y el periodismo de calidad a la transformación social y a crear otros relatos sobre la realidad desde el análisis, la investigación y el humor". Se configura como un nuevo medio de propiedad colectiva, en torno a una cooperativa y defiende un modelo de información descentralizada, con nodos locales y medios territoriales aliados, teniendo entre sus visiones la de "colocar lo cercano en el centro". Por eso, reivindican, "trabajamos en diferentes territorios con proyectos locales que comparten una misma visión de la comunicación".

- Periodismo Humano⁵⁷ es un medio de comunicación sin ánimo de lucro, con enfoque de Derechos Humanos que reivindica un "periodismo de calidad humana, veraz, honesto e independiente, con el foco principal en las personas, especialmente en los más débiles, cada vez más invisibles para los medios de comunicación tradicionales", buscando recuperar "la función social del periodismo y el concepto de servicio público al ciudadano y no al servicio de intereses económicos y políticos particulares", y entendiendo que "la información no es una simple mercancía o negocio, sino un bien público y un derecho". En su propuesta de periodismo sin ánimo de lucro marcan una distancia evidente con el periodismo gratis, recordando que "el periodismo cuesta dinero y que los periodistas también comen", constituyendo su principal fuente de financiación las suscripciones y la donaciones económicas.

No cabe duda de que existen otras experiencias de gran interés enfocadas desde otras perspectivas, y que sin duda pueden ser consideradas como comunicación alternativa. En cualquier caso, este modelo de 'slow communication' constituye otra línea en la que la comunicación alternativa generada por los movimientos sociales ha evolucionado en los últimos años, buscando respuestas a los desafíos que ha ido encontrando por el camino, definiendo públicos, formatos y contenidos, para orientarlos al objetivo el cambio social.

⁵⁶ <http://saltamos.net/>

⁵⁷ <http://periodismohumano.com/>

8.5. De la acción directa al culture jamming

Los movimientos sociales, según Tarrow (1997:22) “plantean sus desafíos a través de una acción directa disruptiva contra las élites, las autoridades u otros grupos o códigos culturales”. La acción directa es la práctica contrahegemónica más antigua y estudiada como forma de resistencia y de lucha. Huelgas, manifestaciones, barricadas, ocupaciones, acampadas y otras demostraciones de poder colectivo han constituido (y siguen constituyendo) uno de los repertorios más extensos y efectivos de los movimientos sociales.

El movimiento antiglobalización fue un movimiento esencialmente construido en la acción directa. Aunque Internet fue un aliado tecnológico esencial para el desarrollo de la organización de la protesta global y las tecnologías se convirtieron en elemento clave para el funcionamiento del nuevo activismo transnacional, el modelo adoptado en los primeros años de la protesta se caracterizó, como ya ha quedado expuesto, por la organización de contracumbres en oposición a las reuniones que organizaban instituciones como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, la Organización Mundial del Comercio, el G8, y muchas otras afines.

Esta estrategia de movilización cubrió de manifestaciones todo el mundo. Allí donde se celebraba una cumbre mundial para discutir sobre diferentes aspectos de las políticas de la globalización neoliberal, se hacían presentes los movimientos sociales, utilizando las marchas y las manifestaciones como el principal argumento de su repertorio de acción. Estas marchas, que se convirtieron en multitudinarias en muchos de estos eventos, constituyeron la manera de trascender a la opinión pública por parte del movimiento de protesta global. Los grandes medios, poco interesados en las propuestas del movimiento, atendían las convocatorias, expectantes, en busca de las situaciones de enfrentamiento con las fuerzas del orden público en los momentos más tensos de estas manifestaciones, lo que fue identificando al movimiento antiglobalización como violento y antisistema ante la opinión pública. El movimiento antiglobalización tuvo que luchar contra el estigma de la violencia que le acompañó en el periodo de las contracumbres. La atención mediática se centraba en la actividad de sectores como el ‘black block’, o los grupos desobedientes, y en difundir las imágenes de los ataques a los comercios de multinacionales o de calles devastadas tras las batallas campales.

No obstante, la batalla de Seattle, en 1999, inauguró un nuevo escenario de lucha social en las calles, haciendo visible que este nuevo movimiento no era una construcción virtual, sino que estaba vinculado a las ciudades, a los lugares físicos, y reivindicaba espacios para la ciudadanía. Este mismo escenario se repitió años más tarde con el movimiento de indignación, que atrajo la atención de la opinión pública ocupando las plazas de las ciudades. Por encima de los imaginarios colectivos creados por los grandes medios, el paso del tiempo ha demostrado lo importantes que fueron estas acciones para trasladar el sentimiento de injusticia que provocó estos ciclos de protesta.

Della Porta y otros citan diversos estudios en los que “se hace hincapié, a menudo, en los dilemas estratégicos que los movimientos tienen que abordar, entre la necesidad de visibilidad y el peligro de ser estigmatizados, entre el poder de los números y el fortalecimiento de las identidades, entre el testimonio y el ser efectivos. Estos mismos autores afirman que “la radicalización de las formas de acción ha sido a menudo considerada como el resultado de tener que adaptarse a las oportunidades políticas cerradas, lo que debilita los efectos potenciales de las formas más moderadas de acción y es la causa (indeseable) del aislamiento progresivo”, y defienden que “desde Seattle el surgimiento de nuevos repertorios y el resurgimiento de manifestaciones callejeras marcó un nuevo ciclo de protesta. Los activistas contra la globalización neoliberal hacen uso de un repertorio heterogéneo, transformando y adaptando las formas de acción desarrolladas por los movimientos anteriores que se fundieron en ellos: de la presión institucional de las ONGs a las peregrinaciones por grupos religiosos, de la acción directa de los ambientalistas a la ritualización de los enfrentamientos basados en la desobediencia civil implementada por el Tute Bianche, desde la ocupación de los edificios públicos por el movimiento estudiantil hasta las grandes marchas del movimiento obrero” (Della Porta y otros, 2006:118).

En Seattle confluyeron de forma espontánea muchas formas de entender la protesta y muchas visiones sobre la acción directa. Estos autores lo resumen diciendo que “hemos observado que en Seattle hubo ambientalistas disfrazados de tortugas, grupos de teatro, cadenas humanas, servicios religiosos y ventanas destruidas por el Bloque Negro” (Della Porta y otros, 2006:120). Las contracumbres fueron desarrollando un enorme repertorio de protesta dentro del amplio abanico de identidades que las nutrían; desde estrategias anarquistas hasta marchas rosas de mujeres que defendían una opción no violenta, además de festivales musicales, teatro de la provocación, y actividades performativas que pretendían llamar la atención de la ciudadanía.

No obstante, la traslación de la imagen más violenta del movimiento antiglobalización a la opinión pública por parte de los medios de comunicación masivos, tuvo ciertos créditos en un primer momento, sobre todo en la medida que las estrategias acción directa empleadas consiguieron desafiar la agenda de algunas reuniones programadas al más alto nivel institucional y erosionaron la credibilidad de ciertos organismos internacionales. Pero los grandes medios se esforzaron en construir una imagen del movimiento antiglobalización vinculada con la violencia y el caos, potenciando el impacto mediático de acciones que no constituían el sentimiento mayoritario. En el seno del movimiento pronto surgió el debate sobre la conveniencia de una acción directa no-violenta. La acción directa de carácter violento “fue inicialmente tolerada en nombre del pluralismo, aunque no asumida por la mayoría de los manifestantes, (...) los repertorios violentos se estigmatizaron cada vez más por sus principios (vistos como una forma de aceptar la violencia del sistema y aún más como un comportamiento afín a la guerra) y por sus efectos prácticos en el aislamiento de la protesta” Della Porta y

otros (2006:119). Esta división provocó la organización de sectores en las manifestaciones, dependiendo de la estrategia de acción practicada.

Los aspectos más violentos de la acción directa, por otra parte, no solo tuvieron como objetivo las cumbres de las organizaciones políticas de la globalización. Gran parte de la estrategia se orientó hacia las multinacionales que representaban las injusticias y las desigualdades contra las que protestaban los activistas. Marcas como Nike, McDonalds o Monsanto, entre otras muchas se convirtieron en el blanco preferido de un sector del movimiento que identificó a estas compañías como los principales agentes de las injusticias generadas en el mundo, como consecuencia de las masivas deslocalizaciones, las penosas condiciones laborales de muchos trabajadores o la amenaza de la soberanía alimentaria en el planeta. La destrucción de sus escaparates o instalaciones se convirtieron también en un símbolo durante ciertos momentos de la protesta.

El arrinconamiento que sufrió el movimiento antiglobalización como consecuencia de la violencia que trascendía de sus estrategias de acción directa fue una de las razones por las que dividió su estrategia. La constitución del Foro Social Mundial dio origen a una corriente más propositiva y al languidecimiento de los sectores más tácticos de la protesta internacional. El debate en torno a la no-violencia siguió existiendo durante mucho tiempo, pero como principio entró a formar parte de la Carta del FSM. La no-violencia, entendida como forma de respuesta a la violencia ejercida por los Estados en sus múltiples formas.

Pero las tensiones sobre las formas que debía adoptar la resistencia civil no están resueltas, aún todavía. Lo cierto es que a partir de entonces se abrió un periodo en el que la acción directa se fue convirtiendo en acción creativa. La menor presencia del movimiento antiglobalización en las calles permitió el desarrollo de otro tipo de estrategias, más orientadas a la acción disruptiva. En este sentido, una de las prácticas más interesantes de los movimientos sociales en las últimas décadas ha sido el *culture jamming*, término que es conocido en español como *interferencias culturales*, que Cabello (2006:4) describe como todas las prácticas que pretenden "interrumpir la señal que las grandes empresas transmiten a través de los medios que controlan, de modo que llegue al receptor de forma alterada y le sugiera a este nuevos e inesperados sentidos, totalmente opuestos a la intención inicial con que esos mensajes fueron concebidos". Otros autores, como Handelman y Kozinets (2007 [2004]:945) citados por Carducci (2006:116) se refieren al término como "el esfuerzo organizado del activismo social con el objetivo de contrarrestar el bombardeo de mensajes orientados al consumo en los medios de comunicación".

Para Tascón y Quintana (2012:135) "el activismo del 'culture jamming' parte de la idea, siguiendo las tesis del semiólogo francés Roland Barthes, de que alterar el código es

más subversivo que destruirlo”, aunque el gran ideólogo de las interferencias culturales es Mark Dery, que se dedicó a teorizar sobre la idea del “culture jamming” después de que Negativland, la banda de música experimental radicada en San Francisco lo utilizara por primera vez en 1984. Estas prácticas, “inspiradas en la técnica de interferir electrónicamente con señales de radiodifusión con fines militares o políticos” (Carducci, 2006:117) incluyen tácticas como la contrapublicidad o la parodia de los sitios web de organizaciones corporativas. El potencial de las interferencias culturales está íntimamente relacionado con los nuevos medios y herramientas desarrolladas en las últimas décadas. Para Carducci, “la capacidad de los intrusos culturales para imitar y satirizar los mensajes comerciales es facilitada en parte por el hardware y software de edición electrónica fácilmente disponible para los consumidores a precios relativamente modestos cuando se compara con las tecnologías intensivas en capital de otras formas de producción de medios”, de manera que “no debería sorprendernos que las interferencias culturales hayan surgido por primera vez en San Francisco, cerca de Silicon Valley, y el noroeste del Pacífico, sede de Microsoft”.

No obstante, conviene buscar los anclajes de las interferencias culturales en prácticas más antiguas. Los avances del software facilitan una evolución de las prácticas, pero en realidad las interferencias culturales tienen un fundamento semiológico. Cabello (2006:2) recurre a Umberto Eco, que se refiere a la variabilidad de la interpretación como elemento decisivo y omnipresente de la comunicación. Ese elemento de la variabilidad es fundamental “para poder emplear siempre diferentes códigos para interpretar un mensaje determinado”.

De esta manera, según Cabello, “Eco parte del interés por las interpretaciones erróneas o ‘malentendidos’ para llegar a una concepción consciente de ‘descodificación discordante’, donde se perfila la posibilidad de una táctica de recepción donde el mensaje permanece invariable en tanto que forma significativa, pero es sometido a interpretaciones muy diversas hasta conseguir ‘darle la vuelta al significado de este mensaje’ o, mejor, invitar a proseguir con sucesivas reorganizaciones semánticas. Llegado a este punto, Eco utiliza ya la metáfora de la ‘guerrilla’ para denominar aquellos intentos de crítica de los discursos dominantes basados en estas premisas y no en la argumentación y la agitación”. Por tanto, para Cabello el *culture jamming* se fundamenta “en la utilización e interpretación discordante y disidente de los signos con la premisa clave de que [citando a Eco] no se trata de interrumpir el canal de comunicación, sino de utilizar la propia comunicación y las estructuras del poder apropiándose de sus signos y tergiversándolos”.

En cualquier caso, las disidencias culturales de los últimos veinte años han evolucionado, no solo por las nuevas tecnologías que le dan forma, sino por los valores que inspiran a la sociedad postindustrial. El *culture jamming* promueve una cultura ‘buena’ de abajo a arriba, que busca la autenticidad y lo natural frente a la artificialidad y la

manipulación de la cultura 'mala'. Carducci toma prestados los términos 'cultura buena' y 'cultura mala' de Kalle Lasn (1999), fundador de la revista *Adbusters*⁵⁸ que sostenía que "la cultura no es creada desde abajo por el pueblo, sino alimentada de arriba abajo por las corporaciones". El *culture jamming*, de esta forma, se configura con el cambio de siglo como el territorio de lucha de un activismo que rechaza las formas de individualismo expresivo como principio rector del mercado, "desarrollando unas prácticas contraculturales del consumismo postmodernista, que se produjo cuando se comenzó a adoptar el consumo como una actividad a través de la cual la identidad podría ser construida de manera autónoma, y por lo tanto de forma auténtica" (Holt, 2002:87). Las interferencias culturales surgen de la reflexión crítica de este sistema de valores.

Carducci sostiene que "la interferencia cultural como práctica mediática se enfrenta directamente a la autoridad de la representación empresarial, que toma la forma de ciertas palabras e imágenes y sus significados que circulan en el mercado de consumo y en la sociedad en general". Este autor plantea el uso de la distorsión afrontándolo desde las diferentes teorías de la comunicación. De alguna manera, "la distorsión que producen las marcas como partes evidentes del sistema de signos de la cultura del consumo (...) revelan la naturaleza dual de los bienes como portadores de la ideología comercial, agentes del control social y como formas de expresión autónomas" (Carducci, 2006:126). Citando a Lee (1993:39) afirma que "las marcas revelan la naturaleza dual de los bienes como portadores de la ideología comercial (agentes del control social), y como formas autónomas de expresión (cosas utilizadas para construir el significado personal y social)". En este territorio, las interferencias culturales desarrollan todo su potencial en la lucha contra las marcas como signos evidentes de la cultura de consumo, "utilizando técnicas similares a las de la ética hacker, exponiendo el 'código fuente' de la estética de los productos", lo que Holt (2002:86) denomina "quitar el barniz de la marca como un intento de llegar a la naturaleza auténtica de los bienes con el fin de realizar un juicio soberano sobre ellos".

Cabello recoge las aportaciones de autores como Stuart Ewen a partir de una peculiar entrevista que le hizo Mark Dery (1993), que define el *culture jamming* como "un terrorismo artístico que se lanza contra todas aquellas instancias que propagan 'una tecno-cultura cada vez más intrusiva e instrumental' en la cual la manipulación de las personas y la búsqueda de una sumisión completa se realiza a través del control de la comunicación y de la consiguiente manufactura de consenso"; o Hirsh (1997), que plantea que esta 'interferencia cultural' como "una forma más de ejercer tus derechos democráticos, reclamando las ondas mediáticas y recuperando la habilidad de comunicarte con otros, en una 'síntesis entre cultura y política', un 'nuevo ecologismo' que incorpora a la lucha por la igualdad, por la justicia social y por la democracia la reivindicación de

⁵⁸ <http://www.adbusters.org/>

eso que hemos venido denominando 'ecosistema mediático', nuestro ecosistema mediático", caracterizando el culture jamming como "crear, preservar y destruir".

Carducci (2006:129) también recurre a autores como Morris (2001:27) que lo denomina un "movimiento de disrupción consumista y subversión, pero enfatiza el hecho (...) de estar basado en los medios más que en lo social", o McAdam y otros (1988:699), para el cual, las interferencias culturales son "la política llevada a cabo por otros medios", lo que interpretado por Carducci, "constituye una reivindicación de soberanía para los grupos subrepresentados en el proceso político democrático".

Para Handelman y Kozinets, las interferencias culturales son "un esfuerzo organizado del activismo social que pretende contrarrestar la propagación de mensajes orientados al consumo en los medios de comunicación", como forma de alterar la distorsión en que dicho activismo percibe en los flujos comunicativos del espacio público contemporáneo. Estos autores consideran que "el discurso público equitativo y accesible es erosionado por los medios de comunicación de masas controlados por corporaciones, cuya actividad publicitaria patrocinada se ha convertido en el propagandista primario que apoya la lógica social de la cultura de consumo". La lógica activista en este espacio de las interferencias culturales, pues, trata de "romper el muro de la sociedad pública controlada, distorsionada y asimétrica, despertando a la gente de la cultura hegemónica donde la lógica del consumo permea todos los aspectos de su experiencia vivida" (Handelman y Kozinets, 2007:945 y ss), en un escenario para el que recurren a Holt (2002), dominado por unas corporaciones que actúan como "ingenieros culturales", que (...) "definen un conjunto limitado de actividades e identidades humanas socialmente aceptables, limitando inherentemente el potencial humano y la libertad", (...) de tal manera que (...) "controlando e impregnando prácticamente todos los espacios públicos, las corporaciones y su ideología capitalista sirven de base para una lógica cultural hegemónica de consumo".

Handelman y Kozinets, consideran, de acuerdo con la escuela de Frankfurt, que las interferencias culturales implican al menos tres pasos en su esfuerzo por romper este marco opresivo de significado social: en primer lugar, intentan "identificar las contradicciones enterradas bajo el aluvión aparentemente homogéneo y sin fisuras de los mensajes capitalistas"; en segundo lugar pretenden generar "un tipo de resistencia reflexiva por el cual los consumidores (es decir, el público en general) toma conciencia de las contradicciones ocultas subyacentes a la ideología cultural del consumo"; en tercer lugar, mediante la emancipación que proponen, los consumidores "son capaces de prever y actuar sobre otras lógicas culturales y posibilidades alternativas para la expresión social y la felicidad individual".

No obstante, estos autores ponen en cuestión que el activismo anti-consumista (que denominan *de arriba hacia abajo*) haya provocado por sí solo una erosión de la cultura

el consumo, destacando la importancia del “consumo fragmentado y autoproducido por el cual los consumidores individuales producen su propio sistema de significados culturales”. En sus investigaciones, consideran una doble línea de intervención: por un lado profundizando en “la idea de que la resistencia de los consumidores, como el bloqueo de la cultura, se produce en forma de un intento social organizado y descendente de liberar a los consumidores de una ideología capitalista hegemónica que sustenta el materialismo como valor cultural central”; por otro lado, en relación a la “conceptualización postmoderna de la resistencia de los consumidores, que reivindican una acción autodirigida hacia la soberanía de los consumidores”.

El campo de las interferencias culturales ha construido, no obstante, un terreno de expresión cultural en las últimas décadas, que si bien encuentra muchos precedentes a lo largo de diferentes épocas previas a la llegada de Internet, explota todas sus posibilidades gracias a los medios electrónicos. En su trabajo, Cabello (2006:8) concluye que “la convergencia de tecnologías de la información y la comunicación está dando lugar a un espacio social de características fundamentalmente nuevas”, considerando Internet (...) “como la máxima culminación a día de hoy de esas tesis del surgimiento de un nuevo espacio social y, en este sentido, como el espacio privilegiado en que desarrollar en la actualidad las prácticas de culture jamming”, defendiendo la conformación de un ecosistema comunicativo (...) “amenazado por la polución cultural que determinaría el que unas pocas empresas y gobiernos detenten el control de poderosos medios de comunicación masiva”, y proponiendo (...) “una respuesta de reciclaje basada en acechar y reapropiarse de los códigos con los que se construye el significado en nuestras sociedades para subvertirlos y abrir espacios para el discurso público”.

La interferencia cultural en sí misma, constituye una determinada práctica de alteración de los códigos, que pretende desenmascarar las prácticas comunicativas de las grandes corporaciones. Pero en la medida que está dirigida al ciudadano en cuanto consumidor, principalmente, encuentra espacios de convivencia con otro tipo de prácticas: el boicot corporativo. Necesariamente una no tiene que llevar a la otra, pero considero importante, tratarlas ambas de forma conjunta, en la medida que tratan de ofrecer respuestas contrahegemónicas al modelo de sociedad consumista impuesto por la globalización cultural.

Carducci (2006:131) considera que “al fomentar resistencia activa a ciertas formas de consumo, las interferencias culturales pueden ser vistas como una forma de boicot del consumidor”. Son muchos los ejemplos que se han producido en las dos últimas décadas, desde el ‘Buy Nothing Day’ iniciado por el activista canadiense Ted Dave y posteriormente promovido por Adbusters, a las miles de acciones contras las grandes marcas representativas de la citada globalización cultural: Nike, Coca-Cola, Nestlé, McDonalds, y muchas otras cadenas, que se convirtieron en el foco de la protesta por sus

prácticas hostiles a la creciente conciencia anticonsumista que va desplegándose a lo largo de planeta desde finales del siglo pasado.

Carducci establece una delgada línea entre dos tipos de boicots: los económicos (que suelen ser la preocupación de los consumidores) y los sociales (que suelen ser la preocupación de las minorías). Si bien históricamente los boicots económicos estaban dirigidos contra las mercancías, con el objetivo de bloquear determinados mercados de mercancías, como refiere Friedman (1999:66), “los boicots de los consumidores contemporáneos, por el contrario, tienden a orientarse al impacto mediático, buscando un efecto que sea capaz de dañar la reputación del objetivo al que se dirige”. El sustento ideológico de las interferencias culturales y de los boicots culturales es muy amplio. El modelo desarrollado durante años por la revista *Adbusters* se tradujo en un liderazgo importante en este terreno, si bien *Adbusters* no es un movimiento social. Alrededor de esta experiencia surgen experiencias activistas como *Sniggle*⁵⁹, una enciclopedia colaborativa de interferencias culturales, que recoge una extensa casuística de prácticas relacionadas con el *culture jamming*. Las prácticas activistas en este sentido han estado orientadas a reconquistar espacios públicos que están al servicio de las grandes corporaciones y sus mensajes. Los ‘billboards liberation’ (liberación de grandes vallas publicitarias con el objeto de hacer contrapublicidad) forman parte de una cultura comunicativa construida en la calle, a la que se unen artistas urbanos como Banksy o The Yes Men, con sus prácticas de corrección de identidad, que dotan de enorme poder simbólico a estas experiencias.

Klein (2001:314) discute sobre el concepto de ‘piratería publicitaria’ describiendo esta práctica como “una visión de rayos X del subconsciente de la campaña publicitaria que no revela un pensamiento opuesto a ella, sino la verdad profunda que se esconde tras las capas de eufemismos publicitarios”, en la que “se mezclan el graffiti, el arte moderno, el bricolaje punky y el espíritu bromista”. Berardi y otros han teorizado sobre estas prácticas contrahegemónicas a las que prefieren denominar ‘subvertising’ o contrapublicidad. Para estos autores “en la batalla de la comunicación social avanza un nuevo soldado”, que identifican como activista mediático, “que no usa las armas de la oposición razonable, que no recurre a los instrumentos de la contrainformación, sino que combate la locura con la locura, la sugestión con la sugestión, la falsedad con la falsificación creativa”. Se trata de luchar contra la publicidad, “la obra maestra lingüística del capital” con “las armas de la publicidad subvertida”. A este soldado, el “subvertiser”, lo identifican como “un guerrillero semiótico formado a lo largo de todo el siglo XX y que alcanza su forma plena en la época de la comunicación publicitaria generalizada” (Berardi y otros, 2004:60).

⁵⁹ <https://sniggle.net/>

Cortés considera “la contrapublicidad como un discurso social que circula bajo la apariencia de formato publicitario”, o una forma de publicidad social, acogiéndose a la definición que de esta hace Chamizo (2004), según el cual, “a través de la reconocida influencia de los medios de comunicación, se pretende que el ciudadano como sujeto social conozca y esté informado de los asuntos sociales, realice una reflexión crítica en torno al tema y su postura ante el mismo y actúe en consecuencia”. El objetivo insurgente de este tipo de prácticas es evidente, en cuanto que, según Cortés, “en contrapublicidad los contenidos serían orientados a contraatacar el modelo de mercado y la publicidad actual, y a mostrar un modelo de respeto de los Derechos Humanos, el medioambiente, y la libertad de expresión y abrir un pequeño camino a pensamientos alternativos”, considerándola “una forma de equilibrio en cuanto al tipo, modo, y valores implícitos en la comunicación empresarial y social que domina el (aparentemente) amplio espectro de los medios de comunicación de masas. La contrapublicidad no nace de la nada, ni es creadora de valores en realidad, sino que nace de la voluntad de una serie de personas sensibilizadas hacia problemas concretos, que quizás muchos reconocemos, pero que no solemos, siquiera, dedicarle un minuto de reflexión” (Cortés, 2009).

Cortés analiza las relaciones entre publicidad, educación social y cultura de paz en varias obras (2008; 2012); este enfoque de la cultura de paz que nos propone representa una importante dimensión emancipadora, en la medida que nos permite enfrentarnos a la publicidad en tanto que ciudadanos y no como simples consumidores. Cortés y Pérez Rufí (2009:83) sostienen que debemos diferenciar entre “‘lo social’ de la publicidad (función social de la publicidad), ‘lo social’ en la publicidad (publicidad con causa) y la publicidad de ‘lo social’ (publicidad social)”, para lo cual recurren a Feliú (2004). Estos autores establecen la necesidad de vincular la publicidad con el fomento de la cultura de paz, reivindicando un plan global para la educación social que incluya el fomento de la publicidad social como referente de esta cultura de paz.

En el campo de la contrapublicidad han existido muchas experiencias a partir del camino iniciado por Adbuster. En España ‘Consume hasta morir’⁶⁰ se configura como una experiencia muy provocativa que participa de la esencia de este movimiento, surgida en el año 2002 de la mano de un grupo de activistas de Ecologistas en Acción de Madrid.

Desde esta perspectiva, las interferencias culturales no encuentran en la acción colectiva tanto soporte como lo hacen los boicots corporativos. Muchas de las prácticas del culture jamming están basadas en el anonimato como parte de la propia estrategia; este anonimato contribuye a potenciar el efecto del factor sorpresa y la estética de clandestinidad que reivindican estos agentes culturales. El boicot corporativo, como

⁶⁰ <http://www.lettra.org/spip/>

forma evolucionada y organizada de las interferencias culturales en la que encuentran sus fuentes, si se construye en la mayoría de los casos con el respaldo de liderazgos colectivos importantes.

Carducci (2006:134) sostiene a este respecto que las interferencias culturales “pueden ser vistas como un movimiento, pero también como una técnica, de la misma manera que el cubismo o el dadaísmo son movimientos en la historia, a la vez que son técnicas para hacer arte”. Se apoya en Heath y Potter (2004) para afirmar que “las estrategias trascendentes de emancipación individual a nivel cultural sirven para reforzar los sistemas de control que quieren desafiar”, de manera que (...) “las interferencias culturales constituyen un gran potencial para ofrecer una utilidad como medio al servicio de movimientos de mayor alcance, más que un fin en sí mismo”. Así, Carducci considera que “la eficacia cultural, mediática y social, [de las interferencias culturales] debe estar orientada a un propósito más amplio y no ser tomada como un fin en sí mismo”.

8.6. De la guerrilla de la comunicación a la desobediencia civil electrónica

El término ‘guerrilla de la comunicación’ participa en cierto modo de la naturaleza del ‘culture jamming’, por su carácter subversivo, basado en la alteración de los códigos, aunque probablemente encuentre su diferencia en el uso más táctico y en la aplicación de técnicas más directas y extremas.

Sierra, (1999b:199) argumenta que “la concepción cibernética, la logística y la ingeniería armamentista basada en la computación, los sistemas de información en línea y la inteligencia artificial prefiguran hoy una teoría y una práctica castrense dirigida por un modelo holístico de análisis de la cultura y la comunicación como sistemas de dominio y reproducción del poder y una visión globalizada del Nuevo Orden Mundial en la que la estrategia militar ha reorientado sus esfuerzos hacia el desarrollo y control de los sistemas de información y las telecomunicaciones, con el objetivo de evitar futuribles desórdenes, movimientos de subversión y acciones puntuales de ‘grupos desestabilizadores’ que amenazan el mapa geoestratégico de la comunicación-mundo”. Esta visión, para este autor, que cita a Brehm y Braman (1993) en este punto, reconfigura las políticas nacionales de seguridad, hasta el punto que en el actual contexto histórico, cinco supuestos enmarcan la reflexión del Pentágono sobre la propaganda en la nueva doctrina de seguridad pública: 1) la pérdida de importancia de las fronteras geopolíticas de las naciones para los propósitos de la política de defensa; 2) la extensión de la noción de seguridad nacional más allá de lo estrictamente militar, incluyendo ámbitos de la actividad social y pública; 3) la abolición de la distinción entre lo público y lo privado; 4) la necesidad de construir ejércitos inteligentes que procesen información para uso militar; 5) y la definición de una estrategia de seguridad que se apoya en infraestructuras telemáticas de información, configurando un sistema global de vigilancia.

De esta manera, Sierra deja constancia en los albores del informacionalismo que el factor tecnocomunicativo es hoy, de hecho, “una referencia permanente tanto en las crecientes necesidades de movilidad y actuación rápida de las fuerzas aéreas y terrestres, como en la gestión de los datos de estrategia e intervención, la ramificación descentralizada de las fuerzas de contingencia, la coordinación operativa de las diferentes divisiones del ejército y, por supuesto, el control de los sistemas de información y decisión, concentrando el mando militar las acciones políticas, diplomáticas y civiles, a través de diversas formas de control de la opinión pública y de manipulación de la información de actualidad”. Sierra narra el paso de una estrategia de ‘guerra de baja intensidad’, diseñada en los ochenta durante la administración Reagan hasta el concepto de ‘guerra virtual’ en el panorama histórico de lo que llama ‘guerra informacional’, describiendo una “redefinición de la doctrina militar por el Departamento de Estado norteamericano”, en la que (...) “la seguridad de los sistemas de información y las redes telemáticas es la base de articulación de las estrategias militares”. De esta manera, contrapone la idea de ‘ejército red’ a la de ‘sociedad red’, “vinculada a una concepción informacional de la guerra como ‘guerra civil preventiva”.

En este nuevo contexto de seguridad global toman protagonismo los ‘think tanks’, que identifican como amenazas de la comunicación-mundo la pobreza y el subdesarrollo económico; los desastres ecológicos, el nacionalismo, el fundamentalismo religioso, las agresiones a las fronteras internacionales de ‘Estados reaccionarios’, la proliferación de armas de destrucción masiva y los conflictos civiles por razones étnicas, religiosas o territoriales. Con el nuevo paradigma del informacionalismo, el objetivo político-militar del Pentágono es “el dominio de las redes de información para el gobierno del mundo y, en consecuencia, la implantación de un sistema de vigilancia total y permanente”, lo que provoca (...) “una reestructuración de los ejércitos en función del modelo organizativo reticular, glocal y desterritorializado”, que adopta la sociedad civil.

Frente a la guerra informacional que describe Sierra, la sociedad civil desarrolla diferentes niveles de experiencias de ‘guerrilla de la comunicación’. Barandiaran la describe, como un “espacio táctico del que se reapropian diferentes grupos o iniciativas políticas” (Barandiaran, 2003:12). De una forma más concreta, recoge la definición que realiza ‘Grupo autónomo a.f.r.i.k.a’, según el cual “la guerrilla de la comunicación quiere socavar la normalidad y la pretendida naturalidad del orden imperante. Su proyecto es la crítica de la no-cuestionabilidad de lo existente. Dicha subversividad pretende transformar los discursos cerrados en situaciones abiertas, cuestionando la normalidad mediante un inesperado factor de confusión. Cada acción mirada por sí misma constituye sólo una forma momentánea y aislada de transgresión. Pero a medida en que los grupos políticos van abriendo espacios en vez de cerrarlos o fijarlos, se crean posibilidades para visiones y pequeñas anticipaciones de una alternativa a la sociedad actual”.

Barandiarán define dos elementos esenciales en la guerrilla de la comunicación: por un lado el *'distanciamiento'*, que se basa en “producir cambios sutiles en la representación de lo habitual (logotipos de marcas, carteles publicitarios, rituales sociales, etc.) para producir un desplazamiento de significado que produzca interpretaciones no esperadas y que cuestionen el orden semiótico imperante y su normalidad aceptada”; por otro, la *'sobreidentificación'*, que “acelera o sobreinterpreta un norma o gramática cultural (especialmente las encubiertas) para destapar las incoherencias que ésta encubre (p.e. celebrar el día conmemorativo de una masacre sobre la que se asienta un régimen político dictatorial)”.

Castells, como ha quedado dicho en un momento anterior de esta tesis, considera que la rebelión zapatista fue “el primer movimiento guerrillero informacional” (Castells 1997b:72), afirmando en este sentido Juris (2008a:45) que “la rebelión zapatista no fue una insurgencia tradicional, sino un acontecimiento mediático en hora de máxima audiencia”, destacando no sólo la transformación que experimentó la clásica lucha guerrillera en una red global de grupos de apoyo, sino la capacidad del portavoz del EZLN, el Subcomandante Marcos, para “transformar estas redes digitales en una arena para comunicados al instante en todo el mundo”. Kidd (2015:458) considera que “los zapatistas inspiraron a la sociedad civil en México y a un emergente movimiento transnacional de globalización anticorporativa con su inclusiva y gramsciana guerra de posiciones, que se centró en fortalecer la democracia participativa, el compromiso creativo en el ámbito cultural y los diálogos interculturales a través de encuentros, las asambleas públicas”. Kidd asegura que los zapatistas representaban una paradoja “en la que las tecnologías de la información de alta tecnología, claves para el capitalismo global, se volvieron contra sistema manejadas por un movimiento guerrillero rural y, sobre todo, indígena”, y cita a autores como Martínez-Torres (2001:348), que afirma que [los zapatistas] “lograron detener al ejército mexicano y atraer la atención del mundo con una demostración de armas no demasiado importante y una poderosa guerra de imágenes, palabras, legitimación y autoridad moral”.

Ya ha quedado suficientemente documentada a lo largo de esta tesis la rebelión zapatista y su influencia en las estrategias de acción comunicativa de los movimientos sociales en los años siguientes. En todo caso, puso de manifiesto el enorme poder que podía desarrollar la red, que fue descrito por los analistas de la Rand Corporation, un laboratorio de ideas estadounidense que forma a las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos de América, como una amenaza mediante la cual “las fuerzas revolucionarias del futuro pueden consistir cada vez más en extensas redes de multi-organizaciones sin identidad nacional particular, que alegan surgir de la sociedad civil e incluyen a algunos grupos e individuos agresivos tan hábiles en el uso de tecnología avanzada de comunicaciones como de las municiones” (Tascón y Quintana, 2012:146).

Los grandes teóricos del 'social netwar' fueron Ronfeldt y Arquilla, que en los primeros años de la antiglobalización definieron el 'netwar' como "un modo emergente de conflicto en el que los protagonistas -que van desde organizaciones terroristas y criminales en el lado oscuro, hasta activistas sociales militantes en el lado positivo- utilizan formas de red de organización, doctrina, estrategia y tecnología en sintonía con la era de la información". Vinculan el término a "un modo emergente de conflicto (y crimen) a nivel social, al margen de la guerra militar tradicional, en la que los protagonistas usan formas de organización en red y doctrinas, estrategias y tecnologías relacionadas con la era de la información" (Ronfeldt y Arquilla, 2001:2).

Este es uno de los principales argumentos que ha utilizado la contrainsurgencia para construir un discurso desmovilizador con respecto a las prácticas de guerrilla de la comunicación. Relacionar ciertas prácticas activistas con el terrorismo ha conllevado la construcción de un imaginario cargado de significados, que Ronfeldt y Arquilla han denominado el lado oscuro del '*social netwar*'. Es evidente, que a pesar de los intentos de manipulación y de desprestigio social que los gobiernos han intentado realizar sobre el movimiento antiglobalización con prácticas comunicacionales contrainsurgentes, establecer similitudes entre los movimientos sociales y el terrorismo no es algo que sea fácil de sostener. A pesar de ello, los medios de masas sí establecieron una relación de causa efecto entre los usos violentos de los que ciertas convocatorias de activistas se revestían, con el movimiento antiglobalización, en ocasiones, con objeto de dar mayor visibilidad a sus acciones, y de atraer la atención de la opinión pública, lo que les valió a una parte del movimiento la catalogación de 'movimientos antisistema'.

No obstante, Ronfeldt y Arquilla vaticinaban el poder que tendrían los modelos de organización en red como forma importante de organización, confirmando en este sentido que "el poder está migrando hacia actores no estatales, porque son capaces de organizarse en amplias redes multiorganizacionales (especialmente las redes 'multicanal', en las que cada nodo está conectado a otro nodo) más fácilmente que si lo hicieran de forma tradicional, jerárquica, como los actores estatales. (...) Esto implica que los conflictos serán gestionados de forma creciente por 'redes', más que por 'jerarquías'. También significa que quien domine la forma de la red cobrará ventaja". Pero en su conceptualización de red descartan el fenómeno tecnológico como único factor para su concepción. Así, entienden que las redes disponen de diferentes niveles: organizativo, narrativo, doctrinal, tecnológico y social.

Juris describe cómo la creación de los Independent Media Center dio lugar a una nueva estrategia comunicativa y creó el clima para desarrollar diversas estrategias innovadoras. En este sentido, afirma que "los activistas no sólo emplean las nuevas tecnologías como herramientas; las utilizan para participar en la colaboración horizontal, expresando sus ideales utópicos a través de la práctica tecnológica. Las tecnologías digitales

también han dado lugar a nuevas tácticas activistas de los medios de comunicación” (Juris, 2008a:268), entre ellas la ‘guerrilla de la comunicación’.

La maduración de las tecnologías en los últimos años y la capacitación de los activistas ha permitido que este modelo de guerrilla de la comunicación genere espacios de resistencia y de insurgencia realmente novedosos, orientados hacia lo que se conoce como ‘desobediencia civil electrónica’. Bajo esta idea se desarrollan estrategias como las que en su día puso en marcha el equipo de Electronic Disturbance Theatre (EDT) mediante un programa llamado FloodNet, que permitía realizar sentadas o manifestaciones virtuales, que se conocieron como como ‘netstrikes’. El objetivo de esta aplicación se basaba en la idea de colapsar determinados servidores mediante ‘ataques de denegación de servicio’, que se generaban de forma colectiva; los participantes respondían a la llamada del ‘flooding’ pinchando el icono que ponía en marcha el FloodNet y conseguían inundar los servidores objeto de la protesta. El objetivo de estos envíos masivos era el de movilizar a la comunidad de forma virtual mediante una acción de protesta en la red.

Todas estas iniciativas nacen de las propuestas del ‘Critical Art Ensemble’ (CAE), un grupo de activistas e informáticos underground que desde 1994 venían defendiendo la desobediencia civil electrónica como alternativa dentro de la resistencia digital. Sus estrategias se basan en la “creación de microorganizaciones diferenciadas (células) que produjesen múltiples corrientes y trayectorias, con el fin de frenar la velocidad de la economía política capitalista” frente a la idea de “intentar crear un movimiento de masas de elementos públicos de oposición”, así como “perseguir directamente un cambio de política, en vez de hacerlo de forma indirecta a través de la manipulación de los medios” (Critical Art Ensemble, 2006:271).

Este tipo de prácticas rápidamente se consideraron una amenaza y el término ‘ciberterrorismo’ empieza a ser vinculado a determinados movimientos sociales, que en realidad definen estas estrategias como ‘performances digitales’ o ‘arte conceptual’. Detrás de este fenómeno se situaban colectivos de base artística, que encuentran en las tecnologías una nueva de expresión disruptiva. Por otra parte, estas acciones de ‘inundación’ ya se venían experimentando mediante otras técnicas como el envío masivo de faxes o de emails, con el objetivo bloquear los procesos de decisión de determinadas instituciones o compañías, y provocar un cambio de decisión acorde con los intereses de la sociedad civil.

La desobediencia civil electrónica se propone como una respuesta activista en el marco de las luchas que desarrollan los movimientos sociales en defensa de la neutralidad de la red. La ‘Declaración de Independencia del Ciberespacio’ promulgada Barlow (1996) en respuesta a The Telecommunications Act of 1996, y especialmente a la ‘Ley de De-

cencia de las Comunicaciones', incluida en la anterior regulación normativa, constituyen el lecho en el que se desarrolló la famosa 'Black World Wide Protest' (conocida como el 'Black Thursday') por la que el 8 y 9 de febrero de 1996 miles de webs cambiaron sus contenidos por un fondo negro en protesta por la ley aprobada.

Las estrategias desarrolladas han evolucionado mucho desde finales de los noventa, en consonancia con las tecnologías que conviven y la configuración de una sociedad cada vez más tecnológica, que ha virtualizado gran parte de su acción colectiva. Aquellos envíos masivos de emails han sido sustituidos por formas más sofisticadas de protesta como el 'ciberlobbying', representado en plataformas como Avaaz⁶¹ o Change⁶². (Tascón y Quintana, 2012:179). Este tipo de protesta ha generado un modelo de activismo no exento de críticas, por ser considerado en algunos sectores faltos de compromiso. Las tecnologías móviles han desarrollado la capacidad de realizar ciberacciones de forma masiva mientras descansamos en el sofá o nos movemos en transporte público, con un solo toque en la pantalla de nuestro dispositivo.

La desobediencia civil electrónica, no obstante, ha evolucionado también hacia posiciones más extremas; la aparición del colectivo 'Anonymous' populariza el concepto de 'hacktivismo' y lo sitúa en la frontera de la legalidad, haciéndose presente en ciberacciones de muy distinto signo, "ayudando a sortear la censura en Túnez y en Egipto en la 'Primavera Árabe', manifestándose contra la 'Ley Sinde' en España, en las acampadas del movimiento 'Occupy' o 'tumbando' los servidores de Visa y Mastercard cuando dejaron de dar servicio a Wikileaks" (Tascón y Quintana, 2012:204). Se abre un debate sobre la conveniencia de este tipo de prácticas, que tienen su origen en el gamberrismo digital que partían de foros alojados en la web 4chan.org, de la misma manera que se hizo en su momento entre violencia y no-violencia en relación a la acción directa. Pocos autores se han atrevido a definir a un colectivo tan enigmático como Anonymous, que carece de estructura y de organización social, y que funciona por simple agregación.

El carácter diverso de sus miembros ha generado acciones masivas que no siempre han sido entendidas por la sociedad civil, aunque en su ideario está la defensa de la libre circulación de contenidos en Internet. Este principio les ha llevado a tomar el protagonismo en ciberacciones dirigidas para boicotear las leyes antipiratería de varios países, entre ellas la conocida 'SOPA' (Stop Online Piracy Act) en Estados Unidos o la 'Ley Sinde' en España.

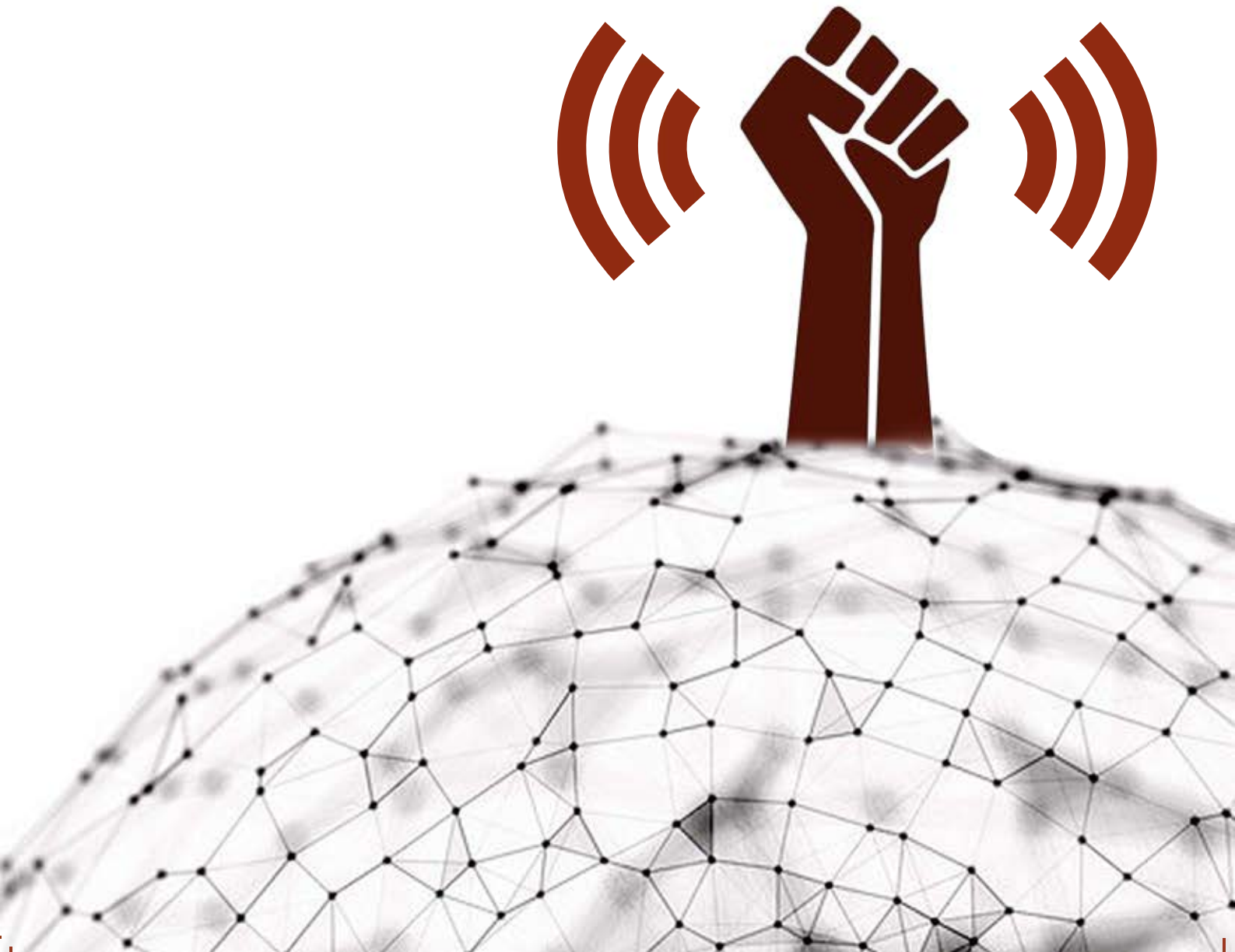
Guerrilla de la comunicación y desobediencia civil electrónica, por tanto, se sitúan en el escenario más táctico del uso insurgente de las tecnologías, con el claro objetivo de construir espacios de enfrentamiento que alteren el orden establecido.

⁶¹ <https://www.avaaz.org/page/es/>

⁶² <https://www.change.org/>

9

CONCLUSIONES



9. Conclusiones

Los años finales del siglo XX y los primeros del XXI han constituido un momento histórico para los movimientos sociales a nivel mundial, **marcado por dos factores clave:**

1. En primer lugar, se ha producido un cambio en el modelo de identidad colectiva con respecto al que se venía experimentando décadas atrás. Ya en los años 60 se experimenta un cambio de los “viejos” a los “nuevos” movimientos sociales, caracterizado por un abandono paulatino de la conciencia de clase y de la dependencia de los aparatos ideológicos de la izquierda tradicional, que permitió la constitución de nuevos espacios de lucha social que desde las estructuras clásicas como partidos y sindicatos no estaban siendo tenidas suficientemente en cuenta: antimilitarismos, feminismos, ecologismos y otras causas se convierten en los objetivos centrales de la acción colectiva de una sociedad civil que se orienta progresivamente hacia luchas más globales. Los años 80, caracterizados en lo político y lo económico por el triunfo y la diseminación de las políticas neoliberales encarnadas por Reagan y Thatcher, y la caída del Muro de Berlín, que conllevó la constatación del fracaso de las políticas comunistas, redibujó un escenario político en occidente, en el que la democracia liberal se consolida como la única forma de gobierno. En este contexto político, los años 90 son testigo de “un nuevo cambio de acción colectiva, marcado por nuevas luchas y repertorios de resistencia, por nuevos contextos de participación y por nuevas formas de organización” (Juris, Pereira y Feixa, 2012:25), caracterizado por la transnacionalización de las luchas sociales, lo que se traduce en la creación de redes que trascienden fronteras para luchar contra las políticas de la globalización neoliberal, construida sobre instituciones supranacionales que gobierna a la ciudadanía gracias a la cesión de soberanía de los gobiernos nacionales y el

cuestionamiento de los Estados-nación, lo que se configura como una oportunidad política para estos movimientos.

2. En segundo lugar, el desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación, especialmente la aparición de Internet, que dota a estos movimientos de nuevas herramientas para la acción social y política. Las nuevas redes de comunicación constituyen una revolución tecnológica que permite la reconfiguración del espacio de construcción social mediante la reconfiguración de las relaciones de los actores del nuevo activismo. Las nuevas tecnologías como aliado tecnológico, no solo van a servir para cambiar las formas de comunicar de los movimientos sociales, sino que van contribuir a construir nuevos modelos de organización social, basados en la estructura reticular que las define. Ello conlleva un cuestionamiento de las formas jerárquicas de organización social y permite desde sus inicios un uso insurgente de las nuevas redes de comunicación y la constitución de redes ciudadanas que desarrollaron fuerzas contrahegemónicas. Internet permitió a los movimientos sociales cambiar la idea de poder y contrapoder en un mundo globalizado. A partir de este nuevo escenario tecnológico, los movimientos sociales desarrollan y evolucionan los procesos de ciberractivismo y tecnopolítica, que se hacen posibles gracias a la confluencia de nuevos marcos de acción colectiva y nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Internet ha contribuido de forma decisiva a configurar la identidad colectiva de los movimientos sociales desde finales del siglo XX, así como la interpretación global de los problemas y de los adversarios.

En este proceso, los novísimos movimientos sociales experimentan en el siglo XXI **varios momentos importantes, que marcan diferentes fases del proceso de evolución:**

1. Un primer momento lo constituyen las protestas celebradas en la ciudad de Seattle en noviembre de 1999, en las que toma protagonismo a nivel mundial el conocido popularmente como "movimiento antiglobalización", poniendo en escena una serie de estrategias de lucha depuradas tras algunos años de trabajo en campañas y organización de protestas sociales. Comienza una fase en la que las tecnologías digitales permiten coordinar un movimiento transnacional, que se centra en la protesta frente a las instituciones supranacionales que asumen el despliegue de las políticas de la globalización neoliberal. En este periodo, en los años finales del siglo XX y el comienzo del XXI, los movimientos sociales despliegan lo que se ha venido a llamar el modelo contacumbre, por el que la protesta se centra en las ciudades donde se celebran reuniones de los

principales agentes de la globalización neoliberal, como Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Organización Mundial el Comercio o G8, a los que los movimientos sociales identifican como adversarios. La estrategia de la protesta ubicua que se replica en diferentes partes del mundo de forma simultánea y las llamadas a los Días de Acción Global ayudan a construir la identidad de un movimiento de protesta global, que trasciende a la opinión pública fundamentalmente a través de los grandes medios, interesados en poner de manifiesto los aspectos más violentos de las protestas. La cumbre de Génova en julio de 2001 culmina con la muerte del activista Carlo Giuliani y cierra una etapa en la que las contacumbres irán perdiendo importancia en la centralidad del movimiento.

2. Un segundo momento, caracterizado por el abandono de la lucha más violenta y la emergencia de un sector reformista del movimiento, que dará lugar a la creación el Foro Social Mundial, en el que las tecnologías de la información permitirán a los movimientos sociales avanzar en organización y propuestas contra los efectos de la globalización neoliberal. Las fuerzas en este periodo se dirigen a crear un movimiento de movimientos de amplia base social que tenga la suficiente capacidad para llevar la voz de la sociedad civil y constituirse como una fuerza contrahegemónica a nivel mundial. El movimiento de protesta global abre un importante debate sobre el modelo de organización del Foro Social Mundial y se generan disidencias conforme se suceden las ediciones que van debilitando el movimiento. La presencia en las calles languidece y encuentra en la guerra contra Irak el único argumento para la movilización a nivel mundial. Los nuevos conflictos internacionales tras el 11S centran la acción de la protesta internacional, que no obstante sufre un importante repliegue en su dimensión transnacional. El activismo entra en una fase latente y entran en escena nuevos actores de la sociedad civil, que se centran más en la movilización de recursos que en la oportunidad política. La cooperación internacional cobra especial fuerza, y se percibe una creciente tecnificación y profesionalización de ciertos colectivos, que desmovilizan a sus bases o las sustituyen por un voluntariado menos implicado en la construcción de la identidad de los movimientos.
3. Una tercer momento en el que, tras la pérdida de protagonismo del Foro Social y de los movimientos sociales que sostenían ese marco de acción colectiva, surgen a partir de 2011 diversas revoluciones ciudadanas en diferentes partes del mundo, que sin tener un origen común, se rigen por patrones muy parecidos de comportamiento, con dos elementos claves: la ocupación de las plazas públicas más representativas e icónicas de las ciudades y la utilización del social media como herramienta de organización y comunicación. Aunque cada una de

estas revueltas tienen diferentes causas, coinciden en el sentimiento de indignación que les mueve contra la clase dirigente, en unos casos por la opresión política y por las dictaduras que sufren, en otros por la situación de corrupción, desigualdad o injusticia social. Todo esto se produce en el contexto de una profunda crisis económica que se manifiesta a partir de 2008, que condena a la precariedad a millones de personas que ven cómo pierden los derechos conquistados durante décadas, y en medio de una crisis moral de la clase dirigente, instalada en la corrupción y el nepotismo. Estas revoluciones ciudadanas, surgen de una manera casi espontánea, sin el respaldo de estructuras ni movimientos, en las que el individuo se constituye como el agente principal y colectiviza sus intereses junto a otros individuos con los que comparte intereses. Los colectivos pierden importancia en los movimientos sociales, tal y como se le venían conociendo, y las asambleas ciudadanas reivindican el poder y el derecho a construir sus propuestas desde la participación más horizontal posible. De esta manera, los movimientos de ocupación e indignación que surgen en diferentes países incorporan nuevas herramientas y estrategias que redefinen la idea de ciberactivismo y la reorientan a la tecnopolítica. Estos nuevos movimientos se caracterizan por su falta de estructura y organización formal y su funcionamiento representa la máxima expresión de la red distribuida, huyendo de la troncalidad, que algunos autores califican como rizoma o enjambre.

Todo este proceso, esta convergencia de nuevos movimientos sociales y nuevas tecnologías, se produce en el escenario que Castells denomina la sociedad red, que permite la construcción de nuevos sistemas de participación y de activismo, basados fundamentalmente en el uso de las tecnologías, favoreciendo que los movimientos sociales contemporáneos hayan pasado de resistirse a las tecnologías a construir sobre las tecnologías, hasta el punto de que hoy en día cada vez son más los movimientos sociales centrados en objetos tecnológicos, o movimientos muy dependientes e impensables sin la tecnología. Por primera vez, las tecnologías ayudan a redefinir el concepto de movimiento social, permitiendo que se configuren como algo más que simples herramientas.

Esta redefinición del concepto de movimientos sociales se fundamenta en una serie de factores:

1. Los movimientos sociales rompen con la resistencia tecnológica que había caracterizado históricamente al pensamiento de izquierda en el que encuentran muchos de sus fundamentos, pero del que se van desarraigando gradualmente en las últimas décadas, sin abandonar por ello los fundamentos anticapitalistas

en los que construyen la lucha social. En este proceso de crecimiento y maduración descubren los usos insurgentes de las nuevas tecnologías y abandonan la posición de rechazo que durante décadas habían mantenido por considerarlas medios de producción al servicio del capital.

2. Las nuevas tecnologías han facilitado la transnacionalización de la acción colectiva de los movimientos sociales desde finales del siglo XX. Internet ha contribuido de forma decisiva a articular un movimiento de protesta global, y a internacionalizar los diferentes ciclos de protesta. De esta manera, los movimientos sociales han construido un sistema de redes activistas capaz de replicar acciones coordinadas en distintos puntos del planeta, con una estrategia compartida, desde la idea de glocalidad, pensando globalmente y actuando localmente. La conexión entre lo local y lo transnacional fomenta otra visión de las luchas sociales, en un mundo en el que la globalización económica, social y cultural, tiene a homogeneizar la vida social.
3. Las nuevas tecnologías permiten a los movimientos sociales afrontar de una forma mucho más participativa sus sistemas de organización colectiva. El progresivo desarrollo de herramientas y técnicas facilita el paso de un modelo de redes descentralizadas a otro de redes distribuidas, que configura una sociedad civil basada en la cultura de la participación. El funcionamiento de estas redes conlleva el abandono de las formas jerárquicas de organización y apuesta por modelos horizontales para construir las relaciones sociales. Este elemento es fundamental, ya que sostiene la aspiración de cambio que promueven los movimientos sociales en las formas de gobierno de las democracias liberales, basadas en sistemas representativos que muestran un alto estado de agotamiento y se enfrentan a la desafección de la ciudadanía. Estas nuevas redes activistas construyen experiencias participativas y reivindican la revisión del sistema democrático hacia formas más deliberativas de gobierno, no solo a nivel institucional, sino también en el plano activista.
4. Las tecnologías permiten a los movimientos sociales experimentar nuevas visiones sobre el poder y el contrapoder, gracias a las posibilidades que ofrece la organización en red, que les ha permitido desarrollar “políticas insurgentes” (procesos que aspiran al cambio social). La capacidad de acceder a las redes de comunicación multimedia multimodales otorga a los movimientos sociales la capacidad de acceder al espacio público mediante la reprogramación de estas redes en torno a intereses y valores alternativos, o mediante la interrupción de

las conexiones dominantes y la conexión de redes de resistencia y cambio social, tal y como propone Castells.

5. La apropiación de las tecnologías permite a los movimientos sociales desafiar el sistema de control y manipulación institucional y corporativa. Por un lado, Internet contribuye a la superación de las limitaciones técnicas de acceso a las tecnologías basadas históricamente en el control institucional del espacio radioeléctrico; por otra parte, los nuevos medios permiten a los colectivos sociales tener un mayor control sobre los procesos de narración de la acción colectiva, al reducir su dependencia de los grandes medios y desarrollar espacios de soberanía informativa como alternativas mediáticas a los procesos de manipulación, subinformación y desinformación a los que se ven sometidos.
6. Este proceso de apropiación de medios y tecnologías está construido sobre un sistema de valores basado en la cultura del conocimiento colaborativo. La cultura hacker defiende la ética del compartir, que permite la innovación tecnológica mediante la cooperación y la libre comunicación. Desde estos valores los movimientos sociales trabajan para reducir la desigualdad y las limitaciones de acceso. El movimiento de software libre contribuye de forma decisiva a construir este modelo basado en la cultura libre frente al modelo imperante de apropiación del conocimiento.

Pero el modelo de sociedad red descrito por Castells no es una construcción social rígida, y presenta múltiples posibilidades en su desarrollo práctico. Los movimientos sociales han experimentado un cambio progresivo en estos últimos veinte años, en los que han transitado de un modelo de redes descentralizadas a un modelo de redes distribuidas. La nueva relación establecida entre tecnología y organización social ha permitido a los movimientos sociales evolucionar en sus modos de organización, de la misma manera que lo hacían las tecnologías que usaban, estableciendo una relación de sintonía en este proceso. Castells ha descrito este viaje como el paso de “un confinamiento fragmentado de lugares a un espacio global de flujos”. Este proceso no está ni ha estado exento de riesgos. La posibilidad de virtualizar las relaciones sociales debe ser siempre considerada como una amenaza, si bien los usos tecnológicos han demostrado en las últimas experiencias que la contribución a la movilización social de las tecnologías ha sido determinante.

El escenario de redes distribuidas ha dibujado un modelo de relación social en los últimos años caracterizado por una extraordinaria horizontalidad, que ya mostró sus primeras tendencias en el movimiento antiglobalización. Los usos insurgentes de las tec-

nologías, de esta manera, también han ayudado a modificar el concepto de participación. La complejidad del sistema red ha sido definida por Toret y otros, tras el 15M en España, como una dimensión multicapa, que se sincroniza mediante la interacción de las capas físicas (territorios urbanos) y las capas digitales (espacios virtuales).

Las formas de contrapoder en la sociedad red desarrolladas por los actores sociales vienen determinadas por un cambio cultural que se produce mediante el desarrollo de procesos (políticas insurgentes, en términos utilizados por Castells) que aspiran al cambio político. La propuesta de Castells de que “el proceso de cambio social precisa una reprogramación de las redes de comunicación en cuanto a sus códigos culturales y valores e intereses sociales y políticos implícitos”, se da en gran medida, con el desarrollo de la autocomunicación de masa en el ámbito de los movimientos sociales. La autocomunicación de masa ha permitido el ejercicio de un activismo mediático que fundamenta su aspiración de cambio social en el uso emancipatorio los media, propuesto por Enzensberger, basado la descentralización de medios, la estructura multinodal de las redes de comunicación, la movilización de las masas, la interacción e interactividad, el proceso de aprendizaje político, la producción colectiva y el control socializado. Estos elementos, constituyen la base de la transformación cultural que propone Castells, necesaria para que se produzca el cambio social.

Por otra parte, la acción colectiva de los movimientos sociales en los últimos años ha provocado una polarización de las esferas tradicionales, en virtud de la cual la esfera pública acaba por confundirse con lo estatal y la esfera privada acaba por asumir todo aquello que no se identifica con lo público-estatal. No obstante, este nuevo modelo de sociedad y el desarrollo de las nuevas tecnologías permiten la incorporación de nuevas miradas sobre el concepto de esfera pública. Por un lado, la transnacionalización de las luchas de los movimientos sociales incorpora la idea de ciudadanía global, que piensa globalmente y actúa localmente. La creación de un espacio de debate que supera las fronteras físicas, pero que no pierde la conexión con el territorio de los actores sociales es clave para entender la idea de “esfera pública transnacional”. De forma paralela, el desarrollo y la creciente toma de importancia de las “esferas públicas periféricas” en la búsqueda de respuestas alternativas, frente a la esfera pública central que monopoliza y oficializa los discursos, ha permitido la construcción de contrapúblicos subalternos que rompen con los discursos hegemónicos clásicos, basados en binomios ideológicos tradicionales (izquierda-derecha). Estas esferas periféricas están construidas por lo que algunos autores han denominado la “sociedad civil de abajo”, configurado por nuevas representaciones de lucha. Este espacio de construcción social ha aportado un debate importante, aprovechando la crisis de las democracias representativas, en relación a la aspiración de los movimientos sociales de lograr un modelo de democracia participativa, basado en la horizontalidad del propio sistema en red, en la que el ciudadano goce de un mayor protagonismo en la toma de decisiones. Por último

podemos hablar también de una nueva “esfera virtual” que ha facilitado la transformación de la idea de acción colectiva en “acción conectiva”; este nuevo escenario ofrece ventajas, como el aumento de la capacidad de influencia política y el aumento de la ciudadanía, e inconvenientes, como la aparición de nuevas formas de desigualdad o la fragmentación de los públicos, si bien permite a los movimientos sociales aprovechar la principal característica que le concede esta nueva esfera: la dimensión interaccional.

Aunque el cambio político (en términos generales) sigue constituyendo una aspiración, se han producido cambios importantes en las prácticas comunicativas de los movimientos sociales relacionados con una serie de cambios sociales y culturales paralelos, que encuentran su fundamento en dos factores importantes: el empoderamiento comunicacional y la emancipación tecnológica, dos elementos que deben ser analizados de forma conjunta para entender el impacto que generan. Cada uno de estos elementos funcionan para el otro como un agente catalizador, y encuentran en la sociedad civil del cambio de siglo el hábitat perfecto para su desarrollo. Nuevas tecnologías de la información y la comunicación, junto a nuevas propuestas simbólicas crean el entorno perfecto para el desarrollo de una nueva cultura digital que define dicho cambio. Visto de forma desagregada (sin perder su visión de conjunto), cada uno de estos elementos muestra sus peculiaridades:

1. En primer lugar, la capacidad de desarrollar medios autónomos y lenguajes propios ha permitido a los movimientos sociales dejar de depender en gran medida del mainstream, para poder llevar un mensaje construido por los propios agentes sociales a toda la sociedad. Aunque la base del modelo comunicativo sigue estando dominado por las grandes corporaciones de la comunicación, los medios alternativos han permitido la reprogramación de las redes de comunicación a las que alude Castells.

De esta manera, las prácticas mediactivistas de los movimientos sociales han permitido el desarrollo de un ecosistema de medios que les permite construir espacios simbólicos con los que superar la representación distorsionada que los grandes medios hacen de ellos. Estos medios constituyen la herramienta con la que los movimientos sociales pueden superar los procesos de manipulación, desinformación y subinformación a los que generalmente son sometidos, mediante prácticas de contrainformación. Desde este punto de vista, hay otra superación histórica importante: La contrainformación no busca oponerse a la manipulación mediante asepsia informativa u objetividad, sino que es utilizada, desde un punto de vista insurgente, para rebatir las construcciones sociales artificiales elaboradas de los grandes medios. Así, el mediactivismo y la contrainformación constituyen formas evolutivas de los procesos de empoderamiento

comunicacional.

Pero este “nuevo activismo mediático”, capaz de desarrollar visiones de la realidad desde la mirada de los movimientos sociales, tiene la virtud de estar construido por una serie de enfoques que buscan tener un control sobre el proceso comunicativo, más allá de la capacidad de emitir un mensaje. Superadas las fases iniciales de fascinación tecnológica, aumenta el interés por la construcción de los discursos y de los mensajes. Enfoques como el de medios comunitarios, o la comunicación para el cambio social, orientan los procesos de acción comunicativa de los movimientos sociales, y dotan de estrategia sus prácticas. Aunque este ecosistema de medios alternativos no es capaz de competir con los medios de masas en términos de mercado, crea espacios y flujos de difusión propios, en los que encuentra públicos comprometidos que buscan información al margen de los espacios dominantes de los grandes medios.

2. En segundo lugar, se ha producido un proceso de emancipación tecnológica de los movimientos sociales, marcado por dos hechos fundamentales: por un lado, la superación del arcaísmo cultural en la crítica de la izquierda, reticente al uso de las tecnologías, en tanto que eran consideradas como medios de producción desde un punto de vista clásico, y por tanto, de servir al capital; por otro, la superación de la tecnofobia cultivada durante décadas por los agentes sociales, en parte gracias a la incorporación de nativos digitales que ayudan a construir un nuevo activismo construido desde las tecnologías, formado por generaciones que se incorporan al mundo de las luchas sociales. Esta apropiación de las tecnologías y los usos insurgentes que se desarrollan han abierto a un mundo de posibilidades comunicativas a estos movimientos, construidos muchos de ellos con una base tecnológica. Pero el proceso de emancipación tecnológica no consiste solo en haberse apropiado de las tecnologías y hacer un uso insurgente de las mismas. Los movimientos sociales han sido capaces, además, de revestir este proceso de valores y principios, basándose en unos objetivos de transformación social.

Esta emancipación tecnológica, como elemento fundamental para reprogramar las redes de comunicación, se ha traducido en la creación de espacios de soberanía, construyendo entornos libres, no solo para el activismo mediático, sino para la ciudadanía en general. Este proceso de apropiación paulatina surge con un código de valores, impregnado por lo que se ha conocido como la ética hacker, que cuestiona la ética protestante del dinero, el trabajo, la optimización, la flexibilidad, la estabilidad, la determinación y la contabilidad de resultados y

propone una ética del trabajo basada en la pasión, el valor social y la accesibilidad y la preocupación responsable de los demás. Además de esta ética hacker, los defensores de la cultura libre han realizado aportaciones fundamentales para inspirar un modelo de difusión y distribución cultural de código abierto, y defienden el conocimiento colaborativo como fundamento para el trabajo en red. Este escenario de apropiación tecnológica surge en parte como respuesta del movimiento de software libre, que desde los años setenta construye un espacio de relación social entre programadores, basado en redes horizontales para crear y distribuir nuevas versiones del código de software, que inspiran claramente el sentido de las comunidades mediactivistas que se crean. Este paradigma tecnológico, según Juris (2008a:16) “refleja los valores asociados a la red como un ideal político y cultural emergente: acceso abierto, libre circulación de información, autogestión y coordinación descentralizada a través de la diversidad y la diferencia, gozando de una valor político en sí mismo”.

La combinación de ambos elementos ha permitido la construcción de un contrapoder simbólico, un espacio para el activismo mediático de los movimientos sociales, que ha contribuido al cambio social y cultural en la sociedad postindustrial.

No obstante, este proceso no está exento de críticas y de problemas que los movimientos sociales han encontrado en el camino:

1. La reconfiguración de los movimientos sociales se produce, a su vez, en el marco de reconfiguración de la sociedad postindustrial, caracterizada por relaciones sociales a veces contradictorias con los valores que promueven, pero de las que, no obstante, participan. Diferentes autores aportan elementos diferenciadores del modelo de sociedad existente en el cambio de siglo. Así, Bauman describe un escenario con un tipo de sujeto, el consumidor y un entorno social, la masificación, en el que el individualismo encuentra su mejor hábitat; Ramonet (1995) habla de pensamiento único; Augé reflexiona sobre el desencanto producido por la descomposición de la idea de progreso y dibuja una sociedad enmarcada en un exceso de información, de imágenes y de individualismo. En realidad, muchas formas de organización colectiva postmodernas en forma de red pueden considerarse, desde una perspectiva crítica, como la consecuencia de suma de individualidades o de simples interacciones digitales. Este nuevo modelo de relación social nos obliga a redefinir, incluso, el concepto de movimientos sociales, hasta el punto de que estos, en muchos casos, no tienen nada que ver con las estructuras clásicas de organización y funcionamiento del siglo

pasado, no solo por no estar basadas en sistemas jerárquicos, sino por presentar identidades colectivas demasiado difusas.

La fisonomía de esta sociedad postindustrial se traslada de igual forma a las prácticas activistas. Existe una redefinición del sujeto a todos los niveles, incluidos los actores de la acción colectiva. La idea de “movimiento” deja de estar conectada con un sentimiento de pertenencia y la acción colectiva no necesita perdurar en el tiempo. Desde el punto de vista de la comunicación, el propio consumidor se ha convertido en productor gracias a la alta accesibilidad a medios técnicos que antes eran prohibitivos y a la posibilidad de distribuir contenidos mediante aplicaciones de social media, desarrollando modelos de comunicación efímera e intrascendente.

2. El desarrollo vertiginoso de las tecnologías de la información y la comunicación sigue conllevando el peligro de la brecha digital. El tecnoactivismo exige cuidar los procesos de acompañamiento e incorporación al uso insurgente de las tecnologías para evitar la fragmentación de la lucha social y la creación de bolsas de exclusión digital en las luchas sociales.
3. Existe un riesgo de intoxicación informativa por saturación que los movimientos sociales deben atender, que experimentaron en los primeros años de Internet, pero del que no están exentos. La comunicación alternativa debe estar basada en propuestas de calidad, y definición de los mensajes. La invitación a publicar de forma libre, gratuita e instantánea olvida el cuidado del proceso de construcción de los mensajes.
4. Los medios alternativos no han sido capaces de cambiar el modelo mercantilista ni transformar la sociedad de masas tal y como aspiraban en muchas ocasiones. La indiferencia que muestra el activismo mediático por las audiencias o por los públicos globales constituye el principal foco de debate en ciertos sectores de la crítica. Aunque los movimientos sociales han sido capaces de desarrollar en gran medida la propuesta de Enzensberger de hacer un uso emancipador de los media, poniendo en práctica muchos de los aspectos en los que al autor alemán basaba sus argumentos, las reticencias esgrimidas por los críticos de Enzensberger, se basan esencialmente en no haber sido capaz de desarrollar en su propuesta una integración entre semiótica y economía. Y en cierto modo, los movimientos sociales siguen sin ser capaces de hacerlo. No obstante, aunque los medios alternativos carecen de impacto desde una perspectiva de la economía política de los medios, han logrado, tanto en su enfoque de medios

comunitarios como desde el enfoque de medios para el cambio social, reivindicar el reconocimiento como tercer sector de la comunicación.

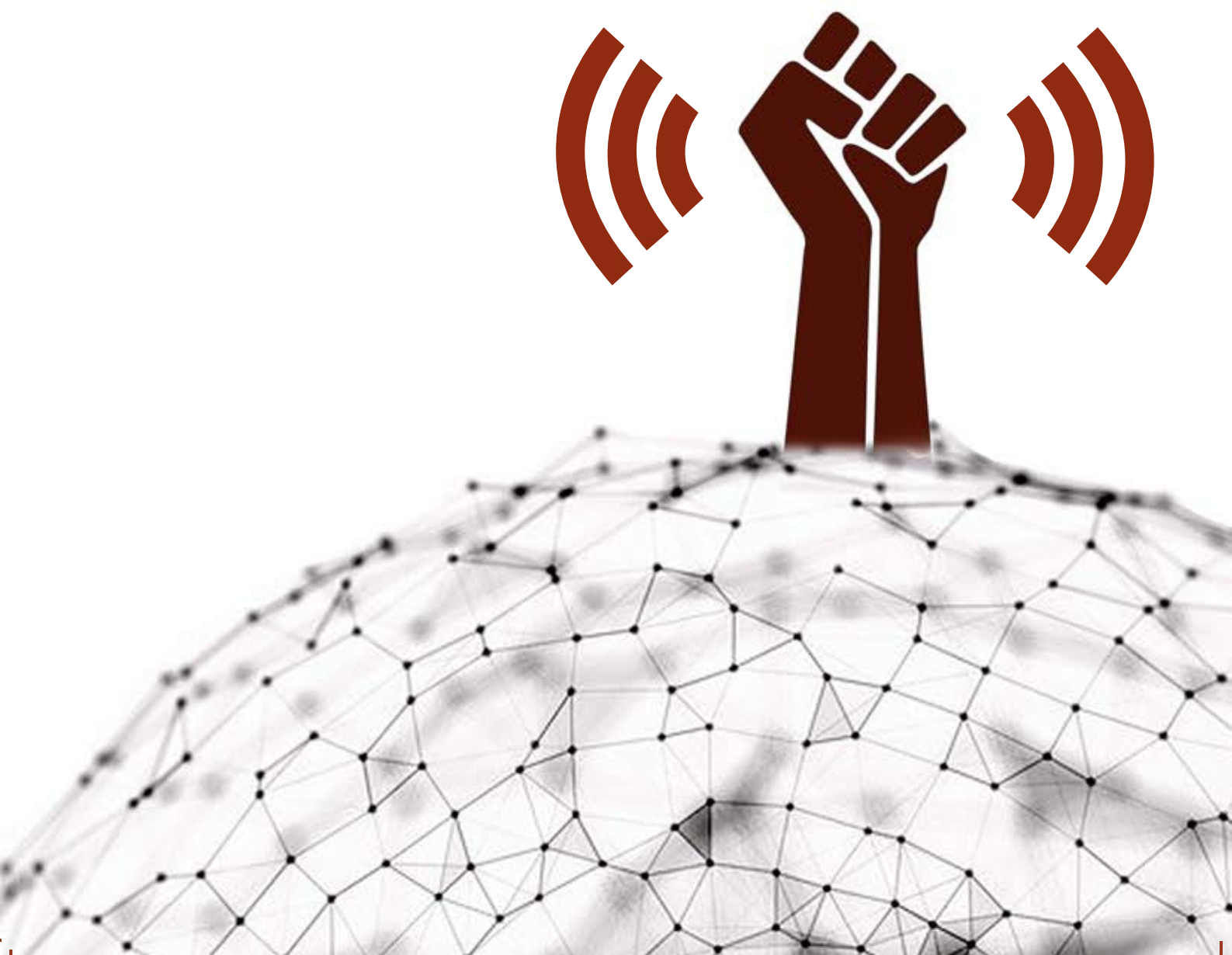
A pesar de todo, no podemos afirmar que exista un concepto unánime sobre lo que la sociedad civil entiende por activismo mediático. La diversidad de visiones se manifiesta no solo en la amplitud terminológica utilizada, que en muchas ocasiones está influida por cómo las prácticas de comunicación alternativa se sitúan frente a los medios masivos. Dejando al margen la enorme casuística relatada en el cuerpo de esta tesis, hay dos enfoques importantes que han aportado elementos decisivos para entender el cambio sugerido: por una lado el enfoque de los medios comunitarios, y por otro el enfoque de los medios para el cambio social. Estos dos enfoques aportan perspectivas que permiten estudiar el enfoque social de este activismo mediático, más allá de los usos tácticos o instrumentales. El objetivo de la transformación social a través de las prácticas mediactivistas ha permitido construir un modelo de acción comunicativa que reivindica ser tenido en cuenta por las teorías de la comunicación.

Las prácticas activistas de los movimientos sociales han evolucionado, no obstante, en las dos últimas décadas de manera vertiginosa. Los avances tecnológicos han sido incorporados de forma secuencial y les han permitido definir diferentes estrategias y actualizar su repertorio de acción. La producción y distribución de contenidos está al alcance de cualquier persona, lo que ha posibilitado la difusión de eventos y acontecimientos que hasta hace no mucho tiempo eran objeto exclusivo de la actividad periodística. Plataformas como Indymedia en su día, o las redes sociales más recientemente, han permitido, gracias al activismo, visibilizar historias ocultas, que generalmente quedan silenciadas por los medios de comunicación de masas. Mediante el uso insurgente de las tecnologías y la contrainformación, los movimientos sociales reinterpretan la realidad oficial construida por los grandes medios gracias a la creación de un ecosistema de medios que actúan en diferentes niveles, que se dirigen a diferentes públicos.

No cabe duda, de que la revolución tecnológica que se ha producido en las últimas dos décadas, ha provocado una profunda redefinición de la identidad colectiva de los movimientos sociales, así como de sus prácticas mediactivistas, todo ello en un escenario en el que protesta social se transnacionaliza logrando alcance global. Este proceso de cambio se ha construido sobre la práctica de la hibridación social y cultural de espacios físicos y virtuales, proponiendo nuevos modelos de organización basados en la democracia participativa, y sobre la capacidad de apropiarse de los discursos y de las tecnologías, que han capacitado a estos movimientos sociales para lograr altas cotas de independencia en sus procesos de acción comunicativa.

10

BIBLIOGRAFÍA



10. Bibliografía

- @AXEBRA. (2012). Origen de Internet, razones para el software libre y luchas pasadas, presentes y futuras para defenderlos. En LEVI, S. y OTROS (Eds.), *Cultura libre digital: Nociones básicas para defender lo que es de todxs*. Barcelona: Icaria.
- ABELLÁN, M.Á, y PARDO, G. (2015). El influjo de la tradición republicana: De los indignados a Podemos. En MARCO, J. y NICASIO, B. (Eds.), *La regeneración el sistema. Reflexiones en torno a la calidad democrática, el buen gobierno y la lucha contra la corrupción*. Valencia: AVAPOL.
- ADELL, R. (2011). La movilización de los indignados del 15-M. Aportaciones desde la sociología de la protesta. *Sociedad y utopía: Revista de ciencias sociales*, (38), 141-170.
- AGUADO, G., ESCOFET, A., y RUBIO, M.J. (2009). Empoderamiento, tecnologías de la información y la comunicación y género: Una aproximación conceptual. En JAIME, M.E. (Ed.), *Identidades femeninas en un mundo plural*. Almería: Arcibel editores.
- AGUILERA, M. (2014). Pink noise revolution: Analizando la mente colectiva de las redes 15M. En SERRANO, E., CALLEJA-LÓPEZ, A., MONTERDE, A. y TORRET, J. (Eds.), *15MP2P. Una mirada transdisciplinar del 15M*. Barcelona: Editorial UOC.
- ALBA RICO, S. (2012). Socialismo y tecnología. *La Jiribilla. Revista de cultura cubana*, 2 (58)

- ALBERICH, J. (2005). Notas para una estética audiovisual digital. En ALBERICH, J. y ROIG, A. (Eds.), *Comunicación audiovisual digital: Nuevos medios, nuevos usos, nuevas formas*. Barcelona: Editorial UOC.
- ALBERICH, J. y ROIG, A. (2008). Creación y producción audiovisual colaborativa. Implicaciones sociales y culturales del uso de software libre y recursos audiovisuales de código abierto. *UOC Papers: Revista sobre la sociedad del conocimiento*, (7)
- ALBERICH, J. y ROIG, A. (2010). Creación colectiva audiovisual y cultura colaborativa online: Proyectos y estrategias. *Icono14*, 8 (1)
- ALCAÑIZ, M. (2009). *Manual de cambio social y movimientos sociales*. Castellón de la Plana: Universitat Jaume I. Servei de Comunicació i Publicacions.
- ALMIRÓN, N. (2006). *Poder financiero y poder mediático: Banca y grupos de comunicación. Los casos del SCH y PRISA (1976-2004)*. Universitat Autònoma de Barcelona. Barcelona.
- AMIN, S. (2011). An arab springtime? *Monthly Review*, 63 (5)
- AMINZADE, R., y MCADAM, D. (2001). Emotions and contentious politics. En AMINZADE, R. y MCADAM, D. (Eds.), *Silence and voice in the study of contentious politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- ANDERSON, C. (2004). *The long tail*. Publicado el 1 de octubre de 2004. Recuperado de <https://www.wired.com/2004/10/tail/>
- ANDERSON, C. (2006). *The long tail: Why the future of business is selling less of more*. New York: Hyperion.
- ARANZUBÍA, A. y FERRERAS, J.G. (2015). Distribución online de películas en España: ¿Una oportunidad para la diversidad cultural? *adComunica: Revista científica de estrategias, tendencias e innovación en comunicación*, (10), 61-76.
- ARBEX, J. (2005). Otra comunicación es posible (y necesaria). En MORAES, D. (Ed.), *Por otra comunicación: Los media, globalización cultural y poder*. Barcelona: Icaria.
- ARIAS, M. (2008). La globalización de los movimientos sociales y el orden liberal. Acción política, resistencia cívica, democracia. *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas*, (124), 11-44.
- ARREGI, J.I. (2006). Medios de comunicación y empoderamiento indígena. En-REDando con las nuevas tecnologías. *Pueblos indígenas y derechos humanos*. Bilbao: Universidad de Deusto.

- ARRIGHI, G., HOPKINS, T.K. y WALLERSTEIN, I.M. (1999). *Movimientos anti-sistémicos*. Madrid: Akal.
- ASCOLI, U. (1987). Estado de bienestar y acción voluntaria. *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas*, (38), 119-162.
- ATTON, C. (2002). *Alternative media*. Thousand Oaks: SAGE.
- ATTON, C. (2003). Infoshops in the shadow of the State. En COULDRY, N. y CURRAN, J. (Eds.), *Contesting media power: Alternative media in a networked world*. Lanham: Rowman & Littlefield.
- ATTON, C. (2004). *An alternative Internet: Radical media, politics and creativity*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- ATTON, C. (2007). Alternative media in practice. En COYER, K., DOWMUNT, T. y FOUNTAIN, A. (Eds.), *The alternative media handbook*. London, New York: Routledge.
- ATTON, C. (2008). Alternative media theory and journalism practice. En BOLER, M. (Ed.), *Digital media and democracy: Tactics in hard times*. Cambridge: MIT Press.
- AUGÉ, M. (2007). Sobremodernidad. Del mundo de hoy al mundo de mañana. *Contrastes: Revista cultural*, (47), 101-107.
- AVENDAÑO, C. (2002). Americanización de la vida diaria y empoderamiento comunicacional. *Ágora digital*, (3)
- BACHRACH, P. (1967). *Crítica de la teoría elitista de la democracia*. Buenos Aires: Amorrortu.
- BAILEY, O.G., CAMMAERTS, B. y CARPENTIER, N. (2008). *Understanding alternative media*. Maidenhead: Open University Press.
- BALDESSAR, M.J. (2005). Ni McLuhan ni McBride, y ahora? *Question*, 1 (8)
- BANASZAK, L.A. (2005). Inside and outside the state: Movement insider status, tactics and public policy achievements. En MEYER, D.S., JENNESS, V. y INGRAM, H.M. (Eds.), *Routing the opposition: Social movements, public policy and democracy*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- BARANDIARAN, X. (2003). *Activismo digital y telemático. Poder y contrapoder en el ciberespacio*. Publicado el 23 de julio de 2003. Recuperado de http://www.ehu.eus/ias-research/doc/2003_ba_cul_fin.pdf
- BARD, A. y SÖDERQVIST, J. (2002). *La netocracia: El nuevo poder en la red y la vida después del capitalismo*. Madrid: Prentice Hall.

- BARLOW, J.P. (1996). *Declaración de independencia del ciberespacio*. Recuperado de https://es.wikisource.org/wiki/Declaraci%C3%B3n_de_independencia_del_ciberespacio
- BARNETT, S. (1997). New media, old problems: New technology and the political process. *European Journal of Communication*, 12 (2), 193-218.
- BARRANQUERO, A. y SÁEZ, C. (2009). De la invisibilidad de la comunicación alternativa y la comunicación para el cambio social en la universidad española. *Ágora: Revista de ciencias sociales*, (20), 33-52.
- BARRANQUERO, A. y SÁEZ, C. (2010). *Comunicación alternativa y comunicación para el cambio social democrático: Sujetos y objetos invisibles en la enseñanza de las teorías de la comunicación*. Recuperado de <http://www.ae-ic.org/malaga2010/upload/ok/453.pdf>
- BARRANQUERO, A. y SÁEZ, C. (2012). Teoría crítica de la comunicación alternativa para el cambio social. El legado de Paulo Freire y Antonio Gramsci en el diálogo norte-sur. *Razón y palabra*, (80), 40-52.
- BARRANQUERO, A. (2013). Slow media. Comunicación, cambio social y sostenibilidad en la era del torrente mediático. *Palabra Clave*, 16 (2)
- BARRANQUERO, A., y ROSIQUE-CEDILLO, G. (2014). Comunicación y periodismo slow en España. Génesis y balance de las primeras experiencias. En MANCINAS-CHAVES, R. y NOGALES, A.I. (Eds.), *Primer Libro de Actas del Primer Congreso Internacional "Infoxicación: Mercado de la Información y psique*. Sevilla: LADECOM. Laboratorio de Estudios en Comunicación. Facultad de Comunicación de Sevilla.
- BAUDRILLARD, J. (1974). *Crítica de la economía política del signo*. México: Siglo XXI.
- BAUMAN, Z. (2015). *Modernidad líquida*. México: FCE - Fondo de Cultura Económica.
- BECK, U. (1992). *Risk society: Towards a new modernity*. London: Sage.
- BECK, U. (2004). *Poder y contrapoder en la era global: La nueva economía política mundial*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.
- BECK, U. (2008). *Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona: Paidós.
- BELLI, S., y DÍEZ, R. (2014). Emociones en la plaza y en la pantalla. Para pensar un cronotopo del siglo XXI a través de la ocupación de espacios físicos y no-físicos. En SERRANO, E., CALLEJA-LÓPEZ, A., MONTERDE, A. y TORET, J. (Eds.), *15MP2P. Una mirada transdisciplinar del 15M*. Barcelona: UOC.

- BELLI, S. y DÍEZ, R. (2015). Una aproximación al papel de las emociones en la nueva ola de indignación global: La ocupación de espacios físicos y no-físicos. *Sistema: Revista de ciencias sociales*, (239), 83-98.
- BELLO, W. (2002). *Porto Alegre versus Davos*. Recuperado de http://old.redtercermundo.org.uy/revista_del_sur/texto_completo.php?id=324
- BELTRÁN, L.R. y FOX DE CARDONA, E. (1981). *Comunicación dominada: Estados Unidos en los medios de América Latina*. México: Nueva Imagen.
- BENJAMIN, W. (2004). *El autor como productor*. México: Itaca.
- BENKLER, Y. (1998). Overcoming agoraphobia: Building the commons of the digitally networked environment. *Harvard Journal of Law & Technology*, 11 (2), 287.
- BENKLER, Y. (2015). *La riqueza de las redes: Cómo la producción social transforma los mercados y la libertad*. Barcelona: Icaria.
- BENNETT, W.L. (2003a). New media power: The internet and global activism. En COULDRY, N. y CURRAN, J. (Eds.), *Contesting media power: Alternative media in a networked world*. Lanham: Rowman & Littlefield Publishers, Inc.
- BENNETT, W.L. (2003b). Communicating global activism. *Information, Communication & Society*, 6 (2), 143-168.
- BENNETT, W.L. (2007). *Civic life online: Learning how digital media can engage youth*. Cambridge: MIT Press.
- BENNETT, W.L. y SEGERBERG, A. (2012). The logic of connective action: Digital media and the personalization of contentious politics. *Information Communication and Society*, 15 (5), 739-768.
- BERARDI, F. (2004). Dictadura mediática y activismo mediático en Italia. *Archipiélago: Cuadernos de crítica de la cultura*, (60)
- BERARDI, F. (2007). *Generación Post-Alfa: Patologías e imaginarios en el semiocapitalismo*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- BERARDI, F., JACQUEMET, M. y VITALI, G. (2004). *Telestreet: Máquina imaginativa no homologada*. Barcelona: El viejo topo.
- BERLINGUER, M., MARTÍNEZ, R., FUSTER, M. y SUBIRATS, J. (2013). Modelos emergentes de sostenibilidad de procomunes audiovisuales. *Teknokultura*, 10 (1), 131-153.
- BERNERS-LEE, T. (2010). Long live the Web. *Scientific American*, 303 (6), 80-85.

- BERRIGAN, F. (1979). *Community communications: The role of community media in development*. París: Unesco.
- BERRÍO, A. (2006). La perspectiva de los nuevos movimientos sociales en las obras de Sydney Tarrow, Alain Touraine y Alberto Melucci. *Estudios Políticos*, (29), 219-236.
- BLANKE, T. (2014). *Digital asset ecosystems: Rethinking crowds and clouds*. Oxford: Chandos.
- BORÓN, A. (2001). El nuevo orden imperial y cómo desmontarlo. En SEOANE, J. y TADDEI, E. (Eds.), *Resistencias mundiales. De Seattle a Porto Alegre*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- BOURDIEU, P. (2007). *Sobre la televisión*. Barcelona: Anagrama.
- BOUTANG, Y.M. (2004). Riqueza, propiedad, libertad y renta en el capitalismo cognitivo. En BLONDEAU, O. y OTROS (Eds.), *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- BOWMAN, S. y WILLIS, C. (2003). *We media: How audiences are shaping the future of news and information*. Recuperado de http://www.hypergene.net/wemedia/download/we_media.pdf
- BREHAM, S. y BRAMAN, S. (1993). Global surveillance, media policies and civil liberty. *Media development*, 40 (2), 36-40.
- BRINGEL, B. y ECHART, E. (2010). *De Seattle a Copenhague (con escala en la Amazonia): O del movimiento antiglobalización al nuevo activismo transnacional*. Recuperado de <http://fundacionbetiko.org/wp-content/uploads/2012/11/De-Seattle-a-Copenhague.pdf>
- BRUNET, M.A. (2011). Propaladoras: Una alternativa comunitaria en San Pedro de Jujuy (Argentina). En KROHLING, C., TUFTE, T. y VEGA, J. (Eds.), *Trazos de otra comunicación en América Latina: Prácticas comunitarias, teorías y demandas sociales*. Barranquilla: Universidad del Norte.
- BRUNS, A. (2015). Working the story. News curation in social media as a second wave of citizen journalism. En ATTON, C. (Ed.), *The Routledge companion to alternative and community media*. New York: Routledge.
- BURCH, S. (2003). *El reto de articular una agenda social en comunicación*. Recuperado de <http://www.lasociedadcivil.org/doc/el-reto-de-articular-una-agenda-social-en-comunicacion/>
- BURGOS, E. (2014). La tecnopolítica y la acción colectiva en la sociedad red. *Razón y palabra*, (89)

- BURGUENO, J.M. (2008). *La invención en el periodismo informativo*. Barcelona: Editorial UOC.
- BUSTAMANTE, E. (2002). Nuevas fronteras del servicio público y su función en el espacio público mundial. En VIDAL-BENEYTO, J. (Ed.), *La ventana global: Ciberespacio, esfera pública mundial y universo mediático*. Madrid: Taurus.
- CABELLO, F. (2006). Interferencias en la transmisión: Aproximación teórica al culture jamming. *Razón y palabra*, (49), 13.
- CALLE, Á. (2003). Los nuevos movimientos globales. *Papeles del CEIC, International Journal on Collective Identity Research*, (7)
- CALLE, Á. (2005). *Nuevos movimientos globales: Hacia la radicalidad democrática*. Madrid: Editorial Popular.
- CALLINICOS, A. (2003). *Un Manifiesto anticapitalista*. Barcelona: Crítica.
- CALVO, J. (2007). *El Foro Social Mundial: Qué es es y cómo se hace*. Recuperado de <http://www.comitesromero.org/lleida/jornadas/documentos/vier-nes4juliodocumentos/elfsmqueesycomosehacejordi%20calvorufanges.pdf>
- CALVO, J. (2008). *El Foro Social Mundial: Nuevas formas de hacer política*. Bilbao: Publicaciones de la Universidad de Deusto.
- CAMMAERTS, B. y VAN AUDENHOVE, L. (2005). Online political debate, unbounded citizenship, and the problematic nature of a transnational public sphere. *Political Communication*, 22 (2), 179-196.
- CANDÓN, J. (2011a). *La dimensión híbrida del movimiento 15M: Entre lo físico y lo virtual*. Recuperado de <http://bookcamping.cc/referencia/2171-la-dimension-hibrida>
- CANDÓN, J. (2011b). *Internet en movimiento: Nuevos movimientos sociales y nuevos medios en la sociedad de la información*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- CANDÓN, J. (2012a). Soberanía tecnológica en la era de las redes. *Revista internacional de pensamiento político*, (7), 73-92.
- CANDÓN, J. (2012b). Ciudadanía en la red: Poder y contrapoder en los medios de comunicación. *Estudios Sobre el Mensaje Periodístico*, 18 (2), 679-687.
- CANDÓN, J. (2013). *Toma la calle, toma las redes: El movimiento #15M en internet*. Sevilla: Atrapasueños Editorial.
- CANDÓN, J. (2014). Comunicación, internet y democracia deliberativa. En SERRANO, E., CALLEJA-LÓPEZ, A., MONTERDE, A. y TORET, J. (Eds.), *15MP2P*.

Una mirada transdisciplinar del 15M. Barcelona: Universitat Oberta de Catalunya.

- CARDOSO, G. (2008). *Los Medios de comunicación en la sociedad en red: Filtros, escaparates y noticias*. Barcelona: Editorial UOC.
- CARDUCCI, V. (2006). Culture Jamming. *Journal of Consumer Culture*, 6 (1), 116-138.
- CARPENTIER, N. (2011). *Media and participation: A site of ideological-democratic struggle*. Bristol; Chicago: Intellect.
- CARROLL, W.K. y HACKETT, R.A. (2006). Democratic media activism through the lens of social movement theory. *Media, Culture and Society*, 28 (1), 83-104.
- CASTELLS, M. (1981). *Crisis urbana y cambio social*. Madrid: Siglo XXI.
- CASTELLS, M. (1983). *La cuestión urbana*. México: Siglo XXI.
- CASTELLS, M. (1995). *La sociedad de la información*. Publicado el 15/05/2013. Recuperado de http://elpais.com/diario/1995/02/25/opinion/793666808_850215.html
- CASTELLS, M. (1997a). *La era de la información: Economía, sociedad y cultura. Vol. 1, La sociedad red*. Madrid: Alianza Editorial.
- CASTELLS, M. (1997b). *La era de la información: Economía, sociedad y cultura. Vol. 2, El poder de la identidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- CASTELLS, M. (1997c). *La era de la información: Economía, sociedad y cultura. Vol. 3, Fin de milenio*. Madrid: Alianza Editorial.
- CASTELLS, M. (2000). Materials for an exploratory theory of the network society. *British Journal of Sociology*, 51 (1), 5-24.
- CASTELLS, M. (2001). *La galaxia Internet*. Barcelona: Areté.
- CASTELLS, M. (2004). Informacionalismo y la sociedad red. En HIMANEN, P. (Ed.), *La ética del hacker y el espíritu de la era de la información*. Barcelona: Destino.
- CASTELLS, M. (2006a). *Comunicación móvil y sociedad: Una perspectiva global*. Barcelona: Ariel.
- CASTELLS, M. (2006b). Informacionalismo, redes y sociedad red: Una propuesta teórica. En CASTELLS, M. (Ed.), *La sociedad red: Una visión global*. Madrid: Alianza Editorial.

- CASTELLS, M. (2008a). The new public sphere: Global civil society, communication networks, and global governance. *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 616 (1), 78-93.
- CASTELLS, M. (2008b). Comunicación, poder y contrapoder en la sociedad red (II): Los nuevos espacios de la comunicación. *Telos: Cuadernos de comunicación e innovación*, (75), 11-23.
- CASTELLS, M. (2008c). Comunicación, poder y contrapoder en la sociedad red (I): Los medios y la política. *Telos: Cuadernos de comunicación e innovación*, (74), 13-24.
- CASTELLS, M. (2009). *Comunicación y poder*. Madrid: Alianza Editorial.
- CASTELLS, M. (2012). *Redes de indignación y esperanza: los movimientos sociales en la era de Internet*. Madrid: Alianza Editorial.
- CELA, J.R. (2013). The new owners of the world: The globalization of mass media. *Estudios Sobre el Mensaje Periodístico*, 19 (1), 255-264.
- CERI, P. (2010). Las transformaciones del movimiento global. En WIEVIORKA, M. (Ed.), *Otro mundo... discrepancias, sorpresas y derivas en la antimundialización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- CHADWICK, A. (2006). *Internet politics: States, citizens, and new communication technologies*. New York; Oxford: Oxford University Press.
- CHAMIZO, R. (2004). Los asuntos sociales en los medios de comunicación. De la publicidad social y sus técnicas disuasorias. En MINGUEZ, N. y VILLAGRA, N. (Eds.), *La Comunicación: Nuevos discursos y perspectivas*. Madrid: Edipo.
- CHAPARRO, M. (2005). La Asociación Mundial de Radios Comunitarias (AMARC): Otro modelo radiofónico posible. *Telos: Cuadernos de comunicación e innovación*, (65), 161-163.
- CHAPARRO, M. (2009). Comunicación para el empoderamiento y comunicación ecosocial. La necesaria creación de nuevos imaginarios. *Perspectivas de la comunicación*, 2 (1), 146-158.
- CHAPARRO, M. (2013). Construcción de un imaginario perverso: La comunicación del desarrollo. *Telos: Cuadernos de comunicación e innovación*, (94), 31-42.
- CHAPARRO, M. (2014). *Medios de proximidad: Participación social y políticas públicas*. Málaga: COMandalucía.

- CHAPARRO, M. (2015). *Claves para repensar los medios y el mundo que habitamos: La distopía del desarrollo*. Bogotá: Desde Abajo.
- CHATFIELD, C. (1999). International and Nongovernmental Associations to 1945. En SMITH, J.G., CHATFIELD, C. y PAGNUCCO, R. (Eds.), *Transnational social movements and global politics: Solidarity beyond the state*. Syracuse: Syracuse University Press.
- CHOMSKY, N. (1997). *El nuevo orden mundial (y el viejo)*. Barcelona: Crítica.
- CHOMSKY, N. (2010). *Esperanzas y realidades*. Barcelona: Tendencias.
- CHOMSKY, N. y DIETERICH, H. (2004). *La aldea global*. Tafalla, Navarra: Txalaparta.
- CLEAVER, H. (1995). *The Zapatistas and the Electronic Fabric of Struggle*. Recuperado de <https://la.utexas.edu/users/hcleaver/zaps.html>
- COBURN, E. (2010). La batalla de Seattle. En WIEVIORKA, M. (Ed.), *Otro mundo... Discrepancias, sorpresas y derivas en la antimundialización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- COMISIÓN INTERNACIONAL SOBRE PROBLEMAS DE LA COMUNICACIÓN. (1980). *Un solo mundo, voces múltiples: Comunicación e información en nuestro tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- CONWAY, J. y SINGH, J. (2009). Is the World Social Forum a Transnational Public Sphere?: Nancy Fraser, Critical Theory and the Containment of Radical Possibility. *Theory, Culture & Society*, 26 (5), 61-84.
- CORDERO, I. y ALBERICH, J. (2015). Revisión de usos sociales y formas de ejercer la política a través de los nuevos medios. *El profesional de la información*, 24 (6), 811-818.
- CORSÍN, A. y ESTALELLA, A. (2013). The atmospheric person: Value, experiment, and "making neighbors" in Madrid's popular assemblies. *HAU: Journal of Ethnographic Theory*, 3 (2), 119-139.
- CORTÉS, A. (2008). Conceptualización de la publicidad institucional en su dimensión socializadora y educativa. *Espacios públicos*, (22), 226-237.
- CORTÉS, A. (2009). Contrapublicidad y valores alternativos. *Razón y palabra*, (67)
- CORTÉS, A. (2012). La comunicación es una herramienta estratégica en la construcción de la paz. En CORTÉS, A. y GARCÍA, M. (Eds.), *Comunicación y cultura de paz*. Granada: Universidad de Granada.

- CORTÉS, A. y PÉREZ RUFÍ, J.P. (2009). Ecologismo, Igualdad y Responsabilidad Civil: Una visión de la publicidad social televisiva. *Icono14*, 7 (2)
- COULDRY, N. (1999). Disrupting the media frame at Greenham common: A new chapter in the history of mediations? *Media, Culture and Society*, 21 (3), 337-358.
- COULDRY, N. (2001). The Umbrella Man: Crossing a landscape of speech and silence. *European Journal of Cultural Studies*, 4 (2), 131-152.
- COULDRY, N. (2003a). Beyond the hall of mirrors? Some theoretical reflections on the global contestation of media power. En COULDRY, N. y CURRAN, J. (Eds.), *Contesting media power: Alternative media in a networked world*. Lanham: Rowman and Littlefield.
- COULDRY, N. (2003b). Theoretical reflections. En COULDRY, N. y CURRAN, J. (Eds.), *Contesting media power: Alternative media in a networked world*. Lanham: Rowman & Littlefield.
- COULDRY, N. y CURRAN, J. (2003). *Contesting media power: Alternative media in a networked world*. Lanham: Rowman & Littlefield.
- COYER, K. (2007). Access to broadcasting: Radio. En COYER, K., DOWMUNT, T. y FOUNTAIN, A. (Eds.), *The alternative media handbook*. London, New York: Routledge.
- COYER, K., DOWMUNT, T. y FOUNTAIN, A. (2007). *The alternative media handbook*. London, New York: Routledge.
- CRITICAL ART ENSEMBLE. (2006). La desobediencia civil electrónica, la simulación y la esfera pública. En REUNIÓN DE OVEJAS ELECTRÓNICAS (Ed.), *Ciberactivismo: Sobre usos políticos y sociales de la red*. Barcelona: Virus.
- CULLELL-MARCH, C. (2012). El futuro de la Web ante la neutralidad de la Red: Estado de la cuestión en la Unión Europea. *El profesional de la información*, 21 (1), 77-82.
- CURRAN, J. (2005). Rethinking the media as a public sphere. En DAHLGREN, P. y SPARKS, C. (Eds.), *Communication and citizenship: journalism and the public sphere*. London: Routledge.
- DAHL, R.A. (1985). *A preface to economic democracy*. Cambridge: Polity Press.
- DAHLGREN, P. (2005). The internet, public spheres, and political communication: Dispersion and deliberation. *Political Communication*, 22 (2), 147-162.
- DE LUCA, K.M. (1999). *Image politics: The new rhetoric of environmental activism*. New York: Guilford Press.

- DEIBERT, R.J. (2000). International Plug 'n Play? Citizen Activism, the Internet, and Global Public Policy. *International Studies Perspectives*, 1 (3), 255-272.
- DELEUZE, G. y GUATTARI, F. (2000). *Mil Mesetas: Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos.
- DELGADO, R. (2007). Los marcos de acción colectiva y sus implicaciones culturales en la construcción de ciudadanía. *Universitas humanística*, (64), 41-66.
- DELLA PORTA, D., y TARROW, S. (2004). Transnational processes and social activism: An introduction. En DELLA PORTA, D. y TARROW, S. (Eds.), *Transnational protest and global activism*. Lanham: Rowman & Littlefield.
- DELLA PORTA, D., ANDRETTA, M., MOSCA, L. y REITER, H. (2006). *Globalization from below: Transnational activists and protest networks*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- DELLA PORTA, D. y DIANI, M. (2011). *Social movements: An introduction*. Malden: Blackwell.
- DELLA PORTA, D. (2005). Globalizations and democracy. *Democratization*, 12 (5), 668-685.
- DERY, M. (1993). *Culture Jamming: Hacking, Slashing, and Sniping in the Empire of Signs*.
- DIANI, M. (1992). The concept of social movement. *The Sociological review*, 40 (1), 1-25.
- DIANI, M. (2000). Social movement networks virtual and real. *Communication, Information & Society*, 3 (3)
- DIANI, M. (2011). Networks and internet into perspective. *Swiss Political Science Review*, 17 (4), 469-474.
- DIANI, M. y MCADAM, D. (2003). *Social movements and networks: Relational approaches to collective action*. Oxford: Oxford University Press.
- DÍAZ, I. y CANDÓN, J. (2014). Espacio geográfico y ciberespacio en el movimiento 15M. *Scripta Nova: Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, (18)
- DÍAZ-NOSTY, B. (2013). *La prensa en el nuevo ecosistema informativo. ¡Que paren las rotativas!: La transición al medio continuo*. Barcelona; Madrid: Ariel ; Fundación Telefónica.
- DÍAZ-SALAZAR, R. (2002). *Justicia global: Las alternativas de los movimientos del Foro de Porto Alegre*. Barcelona: Icaria.

- DÍAZ-SALAZAR, R. (2004). Sociedad civil mundial, movimientos sociales y propuestas para una globalización alternativa. En MARI, V.M. (Ed.), *La red es de todos: Cuando los movimientos sociales se apropian de la red*. Madrid: Editorial Popular.
- DODDS, K. (2000). *Geopolitics in a changing world*. Harlow: Pearson Education.
- DOWNING, J. (2001). *Radical media: Rebellious communication and social movements*. Thousand Oaks: Sage Publications.
- DOWNING, J. (2003). The Independent Media Center movement. En COULDRY, N. y CURRAN, J. (Eds.), *Contesting media power: Alternative media in a networked world*. Lanham: Rowman & Littlefield.
- DOWNING, J. (2008). Social movement theories and alternative media: An evaluation and critique. *Communication, Culture & Critique*, 1 (1), 40-50.
- DOWNING, J. (2010). *Nanomedios de comunicación: ¿Medios comunitarios? ¿O de red? ¿O de movimientos sociales? ¿Qué importancia tienen? ¿Y su denominación?* Recuperado de http://www.portalcomunicacion.com/catunESCO/download/2010_DOWNING_NANOMEDIOS%20DE%20COMUNICACION%3%93N.pdf
- DREZNER, D.W. (2004). The global governance of the internet: Bringing the state back in. *Political Science Quarterly*, 119 (3), 477-498.
- DRURY, J. y REICHER, S.D. (2005). Explaining enduring empowerment: A comparative study of collective action and psychological outcomes. *European Journal of Social Psychology*, 35 (1), 35-58.
- DURANDIN, G. (1995). *La información, la desinformación y la realidad*. Barcelona: Paidós.
- ECHART, E., LÓPEZ, S. y OROZCO, K. (2005). *Origen, protestas y propuestas del movimiento antiglobalización*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- ECHART, E. (2008). *Movimientos sociales y relaciones internacionales: La irrupción de un nuevo actor*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- ENGELKEN-JORGE, M. y CORTINA, M. (2016). Presentación: Retos y respuestas actuales de la democracia. *Política y Sociedad*, 53 (1), 9-16.
- ENZENSBERGER, H.M. (1974). *Elementos para una teoría de los medios de comunicación*. Barcelona: Anagrama.
- ESPIRITUSANTO, Ó. (2011). Orígenes. En ESPIRITUSANTO, Ó y GONZALO, P. (Eds.), *Periodismo ciudadano: Evolución positiva de la comunicación*. Barcelona: Ariel.

- FALK, R. (1993). The making of global citizenship. En BRECHER, J., CHILDS, J.B. y CUTLER, J. (Eds.), *Global visions: Beyond the new world order*. Boston: South End Press.
- FANON, F. (1972). *Los condenados de la tierra*. México: Fondo de Cultura Económica.
- FARRO, A.L. (2010). El viraje italiano. En WIEVIORKA, M. (Ed.), *Otro mundo... discrepancias, sorpresas y derivas en la antimundialización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- FELIÚ, E. (2004). La publicidad social. En MINGUEZ, N. y VILLAGRA, N. (Eds.), *La Comunicación: Nuevos discursos y perspectivas*. Madrid: Edipo.
- FENTON, N. (2009). New media, politics and resistance. En PAJNIK, M. y DOWNING, J. (Eds.), *Alternative media and the politics of resistance: Perspectives and challenges*. Ljubljana: Peace Institute.
- FERNÁNDEZ BUEY, F. (2004). *Guía para una globalización alternativa: Otro mundo es posible*. Barcelona: Ediciones B.
- FERNÁNDEZ-SAVATER, A. (2009). *De Indymedia a los blogs*. Recuperado de <http://blogs.publico.es/fueradelugar/40/de-indymedia-a-los-blogs>
- FERRARI, S. (2003). *Universalizar la otra mundialización*. Recuperado de <http://memoriafsm.org/handle/11398/1557>
- FERRARI, S. (2005). *Porto Alegre 2005: El Foro de lo posible*. Recuperado de <http://memoriafsm.org/handle/12345/107>
- FISCHETTI, N. (2011). Técnica, tecnología, tecnocracia: Teoría crítica de la racionalidad tecnológica como fundamento de las sociedades del siglo XX. *CTS: Revista iberoamericana de ciencia, tecnología y sociedad*, 7 (19), 157-166.
- FLEISCHMAN, L. (2004). *Internet y los movimientos sociales: Comunicación en los movimientos de resistencia global*. Recuperado de http://ilusionismosocial.org/pluginfile.php/247/mod_folder/content/0/%20ART%3%8DCU-LOS%20SUELTOS%20Y%20ARTICULOS%20DE%20LIBRO%20DVD/INTERNET%20Y%20MOVIMIENTOS%20SOCIALES-COMUNICACI%3%93N%20EN%20LOS%20MOVIMIENTOS%20DE%20RESISTENCIA%20GLOBAL.%20Luciana%20Fleischman.pdf?forcedownload=1
- FLETCHER, B. y GAPASIN, F. (2008). *Solidarity divided: The crisis in organized labor and a new path toward social justice*. Berkeley: University of California Press.
- FLORES, C.Y. (2007). La antropología visual: Distancia o cercanía con el sujeto antropológico? *Nueva Antropología. Revista de Ciencias Sociales*, (67), 65-87.

- FRASER, N. (1992). Rethinking public sphere. En CALHOUN, C.J. (Ed.), *Habermas and the public sphere*. Cambridge; London: MIT Press.
- FRASER, N. (1997). *Iustitia Interrupta: Reflexiones críticas desde la posición postsocialista*. Santafé de Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Derecho. Siglo del Hombre.
- FRASER, N. (2008). *Escalas de la justicia*. Barcelona: Herder.
- FREEMAN, J. (2009). *Not so fast: Sending and receiving at breakneck speed can make life queasy; a manifesto for slow communication*. Recuperado de <https://www.wsj.com/articles/SB10001424052970203550604574358643117407778>
- FREIRE, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI.
- FRIEDMAN, J. (2010). Las vicisitudes del sistema mundial y la aparición de los movimientos sociales. En WIEVIORKA, M. (Ed.), *Otro mundo... discrepancias, sorpresas y derivas en la antimundialización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- FRIEDMAN, M. (1999). *Consumer boycotts: Effecting change through the marketplace and the media*. New York: Routledge.
- FUCHS, C. (2010). Alternative media as critical media. *European Journal of Social Theory*, 13 (2), 173-192.
- FUKUYAMA, F. (2015). *¿El fin de la Historia? y otros ensayos*. Madrid: Alianza.
- FUSTER, M. (2012). The Free Culture and 15M Movements in Spain: Composition, Social Networks and Synergies. *Social Movement Studies*, 11 (3-4), 386-392.
- GALBRAITH, J.K. (2007). *The new industrial state*. Princeton: Princeton University Press.
- GALINDO, J. (1997). Comunidad virtual y cibercultura. El caso del EZLN en México. En SIERRA, F. (Ed.), *Comunicación e insurgencia*. Hondarribia: HIRU.
- GAMSON, W. (1988). Political discourse and collective action. En KLANDERMAN, B., KRIESI, H. y TARROW, S. (Eds.), *From structure to action: comparing social movement research across cultures*. Greenwich: JAI Press.
- GARCÍA AVILÉS, J.A. (2015). *Comunicar en la sociedad red. Teorías, modelos y prácticas*. Barcelona: Editorial UOC.
- GARCÍA ROCA, J. (1996). El Tercer Sector. *Documentación social*, (103), 11-36.

- GARCÍA ROCA, J. (2001). El voluntariado en la sociedad de bienestar. *Documentación social*, (122), 15-40.
- GELADO, R. (2009). La multitud según Hardt y Negri: ¿idealismo o presente? *Revista Facultad de Derecho y Ciencias Políticas*, (110), 15-32.
- GEORGE, S. (2001). *Que faire a present?* Publicado el 15 de enero de 2001. Recuperado de <https://www.tni.org/es/node/7821>
- GEORGE, S. (2003). *Otro mundo es posible si ...* Barcelona: Icaria.
- GERBAUDO, P. (2012). *Tweets and the streets*. London: Pluto Press.
- GIDDENS, A. (1994). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza.
- GIDDENS, A. (2000). *La Tercera vía: la renovación de la socialdemocracia*. Madrid: Taurus.
- GILDER, G. (1990). *Life after television: The coming transformation of media and american life*. New York; London: W.W. Norton.
- GILLMOR, D. (2006). *We the media: Grassroots journalism by the people, for the people*. Sebastopol; Cambridge: O'Reilly.
- GIRARD, B. (1992). *A Passion for radio: Radio waves and community*. Montreal: Black Rose.
- GLADWELL, M. (2010). *Small change: Why the revolution will not be tweeted*. Publicado el 4 de octubre de 2010. Recuperado de <http://www.newyorker.com/magazine/2010/10/04/small-change-malcolm-gladwell>
- GOLDSTONE, J.A. (2003). *States, parties, and social movements*. New York: Cambridge University Press.
- GÓMEZ, J.M. (2004). *De Porto Alegre a Mumbai. El Foro Social Mundial y los retos del movimiento altermundista*. Publicado el 18/12/2014. Recuperado de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/gt/20101018124621/9gomez.pdf>
- GUATTARI, F. (1990). Vers une ère post-media. *Terminal*, (51)
- GUATTARI, F. (2004). *Plan sobre el planeta: Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares*. Madrid: Traficantes de sueños.
- GUATTARI, F. (2009). *Soft subversions: Texts and interviews 1977-1985*. Los Angeles: Semiotext(e).
- GUMUCIO-DAGRÓN, A. (2001). *Haciendo olas: Historias de comunicación participativa para el cambio social*. New York: Rockefeller Foundation.

- GUMUCIO-DAGRON, A. (2004). El cuarto mosquetero: La comunicación para el cambio social. *Investigación y desarrollo: Revista del Centro de Investigaciones en Desarrollo Humano*, 12 (1), 1-22.
- GUMUCIO-DAGRON, A. y TUFTE, T. (2008). *Antología de comunicación para el cambio social: Lecturas históricas y contemporáneas*. South Orange: CFSC, Communication for Social Change Consortium.
- GUTIÉRREZ, B. (2014). El 15M como una arquitectura de acción común. En SERRANO, E., CALLEJA-LÓPEZ, A., MONTERDE, A. y TORET, J. (Eds.), *15MP2P. Una mirada transdisciplinar del 15M*. Barcelona: IC3. Universitat Oberta de Catalunya.
- HABERMAS, J. (1969). *Respuestas a Marcuse*. Barcelona: Anagrama.
- HABERMAS, J. (1989). *The structural transformation of the public sphere: An inquiry into a category of bourgeois society*. Cambridge: Polity.
- HABERMAS, J. (2002). *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*. Barcelona: Gustavo Gilli.
- HABERMAS, J. (2010). *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Trotta.
- HACHÉ, A. y FRANCO, M. (2011). *Reclaim the networks: Soberanía tecnológica para redes sociales*. Recuperado de <https://n-1.cc/pg/blog/read/69974/reclaim-the-networks-soberana-tecnologica-para-redes-sociales>
- HACHÉ, A. y OTROS. (2015). *Soberanía tecnológica*. Recuperado de https://calafou.org/sites/calafou.org/files/libro_soberania_tecnologica_cast_final.pdf
- HACKETT, R.A. y CARROLL, W.K. (2006). *Remaking media: The struggle to democratize public communication*. New York: Routledge.
- HALLECK, D. (2002). *Hand-held visions: The impossible possibilities of community media*. New York: Fordham University Press.
- HAN, B. (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.
- HAN, B. (2014). *En el enjambre*. Barcelona: Herder.
- HANDELMAN, J.M., y KOZINETS, R.V. (2007). Culture jamming. En RITZER, G. (Ed.), *The Blackwell encyclopedia of sociology*. Malden: Blackwell Pub.
- HANDS, J. (2011). *@ is for Activism: Dissent, Resistance and Rebellion in a Digital Culture*. London: Pluto Press.
- HARAWAY, D.J. (1995). Conocimientos situados: La cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial. En HARAWAY, D.J.

- (Ed.), *Ciencia, cyborgs y mujeres: La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- HARDT, M. (2002). Today's Bandung? *New Left Review*, (14), 112-118.
- HARDT, M. y NEGRI, A. (2004). *Multitud: Guerra y democracia en la era del imperio*. Barcelona: Debate.
- HARDT, M. y NEGRI, A. (2005). *Imperio*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- HARDT, M. y NEGRI, A. (2012). *Declaración*. Madrid: Akal.
- HARO, C. y SAMPEDRO, V.F. (2011). Activismo político en Red: Del movimiento por la vivienda digna al 15M. *Teknokultura*, 8 (2), 157-175.
- HARVEY, D. (2008). The right to the city. *New Left Review*, (53), 23-40.
- HARVEY, D. (2013). *Ciudades rebeldes: Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Akal.
- HEATH, J. y POTTER, A. (2004). *Nation of rebels: Why counterculture became consumer culture*. New York: HarperBusiness.
- HELD, D. (1991). *Modelos de democracia*. Madrid: Alianza Editorial.
- HERNÁNDEZ, T., y MORENO, F. (2011). La comunicación comunitaria: Vigencia y olvido. En KROHLING, C., TUFTE, T. y VEGA, J. (Eds.), *Trazos de otra comunicación en América Latina: Prácticas comunitarias, teorías y demandas sociales*. Barranquilla: Universidad del Norte.
- HERRERA, C.T. (2012). Medios ciudadanos y construcción del derecho a la comunicación. *Últimas tendencias en modelos de investigación en el EEES y en otros sistemas actuales*. Madrid: Visión Libros.
- HESSEL, S. (2010). *Indignaos!: Un alegato contra la indiferencia y a favor de la insurrección pacífica*. Barcelona: Destino.
- HESSEL, S. y VANDERPOOTEN, G. (2011). *Comprometeos!: Ya no basta con indignarse. Conversaciones con Gilles Vanderpooten*. Barcelona: Destino.
- HETHERINGTON, K. (1998). *Expressions of identity: Space, performance, politics*. London: SAGE.
- HIMANEN, P. (2002). *La ética del hacker y el espíritu de la era de la información*. Barcelona: Destino.
- HIRSH, J. (1997). Culture jaming: Democracy now. *University of Toronto Var-sity*, 21 (118)

- HOFF, J., HORROCKS, I. y TOPS, P. (2000). *Democratic governance and new technology: Technologically mediated innovations in political practice in Western Europe*. London: Routledge.
- HOLLANDER, E., STAPPERS, J., y JANKOWSKI, N.W. (2002). Community media and the community communication. En JANKOWSKI, N.W. y PREHN, O. (Eds.), *Community media in the information age: Perspectives and prospects*. Cresskill: Hampton Press.
- HOLLOWAY, J. (2002). *Cambiar el mundo sin tomar el poder: El significado de la revolución hoy*. Barcelona: El Viejo Topo.
- HOLT, D.B. (2002). Why do brands cause trouble? A dialectical theory of consumer culture and branding. *Journal of Consumer Research*, 29 (1), 70-90.
- HONORÉ, C. (2012). *Elogio de la lentitud: Un movimiento mundial desafía el culto a la velocidad*. Barcelona: RBA.
- HORKHEIMER, M. y ADORNO, T.W. (1944). *Philosophische Fragmente*. New York: Institute of Social Research.
- HOUTART, F. (2001). La mundialización de las resistencias y de las luchas contra el neoliberalismo. En SEOANE, J. y TADDEI, E. (Eds.), *Resistencias mundiales: De Seattle a Porto Alegre*. Buenos Aires: CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- HOUTART, F. y POLET, F. (2001). *El otro Davos: Globalización de resistencias y de luchas*. Madrid: Editorial Popular.
- HOWARD, P.N. (2011). *The digital origins of dictatorship and democracy: Information technology and political Islam*. Oxford: Oxford University Press.
- HUMPHREYS, A. y GRAYSON, K. (2008). The Intersecting Roles of Consumer and Producer: A Critical Perspective on Co-production, Co-creation and Prosumption. *Sociology Compass*, 2 (3), 963-980.
- HUNT, S., BENFORD, R., y SNOW, D. (2001). Marcos de acción colectiva y campos de identidad en la construcción social de los movimientos. En LARAÑA, E. y GUSFIELD, J.R. (Eds.), *Los nuevos movimientos sociales: De la ideología a la identidad*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- IBARRA, P., y GRAU, E. (2001). El futuro de los movimientos sociales. En BETIKO FUNDAZIOA (Ed.), *Anuario de movimientos sociales: Participando en la red*. Barcelona: Icaria.
- IBARRA, P. (2005). *Manual de sociedad civil y movimientos sociales*. Madrid: Síntesis.

- IGLESIAS, P. (2004). Los movimientos sociales de Seattle a Praga: El modelo de contracumbre como nueva forma de acción colectiva. *Comunicación presentada al VIII Congreso de la Federación española de Sociología*.
- JASPER, J.M. (1998). The emotions of protest: Affective and reactive emotions in and around social movements. *Sociological Forum*, 13 (3), 397-424.
- JENKINS, H. (2004). The Cultural Logic of Media Convergence. *International Journal of Cultural Studies*, 7 (1), 33-43.
- JEREZ, A. (1998). *¿Trabajo voluntario o participación? Elementos para una sociología del tercer sector*. Madrid: Tecnos.
- JEREZ, A. (2006). Las esferas públicas y la comunicación alternativa: Apuntes para un debate urgente. *Iberoamericana*, (24), 147-162.
- JEREZ, A., SAMPEDRO, V. y LÓPEZ REY, J.A. (2008). *Del 0,7% a la desobediencia civil: Política e información del movimiento y las ONG de Desarrollo (1994-2000)*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- JEREZ, A. y IGLESIAS, P. (2009). El movimiento global y las contracumbres: Una reflexión sobre la visibilidad del conflicto social desde España. *Documentación social*, (152), 77-92.
- JOHNSON, C.A. (2012). *The information diet: A case for conscious consumption*. Sebastopol: O'Reilly.
- JURIS, J. (2004). Indymedia: De la contra-información a la utopía informacional. En MARÍ, V. (Ed.), *La Red es de todos: Cuando los movimientos sociales se apropian de la Red*. Madrid: Editorial Popular.
- JURIS, J. (2005). The new digital media and activist networking within anti-corporate globalization movements. *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 597, 189-208.
- JURIS, J. (2008a). *Networking futures: The movements against corporate globalization*. Durham, N.C.: Duke University Press.
- JURIS, J. (2008b). Performing politics: Image, embodiment, and affective solidarity during anti-corporate globalization protests. *Ethnography*, 9 (1), 61-97.
- JURIS, J., PEREIRA, I. y FEIXA, C. (2012). La globalización alternativa y los 'novísimos' movimientos sociales. *Revista del Centro de Investigación. Universidad La Salle*, 10 (37), 23-39.
- KAHN, R. y KELLNER, D. (2004). New media and internet activism: From the 'Battle of Seattle' to blogging. *New Media and Society*, 6 (1), 87-95.

- KALDOR, M. (2003). *Global civil society: An answer to war*. Cambridge: Polity Press.
- KEANE, J. (1991). *The media and democracy*. Cambridge: Polity Press.
- KEANE, J. (2003). *Global civil society?*. Cambridge: Cambridge University Press.
- KECK, M.E. y SIKKINK, K. (1998). *Activists beyond borders: Advocacy networks in international politics*. Ithaca: Cornell University Press.
- KHAGRAM, S., RIKER, J.V., y SIKKINK, K. (2002). From Santiago to Seattle: Transnational advocacy groups restructuring world politics. En KHAGRAM, S., RIKER, J.V. y SIKKINK, K. (Eds.), *Restructuring world politics: Transnational social movements, networks, and norms*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- KIDD, D. (2015). Occupy and social movement communication. En ATTON, C. (Ed.), *The Routledge companion to alternative and community media*. London; New York: Routledge.
- KIRKPATRICK, D. (2010). *The Facebook effect*. London: John Murray.
- KLEIN, N. (2001). *No logo: El poder de las marcas*. Barcelona: Paidós.
- KLEIN, N. (2002). Acreditando no fim do Fim da historia. En LOUREIRO, I.M., LEITE, J.C. y CEVASCO, M.E. (Eds.), *O espírito de Porto Alegre*. São Paulo: Paz e Terra.
- KLEIN, N. (2003). *El Secuestro del Foro Social Mundial. Lo pequeño es bello*. Recuperado de <https://www.rebellion.org/hemeroteca/sociales/klein030203.htm>
- KNIGHT, J. y THOMAS, P. (2011). *Reaching audiences: Distribution and promotion of alternative moving image*. Chicago: Intellect, The University of Chicago Press.
- KÖHLER, B., DAVID, S. y BLUMTRITT, J. (2010). *The Slow Media Manifesto*. Recuperado de <http://en.slow-media.net/manifesto>
- KROHLING, C. (1998). Participación en las radios comunitarias de Brasil. *Signo y pensamiento*, 17 (33), 35-46.
- LAFUENTE, A. (2007). Los cuatro entornos del procomún. *Archipiélago: Cuadernos de crítica de la cultura*, (77), 15-22.
- LANCEROS, P. (1996). *Avatares del hombre: El pensamiento de Michel Foucault*. Bilbao: Universidad de Deusto.

- LANDOW, G.P. (1992). *Hypertext: The convergence of contemporary critical theory and technology*. Baltimore; London: The Johns Hopkins University Press.
- LARA, A.L. (2014). Los públicos y sus infrapolíticas: ¿Hacia una revolución democrática de los prosumidores? En SERRANO, E., CALLEJA-LÓPEZ, A., MONTERDE, A. y TORET, J. (Eds.), *15MP2P. Una mirada transdisciplinar del 15M*. Barcelona: Editorial UOC.
- LARAÑA, E. y GUSFIELD, J. (1994). *Los nuevos movimientos sociales: De la ideología a la identidad*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- LASÉN, A., y MARTÍNEZ DE ALBÉNIZ, I. (2008). Movimientos, "mobidas" y móviles: Un análisis de las masas mediatizadas. En SÁDABA, I. y GORDO, Á (Eds.), *Cultura digital y movimientos sociales*. Madrid: Los libros de la Catarata.
- LASN, K. (1999). *Culture jam: The uncooling of America*. New York: Eagle Brook.
- LE BOT, Y. (2010). El zapatismo, primera insurrección contra la mundialización neoliberal. En WIEVIORKA, M. (Ed.), *Otro mundo... Discrepancias, sorpresas y derivas en la antimundialización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- LEE, M.J. (1993). *Consumer culture reborn: Cultural politics of consumption*. London: Routledge.
- LEFEBVRE, H. (1974). La producción del espacio. *Papers: Revista de sociología*, 3, 219-229.
- LEÓN GROSS, T. (1996). El lector como consumidor. *Comunicar: Revista científica iberoamericana de comunicación y educación*, (7), 34-39.
- LEÓN, O., BURCH, S. y TAMAYO, E. (2001). *Movimientos sociales en la red*. Quito: Agencia Latinoamericana de Información.
- LEÓN, O. (2003). The media. Democratization of communications and the media. En FISHER, W.F. y PONNIAH, T. (Eds.), *Another world is possible: World Social Forum proposals for an alternative globalization*. Londres: Zed Books.
- LESSIG, L. (2002). *The future of ideas: The fate of the commons in a connected world*. New York: Vintage Books.
- LESSIG, L. (2005). *Cultura libre: Cómo grandes medios usan la tecnología y las leyes para encerrar la cultura y controlar la creatividad*. Santiago de Chile: LOM.
- LÉVY, P. (2004). *Inteligencia colectiva: Por una antropología del ciberespacio*. Washington: Unidad de Promoción y Desarrollo de la Investigación de la Organización Panamericana de la Salud.

- LEVY, S. (2010). *Hackers: Heroes of the computer revolution*. Sebastopol: O'Reilly.
- LEWIS, P.M. y BOOTH, J. (1992). *El medio invisible: Radio pública, privada, comercial y comunitaria*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- LIEVROUW, L.A. y LIVINGSTONE, S.M. (2002). *Handbook of new media: social shaping and consequences of ICTs*. London: Sage.
- LIEVROUW, L.A. (2011). *Alternative and Activist New Media*. Cambridge, GB: Polity Press.
- LIGHT, E. (2013). El espectro radioeléctrico como medio de vida. *Commons: Revista de comunicación y ciudadanía digital*, 2 (1)
- LÓPEZ, S., y ROIG, G. (2006). Del tam-tam al doble click. Una historia conceptual de la contrainformación. En REUNIÓN DE OVEJAS ELECTRÓNICAS (Ed.), *Ciberactivismo. Sobre usos políticos y sociales de la red*. Barcelona: Virus editorial.
- LOVINK, G. (2002). *Dark fiber: Tracking critical internet culture*. Cambridge, Mass.: Mit Press.
- LOVINK, G. (2003). *My first recession: Critical Internet culture in transition*. Rotterdam: V_2 Publishing/NAi publishers.
- MACASKILL, E. (2009). *US confirms it asked Twitter to stay open to help Iran protesters*. Publicado el 17 de junio de 2009. Recuperado de <https://www.theguardian.com/world/2009/jun/17/obama-iran-twitter>
- MACPHERSON, C.B. (1981). *La democracia liberal y su época*. Madrid: Alianza Editorial.
- MANOVICH, L. (2001). *The language of new media*. Cambridge: MIT Press.
- MARCUSE, H. (2000). Acerca del problema de la ideología en la sociedad industrial altamente desarrollada. En LENK, K. (Ed.), *El concepto de ideología: Comentario crítico y selección sistemática de textos*. Buenos Aires: Amorrortu.
- MARCUSE, H. (2001). *Guerra, tecnología y fascismo textos inéditos*. Medellín: Universidad de Antioquía: Fundacao Editora da UNESP.
- MARÍ, V.M. (1999). *Globalización, nuevas tecnologías y comunicación*. Madrid: Ediciones de la Torre.
- MARÍ, V.M. (2004a). Cuando los movimientos sociales se apropian de la red. En MARÍ, V.M. (Ed.), *La Red es de todos: Cuando los movimientos sociales se apropian de la Red*. Madrid: Editorial Popular.

- MARÍ, V.M. (2004b). Comunicación, redes y cambio social. En MARÍ, V.M. (Ed.), *La red es de todos: Cuando los movimientos sociales se apropian de la red*. Madrid: Editorial Popular.
- MARÍ, V.M. (2010). El enfoque de la comunicación participativa para el desarrollo y su puesta en práctica en los medios comunitarios. *Razón y palabra*, (71)
- MARÍ, V.M. (2011). *Comunicar para transformar, transformar para comunicar: Tecnologías de la información, organizaciones sociales y comunicación desde una perspectiva de cambio social*. Madrid: Editorial Popular.
- MARÍ, V.M. (2013). Comunicación, desarrollo y cambio social en España: Entre la institucionalización y la implosión del campo. *Commons: revista de comunicación y ciudadanía digital*, 2 (2), 40-64.
- MARÍ, V.M. (2016). *Comunicaciones ininterrumpidas*. Boadilla del Monte, Madrid: PPC.
- MARÍ, V.M. (2017). Historia de la Comunicación para el Desarrollo y el Cambio Social en España. Marginalidad, institucionalización e implosión de un campo en crecimiento. *Telos: Cuadernos de comunicación e innovación*, (106), 27-38.
- MARÍ, V.M. y SIERRA, F. (2008). Capital informacional y apropiación social de las nuevas tecnologías. Las redes críticas de empoderamiento local en la Sociedad Europea de la Información. *Telos: Cuadernos de comunicación e innovación*, (74), 126-133.
- MARTÍN-BARBERO, J. (2008). *Políticas de la comunicación y la cultura: Claves de la investigación*.
- MARTÍNEZ ARIAS, S. (2015). Periodismo ciudadano, en los límites de la profesión periodística. *Estudios sobre el mensaje periodístico*, (21), 109-118.
- MARTINEZ GUZMAN, V. (2001). *Filosofía para hacer las paces*. Barcelona: Icaria.
- MARTÍNEZ, R. (2012). Los cercamientos digitales. En LEVI, S. y OTROS (Eds.), *Cultura libre digital: Nociones básicas para defender lo que es de todos*. Barcelona: Icaria.
- MARTÍNEZ-TORRES, M.E. (2001). Civil Society, the Internet, and the Zapatistas. *Peace Review*, 13 (3), 347-355.
- MARZOLF, H. y GANUZA, E. (2016). ¿Enemigos o colegas? El 15M y la hipótesis Podemos. *Empiria*, (33), 89-110.

- MASON, P. (2012). *Why it's kicking off everywhere: the new global revolutions*. London; New York: Verso.
- MATA, M.C. (1993). Radio popular o comunitaria? *Chasqui: Revista Latinoamericana de Comunicación*, (47), 57-59.
- MATÍAS, E. (2006). Una introducción al software libre. En REUNIÓN DE OVEJAS ELECTRÓNICAS (Ed.), *Ciberactivismo: Sobre usos políticos y sociales de la red*. Barcelona: Virus.
- MATTELART, A. y MATTELART, M. (1997). *Historia de las teorías de la comunicación*. Barcelona: Paidós.
- MATTELART, A. (2002). *Historia de la sociedad de la información*. Barcelona: Paidós.
- MATTELART, A. (2003). *Geopolítica de la cultura*. Bogotá, Colombia: Ediciones desde abajo.
- MATTELART, A. (2006). *Diversidad cultural y mundialización*. Barcelona: Paidós.
- MATTELART, A. (2011a). *Para un análisis de clase de la comunicación: Introducción a Comunicación y lucha de clases*, 1. Buenos Aires: El Río Suena.
- MATTELART, A. (2011b). *Para un análisis de las prácticas de comunicación popular: Introducción a Comunicación y lucha de clases*, 2. Buenos Aires: El Río Suena.
- MCADAMS, D., MCCARTHY, J.D., y ZALD, M.N. (1988). Social movements. En SMELSER, N.J. (Ed.), *Handbook of sociology*. London: Sage.
- MCADAMS, D., MCCARTHY, J.D. y ZALD, M.N. (1996). *Comparative perspectives on social movements political opportunities, mobilizing structures and cultural framings*. Cambridge: Cambridge University Press.
- MCCHESENEY, R.W. (2013). *Digital disconnect: How capitalism is turning the Internet against democracy*. New York: The New Press.
- MCCRACKEN, G. (2013). "Consumers" or "multipliers"? Recuperado de <http://spreadablemedia.org/essays/mccracken/#.WPCOIVOLQ9X>
- MCDONALD, K. (2010). De la solidaridad a la fluidaridad. En WIEVIORKA, M. (Ed.), *Otro mundo... discrepancias, sorpresas y derivas en la antimundialización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- MCKAY, G. (1998). *DiY Culture: Party and protest in nineties Britain*. London; New York: Verso.

- MCLUHAN, M. y POWERS, B.R. (1993). *La Aldea global: Transformaciones en la vida y los medios de comunicación mundiales en el siglo XXI*. Barcelona: Gedisa.
- MCQUAIL, D. (1994). *Mass communication theory: An introduction*. London: Sage.
- MEDA, M. (2012). Del arte de cambiar para que todo siga igual: El Tercer Sector de la Comunicación y la Ley General Audiovisual en España. *Commons: Revista de comunicación y ciudadanía digital*, 1 (1), 59-84.
- MELUCCI, A. (1980). The new social movements: A theoretical approach. *Social Science Information*, 19 (2), 199-226.
- MELUCCI, A. (1986). *Movimenti sociali e sistema politico*. Milano: F. Angeli.
- MELUCCI, A. (1994). ¿Qué hay de nuevo en los nuevos movimientos sociales? En GUSFIELD, J.R. y LARAÑA, E. (Eds.), *Los nuevos movimientos sociales: De la ideología a la identidad*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- MELUCCI, A. (1996). *Challenging codes: Collective action in the information age*. Cambridge: Cambridge University Press.
- MEZQUITA, R., y PADILLA, M. (2006). Penélope: Tejiendo y destejiendo la red. En REUNIÓN DE OVEJAS ELECTRÓNICAS (Ed.), *Ciberactivismo. Sobre usos políticos en la red*. Barcelona: Virus Editorial.
- MIGNOLO, W.D. (2000). La colonialidad a lo largo y a lo ancho: El hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad. En LANDER, E. (Ed.), *La colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires, Argentina: CLACSO.
- MILAN, S. (2009). Four steps to community media as a development tool. *Development in Practice*, 19 (4-5), 598-609.
- MILAN, S. (2013). *Social movements and their technologies: Wiring social change*. New York: Palgrave MacMillan.
- MITCHAM, C. (1989). *¿Qué es la filosofía de la tecnología?*. Barcelona: Anthropos. Servicio Editorial, Universidad del País Vasco.
- MITCHELL, W.J. (2003). *Me++: The cyborg self and the networked city*. Cambridge: MIT Press.
- MONEREO, M., RIERA, M. y VALENZUELA, P. (2002). *Hacia el partido de oposición*. Barcelona: El Viejo Topo.
- MONGE, P.R. y CONTRACTOR, N.S. (2003). *Theories of communication networks*. Oxford: Oxford University Press.

- MONTENEGRO, M. y PUJOL, J. (2003). Conocimiento situado: Un forcejeo entre el relativismo construccionista y la necesidad de fundamentar la acción. *Interamerican Journal of Psychology*, 37 (2), 295-307.
- MONTERDE, A., RODRÍGUEZ, A. y PENA-LÓPEZ, I. (2013). *La reinención de la democracia en la sociedad red: Neutralidad de la red, ética hacker, cultura digital, crisis institucional y nueva institucionalidad*. Barcelona: Internet Interdisciplinary Institute (IN3).
- MORAES, D.D. (2005). *Por otra comunicación: Los media, globalización cultural y poder*. Barcelona: Icaria.
- MORENO-CARBALLUD, L. (2014). Burbujas culturales y culturas del compartir. Notas sobre producción de subjetividad en torno al 15M. En SERRANO, E., CALLEJA-LÓPEZ, A., MONTERDE, A. y TORET, J. (Eds.), *15MP2P. Una mirada transdisciplinar del 15M*. Barcelona: Editorial UOC.
- MORIN, E. (2011). *La vía: para el futuro de la humanidad*. Barcelona: Paidós.
- MORRIS, M. (2001). Contradictions of post-modern consumerism and resistance. *Studies in Political Economy*, 64 (1), 7-32.
- MOSCO, V. (2011). *Sublimidad digital: Ciberespacio, mito y poder*. Xalapa, Veracruz, México: Universidad Veracruzana.
- MOSSBERGER, K., TOLBERT, C.J. y MCNEAL, R. (2008). *Digital citizenship: The internet, society and participation*. Cambridge, MA: MIT Press.
- MOYA, E. (2011). La ética hacker y el espíritu del informacionalismo. Wikileaks como caso paradigmático. *Daimon: Revista de filosofía*, (4), 323-332.
- MÚNERA RUIZ, L. (1993). De los movimientos sociales al movimiento popular. *Historia crítica*, (7)
- MUÑOZ, A. (2011). Del síndrome Wikileaks a la democracia 2.0. Las redes sociales y el 15-M. En ANTENTAS, J.M. y OTROS (Eds.), *Las voces del 15-M*. Barcelona: Los libros del lince.
- NANCLARES, S. (2013). Cultura Libre Editorial, ¿modelos sostenibles? *Teknokultura*, 10 (1), 253-264.
- NAPOLI, P.M. (2010). Revisiting 'mass communication' and the 'work' of the audience in the new media environment. *Media, Culture & Society*, 32 (3), 505-516.
- NERFIN, M. (1978). *Ni príncipe ni mercader, ciudadano. Una introducción al tercer sistema*. Lima: Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación.

- NISSENBAUM, H. (2004). Hackers and the contested ontology of cyberspace. *New Media and Society*, 6 (2), 195-217.
- NODO50. (2008). *¿Qué es nodo 50?* Recuperado de <http://info.nodo50.org/Que-es-nodo50.html>
- NOS, E., SEGUÍ-COSME, S. y RIVAS, A.M. (2008). *Comunicación y construcción de paz*. Barcelona: Icaria.
- OFFE, C. (1996). *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Madrid: Sistema.
- OFFOR, J.O. (2002). *Community radio and its influence in the society: The case of Enugu State, Nigeria*. Frankfurt am Main: IKO-Verlag für Interkulturelle Kommunikation.
- ORTEGA, A. (2009). "Re-ecologizar lo urbano": Agricultura urbana e historia ambiental. *Historia contemporánea*, (39), 453-480.
- ORTEGA, A., y GARCÍA-GONZÁLEZ, N. (2012). Movimientos sociales y Universidad: Tensiones y puentes. Entrevista con Ángel Calle. En ARRIBAS, A., GARCÍA-GONZÁLEZ, N., ÁLVAREZ, A. y ORTEGA, A. (Eds.), *Tentativas, contagios, desbordes: Territorios del pensamiento*. Granada: Universidad de Granada.
- ORTOLEVA, P. (2004). O novo sistema dos media. En OLIVEIRA, JOSÉ MANUEL PAQUETE DE, CARDOSO, G. y BARREIROS, J.J. (Eds.), *Comunicação, cultura e tecnologias de informação*. Lisboa: Quimera.
- OTTE, M. (2010). *El crash de la información: Los mecanismos de la desinformación cotidiana*. Barcelona: Ariel.
- PAJNIK, M. y DOWNING, J. (2009). *Alternative media and the politics of resistance: Perspectives and challenges*. Ljubljana: Peace Institute.
- PALAZZI, C. (2015). *Zygmunt Bauman: Reflexiones sobre la modernidad líquida*. Barcelona: Editorial UOC.
- PAPATHÉODOUROU, A. y LUDOVIC, P. (2001). *Un espacio de deconstrucción y construcción. Conversación con Blicero sobre la experiencia de LOA Hacklab de Milán*. Recuperado de <http://sindominio.net/labiblio/web1/doc/loahacklab.htm>
- PASTOR, J. (2002). *Qué son los movimientos antiglobalización: Seattle, Génova, Porto Alegre..., los diferentes grupos y sus propuestas, el debate después del 11-09*. Barcelona: RBA.
- PASTOR, J. (2006). Los movimientos sociales. De la crítica de la modernidad a la denuncia de la globalización. *Psychosocial Intervention*, 15 (2), 133-148.

- PATEMAN, C. (1970). *Participation and democratic theory*. Cambridge: University Press.
- PATOMÄKI, H. y TEIVAINEN, T. (2004). The World Social Forum: An Open Space or a Movement of Movements? *Theory, Culture & Society*, 21 (6), 145-154.
- PECOURT, J. (2015). La esfera pública digital y el activismo político. *Política y Sociedad*, 52 (1)
- PENNISI, A. (2012). *Toni Negri: "Es necesario volver a las palabras que significan algo"*. Recuperado de <http://www.lanacion.com.ar/1522453-toni-negri-es-necesario-volver-a-las-palabras-que-significan-algo>
- PÉREZ, B., y GIL, J. (2014). ¿Mercantilización o revolución? Reflexiones en torno a la figura del streamer como nuevo sujeto prosumidor. En SERRANO, E., CALLEJA-LÓPEZ, A., MONTERDE, A. y TORET, J. (Eds.), *15MP2P. Una mirada transdisciplinar del 15M*. Barcelona: Editorial UOC.
- PETERSON, A. (2001). *Contemporary political protest: Essays on political militancy*. Aldershot: Ashgate.
- PETTINICCHIO, D. (2012). Institutional activism: Reconsidering the insider/outsider dichotomy. *Sociology Compass*, 6 (6), 499-510.
- PHILLIPPI, A. y AVENDAÑO, C. (2011). Empoderamiento comunicacional: Competencias narrativas de los sujetos. *Revista Comunicar*, (36), 61.
- PIERSON, P. (2007). *Dismantling the welfare state?: Reagan, Thatcher, and the politics of retrenchment*. Cambridge [u.a.]: Cambridge Univ. Press.
- PITMAN, T. (2007). Latin American Cyberprotest: Before and After the Zapatistas. En TAYLOR, C. y PITMAN, T. (Eds.), *Latin American Cyberculture and Cyberliterature*. Liverpool: Liverpool University Press.
- PLEYERS, G. (2010a). El modelo francés: 1995-2000. En WIEVIORKA, M. (Ed.), *Otro mundo... discrepancias, sorpresas y derivas en la antimundialización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- PLEYERS, G. (2010b). Después del 11 de septiembre de 2001: Entre mundialización liberal y choque de civilizaciones. En WIEVIORKA, M. (Ed.), *Otro mundo... discrepancias, sorpresas y derivas en la antimundialización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- POELL, T., y VAN DIJCK, J. (2015). Social Media and Activist Communication. En ATTON, C. (Ed.), *The Routledge companion to alternative and community media*. London: Routledge.
- POULANTZAS, N.A. (1979). *Estado, poder y socialismo*. Madrid: Siglo Veintiuno.

- POWERS, W. (2010). *Hamlet's Blackberry: A practical philosophy for building a good life in the digital age*. New York: Harper.
- QUIJANO, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En LANDER, E. (Ed.), *La colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires, Argentina: CLACSO.
- QUINTANA, Y. (2014). La batalla de las historias. Análisis de las prácticas de comunicación del 15M. En SERRANO, E., CALLEJA-LÓPEZ, A., MONTERDE, A. y TORET, J. (Eds.), *15MP2P. Una mirada transdisciplinar del 15M*. Barcelona: Editorial UOC.
- QUIRÓS, F. y SEGOVIA, A. (1996). La conferencia de San José de Costa Rica (1976). *CIC: Cuadernos de información y comunicación*, (2), 63-80.
- QUIRÓS, F. (2005). El Informe MacBride 25 años después: La propuesta que el Primer Mundo se negó a aceptar. *Quaderns del CAC*, (21), 71-74.
- RAMONET, I. (1995). *La pensée unique*.
- RAMONET, I. (1997). *Escenarios de la globalización*. Murcia: Caja Murcia.
- RAMONET, I. (2000). *La tiranía de la comunicación*. Madrid: Debate.
- RAMONET, I. (2007). Pensamiento único y nuevos amos del mundo. En CHOMSKY, N. y RAMONET, I. (Eds.), *Cómo nos venden la moto*. Barcelona: Icaria.
- RAMONET, I. (2011). *La Explosión del periodismo: De los medios de masas a la masa de medios*. Madrid: Clave Intelectual.
- RAMOS, V. (2007). La radio comunitaria frente a los grupos de poder. *Razón y palabra*, (59)
- RASCÓN, M.T. y CABELLO, F. (2013). Hacia la construcción cooperativa de conocimiento libre. *Dedica. Revista de Educação e Humanidades*, (4), 81-107.
- RAUCH, J. (2007). Activists as interpretive communities: Rituals of consumption and interaction in an alternative media audience. *Media, Culture and Society*, 29 (6), 1035.
- RAUCH, J. (2015). Slow media as alternative media. Cultural resistance through print and analogue revivals. En ATTON, C. (Ed.), *The Routledge companion to alternative and community media*. London: Routledge.
- RAYMOND, E.S. (1999). *The cathedral and the bazaar: Musings on Linux and open source by an accidental revolutionary*. Cambridge: O'Reilly.

- REAL, E., AGUDÍEZ, P. y PRÍNCIPE, S. (2007). Periodismo ciudadano versus Periodismo profesional: ¿somos todos periodistas? *Estudios sobre el mensaje periodístico*, (13), 189-212.
- REIG, R. (2011). *Los dueños del periodismo: Claves de la estructura mediática mundial y de España*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- RENTSCHLER, C.A. (2003). Expanding the definition of media activism. En VALDIVIA, A.N. (Ed.), *A companion to media studies*. Oxford: Blackwell.
- REVERS, M. (2014). The twitterization of news making: Transparency and journalistic professionalism. *Journal of Communication*, 64 (5), 806-826.
- REY, P.J. (2012). Alienation, Exploitation, and Social Media. *American Behavioral Scientist*, 56 (4), 399-420.
- RHEINGOLD, H. (2004). *Multitudes inteligentes: La próxima revolución social*. Barcelona: Gedisa.
- RHEINGOLD, H. (2011). Periodismo ciudadano: ¿Por qué las democracias deberían depender de él?, y ¿por qué el periodismo digital no es suficiente? En ESPIRITUSANTO, Ó (Ed.), *Periodismo ciudadano: Evolución positiva de la comunicación*. Barcelona: Ariel.
- RINCÓN, O. (2005). Comunicar entre lo techno y lo retro: Activismo y estéticas en experimento. *Signo y pensamiento*, 24 (47), 41-53.
- ROBERTSON, R. (1995). Glocalization: Time-Space and Homogeneity-Heterogeneity. En FEATHERSTONE, M., LASH, S. y ROBERTSON, R. (Eds.), *Global modernities*. London; Thousand Oaks, Calif.: Sage Publications.
- RODRÍGUEZ PRIETO, R. (2016). Internet como oportunidad y problema en los movimientos sociales contemporáneos. *Teknokultura*, 13 (1), 289-307.
- RODRÍGUEZ, C. (1996). Shedding useless notions of alternative media. *Peace Review*, 8 (1), 63-68.
- RODRÍGUEZ, C. (2001a). Sociedad civil y medios ciudadanos: Arquitectos de paz para el nuevo milenio. *Revista de estudios sociales*, (8), 73-82.
- RODRÍGUEZ, C. (2001b). *Fissures in the mediascape: An international study of citizens' media*. Recuperado de <http://catalog.hathitrust.org/api/volumes/oclc/45393540.html>
- RODRÍGUEZ, C. y EL GAZI, J. (2007). The poetics of indigenous radio in Colombia. *Media, Culture & Society*, 29 (3), 449-468.

- ROIG, A. (2005). Producción cultural audiovisual en la sociedad de la información. En ALBERICH, J. y ROIG, A. (Eds.), *Comunicación audiovisual digital: Nuevos medios, nuevos usos, nuevas formas*. Barcelona: Editorial UOC.
- ROIG, G., y SÁDABA, I. (2005). Las otras voces de la Red. Comunicación política y contrainformación global. En GIMENO, J. y LÓPEZ, P. (Eds.), *Información, conocimiento y bibliotecas en el marco de la globalización neoliberal*. Gijón: Trea.
- ROIG, G. (2006a). Los discursos del hacking. En REUNIÓN DE OVEJAS ELECTRÓNICAS (Ed.), *Ciberactivismo: sobre usos políticos y sociales de la red*. Barcelona: Virus.
- ROIG, G. (2006b). Hackers: Activismo político en la frontera tecnológica. En REUNIÓN DE OVEJAS ELECTRÓNICAS (Ed.), *Ciberactivismo: Sobre usos políticos y sociales de la red*. Barcelona: Virus.
- ROMANOS, E. y SÁDABA, I. (2015). La evolución de los marcos (tecno) discursivos del movimiento 15M y sus consecuencias. *Empiria: Revista de metodología de ciencias sociales*, (32), 15-36.
- ROMANOS, E. (2016). De Tahrir a Wall Street por la Puerta del Sol: La difusión transnacional de los movimientos sociales en perspectiva comparada. *REIS. Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (154), 103-118.
- RONFELDT, D. y ARQUILLA, J. (2001). Networks, netwars, and the fight for the future. *First Monday*, 6 (10)
- ROSANVALLON, P. (2007). *La Contrademocracia: La política en la era de la desconfianza*. Buenos Aires: Manantial.
- ROSENBERG, H. y FELDMAN, C.S. (2008). *No time to think: The menace of media speed and the 24-hour news cycle*. New York: Continuum.
- ROSIQUE-CEDILLO, G. y BARRANQUERO, A. (2015). Periodismo lento (slow journalism) en la era de la inmediatez. Experiencias en iberoamérica. *El Profesional de la Información*, 24 (4), 451-462.
- ROSSI, F.M. y DELLA PORTA, D. (2011). Acerca del rol de los movimientos sociales, sindicatos y redes de activistas en los procesos de democratización. *Desarrollo económico*, 50 (200), 521-546.
- ROVIRA, G. (2013). De las redes a las plazas: La web 2.0 y el nuevo ciclo de protestas en el mundo. *Acta Sociológica*, 62, 105-134.
- ROWAN, J. (2012). El declive de las industrias culturales y la importancia de la cultura libre. En LEVI, S. y OTROS (Eds.), *Cultura libre digital: Nociones básicas para defender lo que es de todos*. Barcelona: Icaria.

- RUCHT, D., KOOPMANS, R. y NEIDHARDT, F. (1999). *Acts of dissent: New developments in the study of protest*. Lanham: Rowman & Littlefield.
- SADER, E. (2004). *La venganza de la historia: Hegemonía y contra-hegemonía en la construcción de un nuevo mundo posible*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO.
- SÁEZ, C. (2009). *Tercer sector de la comunicación. Teoría y praxis de la televisión alternativa. Una mirada a los casos de España, Estados Unidos y Venezuela*. Bellaterra, Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona.
- SAID, E.W. (1990). *Orientalismo*. Madrid: Libertarias.
- SAMANIEGO, F. (1978). *Alain Touraine: "Los movimientos sociales se desvinculan de la política"*. Publicado el 20/02/2017. Recuperado de http://el-pais.com/diario/1978/04/14/sociedad/261352807_850215.html
- SAMPEDRO, V.F. (2014). Periodismo veraz, bien común y el cuarto poder en red. *Razón y fe: Revista hispanoamericana de cultura*, 269 (1387), 471-482.
- SAMPEDRO, V.F., y LÓPEZ, G. (2005). Deliberación celérica desde la periferia. En SAMPEDRO, V. (Ed.), *13-M: Multitudes on line*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- SAMPEDRO, V.F. y SÁNCHEZ, J.M. (2011). *La red era la Plaza*. Publicado el 16/01/2017. Recuperado de <http://www.ciberdemocracia.net/articulos/RedPlaza.pdf>
- SAMPEDRO, V.F. y RESINA, J. (2010). Opinión pública y democracia deliberativa en la sociedad red. *Ayer*, (80), 139-162.
- SÁNCHEZ JIMÉNEZ, J. (2003). De la sociedad postindustrial a la sociedad red. *Cuadernos de historia contemporánea*, (1), 361-373.
- SANDOVAL, M. y FUCHS, C. (2010). Towards a critical theory of alternative media. *Telematics and Informatics*, 27 (2), 141-150.
- SANTORO, W.A. y MCGUIRE, G.M. (1997). Social movement insiders: The impact of institutional activists on affirmative action and comparable worth policies. *Social problems*, 44 (4), 503-518.
- SANTOS, B.D.S. (2005). *Foro Social Mundial. Manual de uso*. Barcelona: Icaria.
- SANTOS, B.D.S. (2007). The WSF: Toward a Counter-Hegemonic Globalisation (Part II). En SEN, J., ANAND, A., ESCOBAR, A. y WATERMAN, P. (Eds.), *World Social Forum: Challenging Empires*. Montreal: Black Rose Books.

- SANTOS, B.D.S. (2009). *Una epistemología del sur: La reinención del conocimiento y la emancipación social*. México; Buenos Aires: Siglo Veintiuno; Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).
- SANTOS, B.D.S. (2011). Epistemologías del Sur. *Utopía y praxis latinoamericana: Revista internacional de filosofía iberoamericana y teoría social*, (54), 17-40.
- SARTORI, G. (2005). *Homo videns: La sociedad teledirigida*. Madrid: Taurus.
- SCHENKEL, P. (1981). El Informe McBride: Entre la realidad y la utopía. *Chasqui: Revista Latinoamericana de Comunicación*, (1), 81-88.
- SCHILLER, H. (1976). *Communication and cultural domination*. White Plains, N.Y.: Sharpe.
- SCHILLER, H. (1993). *Cultura, S.A: La apropiación corporativa de la expresión pública*. Guadalajara, Jalisco, México: Universidad de Guadalajara, CEIC.
- SCHUMPETER, J.A. (1952). *Capitalismo, socialismo y democracia*. Madrid: Aguilar.
- SCOLARI, C.A. (2008). *Hipermediaciones: Elementos para una teoría de la comunicación digital interactiva*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- SEDEÑO, A.M. (2011). Cine y medios audiovisuales ante la globalización. *Encuentros*, 9 (1), 11-20.
- SEDEÑO, A.M. (2012). Cine social y autoría colectiva: Prácticas de cine sin autor en España. *Razón y palabra*, (80)
- SEDEÑO, A.M. (2014). Hibridaciones autor/espectador en la producción cultural contemporánea: Prácticas videográficas y competencias de la nueva recepción. *Revista Mediterránea de Comunicación*, 5 (1), 203-211.
- SEDEÑO, A.M. (2015). Prácticas de activismo audiovisual con objetivo de integración social: El caso del colectivo Cine sin Autor (CsA). *Chasqui: Revista Latinoamericana de Comunicación*, (129), 181-192.
- SÉNÉCAL, M. (1986). *Televisión y radios comunitarias: Teoría y práctica de una experiencia social*. Barcelona: Mitre.
- SEOANE, J., y TADDEI, E. (2001). De Porto Alegre a Porto Alegre: La emergencia de un nuevo sujeto político. En SEOANE, J. y TADDEI, E. (Eds.), *Resistencias mundiales. De Seattle a Porto Alegre*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- SERRANO, P. (2003). *La honda de David. Rebellion.org, historia de una lucha*. Recuperado de <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=10881>

- SERRANO, P. (2008). *Desinformación: Cómo los medios ocultan el mundo*. Barcelona: Península.
- SERRANO, P. (2010). *Traficantes de información: La historia oculta de los grupos de comunicación españoles*. Tres Cantos, Madrid: Foca.
- SERRANO, P. (2013). *La comunicación jibarizada: Cómo la tecnología ha cambiado nuestras mentes*. Barcelona: Península.
- SIERRA, F. (1997). Antecedentes y contexto político de la guerra total, la información, la propaganda y la guerra psicológica en Chiapas. *Comunicación e insurgencia: La información y la propaganda en la guerra de Chiapas*. Honda-ribia: HIRU.
- SIERRA, F. (1999a). Utopía de la comunicación. *Razón y palabra*, (12)
- SIERRA, F. (1999b). Propaganda y nuevo orden mundial: La información y la guerra en la nueva doctrina de seguridad pública. *Historia y comunicación social*, (4), 199-218.
- SIERRA, F. (2004a). Los conflictos de la comunicación en la sociedad de la información. *Redes.com. Revista de estudios para el desarrollo social de la Comunicación*, (1), 15-27.
- SIERRA, F. (2004b). Sociedad de la información y movimientos sociales: Alternativas democráticas al modelo de desarrollo social dominante. En MARÍ, V. (Ed.), *La Red es de todos: Cuando los movimientos sociales se apropian de la Red*. Madrid: Editorial Popular.
- SIERRA, F. (2009). Economía política de la comunicación y Teoría Crítica: Apuntes y tendencias. *IC. Revista Científica de Información y Comunicación*, (6), 149-171.
- SILVERSTONE, R. (1999). What's New about New Media? *New Media & Society*, 1 (1), 10-12.
- SILVERSTONE, R. (2004). *¿Por qué estudiar los medios?* Buenos Aires: Amorrortu.
- SILVERSTONE, R. (2010). *La moral de los medios de comunicación: Sobre el nacimiento de la polis de los medios*. Buenos Aires: Amorrortu.
- SMELSER, N.J. (1963). *Theory of collective behavior*. New York: The Free Press of Glencoe.
- SMITH, J. y OTROS. (2008). *Global democracy and the world social forums*. Boulder, CO: Paradigm.
- SMITH, J.G. (1997). *Transnational social movements and global politics: Solidarity beyond the state*. Syracuse: Syracuse University Press.

- SOJA, E. (2010). *La perspectiva posmoderna de un geógrafo radical*. Barcelona: Icaria.
- SOMOHANO, A. (2011). Ruta crítica en torno al concepto de esfera pública: Una aproximación teórica e histórica para el rescate de su dimensión emancipadora. *Razón y palabra*, (76)
- SRINIVASAN, R. (2011). *London, Egypt and the complex role of social media*. Recuperado de https://www.washingtonpost.com/national/on-innovations/london-egypt-and-the-complex-role-of-social-media/2011/08/11/gl-QAloud8I_story.html?utm_term=.0333f2ac6dbe
- STALLMAN, R. (2004). *Software libre para una sociedad libre*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- STONE, B. y COHEN, N. (2009). *Social networks spread defiance online*. Publicado el 15 de junio de 2009. Recuperado de <http://www.nytimes.com/2009/06/16/world/middleeast/16media.html>
- TARROW, S. (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza Editorial.
- TARROW, S. (2010). *El nuevo activismo transnacional*. Barcelona: Hacer Editorial.
- TASCÓN, M. y QUINTANA, Y. (2012). *Ciberactivismo: Las nuevas revoluciones de las multitudes conectadas*. Madrid: Libros de la Catarata.
- TASCÓN, M. y QUINTANA, Y. (2013). *Revoluciones en red: Las redes sociales empiezan a desempeñar el papel que tuvo la prensa*. Recuperado de http://elpais.com/elpais/2013/07/30/opinion/1375192019_870036.html
- TEHRANIAN, M. (1999). *Global communication and world politics: Domination, development, and discourse*. Boulder: Lynne Rienner.
- TEIVAINEN, T. (2002). The World Social Forum and global democratisation: Learning from Porto Alegre. *Third World Quarterly*, 23 (4), 621-632.
- TEJERINA, B. (2010). *La sociedad imaginada: Movimientos sociales y cambio cultural en España*. Madrid: Trotta.
- TEJERINA, B., PERUGORRA, I., BENSKI, T. y LANGMAN, L. (2013). From indignation to occupation: A new wave of global mobilization. *Current Sociology*, 61 (4), 377-392.
- THOMPSON, J.B. (1998). *Los media y la modernidad: Una teoría de los medios de comunicación*. Barcelona: Paidós.
- TILLY, C. (1978). *From mobilization to revolution*. New York: Random House.

- TILLY, C. (1986). *The contentious French*. Cambridge; London: Belknap press of Harvard University Press.
- TILLY, C. (2005). Los movimientos sociales entran en el siglo veintiuno. *Política y sociedad*, 42 (2), 11-35.
- TOFFLER, A. (1980). *La tercera ola*. Barcelona: Plaza & Janés.
- TORET, J. (2012). *Una mirada tecnopolítica sobre los primeros días del #15M*. Recuperado de <http://tecnopolitica.net/node/14>
- TORET, J. (2015). Una mirada tecnopolítica al primer año de Podemos. Seis hipótesis. *Teknokultura*, 12 (1), 121-135.
- TORET, J. y OTROS. (2013). *Tecnopolítica: La potencia de las multitudes conectadas. El sistema red 15M, un nuevo paradigma de la política distribuida*. Barcelona: Editorial UOC.
- TOURAINÉ, A. (1969). *La sociedad post-industrial*. Barcelona: Ariel.
- TOURAINÉ, A. (1993). *Crítica de la modernidad*. Madrid: Temas de Hoy.
- TOURAINÉ, A. (1994). *¿Qué es la democracia?*. Madrid: Temas de Hoy.
- TOURAINÉ, A. (1997). *¿Podremos vivir juntos?: Iguales y diferentes*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- TRAVESEDO, C. (2013). Nuevas tecnologías para otras estrategias de comunicación para el cambio social. Más allá de las radios comunitarias. *Estudios sobre el mensaje periodístico*, (19), 295-309.
- TREJO, R. (2000). Internet y la sociedad urbana: Cuando el ciberespacio y la calle se complementan. En FINQUELIEVICH, S. (Ed.), *¡Ciudadanos a la red! Los vínculos sociales en el ciberespacio*. Buenos Aires, Argentina: Ciccus La Crujía.
- TRERÉ, E. y BARRANQUERO, A. (2013). De mitos y sublimes digitales: Movimientos sociales y tecnologías de la comunicación desde una perspectiva histórica. *Redes.com: Revista de estudios para el desarrollo social de la Comunicación*, (8), 27-47.
- TUBELLA, I. (2005). De la comunicación de masas a la comunicación multimedia. En ALBERICH, J. y ROIG, A. (Eds.), *Comunicación audiovisual digital: Nuevos medios, nuevos usos, nuevas formas*. Barcelona: Editorial UOC.
- TUBELLA, I. y ALBERICH, J. (2012). *Comprender los Media en la sociedad de la información*. Barcelona: Editorial UOC.

- TUCKER, K. (2007). *Say "Libre"*. Recuperado de http://wikieducator.org/Say_Libre
- TUFEKCI, Z. (2013). "Not This One": Social Movements, the Attention Economy, and Microcelebrity Networked Activism. *American Behavioral Scientist*, 57 (7), 848-870.
- TURNER, R.H. y KILLIAN, L.M. (1987). *Collective behavior*. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall.
- UGARTE, D. (2007). *El Poder de las redes: Manual ilustrado para personas, colectivos y empresas abocados al ciberactivismo*. Barcelona: El Cobre.
- UGARTE, D., QUINTANA, P., GÓMEZ, E. y FUENTES, A. (2009). *De las naciones a las redes*. Barcelona: El Cobre.
- UZELMAN, S. (2005). Hard at Work in the Bamboo Garden: Media Activists and Social Movements. En LANGLOIS, A. y DUBOIS, F. (Eds.), *Autonomous media: Activating resistance & dissent*. Montréal: Cumulus Press.
- VAN AELST, P. y WALGRAVE, S. (2002). New media, new movements? The role of the internet in shaping the 'anti-globalization' movement. *Information, Communication & Society*, 5 (4), 465-493.
- VAN DIJK, J. (2000). Models of democracy and concepts of communication. En HACKER, K.L. y VAN DIJK, J. (Eds.), *Digital democracy: Issues of theory and practice*. London: SAGE.
- VAN LAER, J. y VAN AELST, P. (2010). Internet and social movement action repertoires: Opportunities and limitations. *Information Communication and Society*, 13 (8), 1146-1171.
- VATIKIOTIS, P. (2009). Challenges and questions for alternative media. En PAJNIK, M. y DOWNING, J. (Eds.), *Alternative media and the politics of resistance: Perspectives and challenges*. Ljubljana: Peace Institute.
- VAZQUEZ MONTALBAN, M. (2008). *Informe sobre la información*. Barcelona: Debolsillo.
- VÁZQUEZ, M. (2004). El EZLN en los medios de comunicación. En LEETOY, S., VÁZQUEZ, M. y GÓMEZ, A. (Eds.), *Guerrilla y comunicación: La propaganda política del EZLN*. Madrid: Libros de la Catarata.
- VELASCO, J.C. (2003). *Para leer a Habermas*. Madrid: Alianza.
- VERDÚ, V. (2011). *Bauman: "El 15-M es emocional, le falta pensamiento"*. Recuperado de http://politica.elpais.com/politica/2011/10/17/actualidad/1318808156_278372.html

- VERGARA, J. (2005). La concepción de la democracia deliberativa de Habermas. *Quórum Académico*, 2 (2), 72-88.
- VILA, N. (2014). Producción audiovisual en torno al 15M y cultura libre: Revueltas 2.0. En SERRANO, E., CALLEJA-LÓPEZ, A., MONTERDE, A. y TORET, J. (Eds.), *15MP2P. Una mirada transdisciplinar del 15M*. Barcelona: Editorial UOC.
- VINELLI, N. y RODRÍGUEZ, C. (2008). *Contrainformación: Medios alternativos para la acción política*. Buenos Aires: www.dariovive.org.
- VIRILIO, P. (2012). *La Administración del miedo*. Madrid: Barataria.
- VIRNO, P. (2004). *Gramática de la multitud: Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. La Paz: Malatesta.
- WALES, J. (2004). *Free Knowledge requires Free Software and Free File Formats*. Recuperado de <http://jimmywales.com/2004/10/21/free-knowledge-requires-free-software-and-free-file-formats/>
- WALLERSTEIN, I. (2004). *La fuerza creciente del Foro Social Mundial*. Recuperado de <http://barcelona.indymedia.org/newswire/display/70270/index.php>
- WALLERSTEIN, I. (2007a). *Foro Social Mundial: De la defensiva a la ofensiva*.
- WALLERSTEIN, I. (2007b). *Abrir las ciencias sociales: Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*. México, D.F.: Siglo Veintiuno.
- WALLERSTEIN, I. (2009). ¿Qué significa hoy un movimiento antisistémico? En WIEVIORKA, M. (Ed.), *Otro mundo...: discrepancias, sorpresas y derivas en la antimundialización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- WALTZ, M. (2005). *Alternative and activist media*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- WATERMAN, P. (2003). *Second thoughts on the third WSF: Place, space and the re-invention of social emancipation on a global scale*. Recuperado de <http://memoriafsm.org/handle/11398/1547>
- WATSON, J. y HILL, A. (2003). *A dictionary of communication and media studies*. London: Arnold.
- WELLMAN, B. (2001). Physical place and cyberplace: The rise of personalized networking. *International Journal of Urban and Regional Research*, 25 (2), 227-252.
- WERBACH, K. (2004). Supercommons: Toward a unified theory of wireless communication. *Texas Law Review*, 82 (4), 863-973.

- WERBACH, K. (2011). The wasteland: Anticommons, white spaces, and the fallacy of spectrum. *Arizona Law Review*, 53 (1)
- WHITAKER, C. (2008). *El Foro Social Mundial. Un proceso en construcción*. Recuperado de <http://www.altersocietal.org/documents/pekeanewsletter/Whitaker-Es-ML-NL13.pdf>
- WHITE, R. (1989). La teoría de la comunicación en América Latina. Una visión europea de sus contribuciones. *Telos: Cuadernos de comunicación, tecnología y sociedad*, (19), 43-54.
- WIEVIORKA, M. (2011). *Una sociología para el siglo XXI*. Barcelona: UOC.
- WILLIAMS, R. (1992). *Historia de la comunicación. De la imprenta a nuestros días*. Barcelona: Bosch.
- WINNER, L. (2008). *La ballena y el reactor: Una búsqueda de los límites en la era de la alta tecnología*. Barcelona: Gedisa.
- WU, T. (2002). *A proposal for network neutrality*. Publicado el 22/03/2014. Recuperado de <http://www.timwu.org/OriginalNNProposal.pdf>